ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

REVISTA DE ESPAÑA.

REVISTA

DE ESPAÑA

DUODÉCIMO AÑO

TOMO LXVII.—(MARZO Y ABRIL.)

MADRID

REDACCION Y ADMINISTRACION,
calle de Lope de Vega, números 39 y 41,
principal izquierda.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
de los Señores M. P. Montoya y Comp.ª
calle de los Caños, 1.

1879

162962

AP
60
R4
t.67

LA ENSEÑANZA ELEMENTAL

DE LAS CIENCIAS EN LOS PUEBLOS GERMANOS.

I

Comparacion de los principios y métodos empleados en los pueblos latinos y en los germanos.

Importancia de la enseñanza elemental.—Los métodos de enseñanza en Alemania.—Enseñanzas general y profesional.—Exposicion de la geografía en Austria.—Los libros de texto y los cuadernos.—La enseñanza en los Liceos.—Estudio de las lenguas.—Crítica del sistema latino de enseñanza.

No es dudoso hoy para cuantas personas, sériamente y libres de prejuicios de escuela ó partido, de estos asuntos se preocupan, que todo cuanto á la ensanza elemental atañe, tiene mayor trascendencia social é importa más á la colectividad, que lo que á los grados superiores de cultura se refiere. Pruébase el saber profesional, cuando se ha adquirido un título en la Universidad ó en la Escuela, cuya mision estriba principalmente en preparar la libre evolucion ulterior de la inteligencia, y cuya enseñanza deja en el espíritu como un sedimento, definitivo ya, para aquel que se halla destinado al ejercicio de una profesion liberal; pero el primer cimiento es la parte más difícil y más importante del edificio. Las *primeras letras*, como muy gráficamente se dice en nuestra len-

gua, constituyen además en la sociedad presente el fondo de cultura comun á todos los miembros de un país; una especie de sentido comun, en el cual los hombres más separados por sus opiniones han de comulgar perpétuamente. Inútil parece, pues, encarecer la importancia que encierra cuanto á este primer ciclo de instruccion se refiere: la exposicion de los métodos seguidos á este propósito en los pueblos germanos, cuyo conocimiento encierra tanto interes para nosotros, constituye el objeto de este sumario estudio, en que no fatigaremos al lector con datos estadísticos ni bibliografías, limitándonos á enunciar brevemente los hechos.

Todo el mundo comprende la diferencia que existe entre educar é instruir y, sin embargo, cuando se trata de la enseñanza del párvulo, estas dos funciones se hallan tan íntimamente unidas, que no es posible llevar á cabo la una sin realizar al propio tiempo la otra. De aquí la distincion capital que debe establecerse entre los primeros pasos del cultivo del espíritu y los grados superiores que se adquieren en el Gimnasio, en el Instituto ó en la Universidad, diferencia que ha sido tan perfectamente comprendida por los pueblos germanos, al paso que, si se visitan en cambio las escuelas de niños de Francia y España, y se examinan los libros delicados á servirles de textos, se vé harto claramente que se proponen tan sólo la instruccion como único fin.

Y no obstante, el pueblo aleman inventa muy poco: la mayor parte de las reformas que, en punto á instruccion, han tomado en él carta de naturaleza, proceden de Inglaterra y de los Estados-Unidos (1); pero ningun país puede compararse con aquel en

(1) Nuestro país es uno de los que inventan mucho más de lo que practican, y aún no sería arriesgado afirmar que algunos de los métodos que admiramos en Alemania en el ramo que nos ocupa, sean debidos á nuestros pedagogos. Esto explica el por qué en las exposiciones universales y señaladamente en la de Filadencia, hemos obtenido éxitos superiores al resultado que, dada la situacion de nuestra cultura, podria esperarse. Muchas invenciones ingeniosas, tanto antiguas como modernas, fruto todas ellas de un profundo conocimiento de la enseñanza elemental, pudiéramos citar como debidas á España, si tal fuera nuestro propósito; en la actualidad acaba de aparecer un "Curso de letra universal", debido á D. Pedro Sebastiá Vila, que es una prueba irrecusable de nuestro aserto; más, á pesar de tan laudables esfuerzos, creemos pasará bastante tiempo antes de que veamos desaparecer el rutinarismo reinante en nuestra enseñanza elemental.

cuanto al arte de hacer prácticas las ideas valiosas y al de perfeccionarlas dia tras dia, con una admirable perseverancia, cuyos frutos envidian aún los pueblos mejor dotados. Hállase esto en armonía con el génio intelectual germano, tardo, sin duda, si se compara con el de nuestro pueblo, pero profundo en alto grado, por lo que, dado el interés con que ha sido atendido cuanto á la educacion general se refiere, no es mucho haya llegado al máximun de desarrollo que puede exigirse actualmente.

Si se compara en Prusia, Austria y Suiza la enseñanza profesional con la primaria, hállase una despreporcion monstruosa en favor de esta última, hasta el punto de parecer pobres los cursos de las cátedras universitarias y escasa la suma de conocimientos que en ellas se adquieren. En un artículo relativo á la instruccion científica en Suiza (1), tuvimos ocasion de ocuparnos de este asunto é hicimos notar con tal motivo, que al lado del programa de las *escuelas públicas*, *escuelas secundarias rurales* y las *complementarias* y *secundarias superiores* del bello sexo, el cuadro de asignaturas de la Universidad aparece, sin duda, muy poco extenso. El programa impuesto por la ley como mínimum para la primera enseñanza en aquel país comprende la lectura, escritura, lenguas francesa y alemana, aritmética, nociones prácticas de geometría, geografía é historia natural; y para las niñas las labores propias del sexo. En las escuelas públicas, este cuadro se completa con nociones de historia natural y de agricultura en los distritos rurales. Existen además en estas, escuelas secundarias, destinadas á dar un grado superior de enseñanza, pero en un sentido práctico y acomodado á las exigencias de cada localidad: muchas tienen su pequeño jardin consagrado á los ensayos de horticultura y de botánica. El Estado no abandona ni aun la instruccion del trabajador ó del campesino, y obliga á los regentes ó inspectores á dar conferencias y lecciones gratuitas á que deben asistir todos los mayores de trece años.

Contrasta, sin duda, con el programa de una instruccion general tan sólida, el cuadro de una facultad de ciencias, en que la mineralogía, la geología, la paleontología, la fitografía y otras

(1) "La enseñanza científica en Ginebra.»—Bol. de la Institucion Libre de Enseñanza.—Año II, núm. 23. 1878.

varias asignaturas no ocupan más que dos lecciones semanales durante un semestre. Para quien por cualquiera de estos ramos del saber se interese, es fácil calcular la extension con que pueden en tales límites ser expuestos. De un modo análogo se hallan repartidas las enseñanzas científicas en Austria y Prusia, y el mismo desnivel se advierte en ellas, señaladamente en las capitales de la primera, en favor de la cultura comun á todas las clases sociales.

En opinion de algunos, esta extension relativa de la instruccion general en los pueblos germanos es causa de un hecho de la mayor importancia social, y que debemos consignar porque combate algunos errores muy arraigados: tal es el de que, en nuestros países latinos, el número de hombres eminentes de primera talla, si vale la expresion, es relativa, y acaso aún absolutamente más considerable que en las naciones germanas. Francia é Italia cuentan con un número de lumbreras de las ciencias, las letras y las artes que supera numéricamente al de Prusia misma, no obstante la alta estima en que se tiene actualmente á cuantas individualidades descuellan en el imperio aleman. En punto á España, todos conocemos gran número de nombres ilustres, honra de nuestro país, y aun pudiéramos mencionar otros que son más conocidos que en él, en los países extranjeros. Y, sin embargo, no son estos pueblos latinos los más adelantados. Donde la cultura general es suficiente para que las medianías—que en toda clase de cosas componen el mayor número—puedan constituir un público que lea y se interese por las ideas y las producciones de los mejor dotados, la obra de éstos es fecunda, su existencia posible y surgen medios por todas partes que cooperan á los altos fines de la vida científica; pero donde, como desgraciadamente acontece entre nosotros, la generalidad se halla tan poco iniciada, que los más trascendentales problemas le son desconocidos, el sábio enmudece ó se ve precisado á vestir su obra en lengua extranjera y hacerla buscar en el destierro el calor de la vida.

El objeto de estas consideraciones no es otro que confirmar más y más la conviccion, generalizada ya, de la importancia que la enseñanza elemental encierra y de su superioridad aun respecto de la misma instruccion profesional, mostrando cómo radica en aquella y no en la existencia de individualidades eminentes la

cultura de Alemania, á la que los pueblos latinos difieren casi de comun acuerdo. Ahora bien; unos y otros países tienen igualmente escuelas y en unas y otras se estudian con corta diferencia las mismas materias; si alguna diversidad existe en punto á capacidad intelectual, á prontitud en comprender, tal diversidad está en nuestro favor: ¿cuál es, pues, la razon de que en los pueblos germanos se aprenda más, sino la manera como en ellos se enseña?

No es nuestro ánimo hacer una exposicion del sistema Froebel, que felizmente ha preocupado ya entre nosotros y ha sido objeto de exposiciones, artículos y ensayos prácticos. Lo que al presente nos importa hacer notar es el alto sentido que revela en punto á instruccion primaria un artificio tan admirable y sobre todo insistir en que es el hijo natural de las opiniones reinantes en los pueblos germánicos sobre tan vitales y trascendentales problemas. En los países latinos, al contrario, se entiende que estudiar ha de ser forzosamente la antitésis de jugar, y llevado este principio á la práctica, se obliga al párvulo en tanto que aprende á un reposo material abiertamente contrario á los principios de la higiene y á la natural y expontánea movilidad del cuerpo del niño. Por lo que respecta á la esfera moral y social, no es ménos fatal, en nuestra raza, el error que hace entender á las pobres criaturas, sometidas á semejante disciplina, que el estudio es un castigo puesto que se les impone como tal, con verdadero carácter de sancion, como para expiar sus faltas. ¡Piénsese en las consecuencias que puede acarrear el educar generaciones enteras bajo la preocupacion de que el trabajo,—y el intelectual señaladamente,—constituye la mision de los díscolos ó perezosos!

El sistema Frœbel es el que ha puesto más de relieve las imperfecciones del método latino de enseñanza. Este sistema, constituyendo un todo armónico, lleva á la práctica, de un modo completo, principios superiores que son uno de los mayores timbres de gloria de los pueblos germanos. Y sin embargo,—forzoso es decirlo,—aquella combinacion de métodos particulares no es siempre aplicable en su integridad, tanto por exigir una cantidad de material de enseñanza considerable y locales muy espaciosos, cuanto por la dificultad de contar con personas bastante competentes y dotadas del exquisito celo que la aplicacion de aquel

sistema supone en el maestro. Pero lo que importa sobre todo, á no dudarlo, es que sus fundamentos se respeten y que, en lo posible, las prácticas de cada establecimiento ó escuela grande ó pequeña, bien dotada ó pobre, se dirijan en aquel sentido salvador (1). Así hemos tenido ocasion de verlo realizado en la populosa y culta Viena: indicaremos algunos procedimientos fáciles de enseñanza allí empleados y que creemos enteramente aplicables en nuestros establecimientos, por no exigir aumento alguno de gasto material.

La geografía, por ejemplo, se enseña en nuestras escuelas por medio de mapas,—en las que los tienen,—que se ven en clase, despues que el alumno ha estudiado en un libro de texto la descripcion de la comarca ó del país que le han sido señalados como leccion. Se comienza mostrando el *Mapa mundi*, despues la carta de Europa, y finalmente, la de España; los planos locales no entran por nada en el estudio descriptivo en los establecimientos de

---

(1) Gran número de los procedimientos de enseñanza elemental, acreditados ya, por una experiencia feliz, en los países más cultos de Europa, pero completamente desconocidos hasta aquí en el nuestro, han sido iniciados por vez primera entre nosotros, en la Escuela de instruccion primaria inaugurada en el presente curso por la Institucion libre de Enseñanza. El establecimiento de esta Escuela se halla, sin duda alguna, destinado á completar íntegramente el pensamiento tan fecundo para la cultura pátria, que ha guiado á aquella fundacion, la más importante entre las de su género que ha producido en nuestro país la iniciativa individual.—Hé aquí en qué términos dá cuenta el *Boletin* de dicha Institucion, (núm. 43, correspondiente al 30 de Noviembre de 1878, seccion de noticias), del establecimiento de la nueva Escuela y de los métodos en ella adoptados, métodos que, como notarán fácilmente nuestros lectores, coinciden en un todo con los expuestos por nosotros á continuacion, y reconocidos hoy como únicos eficaces por los grandes pedagogos de Suiza y de Alemania:

"Con la experiencia de que los estudios de segunda enseñanza ó se convierten en rudimentarios ó no pueden dar los frutos debidos, cuando falta á los alumnos (como sucede casi siempre) una sólida instruccion primaria, la *Institucion libre* ha inaugurado este año una Escuela para poder tener la garantía de que los discípulos que salgan de ella llevan la preparacion suficiente. Dos profesores, licenciados en letras, están al frente de ella, dándose allí toda la primera enseñanza elemental y superior, solo con exclusion de la de párvulos. Dicho se está que los procedimientos pedagógicos empleados son los admitidos hoy ya como más racionales: enseñanza intuitiva; que el niño nada aprenda abstractamente, sino viendo y tocando el objeto mismo; que no esté quieto más que el tiempo estrictamente preciso, aprovechando su incansable actividad, para que *aprenda jugando*; segun la máxima de Froebel. El niño trabaja en la escuela, únicamente (de nueve á doce de la mañana y de dos á cuatro de la tarde) no llevando á su casa esos enojosos *deberes*, que quitándole el tiempo que para sus entretenimientos necesita; le hacen odiar la clase y mirar el trabajo como una gran pena. El *libro de texto* queda des-

los pueblos latinos. En suma, se procede para hacer comprender al alumno la distribucion de los elementos superficiales del planeta, de lo desconocido á lo conocido y el deplorable éxito de tal sistema es sobrado lamentado ya, para que insistamos ahora en ponerle más de relieve.

En las escuelas de Viena el proceso es precisamente el inverso: despues de enseñar al principiante cuáles son los puntos cardinales y dónde se señalan en los mapas, se le hace trazar en el encerado un plano hecho por él de memoria,—y naturalmente muy imperfecto,—del barrio que le sea mejor conocido. El profesor corrige este primer bosquejo, fija en la imaginacion del alumno la direccion y posicion de las principales arterias, y le encomienda, para el dia siguiente, diseñar de memoria en su casa aquel mismo plano. Cuando el discípulo ha adquirido de este modo una nocion sólida de lo que es un plano, pasa al estudio de su provincia, y de este modo sucesivamente al de su país, al de Europa y al *Mapamundi*, en fin. Los frutos de un proceso tan racional son verdaderamente envidiables: los conocimientos adquiridos son tan sólidos y estables, que se puede afirmar que no se borrarán nunca; y sorprende ver cómo esos niños consultan el plano de la ciudad con

---

terrado en absoluto: consejo, por cierto, que *ni uno solo* de los hombres eminentes que han dado en París conferencias pedagógicas con motivo de la reciente Exposicion, ha dejado de hacer á los maestros.

La enseñanza es toda oral, nunca de pura memoria; acostumbrando al niño á que piense por sí, puesto que "no es necesario ser *dogmatico* con él (afirma el ilustre Bréal), sino *claro* y *preciso*;" los ejercicios, constantemente variados y con carácter siempre descriptivo y práctico, para que el niño se interese y no se canse. Los maestros, con este sistema, tienen que trabajar, no sólo en clase, sino en la preparacion de lecciones, mucho más de lo que de ordinario se exige; pero "no es lícito hacer perder tiempo y trabajo al niño por ahorrárselo al maestro;" ha dicho Brouard. En cuanto al material, la escuela tiene suficiente para todas sus clases, habiendo adquirido últimamente algunos de los útiles que más éxito han logrado en la Exposicion de París, en especial para la geografía y el dibujo, y los Gabinetes y Biblioteca de la *Institucion* le prestan además cuanto es necesario para que el niño maneje cuerpos sólidos de geometría, minerales, productos de la naturaleza y de la industria, aparatos físicos y mecánicos, etc., etc. Se disponen excursiones á los Museos, al Botánico y al campo..."

No podemos ménos de felicitarnos y felicitar al propio tiempo á nuestro país, por la inauguracion de un Establecimiento de tan notoria utilidad, y que, á seguir por la senda que ha iniciado, llegará á ser en breve una verdadera Escuela modelo, por cuyo medio penetren entre nosotros las grandes reformas realizadas en este primer grado de la instruccion por los pueblos más cultos del mundo, y de que tan necesitada se halla todavía nuestra enseñanza elemental.

una seguridad admirable, para buscar en él las calles ó los caminos más cortos. Un amigo nuestro, francés, persona muy distinguida, nos decia con este motivo, que se avergonzaba ante la idea de que su hija,—niña de seis años que asiste á las escuelas públicas de Viena,—pudiera sospechar que él no sabia dónde está el Norte en París donde ha vivido once años.

De una manera análoga expone el maestro al niño que por primera vez asiste á la escuela, los principios de la geometría, de las ciencias físicas y naturales, despertando su curiosidad en presencia de formas y de objetos. Cuando éstos, así como los mapas de que hablábamos, encierran para él una significacion real, y no son, como para nuestros párvulos, adornos de estilo oriental, y cuando ya tiene una nocion vaga del asunto de las ciencias, el profesor le da libros elementales, escritos *ad hoc*, de los cuales haremos luego más especial mencion. Aun en esta fase, pero sobre todo en la anterior, la pizarra constituye la Biblia del principiante en Alemania: acostumbrado á dar forma esquemática á sus pensamientes y á tomar nota de las ideas capitales, el rigor científico,—que hasta los manuales más sumarios tienen que revestir forzosamente,—no constituye para él un obstáculo insuperable que estorba el libre vuelo de su inteligencia, sino una senda trazada para llegar antes al término deseado. Tal es, al ménos, el criterio dominante entre los pedagogos alemanes, que dan mucha importancia á esta preparacion prévia, para introducir los espíritus, completamente vírgenes, en el rigorismo de los libros.

En general, la tendencia en los países germanos, en contraposicion á los latinos, es la de que el alumno haga todo su estudio en el establecimiento de enseñanza, quedando completamente libre de faenas cuando marcha al lado de su familia. Hé aquí una cuestion poco tratada entre nosotros, y que á nuestra cuenta tiene, sin embargo, una inmensa trascendencia. No se trata sólo de que la preparacion hecha en el hogar es de índole mecánica y agena á toda disciplina del pensamiento, porque la fantasía, en tales circustancias, se halla ocupada con la presencia de los objetos y séres queridos; ni tampoco del riesgo más manifiesto de tal sistema, á saber; la falta de consulta y direccion para el alumno que estudia sólo: la cuestion para nosotros capital en tal respecto, no es, en fin, meramente pedagógica. Si la educacion escolar ha de ser la

preparacion del hombre para el cumplimiento de sus ulteriores destinos, lo primero que importa aprenda es á darse atinada y preferentemente á su familia, y despues la justa proporcion y relacion entre el trabajo y el descanso. No aspiremos á aumentar el número, felizmente corto, de esas criaturas para quienes no hay atractivo en los más dulces lazos de la vida, y que se alejan de sus parientes y de sus amigos para devorar los libros noche y dia. Y sin embargo, esta es la meta de nuestro sistema de enseñanza, y seria su resultado constante si la naturaleza misma, de una parte, y la aridez de nuestros métodos de otra, no se encargáran de volver al niño á la verdadera vida expontánea que se trata de atrofiar en él.

Tambien son muy claras las ideas de los pedagogos alemanes en punto á la importancia relativa de la lectura y escritura con respecto á las otras enseñanzas elementales. Aquellas,—que en el sistema antiguo componian con la aritmética (mejor *las cuentas*) y la gramática, toda la instruccion elemental,—son el medio indispensable para todo trabajo ulterior, pero, como puro medio, no dejan en la inteligencia ninguna huella, ni contribuyen por sí solas en nada al cultivo del espíritu. Esta es la razon por la cual el conocimiento de las letras no basta para constituir al lector, y son tan escasos los que pueden merecer este nombre, en países como los nuestros, en que existen tantas personas que no han aprendido otra cosa (1).

En Viena, como hemos indicado, una vez que el alumno conoce el mecanismo de la lectura y posee ideas generales, pero reales al mismo tiempo, sobre el asunto de las ciencias de más absoluta necesidad para su cultura, recibe los libros elementales, que tienen para él un atractivo y una claridad de que no le ofrecerian seguramente si le fuera de todo punto desconocido el asunto sobre que versan. Hay aún otra razon para que estos compendios sean más inteligibles para el niño en estos pueblos que en los nuestros,

---

(1) Con gran placer hemos visto que por la iniciativa de D. Francisco de Asis Pacheco, se trata de crear una clase de lectura en el Conservatorio de Música. Pocas creaciones tan poco dispendiosas, pueden contribuir en tan alto grado como esta á la cultura de nuestro país, donde hay muchas más personas capaces de escribir magistralmente en prosa ó verso, que de saber leer artísticamente sus propias producciones.

y es la de que una gran parte de los nombres técnicos se hallan traducidos á la lengua alemana.

Es una gran dificultad para nuestros párvulos la de tener que aprender esas palabras compuestas de raíces griegas, que disuenan completamente á sus oidos españoles, y que nada les dicen de la naturaleza de las ideas ú objetos á que se aplican. En estos países, por el contrario, el nombre corresponde de tal manera al pensamiento, que no tiene el alumno que hacer ningun esfuerzo para aprenderle; el polígono, por ejemplo, se llama en aleman *muchos ángulos (Vieleck)*, y el ángulo *esquina (Winkel)*, el azoe *axfisiante (Stickftoff)*, el oxígeno *sustancia del ácido (Sancrstoff)*, y de análogo modo la mayoría de los nombres técnicos de más uso tienen sus correspondientes en la lengua materna. Aquellos que han de completar más tarde su educacion en los gimnasios, aprenderán, despues de conocer las lenguas muertas, los nombres técnicos con ellas formados, como un complemento de su instruccion, pero no como cosa indispensable para su preliminar cultura.

La cuestion de nomenclatura tiene, pues, como se vé, mucha importancia para comparar, con conocimiento de causa, el carácter que presenta la instruccion en los pueblos latinos y germanos. Y es esta tal en nuestro sentir, que pensamos valdría la pena de buscar y usar palabras castizas, que suplieran á los términos técnicos, cuando se trata de la enseñanza de las escuelas primarias.

El lenguaje en el que los libros de texto alemanes están escritos, es de una sencillez y claridad muy dignas de ser imitadas por los profesores que se dedican entre nosotros con especialidad á componer semejantes doctrinales. Reina generalmente la preocupacion de que la oscuridad, que con tanta frecuencia se advierte en las obras alemanas, es el resultado del desconocimiento que tenemos los latinos del génio de aquel idioma. No es esta en realidad la principal causa. En Alemania domina mucho entre los escritores el gongorismo, que felizmente va pasando ya de moda, á medida que decae la tendencia metafísica,—casi completamente muerta;—esos escritos que encontramos impenetrables, son casi igualmente ininteligibles para los alemanes mismos, y el idioma de los libros popularizadores y los de texto, está completamente espurgado de conceptuosidades y construcciones gramaticales alambicadas.

Reasumiendo lo que á este particular se refiere, se vé palmariamente una muy diferente manera de apreciar la importancia de los textos en los países germanos con respecto á los latinos. En éstos el principiante recibe desde luego un libro, y ulteriormente, en todos los grados posteriores de enseñanza, hasta en las asignaturas mismas del doctorado, se vale el alumno del mismo modo de obras escritas *ad hoc*, y, en general, préviamente analizadas por cuerpos docentes de carácter oficial. En algunos países no latinos, en Suiza, por ejemplo, dominan precisamente ideas contrarias á este sentido: créese que la iniciativa y direccion del profesor, necesariamente menoscabadas por aquel sistema, deben ser ilimitadas, si ha de alcanzar el debido cumplimiento el fin de la enseñanza, de la científica sobre todo; y se atribuye al empleo del método indicado el rutinarismo reinante en la enseñanza francesa. Para los que así piensan, los doctrinales tienen el inconveniente de que están envejeciéndose constantemente, no porque en la marcha de la ciencia se halle cada dia una idea que refutar y otra provisional que admitir, segun algunos escépticos ignorantes afirman, sino porque la importancia relativa de las cuestiones, varía á compás de cada progreso aislado que viene á influir en el armónico conjunto. Cuando se descubre la ley general, el principio comun á muchos fenómenos, la exposicion detallada de éstos es ménos importante, y la forma en que debe hacerse totalmente nueva. Antes, por ejemplo, de ser conocida la moderna teoría celular, sabíase mucho respecto á los caractéres y propiedades de diversos tejidos: este material no ha sido anulado ni desmentido por los progresos debidos al microscopio, pero sí muy modificados los conceptos relativos á la conexion de las notas antes acumuladas por anatómicos laboriosos. Ahora bien, como quiera que estas grandes cuestiones generales son las que de un modo sobresaliente deben sintetizarse en los manuales, y como el asunto de estos es tan vasto, encuéntranse más expuestos estos tratados elementales á hacerse en breve caducos, que las obras especiales y monográficas.

En los gimnasios suizos, cada alumno toma al oido y apunta en su cuaderno el resúmen de las explicaciones orales, y este cuaderno constituye su doctrinal. Los profesores de este país hacen valer otras razones, á más de las expuestas, en favor de tal sistema: de una parte lo que contribuye á la seriedad y disciplina pro-

pia de las clases, y de otra la necesidad que impone al oyente de atender reflexivamente; pues que forzosamente lo que se escribe ha de ser antes comprendido, ya que no hay posibilidad de revestirlo de forma de otra suerte. Sin duda que los comienzos son, de este modo, penosos para el alumno; objecion que desde luego se ocurre, y exigen por parte del profesor una intervencion y revision cuidadosas; mas los frutos por tal medio obtenidos, parecen compensar, en lo sucesivo, estas primeras dificultades. Durante nuestro ejercicio en la enseñanza oficial, en la que nos hemos visto precisados á hacer formar cuadernos á los alumnos, hemos tropezado con los escollos que quedan indicados; esto es, que aquellos apuntes no tenian ni la fidelidad ni la forma que son necesarias para estudiar en ellos con provecho; mas, fuerza es decirlo, la falta de una enseñanza elemental suficiente, es la causa única y exclusiva de la dificultad que los discípulos encuentran para tomar acertadamente sus notas; hasta ahora no hemos visto que se exija un ejercicio de escritura al dictado al que aspira á ingresar en la enseñanza secundaria, ni las leyes de instruccion pública previenen, entre nosotros, cuantos requisitos debieran ser exigidos para evitar se den casos que todos conocen, de doctores, competentes sin duda en sus profesiones, pero ineptos para leer un libro con entonacion y sentido, ó para escribir una carta con regular estilo é irreprochable ortografía.

Las personas cultas que han hecho en Suiza sus estudios, están de tal manera acostumbradas á condensar por escrito las explicaciones y discursos, que sorprende ver en las conferencias públicas, el gran número de oyentes de ambos sexos que pasan tomando apuntes todo el tiempo que dura la leccion. Este ejercicio, que entre nosotros sería estimado como excesivamente penoso, es, por el contrario para ellos, un medio agradable de mantener la atencion.

Por lo que hace á Alemania, data de poco tiempo la perfeccion de los estudios elementales que hoy admiramos en ella, por más que, con grande anticipacion, sus pedagogos se hayan preocupado de tan vital cuestion. En este como en otros tantos respectos, el pensamiento de los sábios sirve de faro que indica el término del viaje y los escollos de que hay que precaverse, y cuando se ha llegado al fin, se olvida fácilmente la luz que señaló la ruta.

La generacion presente, que con no escasa injusticia recuerda apenas los nombres de los que se han afanado por lograr la propagacion de la instruccion, no ha disfrutado, ni aun en este país, de los privilegios que están reservados aquí á las venideras. Afirmacion es esta que choca con la idea corriente entre nosotros del carácter enciclopédico de la cultura alemana, muy exagerado, á nuestro juicio, por un efecto de distancia; para comprobar con un dato nada sospechoso tal opinion, y hacer ver que no es resultado de una ligera impresion de viajero, reproducimos el siguiente párrafo de una obra popular de química, destinado á poner de relieve lo carente é insistemático de la antigua educacion alemana:

"No queremos averiguar los motivos por los cuales hay tantas personas educadas, enteramente ignorantes en este ramo de la ciencia. Desgraciadamente en nuestras altas escuelas y en nuestras Academias, se enseñan solo las lenguas muertas y los libros escritos en ellas, así es que el estudiante más aprovechado ha tenido que ocuparse preferentemente de este saber muerto. Si actualmente se ha iniciado por muchas personas la tendencia á adquirir conocimientos de la Naturaleza eternamente viva, hay en tambio otras que rechazan la idea de comenzar, en una edad madura, á ocuparse, como párvulos, de los rudimentos de la ciencia natural. No pudiendo explicarse los fenómenos naturales, se limitan á decirse: "son procesos químicos," y se consuelan pensando que hay muchos sábios más versados en la lengua de los hotentotes, que en lo más esencial de la química (1).

Tal estado de cosas está llamado á desaparecer y en la justa proporcion y medida, se dá hoy á las ciencias de la Naturaleza en cada grado de enseñanza el lugar que necesitan y merecen como elementos de la cultura humana. La reforma completa en tal sentido, se manifiesta sobre todo en lo que toca á la enseñanza secundaria, cuya organizacion en Austria nos parece el bello ideal de lo que en el estado presente puede desearse. La extension y el carácter del presente taabajo nos impiden entrar en detalles sobre este particular, pero no queremos pasar en silencio una

(1) *Naturwissenschaftliche Volksbücher:* III; *Ein wenig Chemie.* Berlin 1861.

cuestion que creemos fundamental, relativa á dicho período de estudios.

Segun la organizacion de nuestros Institutos, análoga á la de los otros pueblos latinos, el alumno estudia una série de asignaturas dispuestas en un órden de sucesion que el Estado determina; de esta suerte, despues de concluir y merecer la aprobacion en las materias que son objeto de un año escolar, se procede al comienzo de otras nuevas que constituyen el asunto de otro y así sucesivamente. Las consecuencias perniciosas de este método son generalmente reconocidas en Alemania por todas las eminencias que consagran sus desvelos á la solucion de tan importantes cuestiones: de una parte se limita de este modo el tiempo en que cada asignatura ha de ser expuesta, de manera que el profesor se encuentra totalmente encerrado en los más estrechos límites, y si una contingencia cualquiera roba de estos cursos tan determinado cierto número de dias, el tiempo perdido no puede recobrarse ya, y resulta, en último término, inevitable daño y menoscabo en la instruccion del alumno. El año, tristemente memorable, en que sufrimos la última epidemia colérica, tuvimos ocasion de palpar tales inconvenientes: el término del curso llegó sin que ninguna asignatura hubiera sido trabajada convenientemente, y muchos estudiantes concibieron la idea,—verdaderamente peregrina, pero no absurda en tales circunstancias,—de solicitar del Gobierno una aprobacion general de todos los estudios *hechos* en el país durante tan infausto curso. Pero supongamos que, marchando todo normalmente, lo mismo los acontecimientos públicos que la salud inalterable de profesor y discípulos, las asignaturas correspondientes al año académico han sido convenientemente estudiadas; ¿cuál será la consecuencia de abandonarlas despues por completo para entregarse el alumno al conocimiento de otras nuevas, sino la de empeñarse en el estéril trabajo de aprender para olvidar, de tejer y destejer sin fin? Es verdad que, procurando el legislador obviar tales inconvenientes, ha instituido exámenes generales al final, sin los que la aprobacion de cada asignatura en particular no tiene validez de ninguna especie; pero estos ejercicios del grado de bachiller, que se hacen en el mismo año en que termina el aspirante los estudios correspondientes á dicho grado, no pueden representar un trabajo de reflexion sobre lo

antes conocido, ni remediar, sino muy parcialmente el mal, y esto por el medio singularmente anómalo de desaprobar, en un segundo exámen, al mismo que habia sido ya declarado apto en uno anterior.

En los gimnasios suizos se sigue el procedimiento precisamente inverso en todos sus términos: el alumno comienza á estudiar desde el primer año los rudimentos de todas las materias que constituyen la enseñanza secundaria; en cada período,—sea semestre ó año escolar, que esto es indiferente,—adelanta en las mismas materias y continúa sucesivamente hasta llegar al término de todas ellas en el último. Es claro que, siendo numerosas las clases á que ha de asistir, algunas componen cursos de solo dos lecciones semanales, y cabe combinar el total de tal suerte, que al cabo del dia, permanezca en las cátedras el mismo tiempo que á ellas consagra entre nosotros.

Semejante método ofrece ventajas importantes sobre el nuestro. De una parte la insistencia sobre las mismas materias permite una elaboracion más reposada y firme en el espíritu, que no ha menester solo penetrar las ideas sino asimilárselas despues gradual y paulatinamente: el recuerdo constantemente reproducido de los principios fundamentales de la ciencia logra imprimir así honda huella en el pensamiento, y los nuevos materiales se depositan paulatina y sólidamente sobre un cimiento siempre atendido. Por otro lado, la iniciativa que el método progresivo en cuestion deja en manos del profesor, permite reparar en un curso las deficiencias del anterior y poner al maestro y á los discípulos á cubierto del elemento accidental que puede producir perturbaciones tan lamentables como las que hemos señalado entre nosotros. Se presta tambien semejante sistema á disminuir mucho el número de catedráticos que enseñan á un mismo alumno, y á que sólo tres, por ejemplo, comiencen á instruirle en los asuntos que desarrollan sucesivamente hasta el período definitivo. De este modo el principiante no tiene necesidad de emplear cada año el esfuerzo y el tiempo que le cuesta el acostumbrarse á una nueva forma de exposicion y á un nuevo método.

Debe notarse que, tal era tambien el procedimiento empleado en nuestras clásicas Universidades y en la instruccion, que, ora en los conventos, ora por profesores libres, recibian los jóvenes an-

tes de la reforma de la enseñanza; desde esta época planes numerosos se suceden en perjuicio de las familias y sin responder á ninguna idea fundamentalmente nueva, como variaciones esteriles sobre un tema siempre igual, que no es otro que el sistema francés. Frecuentemente se oye decir entre nosotros á ancianos ilustrados, que la instruccion antigua, aunque inferior á la actual en extension y cantidad, le superaba mucho en punto á solidez, y á no dudarlo, si hoy nuestra juventud goza de una mayor cultura, no puede presumir de poseer á fondo conocimiento alguno, si no ha hecho estudios especiales por su cuenta. Los grandes latinistas, teólogos y jurisconsultos antiguos, eran, por el contrario, hijos legítimos de la Universidad.

En general, nuestras modificaciones en punto á instruccion pública,—como en otros ramos,—no responden á una transaccion y justo medio entre elementos que nos pertenecen, y lo que del extranjero debe tomarse, buscando entre esto lo mejor y no lo que nos sea más fácil conocer. Una consecuencia lógica del vicioso procedimiento observado en este punto es nuestro sistema de enseñanza secundaria, que siguiendo su evolucion natural, se hubiera trasformado en los gimnasios que admiramos en Suiza, en vez de esos Institutos á la francesa tomados de un modelo que Francia misma está ya hoy reformando completamente con el más plausible interés. Creemos, por tanto, que una modificacion en el expresado sentido, sobre tener en España un abolengo que la haga comprensible y simpática, puede realizarse sin daño de nadie, y sin aumento ni disminucion del personal docente, tan celoso como competente por fortuna, no obstante lo mezquino y con frecuencia tambien lo irregular, y aun precario á veces, de la retribucion que recibe.

Para terminar este género de cuestiones, haremos mérito de una muy capital que es la que se refiere á sí las lenguas deben ó no formar parte de la enseñanza oficial. Las opiniones se hallan aquí divididas, no sólo respecto al problema en general, sino tambien en punto á la relativa importancia de las lenguas vivas y de las muertas; pero únicamente en nuestro país la enseñanza oficial del latin ha llegado á ser una cuestion casi de partido. A nuestro juicio, el estudio de dicho idioma en la segunda enseñanza, responde á exigencias de diferente carácter, y su interés no se limita

al del conocimiento del mismo. Las ventajas de su estudio, en este grado de la enseñanza, son, en nuestro sentir, las siguientes: 1.°, proporciona un medio insustituible de hacer comprender al jóven los principios de la gramática, que es sabido se penetran mucho mejor mediante el estudio de una lengua extranjera que mediante el de la propia; dichos principios pueden aplicarse á esta despues por un trabajo insensible de reflexion, y ayudar á conocer debidamente las reglas ortográficas y sintáxicas del castellano. 2.°, el conocimiento, siquiera sea muy superficial, de los clásicos, le prepara para comprender, en su dia, las mayores delicadezas literarias, y va haciendo sonar en su oido los nombres de los sábios y héroes de la antigüedad que han de ser repetidos á través de las generaciones, preparándose para ulteriores estudios históricos y literarios. 3.°, sirve de ocasion al profesor para narrar á sus oyentes pasages instructivos y fijar su atencion en trozos escojidos, y en suma, para dirigir la educacion de su espíritu, falto tadavía de pulimento. 4.°, finalmente, aún en el caso de que el latin aprendido sea insuficiente para poder traducir por sí los poetas y aún los buenos prosistas romanos, siempre queda una idea suficiente de esta hermosa lengua, para entender este latin de uso indispensable en la vida, independientemente del que para la mayoría de las profesiones científicas se necesita.

En punto á las lenguas vivas en todas partes se conviene hoy en la necesidad de su conocimiento, aún en Inglaterra misma, que es el país más refractario á semejante estudio; pero es controvertible si este debe hacerse ó nó en la enseñanza oficial, tanto por su carácter poco científico como por el escaso fruto que de él se obtiene en tales condiciones. La direccion del profesor para tal objeto necesita ser individual, lo cual distingue radicalmente á esta de todas las otras materias que se aprenden en las cátedras, y de aquí que la experiencia haya mostrado la verdadera imposibilidad de hacer llegar á una colectividad á la posesion de un idioma extranjero, ni aún de una manera imperfecta: los ensayos llevados á cabo en las escuelas especiales, nacionales y extranjeras, y el del establecimiento del francés en los Institutos, son buena prueba de lo que dejamos notado. Pero como, de otra parte, una observacion prolongada ha mostrado que, por regla general, el estudiante carece de iniciativa y no aprende más que aquello

á que le obligan las exigencias oficiales, convendría establecer una prueba de conocimiento del francés por lo ménos, ya que no del aleman, para ingresar en los estudios facultativos.

En Suiza,—donde la diversidad de lenguas que en el país se hablan produce tan grandes dificultades para todas las relaciones sociales y políticas,—la fuerza de las cosas ha hecho que el estudio de la lengua constituya un objeto de atencion preferente y llegue al más alto grado de perfeccion. En aquel país, todos los párvulos aprenden en la escuela el francés y el aleman, supliendo artificialmente el Estado de este modo la falta de unidad de idioma. En Ginebra, el maestro hace aprender al párvulo que ignora totalmente la lengua alemana, un cierto número de palabras por dia; cuando conoce una cantidad suficiente y llega á un curso más adelantado, destina una hora al ejercicio que llaman allí de *repeticion* y que consiste en explicar en francés temas alemanes que el docente les dá; y, en fin, en un último período, asiste á la escuela *alemana* que hay en la misma ciudad, donde sólo se habla dicho idioma. El fruto de tan excelente práctica es la formacion de generaciones que poseen á fondo dos idiomas y para quienes están, por tanto, abiertos inmensos horizontes en la esfera literaria; esta es, á no dudarlo, la razon de la superioridad y del carácter enciclopédico del movimiento científico suizo, que participa de las ventajas del aleman y del francés.

El estudio de los idiomas tiene un interés teórico y práctico á la vez, pues, como ha dicho Goethe, el que no sabe una lengua extranjera, no conoce tampoco la propia.

Para reasumir lo que se refiere á la comparacion de los principios y método de enseñanza entre los pueblos germanos y los latinos, diremos solo que la superioridad de los primeros radica en fundarse en la propia naturaleza humana. Si en el niño predomina la memoria, así como en el adulto la reflexion y la razon, deberá ocuparse al primero en el estudio de las lenguas y en otros de naturaleza mecánica, dándole solo de los restantes conocimientos las nociones que están á su alcance: el estudio de la gramática, tal como se hace entre nosotros y en Francia é Italia, reclama, por el contrario, por su índole metafísica y escolástica, un juicio maduro y una inteligencia educada. Es doloroso ver el escaso número de personas que en nuestro país poseen á fondo una lengua

extranjera, siendo tan grande el de los que las estudian, y esto por la sola razon de no haber comenzado desde la infancia y empleando el método más sensible y empírico, al paso que en Suiza ó en Viena,—donde todas las familias acomodadas tienen una institutriz francesa para sus hijos,—óyese hablar á los niños dos idiomas tan diversos con el acento propio de cada uno, y perfectamente penetrados de su espíritu. Cuando esto presenciamos no podemos ménos de recordar con pena las mortales horas de nuestra infancia empleadas en retener mecánicamente párrafos de libros que no entendíamos, ó en descifrar teoremas matemáticos que nos eran de todo punto impenetrables.

Reformas y muy grandes necesita nuestro sistema de enseñanza, que, dicho sea en honor de la verdad, camina, aunque lentamente hácia el progreso; pero creemos que la atencion de cuantos tienen interés por su mejoramiento debe aplicarse á buscar sus modelos en los países germanos y no, como se ha hecho generalmente hasta aquí, en pueblos que carecen de ideal más alto y de interés más profundo por la instruccion que el que á nosotros mismos anima.

II

Enseñanza de la mujer y del pueblo.

Pensamientos de Channing sobre la necesidad y fundamento de la instruccion general.—La instruccion general en los pueblos germanos y en los latinos.—La enseñanza obligatoria: su práctica en Suiza.—La enseñanza de la mujer en Suiza.—Papel de las ciencias en la instruccion popular.

Todos los hombres que sinceramente se interesan por el porvenir de la humanidad, sin distincion de creencias, partidos, ni banderas, convienen hoy en la necesidad de que la instruccion alcance á todas las clases de la sociedad, y en la mayor medida en que esto sea posible. Pero, si hemos de ser sinceros, aunque son tantos los que pregonan tal principio, pocos se dan clara cuenta de la razon misma por cuya virtud le sustentan, y sobre todo, de su fundamento real. Así se oye decir todos los dias que la educacion debe penetrar en la masa del pueblo como la preparacion para los diferentes oficios, ó como el medio más adecuado para que

este adquiera la idea exacta de sus deberes y de los límites en que se hallan contenidos sus derechos, sin buscar la razon del desarrollo de nuestras facultades en la propia naturaleza y dignidad de las mismas, y no en su aplicacion material ó moral.

Como quiera que semejante cuestion es la capital en punto á instruccion pública, vamos á permitirnos reproducir algunas ideas del gran moralista y filósofo norte-americano Channing (1), con el que ninguno de los modernos pensadores que nos son conocidos puede rivalizar en altura de ideas, y sobre todo, en claridad de exposicion.

"El hombre debe ser instruido, porque es hombre, y no en razon del oficio que en la sociedad desempeñe fabricando zapatos, clavos ó agujas. Semejante mecanismo no es evidentemente el fin de su existencia, porque el espíritu no se encierra únicamente en él ni emplea las fuerzas todas de su pensamiento. El hombre tiene facultades que dicho trabajo no pone en juego; necesidades profundas que no satisface. Muchos poemas y sistemas trascedentales que han hecho ruido en el mundo, han sido producidos en el taller ó en medio de los trabajos campestres. ¡Cuántas veces mientras los brazos se ocupan maquinalmente en un oficio, el espíritu, perdido en la meditacion y el ensueño, se escapa de la tierra! ¡Cuántas veces el corazon piadoso de la mujer mezcla el más grande todos los pensamientos, el de Dios, en los detalles domésticos! Sin duda, que cada uno debe perfeccionarse en su profesion, por que esta es la destinada á proporcionarle su pan y á hacerle útil á la sociedad; pero el pan ó la subsistencia, no constituyen nuestro supremo bien, pues de ser así, nuestra suerte sería más dura que la de los animales, para los cuales la naturaleza se encarga de servir la mesa y teger el vestido."

"El hombre no ha venido al mundo tampoco para servir únicamente á las necesidades de la sociedad. No se puede, sin grande injusticia, convertir al prójimo en simple instrumento de satisfaccion, porque éste es un sér racional y moral, que representa necesariamente un fin y no un medio. Un espíritu en el que se han echado

(1) Muchos de sus escritos han sido traducidos por M. E. Laboulaye bajo el título de *Œuvres sociales*, á cuya fiel version nos atenemos en estas indicaciones.

los gérmenes de la inteligencia, del desinterés, de la constancia, de la piedad, vale más que todos los intereses materiales del mundo. Existe para sí mismo, para su propia perfeccion, y no para el cumplimiento de las necesidades de su naturaleza animal ó de la del prójimo.

"Espíritus ligeros ó egoistas, dicen que una educacion liberal es necesaria á los hombres llamados á desempeñar las altas funciones, pero no á los condenados á un trabajo vulgar."

"Yo respondo á esto, que el calificativo de hombre es mucho más grande que el de presidente ó rey."

".....El educar convenientemente un hijo, exije más profundidad de pensamiento, más saber acaso que el gobierno de un Estado; y esto porque los intereses y las necesidades políticas son más accesibles, más groseras, más sensibles que el desarrollo del pensamiento y del sentimiento, ó que las leyes sutiles del alma, que deben ser estudiadas y comprendidas, antes que la educacion del niño llegue á su término; y, sin embargo, todos los hombres están igualmente encargados de esta obra, la más grande que existe sobre la tierra. ¿Tenemos necesidad de una prueba más evidente de que la educacion más exquisita que pueda pensarse es necesaria por igual á toda nuestra raza?"

Nada nos es lícito añadir á tan elevadas consideraciones encaminadas á demostrar que en nuestros fines y en nuestra naturaleza misma por tanto, radica el fundamento de la necesidad de instruccion que ha de ser, por consecuencia general y humana; fuera de que, al lado de lo expuesto, pareceria pálido cuanto nosotros pudiéramos decir. Notaremos tan sólo que de tales principios y de la observacion más vulgar sobre la manera de producirse los sexos en el cumplimiento de su mision, cabe deducir el carácter que debe tener la instruccion que cada uno de ellos reciba. Siendo la influencia predominante de la mujer sobre los hijos principalmente educadora, ha menester aquella de una cumplida preparacion en este sentido; en tanto que el hombre, que ejerce una accion más directa sobre la inteligencia del niño, necesita, en consecuencia, poseer un mayor caudal de conocimientos que su esposa. Y esto independientemente, como dice Channing, de su profesion y medios de subsistencia, considerando en cada indivíduo en primer término, un padre de familia, y sólo en segundo un elemento productor.

Esta cuestion nos conduce como por la mano á otra muy de actualidad y sobre la que se ha dicho y escrito tanto en estos últimos años: la de la enseñanza obligatoria. Llevada á la práctica en unos países, ensayada parcialmente en otros y no intentada todavía en el resto, es, sin embargo, la enseñanza obligatoria admitida como una necesidad de nuestro tiempo, por comun asentimiento de los más ilustres pensadores de todos los pueblos. Y las naciones que se precian de poseer una organizacion más liberal, son precisamente las que han acogido y llevado á la práctica semejante sistema. Esta circunstancia ha sido considerada por algunos como una inconsecuencia: se ha afirmado que no cabe mayor ataque á la libertad individual, que el de forzar al padre á que su hijo aprenda, siendo así que esta esfera no toca al Estado sino que toda la responsabilidad recae natural y providencialmente sobre aquél. Veamos, pues, en qué razones se funda para resolver este aparente conflicto entre la libertad y la imposicion de la enseñanza, la escuela alemana.

Es manifiesto que cuando se trata del padre celoso que expontáneamente hubiera de enviar sus hijos á la escuela, el sistema de la enseñanza obligatoria no reviste el carácter de una imposicion, y sí sólo el de un medio ventajoso que le facilita el cumplimiento de su noble y racional propósito; la ley fuerza tan sólo al padre negligente, ó lo que es más comun, al tutor y encargado poco celoso del porvenir del niño que se halla confiado á su cuidado; ahora bien, tratándose de estos, la accion del poder público remedia ó castiga una infraccion lo mismo que cualquiera otra, amparando, en cuanto es posible al menor, y supliendo la falta de direccion paterna. La persona que responde de la educacion de un niño, ¿tiene derecho á dejarle yacer en la ignorancia, cerrando así la puerta para sus ulteriores aspiraciones? Si se censura y aun castiga en su caso, al que atenta contra la propia vida, por pretender destruir algo que no le corresponde, ¿por qué la ley no ha de tener sancion para el que conspira contra la inteligencia y el porvenir de otro, cuyo cuidado ha sido enteramente encomendado á su vigilancia y á su celo, que no á su negligencia ú obcecacion? Y cuenta, que el gérmen que no se ha puesto en el espíritu durante la infancia, no se desarrollará jamás, y que no es posible suplir lo entonces perdido.

La razon más general del descuido en la educacion de los hijos es la ignorancia de los padres, y tratándose del ignorante que atenta, sin saberlo, contra su inteligencia ó la de otros, la conducta del hombre y sobre todo la de la sociedad ilustrada, ha de ser lógicamente la misma que la del cuerdo respecto del demente: ¿entiende alguien que el que encierra á un loco ó á un ébrio atenta contra su libertad? Y en aquello que ignora, ¿no es tan irresponsable el ignorante como el loco? Impídase, pues, que la ignorancia del padre ó encargado dañe al porvenir intelectual y moral del niño, no sea que, por un respeto supersticioso á una libertad ciega que no tiene de tal más que el nombre, arriesguemos convertir esa ignorancia grosera en una especie de vinculacion hereditaria y permitamos que el arbitrio de un hombre destituido de luces, sirva de rémora al progreso social, y en su límite, á la obra de las generaciones.

Estas y otras razones hace valer la escuela alemana en pro de una institucion que, sobre fundarse en principios tan naturales, dá frutos tan envidiables en los países que la poseen. Abrígase además la esperanza de que llegará á ser innecesaria, mediante la cultura que esparcirá en todas las clases al cabo de un cierto tiempo, pues, como dice Steinberg, la enseñanza obligatoria es el camino que conduce á la potestativa.

En los pueblos germanos ha sido donde ha obtenido mejor acogida la doctrina de la instruccion forzosa bajo la custodia del Estado. Mas hay que hacer algunas distinciones en este punto: Austria, cuyas escuelas públicas de Viena y otros grandes centros nos han servido de modelo en punto á la excelencia de los métodos que en ellas se practican, tiene muy descuidada la enseñanza en los distritos rurales, hasta el extremo de que, superando la cifra de su poblacion de un modo tan enorme á la de la poblacion de España, el presupuesto de Instruccion pública es muy inferior al nuestro y el total de escuelas el mismo en ambos países (1). No

(1) La relacion es la siguiente:

Poblacion.	Gasto en instruccion segun poblacion.	Núm. de escuelas
España, 16 millones de habits.	2 55	20.000
Austria, 37 "	1.85	

Semejante dato prueba, como la mayor parte de los relativos al asunto que nos ocupa, que ni los que creen que somos los últimos de Europa en

sucede otro tanto en Prusia, donde es tradicional la cultura relativa del aldeano y las consiguientes respetuosas costumbres rurales: en una gran parte del país, como en Baviera, las propiedades están limitadas literalmente por una línea donde crece la yerba y que nunca se cultiva; por ambos lados el arado se detiene escrupulosamente delante de esta línea verde, que permanece intacta ni más ni ménos que si fuera un muro de piedra. Con este motivo dice un escritor aleman, que estas costumbres concuerdan constantemente con la propagacion de la enseñanza elemental en los distritos. Suiza debe contarse en todas las cuestiones relativas á instruccion, entre los países germanos,—como hemos venido haciéndolo en todo este ensayo,—pues, no sólo en los cantones en que se habla el aleman la influencia de Prusia y Austria se deja sentir más que la francesa, sino que en los otros, conocedores, como hemos dicho, de una y otra lengua, todas las simpatías tienden marcadamente hácia aquellos pueblos, cuya superioridad en el respecto que nos ocupa es manifiesta. Siendo la república helvética el representante más genuino del sistema de la enseñanza obligatoria, creemos procedente decir dos palabras sobre la manera cómo está en ella organizada.

Todos los niños residentes en Suiza, tanto nacionales como extranjeros, de seis á trece años, están obligados á recibir allí una instruccion primaria en las escuelas públicas ó privadas, pero siempre con arreglo á un plan y á una extension cuyo mínimun determina el Estado. Las escuelas públicas son enteramente gratuitas. La asistencia es forzosa, y responsables de ella los jefes de familia que, en el caso de consentir irregularidades, son condenados á prision despues de una advertencia prévia, aumentando sucesivamente la correccion en proporcion de las reincidencias. Como es fácil deducir de esto la severidad con que se lleva á la práctica en Suiza el método de la enseñanza obligatoria no deja nada que de-

---

todo, ni los que piensan que hemos llegado á la meta, están cerca de la verdad. Tenemos cimientos sobre qué edificar lo cual no es poco sin duda; dótense convenientemente de material y mejórense sucesivamente los locales de esas escuelas, y regularícese el pago de esos maestros celosos que, á través de las grandes vicisitudes por que vienen pasando, han conservado siempre sus puestos, como verdaderos mártires, y con esto sólo, habremos dado un gran paso.

sear, y esto contrasta notablemente con el carácter civil y humano de la misma, que no tiene el sello militar que Alemania imprime á todas sus instituciones.

Es claro que los beneficios de una cultura tan general no se obtienen sin esfuerzo ni sacrificio: el canton de Ginebra, cuya poblacion se eleva á 90.000 almas, tiene un presupuesto de 4.900.000 francos, de los cuales 1.000.000 se destina exclusivamente á la instruccion pública.

Los frutos de la propagacion consiguiente de la cultura se manifiestan en momentos como el presente, en que Suiza atraviesa una crísis económica terrible, y millares de obreros se encuentran sin trabajo, sin que por ello haya que lamentar allí violencias ni atentados de ninguna especie; este país supera á todos los del mundo en la cifra que representa las cartas escritas y los despachos que por él circulan, aventajando con mucho hasta á las naciones comerciales como Inglaterra y los Estados-Unidos, y, en fin, solo en Ginebra pueden verse los járdines públicos libres de guardas y garantizados por esta sola advertencia: «este paseo se pone bajo la custodia del público.»

A decir verdad la enseñanza obligatoria, una vez fundada, se sostiene fácilmente y se arraiga lo suficiente en las costumbres, para que nada deba ya temer del porvenir: mas el establecerla no es cosa que pueda hacerse sin estudio y meditacion, pues su planteamiento halla obstáculos y muy graves que vencer. Es uno de los mayores entre estos obstáculos, el escaso apoyo, cuando no manifiesta hostilidad, que encuentra en la generacion actual trabajadora, falta de instruccion, y que, por tanto, no es fácil que se interese por ella, ni ménos que comprenda toda su importancia. En presencia de este inconveniente se ha ensayado diferentes veces en los pueblos latinos la creacion de establecimientos destinados á la enseñanza de los adultos, cuya vida ha sido más ó ménos efímera. En España podemos citar los *centros obreros* establecidos en Madrid desde 1868 y que se propagaron más tarde á provincias: nos complacemos en recordar el nombre de uno de los más celosos, activos é inteligentes iniciadores de tan filantrópica y generosa idea, el profesor D. Enrique Serrano Fatigati, conocido por sus trabajos científicos que, con ayuda de unos cuantos jóvenes que le siguieron,—á cuyo número nos honramos con per-

tenecer,—creó en la Universidad central una fundacion gratuita para la enseñanza de cuantas personas quisieran asistir á ella. El inolvidable D. Fernando de Castro, cuya vida se consagró toda ella á la defensa de las más santas causas y al desarrollo de las empresas más nobles y humanitarias, y el conocido filántropo don Lúcas Aguirre,—tambien fallecido,—apoyaron moral y materialmente esta institucion benéfica, salvándola en momentos para ella bien difíciles. Mas, á decir verdad, ni el desinteresado celo del fundador y de los que con él consagraban sus momentos de ocio á enseñar gratuitamente, ni las buenas disposiciones de las personas que se prestaron á pagar una cuota destinada á subvenir á los más indispensables gastos, ni la actitud dócil y favorable de los obreros que, en número de unos 300 asistian puntualmente á las clases, pudieron evitar que, en el trascurso de cuatro años, la primitiva idea se desnaturalizase sucesivamente, degenerando el centro obrero en una mera escuela nocturna. El pensamiento que animaba á aquellas fundaciones no era este por cierto: tratábase de educar al pueblo y no meramente de enseñarle á leer y escribir: mas, como quiera que la posesion de estas artes es el comienzo necesario para todo ulterior desarrollo, se empezó por ellas, y ántes de que pudiera procederse á otros desenvolvimientos, obstáculos de todos géneros imposibilitaron la continuacion de dichos establecimientos.

No queremos deducir de lo dicho que se haya de pensar sólo en las generaciones venideras, renunciando á mejorar el estado intelectual de las ya formadas; pensamos, por el contrario, que si los ensayos individuales fracasan, no puede deducirse haya de suceder lo mismo á una accion colectiva que encuentre su principal apoyo en el Estado. Una vez vencidos estos rudimentos de carácter mecánico, podria procederse al verdadero objeto de esta enseñanza que es el iniciar al trabajador en los principios de las ciencias que le den la razon de ser de su propia obra.

Otra cuestion coordenada con la de la enseñanza del pueblo, es la de la instruccion de la mujer; asunto, por cierto, espinoso, y sobre el que las opiniones se hallan muy lejos de ser unánimes. Y sin embargo, el criterio para resolver este problema no puede ser más natural: se reduce á preguntarse cuál es el fin de la vida de la mujer: si es el de educar á sus hijos, convendrá sepa aquello

que sea conducente á tan elevado objeto, sin que sea excesivo nada que la permita producirse reflexivamente, ni necesario cuanto constituya adornos forzados y postizos.

La educacion latina de la mujer no responde por cierto á la exigencia apuntada: limítase á hacerla aprender alguna lengua extranjera, sin otro objeto que el de poseer un idioma más, y á que ejecute en el piano un cierto número de piezas musicales, de una manera casi siempre mecánica. Sobre esta base las variaciones son mayores ó menores segun los medios de que cada familia dispone; pero en todo caso el total compone una suma de conocimientos que dejan completamente vírgen el espíritu, y que de tal manera son inútiles para el cumplimiento del más alto de sus fines, que la jóven los abandona y olvida desde el momento en que es madre.

En Alemania en general, y señaladamente en Austria, impera completamente el mismo sistema de educacion, con la sola ventaja de que el estudio de la literatura se halla un poco más generalizado que en los pueblos latinos. Pero en Suiza la instruccion de la mujer constituye un objeto de preferente atencion, y se realiza de un modo más extenso y más sólido á la vez que en ningun otro país. Las jóvenes mayores de trece años que han acabado su instruccion primaria, poseen, desde la ley de 1872, una escuela llamada complementaria, en que se enseñan, entre otras materias, nociones de Historia natural, Física, Química é Higiene, particularmente de los niños. En el pasado curso se ha elevado en Ginebra á 113 el número de alumnas. Dicha escuela es independiente de la secundaria y superior, que, creada tambien para las jóvenes desde 1848, cuenta con mayor número de asistentes. Para abreviar, nos limitaremos á indicar que la enseñanza que en aquella reciben, corresponde á la secundaria de los varones, y que no son en ella olvidados los asuntos científicos, cuya enseñanza se encamina á servir de elemento de educacion más que de mera instruccion.

El pensamiento capital en que convienen los grandes pedagogos alemanes, es el de que la enseñanza de la mujer y del pueblo ha de proponerse principalmente por objeto el estudio de las ciencias físicas y naturales; aquellos que cultiven una aptitud artística, podrán elevar de esta suerte su espíritu y hallar acaso tambien

una profesion noble que sostenga su vida; pero el saber comun ha de versar sobre aquellos conocimientos que nos dan la razon de cuanto nos rodea y el principio de nuestras propias actividades.

La importancia de los problemas que aquí tenemos que limitarnos á bosquejar, reclama imperiosamente el que todos aquellos que unan la inteligencia con la buena voluntad, se consagren asíduamente á su estudio, como lo hacen en Alemania tantos hombres ilustres. Los progresos obtenidos en este punto influirán, en primer término, en la mejora de la condicion de todas nuestras clases sociales y en su perfeccionamiento físico y moral; pues, como ha dicho Leibniz, de la reforma de la educacion de la juventud depende la reforma del género humano.

SALVADOR CALDERON.

Viena 22 de Febrero de 1879.

LAS BUENAS MANERAS Y EL FILÓSOFO SPENCER.

I

En la *Revista de Westminster* publicó hace algun tiempo el filósofo inglés, M. Heriberto Spencer, cierto interesantísimo artículo sobre *Las maneras y la moda*, en el cual se pronuncia decididamente contra la tiranía, que, á su entender, ejerce la sociedad en la esfera á que alude el epígrafe del mismo; abogando con la mayor energía en pro del que llama espíritu *no-conformista*, que, dice, representa en este órden de cosas la independencia del individuo contra la restrictiva opresion del código de los usos sociales.

Conviene advertir, ante todo, que para este pensador la libertad y la autoridad, la libertad y la ley constituyen una antítesis insoluble. La autoridad, el gobierno, la ley, no son los custodios de nuestra actividad, franca y dueña de sí propia; sino otros tantos límites, más ó ménos necesarios, segun los tiempos, que coartan el movimiento de nuestra voluntad, reduciendo su esfera é imponiéndole prohibiciones que, en rigor, son incompatibles con sus naturales derechos, aunque legítimas para mantener por medio de la fuerza la paz pública, mientras los hombres no aprendan á mantenerla por sí mismos, obedeciendo á la razon. Así, el bello ideal del gobierno de las sociedades cultas seria inevitablemente el no-gobierno, la *an-arquía*, tomada esta palabra en el sentido técnico que, por ejemplo, le daba Proudhon. El hombre

digno de ser libre no habrá ya menester que la autoridad del magistrado, ó la del sacerdote, ó la de la opinion, refrene sus pasiones salvajes y le contenga en el respeto de la justicia, de la moral, ni de las buenas maneras.

Antes de seguir, permítasenos una breve observacion sobre la teoría que precede. Se comprende que, allá en los tiempos de Rousseau, bajo la presion de los conceptos romano-naturalistas, restaurados y prodigiosamente desenvueltos por Groccio y los pensadores de su escuela, ó bien cuando preponderaban los principios de Kant, manifestacion más profunda y científica, pero nacida del mismo gérmen que el *Contrato social*, se estimase que la sociedad (ó más bien el Estado) y el indivíduo (ó más bien cada uno de los miembros de aquella, indivíduo, corporacion, etc.) se desenvuelven en razon inversa: por donde tanto gana cada uno de los términos de aquella antítesis, cuanto pierde el otro; ó que, cediendo á la defectuosa concepcion, romana y escolástica á un tiempo, de la libertad, como pura facultad indiferente de hacer lo que se quiera, esto es, como mero albedrío, se estableciese idéntica relacion entre esta potencia anárquica y desorganizadora, así entendida, y la ley, que se rehusaba considerar como la norma interna, esencial, inmanente en la libertad misma, el tipo de la actividad en ejercicio. Pero cuando una dolorosa y ya larga experiencia ha puesto de relieve, aun para los más apasionados, los vicios de esta concepcion, así en su matiz autoritario, como en el liberal, como en el doctrinario (que pretendia combinar y limitar mútuamente los dos opuestos principios); cuando, pasado ya el tiempo en que fué ciertamente útil para destruir las trabas que entorpecian el movimiento de la vida social, los artificios de la antigua organizacion, ha manifestado su incapacidad para construir un órden positivo más racional y completo, admira que aquella antítesis haya podido encontrar todavía eco en un pensador distinguido, á impulso quizá, más que de preocupaciones filosóficas, del peso de la tradicion, harto eficaz siempre, aun en espíritus tan enamorados de la independencia, de la originalidad y hasta de la extravagancia.

Nacen de aquí consecuencias importantes, que disminuyen la eficacia del estudio de M. Spencer. Así, por ejemplo (y entramos ya en materia), seria difícil hallar en ese estudio un criterio para

distinguir los usos que reputa «esencialmente» malos, y que deben, por tanto, siempre proscribirse, de aquellos otros, cuya prohibicion nace de falsas convenciones sociales; contentándose con afirmar que, con sólo el *laissez faire*, ambas especies se distinguirán naturalmente y por sí mismas. Y si á renglon seguido añade que las acciones reprensibles (bajo el punto de vista de las maneras) son aquellas que envuelven algo repugnante para los demás, este carácter no es suficiente, ni con mucho, para aquella distincion: ya que esa «repugnancia» varía constantemente en razon de la idea que cada época y cada civilizacion se forman de las cosas. El aseo, ¿no ha sido condenado por ciertos místicos y aún santos, y hasta por huraños filósofos, como una especie de sensualidad y pecaminosa atencion, ora á nuestro cuerpo, ora al aplauso y gusto de nuestros semejantes? Y ¿no tienen el escupir como un signo de amistad y de honor algunas tribus? Y sin embargo, aparece tan claro (hoy para nosotros) el contrasentido de este modo de ver, cuanto que M. Spencer mismo alega la suciedad y el vicio de expectorar ante las gentes como casos particulares de aquella descortesía «esencial,» que debe siempre evitarse. ¡Dios le oiga por cierto en España!

Y es que el autor, fiel al *apriorismo* idealista que caracteriza su genial, pero nada ménos que severo sistema, propende manifiestamente á dividir la realidad en dos reinos: el de lo absoluto y el de lo relativo; y á divorciar, por tanto, lo eterno y lo histórico (cual antes la necesidad y la libertad) en este punto de los usos sociales. Como si lo primero se reconociese *per se* fácilmente en todos tiempos y por todos los hombres, sin más que dejar en libertad á las gentes para que sigan en sus hábitos el dictámen de su opinion personal (análogamente á como los antiguos economistas creian en la justicia necesaria de las transacciones, tan luego como se suprimiesen las trabas legales del mercado); y sin reparar, por cierto, que aquella manera de ver lleva implícita una confianza en el testimonio objetivo, universal, absoluto de la conciencia, que, ni aun indirectamente parece fácil de avenir con las teorías de la evolucion, tales, cuando ménos (y esto basta), cuales las entiende el autor mismo.

Ni se compagina mejor, de otro lado, con estas teorías, semejante disgregacion entre lo permanente y lo mudable. Pues si la

base de este último elemento, de los hechos, de lo variable, no ha de ponerse en el fondo esencial, sino en el mero acaso, ¿cómo hablar de evolucion social, y legitimar cada forma de civilizacion como un momento necesario de la humanidad en su historia? Semejante legitimacion es, sin embargo, uno de los principios que M. Spencer, con Lilienfeld y otros pensadores (aunque prescindamos de los más extremados, v. g. de Hellwald) oponen precisamente contra la existencia de un ideal y criterio absoluto en moral, en religion, en derecho; en suma, en las varias esferas de la conciencia y la vida.

Lo cierto es que los usos y maneras sociales de cada época, y los nuestros, por tanto, son, como su arte y su economía, su política y su código penal, la expresion adecuada de su sentido, de su modo de representarse las varias relaciones en que se desenvuelve; y que semejante modo resulta á su vez de la accion de dos factores: uno, interno, á saber, la idea é intuicion de la vida que halla en sí mismo cada hombre, como cada pueblo; otro, el concurso de circunstancias, ya antecedentes, ya concomitantes, que, junto con el carácter peculiar del sujeto, determinan, por decirlo así, el ángulo bajo que le aparece aquella idea; la forma limitada en que se encarna; el ideal, en suma, que inspira sus diversas manifestaciones. Así, ninguna sociedad, como ningun indivíduo, viven en puro error, sinrazon y capricho; de tal suerte, que, aun en el fondo de las mayores y más atroces muestras de barbárie (v. g., la antropofagia, la esclavitud, la pena de muerte), se halla siempre un elemento ideal, una como vislumbre de razon, desfigurada y mal interpretada, sin duda; mas por la cual pueden al fin y al cabo mantenerse usos, instituciones, preceptos, que, tomados á la letra, son verdaderas abominaciones.

No es, pues, el mero albedrío la potencia que gobierna las maneras sociales. Precisamente, el autor mismo, en su interesante estudio sobre la historia del saludo, viene á reconocerlo implícitamente, si bien no deja de ofrecer materia de discusion el carácter de inferioridad y dependencia, y aún servilismo, que, sin razon bastante y llevado tal vez de ciertas preocupaciones teóricas, atribuye á esa manifestacion, ya de cordialidad, ya de respeto. Pero, sea de este ejemplo lo que quiera, el justo empeño de M. Spencer viene á mostrar, como enseñanza verdaderamente

preciosa, desprendida de su análisis, que actos, al parecer insignificantes, tienen su historia interna, nada accidental, merced á la que alcanzaron en su dia una representacion, hoy ya borrada y de que apénas queda tal cual vestigio. ¿Cómo, pues, reputar en gendro de caprichosas convenciones determinadas prácticas sociales?

En buen hora, que, cuando las cosas pierden su significacion, llegando á hacerse inútiles, se modifiquen: y la cruzada del discreto moralista en pocos pueblos será tan indispensable como en el suyo, donde no es sólo el saco de lana del Lord Canciller y las pelucas de los magistrados lo que hay que trasformar y adecuar á las nuevas necesidades. Pero esta reforma exige el reconocimiento, no sólo de la impropiedad de los antiguos usos, sino tambien de su razon de sér, de los principios, más ó ménos acertados, que les dieron orígen, así como de las causas por que todavía se mantienen. De otra suerte, jamás se puede estudiar con seguridad el mal, ni indagar el remedio, ni aplicarlo con verdadera eficacia.

Ahora bien; este último punto, el exámen de los motivos que conservan en vigor una costumbre ya sin sentido, se halla descuidado, por lo general, en el trabajo del pensador inglés.

Así, no puede ménos de extrañar cómo, al censurar que haya un traje negro uniforme para los actos que se estiman de mayor ceremonia y en los cuales se vituperaria que un hombre se presentase "con la misma levita que pareció muy bien por la mañana," olvida la razon de haberse introducido el uso de aquel traje y de que persista todavía en las naciones cultas.

Cierto que, internamente, nada tienen de comun la forma del frac, ó el color del pantalon con la naturaleza de las circunstancias en que los vestimos; pero, despues de todo, ¿seria fácil hallar mayor homogeneidad entre una série de manchas de tinta y un trozo de música, ó entre una moneda y el servicio, v. g., del profesor ó el abogado? ¿Qué relacion necesaria media, acaso, entre la nacionalidad española y los dos colores de su actual bandera? Aun podria decirse que esta heterogeneidad es de rigor en todo signo, respecto de la idea por él significada. Y tal ó cual traje, tal ó cual color, generalizados por la costumbre para denotar la índole de determinados sucesos, ¿son otra cosa que signos?

A pesar de esta primordial extrañeza entre el signo y lo

significado, ninguna de aquellas relaciones es meramente convencional y arbitraria: no lo es la del lenguaje, por ejemplo, en cuya esfera, el sentido de las palabras, ni se establece, ni varía sin motivo alguno. Pues no de otra suerte acontece con el vestido, ninguna de cuyas modificaciones deja de tener su causa histórica. Así es como precisamente el frac y demás partes del traje "sério" se han introducido obedeciendo á un espíritu, en verdad, democrático, que podrá tener ya otras exigencias, pero que no cabe desconocer. Es, en primer término, un traje comun é *idéntico* para los hombres de todas las clases sociales, antes distinguidas entre sí, en tiempos nada remotos, en los que, segun es sabido, áun el uso de ciertas telas era privilegio de los nobles. Hoy, hasta los criados lo visten, igualándose con sus amos y sustituyendo gradualmente la depresiva é histórica librea por ese hipócrita nivelador de nuestro siglo.

Ese traje es, además, un traje *barato*. Compárese, en cualquiera de nuestras *soirées*, la suma que representa el actual vestido de los hombres, con la que representaban las casacas bordadas de hace cien años; ó ahora mismo, con lo que cuestan los uniformes de gala de nuestros altos funcionarios civiles y militares; ó los de la servidumbre áulica, ó en fin, con los trajes de las damas que asisten á una recepcion, en la cual, no obstante el amor de M. Spencer á la variedad, dudamos mucho le complazca verla conseguida á precios tan verdaderamente irracionales.

Por último, y omitiendo otras consideraciones, todas las sociedades cultas tendrán un traje uniforme de ceremonia, hasta tanto que el hombre de las diversas clases cuide ordinariamente de su persona, vestido y maneras, con tal esmero y respeto para consigo mismo y para con los demás, cuales suele emplear en los momentos más solemnes de su vida, ó que revisten á sus ojos cierta excepcional importancia. En un país, de poco tiempo acá iniciado en los albores de la civilizacion europea, se ha visto el Rey punto ménos que obligado á restablecer el requisito del frac para todos cuantos van á visitarle, aún á las horas en que ménos costumbre hay de vestirlo; porque, tan luego como abolió esa prescripcion, vió invadida su casa por personas que, á pesar de su alta categoría, se presentaban, no ya en los trajes más impropios, segun los usos generalmente recibidos—que este pecado de extrava-

gancia, no exento de cierto menosprecio á los demás, hallaría fácil gracia ante M. Spencer— sino en tales condiciones de descuido, que harian desear, en obsequio á la estética y la higiene, el establecimiento de baños y lugares públicos de aseo (*ça va sans dire*, obligatorios) para los más insignes personajes de aquella sociedad y aquel Estado.

Se comprende este hecho, ménos frecuente y llamativo, sin duda, en Inglaterra (uno de los pueblos donde la gente se lava mas y más se respeta en el mundo—ideas, ambas, perpétuamente indisolubles en la historia); pero que allí y en todas partes subsiste con la bastante generalidad para que el autor no lo diera al olvido. Mientras que, por falta de cultura, constituya para tantos séres racionales un verdadero acontecimiento anormal, grave y solemne tener que presentarse limpios, y decentes, y comedidos, se conservará el uso de un traje especial que imponga á los rehacios puntual obediencia á aquellos deberes de cortesía, de dignidad, de mesura y hasta de profiláctica que, á lo ménos de vez en cuando, conviene recordarles. Dios nos libre del dia en que, abolido el «traje de etiqueta,» sin abolirse la grosería que, so color de llaneza y confianza, presiden aún por desventura á las relaciones usuales de la vida, se crean dispensados muchos indivíduos de presentarse bien una vez por semana, ó por mes, ó siquiera por año! Bendita mil veces esa prosáica, vulgar y democrática semichaqueta, que todavía sirve de saludable freno á lo que discretamente llama un novelista español «la plebe de *todas* las clases sociales.»

FRANCISCO GINER.

(Concluirá.)

FÍSICA BIOLÓGICA.

FUERZAS Y NUTRICION EN ALGUNOS SÉRES INFERIORES.

Indicacion de vários datos experimentales alcanzados en el estudio de estos.

Vamos á exponer en el presente escrito algunos de los resultados que hemos obtenido en los últimos estudios experimentales sobre los séres inferiores. Mas como quiera que se trata en ellos de fuerzas en los organismos, (asunto de suyo siempre complejo, y hoy todavía más difícil de abordar por el estado en que se encuentran las ciencias naturales), y deseando, como deseamos al mismo tiempo, que la significacion técnica de nuestros trabajos pueda ser comprendida por el mayor número posible de lectores, antepondremos dos secciones: la primera con algunas ideas generales sobre las principales propiedades de los Infusorios, y la segunda con ciertos principios fundamentales de la Física y Fisiología modernas, á aquella en que nos proponemos tratar más particularmente de nuestro asunto.

Quizás encuentren algunos que hemos entrado en detalles triviales y harto conocidos, y nos censuren á la par otros entendiendo que, despues de todo, no acabamos de exponer con claridad tales doctrinas. Tanto á los primeros, como á los segundos, les su-

plicaremos tengan en cuenta para nuestra disculpa, al ménos parcial, lo difícil que es quedarse en un justo medio.

Perdonen todos, si es posible, en gracia á la bondad de la intencion, lo deshilvanado de la obra.

I.

Nuestras ideas sobre los infusorios han sufrido profundas transformaciones en estos últimos años. Con el indicado nombre eran conocidos unos pequeños séres, considerados generalmente como de naturaleza animal, y poseedores de la mayor variedad de condiciones posibles. Hoy, sin que se haya llegado á fijar bien los límites que corresponden á tal grupo, se empieza á determinar, sin embargo, las relaciones que enlazan entre sí á sus diversas formas, y á distinguir aquellos rasgos principales que los separan tanto del mundo de las plantas como del animal.

Dióles *Wrisberg* la denominacion supradicha á consecuencia de los vehículos en que eran más comunmente observados: las infusiones de diversas materias, abandonadas al aire, aparecian llenas al cabo de poco tiempo, de animacion y de vida. Una gota de estas, colocada en el campo del microscopio, revelaba contener: ya, muy generalmente, unos cuerpecillos alargados, de ocho á nueve milésimas de milímetro de longitud por una de diámetro (1), que serpentean flotando en el líquido y agitándose á veces de un modo violento; ya, con menor profusion, masas al parecer informes, de mayor tamaño, de cuyos bordes salen en un cierto momento para volver á ocultarse luego diferentes prolongaciones; ya cuerpos ovoideos y elásticos que cruzan de un modo contínuo ante la vista del observador.

Los diferentes nombres de *bacterios* y *amœbas* concedidos á los primeros y segundos, ó mucho más en general el de *infusorios vitrátiles* ó *ciliados* que se dió á los terceros, expresan ante nosotros algunas de las diferencias existentes entre los géneros de forma de los susodichos sérés.

Además, el estudio de los infusorios ha ofrecido desde luego,

(1) Las dimensiones de estos séres varían muchísimo; nosotros indicamos aquí estas cifras medias para que se forme alguna idea de ellas.

como debia ofrecer, mil variadas alternativas. Tan pronto se juzgó por algunos, á la cabeza de los cuales debe citarse á *Ehremberg*, que dichos séres se hallaban dotados de una organizacion sumamente complicada, en la cual debian distinguirse aparatos en representacion de todos aquellos que se encuentran en los animales superiores. Tan pronto otros, como *Dujardin* (1), *Lachmann* y *Claparède* (2), les negaron en mayor ó menor extension sus condiciones, llegando hasta mirarlos como una simple masa gelatinosa dotada de la contractilidad que ofrece siempre el llamado *protoplasma ó primera materia celular*.

Bajo otro punto de vista, íntimamente enlazado al anterior, se ha debatido tambien la cuestion de saber si proceden aquellos de la reunion de varias células, ó son simplemente cuerpos unicelulares, prolongándose así hasta este momento la oposicion de opiniones sobre la mayor ó menor complejidad de los infusorios. Los últimos trabajos de *Ernesto Haeckel* (3) contienen poderosos argumentos en favor de la segunda doctrina. Distintos naturalistas de no menor autoridad, entre los que debe citarse á *Balbiani* (4), se han declarado, sin embargo, en contra de ella; pero ninguno de los últimos ha ido tan lejos como fué *Ehremberg* en estas teorías.

Baste, por lo tanto, con lo acabado de indicar, para que se comprenda el estado de litigio en que se encuentran todos los conocimientos referentes á estos séres, muy sencillos é insignificantes á primera vista; muy importantes, si se atiende á que en ellos se muestra de un modo elemental y primero el secreto de la organizacion y de la vida, el problema de la aparicion y desarrollo de los reinos epitelúricos.

Nótese además que las propiedades de los infusorios son tan variadas, como puede deducirse de las siguientes indicaciones:

Su forma, acampanada en el *Vorticella* y muy alargada en ciertos *Epistylis*, es semejante á un dedal en el *Carchesium spec-*

---

(1) Dujardin. *Infusorios.*

(2) Lachmann y Claparéde. *Estudios sobre los infusorios y los rizópodos.*

(3) Ernesto Haeckel. *Sobre la morfologia de los infusorios* (en aleman) 1873.

(4) El sentido de Balliani ha sido ultimamente expresado á propósito de sus *Observaciones sobre el Didinium nasutum de Stein*, 1873.

tabile, ovoidea en determinados *Cothurnia* y *Vaginicola*, cilíndrica en diversos *Scyphydia*, cónica en el *E. galea*, filamentosa en los *Vibrium* y *Spirillum*; y agota, por último, en diversos género, las variadas hechuras de tubo, clava, maza, bolsa, trompeta, redoma, y otras mil distintas, como extrañas é indeterminadas.

Las dimensiones infinitamente pequeñas de todos los que en general son designados como *Bacterios*, se oponen á las ya relativamente considerables de los *Stentor polymorphus* y *fuscus*, entre otras; debiendo tenerse en cuenta que de uno á otro extremo se pasa por tránsitos realmente insensibles, que permitirian la formacion con ellos de séries cuyas diferencias fueran muy pequeñas (1).

Sus medios de locomocion son tambien distintos. Destinados á vivir en el seno de líquidos, podria asegurarse, de casi todos ellos, que se encuentran sometidos á un movimiento de natacion; pero mientras que esta se cumple en los que son de forma filamentosa mediante el empleo del cuerpo entero, viéndosele serpentear en el flúido que los sostiene, los tipos más elevados, los como *Estentóridos* y *Paramécidos*, se encuentran provistos de apéndices que azotan á aquel y producen su marcha.

Su densidad y materia constituyente son los dos elementos que más los aproximan; sin embargo, lo que debe decirse de ambas tendrá sólo un carácter tan general, que no se puede acabar de saber si hay entre ellas semejanzas reales, ó diferencias que se ocultan todavía, hoy por hoy, ante nuestra ignorancia.

La estructura interna y organizacion de los infusorios es diversa, como sus demás propiedades (2).

Los incluidos en el grupo de las *Bacterios*, parecen constar únicamente de una masa gelatinosa y semiflúida, ó, en una palabra,

---

(1) Realmente debe asegurarse que eso sucede aun dentro mismo de un mismo grupo, y aun entre los diferentes indivíduos de una misma especie considerados ya en pleno desarrollo, si es que atendiendo al instante en que se originan, puede hacerse tal apreciacion.

(2) Debe tenerse presente que el conocimiento de la estructura y organizacion de los infusorios dista mucho de ser completo, y que segun venimos indicando en todo el curso de este escrito, los puntos capitales de dicho conocimiento se hallan todavía sometidos á discusion.

de un *protoplasma*, envuelto por una capa caliza que le defiende en parte de los agentes exteriores. Estos cuerpos se encuentran al cabo de algun tiempo en todas las preparaciones animales, cruzando al través de ellas á la manera de unos delgados filamentos ó bastoncitos, de muy desigual longitud segun los casos. Obsérvaseles cómo á consecuencia de la rotura de glóbulos sanguíneos, de la de células de la levadura de cerveza y de las del cohombrillo amargo; igualmente provienen de la descomposicion de principios de infusiones orgánicas.

Aquellos á quienes se denomina en general *Amibas*, constan sólo de una porcion de la anterior materia protoplásmica, envuelta ó no por una membrana más ó ménos ténue, debida á la mayor condensacion de la sustancia que se verifica en las superficies de las susodichas masas, y están dotadas de un contorno irregular y siempre cambiante. Las *Amibas* no nadan como los demás infusorios; ántes bien, se las vé entregadas á un movimiento de reptacion sobre el soporte que las sostiene, acompañado de la alteracion continuada de su forma exterior.

Ultimamente, los géneros y especies que se admiten hoy como más propios de este grupo, ofrecen caractéres de mayor complesidad. Bajo un primer punto de vista deben apreciarse en ellos por separado una membrana, un contenido y un núcleo, razon por la cual *Siebold* en 1845, y *Ernesto Haeckel* últimamente (1), han afirmado su naturaleza de verdaderas células. Despues, en la membrana, hay que distinguir cuatro capas, denominadas respectivamente *cuticular*, *vibrátil*, *miofana*, y de los *tricocistos*, y varios apéndices filamentosos destinados á producir la natacion, y otras distintas funciones; en el contenido varios espacios de que ya hablaremos en la seccion tercera de este escrito, y estados de mayor ó menor condensacion: en el núcleo, un nucleolo; debiendo advertirse que se les mira á ambos como órganos de generacion.

Los infusorios de este último órden aparecen ante el observador en condiciones tan variadas, que nada casi puede decirse sobre ello en un escrito del carácter de éste. Muchos están, como los *Vorticella*, á la extremidad de ciertos tallos ramificados; por más

---

(1) Ernesto Haeckel. *Sobre la morfología de los infusorios* (en aleman). Revista de Jena. 1873.

que á veces se les observe tambien libres. Otros cruzan por el campo del microscopio nadando con relativa rapidez, conservando su contorno ovoideo, mientras en el curso de su marcha no encuentran obstáculos, y plegándose y alterando la disposicion de sus líneas al tropezar con éstas, á la manera como pudieran modificarse cuerpos flexibles y elásticos que se vieran empujados á cruzar por los mismos sitios.

Los infusorios se encuentran en los más diversos vehículos. Registrando, mediante el empleo de un microscopio dotado de una amplificacion de setecientos á ochocientos diámetros, preparaciones hechas con infusion de calabaza, remolacha, heno y otras muchas sustancias orgánicas abandonadas al aire por siete ú ocho dias, se encuentran casi con seguridad, y á lo ménos, los más sencillos *Bacterios*. En aguas de diversos estanques y charcos formados por la lluvia, se han observado por el mismo procedimiento diversos géneros de aquellos. En el líquido de pozos mas ó ménos profundos se pueden recoger los *Egulena*; má sno puede afirmarse nunca que tales grupos se encuentran en tales sitios, porque donde pretenden buscarse determinadas especies, tropieza el indagador con infinitos indivíduos pertenecientes á otras distintas.

Esto tiene principalmente su razon de ser en el fenómeno, hoy comprobado, de la variabilidad de tales formas. Durante mucho tiempo se ha hecho caso omiso de las indicaciones del *Dr. Cros*, eminente botánico de Moscou, que habia expuesto algunos de dichos cambios (1); posteriormente han corrido igual suerte los trabajos de *Carter* (2), *Nicolet* (3), y otros sábios. Hoy, gracias á los esfuerzos de *Bastian* (4), y algunos naturalistas más, se han empezado con nuevo rigor tales investigaciones; y nosotros, sin hablar de todas en general, aseguraremos, por nuestra parte al ménos, que hemos repetido muchos de los experimentos citados y ejecutado otros distintos, llegando á idénticos resultados.

Imposibles son de describir en este sitio de una manera detalla-

---

(1) Véanse las diversas Memorias que desde 1851 ha publicado Cros en el

(2) H. J. Carter. *Transformacion del protoplasma vejetal en Actinophrys.* Real sociedad asiática, Noviembre de 1856.
Boletin de la Sociedad de naturalistas de Moscou.

(3) Véase *Arcanos de la naturaleza* de Thompson 1859.

(4) Los principios de la vida (en inglés, tomo 2.)

da todos los tránsitos que pueden contemplarse. El *Dr. Cros* ha observado la tranformaciones de los *Euglena* en *Actinophrys*, y tambien la de los primeros en *Vorticella*, *Plesconia* y *Keronia*: *Nicolet* describe el paso de la *Trichomona* á *Amaeba*: *Carter* ha descubierto la evolucion de los *Monas* en las mismas formas anteriores. *Bastian* cita, á más de los anteriores, infinitos cambios de igual género; y abreviando, puede decirse en una palabra que los más desemejantes indivíduos de este grupo proceden unos de otros, la mayor parte de las veces, por una série contínua de graduales modificaciones.

Adviértase además que todos estos cambios no exigen infinitos períodos de tiempo; la casi totalidad de los descritos por los antecitados autores han podido ser seguidos por ellos desde el principio hasta el fin en el campo del microscopio, y este último dato basta por sí solo para que se comprenda la relativa rapidez segun la cual se cumplen en el grupo que nos ocupa, lo que en otros pide para ser realizado el trascurso de algunos años.

Tales son á grandes rasgos los séres cuyas fuerzas han sido objeto de nuestro estudio.

III

La física moderna ha llegado hoy al establecimiento de ciertos principios fundamentales para el desarrollo de toda actividad.

Conocidas son las leyes que regulan el trabajo en los máquinas, y cuáles son las unidades mediante las cuales se miden respectivamente dicho trabajo y el calor desarrollado en un fenómeno cualquiera; denominamos, segun se recordará, *kilográmetro*, al esfuerzo necesario para levantar un kilógramo á un metro de altura: *caloría*, á la cantidad de variaciones térmicas que elevan la temperatura de un kilógramo de agua desde 0 á 1° centígrado.

Se sabe además, que existe una relacion entre el calor empleado en toda máquina, por ejemplo en la de vapor, y la produccion de piezas mecánicas, estando ciertos de que dicha relacion es constante y gobierna todos los cambios de calor en trabajo y vice-versa. El gasto de cada unidad *térmica* permite levantar un kilógramo de peso á 425 metros de altura, ó cinco kilógramos á

85 metros, ó 422 á uno, ó, en una palabra, producir 425 kilográmetros. Inversamente 425 kilográmetros gastados en la produccion de calórico no pueden producir más que una sola unidad térmica.

Tal relacion de 425 á uno, es la que se conoce con el nombre de *equivalente mecánico del calor*.

En nuestra industria podemos contemplar numerosos aparatos que marchan bajo el gobierno de estas leyes. En las locomóviles que usa la agricultura, en los motores fijos de los talleres, y en las locomotoras que arrastran los trenes, se cumplen, instante tras instante, diferentes de estas transformaciones. Primeramente notamos que en todas ellas se quema carbon; que despues, y á consecuencia de esto, se produce vapor de agua; que el vapor engendrado impulsa los émbolos en los cuerpos de bomba; que los vástagos de las últimas mueven diferentes ruedas, y que todo eso dá lugar, en último término, á variados trabajos; pero vá acompañado de un considerable rozamiento entre las numerosas piezas de cada artefacto, de la elevacion de temperatura en los puntos en que estas rozan, y por lo tanto del regreso de una parte del movimiento á su primera forma de calórico.

De aquí se deduce inmediatamente que no todo el calor empleado en una máquina llega á transformarse en trabajo útil; parte no más alcanza el dicho estado: otra resulta sólo transportada al fin bajo su primitiva forma. ¿Más qué cantidad es la que se encuentra distribuida entre uno y otro género de fenómenos?

A primera vista nada parece tan variable como la relacion numérica entre las cantidades de calor productoras de ambos grupos de efectos: y aun hay más; en términos generales, puede asegurarse que dicha variabilidad tiene mucho de real. Si nosotros engrasamos las ruedas; si la construccion de las diversas piezas es suficientemente perfecta; si están calculados de un modo conveniente los tiempos de encuentro de unos elementos mecánicos con otros, y si se procura disminuir todo lo posible los golpes fuertes y conmociones, habrá una gran proporcion de calor que no regresará de nuevo á estas condiciones, y quedará bajo la forma de trabajo más ó ménos útil. Si tales precauciones han sido descuidadas, la citada relacion disminuirá de valor en desventaja para nuestros propósitos. *La relacion entre el calor utilizado y el producido, es*

lo que se denomina «coeficiente económico,» lo que se ha disminuido coeficiente económico. (1)

Quizá podria pensarse, á consecuencia de esto, que perfeccionando los mecanismos y alcanzando disposiciones verdaderamente ideales habria de llegarse á la conversion en trabajo de todo el agente *térmico* que se suministrara á un agente motor, mas hoy sabemos que tales esperanzas son completamente ilusorias. La severa indagacion del problema indicado ha permitido establecer al eminente físico Sadi Carnot un principio al cual se subordina el cumplimiento de toda esta série de transformaciones. Tal principio nos enseña: 1.° *que tiene que existir siempre una cantidad de calor simplemente transportada;* 2.°, *que esta y la que se transforma en trabajo se encuentran entre sí en la misma relacion, en que se hallan la diferencia de las temperaturas absolutas mayor y menor que pueden medirse mientras se cumple la transformacion, y la mayor de dichas temperaturas.*

Supongamos una máquina desde cuya caldera sale el vapor á la temperatura de 160° sobre cero; admitamos tambien que cuando este fluido abandona ya el cuerpo de bomba, no se encuentra sino á 105°: las dos temperaturas absolutas que sirven de límite á tal cambio, serán respectivamente 433° y 378° dado que *las temperaturas que se denominan absolutas son las que se cuentan desde 273° bajo cero*; y así, en estas condiciones, podremos asegurar que la mayor cantidad de trabajo aprovechachable se hallará con el calor empleado en la misma relacion en que la diferencia 55, entre 433° y 378° lo está con la cifra 433° que representa la mayor de aquellas dos temperaturas extremas.

¿Mas se aplican tambien estos principios al estudio del desarrollo de la fuerza en los séres vivos?

Mirado bajo un cierto punto de vista físico, cada animal es una verdadera máquina. Dia tras dia, instante tras instante, introduce en su cuerpo y absorbe por diferentes medios volúmenes mayores ó menores del aire de la atmósfera ó del disuelto en el agua, y una cierta cantidad de otras materias sólidas y líquidas que

---

(1) Verdet en su *Teoría mecánica del calor*, Tomo primero, pág. 118, define de una manera breve y elegante el *coeficiente económico*, diciendo que es la *relacion del gasto útil al gasto total.*

destinan igualmente al mantenimiento de sus funciones. Ellos se agitan y mueven: ejecutan más ó menos violentos esfuerzos; nadan, se trasladan ó saltan, trepan á diversas eminencias; en este continuado ejercicio desarrollan fuerza mecánica, y pierden materia de su cuerpo, y si no es que contradiciendo la ley suprema del Universo existe en cada uno de ellos un fondo inagotable de una cosa y otra, necesitarán recibir elementos equivalentes que reemplacen tales pérdidas. De ámbas cosas á la vez se encargan los alimentos.

En ellos van principios análogos á los que el animal posee en todo tiempo. Con ellos van tambien sustancias combustibles que, sometidas á una continuada eremacausia, merced á la respiracion, producen una y otra unidad calorífica permitiéndose luego la ulterior generacion, por cada una de ellas, de 425 kilográmetros de trabajo.

Medidas precisas ejecutadas por *Hirn*, *Becquerel*, *Heindenhein* y otros sobre las cantidades de oxígeno introducidas en el cuerpo humano en el acto de la inspiracion y las de ácido carbónico arrojadas en la operacion contraria; medidas que han sido realizadas en el estado de reposo de los séres y en el de movimiento; detèrminaciones de la elevacion de temperatura que es acusada en los músculos que se contraen, y la indagacion de otros muchos hechos, han demostrado constantemente la exacta aplicacion de los principios antes indicados al desarrollo de fuerza en los organismos. Del mismo modo que en un motor cualquiera, hay aquí tambien una cantidad de agente térmico que es sólo transportada; y esto se cumple sin más diferencia que la de ser nuestro coeficiente económico muy elevado. Nosotros aprovechamos, segun los cálculos de Helmoltz, la quinta parte del calor total producido, y no hay motor industrial alguno que convierta en trabajo más de $^1/_7$ misma cantidad.

Estos son los descubrimientos á que han conducido los últimos esfuerzos de la Fisiología moderna, y como no es nuestro propósito en este momento entrar en un exámen profundo de su carácter, significacion é importancia, nos bastará con haberlos recordado de la ligerísima manera que acabamos de hacerlo; y vamos ya á pasar á la tercera y última parte de este escrito.

III

Llegamos, por fin, al punto que más nos interesa esclarecer.

Hay en la organizacion de los infusorios una particularidad sumamente notable que puede observarse en muchos géneros, pero muy en especial en aquellos conocidos con los nombres de *Stentor*, *Vorticella*, *Paramecium*, *Colpoda*, etc., etc. En medio de la masa semifluida y elástica que constituye su porcion central, se advierte la existencia de un espacio redondeado, ménos refrangible que el resto, y dotado de un color diferente, que ha sido denominado *vésícula contractil*.

Este órgano, en conformidad con su nombre, no permanece siempre visible, ni se manifiesta bajo idéntico tamaño. Cuando se le observa durante breves momentos, vésele desaparecer de un modo repentino: despues, en el mismo sitio, se descubre un pequeño punto que aumenta de volúmen hasta las dimensiones ordinarias; tan luego como estas son alcanzadas, se repite el hecho anterior, y de tal modo se continúa por indefinido espacio de tiempo el juego alternativo de apariciones y desapariciones.

Gran número de naturalistas afirman que la duracion de un ciclo completo de transformaciones es siempre igual; que dicha vesícula se encuentra constantemente situada en el mismo lugar; que á su alrededor, y como protegiéndola, se halla una ténue membrana, y que cuando la vesícula desaparece se advierte que un líquido pasa de ella á unos canales divergentes que tienen su orígen allí y se dirigen hácia el resto del cuerpo.

Nosotros, mediante el empleo de amplificaciones microscópicas, iguales á las usadas en general por *Haeckel* y *Balbiani*, no hemos observado membrana ni canales, y sí notado, por el contrario, que la permanencia de la vésícula en el mismo sitio no se cumple en todos los casos: que los tiempos de duracion de los períodos antedichos, cambian tambien de un modo muy notable, segun que el infusorio se agita fuertemente, ó permanece entregado á un largo reposo.

¿Cuál podrá ser la significacion del órgano que nos ocupa?

La generalidad de los investigadores le han concedido el valor

de un centro circulatorio: á esto tiende, por ejemplo, *Fromentel* (1), siguiendo á otros, cuando afirma haber descubierto todo el sistema de canales que parten de allí y deben estar destinados, segun él, á llevar el fluido nutritivo por el resto del cuerpo. Nosotros somos llevados á otras conclusiones muy diferentes por los datos experimentales que hemos alcanzado en múltiples ocasiones.

El estudio al microscopio nos ha hecho ver:

1.° Que la materia que llena la vesícula en el momento de su dilatacion, es un gas.

2.° Que dicho gas tiene en parte, al ménos, las propiedades del ácido carbónico.

3.° Que la distancia entre dos apariciones y desapariciones consecutivas de la vesícula, aumenta, ya cuando el infusorio se agita fuertemente, ó ya cuando camina con gran celeridad, llevando esto consigo el conocimiento de que aumenta al mismo tiempo la produccion de ácido carbónico durante el período observado.

4.° Que disminuyen, por el contrario, ámbas cosas cuando el infusorio se mueve lentamente.

5.° Que calculando por un lado el trabajo desenvuelto en la marcha del infusorio, y por otro la cantidad de calor que representa la generacion del ácido carbónico, y comparando luego entre sí ambas cifras, se advierte que la segunda tiene el calor suficiente para representar el equivalente térmico del susodicho trabajo, más una cantidad mayor de la que debe ser simplemente trasportada, con arreglo al principio de Sadí Carnot.

¿Son estos datos simples hechos aislados, ó proporcionan el descubrimiento de la verdadera causa del fenómeno?

Empezaremos recordando las distintas séries de observaciones realizadas en diversos sentidos, que vienen á contradecir la doctrina de la invariabilidad de propiedades de la *vesícula contractil*, y de la permanencia de esta en el mismo punto de un infusorio en cada uno de los casos que pueden observarse: invariabilidad y permanencia que tendrian que exigirse á aquella si desempeñára

(1) *Estudios sobre los microozarios ó infusiorios propiamente dichos* (en francés) París 1876.

una funcion algo análoga á la de un centro de circulacion de fluidos nutritivos. Dichos trabajos nos demuestran que antes bien podria afirmarse que la indicada teoría es más bien fruto de una generalizacion algo rápida y de la admision prévia de ciertos principios teóricos sobre la importancia del órgano que en este momento nos ocupa, que una opinion sólidamente fundamental.

Carter, que es uno de los más acérrimos partidarios de la citada hipótesis, el que afirma en primer término tener datos experimentales para su admision, indica al mismo tiempo haber observado en un *Chilodon* la formacion y distribucion irregular de numerosas vesículas que no vienen á ocupar en ningun caso el lugar normalmente ocupado por la que se observa de ordinario en los diferentes indivíduos de la misma especie por él estudiada.

Gegembaur, ha descrito de igual manera la presencia de muchas vesículas contráctiles, que llegan al número de 60 algunas veces, en varios *Trachelius*; y *Siebold*, y *Perty* (1), indican de parecido modo la de 12 á 16 en el *Amphileptus*.

Pritchard (2), por último, asegura que en determinados *Stentor* se contemplan á veces vesículas accidentales.

Algunos de los indicados autores atribuyen tales apariciones á la dilatacion que experimentan en diversos puntos los canales que vienen á abrirse, segun su opinion, en el centro circulatorio principal, teniendo que admitir tambien que las funciones de este son interrumpidas, por lo ménos, en un plazo más ó ménos largo, ya que no se descubre en varias ocasiones la presencia del citado aparato. Más lo que sí puede asegurarse de una manera inmediata, es que la permanencia y fijeza de la vesícula contractil no están regidas por una ley absoluta y exenta de excepciones. y que tales datos se armonizan bastante mal, como ya hemos dicho, con la admision del carácter que se quiere conceder á aquel espacio celular.

Haeckel, en su notable escrito sobre la *Morfología de los infu-*

---

(1) A propósito de todos estos estudios, consúltense *Siebold*, *Anatomia comparada*: *Perty*, *Conocimiento de las formas de vida*, (ambos trabajos en aleman).

(2) *Pritchard.—Infusorios*, (en inglés).

sorios (1), al mismo tiempo que afirma, la unicelularidad áun de los más elevados de estos, hace notar que la vesícula contractil no posee otro carácter que el de un *vacuolo* formado al principio de un modo accidental, variado; constituido despues en un órgano más definido y de funcion más contínua, es decir, en un elemento constante. No creemos habrá que insistir sobre el hecho de darse por sentado en tal trabajo que dichos vacuolos no ofrecen paredes propias.

Además, el carácter antitético al de centro circulatorio, que es concedido á la vesícula contractil por la anterior concepcion, viene á ser confirmado, en lo que tiene de exclusivo de aquella doctrina, por un importante dato recogido recientemente por *Bütschli*. Dicho naturalista ha estudiado despacio una nueva especie denominada *Polyrikos Schwartzi*, procedente del golfo de Kriel, y ha encontrado en ella un vacuolo, cuya contraccion no se ha realizado nunca ante sus ojos (2). Para dar alguna interpretacion á tal fenómeno, puede concebirse que los líquidos ó gases que llenan tal espacio, encuentran otros medios de separarse del protoplasma sin acumularse primeramente en él; pero se hace imposible el comprender cómo un órgano representante del corazon puede permanecer inactivo precisamente en una de las formas más complicadas del grupo á que estos estudios se refieren.

Recordemos ahora, por el contrario, las consecuencias á que nos conduce la comparacion de los datos experimentales que antes expusimos, datos experimentales que ya, á primera vista, parecen ofrecer estrechas relaciones entre sí. Recordemos tambien que, en anteriores escritos, hemos demostrado que muchos de los vacuolos que se observan en las células, están constituidos por gases, y notaremos que ambas cosas nos llevan á la concepcion de este órgano bajo un punto de vista completamente diferente de los que acabamos de indicar.

La produccion del ácido carbónico nos descubre, en efecto, á

---

(1) Este escrito de Haeckel ha sido insertado en aleman en el cuarto cuaderno del séptimo volúmen de la *Revista de Jena*.

(2) O. Bütschli. *Observaciones sobre los infusorios*, Archivos de Anatomía microscópica, Vol. 9.°, 1873.

la vez. 1.° la combustion lenta ó rápida de alguna materia carbonosa, y 2.° la generacion de una cantidad da la de calor. Sabemos, por un lado, que las materias protéicas que contienen todas aquel elemento químico, se encuentran sometidas en el organismo á una continuada eremacausia, uno de cuyos últimos resultados es la aparicion del susodicho ácido gaseoso; conocemos tambien, por otro, que los microscópicos séres de que nos estamos ocupando se agitan, se trasladan, nadan velozmente muchos de ellos, y exigen, por lo tanto, el que alguna fuerza suministre el equivalente de este desplegamiento de energía.

Hé aquí dos necesidades mecánicas y fisiológicas que se corresponden con el descubrimiento experimental de los hechos.

En vista de lo anterior, parece deberse pensar que la combustion de los principios albuminosos es la que dá lugar al desprendimiento de materias que constituyen en ciertos momentos la vesícula contractil y origina una cierta cantidad de calor para ser destinada á diversas funciones; y de esta hipótesis que hacemos apoyándonos en los citados datos, nos será lícito afirmar, al ménos, que está justificada.

Pero hay algo más. Las eremacausias y produccion de calor en estas condiciones citadas, exigen el desprendimiento de ácido carbónico en determinados puntos del cuerpo, y nosotros hemos observado directamente tal desprendimiento del susodicho fluido: los movimientos y el trabajo que los infusorios realizan, piden el gasto de radiaciones térmicas en una cierta relacion, y en esta misma hemos calculado que se producen las engendradas en el cuerpo de cada *Stentor* ó *Vorticella*. Las comprobaciones que lo dicho lleva consigo, son tan poderosas como las de las demás teorías que se aceptan en las ciencias naturales.

De aquí deduciremos, reasumiendo ya, que, en nuestra opinion, y como por una consecuencia de los indicados trabajos experimentales, puede afirmarse: que el protoplasma de los infusorios se encuentra sometido á una lenta, pero contínua combustion; que las radiaciones térmicas desprendidas en tal fenómeno suministran el equivalente mecánico para el desarrollo de movimiento en la marcha y esfuerzos de todos géneros que aquellos realizan; y por último, que la *vesícula contractil* debe su aparicion á las burbujas gaseosas que se acumulan en un punto dado y aumentan de volú-

men hasta que su fuerza expansiva es superior á la resistencia de lo que la rodea.

Tales son los datos experimentales que hemos alcanzado, y tal el valor teórico que tienen en nuestro sentir; más tengase en cuenta que, al exponer estas doctrinas á la pública discusion, no las concedemos, ni podemos concederles, otro valor que el de simples hipótesis.

ENRIQUE SERRANO Y FATIGATI.

POBLACION DE FILIPINAS.

I

Persuadidos de que la indiferencia con que generalmente son miradas en España sus colonias de Oriente, reconoce por principal causa la de no ser bien conocidas, no sólo creemos que el *Censo de poblacion de las Islas Filipinas*, publicado recientemente por el M. R. Arzobispo de Manila, representa un gran servicio prestado á tan interesante país, sino que estimamos deber de todos el dar la mayor publicidad posible á los importantes datos contenidos en aquel estimable trabajo. No necesitamos advertir que el documento á que nos referimos, no es lo que en el rigor científico se designa con el nombre de censo. Un recuento completo y simultáneo de los habitantes de un país, y una clasificacion razonada de estos mismos habitantes bajo los diferentes puntos de vista que reclama la diversidad de elementos que encierra toda poblacion, es empresa que sólo pueden acometer los Gobiernos con el auxilio de los poderosos medios puestos á su disposicion. Mas no porque á tanto no llegue puede desconocerse la importancia de un trabajo que, con relacion al pasado, represente

un gran progreso por los muchos detalles que contiene, omitidos hasta ahora en otras publicaciones de igual índole llevadas á cabo por las Ordenes religiosas del Archipiélago, que, con relacion al porvenir, es firme garantía del eficacísimo é inteligente concurso que aquel respetable clero puede prestar á la Administracion pública el dia en que esta se decida á formar un verdadero censo de poblacion, y que, por fin, constituye en órden al presente el documento más importante que puede consultarse en la materia, no sólo por lo reciente de su fecha, sino por las abundantes é instructivas noticias que contiene. Felicitemos, pues, á aquel dignísimo Prelado por esta nueva muestra que de su ilustracion y patriotismo acaba de dar, y pasemos á reproducir las cifras más importantes de su publicacion.

Segun ésta, el número de habitantes de las Islas Filipinas ascendia en el año 1876 á 6.173.632, en esta forma:

Tributantes.....	(Indios y mestizos).....	5.501.356
No tributantes..	Clero y corporaciones religiosas.....	1.962
	Corporaciones civiles.....	5.552
	Españoles sin carácter oficial, (peninsulares y filipinos.....	13.265
	Extranjeros (europeos y americanos)...	378
	Chinos.....	30.797
	Infieles no reducidos.....	602.853
	Ejército.....	14.545
	Armada.....	2.924
	Total....	6.173.632

Y como la superficie total del Archipiélago filipino mide 345.585 kilómetros cuadrados, resulta que corresponden en aquel país 18 habitantes á cada kilómetro cuadrado; y aunque esta relacion no aparece muy satisfactoria cuando se la compara con las correspondientes á los Estados de Europa, puesto que en esta parte del Viejo Continente sólo Rusia, Suecia y Noruega ofrecen menor poblacion específica, el Archipiélago filipino se encuentra en este punto muy por encima de todos los países de América, que son con quienes debe compararse por la analogía de condiciones que presentan. En efecto, en la floreciente Cuba corresponden

á cada kilómetro cuadrado 12 habitantes; en la república de Chile 7; en los Estados-Unidos, en Méjico y en la América Central (Guatemala, San Salvador, Nicaragua, Honduras y Costa Rica) 5; en los Estados Unidos de Colombia 3, en Uruguay 2, en Bolivia, Paraguay y Estados Unidos de Venezuela ménos de 2, y en la república Argentina y en el Canadá no llega á medio habitante por kilómetro cuadrado.

Las personas habituadas á los estudios estadísticos esperarán sin duda algunas clasificaciones de las diferentes cifras que constituyen el precedente resúmen. Algunas contiene el documento que venimos examinando, pero ni se hallan ajustadas á los métodos generalmente empleados en los censos de poblacion europeos, ni las adoptadas alcanzan á todas las diferentes razas y elementos que constituyen la poblacion filipina. Ninguna se ha hecho de las clases llamadas tributantes, es decir, de los indios y mestizos, de los cuales sólo conocemos su número total y su distribucion entre los diferentes pueblos del Archipiélago. En cuanto á las corporaciones religiosas, abundan tanto los detalles, que no los reproduciremos por no molestar demasiado á nuestros lectores, y nos limitaremos á resumirlos en losiguientes términos:

Órdenes religiosas.	Religiosos.	Legos.
Agustinos descalzos	216	9
Agustinos recoletos	250	20
Dominicos	141	20
Franciscanos	188	11
Jesuitas	87	"
Congregacion de San Vicente de Paul	29	10
	911	70

En el Monasterio de Santa Clara existen 33 religiosas y 14 sirvientas; en el de Santa Catalina 26 religiosas de coro ó de obediencia y 30 entre cantoras y sirvientas; por último, las Hermanas de la Caridad ascienden á 101, distribuidas entre varios establecimientos.

El clero secular comprende 777 indivíduos, clasificados de la siguiente manera:

	Peninsulares.	Indígenas.	
Presbíteros.....	28	650	
Diáconos.....	1	29	
Subdiáconos.....	"	19	
Minoristas.....	"	20	
Tonsurados.....	"	30	
	29	748	(1)

(1) No es para tratada incidentalmente la cuestion que entrañan estas cifras, mas por lo mismo que es muy importante no debe desaprovecharse ocasion alguna de llamar sobre ella la atencion de nuestros hombres de gobierno, y esto es lo que vamos á hacer, ya que no reproduciendo todos los documentos en que se contiene la opinion contraria á la colacion de Ordenes sacerdotales en favor de los indígenas, porque esto fuera imposible, recordando la sublevacion ocurrida en Cavite en el año 1872, y presentida por el ilustrado general Sr. Gándara, cuando despues de demostrar que los clérigos indígenas no reunen las condiciones de ilustracion y virtud indispensables para el desempeño de su altísimo ministerio, decia en una interesantísima Memoria que se le atribuye: «Cuando reunan estas condiciones, ¡tendrán el patriotismo de las Ordenes Religiosas! ¡Quiera Dios que esta clase no sea un peligro para España!»

Otros muchos vaticinios en igual sentido pudieran citarse, por ser cuestion en que han estado unánimes cuantos de ella se han ocupado, pero nos limitaremos á reproducir lo manifestado por D. Sinebaldo de Mas en el capítulo «Política interior» de su libro *Estado de las Islas Filipinas en* 1842, y esto porque no habiéndose tirado de dicho capítulo más que contadísimos ejemplares por lo delicado de las materias en él tratadas, es muy poco conocido, no obstante ser tan leida la escelente obra de que forma parte. Es preciso hacer, dice aquél ilustrado escritor, de modo que en cada pueblo haya un cura español, siendo preferible dejarle sin ministro que el ponerle á cargo de un clérigo filipino. Nada puede hacerse tan directo para promover la emancipacion de Filipinas, como el ordenar de sacerdote á los indígenas. Algunos observan que son ineptos y viciosos, y por consiguiente no infunden respeto, ni ejercen influencia, ni son temibles. Mas si un clérigo filipino vive de la crápula y aún comete, como ya ha sucedido, atroces delitos que le conduzcan al patíbulo, no por eso deja de ser sacerdote y degrada á la clase á que corresponde, y socaba el prestigio de santidad que circunda el carácter de religioso.

Y esta idea de que por ser filipino no debe causar sombra, queda destituida con el reciente hecho de Tayabas, donde un simple donado, mozo y sin ninguna cualidad personal ó antecedente que le hiciera venerable, pudo amotinar una poblacion y armar una turba de tres á cuatro mil hombres, hasta el punto de hacer fuego contra sus propios pastores, matar al gobernador de la provincia y atacar á las tropas nacionales, sin que fueran bas-

El personal de las corporaciones civiles asciende á 5.552 individuos, pero es de advertir que se han comprendido bajo esta denominacion á las mujeres é hijos de los funcionarios públicos, á 546 acogidos en el Hospicio de San José, y á 1.729 presidiarios.

---

tante para estorbarlo los ejemplares impresos de la amonestacion del arzobispo de Manila, ni los frailes españoles de los territorios vecinos.»

A continuacion de tan terminantes frases, cita D. Sinebaldo de Mas, trozos en igual sentido de una exposicion del capitan general al Rey, fecha 25 de Noviembre de 1804, otra del ayuntamiento de Manila, de 12 de Julio del mismo año, una carta de Fr. Gaspar de San Agustin, de 8 de Junio de 1725, sobre las consecuencias de poner las islas en manos de indios ordenados de sacerdotes, y otra exposicion dirigida al Rey por el capitan general D. Pedro Sarrio, en la que se dice: «La experiencia de dos siglos ha enseñado que en todas las guerras, sublevaciones y alzamientos, han tenido los párrocos regulares la mayor parte en la pacificacion de los inquietos. Se puede asegurar que en cada ministro europeo tiene V. M. un centinela que está en observacion de todas las acciones y movimientos de los indios, para dar parte á este Gobierno de todo lo que ocurre. Y al contrario, como casi todos los españoles viven en Manila y sus inmediaciones, si todas las parroquias estuviesen en manos de clérigos indios ó mestizos sangleyes, careceria el Gobierno de aquellos conductos por donde con toda seguridad se le comunicasen las luces y noticias necesarias. El ser sacerdotes no les desnuda de la calidad de conquistados, ni del afecto natural á sus paisanos é iguales. Aunque la benignidad de la legislacion debe hacerles suave el yugo de la sujecion, la poca reflexion de algunos pudiera alguna vez hacer que les pareciese una carga pesada. Demos que los clérigos no influyan positivamente contra la debida subordinacion, pero siempre queda el recelo de que sean omisos en apagar cualquiera chispa en sus principios, y en comunicar á los jefes aquellas noticias conducentes para aplicar á tiempo el remedio. De esto tenemos un reciente ejemplo en el mes de Febrero del presente, con el suceso de la provincia de Bataan, donde es constante que dos curas eran sabedores de la alteracion de ella y motin que se disponia contra el resguardo del tabaco, en que perecieron un teniente visitador y diez y siete guardas, y con todo no dieron parte ni al Arzobispo ni á este Gobierno.

De antiguo, pues, viene señalado el peligro, y tristes sucesos han dado por completo la razon á los que han considerado el clero indígena como funestísimo elemento para la integridad de la pátria. ¿Qué más se necesita para adoptar una determinacion radical en el asunto? ¿Qué clase de consideraciones pueden oponerse todavía á la clausura definitiva de las cátedras de teología establecidas en Manila, y á su reemplazo por cursos de agricultura, de náutica, de comercio, de industria, de las llamadas escuelas de artes y oficios, y de otros estudios análogos, mediante las que podrian los jóvenes del país proporcionarse decorosa subsistencia, con beneficio manifiesto para el Archipiélago, y sin riesgo alguno para la dominacion española?

De los peninsulares y filipinos, sin carácter oficial, 7.897 son varones y 5.368 hembras.

Los extranjeros residentes en Filipinas se clasifican de este modo:

Chinos	30.797 (1)
Ingleses	176
Alemanes	109
Anglo-americanos	42
Franceses	30
Italianos	8
Austro-húngaros	7
Belgas	5
Daneses	1
	31.175

(1) Tampoco es para tratada incidentalmente la cuestion de los chinos en Filipinas, y mucho ménos porque, mientras respecto al clero indígena, la identidad de pareceres es perfecta, no sucede lo mismo cuando de aquella raza se trata. La opinion de los más les es favorable; pero hay quien no los considera tan útiles á la colonia como la generalidad los cree. Son éstos, sin embargo, muy pocos, y ni su oposicion es tan abierta como pudiera suponerse, puesto que aceptan los chinos á condicion de que se dediquen exclusivamente á trabajos agrícolas, ni sus juicios tienen la fuerza que la imparcialidad presta, porque, salvas contadas escepciones, discurren influidos por la competencia que esta raza hace, tanto á peninsulares como indígenas, en toda suerte de industrias y negocios mercantiles. Por lo demás, nadie se atreve á sostener que sean un peligro para la dominacion española en aquellas apartadas regiones, y fácilmente se concibe que no se pretende demostrar esto porque no hay ingenio bastante para probar que 30.000 chinos, concentrados en su mayor parte en la capital, es decir, donde la autoridad cuenta con más medios de defensa, aborrecidos de indios y mestizos, aislados de todas las clases sociales, y sin la influencia que prestan la ilustracion y las riquezas, puedan ser temible elemento en un país poblado por más de seis millones de habitantes, y por razas todas hostiles á los hijos del Celeste Imperio. Mayor inquietud pudieran inspirar estos extranjeros en algunas colonias inglesas, en Singapore, por ejemplo, donde constituyen el 70 por 100 de la poblacion total; más peligrosos, con efecto, en estos países, como lo prueban los motines por ellos promovidos, y sin embargo el Gobierno inglés, léjos de poner trabas á la inmigracion china, la fomenta por todos los medios posibles, porque esta raza, en medio de sus grandes defectos, posee dos grandes virtudes, el amor al trabajo y la sobriedad, y aunque inferior á los europeos en trabajos intelectuales, les lleva manifiesta ventaja en todo lo que requiere gran destreza ó mucha constancia.

De los 602.853 infieles, no sometidos aún de hecho al Gobierno español, corresponden 161.333 á la isla de Luzon, 60.785 á las Visayas, 280.623 á Mindanao, y 100.102 á la isla de Basilan y Archipiélago de Joló. Aunque no se expresa en el documento respectivo, estas cifras deben ser calculadas, porque no hay medio

---

No hemos olvidado la parte que los chinos tomaron á favor de los ingleses cuando estos intentaron apoderarse de Filipinas en el año 1762; pero nada de extraño tiene tal conducta despues de las horribles matanzas de que habian sido víctimas en 1603 y en 1662, y del encono con que venian siendo tratados por españoles y por indígenas en todas ocasiones y con todos los motivos. Lo que debiera sorprendernos, si no lo explicára cumplidamente la tristísima situacion de los chinos en su país es, que á pesar de aquellos horribles sucesos y de otros no menos lamentables, como las sangrientas escenas ocurridas en 1819 con ocasion de haber aparecido el cólera y cundido la voz de que los extranjeros habian envenenado las aguas, hayan continuado los chinos arribando á un país, que con tanta crueldad los ha tratado y que tanto ódio les conserva. Pero es que las circunstancias pueden más que la voluntad de los hombres; y así como ha sido inútil todo el empeño que desde la llegada de los españoles á Filipinas ha habido en alejar del país á aquella raza, porque la importancia de los servicios que á la colonia prestan como industriales y negociantes, han podido más que todas las leyes y todos los manejos en aquel sentido; los chinos se olvidan de sus pasadas desventuras y sufren resignados sus humillaciones presentes, á trueque de librarse del hambre y del despotismo, única cosa que su pátria les ofrece. Aunque mezquinos móviles y preocupaciones por una parte y deseos de venganza por la otra, hayan dado lugar á sangrientas escenas y mantengan vivo el antagonismo entre indígenas y chinos, esta lucha desaparece por completo desde el momento mismo en que se aparta la vista del repugnante terreno de las malas pasiones, y se fija la atencion en el de los verdaderos intereses.

La excesiva poblacion del Celeste Imperio obliga á sus hijos á buscar el sustento en extraño suelo, y pocos países pueden ofrecer á estos tantas ventajas como el Archipiélago Filipino, que situado á corta distancia de su pátria y en relaciones desde antiguo con ésta, tanto en la esfera diplomática como en la mercantil, dista muchísimo de ser para ellos un país desconocido, como lo son muchos á donde les conduce su miseria. A la colonia, por otra parte, le importa muchísimo que esta raza vaya á animar sus mercados y sus talleres, no sólo para impedir las exajeradas pretensiones que tendrian los comerciantes é industriales del país, si no se lo impidiera la competencia de los chinos, no sólo porque sin éstos la vida en Filipinas sería difícil y carísima, á causa de los muchos objetos de que se carecerian, ó que únicamente podrian adquirirse á precios fabulosos, sino porque los chinos han sido los que han iniciado á los naturales del país en las diferentes industrias y especulaciones á que estos van dedicándose, y serán por mucho tiempo todavía los que estimulen á la gran masa de los indígenas á dominar su poca

de someter á un recuento, por poco escrupuloso que este sea, á razas independientes y que viven en su mayor parte en bosques impenetrables. Por lo mismo extrañamos que en vez de haberse empleado en su expresion números redondos, se hallen representadas

---

aficion al trabajo, á vencer su natural imprevision, y á acometer la explotacion de los negocios de todas clases á que se presta el país, con el ejemplo de su actividad, con las muestras de sus perfectísimos trabajos, y con las ganancias que siempre proporcionan la laboriosidad y el ahorro combinados. Es, pues, uno mismo el interés de la Colonia y el de la raza china, y siendo así lo que importa es fomentar, más bien que impedir ó dificultar la inmigracion de una raza tan laboriosa, tan activa y tan perseverante.

Sin duda alguna convendría muchísimo que los chinos, al mismo tiempo que á la industria y al comercio, se dedicaran á la agricultura, porque en Filipinas, si no hay, por regla general, falta de brazos, como lo prueba la gran poblacion específica de algunas de sus provincias, donde pasa, como luego veremos, de 100 habitantes por kilómetro cuadrado, lo hay ciertamente de jornaleros, es decir, de personas dedicadas habitualmente á ganar su salario en las faenas agrícolas y que hagan de esto una profesion; pero si de aquí debiera deducirse la necesidad de prohibir á los chinos todo trabajo que no sea el cultivo de los campos, con mayor motivo deberia adoptarse igual medida respecto á los indígenas que, siendo muchos más en número, más pronto podrian remediar el mal indicado. Por otra parte, no siendo posibles tales prohibiciones, aunque algunos suponen que respecto á los chinos existen, olvidando no sólo la legislacion vigente, sino el hecho, por todos conocido, de que sus patentes industriales importan diferentes sumas, segun que están dedicados al comercio, á la industria ó á la agricultura, no siendo posible, decíamos, la adopcion de una medida tan violenta y tan ineficaz además por cuanto no daría más resultado que el de arrebatar otros países á Filipinas los chinos que hoy arriban á su puerto, el mejor modo de conseguir que esta raza se dedique á la agricultura en el Archipiélago, es, por una parte, favorecer su inmigracion, pues solo cuando sean ya demasiado, para lo que presta al movimiento industrial y mercantil del país, se decidirán á buscar su sustento en el cultivo de los campos, y por otra, ofrecer á sus personas una seguridad y una proteccion que no encuentran fuera de los centros de poblacion.

Todos los intereses legítimos son armónicos, y respecto á la raza china en Filipinas, no tiene que hacer el Gobierno sino aquello á que está obligado siempre, y en toda clase de cuestiones; es decir, á conceder por igual su proteccion á todas las razas, á garantir la seguridad de sus personas y propiedades, y á remover cuantos obstáculos se oponen al desarrollo de la riqueza del país, porque fomentada ésta en el alto grado que consienten las privilegiadas condiciones de aquel suelo, léjos de estorbarse unos á otros, habrá beneficios para todos, y cada cual aplicará su actividad á la profesion y en el lugar que mayores ventajas le prometa

por cifras tan precisas como pudieran serlo si, en efecto, hubieran sido contados sus indivíduos. En cuanto á la confianza que debe merecernos el cálculo hecho, debemos advertir, para que se acepte como bueno, que el señor Arzobispo de Manila, con cuyo nombre se ha publicado el documento á que venimos refiriéndonos, es una persona tán ilustrada como conocedora del país, y que, calculándose en 200.000 kilómetros cuadrados la parte del Archipiélago no sometido de hecho á las autoridades españolas, resultan tres habitantes por kilómetro cuadrado en estas comarcas independientes. Si algunas de las provincias filipinas en que funcionan nuestras autoridades, no presentan mayor poblacion específica, no hay motivo para suponer más pobladas las comarcas habitadas por aquellas razas independientes, de contínuo diezmadas por sus guerras y epidemias, y èn condiciones mucho más desfavorables, por todos conceptos, que las provincias á que antes nos referíamos, por muy atrasadas y privadas de recursos que éstas se encuentren todavía. Consideramos, por lo tanto, mucho más aceptable la cifra de 600.000 habitantes, consignada en el censo publicado por el Arzobispo de Manila, que los varios millones á que algunos calculan la poblacion independiente de las islas Filipinas.

Varios son los detalles que se consignan en órden al ejército y á la marina; pero despues de advertir que en las cifras comprendidas en el resúmen arriba presentado, se hallan comprendidas las mujeres é hijos de uno y otro, nos limitaremos á reproducir aquellas cifras que más puedan contribuir á formar idea de la importancia y organizacion que tiene la fuerza pública en el Archipiélago, y que, á nuestro juicio, son las siguientes:

	Jefes y Oficiales.		Clases y soldados	
Armas é institutos.	Peninsulares.	Filipinas.	Peninsulares.	Filipinas.
Ingenieros.....	20	"	14	206
Artillería.....	72	"	1302	167
Infantería.....	298	29	420	5733
Guardia civil...	106	1	142	2286
Carabineros....	61	1	62	965
Caballería.....	10	"	20	274
	567	31	1960	9631

RESUMEN.

Jefes y oficiales.....	598
Clases y soldados.....	11.591

En cuanto á la armada, nos limitaremos á entresacar las cifras que consideramos de mayor significacion, á saber:

	Peninsulares.	Filipinas.
Cuerpo general de la Armada.....	95	"
Infantería de Marina. Jefes y oficiales.....	19	"
" Clases y soldados....	221	215
Artillería de Marina. Jefes y oficiales.....	3	"
" Condestables.....	38	"
Ingenieros de la Armada. Jefes y oficiales..	2	"
" Maquinistas y ayudantes.	74	51
Contramaestres de la Armada.....	60	"
" De fuerza sútil.....	"	40
Marinería.....	433	152
Fogoneros.....	12	198

Hemos dicho que en el documento que venimos examinando no se hace clasificacion alguna de las clases tributantes del Archipiélago, ó sea, de los indios y mestizos; pero en cambio dá á conocer los habitantes de estas razas residentes en cada una de las circunscripciones administrativas en que se halla dividido el Archipiélago. De desear fuera que se hubiese hecho otro tanto con las demás razas que pueblan aquellas apartadas regiones, muy especialmente con los españoles peninsulares, con los chinos y con los extranjeros procedentes de Europa y América, porque esto nos permitiria conocer con toda precision los términos en que se hallan repartidos por el país todos estos diversos elementos que conviene distinguir en la poblacion filipina; pero ya que no se haya verificado así es muy de agradecer que al ménos se haya consignado la distribucion por provincias de los indios y mestizos, porque constituyendo el 89 por 100 de la poblacion total, y residiendo en Manila la mayor parte de peninsulares, europeos y chinos establecidos en la colonia, permiten conocer con muy aproximada exactitud la poblacion específica: primero, de algunas de las principales islas en que se halla fraccionado el Archipiéla-

go, y segundo de las diferentes provincias ó distritos en que se hallan subdivididas estas bajo el punto de vista administrativo.

En efecto, gracias á tan importantísimo dato podemos saber que en la isla de Luzon, sin contar las tríbus independientes que habitan en el interior de sus cordilleras, y prescindiendo tambien del ejército, de la marina, de los extranjeros y de todos los españoles, tanto peninsulares como *del país* (1) que no tienen carácter ó cargo oficial, existen 26 habitantes por kilómetro cuadrado; y que en la isla de Panay, siempre teniendo en cuenta las indicadas omisiones, corresponden á cada kilo metrocuadrado 64 habitantes enla de Cebú 70; en la de Bohol 78; en la Leyte 25; en la de Negros 23; en la de Sainar 15, y 6 únicamente en la de Mindoro (2). Más adelante explicaremos las notabílisimas diferencias que entre sí presentan las cifras consignadas.

Ahora nos limitaremos á manifestar que no hemos hecho mencion de la isla de Mindanao, á pesar de su grandísima extension de 87.680 kilómetros cuadrados, porque no ocupando España más que cortísimas porciones de su territorio, y hallándose el resto en poder de la raza malaya sectaria del Coran y de los idólatras ó aborígenes, se formaria idea muy equivocada de su poblacion especí-

(1) Con este nombre se distinguen en Filipinas los descendientes de españoles nacidos en el Archipiélago, es decir, los llamados criollos en América.

(2) La poblacion absoluta y extension superficial de las islas que acabamos de nombrar, son las siguientes:

ISLAS.	Kilómetros cuadrados.	Habitantes.
Luzon y adyacentes...	120.250	3.174.861
Lainar.....	12.175	180.190
Panay	11.790	757.296
Mindoro y adyacentes.	10.383	57.950
Leyte.....	9.500	239.123
Negros	8.705	201.047
Cebú	5.925	417.543
Bohol	3.250	253.790

Ya habrán advertido nuestros lectores que la isla de Luzon es mayor que Cuba, mayor tambien que Portugal, doble que Grecia, tres veces Suiza, y bastante mayor que Navarra, Aragon, Cataluña y Valencia reunidas. Su poblacion se aproxima mucho á la de los Países Bajos, y excede mucho á la de Suiza, Dinamarca, Noruega y Grecia, refiriéndonos sólo á Estados independientes de Europa.

fica dividiendo los 156.278 habitantes que constituyen la poblacion del territorio sometido á las autoridades españolas por los expresados 87.680 que mide la superficie total de la isla. Para obtener resultados satisfactorios; deberíamos dividir el número de habitantes por la superficie poblada por estos, pero no se conoce exactamente este último dato. Estímase, sin embargo, en la duodécima parte de la isla la ocupada por el gobierno español, y si el cálculo está bien hecho, resultan 21 habitantes por kilómetro cuadrado, lo que permite formar idea de la gran poblacion (muy cerca de dos millones) que podria encerrar aquella isla si llegara á estar totalmente sometida á nuestras autoridades, con sólo colocarse en circunstancias parecidas á las que reune el territorio actualmente dominado.

En otro artículo nos ocuparemos de la poblacion correspondiente á cada una de las circunscripciones administrativas en que se halla dividido el Archipiélago filipino.

J. JIMENO AGIUS.

EL ÉXODO DE LOS AFRANCESADOS.

EXTRACTO DE LAS MEMORIAS DE MI TIEMPO.

Escaso tiempo permaneci en la Escuela Pía de Madrid, porque la persona á quien habia venido recomendado, y era la encargada de mi educacion, seguia las banderas del Rey José.

Condiscípulo y amigo íntimo del marqués de Almenara, habia unido su suerte á la del ministro Josefino, y debia sufrir las vicisitudes de la mudable fortuna del vacilante Monarca que la voluntad del dominador de Europa se empeñaba en sentar en el trono de San Fernando.

El deslumbramiento que por efecto de sus portentosas victorias habia llegado á ofuscar el ánimo del Emperador Napoleon I, no le permitió dar larga duracion al dualismo continental establecido por el tratado de Filsit, y de resultas del cual la alianza de la Francia con el Emperador de Rusia dominaba en Europa sin otro contrapeso que el de la perseverancia de Inglaterra y la desesperada bravura de los españoles, los que haciéndose superiores á las derrotas que nuestros ejércitos no habian dejado de experimentar desde 1808, ofrecian el único cimiento sobre el que poder fundar esperanzas para la libertad del continente.

Obligado Napoleon con motivo de su declaracion de guerra á la Rusia, á sacar de España una buena parte de sus aguerridas legio-

nes, la ocupacion militar de nuestro territorio quedó reducida á las fuerzas extrictamente necesarias para dominar la superficie del reino, casi enteramente ocupado por los ejércitos franceses. Las provincias del Este, á saber, Cataluña, Aragon y Valencia, las regía el mariscal Suchet. En las de Andalucía mandaba el mariscal Soult, que disponia de un ejército de 80.000 hombres, y situado entre Madrid y el Duero, el mariscal Marmont, resguardaba el Norte de la Península al mismo tiempo que contenia al ejército británico, que reforzado con divisiones españolas y portuguesas, amenazaba á la vez á Castilla, á Extremadura y á Andalucía.

El génio militar de lord Wellington, general en jefe del ejército aliado, determinó aprovecharse de la disminucion de fuerzas experimentada por los invasores de resultas de la campaña de Rusia, y franqueando la frontera de Portugal se adelantaba en direccion de Salamanca, donde el mariscal Marmont habia llevado su cuartel general. El rey José y su jefe de estado mayor, el mariscal Jourdan, considerando, no sin fundamento, que una batalla perdida por Marmont abriria á los aliados las puertas de Madrid y pondria en gran riesgo la vacilante corona del hermano mayor del emperador, dispusieron salir de la capital en auxilio de Marmont, al frente del grueso de las tropas que guarnecian á la córte, y que componian, inclusa la guardia del rey José, un cuerpo de 14 á 16.000 hombres. Mas, ya sea que Marmont se considerase bastante fuerte para presentar la batalla á lord Wellington, ó que su orgullo militar repugnase partir con el hermano del emperador los laureles que se creia seguro de recojer, el hecho es que cuando José y Jourdan se hallaban á dos jornadas de Salamanca, recibieron la para ellos infausta nueva de la derrota que en los Arapiles acababa de experimentar el ejército francés.

Sin exponerse á mayores desastres, no podia el rey continuar su marcha ni dejar de retroceder sobre Madrid, á fin de levantar su efímera córte, salvando á los españoles comprometidos en su servicio por medio de una retirada hácia las provincias ocupadas por los *lugartenientes* de su hermano.

El dirigirse hácia el Norte, á más de que hubiera sido un indicio de disponerse á evacuar la Península, habria colocado en falsa posicion á Soult en Andalucía y á Suchet en Valencia, al paso que el movimiento hácia Sevilla habria sido imprudente, por cuan-

to no ofrecia segura retirada en el caso de nuevos descalabros, peligro que decidió á José disponer su retirada sobre Valencia.

Su regreso á Madrid, de vuelta de la abortada expedicion, fué un dia de júbilo y de esperanza para los buenos españoles, de consternacion y de pavura para toda la grey Josefina, tan confiada hasta aquel momento en que la estrella del gran conquistador asegura ba la fortuna de todas las ramas de su dinastía. Sólo seis dias permaneció la córte en Madrid, apresuradamente ocupados cuantos á ella pertenecian en los preparativos de una precipitada fuga. En aquella época de general penuria, sólo los ministros y algunos muy contados magnates poseian los recursos necesarios para emprender la triste caminata, y llegado el momento de la partida vióse á no pocos funcionarios del Rey José, á hombres notables en erudicion y en letras, acudir á pié y sin equipaje al puente de Toledo implorando la conmiseracion de la Administracion militar y de los afrancesados que tenian carruajes propios, en los que pudiesen los fugitivos ser acogidos, así como en los furgones de la artillería y del Estado Mayor. Recordamos, entre otros de aquellos desgraciados, al teniente general Muñoz, célebre ingeniero de Marina, el mismo que habia dirigido la construccion de la muralla de mar de la plaza de Cádiz.

Tambien el Abate Marchena tuvo que buscar refugio en los coches del mar qués de Almenara, y no pocos cobacholistas y prefectos del régimen napoleoniano, vieronse en aquel dia reducidos á igual conflicto. La larga caravana de coches de la casa real, de los ministros, de los generales, de las familias acaudaladas que seguian á la córte, y las numerosas hileras de carros portadores de equipajes y pertrechos de guerra, componian un convoy cuya cabeza daba vista á Getafe cuando su cola todavía estaba saliendo por el puente de Toledo. Aquella inmensa caravana, custodiada á su vanguardia y á su retaguardia por numerosas tropas, llevaba á sus flancos de trecho en trecho mitades de infantería y de caballería destinadas á resguardar á los fugitivos de una sorpresa de nuestras guerrillas, tan dueñas de todo el terreno donde no alcanzaba el tiro de los franceses, que con fundamento el jefe militar del convoy debió precaverse contra el peligro de que éste se viese cortado por los patriotas.

Tarde llegaron los fugitivos al sitio de Aranjuez, donde nada

habia preparado para tan inesperada visita, y cuyo caserío no podia ofrecer alojamiento para huéspedes tan numerosos. Excepto el Rey, y sus ministros y los generales que hallaron albergue en las dependencias del patrimonio, la mayor parte de los emigrados tuvieron que dormir al raso ó buscar refugio en sus carruages.

Al dia siguiente disminuyó algun tanto la confusion, por cuanto se dividió el convoy, separando la parte militar de la civil, precediendo esta última la marcha escoltada por suficientes fuerzas para evitar una sorpresa, con lo que, llegando á los pueblos del tránsito con anticipacion de un par de dias sobre la tropa, encontraron los emigrados posibilidad de alojarse y de proveerse de alimentos.

Dura les fué, sin embargo, la peregrinacion, segun tendré ocasion de observarlo más adelante, al referir la triste manera en que algunos meses despues las familias afrancesadas, obligadas á ganar la frontera, eran miradas, y cómo se veian tratadas en los pueblos de su tránsito.

No obstante lo calamitoso de aquellos tiempos de devastacion, en los cuales el saqueo y los incendios eran casi diarios, lo que, unido al hambre, hija de la falta absoluta de cosecha y al rigor de las exacciones de los beligerantes, producia una miseria tan general, cual lo demostraba el hecho insólito de valer la fanega de trigo de 20 á 25 duros; todavía se notaba en algunos pueblos hechos característicos propios de aquella sociedad apasionada, benigna y patriarcal cuya huella en vano buscaríamos hoy en ninguna parte, y cuya imágen sólo vive en la memoria de los que rayamos al borde de la sepultura. Al atravesar la Mancha Alta, pasó el convoy por San Clemente y otros pueblos de las Ordenes militares, titulares de aquellos riquísimos curatos y pingües beneficios, en las moradas de cuyos poseedores la mano de la abundancia derramando los dones de la tierra y el regalo de la opulencia, ofrecian espectáculos comparables al dibujado por nuestro inmortal novelista en las *Bodas de Camacho*.

Al penetrar en el territorio del reino de Valencia, notábanse síntomas muy raros, quizá únicos en España en aquella época, en la que era general que los vecinos de los pueblos ocultasen su riqueza mobiliaria para sustraerse á la codicia de los invasores; pero en los alegres y pulcros caseríos de la Huerta de Valencia, las

aldeanas ostentaban en sus basares los objetos de su uso doméstico, no ocultaban lo que contenian sus graneros ni la ropa blanca de sus armarios, y hasta se veian cubiertos de plata sobre las mesas y en los estantes. Semejante fenómeno, signo evidente de seguridad, era debido á la rigurosa disciplina que el Mariscal Suchet imponia á sus soldados y á la bien entendida administracion observada en el territorio de su mando, sistema que seguia aquel entendido general, tan contrario al observado por sus compañeros los mariscales que regian los de las demás provincias de España.

La retirada del Rey José á Valencia y la ocupacion de Madrid por las tropas españolas, obligó al mariscal Soult á evacuar á Andalucía, de cuyas resultas, y reunidos los ejércitos francesas del Mediodía, del Centro y de Portugal, se adelantaron sobre Madrid, que abandonaron los aliados á la aproximacion del grueso de los invasores.

Habia permanecido José en Valencia ínterin Soult efectuaba la concentracion de las fuerzas procedentes de Andalucía; pero reocupado que fué Madrid por las armas francesas, el Rey no quiso demorar el restituirse á su capital, no obstante el sombrío aspecto que ya presentaban los asuntos de su imperial hermano, pues hallándose todavía en Valencia, le llegó la noticia del desastre de Moscou y del aniquilamiento del brillante cuanto numeroso ejército llevado por Napoleon á los heladeros de Rusia.

Recuerdo, como si ahora mismo lo presenciase, el espectáculo de terror, de asombro, casi de incredulidad, con que los afrancesados, reunidos en Valencia, recibieron el célebremente lúgubre boletin que anunció á la Francia la desaparicion del medio millon de soldados que Napoleon arrastró á los desiertos del Norte, y perecieron hombres y animales en la espantosa retirada que de Moscou á Smoleuko y de esta ciudad al Berecina, veia cada dia caer helados y exánimes, rendidos al frio y al hambre, millares de aquellos indómitos guerreros que habian paseado la victoria por las capitales de todas las naciones del Continente.

Para los hombres que seguian las banderas de José, el emperador Napoleon era invencible. Su estrella, compañera inseparable de su génio, inculcaba en sus banderas el éxito de todas empresas, mirábanlo como una especie de Providencia, poco ménos que como un Dios, y de todas maneras lo consideraban ser un hombre tan

extraordinario, que así como sus triunfos y sus conquistas salian de la esfera de lo conocido, creian no podian sucederle las cosas como á los demás hombres, ni caberle las desgracias comunes al resto de los mortales.

Así es que apenas podian persuadirse de que el coloso cuyo ascendiente habian creido superior á los cambios ordinarios de la fortuna, hubiese experimentado tan inesperado revés, y aún cuando todavía se exageraban las fuerzas que al Imperio quedaban para hacer frente á la Europa, el presentimiento de un desenlace fatal penetró en el ánimo de aquellos desgraciados españoles, desde la noche fatal en que se recibió en Valencia la horripilante noticia del desastre de Moscou.

La corona ingrata que su hermano le habia forzado á aceptar, fué para José Bonaparte desde aquel dia en adelante, más todavía que hasta entonces le habia sido, una verdadera corona de espinas, y tan cierto era esto, que si sólo consultára sus predilecciones domésticas y su carácter afilosado, José habria de muy buena gana devuelto al jefe de su familia el fastuoso presente que recibió de sus manos á consecuencia de las abdicaciones que del Trono de las Españas hicieron en Bayona Cárlos IV y Fernando VII.

Pero el rey José conocia demasiado el carácter del que todavía era el dominador de Europa, para haber dejado de temer que éste mirase como una defeccion y hasta como traicion el que el predilecto de su familia diese ocasion á su desprestigio, renunciando á la corona que le habia regalado.

Resignado, pues, el intruso como le llamábamos los españoles, á continuar con su cruz á cuestas, tomó el camino de Madrid seguido por la fugitiva córte que lo habia acompañado en su peregrinacion. Uno de los oficiales de Ordenanzas del rey José, don Juan Van-Halen habia, durante la residencia de la córte en Valencia, ganado toda la confianza del Mariscal Suchet, y éste pidió al rey como un favor que lo dejase á sus órdenes, entrando desde aquel momento Van-Halen al servicio de Francia, en cuya situacion se encontraba cuando posteriormente y al tiempo que el mariscal se vió obligado á evacuar el territorio de su mando, presentóse á Van-Halen la ocasion de reincorporarse al servicio de España á consecuencia de haber, por medio de supuestas órdenes del mariscal por él llevadas, en calidad de su edecan, producido la

rendicion á nuestras tropas de Mequinenza y otras dos plazas guarnecidas por los franceses.

Corta fué la mansion que en Madrid pudo ya hacer el rey José, y escasas las visitas que á la Casa de Campo, único paseo que frecuentaba, le consintieran las guerrillas que polulaban en derredor de la capital y que más de una vez se hallaron próximas á apoderarse de la persona del monarca.

El lord Welignton, tan prudente como hábil, no esperó á Soult, que marchaba á su encuentro con fuerzas superiores, pero no por ello pudo el Bonaparte español utilizar de la pericia de general, que ha sido tal vez el competidor más precavido y propio á luchar con un caudillo de las condiciones del vencedor de Talavera, de Albuera, de los Arapiles y de Vitoria.

El emperador Napoleon, conociendo todo lo que Soult valía como general, por poco que despues mostrára que valiese como hombre político, lo llamó á Alemania y dejó sus ejércitos en España, reducidos á las fuerzas concentradas en Castilla y en el Norte al mando de Jourdan y á las que todavía conservaba en las provincias del Este el mariscal Suchet.

No era ya sostenible por los franceses la posesion de Madrid, y José y el mariscal, su jefe de Estado Mayor, se decidieron á abandonar definitivamente la coronada villa. ¡Cuantas amarguras tuvieron que sufrir las familias afrancesadas que seguian la córte del intruso en el corto tiempo que á su regreso de Valencia permanecieron en Madrid!

Desde el dia siguiente al de la salida de José para Valencia, el ayuntamiento y demás autoridades españolas embargaron cuanto se hallaba en las casas de los afrancesados, en la confianza de que no habian de volver, quedando expuestos de sus resultas los constituidos en autoridad que á tales actos se entregaron á pagar muy caro su apresuramiento; pues vueltos á Madrid los emigrados, valiéronse de la privanza que les dispensaban los franceses para arrancar por la fuerza cuantiosas indemnizaciones á los que habian intervenido en los embargos; y como eran aquellos tiempos muy difíciles, de poco dinero y de ménos confianza, concejales y alcaldes de barrio hubo á quienes costó quedar arruinados para toda su vida el tener que levantar los fondos de que necesitaron para no ser conducidos prisioneros á Francia.

Pocos meses duró la final residencia en Madrid de la córte Josefina. Continuaba la saca de batallones franceses para Alemania, y esto, unido á las bajas naturales del ejército invasor y á los acrescentados recursos que el Gobierno nacional sacaba del restablecimiento de su autoridad en las provincias que iban evacuando los franceses, disminuia las tuerzas que el Rey José podia poner al ya pronunciado cambio de fortuna en favor de la causa patria.

No tardó en decidirse la evacuacion de Madrid, y mi Mecenas se dispuso á seguir las huellas del partido á que se habia afiliado llevándonos consigo á un sobrino suyo y á mí, con ánimo de colocarnos en un colegio de la vecina Francia, donde la oleada de los sucesos comenzaba á empujar á los que se hallaban destinados á cambiar su papel de dominadores por el de vencidos, y lo que es peor, de réprobos en la general opinion de sus compatricios.

Pusímonos en marcha de la única manera entonces posible de hacerlo, esto es, formando parte de los convoyes que sólo escoltados por fuerzas numerosas del ejército invasor, podian atravesar un país unánimemente alzado contra el régimen Josefino.

Como aquella salida de la córte debia ser definitiva, la emigracion de sus comensales se verificó en mayor escala que el año anterior al emprender la caminata para Valencia.

Conociendo que habia sonado su hora adversa en el cuadrante del destino, la aristocracia que seguia al partido francés habia tenido tiempo para hacer sus preparativos, y no se vieron conflictos semejantes á los que se habian presenciado en el Puente de Toledo despues de la batalla de Arapiles, cuya nueva, recibida de improviso en época en la que todavía se tenian por invencibles las armas del invasor, no dió tiempo á muchos de los comprometidos para hacer sus preparativos de viaje. Iba por entonces bien provisto de carruajes y servidumbre el séquito del rey José, y para mejor evitar aglomeraciones en los pueblos del tránsito dividióse el largo convoy en secciones, que fueron dirigiéndose unas hácia Francia, otras hácia Pamplona, San Sebastian y demás ciudades del Norte, todavía ocupadas por los franceses.

El grueso de éstos componia un numeroso ejército, que fué reforzándose desde su salida de Madrid con las guarniciones que iba recogiendo de las provincias limítrofes, á medida que avanzaba

sobre la línea del Ebro. Aquel ejército en retirada, pero todavía intacto, á las órdenes nominales del rey José, pero realmente mandado por el veterano mariscal Jourdan, componia, al llegar á Búrgos, una fuerza de 60.000 hombres, que debian más tarde reforzar los cuerpos mandados por los generales Clauzet y Reille. El convoy real cerraba la marcha de este ejército, que paulatinamente caminaba en direccion de Vitoria, ejército que tuvo sus conatos de esperar en Búrgos á lord Wellington que, al frente de las fuerzas aliadas, distaba pocas jornadas del enemigo. Pero el mariscal creyó más estratégico situar su base de operaciones orillas del Ebro y continuó sosegadamente su marcha de Segovia á Valladolid, á cuyas puertas acampó el ejército, y de allí á Búrgos; donde la córte se detuvo algunos dias.

Al atravesar durante aquella prolongada marcha las poblaciones de Castilla, ¡cuán distinto era el cuadro que presencié de lo que habia visto y oido en Madrid en compañía de las familias adictas á José! Reflejábase el espíritu que animaba á los fugitivos en los lamentos que lanzaban, así como en las ilusiones que todavía se hacian los ministros Josefinos y sus allegados, en cuyo número se encontraba el condiscípulo predilecto del marqués de Almenara, quien, como ya he dicho, me llevaba consigo á fin de colocarme en un colegio en Francia. Lamentable era, por cierto, ver confundidos con los invasores y participando de sus esperanzas, de todo punto contrarias á lo que sentia y pensaba el resto de los españoles, á hombres respetables, unos por sus históricos apellidos, no pocos por sus servicios, y casi todos por sus prendas personales. Durante la marcha de los convoyes, ó en los descansos diarios que los mismos verificaban, reuníanse los que ya caminaban por la senda del destierro, y consolábanse recíprocamente, prestándose los servicios que reclamaba ó hacia posibles la situacion que cabia á aquellos centros de desventuras. Cual en larga procesion desfilaban por el Prado y por Atocha, en tiempo de Cárlos IV, las hileras de alegres carruajes buscadores del clásico y sacramental paseo á que jamás solian faltar nuestros padres, veíanse ahora discurrir por los arrecifes de Castilla la prolongada fila de lujosos coches de colleras, de modestas berlinas, de galeras y de carros que conducian las familias, servidumbres y equipajes de los emigrados. La seccion de honor de los convoyes la componian los coches

de Casa Real, los de los ministros, el del embajador de Francia y los de los generales que llevaban familias, viniendo en seguida los vehículos ocupados por la aristocracia y altos empleados que seguian á la trashumante majestad.

En aquellas largas jornadas, que hacía más fatigosas el polvo, el calor y la sed, era una agradable distraccion el menor accidente que, interrumpiendo el órden del desfile, ofrecia ocasion para que los viajeros se saludasen unos á otros. Tocaba este turno más veces á los Consejeros de Estado Durán y Melendez Valdés, otras á D. Alberto Lista, á Miriano, al abate Andújar, al Intendente general Azpiros, á los marqueses de Avendaño y de San Adrian, al conde de Jaruco, á la familia Virnes, al baron de Cheste, al Sr. Bejerano, al orientalista Badía, al célebre médico García Suelto, y á otros infinitos, nombres todos ellos ilustres, de muchos de los cuales tengo presente la fisonomía, sin poder, sin embargo, recordar sus apellidos.

Una particularidad propia de aquellos dias conservo, sin embargo, muy presente. Casi todos los militares del partido Josefino, y sobre todo los de no avanzada edad, en cuyo caso se hallaba el general Navarro Sangran, hacian á caballo una buena parte de la jornada, y venian con frecuencia á conversar con sus amigos á la portezuela de los carruajes.

Entre aquellos ginetes peregrinantes vienénme particularmente en memoria el general Soler, coronel de uno de los regimientos de la guardia del Rey José, D. Alejandro Aguado, más tarde marqués de las Marismas y futuro banquero de Fernando VII, mi muy querido amigo el conde de Teba que debia ser padre de la Emperatriz Eugenia, el marqués de Guardia Real, hermano mayor del malogrado D. Diego Leon, el de Velazcoin y padre tambien de otro héroe del mismo nombre y mi compañero del colegio, muerto en la batalla de Huesca, y para que nada falte á los vínculos que me unieron á aquella ilustre familia, añadiré que siendo niño, llamaba yo mamá á la marquesa de Guardia Real. Tambien el señor duque de Alba, padre del actual, caracoleaba en derredor de los carruajes y animaba la trashumante tertulia inaugurada durante aquella memorable peregrinacion.

Mas habré de repetirlo con profundo dolor; era conmovedor el contraste que resaltaba entre el espíritu que reinaba en medio del

Exodo de que yo mismo formaba inocente cuanto involuntaria parte, y el sentimiento general en todas las poblaciones que atravesábamos.

Respiraban entre sí sus habitantes la confianza, la espansion, la más completa reciprocidad, el más entero abandono. Entre los Josefinos todo era sospechas, sustos, envidias y recelos. Odiados por sus compatricios, los odiaban ellos á su vez y caminaban como una secta de réprobos y de herejes en medio del pueblo de Dios; y sin embargo, entre aquellos desgraciados habia hombres de verdadero mérito y de escelentes condiciones, pues si muchos habian cedido al interés y á la codicia uniéndose al partido de los franceses, otros se inclinaron á seguirlo con la esperanza de que el génio de Napoleon dotaria á España de un Gobierno reparador que con mano fuerte emprendería las grandes reformas de que tanto necesitaba la nacion.

Otros adoptaron el partido de José, obedeciendo á los mandatos de Fernando VII cuando éste se echó en brazos de Napoleon. Habia entre los Josefinos hombres científicos y eminentes en carreras especiales, como el orientalista Badía, el ingeniero Muñoz, el anticuario Durán, quienes sólo veian en el Gobierno sostenido por el dominador de Europa, el poderío capaz de proteger sus estudios y de dar impulso á los adelantos del país.

A todos, sin embargo, alcanzaba la reprobacion que seguia la raza proscrita y en sus relaciones con los afrancesados, cada español se creia autorizado á hacerles la guerra ocultamente y á escondidas cuando la presencia del enemigo obligaba al disimulo.

En la marcha de los convoyes, los criados de los afrancesados, al llevar el ganado al agua, se escapaban robando á sus amos las caballerías y dejándolos abandonados con sus familias y expuestos á tener que quemar sus coches é implorar de los franceses que les sacasen bagajes, continuando como réprobos y mendigos la peregrinacion comenzada con boato y con lujo. Al llegar á los alojamientos, los dueños y domésticos de las casas donde tocaba un afrancesado, huian de él y apenas le daban la conversacion. Aquellos desgraciados viajaban con ménos seguridad y mayores peligros que los mismos franceses, y al traspasar la línea del Pirineo sólo debian encontrar indiferencia, frialdad, desden y sentir acerbamente la debilidad ó la desgracia que los habia constituido en aliados de los enemigos de su pátria.

ANDRÉS BORREGO.

LOS ASTURIANOS EN AMÉRICA.

(PÁGINAS DE UN LIBRO.)

ALONSO DE QUINTANILLA, PROTECTOR DE COLON.

I

Tratando de narrar grandes sucesos de la historia americana, y el papel importantísimo que en ellos han desempeñado no pocos asturianos, debo comenzar mi modesta tarea con el nombre de Alonso de Quintanilla, así llamado generalmente, aunque con más exactitnd y verdad debiera ser Alfonso Alvarez y Alvarez, porque fueron sus padres Luis Alvarez de Paderni y Urraca Alvarez de Quintanilla, que reedificaron y protegieron el convento de Santa Clara, de Oviedo, donde aun están las inscripciones de sus sepulcros.

Nació D. Alonso en Paderni, esto es, en las cercanías de la capital de Astúrias y en casa solariega de su madre, y aunque buscamos con tenaz empeño el año de su nacimiento, no pudimos averiguarlo, aunque sí consta, por los sucesos en que tomó parte, que debió nacer en los primeros años del siglo XV y morir con él, ó cuando más á principios del siglo XVI. Como entonces no estaba muy adelantada la instruccion pública asturiana y no contaba el antiguo Principado con centros de enseñanza, es muy posible que

Alonso de Quintanilla se educára fuera de Astúrias en las letras y en las armas, pues que en ambas profesiones fué muy distinguido en los reinados de Don Enrique IV y de Don Fernando y Doña Isabel, Reyes Católicos.

Para juzgar de su importancia en el Gobierno de estos monarcas, basta saber que contribuyó á la creacion del Tribunal del Santo Oficio en Castilla, en la ciudad de Avila; que á su valor é inteligencia se deben las rendiciones de Tordesillas y del puente de Zamora en 1474 y 75; que un año más tarde creó el famoso instituto de la Santa Hermandad, en las Córtes de Madrigal, y que á él pertenece el primer censo de la poblacion en España. Con ello le honraron los reyes con el título «del su Consejo».

A mayor altura le llevaron sus merecimientos, porque Doña Isabel y Don Fernando le nombraron contador mayor de la real Hacienda, que en la administracion de entonces era como ministro ó secretario del despacho universal de aquel importante ramo. Así opina tambien Roberston en su Historia de América y el P. Miñana le llama *actario regio profectus*.

II

Por aquellos años, Cristófano Colombo andaba de córte en córte buscando proteccion para su sueño maravilloso, irrealizable y quimérico para los Soberanos y los grandes.

Cuando el ilustre guardian de la Rábida se alentó en su proyecto, facilitándole medios y recomendaciones para la córte de los Reyes Católicos, se hubiera fatigado sin duda el inmortal genovés con tanta contrariedad, y hubiera mendigado carabelas en otro territorio, si no hubiese contado, desde un principio, con la amistad y el afecto, con el poder y la valiosa proteccion del asturiano Alonso de Quintanilla. Y no por entusiasta amor pátrio á las glorias asturianas asentamos de ligero la anteriores noticias, porque respetables historiadores y publicistas consignan la proteccion incesante que debe el gran Colon á Quintanilla.

Como el objeto de estas biografías no es otro que reunir datos para demostrar la influencia que en el progreso y civilizacion de América tuvieron los asturianos; como no es intencion nuestra hacer largo el discurso con extensas consideraciones, vamos á re-

petir cuanto autorizados escritores dijeron del ilustre contador que, al contribuir con Colon al descubrimiento del Nuevo Mundo, abrió glorioso teatro para las hazañas y altos servicios de sus paisanos. Cedemos gustosos la palabra á aquellos autores, y no poco ganará con ello la narracion que intentamos.

Gonzalo Fernandez, originario de familia muy distinguida de Oviedo, dice así en su Historia general de las Indias: «En aquel tiempo andaba Colon en la córte; llegábase á casa de Alonso de Quintanilla, contador mayor de cuentas de los Reyes Católicos, el cual era noble varon, y deseoso del acrecentamiento y servicio de sus reyes, mandábale dar de comer y lo necesario con una compasibilidad de su pobreza, y en este caballero halló más parte y acogimiento Colon que en hombre de toda España. Por medio del Cardenal (Mendoza) y Alonso de Quintanilla fue oido del Rey y de la Reina.»

En los comentarios del Perú, Francisco L. de Gomara, citado por el Inca Garcilaso, se expresa de esta manera: «Habló (Colon) con los que decian privar y valer con los reyes en los negocios; más como era extranjero y andaba pobremente vestido y sin otro mayor crédito que el de un fraile menor, ni le creian, ni aún escuchaban, de lo cual sentia el gran tormento en la imaginacion. Solamente Alonso de Quintanilla, contador mayor, le daba de comer en su despensa, y le oia de buena gana las cosas que prometia de tierras nunca vistas... Por medio, pues, de Alonso de Quintanilla, hizo Colon entrada con el cardenal D. Pedro de Mendoza... que tenia grandísima autoridad con el rey y la reina, el cual lo llevó delante de ellos.»

Garivay habla de esta suerte en su Compendio historial de España: «Tampoco hallando en la córte de Castilla el acogimiento que deseaba (Colon), por andar los reyes muy ocupados y no dar crédito á las palabras de Cristóbal... Si Alonso de Quintanilla no le hubiese acogido en su posada, y ayudádole en la costa, se viera en desesperacion. Dios, que no permitia que tanto servicio suyo se ocultase más, ordenó que por medio de Alonso de Quintanilla, alcanzando cabida con el cardenal... comenzaron á oirle y escucharle los reyes, y á dar alguna esperanza que acabada la guerra de Granada se daria órden de su demando.»

Antonio de Herrera, autor de la Descripcion de las islas oc-

cidentales, se expresa del siguiente modo: "En Córdoba comenzó (Colon) á tratar su negocio, y en quien halló más acogimiento fué en Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla, hombre prudente, que tenia gusto en cosas grandes, y por parecerle persona de estimacion, le daba de comer, porque de otra manera no se pudiera entretener tanto tiempo en esta larga demanda. La reina, porque se veía importunar en la misma conformidad de Alonso de Quintanilla, que con ella tenia autoridad, les agradeció el consejo... Quintanilla y Santangel le besaron las manos, porque por consejo suyo hubiese determinado de hacer lo que por el de tantos habia rehusado."

El P. Carballo dice así en sus Antigüedades de Astúrias: "Al consejo y gran juicio de Alonso de Quintanilla, se debió el descubrimiento de las Indias... acabó con el rey le diese la armada, gente y aparejo que era menester para este descubrimiento."

El ilustre conde de Campomanes está conforme con los anteriores historiadores al escribir las siguientes palabras en su "Discurso sobre la educacion popular de los artesanos y su fomento," y en su «Apéndice á la educacion popular sobre la decadencia de los oficios y artes en España." "Si Alonso de Quintanilla (dice el egregio conde) hubiera despreciado á Colon, no se hubieran acaso descubierto las Indias.... Al tiempo que los Reyes Católicos, impulsados del celoso Alonso de Quintanilla, animáran el descubrimiento de las Indias y costearan la empresa de Cristóbal Colon..."

Washington Irving, en su "Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon," en diferentes partes consigna la entusiasta ayuda que el célebre marino debió al asturiano Quintanilla: "Uno de los más útiles (amigos) fué Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla, que se dice que le recibió en su casa y llegó á ser un ardiente defensor de su teoría."

Huésped del mismo contador fué Colon en 1487, segun el mismo autor norte-americano, que otra vez más cita el nombre del hijo de Paderni como constante amigo del descubridor del Nuevo-Mundo, cuando al tiempo de la toma de Granada, hizo éste nueva instancia á la córte en 1492.

No hemos de ser más prolijos en citas. Otro tanto vienen á decir escritores como Fray Pedro Simon en sus conquistas de Tierra-firme; Gil Gonzalez Dávila, en su teatro eclesiástico de la San-

ta Iglesia de Oviedo; José Manuel Trelles en su historia cronológica y genealógica de la nobleza en España, llamado comunmente Astúrias ilustrada; Estéban Gaspar Roberstan, en su historia de América, y otros muchos escritores que harian interminable este artículo con su referencia.

III

Véase, pues, cuánta parte tiene un asturiano en el descubrimiento de América, y si el geógrafo Malvi llegó á decir que los ojos de una andaluza detuvieron en España al renombrado marino, cansado de los desaires de la suerte, con más razon puede asegurarse, con Campomanes, que tal vez sin Quintanilla no hubiera realizado Colon su sueño maravilloso.

Los libros y datos consultados, y las Memorias históricas del principado y obispado de Oviedo, por Cárlos Gonzalez de Posada, de donde tomamos abundantes noticias en la biografía del contador mayor de los Reyes Católicos, no traen más pormenores de este ilustre asturiano. Sabemos, sin embargo, que se casó con Aldara de Lodeña, asturiana tambien é hija de Luis Fernandez de Grado y Sancha Fernandez de Lodeña, que se sepultaron igualmente en el convento de Santa Clara de Oviedo.

Don Alonso y doña Aldara fundaron mayorazgo en 1490, que despues llevó el conde de Quintanilla.

Hé aquí, para concluir, la suerte de sus hijos. Isabel se casó con Rodrigo de Coalla, tambien contador de los Reyes Católicos y de su nieto Cárlos I. Beatriz se unió á Juan de Bracamonte, conde de Peñaranda; Alonso, llamado el Jóven, para distinguirle de su padre, fué en Medina del Campo jefe de una novilísima familia, y Lope, su hermano, tuvo altos oficios en la administracion y en la milicia.

Tal es, á grandes rasgos, la vida del insigne D. Alonso de Quintanilla, varon elocuente y decidido, de agudo ingénio y poderosa palabra, por la persuacion, como escribe Pulgar, el cronista de los Reyes Católicos, persona prudente y de valor, como lo atestigua Portilla en su Historia de Alcalá.

Con Quintanilla, el protector de Colon, se inauguró la série de asturianos que tan importantes servicios prestaron en América, como veremos en las biografías que siguen.

MARTIN GONZALEZ DEL VALLE,
C. de la Real Academia de la Historia.

LAS DOS BORRASCAS.

SONETO

El trueno zumba en torno á mi cabeza,
el Océano á mis pies rugiendo estalla,
y por tierra y por mar diques ni valla
encuentra á su furor naturaleza.
Mas tambien en el alma con fiereza
puede el dolor librar mayor batalla,
terrible dentro, aunque por fuera calla,
porque á la faz no asome la tristeza.
Borrascas son las dos, y yo recelo
que aquel que, allá en el alma, oculta y siente
un mal irreparable y sin consuelo,
Habria aquí de oir indiferente
cual sobre la cabeza ruge el cielo,
y cuál ruge á los pies la mar hirviente.

C. Navarro y Rodrigo.

San Juan de Luz 2 de Febrero de 1879.

MARI-PEREZ

(Continuacion.)

El de Aragon, que se mantuviera mudo, atento y respetuoso escuchando la historia en que desempeñaba el doble papel de tentador, inclinándose profunda y ceremoniosamente,

—Agradezco la honra cuanto merece,—dijo,—pero me veo precisado á repetir lo que hace poco aseguré á un venerable religioso trinitario que me demandaba lo mismo: no puedo entregar lo que no tengo.

—Ved que negais lo que está evidenciado.

—Perdonad, pero estais en un error.

—Es como lo decimos.

—Señora,—dijo D. Félix inclinándose con altivez,—conviccion por conviccion.

Hubo breve pausa.

—Sr. D. Félix,—dijo la dama del sayal cortando el silencio con un suspiro, y luego con su palabra singularmente impregnada de sentimiento,—no os ofendais por mi insistencia, y permitid á mi interés que os exprese sus temores.

—El respeto, señora, es deferente, complaciente y sufrido; podeis hablar lo que gusteis; que quien os oye no olvidará nunca lo que merecen la señora y la cristiana.

—Mirad,—repuso la dama, pretendiendo mover su voluntad

por medio de otro resorte—el pobre en su desventura, puede ser desatendido y humillado; puede perseguirse y atributársele; pero por esa misma triste condicion que lo entrega inerme y sin defensa, atadas las manos por el bien recibido, y atada la lengua por miedo del mal que le amenaza si la mueve, merece más de nosotros.

—¡Pues no!—dijo el de Aragon asintiendo.

—Y en España,—prosiguió la dama modulando siempre con calma y dulzura, nacion hidalga y religiosa, cual ninguna, se mira al pobre como imágen de Jesucristo, se le atiende, se le respeta y se le concede el derecho de subir hasta el nivel de lo más encumbrado. El Rey es, y cuando se despoja de su cetro y su corona y se halla rostro á rostro con Dios, ¿sabeis como les llama? ¡Hermanos!

—Es verdad,—afirmó don Félix con fina y cortante ironía—y lo mismo les digo yo cuando estoy, no faz á faz con nuestro Señor, sino mano á mano con ellos. Por lo demás, señora, sé perfectamente lo que merecen, y más perfectamente aun lo que alcanzan.

—Entónces, por vos mismo, no deis lugar á que mañana se levante pidiendo justicia para su agravio la voz del sin ventura Pedro Perez.

—Ortiz... Ortiz,—dijo la otra dama con la suya más vibrante que la cuerda de un arpa, rectificando oportunamente.

Sonrióse el de Aragon, y, como quien desea tranquilizar, dirigiéndose á ella replicó:

—Perez ú Ortiz, tanto monta; lo mismo ha de resonar y ser escuchada y atendida donde quiera que se alce.

—Es que resonará donde vos no esperais,—replicó la dama del brial con acento breve y amenazador.

—Vos lo decís... y lo creo.

—No creeis y os burlais; pero, ¡ah!... esperad, esperad á mañana.

Inclinóse D. Félix, y siempre cortés, pero fria y orgullosamente dijo:

—Me doy por emplazado, señora; no temais que falte de mi sitio.

—Bien, me alegro; porque así podré convenceros de que sé

y puedo sustentar la razon y el derecho donde quiera que se debatan.

Pocas palabras habian cruzado la dama del brial y D. Félix; pero habian producido el efecto de dos aceros que se chocan; que con el fuego que despiden se electriza el brazo de quien los blande.

Despues del reto, hecho con animosidad y aceptado con valentía, medió más larga y segunda pausa. Creció con ella la violencia, y las damas, para quienes no quedaba más salida que retirarse, dispusiéronse á efectuarlo alzándose de sus asientos despues de consultarse con la mirada.

Ya en pié la del sayal, fijando en D. Félix sus ojos cóncavos y tristes, con el tono dulce y persuasivo, tan admirablemente sostenido hasta aquel punto, dijo:

—En medio de la noche hemos dejado nuestra morada para venir á la vuestra; grande, muy grande ha de ser nuestro interés, cuanto á tanto nos atrevemos. No deseamos, no, ni por las mientes nos pasa, daros disgusto ni causaros mortificacion; ni pretendemos confundiros con verdades, ni ofenderos con reproches. Quédese para Dios y el rey la justicia; que á las damás bien nacidas no les cumple otra mision, sino la de interceder y rogar.

El de Aragon se sonrió con ironía.

—Sois jóven,—prosiguió la anciana dama ahogando el suspiro que le arrancó su sarcástica sonrisa,—y correis á las satisfacciones de vuestros sueltos deseos. No es extraño; los huracanes y los torrentes van siempre adelante; pero mañana sereis padre, y entónces comprendereis lo que para ellos es una hija, lo que son de horribles las horas en que todos los males se ven suspendidos sobre su cabeza.

Hizo D. Félix un movimiento de impaciencia que, por pronto que fué reprimido, alcanzó á verle la dama del celeste brial, que con otro le correspondió de enérgica indignacion.

—Para vos, esa jóven es un capricho, un empeño, un juguete con que vais á entretener algunas horas de vuestra llena existencia... Vos para ella sois la turbacion del alma, la mancha de la honra, la muerte del porvenir y la desgracia de su vida. Sed caballero y no hagais tanto mal por tan liviano provecho. Mirad: la noche aumenta los temores y añade sombras á las tristezas; en la noche son más impetuosos los movimientos de las pasiones que

constantemente nos asedian... Pues bien, permitidlo y nos separamos: yo velaré al lado de esa pobre jóven, reanimando su espíritu; y la excelente dama que veis, irá á llevar el consuelo y la esperanza á un desdichado anciano, afligido como Job con todos las miserias y todos los pesares de la vida:

—Señora,—respondió el de Aragon,—si no alcanzo á merecer la honra de conocer vuestro nombre, cuando el recuerdo de esta noche acuda á mi memoria, os daré el que os conquistan vuestras altísimas prendas: ¡Señora de las virtudes! y hacedme la merced de creer, padezco al quitaros la última ilusion con el postrer desengaño. La jóven por quien así os interesais no se halla aquí.

—¿Pues dónde está?

—Lo ignoro.

—¡Señor D. Félix!... ¡Mirad lo que asegurais!

—Señora, he dicho.

Con el ímpetu del resentimiento elevado á pasion, la dama del celeste brial alzó la diestra diciendo altaneramente:

—¡Basta!

El de Aragon y la anciana dama fijaron en ella sus ojos.

—¡Basta!—repitió con acento cortado y tembloroso;—cesen los ruegos; ¡qué mal se emplean en quien posee tan pequeño corazon y tan menguada hidalguía!

Y descuidando el cubrirse y recatarse el rostro, en todo extremo peregrino, realzada su pequeña estatura, que pareció crecer; erguida la frente que la indignacion enrojecia, volviéndose á la dama del sayal, y uniendo en su expresion á lo irritado lo pesaroso, añadió:

—Bien sabeis señora y tia, que os predije lo que sucede.

—Señora...—comenzó á decir D. Félix, cuyas pupilas brillaban con el fuego del sonrojo.

—Caballero;—dijo la dama del brial interrumpiéndole con su vibrante voz y seco y cortante acento.—"Habeis dicho," y está todo concluido. ¡Paso!

—¡Tenéislo!—respondió el de Aragon, cediéndoselo.

Las dos damas se dirigieron á la puerta de la cámara; seguialas D. Félix en silencio, respetuoso, pero sério. Herido profundamente en su orgullo por la del brial, sentia inexpresable disgusto por el violento desenlace de la aventura, en la que torciéndose la suerte, habíale tocado la parte peor, bajo todos sus aspectos.

Antes que traspasáran los umbrales de la cámara, el de Aragon, dirigiéndose á la dama del sayal, que con tristeza se dejaba conducir por su jóven y altiva compañera:

—Pésame grandemente, señora,—la dijo,—que salgais de este palacio con la sombra de un enojo, aunque contra su dueño falte razon á la queja.

Y volviéndose á la del celeste brial, con la séria expresion del agraviado que, sobreponiéndose á su ofensa, lleva su cortesía con la dama hasta el delicado punto de satisfacerla.

—Y en el alma siento,—añadió,—que quien me juzga y condena sin conocerme, por ceder á infundadas prevenciones, mire como ofensa propia lo que no es más que natural descargo de quien se ve precisado á darle.

Severa y altiva la del brial contestó recargando fuertemente la frase:

—Más debíais sentiros por el motivo, Sr. D. Félix de Guzman.

—De Aragon, señora,—dijo aquel, rectificando recargadamente tambien;—de Aragon soy por la cabeza, y de Guzman por los piés.

—Y por el alma,—afirmó la dama con su tono breve acerado.

Mordióse los lábios D. Félix, y rápidamente buscó en su memoria las familias enemistadas con el ministro y valido de Felipe IV, á una de las cuales, sin duda, pertenecia la ofendida y altiva dama; y como en esto llegaban á la escalera, ofrecióles su brazo para descender. Aceptóle la anciana, apoyando en él una mano de nítida blancura, cruzada de azules y gruesas venas, que parecia tener entre sus dedos descarnados la llave del sepulcro; desdeñóle la jóven, y, precediendo, llegó hasta el coche y se ocultó en el fondo para esquivar su saludo sin ostensible descortesía.

Puesto ya el pié en el estribo para montar, la anciana dama fijó sus ojos en el arrogante caballero que la servia y ayudaba, y con apresurado enternecimiento:

—Señor don Félix,—le dijo,—acabais de hacer conmigo lo que hace el hijo con su madre; pues bien, yo he de pagároslo haciendo lo que la madre con su hijo, dulce pedazo de su alma.

Todo el respeto y todo el rendimiento de aquella época de galantería se resumió en el fino saludo con que el de Aragon acompañó la protesta de su gratitud.

—Es un consejo que os dan los cabellos blancos,—prosiguió la

dama,—alojadle de buen grado en vuestra memoria y no le relegueis jamás al rincon de los olvidos. Pensad ¡oh! pensad en Dios, que eternamente está velando por el hombre: pensad que la voz del atribulado sube derecha al cielo y llega al trono de la divina justicia: pensad que la desgracia es un sello de predestinacion y de santificacion que lo hace sagrada: pensad que la inocencia no sabe ni aun conservarse por su propia condicion, que es la ignorancia de sí misma: que la pureza es como las flores que una vez marchitadas nada les devuelve su frescura: pensad que nacisteis caballero, y no abuseis, os lo ruego, con el débil y el desvalido, de vuestra fuerza ni de vuestro poder.

Extinguióse la voz de la dama, apagada por la emocion que sentia, y para ocultarla subió al coche y se sumergió en su asiento.

Dominado por su impresion D. Félix, cuyos movimientos espontáneos eran felices, puso á su vez el pié en el estribo, la rodilla en el coche y con singular acatamiento,

—Señora,—la dijo,—permitid que en homenaje tributado á vuestras venerables canas y á vuestras sublimes virtudes, os rinda mis respetos y bese vuestra mano.

Diósela en silencio la anciana, besóla D. Félix con respeto, alzó la rodilla, y dirigiéndose á la dama del brial, la saludó friamente, pero con una de las fórmulas más ceremoniosas.

—¡Guarde Dios al de Aragon!—contestó aquella con desdén.

Bajó D. Félix del estribo, cerró el lacayo la portezuela y salió el coche del palacio haciéndolo retemblar hasta el cimiento.

VIII

Ya iba el coche subiendo por *Puerta de Moros* sin que ninguna de las dos desconocidas protectoras de Mari-Perez hubiesen desplegado los lábios. Entregadas á sus pensamientos, la una con la actividad de la juventud y el impulso de la pasion, revolvia la córte en su mente, poniendo en juego un número de personas como pudiera hacerlo de un número escogido de piezas sobre un tablero de ajedrez para conseguir el fin que determinaba su deseo; mientras la otra, fija en una idea con la gravedad de sus años, en hondos y frecuentes suspiros daba clara muestra de padecer con el resultado que le daban sus reflexiones.

Pensaba aquella en D. Félix, ésta en la desdichada Mari-Perez: allí latia el ódio y pedia duros y prontos castigos; aquí se concentraba la pesadumbre de no ser poderosa á evitar la consumacion de la desgracia que su experiencia preveia, y tan embebida iba en sus pensamientos y temores que al pasar por delante de San Andrés, exclamó:

—¡Y no poderla librar!

Roto el silencio, la jóven, con acento que reconvenia y deploraba á la vez, dijo:

—¿De qué os ha servido humillaros hasta rogarle á él, á un Guzman, señora?

—De satisfaccion para mi conciencia, hija mia,—contestó con dulzura.—He hecho lo que he debido.

—Deber no era, señora tia,—repuso la del brial con viveza;—porque cuando se puede exigir, está de más el rogar.

—Es que nosotras no tenemos ese derecho, Inés; pues no somos padre, madre, ni mucho ménos el Rey, que posee esa potestad. Todo lo que podemos es advertir, interceder, exhortar, y en último extremo, interponer nuestros respetos y obligar con nuestros ruegos.

—Y á fe, señora tia, que por vuestra parte no habeis perdonado medio alguno de reducirle.

Y sin disimular su desaprobacion y enojo, fué recapitulando las negativas de D. Félix, sus ironías, sus altivos arranques, junto con los blandos ruegos y amorosas é inútiles amonestaciones de la dama.

—Vuestro tio,—dijo esta con el tono de quien expone un argumento indestructible;—reprueba los rigores que compára á la piedra desprendida de la nube en las tormentas; que destroza lo que hay tierno y no fecundiza nada; mientras dice del amor, que es la lluvia limpia y saludable que toda la naturaleza agradece, porque á todo le hace bien; el lazo donde se prenden las almas, hasta aquellas más rebeldes y endurecidas.

—Tio fray Simon dice cosas muy buenas,—observó la jóven,—pero suceden cosas muy malas, tan malas como la tropelia que nos ha llevado á presencia de D. Félix, que consumará sin temor de Dios, y quedará impune por gracia y valimiento de su señor tio.

—El nuestro ha puesto su mano en esto, y yo confio que dará feliz cima á lo que tan escabroso se presenta. Vos tambien hareis lo que podais.

—Sí por cierto. Tio fray Simon hámela recomendado, y yo le buscaré valedores; ¡oh! no se ha de quedar su atropellador burlando!... ¿Sabeis en quién pienso?

—No, hija.

—En nuestro primo D. Francisco de Rojas.

—¿Y para qué?

—Para que hable al rey. Bien sabeis que como poeta le estima mucho; y siendo gentil-hombre como es, puede verle á primera hora.

—¡Es verdad!

—Tambien puede hacer mucho mi tio D. César Sandoval y Rojas, pues como comendador mayor de Castilla, tiene poder sobre D. Félix, que es caballero de Calatrava.

—Teneis razon Inés: ahora recuerdo que llevaba la cruz bordadr en el jubon.

—Además, D. Francisco de Rojas y Castro de Lemos, que, como del Consejo de Castilla, puede ser consultado por su majestad, en cuyo caso le ilustraria grandemente; y sobre todo mi tio don Antonio de Rojas y Alvarado de Bracamonte, del Consejo de la Santa y Suprema Inquisicion, y su hermano D. Alfonso que es de la cámara del rey.

—Pasito hija,—dijo la dama del sayal casi asustada;—el bien, como vuestro tio dice, ha de tener dos condiciones: que su orígen sea puro y no lleve envuelto ningun principio de mal. Sí don Félix...

—Mi señora tia,—replicó la de los deudos con viveza,—D. Félix "*ha dicho*:" hagamos nosotras.

—¿Y qué hemos de hacer, hija mia?

—Lo que podamos.

—Bien; pero no olvideis que ni podemos, ni debemos dañar á nadie.

—Es que al culpable...

—Júzguele Dios, y no le aflijamos ni perjudiquemos nosotras, que no somos para nuestro prójimo alta ni baja justicia en la tierra.

La jóven guardó silencio por algunos instantes, la anciana le dejó reinar entregada á sus reflexiones; mas poniéndole término,

—Inés,—dijo,—quisiera haceros una advertencia; y no os ofenda, considerando que la vejez ha llegado al extremo del camino que empieza la juventud, y le conoce mejor.

—Mi señora tia Margarita, yo no puedo sentir por vos sino respeto. Decidme lo que os plazca, que atenta y humildemente os escucho para obedeceros.

—Pues os recomiendo que penseis lo que hablais de Don Félix con vuestro esposo. En el hombre la cólera es fuego; y si con poco se prende, no por eso deja de hacer grandes estragos. Dias no más hace que habeis venido á la córte, y dolor seria que diérais al de Olivares pretexto para que de nuevo torne á perseguir y á ensañarse con el duque, haciendo como que venga agravios de su sobrino.

—¡Ah! no, no lo temais; lo de esta noche es asunto mio.

—Esa es mi pena; pues vos estais de sobra ofendida, y el duque vé por vuestros ojos y obra impulsado por vuestros sentimientos más aun que por los suyos.

En la oscuridad del coche, y bajo la sombra del manto, la frente de la jóven se iluminó con la expresion de un grande y legítimo orgullo, orgullo que nacia de su influencia en el corazon de su esposo.

—La mujer,—añadió la anciana,—si ha de cumplir su destino, que es labrar la felicidad de todo cuanto la rodea y la pertenece, tiene que ser tesoro de amor, iris de paz y espejo de sufrimientos; y todo lo consigue por medio de una virtud, que, si no la más alta, es sobre todas necesarias: por la virtud de la prudencia.

—Si os parece, no le diré nada...

—De vuestro enojo, nó: es lo más conveniente; de lo demás nada le oculteis. Los buenos esposos deben ser un solo corazon, y el corazon no tiene secretos para sí mismo.

Rodaba el coche por la calle de Atocha, y viendo por el cristal uno de los edificios más notables que por entonces la decoraraban, dijo la jóven:

—Mañana, despues de misa, iré á besar vuestra mano, señora tia.

— Mañana,—repitió la del sayal;—no estaré en casa.

—¿Vais á ver á Su Magestad?

—¡Oh, no! Voy á acompañar al infeliz paralítico, que está solo; enteramente solo con su pena.

Paró el carruaje, y la dama del brial, inclinándose, cogió y besó la mano de la anciana, que al despedirla,

—Prudencia, Inés,—la dijo,—prudencia, hija mia, que es la virtud de la mujer cristiana.

Sonó el pequeño ruido de un ósculo, y abriendo el lacayo la portezuela, descendió la jóven, que entró en su palacio, mientras el coche volvia á tomar el camino que trajera.

LIBRO TERCERO.

I

No son de la índole de nuestra humilde narracion, históricas digresiones ni históricos retratos. Además, fuera el hacerlos inutilísimo trabajo: como que la historia de aquella época, popularizada en romances, dramas y novelas se halla tan manoseada, que corre de sobra el cuento de la caida del duque de Lerma, combatido en el poder por su propio hijo; el de la orgullosa privanza, gran caida y lastimoso fin de D. Rodrigo Calderon; y el del valimiento, abusos y caida del conde-duque de Ólivares; con lo que no hay quien ignore tampoco la veleidad de los reyes que así los encumbraron como los abatieron, y las duras y severas lecciones que encierra, para oportuno aviso de muchos y saludable enseñanza de todos. Pero tenemos que apuntar algunos antecedentes para mejor inteligencia de los sucesos que llevamos referidos y de los que por referir nos quedan, con ellos viniendo á trazarse un ligerísimo bosquejo del valido y ministro del Rey Don Felipe IV, tan tristemente célebre por los desastres y desmembraciones que padeció la monarquía en el largo período de su funesta gobernacion.

Presuntuoso y engreido, su política exterior fué una parodia desdichada de la de los tiempos épicos de Cárlos I y Felipe II. Falto de penetracion para comprender la distancia que mediaba de siglo á siglo y de hombres á hombres; de sobra superficial y

vano para conocer sus errores, y harto orgulloso para confesarlos aunque los conociera, duplicábalos dejándolos sin enmienda, y no hubo una gloria de las muchas que enaltecian los pendones castellanos en aquella sazon, que no fuese por un sangriento revés oscurecida.

Cierto que tambien lo que acaecia no era todo culpa suya. Francia tenia un gran Rey y un gran Condé, mientras España era gobernada por un Monarca dado á las Musas y á los placeres, desvanecido por su poder y que se creia á la altura de su abuelo y bisabuelo, porque se veia rodeado de la misma grandeza que aquellos. Pero el inhábil y presuntuoso ministro era mal negociador como diplomático, y peor administrador de los intereses públicos; y no obstante, aquél habia depositado en su mano el cetro para que gobernase mientras él escribia medianos versos, de los que sólo algunos han llegado á la posteridad; y el ministro, ejerciendo el poder hasta convertirle en audaz omnipotencia, hacia sentir sus ódios tan duramente, que nadie osaba provocarle; esto llegó al increible y deplorable extremo de que la Reina hubiese de soportarlo, aborreciéndole allá en lo íntimo de su corazon, lastimado por las públicas infidelidades de su esposo.

Si no abrigára el valido la pasion de la venganza, todavía pudiera perdonársele mucho; mas esta con sus crueles y sombrías inspiraciones, condújole á ejecutar hechos que le mancharon con ominoso borron. Ensañóse por ella con el duque de Lerma despues de vencido; le persiguió, le humilló llenando de amargura sus postreros dias; hizo rodar sobre el tajo la cabeza del marqués de Siete Iglesias, y tuvo encerrado al duque de Osuna tres años en una prision.

Sin duda que el de Lerma habia sido, sobre ambicioso, dado al favoritismo, y que los altos cargos de la nacion fueron en su tiempo exclusivo patrimonio de los suyos; mas era ya digno de respeto por su infortunio, y la persecucion no vino á probar en el de Olivares sino ruines sentimientos.

Familia numerosa la del antiguo ministro de Felipe III, unido por sus enlaces con otras muchas de la más escogida de la nobleza, y unida estrechamente entre sí, sucedió que en cada Rojas tuvo un enemigo; y como á pesar de lo grande de su poder y de lo grandísimo de su deseo no podia desembarazarse de todos, al más

leve descuido sentia dar sordamente un golpe de piqueta socavando el alto edificio de su favor y poderío.

Y mal de su grado, Rojas habia en la cámara del rey, y en la de la reina, y en la de la infanta doña María; Rojas en el Consejo de Castilla, en el de las Ordenes y en el de la Inquisicion; en el episcopado, en los tercios de Italia y Flandes, en los navíos que surcaban los mares persiguiendo la piratería argelina y combatiendo la piratería inglesa; Rojas en el Parnarso castellano, y en todas partes y en donde mejor pudiese presentarse la ocasion de amenguar el poder de su enemigo.

Advertiremos que esta regla tenia una sola, pero cumplida excepcion.

Uno habia—¡y lo que importunaba su cargo al ministro!—uno habia que le respetaba sinceramente; de cuyos lábios rara vez salia su nombre, y que nunca, ni con el pensamiento ni con el deseo, hízole el más leve daño; y el valido, que no podia moverle del sitio á donde lo elevaron, no el favoritismo, sino sus singulares virtudes, veíase obligado á tenerle consideraciones; porque era hechura del rey, que le tuvo por ayo, y se lo dió á la reina por confesor; cargo espinoso que á la sazon ejercia.

Religioso de la Orden de la Santísima Trinidad, fray Simon de Rojas era el varon santo, eminente en sabiduría, de corazon encendido en caridad, de espíritu desprendido de las grandezas terrenas, de alma que no habia perdido su sencillez ni su blancura, de humildad perfecta, escudo sublime de las sublimes virtudes que atesoraba. En su larga peregrinacion por la tierra, habia ido sucesivamente del palacio en que su cuna se meció á las áulas, de éstas al convento; de la celda á la cátedra; de Valladolid á Madrid, y siempre y por do quier dejando en pos brillante y ancha estela de luz,

Por su justificacion y santidad, Felipe III le hizo venir á la córte para tenerle á su lado; más tarde, le nombró ayo del príncipe de Asturias, cargo que abandonó un año despues con el deseo de consagrarse enteramente á los pobres, á los enfermos y encarcelados; y por último, su augusto discípulo, que habia tenido ocasion de conocerle y estimarle, llamóle segunda vez y con viva instancia, nombrándole confesor de su esposa doña Isabel. ¡Y véase lo que son los tiempos y los hombres! De tal honra se excu-

só con cuantas razones de incompetencia pudo aducir su singular modestia; y como fuesen todas desestimadas por el elevado concepto que merecia, para aceptar puso condiciones con admirable entereza, exigiendo que no se le diese tratamiento, que no se le señalase sueldo, ni se le obligase á tener coche. Concediéronle dos de aquellas; pero le negaron la de no tener sueldo, y si desistió de su empeño admitiéndole, fué expresamente como asignacion para los pobres. No fué su eleccion del gusto del Conde-Duque, pero no pudiendo evitarla se previno contra sus influencias, estableciendo otras que dirigia á su antojo y obraban con harta eficacia en el ánimo y en el corazon del Rey. Mas tomó inútil trabajo: fray Simon nunca se mezclaba en lo que no atañia á la conciencia de su augusta penitente; ni jamás, aunque mucho se lo rogaron, pidió á la Reina gracia alguna, ni aceptó, á ejemplo de otros, las que repetidas veces le brindara.

En el ejercicio de su alto ministerio llegó á poseer tristes secretos: todos los del corazon de doña Isabel, corazon que los celos mordian sin piedad y las ofensas á su amor propio emponzoñaban. Doliéndose el prudente confesor, hacíale ver en las infidelidades del Rey la cruz que Dios habia puesto sobre sus hombros, y exhortábala á que la abrazase con paciencia poniéndole delante el sublime ejemplo del Calvario; convenciéndola de que no hay corazon que no se abra al corazon que á él llama con dulzura y suavemente; que no hay corazon que resista al amor generoso y delicado, al amor que se acrisola en las contradicciones, que se prueba con sacrificios, que llega en su delicadeza hasta cubrir con velos de impenetrable reserva sus ofensas y sus lágrimas.

No era esta sola su mision ni su tarea; el confesor doblaba su celo para arrancar del alma de doña Isabel el ódio secreto, pero intensísimo, que profesaba al favorito; y hacíalo de manera que no tocase al ministro, sin juzgarle, respetándole con la ardiente caridad que no conoce ni hace nunca excepciones; con la exquisita delicadeza de la conciencia que vela para no infringir la santa ley de Dios: que sabe y quiere discernir el movimiento de la pasion del de la justicia, y que debe y quiere apartarse del peligro de confundir al enemigo con el culpado.

Sentados estos precedentes, nos dirigiremos á las antesalas del primer secretario del despacho en el departamento que ocupaba en el palacio real.

II

Aún no era la hora en que el ministro de S. M. solia dar audiencia á los pretendientes; planta originaria que no faltó nunca en España; audiencia que se confundia en córte de lisonjeros; pues pocos eran los admitidos, y estos venian á ser los que monopolizaban los favores. Allí solian verse brocados, terciopelos, ricos cintillos, airosas y rizadas plumas; espadas en cuyo pomo se engastaban hermosos y limpios záfiros, encendidos y destelladores rubíes. Veíanse tambien negros hábitos, pero que ya en el pecho de la crugiente sotana, ó en diestro lado del manteo, ostentaban la bordada cruz, que más que signo de la humana redencion, éralo de elevada alcurnia y de envidiadas distinciones; todos, en fin, los que bebian las dulces aguas de fáciles medros sin temor á enlodarse los pies en el cieno de la adulacion, á trueque de levantar luego la frente con el envanecimiento de los honores. Pocos solos, formando grupos los más, gratamente entretenidos, ocupábanse en departir unos del sermon predicado en la Soledad el último viernes; otros de la comedia de Calderon que acababá de estrenarse, ó del chiste que la noche anterior habia dicho ó se atribuia al mordaz Quevedo; mientras por los rincones, mústios, displicentes, cansados de esperar, encontrábanse los que venidos de Indias, solicitaban la pronta revision de un expediente, cuyos trámites no terminaban nunca; no pocos viejos y valientes soldados de los tercios castellanos que pretendian algunos maravedís con que poder llegar hasta sus pobres hogares; tal cual dama, que con su luto y sus lágrimas, viuda infeliz ó madre desolada, venia á demandar una limosna por cuenta de la sangre de un hijo ó de un esposo, vertida allá en los campos donde se ventilaban lastimosamente cuestiones del todo agenas á la española prosperidad, y á los españoles intereses; crecido número de litigantes que, con harta sed de justicia, se dirigian, viniendo de luengas tierras, á pedirla á quien tenian por su fiel dispensador, y entre ellos algun alcabalero que pretendia prorrogar su arrendamiento, aunque fuera á espensas de una buena parte de su lucro.

Sin ser visto de muchos de los que henchian las antesalas, el

confesor de la Reina se adelantó á donde estaba el ugier, y con acento apacible dijo:

—Servíos pasar aviso á su excelencia de que fray Simon de Rojas solicita el favor de hablarle.

No vaciló el ugier en obedecerle, tornando á poco instante con la invitacion del Conde-Duque «muy servido en recibirle, si tal era su deseo.»

III

Así que el ministro vió entrar al religioso, abandonó su asiento, y saliendo á recibirle, besóle la mano con gran respeto, dióle silla, y no hubo atencion de cortesía que no llenase hasta con nimiedad. Tan escogidas y agradables formas encubrian la realidad infeliz de una aversion injustificable por su objeto, repugnante por su orígen, y la suspicacia que aquella arrastra consigo puesta ya en expectativa.

Visto á la luz del dia el Trinitario era admirable, impresionaba.

Su frente, salpicada de pequeñas heridas,—ceñíasela de espinas adorando la pasion que lo habia redimido,—presentaba la blancura amarillenta del marfil; hermosa frente que recortaba el cerquillo y aparecia marcada con el sello de la beatitud: tal era su serenidad, tal su paz. Sus ojos hundidos por la edad y la demacracion, á través de su profunda mirada, tenian irresistible expresion de dulzura, revelándose en su venerable faz la luz de una prodigiosa inteligencia, la calma de un espíritu en perfecto reposo, que ha hecho de Dios su centro, la santificacion del penitente que pasa la noche en la vigilia y el dia en el ayuno, que mortifica su carne con la maceracion; y en la soledad y en la sombra postra su frente y se confiesa polvo, mientras amasa el de la tierra con sus lágrimas.

Nada nuevo tuvo que notar ni que admirar el valido, pero su curiosidad estaba fuertemente excitada y con acento agradable y deferente mezclado de sorpresa, dijo:

—¿Qué trae, dándome honra y placer, á la secretaría del despacho al confesor de S. M. la Reina Doña Isabel?

El ministro se fijaba en el punto negro, pues su conciencia

le decia que la Reina no podia servirse de un Rojas sino para combatirle á él.

—Tráeme,—contestó el Religioso grave pero apaciblemente,—un litigio de que os nombro juez.

Pensando siempre en la Reina, aumentó el Conde-Duque su atencion y aparentando suma deferencia repuso:

—De poco tiempo dispongo; pero en obsequio vuestro, acepto el cargo de toda voluntad. Hablad, Padre Simon, hablad.

—Os expondré el asunto con sencillez, y vos formareis juicio exacto para fallarle en justicia,—dijo el Trinitario,— escuchad. Hay en la villa una jóven de humilde condicion y muy pobre, pero honesta, recatada, religiosa, modelo de todas las virtudes y sublime ejemplo de amor y piedad filial.

Rebajado á ser juez de una querella vulgar, el de Olivares túvose por ofendido; más ocultólo, y continuó prestando forzada atencion, no al relato, sino al confesor de la Reina.

—Esa jóven, señor don Gaspar,—prosiguió el Religioso,—además de tener como todos los mortales un ángel de la guarda á su diestra, tiene un falaz tentador á la siniestra, personificado en un galan de alto linaje y de bellas prendas físicas, pero sin freno en sus deseos, y un tanto ensoberbecido por su nobleza y sus fueros.

—No os admireis, Padre Simon,—dijo el Conde-Duque gravemente,—la juventud es propensa al exceso.

—No me admiro,—repuso con mansedumbre el Trinitario,—lo deploro, y continúo.

Movióse el de Olivares en su alto y esculpido sillon, indicio de parecerle sobrado larga la historia que le referian, sobre todo despejada como ya iba del interés que le produjo su anuncio, pues al fin, ¿qué importancia tenian para él, un galan atrevido y una doncella acuitada?

Hubo el anciano confesor de penetrar lo que pasaba en su mente, y ahogando un suspiro prosiguió:

—Sin hacer mencion de los medios puestos en juego para el logro de su mal propósito, vengo á que la jóven fué llevada anoche á sitio convenido, donde unos la entregaron, y otro la recibió, llevándosela á su palacio.

—¡Oh!—exclamó el Conde-Duque en tono de escandalizado.—

Iba en pos de sus pasos un Religioso,—continuó diciendo el de la Santísima Trinidad,—y á poco se presentó competentemente autorizado por sus canas y su carácter sacerdotal á interceder por la víctima; pero nada pudo recabar, y el nuevo dia la encontró deshonrada, solo con haber pasado la noche bajo aquel techo.

Hizo el ministro señal de asentimiento; y con la misma gravedad de antes, dijo:

—El Religioso, ¿fuisteis vos, Padre Simon?

—Yo fuí, Sr. D. Gaspar.

—¿Y os faltó en algo de lo mucho que de respeto mereceis?

Clavó el Trinitario su profunda mirada en el valido; y con firmeza que no excluyó la dulzura, y fué grande:

—No vengo,—respondió,—en son de queja, señor Conde-Duque, sino en demanda de justicia. Yo, por mí, nada significo.

—Si tal, significais tanto, que es lo primero en que debo y quiero ocuparme.

—Pues conmigo no hay cuentas, Sr. D. Gaspar. Yo no soy más que una voz, pequeña porcion de aire que forma un eco y se apaga en la inmensidad: fuerte, hasta penetrar en el cielo, cuando pide justicia en nombre del oprimido; muy débil, si se alzára para pedir venganza de sus ofensas, dado que algunas se le hubiesen hecho.

—Entonces, ¿qué pretendeis que haga?

—Lo que hace el juez, señor Conde-Duque.

Este arqueó las cejas, mostrándose al parecer dispuesto á formar juicio.

—Os demando justicia en nombre de Dios, juez supremo de todas las causas, para una pobre criatura comprada por un puñado de oro á un vendedor cegado por la avaricia ó inducido por la miseria.

—La miseria,—observó el ministro que con sus despilfarros y ruinosas empresas hundia todo un reino en ella,—¡la miseria es terrible!

—¡Y tan terrible!—dijo el confesor repitiendo la frase,—que cuando esa calamidad entra por las puertas, suele arrojar la virtud por las ventanas; y no hay timbre más glorioso que el de resistir sus asedios.

La miseria es muy cruel, Sr. D. Gaspar, y representa mil

tormentos oscuros y dolorosos que empiezan en la privacion y concluyen en el véjamen, el desprecio y el olvido. Por eso Dios nos dice: "Ved á los pobres en mí" para que socorramos y no vejemos, ni despreciemos, ni olvidemos nunca.

—¡Oh, sí!—exclamó un tanto distraido el Conde-Duque.

—El que abusa de la miseria,—añadió el Trinitario;—el que la hostiga... el que la tienta, y le abre como Satanás luminosos horizontes...

—Es muy culpable, muy criminal, digno de severo castigo.

—¡Oh! Dios que le juzgue, y sea siempre en su misericordia,—dijo el confesor atajando al valido en su enfático apóstrofe;—pero amparadla vos, ya que de ello teneis el deber y los medios, tan felizmente reunidos.

El Conde-Duque volvió los ojos á la mesa, sobre la que, entre otros papeles, hallábase una relacion circunstanciada de la desastrosa pérdida de Portugal. Su impaciencia comenzó á patentizarse diciendo:

—Lo haré, sí, sí; por lo cual os ruego que, concretándonos á vuestra solicitud, me digais....

—Ya se os habrá ocurrido, Sr. D. Gaspar. La culpa y la enmienda se enlazan tan íntimamente...

—Bien; pero vos...

—Yo anoche le pedí al atropellador la víctima; hoy reclamo al señor ministro que le obligue á una digna y debida reparacion.

—¡Oh! pues la dará.

—¿Me lo prometeis, por el amor de la Sagrada Vírgen María?

—En su Santo nombre y en el mio tambien,—respondió sin vacilar, fácil, como buen cortesano, en prometer.

Hecha la promesa, eludible á su antojo, tornó á volver su mirada á la mesa, evidenciando marcadamente el deseo de terminar la audiencia, que por cierto habíase prolongado más de lo que al concederla pensó; pero, contra lo que esperaba, el confesor no se movía; y entonces, tratando de abreviar, con tono ménos melífluo que hasta allí y algo más ejecutivo, dijo advirtiéndole:

—Olvidásteis decirme el nombre del desmandado galan.

—Se llama D. Félix de Aragon,

—¡Mi sobrino!—exclamó el de Olivares levantándose casi de su asiento á impulsos de la sorpresa.

—Y pupilo vuestro, segun he recordado.

Sonrióse el Conde-Duque, y con acento que cuando ménos envolvia la duda, replicó:

—Diria que estais equivocado: se estima en mucho D. Félix de Aragon para acometer tal aventura.

—Y yo deberia de responderos que no dudareis cuando tengo el pesar de afirmarlo: yo, que no debo hacerlo ligeramente contra el prójimo.

Conoció el valido su inconveniencia; mas, irritado por su propia falta, con sobrada viveza replicó:

—¿Y en vos no puede caber engaño? ¿La falacia de las apariencias, desaparece ante vuestra segura mirada?

—Yo, Sr. D. Gaspar,—repuso el Trinitario velando con su humildad la ofensa que le inferia,—soy tan propenso al error, tan falible en mis juicios como el último de los hombres; pero las pruebas hacen fe y forman la conviccion íntima, profunda, indestructible, que aquieta la conciencia del juez cuando pronuncia el fallo, y esa conviccion existe en mí.

Dióse al silencio y á la reflexion por breves instantes el soberbio privado, y recordando que desempeñaba el papel de juez, que la sentencia que diera iba á ser un arma que podia volverse contra él, manejada por la mano de un enemigo; y que, en fin, se las habia con el confesor de la Reina, con el Religioso amado y reverenciado por todos, dominóse, y volviendo á la consideracion y al respeto, dijo:

—Si estais convencido hasta ese punto, ya no dudo. ¿Decís que ha sido D. Félix?... Pues bien D. Félix será.

Claváronse en él los ojos del confesor; aquellos ojos cóncavos rodeados de azulado cerco, tan dulces en su expresion que conmovian; tan penetrantes que sobresaltaban al disimulo, que por ellos se hallaba de repente sorprendido y descubierto; y leyendo lo que pasaba en su corazon, y lo que en su pensamiento habia, repuso con mesura y dignidad:

—De la conciencia, y perdonad que os lo recuerde, hay que tener grandísimo cuidado, porque es el criterio á que el hombre somete su razon; la que Dios llama á exámen y sobre la que pesa la terrible y asustadora responsabilidad de nuestras acciones. En lo que con la conciencia se roza, no debe admitirse ligereza alguna.

Iba á protestar el ministro, más impidióselo el Trinitario diciendo:

—¡Escuchad!

En cuanto su impaciencia lo permitia, el Conde-Duque le prestó atencion.

—En las primeras horas de la mañana de ayer supe, ignorando quién lo abrigaba, algo del intento. A la tarde se me confió cuáles eran los medios de que se valía; se me reveló su nombre y el de la miserable palanca de que se estaba sirviendo para el logro de sus designios. Por espacio de bastantes horas anduve sobre su huella que reconocia, porque distintamente se mostraba. En una parte, y de boca de la inocencia, escuché de nuevo su nombre; en otra hallé un testigo mudo, pero elocuente; hallé este guante suyo, que olvidado probaba su presencia en el sitio en que se le habia entregado su víctima; y otro testigo que, sin pensar en serlo, declaró haberle visto con el infeliz objeto de su antojo. Por último, en su palacio, á su lado, y por sus palabras, entre las que no tuvo una sola para reprobar el hecho, acabé de formar tan firme conviccion, que no dudára en poner la mano sobre áscuas, seguro de que la verdad, por mandato de El que es la suprema de todas las apagaria para mostrarse triunfante.

—¡Cesad!—exclamó el de Olivares, siguiendo el nuevo rumbo que habia tomado.—Basta lo que habeis dicho para convencerme, como vos lo estais, y condenarle con rigor.

—Sed misericordioso,—dijo el confesor, de cuya frente no desaparecia la sombra de tristeza que la habia cubierto;—y sedlo, muy particularmente, con la juventud. ¡Que restituya lo que ha robado; y Dios perdone al ladron!...

Remontándose con alas desplegadas por la region de la severidad, el conde-duque dió la primera muestra de la suya, diciendo con tono un poco hinchado y dos pocos presuntuoso:

—Sobre eso, padre fray Simon, descuidad en mí. Hoy mismo será esa jóven devuelta á su familia.

—Sí; pero vuestro sobrino...

—Mi sobrino saldrá mañana para Italia á expiar su falta en el destierro.

Avertiremos que á Italia era donde iban los favoritos del ministro.

—Perdonad, pero no veo ahí la reparacion que se debe á la infeliz agraviada.

—No he concluido.

—Es cierto; proseguid.

El conde-duque prosiguió vertiendo las palabras como si con ellas derramase altos favores.

—La jóven recibirá un dote proporcionado á su clase, y podrá optar, segun su deseo y sus inclinaciones, por volver con sus padres ó retirarse á un convento.

Inclinóse el trinitario, levantó su diestra y, acentuando, digámos así, con el blanco y descarnado índice, lleno de la firmeza que da una gran fuerza de razon, y la dulzura que, como la miel del panal, mana de ciertos lábios privilegiados, dijo:

—Hacedme la merced de escuchar, señor conde-duque. La desventurada criatura para quien os he pedido justicia, ayer tenia honra, y hoy la vé perdida; ayer podia levantar su frente sin mancha alguna, hoy perdónele Dios á mi triste experiencia lo aventurado del juicio, hánle desprendido del alma su blanca túnica de pureza; ayer en su humilde esfera se le abria un tranquilo porvenir; hoy ese porvenir está muerto; ayer, con la alegría del corazon sencillo y bueno, entregábase al cumplimiento de sus deberes; hoy llora en su desolacion confundida de vergüenza. ¿Os parece que tales daños se compensan con una suma chica ó grande de dinero, y la facultad de ir á encerrar su desgracia entre las paredes de un convento?

—No,—contestó con tibieza el conde-duque;—pero se hace cuanto se puede, contando con lo irremediable.

—Para lo irremediable hay tambien reparaciones, en cuanto el poder humano alcanza.

—El mio ha ido en sus ofrecimientos hasta su límite.

—Dispensad; pero vuestros respetos como deudo y tutor que habeis sido; vuestras facultades como secretario del despacho, en quien delega las suyas su majestad, pueden lograr mucho más.

—Veamos; ¿qué más puede hacerse en vuestro obsequio?

—En el de la justicia, señor conde-duque,—dijo el trinitario rectificando.

El privado se irritó más violentamente que antes, y con seco y áspero acento replicó:

—Esta, P. Rojas, se halla más que satisfecha.

—Ménos, Sr. D. Gaspar.

—¿Podeis demostrarlo?

—Puedo; pero es inútil hacerlo con quien como vos conoce las leyes de la conciencia, las del reino y las del honor.

Enderezóse el valido, cual si un resorte le hubiese impulsado, y sin ser dueño del primer movimiento:

—¿Pretenderíais,—exclamó,—que mi sobrino le dé su mano?

—Es lo que Dios le manda y el deber le ordena: es lo que cumple. La culpa se lava con lágrimas, pero la honra de la mujer no la restaura más que la honra del que la manchó, lo cual es ya para éste un privilegio.

Tomó el Conde-Duque severa y arrogante actitud, y mirando un poco de alto al confesor, dijo:

—Cuestion es esta que por sí misma se resuelve. D. Félix de Aragon es de tan alta alcurnia que se remonta á Don Pedro el Ceremonioso, tronco real de que desciende. Mozo y extremado en sus pasiones, habráse dejado deslizar por la fácil pendiente de sus deseos; pero tiene deberes muy severos que cumplir, y el más importante es no deslustrar el nombre de su excelso predecesor. Las reparaciones son relativas; toman el valor de quien las dá, y partiendo de quien tan ilustre es, la honra queda en esa jóven restablecida y hasta si se quiere aumentada.

Al oirle, trocándose en el religioso la expresion que animaba su venerable faz, revelóse en ella una compasion dolorosa, y sus brazos cayeron pegándose á su cuerpo enflaquecido.

—¿Es culpable?—añadió el valido resumiendo,—pues que lleve su castigo. ¿Ha agraviado? Que satisfaga. ¿Debe una reparacion? Que la dé. Más ni él vendrá, ni yo consiento, en una alianza cuya desigualdad ofende á su nobleza. Póngase término al mal, en buen hora; désele compensacion á la ofendida, ¡bien está! Pénese con destierro al ofensor; yo mismo lo propongo. Y con esto creo que esa quejosa doncella consigue lo que no podia prometerse, por más que abroquelada con ese escudo,—y señaló el rojo que el trinitario llevaba en su pecho,—se hubiese propuesto hacer ruido.

La frente del confesor, cubierta de palidez, se irguió á impulso de la indignacion que sentia, y alzando el brazo, cambiada la mansedumbre en severa energía,

—El hombre,—dijo,—que abusando de lo que hay más sagrado y digno de respeto en el mundo, la debilidad del desamparo, lleva el desman hasta donde le place, arrollándolo todo con el fuero del poderoso; ese hombre, venga de reyes, de héroes, ó de Santos, debe borrar lo negro de su accion satisfaciendo como honrado, y pagando como caballero.

Sonrióse sardónicamente el Conde Duque y replicó:

—Sois sacerdote y tirais por los Sacramentos.

—Estoy en mi deber; porque, además de que santifican, sin ellos no hay salvacion. Dando vuestro sobrino su mano á María Perez, hace exclusivamente para sí; pues sin ilusiones, señor don Gaspar, al libro de oro de la nobleza se le pueden añadir una ó muchas páginas por mandato del Rey, que se ha servido conferirla, como desgarrarle alguna ó algunas con sentencia infamatoria por la mano del verdugo; pero el libro donde el Eterno escribe su cuenta al hombre... ese sobrevive á los siglos y á los tiempos, y esa cuenta no hay poder que la salde, ni potestad que se exima de pagarla.

—No lo dudo,—dijo glacialmente el valido;—mas cada cual en su derecho; yo seguiré custodiando el libro de la nobleza para que no se manche la página en donde se hallan las rojas barras de Aragon. El confesor abandonó su asiento; imitóle el Conde-Duque y volviendo, con la flexibilidad del cortesano, á su tono acostumbrado para que surtiera la intencion de la pregunta, dijo mientras le acompañaba á la puerta:

—¿Vais á ver á S. M. la Reina?

—No! S. M. no me necesita.

—Pudiérais necesitarla vos...

—Teneis razon; el viejo es como el niño, há menester de todos.

Con esto salió del despacho cuya puerta se cerró trás él.

Por su parte el ministro, olvidándose del reino que habia hecho perder á España, sentándose en su sillon, púsose á reflexionar en el asunto de su sobrino. Abarcóle en conjunto; en la pequeñez de su orgullo, revistióle con las miserias de sus ódios; y cuando iba á prevenir á don Félix, alzóse el tapiz y apareciendo el ugier,

—Señor Conde-Duque,—dijo,—el señor Comendador mayor de Castilla, si vuecelencia puede recibirle.

—¡Otro Rojas!—exclamó sin poderse contener.

—¡El señor Comendador mayor de Castilla!—repitió el ugier con tono campanudo, sin esperar el mandato.

—¡Vaya en gracia por el señor Comendador!

Y hablando consigo mismo añadió:

—¿Vendrá tambien por la doncellica acuitada? Pues si viene á romper lanzas por ella, ese y todos los Rojas, que, como en el mar las avenas, forman una capa en el reino, me encontrarán de mantenedor.

En este punto finó su soliloquio; pues de nuevo se alzó el tapiz y entró á su presencia el Comendador, quien por cierto no se parecia en nada á su deudo; tan morena era su faz, tan altiva su frente y tan arrogante su apostura.

IV

Reposaba D. Félix profundamente: con las visitas de la noche anterior habíase acostado muy tarde y dormídose á la aurora. Dormia, pues, y soñaba con la altiva dama del brial y la humilde Mari-Perez, cuando las pesadas cortinas del lecho se movieron, y la voz un poco atiplada, pero fresca y agradable de un paje, sonó diciendo, en tono pesado y cadencioso:

—¡Mi señor D. Félix... mi señor D. Félix!

Despertó el dormido, y de mala gana sin duda, pues sin abrir los párpados, con voz algo oscura y tono desabrido

—¿Qué es?—preguntó.

—¿Estais despierto?—dijo el paje con acento meloso.

Sin contestar, volvióse D. Félix, se estiró magníficamente, echó el brazo en la almohada, formándole un arco á su arrogante y varonil cabeza, disponiéndose á continuar el por un momento interrumpido sueño, para atraer de nuevo hácia sí tan deliciosas figuras. Durmióse, en efecto, y advertido por el paje, fué causa de que tornando á inclinarse sobre el lecho, repitiese:

—¡Mi señor D. Félix!... mi señor D. Félix!

En aquel punto asomó por la puerta de la cámara una cabeza masculina, caracterizada por negra y profusa barba, que á su vez se asomaba por ancha y hueca gola que le rozaba las orejas, y que con voz gruesa y singularmente contenida, preguntó:

—Lopecito, ¿despierta?

Sin dejar de la mano las cortinas que entreabria, el paje volvió la cabeza, y contestó enviando la respuesta más con el aliento que con la voz:

—¡No!...

—Pues llamadle.

—Está muy dormido...

—No le hace.

—¿Y si se incomoda?...

—Anguantadlo, hijo, pues peor será que se incomode su señor tio.

Dicho esto, el barbudo retiró la cabeza, y el paje tornó á introducir la suya entre las cortinas y el lecho, repitiendo con acento almivarado.

—¡Mi Sr. D. Félix!... ¡Mi Sr. D. Félix!... ¡Mi Sr. D. Félix!...

Despertó el de Aragon, pero de peor gana que antes, dijo:

—¡Quién vá allá?...

—Vuestro paje,...—respondió este mimando con el acento.

—¿Y qué quieres?

—Deciros que está ahí.,.

—¿El fraile de anoche?

—No, no; viene de parte de...

—De quien quiera que sea, que se vaya.

Ya que manifestó su voluntad, aficionado sin duda á los ensueños, cerró los ojos, y con el brazo siniestro reforzó el arco formado con el otro á su cabeza.

Tornó en tanto el dela gola á asomar por la puerta y llamó con un chicheo.

Indudablemente no queria exponer su respetabilidad al menoscabo de una reprimenda.

Oyóle el paje y con su viveza de niño volvióse á mirarle,—pues por lo que hace á hablar no se atrevió,—hizo una seña á que respondió este con otra, abrió D. Félix los ojos, y cogiendo la del último, exclamó con enojo:

—¿Juega el paje á la mona?

—Señor,—balbuceó Lopecito, casi asustado y medio temeroso,—es que el señor Manuel Govantes...

—¡Govantes,—gritó D. Félix,—entrad!

Entró el señor Manuel de Govantes, y abriendo del todo las cortinas, se presentó á la vista de su señor con su alto peinado, trage de sarga negra acuchillado de blanco, voluminosa gola, espada en el cinto y lustroso y puntiagudo zapato con lazo. No traia herreruelo, con lo cual se deducia que se encontraba de casa.

—¿Se ha dormido bien, mi señor D. Félix?—le preguntó con cierta familiaridad que autorizaba la sonrisa que acogió su presencia y su saludo.

—Bien he dormido, Govantes; pero no lo que necesitaba.

—Se comprende; anoche os recogísteis tarde, y esta mañana....

—¿Comienzan á presentarse de nuevo las visitas?

—Así es; ya teneis ahí una,—respondió Govantes, que bien contaría veinte años más que su señor.

Dió D. Félix un suspiro, represion sin duda de un bostezo, y perdido el ceño y la aspereza que habia ostentado con el paje, familiarizándose con el de la gola le preguntó sonriendo:

—¿Quién ha venido tan temprano á recoger nuevas de mi persona?

—El hidalgo Cosme Pereda.

—¿Y qué se le ofrece á ese espíritu sutil?

—Es portador, segun ha insinuado, de una carta de su señor el Conde-Duque, para vos.

—¿De mi tio?

—Pues...

—¡Gran novedad!

—Debe serlo.

—Como que con ésta será la segunda vez que vea su letra. Que os la dé y hácedme la merced de traérmela mientras me visto, pues si se les antoja volver hoy á los frailes andantes y á las damas compungidas ó amenazadoras, habrá necesidad de recibirles.

—Sin duda, bien que, segun presumo, no os han de dejar á sombra con solo el ramo de las epístolas.

—Y á fe que no ha de quedar ninguna sin respuesta, principiando por la de mi buen tio D. Gaspar, á quien creia más ocupado en los asuntos del reino que en los mios.

Fué Govantes á su comision, y D. Félix, deslizándose del lecho, dió principio á sus abluciones y despues á vestirse, cantando

á media voz una tonada de la última comedia de Calderon. Esto queria decir que pensaba en Mari-Perez.

Lopecito, que apenas contaria diez y seis años y que por adicto, no ménos que por despierto, era su predilecto, presentábale el jubon, la valona, la sortija con el sello; y D. Félix, que decididamente habia despedido el mal humor, vestíase sin dejar de cantar; al contrario, parecia complacerse en adornar la tonada de tantos gorgeos como su garganta le permitia ejecutar.

En medio de ellos, el señor Manuel de Govantes, hidalgo de antiguo y conocido solar, con tantos humos como el primero, susceptible y puntilloso cual ninguno, de saber como pocos, pues habia cursado con brillantez en Salamanca, y muy particularmente consagrado á D. Félix, á cuyo servicio estaba desde que murió D. César, entró en el aposento un tanto cejijunto y amohinado.

—Sr. D. Félix,—dijo acercándosele,—el licenciado Pereda solicita hablar con vos.

—Es el licenciado un hombre,—respondió el de Aragon cesando en su cantúria—que me mueve la bílis y me remueve la sangre; y no sé por qué le ha mandado mi señor tio; pues ya cuando estuve en tutela anduvo en poco que con la vaina de mi espada no le midiese las espaldas por husmeador y acuson. Volved, si os place, que os dé la misiva, y luego veremos si le recibo.

—Si quereis perder tiempo iré,—replicó el señor Manuel, que no gustaba, al parecer, de desperdiciarle,—si quereis ahorrarle, recibidle, pues tan pertrechado viene de razones y tan escudado con las órdenes de su señor, que no hay sino permitirle lo que desea.

—Pues con todo eso,—dijo D. Félix retorciendo entre sus dedos el negro y poblado bigote,—me inclino á despedirle á riesgo de que con sus razones se lleve la carta.

—No os lo aconsejaré yo,—repuso el hidalgo, persuadiendo á lo contrario con gesto y tono;—media vuestro tio, y ha de mediar entre vos y él algo que os importe é interese.

—¡Pist!... En cuanto á eso... En fin... que entre, y salgamos cuanto ántes de la carta y del portador.

—Es lo más acertado.

—Si es lo más, sea. Venga ese rapante gavilan, satélite de su señor; y luego se lo mandaremos á que le dé cuenta de las veces

que he parpadeado, y si al estornudar me incliné á la derecha ó á la izquierda.

Salió segunda vez Govantes, y á poco volvió con el licenciamiento.

Este era un hombre de edad provecta, aventajada estatura, enjuto de carnes, color amarillento, nariz corva, ojo penetrante y frente calva; que vestia gregüesco morado de tafetan doble, jubon verde manzana, acuchilladas las mangas en el color del gregüesco, y gola de gran vuelo; completando el traje, profuso en colores, el ferreruelo, que le llevaba negro, y el sombrero con pluma y verde cintillo; conjunto extraño de traje y persona y en el que resaltaba la disparidad, si se atendia al rostro, y en el rostro á la expresion, que no era nada abierta ni franca y sí mucho intencionada, torcida y burlona, detrás de su gravedad y afectada mesura.

—Llegad, Pereda;—dijo D. Félix, que para recibirle habíase apoyado á una mesa de retorcidos piés;—y pues tan cumplido sois de todas las formalidades que han de usarse para llenar un encargo, dadme vos mismo la carta que me traeis. Y para que otra vez no suceda, os advierto que todas podeis entregárselas al Sr. Manuel de Govantes, quien por la confianza que en su lealtad y afecto tengo depositada, es como si mi propia persona fuera.

—Mucho me complace la confianza con que os servis honrarle, —respondió el licenciado Cosme Pereda, soltando las palabras de manera tal, que parecian escucharse unas á otras;—pero yo, que soy tan fiel cumplidor, como habeis dicho, de los encargos que se me confian, he de hacer siempre lo que mi señor el Conde-duque me ordena.

—En cuanto os sea permitido,—observó don Félix, apresurándose á poner correctivo á lo absoluto de su obediencia.

Desentendióse el licenciado, y añadió, reforzando su protesta:

—Por eso, cuantas veces me dijere como hoy: «Entregaréisla en mano propia,» otras tantas llegaré hasta vos, sin fiarla á ninguna, por más que sea tan segura y de tanta estima como la del señor Manuel de Govantes.

Sonrióse don Félix, y lanzando protesta contra protesta,

—Todo será,—dijo,—como á vuestro señor y á mí nos venga en gusto.

Y tomando la carta, iba á romper el sello, á punto que el licenciado Pereda añadió:

—Ahí vereis lo que me toca hacer.

—¿Sí?

—No os lo dijera, si no lo necesitase para ponerme á vuestras órdenes.

—Os lo estimo,—repuso don Félix.

Sin más, retiróse á una ventana, rompió el sello y leyó la carta, que así decia:

«Sobrino D. Félix: Habeis hecho una de vuestras proezas, bajándoos imprudentemente hasta quien no debíais. Siempre habeis sido dado á diabluras; y esta os saldría muy cara, si no fuera por vuestro tio que interpone sus respetos y valimiento para que no os toque el castigo que se pide para vos, y que sin mí ya estuviera decretado.

«No insisto más en lo hecho, y me fijo en lo por hacer, que es dar una satisfaccion que acalle á unos y quite prexto á todos, y me parece lo mejor que en el instante que recibais esta, hagais salir de vuestra casa á la jóven que anoche en mal hora llevásteis. Si teneis medio de taparle la boca con dádivas, hacedlo; si no dejadlo á mi cuidado, que yo lo tendré en todo para que este enojoso asunto se termine sin amenguar en nada el favor que gozais, y contra el que trabajan todos vuestros enemigos.

«Haréislo como os lo mando, y no temais los resultados, pues todo lo allanará vuestro tio.—El Conde-Duque de Olivares.»

«P. D. Cosme Pereda, que tiene mi confianza y le podeis conceder la vuestra, lleva órden mia de conducir á vuestra oscura Elena á donde debe permanecer ínterin otra cosa no se disponga.»

No perdió el tiempo D. Félix, que en lo independiente y resuelto no tenia par, en darse á la reflexion, ni vaciló tampoco lo más leve, sino que acabada la lectura, sentóse junto á la mesa, y servido por el paje, que le trajo recado de escribir, púsose á contestar en los términos siguientes:

«Mi señor tio D. Gaspar: Enterado de cuanto me decís, en lo que tanto me favoreceis, debo daros por respuesta una seguridad que os aparte de cuidados y de enojos; y es, que en esta, vuestra casa, no hay más que la servidumbre de vuestro respetuoso y agradecido sobrino,—Don Félix de Aragon.»

"P. D. Despido á vuestro servidor el licenciado Pereda, pues no tiene para qué emplearse, y os doy las gracias por el interés que por mí tomais y los repetidos ofrecimientos que os dicta."

D. Félix cerró y selló su carta, llamó á Cosme Pereda y alargándosela dijo:

—Tomad, Pereda, y dad esta carta, contestacion de la suya, á vuestro señor y mi tio el Conde-Duque de Olivares.

Tomóla Cosme y guardósela en el hondo bolsillo de su vistoso jubon.

—Decidle,—prosiguió D. Félix,—que de mi propia mano la recibís, y que, aprovechando en lo que puedo el ofrecimiento que me habeis hecho de poneros á mis órdenes, os doy la de retiraros.

Inclinóse al oirla el licenciado, y no pudiendo su tez, se le enrojecieron los ojos.

—Punto por punto he de referirle lo que os servís encargarme, —contestó, y por lo que hace á mí, aunque el servicio sea corto, siempre es una muestra de la voluntad, que es grande.

Miróle el de Aragon, movió un poco la cabeza, torció ligeramente la boca y desdeñando el sarcasmo,

—La conozco de antiguo,—replicó;—y os la pago como me la profesais. Con que, á vuestro señor la carta y mis respetos.

—Será como lo mandais.

Retiróse Pereda, dejóle salir D. Félix, y cuando el tapiz se lo robó á la vista, recobrando el bien templado humor que antes tuviera, dijo al señor Manuel de Govantes con tono placentero:

—Una negativa me ha hecho dar otras dos; y lo siento, porque separadas y juntas, todas me pesan. Pero, suceda lo que suceda, ya no me vuelvo atrás. Este,—añadió sonriendo,—es otro cerrojo que pasan á la jaula de mi cantora.

—Con el señor Conde-Duque,—observó el hidalgo visiblemente inquieto,—llevaos mucho cuidado, señor D. Félix.

—No merece tanto, mi buen Govantes. Mi señor tio habla muy alto porque no ha encontrado todavía quien le responda en su tono.

—Cuando nadie lo hace...

—¡Bah! lo que nadie ha hecho, llega un dia en que se pone por obra.

Y soltó al aire su voz de grato y sonoro timbre, cantando el estrivillo de la tonada que antes habia cantado.

V

Antes que el sol llegára á su zenit, el licenciado Pereda tornó á presentarse en el palacio, portador de una segunda carta, que, entregada y leida, era como sigue:

"Sobrino D. Félix: En gran manera háme disgustado vuestra respuesta; y más si cabe la parte verbal encomendada á mi fiel servidor el licenciado Pereda, la que por su audacia viene á superar en mucho á la escrita. Desobedecido por vos, me obligais á que os ponga una terminante disyuntiva, en la que elegireis, segun vuestro gusto, reservándome yo el proceder, segun vuestros merecimientos."

"Fuera de los dos extremos que abraza, os lo repito, no hay medios de consiguiente; ó me presentais la prueba tangible é irrecusable de lo que afirmais, ó de grado os hais de someter á lo que he dispuesto; en cuyo caso, sin excusas ni dilaciones, pondreis en manos del licenciado Cosme la causa del escándalo que con notable perjuicio y desdoro vuestro hay en la córte."

"Con esto y no más, complacereis á vuestro tio.—El Conde-Duque de Olivares."

La atmósfera que respiraba D. Félix continuaba cargándose de amenazas; y estas, lejos de reducirle, acabaron de sublevarlo.

Bajo tal impresion, tomando la pluma, contestó al enojado valido.

"Mi señor tio D. Gaspar: Singularmente me maravilla lo que sois servido de manifestarme; y me pesa de vuestro desagrado, que no merezco; lo que, ni yo acierto á encareceros, ni vos podeis nunca imaginaros. Otro tanto sucede con que hagais tan difícil la obediencia, que de todo punto se la imposibilitais á vuestro respetuoso y adicto sobrino.—D. Félix de Aragon."

Cambiada la segunda carta, y trascurrido buen espacio de tiempo, D. Félix, que se hallaba excitado, pero no acobardado ni aun temeroso, acabábase de sentar á la mesa, acompañado del señor Manuel de Govantes, y de servirse una sabrosa perdiz, en hora y punto que el licenciado Pereda atravesaba los umbrales del

palacio conmoviéndole y alborotándole; pues esta vez llegaba acompañado de treinta buenos mosqueteros de los tércios de Italia, y á su cabeza el alférez Pedro de Olmedo; todo un veterano, cejijunto, con largos y retorcidos bigotes y limpia y nunca bastante bien ponderada tizona.

Con la conmocion corrió la nueva rápidamente y llegó hasta D. Félix, en quien hizo tan poca mella, que siguió trinchando la perdiz y á buen recaudo, poniéndose la blanca pechuga de que daba cuenta su gentil apetito, mientras el señor Manuel de Govantes separaba su plato, aturdíase el maestre-sala, y el copero vertió sobre el mantel el espirituoso vino que escanciaba.

Penetró Cosme Pereda en el comedor, sin esperar á ser invitado ni preceder anuncio; acercóse á la mesa, y sin concederse más espera que la necesaria para que D. Félix agotase la copa en que mojaba sus lábios, presentóle dos pliegos abiertos.

Sin tomarlos, volvióse el de Aragon á Govantes y le dijo:

—Si gustais, hacedme la merced de ver qué es eso, y por ella os prometo la primera que me pidais.

Alargó el hidalgo la membruda mano, tomó uno de los pliegos, desdoblóle, paseó su mirada por el contenido y haciendo un ademan de asombro, tornóse más que la cera de pálido.

—Creo que os suspendeis,—dijo D. Félix notándolo.

—Es más lo que me pasa,—respondió Govantes con voz alterada.

—Ya lo veo,—repuso el de Aragon sonriéndose.—¿Pero eso por qué?

—¿Por qué ha de ser, sino por la órden de prision que en ese pliego viene?

—¿Para mí?—preguntó D. Félix tan tranquilo que la sonrisa continuaba jugueteando en sus lábios.

—Con todos los que os acompañan en palacio, de familia y servidumbre.

Cayósele al maestre-sala de la mano la pequeña vara que por ceremonia traia, y en la actitud en que á cada uno de los circunstantes cogió la nueva, hubieron de quedarse sobrecogidos.

—Estos,—dijo el de Aragon, único de todos que no se habia turbado,—son cariños de mi buen tio.

—Estais en lo cierto,—afirmó el licenciado Cosme, terciando atrevidamente.

Por primera vez en su tercera visita, hubo de mirarle D. Félix, y con acento inexpresable en su mezcla de frialdad, altanería y desprecio,

—¿Os queda aquí algo más que hacer?—le preguntó.

Cosme Pereda, que de una á otra visita, ya que no crecido se habia hinchado, pretendiendo hacerle frente contestó:

—Quédame lo que vereis cuando leais la carta del conde-duque mi señor.

—Entónces os podeis retirar á esotra estancia, hasta que concluya y pase á mi cámara á leerla.

—No me opongo,—respondió el licenciado,—pues como en lo adelante vereis, en todo cuanto no ataque á la responsabilidad me encontrareis complaciente.

Miróle D. Félix de hito en hito, y despues, rechazando el favor que venia en concederle,

—No os vayais, no,—le dijo;—estáos ahí hasta que acabe y me entere de todo lo que ha dispuesto mi señor tio D. Gaspar.

Dicho esto, siguió comiendo con tan buen apetito, que se hizo servir hasta el último postre, y para todo tuvo elogios, desde las peras traidas de sus haciendas aquende el Ebro, hasta las mermeladas hechas por las monjas descalzas, y con las que le obsequiaba su tia Sor Catalina de Guzman, profesa en el ilustre convento fundado por Doña Juana de Austria.

Concluyó, levantóse y acompañado de Govantes pasó á su cámara, como habia anunciado. Seguíale el licenciado Pereda como su sombra, y sin solicitar permiso se introdujo en pos suya, quedándose, eso sí, á respetuosa distancia, en tanto que el de Aragon, abriendo la carta del Conde-duque leíala, leíasela á Govantes, aun no vuelto á su color, departian ambos breve espacio, llamaba el hidalgo á Lopecito, y le mandaba y advertia alguna cosa, mientras su señor escribia al Conde-Duque.

Carta y contestacion decian así:

"Sobrino D. Félix: Siento que vuestra soberbia y terquedad concluya lo que ha comenzado vuestra demasía; pues me precisais á ser con vos, no lo severo que debiera, sino lo que reclama el molesto asunto que me ocupa, y es consecuencia legítima del disparatado yerro que habeis cometido, olvidándoos de quién sois.

"Desde el punto en que esta llegue á vuestras manos con la

órden que la acompaña, quedais constituido en prision; que lo será preventivamente el palacio que habitais; y con vos,—sin excepcion—toda vuestra familia y servidumbre. Cosme Pereda queda en guarda de vuestra persona, de la que le hago responsable, y él mismo lleva otras órdenes mias que á vos atañen y que son tan precisas como terminantes.»

«Vuestro tio.—«El Conde-Duque de Olivares.»

«Mi señor tio D. Gaspar: Pudiera invocar mi fuero de hijodalgo, mi privilegio de caballero del hábito de Calatrava, y mis demás exenciones é inmunidades, que son muchas como vos sabeis; pudiera tambien quejarme—que sobrada razon tengo—de las ofensivas calificaciones que de mí haceis, y de las severidades que conmigo usais; y no obstante lo omito, dándoos con esto fehacientes pruebas de mi respeto y sumision. Pero fuera de vos, á ningun otro alcanza mi paciencia y tolerancia, pues os advierto que tendré al licenciado Cosme Pereda tan á raya, que le contenga en sus atrevimientos; ni entrará en mi cámara sino cuando yo se lo permita; y si á más osáre, mi espada será el cerrojo que guarla puerta; y no ha de descorrerle, ménos forzarle, por mucha que sea la audacia que le den las órdenes que os habeis servido comunicarle.»

«Queda preso con toda su familia y servidumbre vuestro sobrino»—D. Félix de Aragon.»

Antes de cerrar esta carta, llamó á Cosme Pereda, leyósela desde el principio hasta el fin, y concluida la lectura, que fué muy lenta, muy acentuada, y con muy entera voz y levantado tono, alzó los ojos, que á la natural brillantez de la juventud unian la firme expresion de su voluntad de hierro, voluntad que resuelta era incontrastable, y fijándolos en él,

—Es cuanto tengo que manifestaros,—le dijo con acento tan glacial como firme,—porque el que os retireis es cosa que abandono á vuestra prudencia y cortesía.

Aplanado por aquella soberbia y arrogancia que no conocian temor, ni admitian freno alguno, el licenciado se inclinó en silencio; pero despues de haberse doblado, levantóse más iracundo y rencorosamente que antes, y entrando de lleno y con la delectacion de vengativo, en su papel de carcelero,

—¿Elegís,—le preguntó,—esta cámara para prision?

—¡Oh, no!—contestó D. Félix,—aquí permaneceré hasta que me vista; y luego de estarlo, pasaré á la de honor, donde pienso estar todo lo que mi arresto durare.

—¿Tardareis mucho en ir?

Frunció el ceño D. Félix, y con la altanería que desplegára con él, replicó:

—No mido nunca el tiempo, señor Cosme, ni permito que sea medido más que por Dios, de quien es el que vivimos. Estad al cuidado, que cuando esté dispuesto allá iré.

En vez de doblarse, el hierro más y más se endurecia.

Guardóse el licenciado Pereda de hacer objecion ninguna, y se retiró en silencio.

Así que se extinguió el ruido de sus pasos, D. Félix se alzó de su asiento, separó el pesado tapiz de la pared, y descorriendo el pestillo de una puerta que se presentó á su vista, abrióla y penetró por ella. En el fondo del aposento habia un paje que, de espaldas á la puerta, quedaba envuelto en la sombra.

No estaba ocioso entre tanto el licenciado Pereda. Conforme iba registrando el palacio, colocaba centinelas en entradas y pasillos, sin economizarlas delante de la puerta de D. Félix; abrióse al fin ésta, y apareció el de Aragon acompañado del hidalgo Manuel de Govantes.

El licenciado Cosme Pereda, que le estaba aguardando con el alférez Pedro de Olmedo, saludóle, y encarándose á este

—Ved,—le dijo,—al Sr. D. Félix de Aragon.

Cuadróse el alférez, diciendo cortesmente:

—¡Besóos las manos, Sr. D. Félix!

—Que os guarde Dios, alférez:—contestó el de Aragon con afabilidad.

Y entró en la cámara de honor con erguida frente y serena faz. En pos suya fué á penetrar el hidalgo Manuel de Govantes, más detúvole el licenciado Pereda con la voz y el ademan.

—Voy con mi señor,—dijo Govantes insistiendo.

—¡Hasta la puerta!—respondió Cosme, asomando la burla para caracterizar el rigor.

—Hasta donde vaya, porque participo de su suerte.

Y decidido, el leal hidalgo fué á entrar con D. Félix en la cámara.

—¡No lo permito!—dijo el licenciado deteniéndolo segunda vez;—la cámara de honor no es prision vuestra, sino de vuestro señor.

—Lo sé: las honras son para quien las merece,—replicó Govantes consignándolo con nobleza en la hora de la desgracia;—pero soy quien le sirve, y reclamo la de hacerlo en su prision.

—Mis órdenes son terminantes,—repuso el licenciado,—y si vos servís á vuestro señor, yo obedezco al mio.

Con la razon de la fuerza, Cosme puso fin á la contienda cerrando la puerta de la cámara con violencia y corriendo el cerrojo con estrépito.

En respuesta á la accion, desde el fondo de aquella resonó franca y sonora carcajada.

Incomunicado como el rigor del Conde-Duque y el ensañamiento de su hechura le ponia, D. Félix se burlaba del ministro y del carcelero.

Mústio y cabizbajo, el hidalgo se retiró á su habitacion; el alférez Olmedo se puso á pasear en la pieza contigua, retorciéndose los bigotes y gallardeándose, en tanto que, sin perder de vista la puerta de la cámara, Cosme Pereda se puso á escribir al valido dándole cuenta del éxito de sus diligencias, en la forma siguiente;

«Mi dueño y señor Conde-Duque de Olivares: He reconocido, como os servísteis mandarme, todo el palacio; y mi mucho cuidado y diligencia no han descubierto sombra ni indicio de mujer; y no obstante, juraria por mi ánima que vuestro sobrino, valiéndose de algun artificio que no se me alcanza y de la prohibicion que me ha puesto de penetrar en la cámara que ha escogido, se está riendo de mí y burlándose de vos.»

«Solo una cosa me atrevo á aseguraros, y es que en union del alférez Olmedo, no me apartaré un instante de la puerta que guarda vuestro humilde criado y leal servidor.»—El Licenciado Cosme Pereda.»

El portador de esta carta sólo trajo un aviso, pero importante: el del que en saliendo del despacho, vendria el Conde-Duque á ver á su sobrino. Y sobre esto, refiriéndose á lo dicho por el que le entregó la misiva, contó que mientras la leia murmuraba enarcando las cejas:

—El hierro se bate á mazo.

Como se ve, las cosas iban de mal en peor para D. Félix.

LIBRO CUARTO.

I

En la época que acontecian los sucesos que vamos refiriendo, el lujo, como sucede en todos los Estados que se hallan en decadencia, habíase desarrollado de tal manera en la córte, que la noble y generosa doña Isabel I, ó el austero Felipe II, no la hubieran conocido. Signo infalible de la relajacion de sus costumbres, la España del siglo XVII, en lugar de la cota de acero y el tabardo de paño segoviano; en lugar del almete ó del fieltro, vestia brocados y encajes con delicadas plumas y costosas pedrerías, mientras en sus hogares obrábase tambien el cambio de la primitiva sencillez por el ostentoso fausto de sus adornos. Rápido y activo contagio; el lujo lo invadia todo; y no se habia exceptuado por cierto el palacio de D. Félix, ni ménos la cámara elegida para su prision.

Todo era magnífico; y levantándose todavía el orgullo por encima de la riqueza, el preso estaba sentado en un alto y esculpido sillon de rojo terciopelo, y detrás del sillon hallábase un paje en pié, inmóvil y con los brazos cruzados como si fuese graciosísima estátua vestida de raso blanco y celeste.

Tan grave y ceremoniosa actitud, acababa de tomarla D. Félix como preliminar del recibimiento que iba á hacer al Conde-Duque, á quien el licenciado Cosme Pereda abria la puerta de la cámara en aquel instante, y uno en pos de otro se adelantaban por ella sin solicitar permiso: como se entra en una prision.

A la presencia del soberbio privado, su altivo sobrino se levantó y fué á su encuentro admirablemente cortés y admirablemente sereno; pero agarrando la ocasion que tan á propósito se le presentaba de mostrarse inflexible, despues de saludar al Conde-Duque, dijo á su acompañante:

—Retiráos.

Cosme Pereda miró á su señor, pero éste, que entraba en la cámara de su sobrino, ofendido, irritado, dispuesto á hacer uso de su autoridad, para reducirle; y si no bastaba uso y abuso de todo su poder, transigió en aquel punto, para mostrarse inexorable en los demás. Volvióse, pues, al licenciado y le dijo haciendo aque-

lla concesion al orgullo de D. Félix, mas cuidando de ponerle un refrendo que salvára el suyo de la nota de debilidad.

—Podeis iros.

Retiróse Cosme Pereda; tomaron asiento tio y sobrino, y aquél dijo á éste:

—He despedido al licenciado Cosme Peceda; si sois servido, mandad á vuestro paje que se retire.

Creyó sin duda el paje que debia retirarse, y dió un paso para hacerlo; ó lo hiciera, deslizándose en la media sombra que se extendia por el ángulo del vasto aposento, si D. Félix, volviéndose á él, no le dijera con inmutable acento, así por lo absoluto como por lo afable:

—Estaos en vuestro sitio.

El paje quedó como clavado en el que le cogió la órden.

—Este paje mio,—prosigió el de Aragon, no excusando, sino explicando la que habia dado;—á quien favorezco mucho, tiene encargo de no separarse de mí en lo que mi prision durase; y como es el íntimo en mis confianzas, no está de más donde se halla.

—Es que tengo que hablaros,—repuso con acento breve el Conde-Duque.

—De una mujer... ¿no es eso? Pues podeis decir lo que os plazca sin temor de que mi paje lo divulgue.

—¡Sobrino!

—Señor tio D. Gaspar, dispensadme y dispensadle, y quédese donde está.

—Sois terco, y con vos no hay medio, como la fuerza no lo imponga.

—Soy firme, señor tio, sobre todo, en mis propósitos,—dijo D. Félix inclinándose gravemente.

Creció el enojo en el Conde-Duque, pero prescindiendo del paje.

—Habeis cometido una tropelía,—prosiguió,—digna de un aventurero de Flandes; y lo habeis hecho con tan buena gracia, que la mujer agraviada, como gozquecillo que pisan, ha ladrado tanto y tan alto, que á su voz se ha condolido un fraile, y el fraile os ha llamado á juicio con una trompeta que ha debido sonar en las cuatro partes del mundo. De todos ha sido unísono el grito de *reparacion*; y yo he tenido que hacer frente al fraile, á su Orden,

representada por su venerable superior, al inquisidor general, al comendador mayor de Castilla, al conde de Montellano, al duque de Sesa; y hasta el rey me ha dicho, cuando ha subido al despacho: "Poned órden en vuestra familia, que hay quien tiene la córte soliviantada con sus demasías."

—Yo, señor, tio D. Gaspar,—repuso D. Félix con asombrosa calma;—aunque el mismo rey me haga la honra de erigirse en juez, testigo ó acusador, no he cometido tropelía ninguna, y el que ose decir lo contrario, que alce el dedo, si es que puede.

Un debilísimo suspiro pudo oirse, saliendo por detrás del alto respaldo del sillon de D. Félix.

—Se han empeñado,—añadió el de Aragon,—en que hay en mi palacio una mujer á quien hago entuerto. ¡Cosas del vulgo!... pero yo os afirmo que en su recinto, porque he cuidado de aveguarlo, vista la tarea que traen conmigo, no se ha descubierto ni asomo de faldas. Si lo dudais, cerciorácos por vos mismo, y si la halláreis, que no lo creo, llevárosla, que para ello os autorizo plenamente.

El Conde-Duque miró en silencio á su sobrino, y sin duda que le diera fe cumplida, si maliciosa y burlona sonrisa no se hubiese dibujado en sus lábios finos como los de una mujer y que mostraban, sombreados por su negro bigote, el rojo color del coral; pues al notarla exclamó con tono acre:

—¡Par diez! ¿Os estais burlando?

—¡Qué he de hacer tal!—contestó D. Félix patentizándolo su acento,—estando como está de por medio la Orden de la Santísima Trinidad, la de Calatrava, la Santa Inquisicion, el Conde de Montellano, el Duque de Sesa, Su Majestad el Rey Don Felipe IV y hasta me temo que el mismo Legado de nuestro Santo Padre arroje sus censuras sobre el perpetrador de un hecho tan inaudito... tan ominoso... tan nuevo en España, y que tan fundadamente escandaliza á la córte, y sobre todo á mi buen tio Don Gaspar!...

El sarcasmo hirió profundamente al Conde-Duque.

—Estais demostrando,—exclamó con acento severo,—lo que asegura el de Rojas.

—¿Y qué dice el de Rojas, mi señor tio?

—Que sois el atropellador de una huérfana.

—¡Todos los Rojas mienten!—dijo D. Félix irguiéndose con altanería y brotando al fin de sus ojos la primera y encendida ráfaga de cólera.—Yo no he atropellado á nadie; yo he obrado dentro de mi derecho y no debo satisfaccion á quien no puede pedírmela.

Un segundo suspiro, aunque muy ahogado, hízose oir, y aquella vez lo percibió el Conde-Duque, á pesar de su enojo y ofuscamiento.

Echóse á un lado, y su mirada, que era penetrante, porque el Conde-Duque tenia talento, por más que para la gobernacion del reino tan lastimosamente le faltára, fué á clavarse en el paje; y lo encontró tan bello, tan delicado, tan casta aquella frente de niño, en torno de la que ondeaban en gruesos buelos sus rubios y sedosos cabellos; tan triste la expresion de sus magníficos ojos azules, que una idea asaltó su mente derramando luz sobre la verdad que Cosme Pereda juraba. La jóven tan buscada y tan oculta estaba allí, detras del sillon de su raptor, asistiendo muda al debate, y obligada á devorar su queja.

La cuestion tomó nueva faz, y el Conde Duque varió de actitud.

—Sobrino,—dijo manifestando como firmísima su resolucion;—acortemos de razones y elegid entre la disyuntiva que de nuevo os pongo. ¿Me quereis complacer? Pues dentro de una hora la jóven que habeis sustraido á su familia por fuerza ó con artificio, conducida en una litera y escoltada por el licenciado Cosme, irá á un convento designado por mí; y por mí será recomendada á la abadesa para que la acoja con afecto y consideracion, pudiendo á su tiempo y segun su deseo, volver á la casa paterna; y vos, antes que espire esa misma hora, partireis para Sevilla, y de allí á Italia ó Flandes á mandar un tercio; ó si mejor os cuadra, á Chile ó al Perú con una tenencia de vireynato. ¿Desechais mi oferta? Entonces ireis á continuar vuestro arresto al castillo de Almodóvar; y la causa infeliz de estos trastornos será entregada á quien responda de su seguridad y esté para su resguardo completamente autorizado.

D. Félix se sonrió.

—Como no cesais,—dijo;—de dar vueltas dentro del mismo círculo, yo, aunque me pese, tengo que volver tambien al mismo punto de partida.

No tengo conmigo ninguna dama, y como no la tengo, no puedo entregarla á quien la busca. Hay más: en Chile ó en el Perú, en Flandes ó en Italia, comeria el pan del destierro y no me resuelvo á comerle. Almodóvar está más cerca, pero tampoco iré, porque como no soy el obispo Acuña, no tengo que ir á expiar bajo sus bóvedas ningun delito de alta ni baja traicion.

—¡Bien!—exclamó el Conde-Duque empezando á arder la ira en su pecho, como arde la seca astilla que se arroja al fuego,—no pecais de sumiso ni de irresoluto, sobrino.

Y sin transicion.

—¡Fuera del círculo, D. Félix,—dijo,—fuera del círculo y poneos frente á frente! ¿Salís hoy mismo para Sevilla?

—No;—contestó rotundamente D. Félix.

—En ese caso, para el asunto de la reparacion os entendereis con el de Rojas: lo demás me reservo hacerlo yo.

—Permitid: yo no me entiendo más que con mi voluntad, y esta con la razon. Una y otra niegan lo que acordais, y yo las sirvo como leal. Si no por eso, muy gustoso me iria con el Duque de Féria, ó con Ambrosio de Espínola, ó con Vallenstein, que son los que vuelven por la gloria de las armas castellanas, vergonzosamente humilladas donde quiera que se miden, en el reinado de nuestro augusto Rey Don Felipe, tan mirado por la honra de sus vasallos.

Don Félix devolvia la amenaza con una declaracion soberbia y una recriminacion audaz.

La cólera se desató en el vano y arrogante valido; y al desbordarse, evocó uno de los recuerdos fatales de su desastroso y largo período de mando; el de la conspiracion del Duque de Medinasidonia.

—Sí,—le contestó friamente su sobrino;—pero hoy que mi vida no es vuestra, como la de nuestro primo; porque yo no he cometido ningun delito de lesa majestad ni de traicion á mi patria: si tal fuera, recusaria todo juez que no estuviera puro. ¿Y del Rey abajo, quién?

D. Gaspar se levantó; sus ojos centellaban.

—Muy atrevido sois,—dijo lanzándole á la frente la calificacion;—muy procaz estais, con mucho brio alzais el vuelo: mas se os cortaran las álas que os ha dado mi autoridad. Por de pronto me llevo vuestro paje, el de las íntimas confianzas...

Y dirigiéndose á éste, añadió con acento imperioso:

—Salid fuera á esperarme.

D. Félix se enderezó.

—Perdonad,—dijo;—pero mi paje no deja mi servicio por el de nadie.

Midióle el Conde-Duque de alto á bajo con una mirada en la que el orgullo y la malicia se mezclaban en grandes é iguales dosis, y replicó acentuando:

—Tranquilizáos, no solicito ni solicitaré nunca que entre al mio; lo que voy á hacer es separarle del vuestro.

—Pues mirad,—replicó D. Félix glacial é incontrastable,—no lo vais á conseguir, porque ni lo cedo, ni lo entrego, ni permito que me lo quiten.

—¡Qué estamos fuera del círculo!...

—¿Y qué?

—¡Oh! que las contemplaciones se han concluido.

—¡Señor tio!...

La última palabra de la cuestion, se iba á pronunciar en el terreno de la violencia.

—Os he mandado que me precedais,—dijo el Conde-Duque con seco y altanero tono al paje;—salid.

El paje dió un paso, pero contúvole D. Félix, que sin la blandura de antes, y aumento, si cabia, de firmeza,

—¿No os he dicho,—le recordó,—que no os movais?... ¡A vuestro sitio... que no habeis de dejar nunca!

TERESA DE ARRONIZ.

(Continuará.)

CRÓNICA POLÍTICA.

Ventajas de confección, y la conveniencia de ofrecer en un solo trabajo el movimiento de la política interior y exterior, han aconsejado á la Empresa de La Revista el refundir en uno los dos artículos antes consagrados á esta materia; y así se explicarán nuestros lectores esta novedad, que para nosotros tiene el inconveniente de asumir los trabajos de un compañero de ilustracion y sana crítica, que seguramente no podremos reemplazar. Por este prólogo entramos, sin más preparacion, en nuestra tarea, tratando primero de las cosas de nuestro país, para luego pasar á los asuntos internacionales.

Cuando se repartió el último cuaderno de La Revista de España, dejamos la política española enderezada hácia un suceso que cada cual escudriñaba segun su criterio ó segun su presuncion, pero que por lo ménos, todos esperábamos con interés verdadero.

Despues del famoso Consejo de ministros, en que se decidió sobre la vida legal de las Córtes, parecia que el poderío y el valimiento del señor Cánovas se habian levantado más altos que nunca. Las oposiciones padecieron un nuevo desengaño, y los amigos del Gobierno creian entrever horizontes para una larga é indefinida dominacion. Prosiguieron con entusiasmo los trabajos electorales que se venian haciendo en el ministerio de la Gobernacion y se arregló una nueva combinacion una de gobernadores. Los candidatos ministeriales celebraban ardorosas conferencias con el Sr. Romero Robledo, y todo se encaminaba, al parecer, tranquilo hácia una segunda etapa del Gabinete-Cánovas, no sabemos si tan afortunada, pero desde luego más duradera que la anterior; que era, segun ha podido advertirse, lo que más satisfacia á los amigos, favorecedores y favorecidos de la política imperante.

Sólo una pequeña nubecilla oscurecia horizontes tan risueños. El general Martinez Campos habia sido llamado de Cuba á conferenciar con el Gobierno sobre asuntos de aquella provincia ultramarina; y aunque el Gobierno, á la verdad, era quien lo llamaba, el instinto de la opinion comprendió desde luego que el general Martinez Campos podia fácilmente venir para un suceso político.

Y vino en efecto, y llegó á Cádiz, y á raíz de apearse en la estacion del Mediodia de Madrid, celebró una larga conferencia con el señor presidente del Consejo de Ministros, alrededor, segun los periódicos nos han dicho, de una jícara de chocolate.

Ya se advirtió al llegar á Cádiz, en los obsequios de que allí fué objeto, que el gobernador de Cuba venia un tanto reservado en asuntos políticos, mejor dicho, que los declinaba con cierta displicencia, haciendo solamente hincapié en las reformas económicas, que, como es pùblico, permanecian y permanecen pendientes de solucion en el ministerio de Ultramar. El volverse por el vapor del 10 de Marzo, (estábamos entonces á 27 de Febrero), era lo que principalmente le preocupaba; y en este punto su conviccion era tan sincera (por más que los sucesos hayan torcido despues sus intenciones), que lo mismo dijo al llegar á Madrid; y no podia ménos, porque en sus proclamas al ejército y habitantes de la Isla, se formulaba una despedida por pocos dias, pero no un "adios" definitivo.

Si de estas materias volvió á tratarse en la conferencia celebrada entre los señores Cánovas del Castillo y general Martinez Campos en la mañana del dia en que éste arribó á la córte, no lo sabemos nosotros. Pero sabemos, por ser del dominio de todo el mundo, que los ministeriales continuaban contentos y estimándose seguros; sabemos que abrigaban el pensamiento, aunque ignoramos si se llegaron á dar las primeras órdenes, de un gran banquete en la Presidencia en honor del gobernador de Cuba. Sabemos que continuaban los trabajos para disuadirlo de las reformas, y aún de convencerlo sobre la necesidad patriótica de que entrase en el ministerio de la Guerra, y allí ser un peon más de la política del Sr. Cánovas.

Sólo como una contingencia muy lejana se hablaba de abandonarle el poder; pero esto, ántes que resignacion cristiana, era amenaza terrorífica, ante la cual se suponia habia de retroceder espantado el general Martinez Campos. Ya se ha visto despues cuán equivocados eran los pensamientos de los señores Cánovas y Elduayen, pues el general ni ha entrado en el ministerio de la Guerra, ni se ha asustado, ni en su carrera se ha detenido hasta ser presidente del Consejo de ministros.

Pero sigamos la historia de los sucesos. Despues de la conferencia con el Sr. Cánovas, viene una conferencia larga, y, sin duda, interesan-

te, entre el general y S. M. el Rey. Verdad que el gobernador de Cuba vió todavía aquella tarde al Sr. Elduayen; verdad que la entrevista duró más de dos horas, segun nos han dicho los periódicos; verdad que se dijo, en aquella coyuntura, que las conferencias se repetirian hasta tratar por completo la cuestion de las reformas; pero es todavía más exacto que las conferencias se interrumpieron, que el banquete fué suspendido, y que la crísis se planteó por sí sola.

La opinion tiene una finura de inteligencia que raras veces la aplica en vano. Vió que el general Martinez Campos tuvo una entrevista de tres horas con el Rey, vió que aquella misma noche el general comia en Palacio y que no comia el Sr. Cánovas, y no quiso ver más. Consideró muerto desde luego al coloso; y aunque sus órganos favoritos en la prensa seguian declarando que, en caso de dualismo, la soga quebraría por lo más delgado, cediendo el subordinado al superior gerárquico, la verdad es que nadie creia en tales brabatas; y á poco el Sr. Cánovas, cansado ya de un disimulo imposible, hubo de decidirse y ofreció al Rey la dimision de todo el Gobierno.

El Sr. Cánovas, que más que por su talento se distingue todavía por su travesura, se consideró muerto, y entónces, haciendo caso omiso de las reformas de Cuba, del general Martinez Campos y de sus alientos de los dias anteriores, tuvo la dignacion de resignarse á la consulta de los hombres autorizados de los partidos (que por tanto tiempo y con tanto corage habian resistido sus órganos oficiosos) y ántes de la consulta, y para que la Corona obrase con toda libertad, declinó su mandato; pero todo esto no eran más que posturas académicas para una muerte clásica.

Cualesquiera que fuesen sus ilusiones de volver al poder despues de las consultas,—y las tenia sin duda alguna,—todos los avisos le decian que estaba caido; y así vivió en una lucha de cuatro mortales dias, entre los estímulos de la naturaleza, rebelde siempre á la muerte y los gritos de su recelo que la anunciaban y ofrecian como inevitable.

El asunto de las consultas anda todavía muy cerca de nosotros para que podamos apreciarlo con un criterio riguroso de verdad. La historia proyectará en su dia la sobre el luz de que necesita, y sólo por los hechos conocidos hemos de discurrir. Conviene advertir, sin pasar más adelante, que una revelacion hirió todas las conciencias desde que se supo que el general Martinez Campos se habia embarcado para la Península. "Ese hombre viene á reemplazar á Cánovas," se decia todo el mundo. Quién lo propalaba con firmeza y como si estuviese en el secreto; quién lo daba como verosímil; hasta entre los liberales, los más optimistas, lo admitian como una contingencia posible. Pero entonces, ¿qué explicacion tendrian las consultas?

Cuantas personas han tenido el honor de ser oidas por el monarca, han salido con el convencimiento de que se buscaba con el mejor deseo la solucion más conveniente en las difíciles circunstancias del momento. Lo han dicho los ministeriales; lo han dicho los moderados; lo han dicho los constitucionales; lo han dicho los centralistas; lo han dicho las representaciones todas que los partidos llevaron á Palacio. No se trata, si nuestros lectores observan bien, de tres ó cuatro personas ó de media docena á lo sumo, que, segun el ritual parlamentario, solian en otras ocasiones consultarse. Se trata de veintiuna personas que, segun cuenta de los periódicos, llegó á oir el rey; y ya lo hemos dicho, todos sacaban el convencimiente de que se buscaba el acierto, de que se queria, á través de tantos pareceres, encontrar la solucion más afortunada; por lo ménos la que ofreciese inconvenientes más pequeños.

La opinion, sin embargo, continuaba en sus trece, y nada más que por homenaje á sus presentimientos, seguia encastillada en esperar una administracion Martinez Campos, á pesar de las repugnancias de éste á ocupar el poder, á pesar de sus deseos de volver á Cuba, donde, como quien dice, habia dejado á su família en rehenes; á pesar de las dificultades y complicaciones que desde luego columbraba ante la espectacion de una política cuyo símbolo más autorizado era una incógnita sin descifrar.

La opinion tuvo golpe más certero de vista que todos los partidos á quienes sus pasiones ó intereses han traido, en honor de la verdad un poco perturbados; y antes y despues de las consultas, la opinion acertó contra Cánovas, contra los constitucionales y centralistas, quizá contra el mismo Martinez Campos, que nos parece llegó á España con el propósito firme de regresar á Habana.

Ya saben nuestros lectores, que como epílogo de accion tan complicada y aparatosa, el general Martinez Campos recibió el encargo de confeccionar una administracion, y la confeccionó en tres horas; y de improviso apareció que el general Martinez Campos era liberal conservador, no obstante su política de Ultramar, que le llamaba lógicamente del lado de las izquierdas, y á pesar de sus amistades personales en Madrid, que le empujaban hácia las derechas.

La explicacion de este suceso es la que nosotros no podemos dar. Venir de Cuba para derribar á Cánovas, y luego ser su prisionero de guerra. Derribar á Cánovas para quedarse con la mitad de sus ministros, y la otra mitad sacarla de sus amigos más adictos. Insistir en las reformas económicas, y meter en el Gobierno á los señores Silvela y Aurioles, defensores decididos de la riqueza azucarera de la provincia de Málaga. Hablar de sinceridad electoral, y tener como buenos para esta obra los cuarenta y nueve gobernadores que deja el Sr. Romero Robledo. Enal-

tecer su liberalismo para poner la primera firma en el decreto del señor Selgas, enemigo declarado del régimen parlamentario; estas contradicciones son las que traen á las gentes sin brújula fija, y á todo el mundo perplejo sobre la política definitiva que puede adoptar el Gobierno del general Martinez Campos.

Sólo se vé, hasta el presente que ha caido el poderío del Sr. Cánovas; que ha caido, más que por su política por la exuberacia de su persona, proyectándose en todas partes, sin excluir las más elevadas. El Sr. Cánovas se habia hecho, por lo visto, harto insoportable; sin duda habian surgido incompatibilidades de cierto género. No se le podia aguantar más, y el general Martinez Campos, desciñéndose la espada, hubo de vestirse el hábito de la Merced, religion tan justamente enaltecida por el cautivo de Argel y el manco de Lepanto en su peregrino ejemplar poema.

Bajo este punto de vista, y por este buen servicio, tambien nosotros admiramos al bondadoso general; nosotros, que tan desapasionados hemos sido siempre al juzgar al Sr. Cánovas, que hemos hecho justicia á sus talentos y á sus servicios, y sobre todo, que constantemente hemos reconocido la moderacion que hubo de imprimir en sus primeros importantísimos pasos á la política de la restauracion, pero á quien por su política ulterior, por su empeño en seguir á todo trance, con viveza hemos combatido despues; porque su conducta, estéril para sí mismo, nociva para las instituciones, funesta para las izquierdas dinásticas, únicamente podia aprovechar á los republicanos de todos matices, que han tenido, sin embargo, un dolor en el desenlace de la pasada crísis; el dolor de que nuestro atleta parlamentario no continuára al frente de los negocios públicos.

No hablamos de otros dolores y de otros desengaños. Nos hemos propuesto en estos trabajos apartarnos, en cuanto es posible, del ardor de las pasiones políticas, y quisiéramos interpretar una voz más alta y autorizada que la de un partido liberal cualquiera, por importante que sea, y por simpático que nos parezca.

Cincuenta años de Gobierno parlamentario; las lecciones de lo pasado; los avisos de lo porvenir, nos daban derecho á presumir, que las grandes crísis se resolvieran en francas y perspícuas soluciones, y que cuando por la paz pública, por la solidez de las instituciones, por el desenvolvimiento tranquilo de la libertad, se han hecho tantas concesiones, parecia lógico esperar que no surgieran soluciones personales, encomendándose, como se ha encomendado el Gobierno, á un general afortunado, respetado de todo el mundo, ayer entero y en reserva, hoy manoseado y en juego; con todas las virtudes y cualidades que se quieran, pero sin filiacion política ni principios conocidos, que es la necesidad primaria de todo sis-

tema constitucional sinceramente practicado. Pero no hablemos de estos desencantos, nisiquiera de los recuerdos que á nuestra memoria traen otras etapas de nuestra historia constitucional, en que resistencias injustificadas, obstáculos que se llamaron tradicionales, preocupaciones religiosas, intrigas palaciegas é influencias egregias mezclándose en los negocios, han sido causa, como lo fueron en la restauracion francesa y de los Borbones de Nápoles, de tanta perturbacion y de tragedias tan tristes.

Nos hemos apartado, sin quererlo, del objeto principal de nuestro trabajo; el espacio se va reduciendo, y vamos á ceñirnos á la obra todo lo posible.

¿Qué política es la del general Martinez Campos? Damos de barato que sea un accidente sin importancia el nombramiento del Sr. Selgas, y oigamos solamente testimonios de más bulto. La política del nuevo Gobierno, si fuera á estudiarse por el personal que le constituye, seria una política igual ó parecida á la del Gobierno anterior, salvo que se han eliminado todos los elementos de procedencia revolucionaria para sustituirlos por los señores Silvela (D. Francisco) y marqués de Molins. Pero si se va á definir por las revelaciones íntimas de su presidente, la nueva política será de una *gran cortesía para los caidos, pero con aspiraciones propias y expontáneas.*

Bien es verdad que tenemos hoy un documento en la *Gaceta*, al cual hemos de dar todo su valor, y por el que podemos presumir lo que el Gobierno se propone hacer, por más que nosotros dudamos pueda conseguirlo.

La *Gaceta* ha publicado una circular á los gobernadores en que se tratan las dos cuestiones del momento: la cuestion de conducta y la electoral.

Sobre la primera, el señor ministro de la Gobernacion dice terminantemente, que el actual Gobierno viene á proseguir la tarea que sobre órden público, que en los principios de tolerancia, que en Hacienda y que en administracion seguia el anterior Gabinte:

«Continuar, dice, en la realizacion de esos fines por los mismos procedimientos de conciliacion, que hace tan provechosa la tolerancia cuando tiene por base la firmeza, es cuanto se propone el actual Gobierno; esta sencilla y terminante afirmacion me excusa de mayores y más detalladas consideraciones, porque la conducta de V. S. para lo futuro no puede buscar orígen de inspiracion más cierto que el que hallará en las doctrinas y en los actos que han constituido la política y el pensamiento administrativo de los Gobiernos *en todo lo fundamental*, desde 1875 hasta hoy.»

En cuanto á la cuestion electoral, entiende el Gobierno «que la res-

«tauracion eficaz de las fuerzas electorales del país no se logrará con el «mero respeto de la ley escrita en los momentos de ejercerse el sufra«gio, sino que para desarraigar males tan hondos como los que todos re«conocen en este punto, no sólo á veces en los actos de los funcionarios, «sino en los hábitos mismos del cuerpo electoral, es preciso que la con«ducta toda de las autoridades se inspire constantemente en tales res«petos, y haga comprender y sentir á los pueblos que es ya una cuestion «de honra para el país que las apelaciones al cuerpo electoral, cuando «sean necesarias, tengan siempre aquel prestigio y aquella autoridad in«discutibles, sin la cual serían totalmente infecundas para el bien las «instituciones representativas, y que todos los elementos de derecho, de «accion y de propaganda que la ley concede á todos los ciudadanos, es «preciso respetarlos escrupulosamente, y si se cree que son incompatibles «con la vida regular de la nacion ó insuficientes para sus necesidades, «pedir y obtener de la opinion su reforma, pues los pueblos buscan sin «violencia la satisfaccion de sus aspiraciones legítimas en la ley cuando «los Gobiernos se atienen estricta y legalmente á ella.»

Bellas aspiraciones, sin duda alguna, son las que abriga el Gobierno sobre la campaña electoral. ¡Y ójala que sus consejos pudieran ser con lealtad atendidos! Pero, francamente, el Sr. Silvela, en su penetracion y en su esperiencia (que ya la tiene en los negocios políticos), ¿cree de buena fe que constituida la administracion central, provincial y municipal como está, puede haber sinceridad electoral? ¿Pues no sabe que toda la administracion es una máquina de guerra preparada y montada, durante cuatro años, por el Gobierno anterior, en la espectacion de unas elecciones?

El general Martinez Campos tendrá muy buenos deseos en este particular; no se los negamos; los tendrá el Sr. Silvela; de ellos participará todo el Gobierno: pero, ¿y los gobernadores, y las comisiones provinciales, y los ayuntamientos, y los alcaldes? Claro está que el Sr. Silvela no puede proceder á desmontar la máquina del Sr. Romero Robledo, ni nosotros lo esperamos ni lo aplaudiriamos; pero por eso el Gobierno del general Martinez Campos no puede hacer nada sólido; por eso se habrán reido de sus pretensiones de independencia—estamos seguros de ello—los señores Cánovas del Castillo y Romero Robledo, en cuyos domicilios habrá más influencia electoral que en el ministerio de la Gobernacion por eso la debilidad del Gobierno; por eso la ineficacia de sus propósitos: por eso la frialdad que tiene en la opinion; por eso que no lo apoye ninguna fuerza viva del país; por eso la adhesion hipócrita de los diputados de la antigua mayoría; por eso las ironías y los sarcasmos de los círculos íntimos ministeriales; por eso el temor creciente de los intereses conser-

vadores; por eso el convencimiento, ya en todos los ánimos, del error que se ha cometido, y los augurios que todo el mundo hace sobre la vida azarosa y fugaz del ministerio Martinez Campos.

Este Ministerio está bloqueado por dos políticas: ó tiene que obedecer (no seguir por que esto implicaria cierta independencia) la política y el interés del Sr. Cánovas, ó ha de optar por una política propia. En el primer caso sobra el general Martinez Campos, y nadie se explicará su venida de Cuba, consumiéndose estérilmente en una lucha oscura, cuando tan útil hubiese sido quizá su autoridad, en un momento supremo á la monarquía. En el segundo, hay que reñir inmediatamente con los señores Cánovas y Romero Robledo. Y si se riñe, ¿qué vá á hacer el general Martinez Campos? ¿Con quien se vá? ¿En quien se apoya? Y si se riñe ¿con quien se vá el Sr. Silvela? ¿Con el general á quien conoce de ayer, ó con el Sr. Cánovas, su maestro y favorecedor?

Por todas partes resulta que la administracion del general Campos, está llamada á ser una administracion azotada de desdichas y de peligros; que ha nacido para apartar al Sr. Cánovas de los negocios, y que hoy no es más que su sierva humilde, pero sí libertina, osa romper la tutela, pobre globo será al que se haya cortado la cuerda y que lanzado al viento, el viento se encargará de llevarlo ¡quien sabe dónde!

Quedamos, pues, y con esto concluimos, en que el Gobierno tiene buenos deseos, pero sin medios, independencia, ni opinion para realizarlos; y quedamos tambien en que cuando esto ocurre, los Gobiernos se acuestan sanos una noche, y suelen levantarse por la mañana pidiendo á toda prisa notario y sacerdote.

***

Dos cuestiones entre las demás internacionales que están sobre el tapete preocupan principalmente la crítica de los periódicos, y son objeto del estudio de los círculos políticos: la cuestion de la política francesa y la cuestion de la política alemana.

Sobre esta última, nuestros lectores conocen ya el desenvolvimiento que ha llevado el proyecto de medidas disciplinarias desde que se ofreció al exámen del Consejo federal hasta su presentacion en el Reichistag. Como era de presumir, el proyecto, atentatorio á la libertad de la tribuna y á la publicidad de los discursos, ha sido rechazado por una gran mayoría.

Ya lo hacia presentir el tono que á su discurso puso el príncipe de Bismark, quien cada dia se muestra más autoritario y antiparlamentario.

«No espero, señores, dijo, que aprobeis el proyecto de ley que se discute, y el Gobierno, al presentarlo, sólo ha querido salvar su responsabilidad: lo demás os toca á vosotros. El proyecto tiene un triple objeto: resguardar la dignidad del Parlamento, protegerle contra las injurias y precaver la apelacion que puede surgir del privilegio que concede el artículo 22 á la publicacion inatacable de las actas parlamentarias, siendo esto último lo que afecta especialmente al Gobierno.

El Gobierno cree que debe proteger á los particulares contra el abuso que se puede hacer del privilegio mencionado, y tenemos que impedir la propaganda de la impresion y distribucion de discursos que sólo se pronuncian para imprimirlos y distribuirlos impunemente.»

Y como si esto no fuese por sí solo bastante expresivo, todavía, al terminar su discurso el gran canciller, haciendo uso de su argumento-aquiles, insinúa la posibilidad de una nueva disolucion, de que nos han hablado las agencias telegráficas. Hé aquí sus palabras:

«El Gobierno sabe mejor que nadie el éxito que puede obtener en su lucha contra el socialismo; sabe que nada puede hacer sin el concurso del Parlamento. Si quereis que continuemos mandando, no pidais que consideremos la cuestion como resuelta, porque rechaceis simplemente el proyecto de ley. *Nos veremos obligados á hacer nuevos esfuerzos para avanzar por el camino que hemos elegido.* Como miembros del Gobierno, tenemos el derecho de tener una opinion, como todos los diputados, y seríamos malos patriotas si no obráramos conforme á nuestras convicciones y á nuestro deber.»

Es sabido, como hemos dicho poco más atrás, que el proyecto fué rechazado, obteniendo únicamente los votos de los conservadores, y la adhesion de lo que allí se llama el partido imperial, y no es que la Cámara, dentro de su prerogativa y con deseo patriótico, se niegue á ciertas medidas que impidan que la tribuna sea salvo-conducto para los mayores delirios, supuesto que en un sentido de precaucion y de defensa, el Parlamento votó una proposicion del nacional-liberal Mr. de Stanffenberg, que además es vicepresidente de la Cámara. La Cámara se presta á ciertas medidas que las circunstancias, por lo visto, aconsejan. Lo que la Cámara no quiere es sucumbir ante los propósitos del príncipe de Bismark, que no comprendemos cómo no se decide, de acuerdo con el emperador, á dar un golpe de Estado, haciendo enmudecer todos los órganos de publicidad.

Esto seria un atropello brutal, pero tendria el mérito de la franqueza. Tendria además la ventaja de no molestar al país cada lunes y cada martes con unas elecciones generales. No sabemos en este pugilato que el canciller trae con el país, quién saldrá á la postre magullado, pero debe-

mos suponer que el canciller, que sin duda alguna es un hombre de mérito superior, pero que al cabo correrá la suerte de los emperadores, reyes y príncipes, Asambleas y Gobiernos que se colocan en frente de la opinion pública. Por más ó ménos tiempo, podrá, con el favor del soberano, seguir en el Gobierno, pero por muy flemático que sea el pueblo aleman, al fin tendrá pasiones humanas, y la lucha se trocará á lo largo en una cuestion de fuerza, que para todos ha de ser desastrosa.

Lo propio nos parece, aunque con fecha más inmediata, va ocurrir en Francia, si los republicanos exagerados no moderan su ímpetus, y si los grupos conservadores de la Cámara no se sobreponen á los locos.

Despues de la algarada por la amnistía completa, han venido las acusaciones en la prensa y en la tribuna contra Marcere, ministro del Interior, á quien se le ha tachado de concusionario. Debian existir, por lo ménos, ciertos vicios en su administracion, cuando el ministro ha tenido que retirarse sin que nadie le defendiese en la Asamblea.

De este incidente, los estragos han llegado á todo el Gobierno, y aun á toda la situacion, que comienzan á batir con cierta confianza bonapartistas y legitimistas, y la opinion, á todo esto, va mostrándose con recelos que verdaderamente no existian hace tres ó cuatro meses.

No es esto sólo. Ataques de cierto género se dirigen tambien á Monsieur Say, ministro de Hacienda, de cuya dimision vuelve á hablarse, y dícese, lo cual es lógico, que el presidente del Consejo, Mr. Wadington, se siente fatigado por tanta contrariedad, y desea retirarse de los negocios; y como si esto no fuera bastante, la comision de informacion parlamentaria ha presentado la acusacion contra los hombres del 16 de Mayo, y los grupos republicanos hasta ahora con abnegacion, principian á recriminarse.

Es bien seguro que la acusacion, que sólo serviria para soliviantar las pasiones, no prevalecerá, como no prevaleció el pensamiento de la amnistía absoluta. Creemos que los hombres juiciosos vencerán de los exagerados; pero con todo esto, la situacion se va haciendo escabrosa, y cada dia la confianza se va debilitando.

Varias veces lo hemos dicho, y hoy lo repetimos. Francia, más que republicana, más que bonapartista, con preferencia al legitinismo, quiere un Gobierno liberal, pero que le asegure con firmeza la paz de que necesita para el fomento y desarrollo de sus intereses. Esta paz, ¿no se la dá la república? Pues no hay que hacerse ilusiones, por mucho que le pese, volverá á humillar la cervíz ante un Gobierno de fuerza.

J. Ferreras.

12 de Marzo.

LE SYSTEME MONETAIRE ESPAGNOL

DANS SES RAPPORTS AVEC L'UNION LATINE,

PAR JOSEPH DE PARIEU.

El autor renuncia desde luego á narrar las vicisitudes por que ha pasado la moneda en nuestro país antes de estos últimos treinta años; pero no sin apuntar que todo principio y todo sistema sobre la materia, constituye para España un hecho reciente. Eso mismo dede decirse respecto á las demás naciones. Las mudanzas incesantes en las piezas y en la ley, su depreciacion y sus fraudes, fueron un mal comun á todos los países durante los antiguos tiempos. Puede sostenerse que por largos períodos España gozó de una circulacion metálica mucho más regular de lo que la época prometia, y anticipó el intento de resolver dificultades que preocupan aún á nuestros contemporáneos.

Entrando, pues, en el exámen de las disposiciones dictadas á partir de 1848, M. Joseph de Parieu hace su historia con una copia de datos y una exactitud, á que los extranjeros nos tienen poco acostumbrados; y llega á reconocer que nuestro actual sistema monetario, sin discrepar sustancialmente del que tienen establecidos los Estados de la Union latina, llevan á éste ventajas dignas de nota. Una de ellas es la pieza de veinticinco pesetas. "España, dice, es la única nacion que ha realizado tal reforma; y, sin embargo, este tipo de la moneda de veinticinco pesetas hubiera ofrecido la particular mejora de facilitar la aproximacion de los Estados en que circulan piezas como la libra inglesa, la semiáguila y la austriaca de diez florines, cuyo valor es casi idéntico, sirviendo, en opinion de ciertos economistas, de clave á la unificacion internacional." El autor, sin embargo, se duele de que no hayamos tallado además piezas de veinte pesetas. Pero ésta es innecesaria, labrando la de diez, como se está labrando ya en la Casa de Moneda de Madrid, aunque con harta parsimonia.

La parte más interesante del estudio en cuestion, es la que se refiere al planteamiento del monometalismo en España. Juzgamos nosotros que á estas horas parece ya inútil rebelarse contra la proscripcion de que en todas partes es víctima la plata, como metal para hacer moneda. Acertada ó desacertadamente, la ley vá condenándola donde quiera servir solo para la fabricacion de moneda auxiliar ó complementaria.

Los productores de plata y los *inflationists* de los Estados-Unidos, que habian logrado su acuñacion ilimitada, acaban de ser vencidos, y allí, desde principios del año corriente, los pagos tienen lugar en oro. Hay más: ahora mismo llega á nuestras manos un artículo del *Times*, que anuncia propósitos por parte del Consejo de la India de volver á la rupia su antigua par de dos chelines, evaluando en tres millones de libras esterlinas anuales, la pérdida que hoy ocasiona el cambio en las remesas hechas á Inglaterra por el gobierno de aquellas posesiones. La plata, á nuestro juicio, queda privada de su oficio de moneda, hasta tanto que otra Australia ó California traigan al mercado masas superabundantes de su rival el oro. La propaganda en favor de este metal como instrumento único de la circulacion ha conseguido su objeto; y los gobernantes españoles han hecho prueba de que presentian semejante resultado, encaminando desde hace muchos años sus acuerdos al mismo fin que las demás naciones de Europa.

Pero, ¿cómo explicar que habiendo consagrado nuestros Gobiernos teóricamente el mismo principio monetario que las otras naciones, en la práctica se haya contradicho y se contradigan obrando en un sentido opuesto? Si quieren el patron único de oro, ¿por qué no supenden definitivamente la acuñacion de la plata? Causa semejante proceder gran extrañeza al autor del estudio que analizamos. No sin alguna mortificacion para nuestro amor propio nacional, podríamos sacar al publicista extranjero de la confusion en que esto le pone. Pero bastará recordarle que la primera circunstancia necesaria para una circulacion perfecta, es un desahogo financiero y una posperidad general nunca detenida.

M. Joseph de Parieu, con este trabajo, que antes publicó el *Journal des Economistes*, ha hecho conocer al extranjero que en la Península existe un estado de cosas muy superior de lo que se creia generalmente; demostrando, además, que mantendrá la tradicion de su digno padre, M. Esquirou de Parieu, acaso el más eminente, y de seguro el más tenaz promovedor de la unificacion monetaria.

T.

CRÓNICA CIENTIFICA.

Noticias del Africa Central.—Publicaciones inglesas.—Conservacion de las uvas.—Buques rápidos.—Longevidad vegetal.—Descubrimiento astronómico.—Persecucion de los negreros.—Obelisco americano.—Uso del aparato Trouvé.

Despues de una residencia de tres años en el Africa central, Mr. Farler, capellan de una mision protestante, de vuelta á Inglaterra, da al *Times* detalles interesantes sobre el país que ha habitado.

«La víspera de su partida de Zanzibar,—dice,—llegó un agente de Mirambo, rey de Unyamwezi, trayendo presentes de marfil para el sultan de Zanzíbar y para el cónsul británico, y pidiendo que le enviaran un profesor de inglés.

Los habitantes de Unyamwezi forman una de las tribus más inteligentes del Africa central; por ellos hemos obtenido nosotros los conocimientos que poseemos sobre el interior de esta comarca; ellos son los que emplean para los trasportes todas las caravanas de exploracion ó de comercio árabes ó europeas. Son intrépidos viajeros, y han penetrado en el interior de comarcas que nos son todavía desconocidas. Verdad es que ellos se han granjeado una mala reputacion por su propension al robo y por la facilidad con que abandonan á un viajero sin prevenirle. No obstante, sus buenas cualidades recompensan sus defectos.

Mirambo se elevó desde un rango inferior al de jefe supremo de toda la tribu, que es una de las más numerosas del Africa; posee un ejército de 40.000 hombres.

Los árabes de Unyamwezi han intentado varias veces subyugarlo, pero él los ha batido siempre. Aun con el auxilio de M. Stanley, cuando su pri-

mera expedicion, cuya comitiva estaba armada de fusiles, los árabes no pudieron obtener ventaja ninguna y sufrieron una derrota.

Mirambo es un hombre de valor y liberal, sin ninguna de las supersticiones de los africanos y conoce todas las ventajas de la civilizacion. Detesta á los árabes porque reducen á sus compatriotas á la esclavitud y han hecho constantes esfuerzos para derrotarle cuando era débil, así es que no quiere tener ninguna relacion con los mahometanos.

A consecuencia de la supresion de la venta de esclavos en la costa, se ha obrado un gran cambio en las tríbus del interior, que hasta ahora habian sido acosadas constantemente, y nuevos manantiales de industrias han sustituido á aquel comercio.

***

Hé aquí una estadística curiosa de los libros publicados en Inglaterra el año de 1877:

	Publicaciones nuevas.	Nuevas ediciones.
Teología, sermones y asuntos bíblicos...	585	252
Educacion, libros clásicos y filológicos..	329	200
Libros para los niños, cuentos, etc.....	287	235
Novelas y obras de amena literatura....	446	408
Leyes, jurisprudencia, etc.....	63	55
Economía política y social, comercio...	123	66
Artes, ciencias y obras ilustradas.....	125	64
Viajes y geografía.....	132	77
Historia, biografía, etc.....	241	132
Poesía, teatro, música, etc.....	172	186
Anuarios y obras publicadas por entregas.	70	144
Medicina, cirujía, etc.....	143	72
Bellas letras, ensayos y monografías....	249	115
Misceláneas y folletos.....	184	40
	3.149	2.046

Publicaciones norte-americanas, 481. Lo cual dá un conjunto total de cerca de 6.000 obras impresas en la Gran Bretaña en 1877.

***

Un periódico recomienda el siguiente procedimiento para la conservacion de las uvas frescas:

"Tómese un tonel ó barril, construido con mucha anticipacion nuevo, y cuyos aros se hayan sujetado con fuerza, y depositese en un sitio que esté constantemente á una misma temperatura; colóquense las uvas por capas dentro de este tonel, cuidando antes de cubrir el fondo y las paredes con salvado de trigo secado al horno, así como cada una de las capas de uvas, y aun mejor cada una de ellas, para evitar que se toquen entre sí, y ciérrese hermóti-

camente el barril. De esta manera, áun despues de seis ú ocho meses de la vendimia, podemos tener ricas y hermosas uvas, que se mantienen en todo su frescor sin enmohecerse ni adquirir gusto alguno desagradable; teniendo aún, ó apareciendo en ellas todavía esa suave borrilla de un blanco ceniciento de que se cubren los granos en la época de la madurez: en una palabra, diríase que acaban de salir de la cepa. De este modo la uva se conserva largo tiempo sin la menor alteracion.»

***

Varios barco-torpedos, fabricados en astilleros particulares, han sido ensayados en el Támesis en Febrero último, habiendo demostrado las experiencias hechas que podian andar con la extraordinaria velocidad de 27 nudos por hora, con lo cual se asegura la rapidez y seguridad en las maniobras que esta clase de embarcaciones deben realizar en los servicios á que están destinados.

***

La longevidad de algunos árboles, expresada en cifras redondas, se aprecia en una Revista en los siguientes números de años:

El ciprés, 6.000 años; el baobab, 5.000; el dragonero, 5.000; el tejo, 3.000; el cedro del Líbano, 3.000; las sequoias de California, 3.000; el castaño; 3.000; el olivo, 2.500; la encina, 1.600; el naranjo, 1.500; el plátano de Oriente, 1.200; la lima, 600; el fresno, 400; la palma del cacao, 300: el peral, 300; el manzano, 200; la palma de vino, del Brasil, 150.

***

Segun refiere M. Herman Klein, de Colonia, ha descubierto un gran cráter, de formacion reciente, en la superficie de la luna, que representa un diámetro de 4.000 metros. Varios astrónomos han confirmado el descubrimiento, y M. Hall, de Washington, el astrónomo que descubrió los satélites de Marte, estudiará el nuevo cráter, valiéndose de un poderoso telescopio.

Durante los doce meses terminados el 25 de Mayo de 1878, el número de barcos condenados en la costa oriental del Africa por trasporte de esclavos, se ha elevado á 15, de porte de 1.749 toneladas; el número de esclavos puestos en libertad ha sido de 60, y el número de fugitivos, á los cuales se les ha protegido, ha sido de seis. En el año anterior fueron condenados 27 barcos de porte de 2.760 toneladas; el número de esclavos libertados fué de 438, y se protegió á nueve fugitivos.

Estos detalles están sacados de los partes anuales del almirante inglés, comandante en jefe de las Indias orientales. Otro despacho sobre el tráfico de esclavos en las cercanías de Zanzibar durante los últimos seis meses del año de 1877, hace constar que ha habido una disminucion muy notable en

el número de esclavos trasportados por mar, con desprecio de los tratados existentes. Durante este período, no se han capturado más que 19, los cuales han sido puestos en libertad.

En los seis meses que han precedido, habian sido librados 263.

El comercio de esclavos entre Mozambique y Madagascar continúa, aunque el edicto de la reina de Madagascar ha disminuido considerablemente el número de los que se introducen en dicha isla.

***

El obelisco que va á erigirse en Washington en honor del ilustre fundador de la independencia americana, tendrá 485 piés de altura. Este obelisco tendrá cinco piés más que la pirámide de Chéops, y será el monumento más elevado que exista despues de la catedral de Colonia, que debe medir 511 piés cuando esté completamente terminada.

***

En las últimas maniobras militares ejecutadas en la provincia de Alava, llamó la atencion el servicio telegráfico ambulante, puesto allí por primera vez en práctica por nuestro ejército, desempeñado por las compañías de ingenieros telegrafistas, que usan el aparato de Trouve, el cual lleva consigo el soldado de ingenieros con los demás accesorios necesarios para la trasmision de despachos.

EUGENIO PLA Y RAVE.

BIBLIOGRAFÍA.

El Afghanistan, descripcion histórica.—Geografía del país, por F. S. Ayuso. Un volúmen con 254 páginas y en mapa. Madrid, 1878. Estereotipia de R. Labajos.

Es una obra la del Sr. Ayuso, curiosa y de utilidad en estos momentos, pues á más de los conocimientos geográficos indispensables para el estudio del Afghanistan, contiene descripciones minuciosas sobre el carácter y costumbres de este pueblo, y cierra con una exploracion histórica que, llegando á nuestros dias, se remonta á los hijos de Saul, fundadores del imperio afghan.

***

Vicisitudes de la Monarquía constitucional en Francia, por D. Fermin Lasala y Collado. Dos tomos de 437 páginas el primero y de 672 el segundo. Imprenta de Fortanet.

De esta obra tan ventajosamente conocida en los círculos políticos y en los centros de ilustracion, poco nuevo hemos de decir á nuestros lectores, por la razon sencilla de que la obra ha llegado á nuestras manos cuando ya se ha emitido sobre ella un juicio que podriamos llamar irrecusable.

El trabajo del Sr. Lasala es un trabajo concienzudo y minucioso, de elevada crítica histórica y nutrido de doctrina constitucional.

Pudiera por un lado decirse que es una obra didáctica, y por otro puede, sin duda, afirmarse que es una leccion elocuente para todos los Gobiernos y todos los poderes que no cumplen con cordura sus destinos.

Aunque no se sacáran enseñanzas, que se sacan y muy abundantes para vida parlamentaria y constitucional de nuestro país; aunque *Las vicisitudes de la monarquía constitucional de Francia* sólo interesára á nuestros veci-

nos, así y todo, el trabajo del Sr. Lasala es digno de ser conocido por todos los apasionados del derecho público y por todos los que quieran aprender el arte del gobierno.

***

Regalía de los señores reyes de Aragon, con un discurso de J. Melchor de Macanáz, de la Biblioteca jurídica, con un prólogo de D. Joaquin Maldonado Macanáz. Un volúmen de 276 páginas.

Es un trabajo histórico-político que ilustra sobremanera la construccion singular del reino de Aragon, aunque tiene la tendencia de borrar los privilegios que el pueblo aragonés ha poseido siempre, mejor dicho de probar que los privilegios han sido concesiones graciosas de los Soberanos.

Es un libro cuyo principal interés está en el discurso jurídico-histórico del insigne Macanáz.

DIRECTORES PROPIETARIOS,

J. J. ALBAREDA. F. DE LEON Y CASTILLO.

MADRID 1879. Establecimiento tipográfico de M. P. Montoya y compañía, Caños, 1.

SOBRE LA EDUCACION DE LAS MUJERES (1.)

> «Si se me pregunta á qué causa debe atribuirse principalmente la singular prosperidad y la energía creciente de ese pueblo, contestaría que á la superioridad de sus mujeres.»
>
> A. DE TORQUEVILLE.
>
> (*La Democracia en América.*)

Esta Institucion, fundada por la iniciativa de un virtuoso profesor y sostenida por la enérgica voluntad de unos cuantos hombres de bien, trata hoy de ensanchar su círculo de accion y de crear un nuevo elemento de educacion para la mujer. Al confiarme el honor de inaugurar estas Conferencias, deseo naturalmente discutir ante vosotras y ante el público todo, las consecuencias de sus enseñanzas, encargándome de exponer las razones y de alegar los ejemplos que, en nuestro sentir, demuestran las excelencias que resultan de la educacion de las mujeres.

Al formular así el tema de esta primera Conferencia, la Institucion cree que responde á un pensamiento y á un deseo que no sólo sienten cuantos me escuchan, sino á un problema que se presenta á todos los padres de familia, problema sencillo y fácil en la apariencia, pero difícil en su resolucion completa. A la verdad,

(1) Discurso pronunciado en la asociacion para la enseñanza de la mujer. 28 Marzo 1879.—TOMO LXVII.

todas estas cuestiones que á la educacion afectan, ofrecen este mismo carácter: á primera vista ni aún dudosas parecen, pero cuando se trata de analizarlas y la práctica nos exige una solucion, entónces se presentan en toda su magnitud dificultades cuya existencia no sospechábamos. Porque, en efecto, si preguntais si es conveniente la educacion, nadie dudará en la respuesta.

Lo que nuestros padres han hecho por nosotros; lo que todo el mundo desea hacer por sus hijos, contestan elocuentemente á la pregunta. El más pobre jornalero sacrifica parte de su salario para enviar sus hijos á la escuela. Los que poseen alguna fortuna se esfuerzan por dar á los suyos tal grado de instruccion, que los eleve á una posicion superior á la que ellos ocupan; y todos, en general, creen haber cumplido el término de sus deberes cuando han dado á sus hijos una educacion que les permita ser independientes en la vida. Pero la cuestion se complica en el momento en que se trata de aplicar esa instruccion, por todos tan deseada, á las mujeres. Al llegar aquí, el razonamiento se detiene y la lógica vacila. ¡*Instruccion, educacion, progreso*! pero no para las mujeres. ¡Dios hace salir el sol para todas sus criaturas; pero la mitad de ellas deben quedarse en la sombra! ¿Por qué esta escepcion? ¿Por qué esta duda? Vosotras, de seguro, os lo preguntareis así, y á responderos he venido yo hoy aquí, y á fijar las ideas sobre este punto es á lo que aspira la Institucion al inaugurar estas Conferencias.

Hemos llegado, pues, resueltamente, á la dificultad, y al abordarla preciso será convenir con franqueza en que la opinion general no está con los partidarios de la educacion de las mujeres, aunque más bien pudiera decirse que sobre este punto reunia una completa indiferencia muy próxima á la antipatía. ¿Por qué?—No es este el momento de penetrar en el fondo de las causas que han motivado esta indiferencia, ni es esta tampoco la ocasion oportuna para presentar mis ideas sobre el particular, ideas que pudiera distraernos del fin que aquí nos proponemos. El hecho es que esa indiferencia existe, y puesto que existe, debemos analizarla y estudiarla, abordando franca y resueltamente la cuestion, seguros de que al hacerlo se nos ha de ofrecer ámplia ocasion de poner á prueba nuestras opiniones y de aquilatar las de aquellos que nos impugnan.

La verdad es, señoras, que, en general, los españoles no nos preocupamos de vuestra educacion. Cuando se busca á la compañera de nuestra vida, no es costumbre enterarnos de si las que van á ser nuestras esposas han recibido una preparacion para la vida en armonía con la nuestra. Hermanos, no estamos habituados á mantener en el hogar ese comercio intelectual que es la mejor ocasion de nuestro propio progreso: padres, seguimos la corriente general, y pocos son los que hacen algun esfuerzo para vencer la apatía ó salir de la indiferencia general; y mientras seguimos con la más viva preocupacion la educacion de nuestros hijos, apenas echamos una distraida mirada á la educacion de nuestras hijas. Y si tratamos de profundizar la cuestion y de estudiarla ya en nosotros mismos, ya en la generacion presente, habremos de convenir en que la mayoría siente más bien repulsion y desconfianza hácia esta cuestion, y que en vez de tener una opinion formada sobre ella, prefiere no tener ninguna, y dejar las cosas en el estado en que se encuentran.

No es este, sin embargo, nuestro propósito, y por eso yo empezaré por recojer las impresiones, ideas y juicios, que, aunque incompletos, representan el pensamiento de la generalidad, y trataré despues de definir y precisar las desconfianzas y las objeciones que de una parte se oponen á la instruccion de la mujer, y de la otra producen esa indiferencia de que os vengo hablando. Y si la atension que he procurado dedicar á este asunto no ha sido infructuosa, y si acierto á resumir lo que he oido y leido, creo que podré exponer con imparcialidad todo cuanto se dice en contra de la educacion é instruccion de las mujeres. Todo ello, puede decirse, se resume en tres argumentos.

El primero es aquel que afirma que la mujer no sirve para aprender; que sus cualidades morales é intelectuales no son las mismas que las del hombre; habiéndose llegado hasta afirmar, apoyándose en la opinion de un célebre profesor de Munich, que el cerebro de la mujer no está organizado como el del hombre. Yo bien sé que este argumento os repugna más que os sorprende, que nunca lo aceptareis porque la simple afirmacion del sentido comun dice que esto no puede ser verdad, y que la ciencia con su escalpelo no ha podido encontrar en las fibras del cerebro de la mujer una diferencia esencial con las del cerebro del hombre, cuando la

experiencia de siglos, la historia de la humanidad, no la ha demostrado. Sin embargo, el argumento merece la pena de analizarse, porque si presentado de ese modo es inmediatamente rechazado, analizado en detalle podria encontrar acérrimos defensores. Y no basta dar una contestacion pronta, y al parecer suficiente, presentando aquellos ejemplos de la historia humana en que las mujeres han llegado, y quizás en ocasiones excedido, los méritos de los hombres. Porque si bien es verdad que hay en ella momentos en los cuales el destino de los pueblos ó los grandes progresos de la humanidad han estado confiados ó representados en una mujer; y que partiendo de este hecho innegable se puede deducir que si la mujer, en momentos dados y en ocasiones decisivas de la historia, ha llegado á la mayor altura, no hay diferencia esencial con el otro sexo, ni razon para suponer sériamente que sea inferior al hombre; este argumento, os lo confieso, tiene para mí poco valor. En primer lugar, puede decirse que esos casos son excepciones, y las excepciones no forman regla. En segundo, el argumento no es enteramente aplicable al caso presente; porque para educar á la mujer, para instruirla, para elevarla desde su estado actual, los grandes ejemplos y la comparacion de esas figuras sublimes de la historia, no serian los más apropiados, pues no hay nadie que queriendo educar á la mujer se proponga hacer de ella una Santa Teresa de Jesús, una Juana de Arco, ó una Isabel la Católica. Y así como seria peligroso para la educacion de los hombres el darles como ideal á Napoleon, á César ó á Cristóbal Colon por que esto les haria desconfiar de sus propias fuerzas, haciéndoles ver por instinto que les era imposible alcanzar el ideal que se les proponia, así tambien en las mujeres al tratar de hacerlas ilustradas y de inspirarlas amor al estudio y de atraerlas á aquella atmósfera de luz y de progreso que se llama la instruccion, no seria prudente presentarlas, como ejemplo y como tipo, aquellas mujeres que se han distinguido precisamente por haber salido de la condicion general de las mujeres ó del modesto círculo en que estais llamadas á vivir.

No, lo que importa es hacer ver que dentro de la vulgaridad de la vida, que en la marcha de todos los dias, que en aquello que ocurre á todas horas y sucede en todas las familias, en eso, y precisamente en eso es donde la instruccion y la educacion han de

traer bienes desconocidos y beneficios que apenas pueden sospecharse. Lo que hay que decir, sobre todo á los que no creen en la ventaja de educar á las mujeres, es que esa educacion no va á crear mujeres sublimes y gloriosas, que por su superioridad serian hasta temibles en la vida ordinaria, sino que va á aumentar, á desarrollar y á cultivar las cualidades preciosas que hacen de nuestras mujeres, de nuestras hijas y de nuestras hermanas, las compañeras de nuestra existencia y las depositarias de cuanto hay de noble y de elevado en el seno de la familia. Prefiero, pues, no recurrir á ese argumento, pero como tampoco debe despreciarse, tomaré de él sólo aquello que me parece necesario para contestar á la objecion que tenemos delante; objecion, señoras, que está más generalizada de lo que vosotras pensais, porque el número de los que creen que la mujer es incapaz de cierta educacion y susceptible todo lo más de una imitacion ridícula del hombre, es más grande de lo que á primera vista pudiera creerse. Procede, pues, salir al encuentro á esta idea y hacer constar que la mujer, como el hombre, reciben las mismas inspiraciones del mundo social en que viven; comparten la misma atmósfera del país y de la época en que nacieron, como indivíduos que son de la misma familia; y que por eso, cuando en una nacion las ideas se condensan y cristalizan, cuando las aspiraciones se unen y los sentimientos se funden, y el pueblo llega á uno de esos momentos de grandeza, de gloria ó de desesperacion en que todos los sentimientos se unen, entonces las mujeres, sintiendo como los hombres, y como ellos inspirándose en lo que les rodea, se elevan á la misma altura, aun en aquellas circunstancias que parecen más difíciles ó más contrarias á las condiciones de su sexo. Y para no ir á buscar ejemplos lejos de nosotros, y para no salir de lo que todas vosotras sabeis, os recordaré que en la historia de España cuantas veces han ocurrido esos momentos, cuantas veces ha llegado la hora de poner á prueba la capacidad y las condiciones de las mujeres, estas han respondido como los hombres á lo que pudiera esperarse de ellas. Así, cuando en la Edad Media, España estaba dividida, ensangrentada, incapaz de llevar adelante su destino, el cual era, primero la conquista del territorio y luego la fundacion de un poder que uniera y fundiese los elementos disueltos ó enemigos de aquella sociedad; á remediar esos males no sólo se aprestan San

Fernando, Alonso X y Pedro I de Castilla, sino que á su lado se alza tambien la dulce y gloriosa figura de Doña María de Molina.

Más tarde, cuando esas ideas nacionales se cumplen, cuando la España se unifica y los moros son expulsados, y los diferentes reinos se eslabonan en torno de Castilla, y fuertes con nuestro poderío nos apoyamos con una mano en Africa y con otra en Italia, para alzarnos á saludar al Nuevo Mundo descubierto por nuestro esfuerzo, en ese momento, epopeya de nuestra historia, por cima del Gran Capitan, del Cardenal Cisneros, del Rey Fernando, se alza Doña Isabel la Católica: cuando el renacimiento de las letras y de las ciencias llama todos los talentos y atrae todos los esfuerzos intelectuales de España, entónces, al lado de Luis Vives, de Alonso Cano, del Broncese, la historia escribe los nombres de Doña Beatriz de Galindo, de Luisa Medrano, de Francisca de Nebrija y de las hijas del Conde de Tendilla; cuando el sentimiento popular herido levanta indignado la tempestad en que murieron las libertades castellanas, al lado de Padilla y de Juan Bravo, y del obispo Acuña, la historia recordará á Doña María de Padilla; cuando marchábamos á la decadencia, nuestra gloria iba á apagarse lanzando su último resplandor en la hermosa literatura del siglo XVI y XVII, entónces, al aquilatarse esta hermosa lengua de Cervántes, y sublimarse el espíritu español, como todo espíritu que se acerca á la agonía, al lado de Fray Luis de Leon y de San Juan de la Cruz, escribirá tambien Santa Teresa; y por último, y para no prolongar estos ejemplos, cuando ya en nuestros dias suena la hora fatal de la invasion, y España entera se levanta para rechazar á los franceses, y sólo hay en la atmósfera olor de pólvora y de sangre, y España no pide á sus hijos otra cosa que valor para morir y esfuerzo para oponer su pecho al paso del invasor; entónces, cuando el único título de gloria es la muerte, y el único sentimiento la guerra, entónces tambien, al lado de los héroes de Bailen y del 2 de Mayo, la historia conservará con orgullo, entre tantos otros, los nombres de la Condesa de Bureta y de Agustina Zaragoza.

Y así, con estos ejemplos, cuya exactitud nadie podrá negarme, podré yo decir que en nuestra raza, en nuestro pueblo y en nuestra civilizacion, cuando llega, para nuestra gloria ó para nuestra desgracia, la hora y la señal de la prueba, entónces, hom-

bres como mujeres, contestan de igual manera, y no se encuentra, ni en el heroismo, ni en la ciencia, ni en el talento, ni en el sentimiento, diferencia alguna entre la mujer y el hombre.

No hay, pues, tal diferencia; y todo lo que la ciencia ha dicho, y todo lo que la anatomía ha encontrado y todo cuanto se ha pretendido afirmar respecto de las diferencias orgánicas entre los dos sexos, está reducido, en último término, á una verdad de sentido comun, á una verdad de observacion que todos sabemos y en que precisamente fundamos la base de la instruccion, y es, que en la mujer predominan las cualidades que arrancan de la sensibilidad, así como en el hombre prevalecen las que tocan á la voluntad y que por eso á la organizacion física exterior de los dos sexos corresponde tambien á una organizacion intelectual que no implica diferencia, aunque marque una distincion. Y así, mientras que con la fuerza nos corresponde la iniciativa y el impulso, con el sentimiento os toca en suerte la perseverancia y la fantasía; cualidades que, desarrolladas al mismo tiempo entre los dos sexos y cultivadas con igual esmero, constituyen el perfeccionamiento de la humanidad, en la cual no es posible, no lo ha querido Dios, que podamos progresar unos indivíduos sin que todos los demás marchen y progresen al mismo tiempo, ni permitir que el hombre llegue á ser absolutamente inteligente y educado, y que la razon humana adquiera su completo desarrollo, sin que la mujer sea tambien completamente educada é inteligente. Ved, pues, señoras, que ese argumento que supone vuestra inferioridad, aceptado ó no, formulado franca ó dudosamente, no es argumento que podrá detenernos en el camino que seguimos. Y debo decir aquí que cuando las mujeres han podido influir en la gobernacion de los pueblos, no han pensado de ese modo. La gran Catalina de Rusia dedicó una considerable parte de su fortuna, y otra no escasa de su tiempo, á la fundacion de colegios para las hijas de la aristocracia, en los cuales se diera á las mujeres una educacion esmeradísima. Pocos años despues, María Teodorowna (Sofía de Wurtemberg), viuda de Pablo I, aumentó estas fundaciones y abrió sus puertas á las hijas de la clase media, y ya en nuestros dias la actual emperatriz María Alejandrowna (Maximiliana de Hesse-Darmstadt), dando un paso más avanzado, ha fundado sobre el modelo de las escuelas alemanas, hasta diez grándes gimnasios, en los cuales las

mujeres de todas clases y condiciones reciben una educacion que se prolonga hasta la edad de veinte años, y que abraza además de las matemáticas, la historia, la literatura, las lenguas extranjeras y las ciencias naturales. Estas enseñanzas están combinadas con cursos pedagógicos donde se prepara á las institutrices.

La accion del Gobierno, estimulada por este ejemplo, ha creado establecimientos de educacion en casi todas las grandes villas, y bajo su influencia, la sociedad rusa está sufriendo una profunda trasformacion, cuyas consecuencias y cuyos resultados señalan ya los que han estudiado aquel país. Y las mujeres admitidas así á la cultura y á la ciencia no han vacilado en reclamar que se las admita á la alta educacion reservada hasta ahora para los hombres. (1)

Pero apenas descartado el argumento de la incapacidad de las mujeres, oigo decir: "Es cierto; no hay esa diferencia esencial entre el hombre y la mujer; ambos son séres racionales; no hay entre ellos más que esa diversidad de facultades que ocasiona lo que se llama contrastes, y que producen en nuestra organizacion, en nuestro lenguaje y en todos los aspectos de la vida, diversidad y oposicion, pero no supone diferencia esencial." Más todavía; "la mujer tiene cualidades que la hacen comprender con más rapidez que al hombre; pero por eso mismo la instruccion en ella es un mal. Puede, sí, recibirla, puede comprenderla, puede adelantarse en esa senda más pronto que el hombre; pero, ¿á dónde irá por ella? Por una parte, la instruccion que le enseña los medios de ganarse la vida es inútil, porque para la mujer están cerradas la mayor parte de las carreras y de las profesiones, y, por otra, los conocimientos, la ilustracion, las grandes ideas, no servirán más que para su desgracia, porque le harán comprender y aspirar á aquello á lo cual no puede llegar jamás."

Y con este modo de razonar, tanto más insidioso cuanto que parece inspirado en una profunda piedad, se condena á la mujer á

---

(1) Los gimnasios fundados por la Emperatriz María Alejandrouna desde 1855, cuestan cerca de dos millones de reales, que son pagados por la casa imperial.

Los establecimientos del Estado, creados desde 1870, son ya 186, y cuestan diez millones de reales. Hay en ellos de 23 á 24.000 alumnas y todos los años obtienen certificados de capacidad más de mil institutrices.

la ignorancia. Pero el razonamiento es falso. En primer lugar, no es exacto que esa instruccion que prepara á las mujeres para ganar un lugar y un puesto en la vida y para proporcionarla siquiera los medios de vivir sea inaplicable é inútil. Tal vez pueda decirse de otras épocas, quizá se dirá con justicia, de la España de nuestros dias, pero quedará destruido por el ejemplo de otros países, en los cuales se aumentan todos los dias los empleos, los destinos y las ocupaciones en que se da participacion á las mujeres; y en los cuales, con gran provecho de la vida nacional, los hombres, que antes destinaban á ellos fuerzas reclamadas para otros fines, ahora dejan plaza y lugar á las mujeres, aplazando ellos su actividad á fines más propios y, por consecuencia más útiles. Yo puedo deciros que en la culta Suiza, la telegrafía, la contabilidad, la teneduría de libros y una gran parte de la administracion de los hoteles y fábricas están completamente entregados á las mujeres.

Muchos podrán deciros que en el gran centro telegráfico de Europa, en la oficina central de San Martin, en Lóndres, el trabajo está casi exclusivamente desempeñado por jóvenes de diez y seis á veinte años, y de los que han viajado por Francia podreis oir en cuántas clases de ocupaciones honestas y lucrativas encuentran las mujeres medios de vivir independientes ó de ayudar á sus familias.

El ejemplo de los Estados-Unidos de América os dirá que para la educacion y para la enseñanza, la mujer reune el mayor número de cualidades en ella encuentra una de las mejores ocupaciones: y así con todos estos ejemplos y datos vendreis á concluir, que si pudiéramos desarrollar esta instruccion en nuestra pátria y lográsemos encauzar hácia estos fines y emplear en el trabajo tantas mujeres, cuya actividad se pierde en el vacío ó se ejercita en el mal, habríamos hecho un beneficio inapreciable y creado una suma de riqueza incalculable; la riqueza de la ilustracion y de la moral.

Y para que estas palabras no parezcan vagas y dichas al acaso, quiero citaros un ejemplo especialísimo que ocurre por decirlo así á nuestra vista.

En el año 1864 una jóven rusa solicitó del rector de la Universidad de Zurich, en Suiza, el derecho de asistir á las clases de

medicina. El permiso le fué concedido, y desde aquel año ella y otra compatriota suya asistieron regularmente á las clases. Como esta asistencia no daba derecho á obtener títulos universitarios, el claustro de la Universidad, en el cual las opiniones estaban contrabalanceadas, no necesitó tomar por el pronto resolucion alguna, y decidió esperar el resultado de aquella esperiencia. Pero apenas llegado el año 67, una de aquellas dos alumnas solicitó el título de doctor, y para ello la inscripcion en la matrícula. Vaciló el rector algun tiempo, pero al fin le otorgó la inscripcion, y por primera vez una alumna obtuvo el título de doctor, y creó así el precedente que habia de ser prontamente imitado. En los años siguientes algunas otras jóvenes de Alemania, de Suiza y de Inglatera siguen el ejemplo: en 1870 habia ya 17 matriculadas, y en 1872 este número se elevaba á 63, de las cuales 51 pertenecian á las clases de medicina y 12 á las de filosofía. Esta cifra ha ido despues en aumento, y ya en 1872 seis habian recibido el grado de doctor. De ellas, una es mujer de un célebre médico de San Petersburgo: otra practica con éxito en la misma ciudad: una de sus compañeras está al frente del Hospital de mujeres de Lóndres, fundado por Mad. Garrett-Anderson, y otra dirige el Hospital de Birminghan. La quinta, que es una americana, fué llamada para encargarse del Hospital de niños de Boston y la última ha entrado como ayudante de clínica médica en el Hospital de Zurich (1).

A estos ejemplos añadiré todavía que en los Estados-Unidos en 1870, una de estas doctoras, establecida en Nueva-York, tenia una clientela que le producia más de 15.000 duros anuales.

No es esto decir, yo os ruego lo creais así, que la educacion de la mujer debe ser igual á la del hombre; que debe haber por todas partes médicos, abogados y doctores del género femenino, no: he querido solamente probaros, y á ese fin he traido el ejemplo, que aun en ciertas facultades, aún en estudios importantes, la mujer puede llegar á todos los grados y encontrar el medio de vivir independiente con provecho de todo el mundo, con ventaja sobre todo de la sociedad y de aquellos en cuyo servicio se emplea.

---

(1) En Suecia la carrera de medicina está abierta tambien á las mujeres desde 1870.

Así, pues, esta primera parte de la objeccion está contestada. La mujer no está condenada á la ociosidad: para ella el trabajo abre tambien sus horizontes y la instruccion le ofrece los medios de rescatar su porvenir. Y si bien es cierto que muchas profesiones son incompatibles con las condiciones de su sexo, la llaman en cambio todas aquellas en que sus cualidades especiales, su atencion, su dulzura, su facilidad de inspirar gratitud ó cariño, le dan superioridad sobre el hombre.

La segunda parte del argumento confieso que tiene alguna más fuerza.

La instruccion levantando el espíritu de la mujer y desarrollando su fantasía, la hace entrever ideales, y engendra en su alma aspiraciones que luego no puede satisfacer y con las cuales, en vez de mejorar, viciamos su naturaleza. Es esta tan delicada, tan especial, que sólo vive en el recogimiento y en el retiro, adornada con la modestia, defendida por el pudor; y sufre y se lastima cuando se rompe este frágil, pero encantador velo con que la naturaleza ha querido cubrirla. ¿Pero si esto es cierto, si esto es así, por qué no ser lógico? ¿Por qué no negar entonces por completo todo lo que es instruccion, todo lo que es enseñanza? ¿Por qué conceder á la mujer el derecho de entrever la ciencia, y no condenarla desde luego á vivir sumida en la más completa ignorancia? ¿Si el libro, la lectura, el estudio han de marchitar esa fresquísima flor y destruir esos purísimos encantos, por qué enseñarla á leer que es el medio más poderoso con que se introducirá en su alma aquel letal veneno? Si la música en sus conceptos más sublimes y levantados ha de extraviar su espíritu elevándola á regiones etéreas y fantásticas donde aquel velo se rasgue á girones, ¿por qué enseñarla las primeras notas de ese dulcísimo y divino lenguaje? Si el traducir sus pensamientos y el dejarlos fijos en el tiempo es un peligro, ¿por qué enseñarle la escritura que será mañana el cómplice de ese delito?

Y siguiendo aún en este órden de ideas, yo pregunto: ¿por qué considerar á la mujer igual al hombre ante Dios, igual en el matrimonio ante el Sacramento, igual en la vida por los deberes y los sufrimientos, y no igual delante de los dones de la inteligencia, delante de los beneficios de la instruccion? No, si esto es así, si los que así piensan tienen razon, en vez de la mujer del Evan-

gelio volvamos á la mujer pagana y encerrémosla en el gimnecio ó en el harem, cubrámosla el rostro con tupido velo como los pueblos del Oriente, y despues no la pidamos, no la exijamos que sea nuestra compañera en la vida, ni la madre de nuestros hijos, ni la vestal del hogar doméstico, ni la base de la cultura de la sociedad, porque sería la más violenta de las contradicciones y el más grosero de los sarcasmos el imponerla los deberes más delicados y más difíciles despues de haberla negado todos los medios de comprenderlos y cumplirlos. Ese argumento, por consecuencia, á fuerza de probar mucho, no prueba nada; á fuerza de querer respetar y consagrar la naturaleza de la mujer, la anula, la rebaja y llega á formar aquellas mujeres de quienes el padre Grati dice: «infelices criaturas, aplastadas por el enorme peso de la nada.»

No, señoras: hace falta, es verdad, franqueza y valor para abordar estas cuestiones, pero hace más falta aún sinceridad para seguirlas hasta sus últimas consecuencias.

La mujer, como el hombre, es un sér intelectual, un sér racional: sus cualidades son comunes; los únicos medios que Dios les dió para su progreso y para su felicidad, son la inteligencia y la razon; y la inteligencia y la razon tienen por únicos medios de accion el estudio, la aplicacion, el trabajo. Y por eso lo que, sobre todo, eleva nuestro espíritu, lo que nos enseña á ser mejores en este mundo, es la esperanza de otro mundo mejor, es el conocimiento del Sér Supremo, es la contemplacion de la grandeza de sus obras; y la ciencia que nos las demuestra, la ciencia que aviva todas nuestras facultades, la ciencia que aguza todos nuestros instintos, que multiplica todos los medios de conocer y de pensar, y que desenvuelve lentamente á nuestra vista la majestad suprema de la creacion y la grandeza de las hechuras del Creador, es la natural manera de completar nuestro sér, de salir de nuestra pequeñez y de hacer más completa y más verdadera y más real nuestra naturaleza, así en el hombre como en la mujer.

El estudio, ó la ciencia, ó la educacion, que en este momento todas esas palabras son sinónimas, cayendo sobre el alma humana como rocío bienhechor, fecundiza las cualidades que la Providencia nos asignó en suerte; y si al hombre le hace más enérgico, más activo y más atento á su deber, á la mujer la da mayor virtud y más dulzura, y arraiga la virtud, al desarrollar en ella la conciencia de sus deberes.

¿Hay quién piense lo contrario? Pues permitidme tomar un ejemplo de esta misma institucion, y pensad en el efecto que puede ejercer sobre las alumnas la leccion que yo he oido á uno de sus más ilustres maestros.

El las invitaba á contemplar ese espacio que llamais el firmamento, que quizá pensais vacío y despoblado, para decirles cómo está lleno de impalpable éter; éter que se condensa lentamente formando nebulosas de vaga y confusa forma, que despues se determinan en esferas colosales que se agrupan en un sistema solar, radiantes yá de luz y de vida: despues les demostraba cómo en su seno se tocan y confunden los cuerpos simples que la ciencia señala, y cómo á su contacto nacen las plantas y se engendran las flores y los séres vivientes, grandezas todas cuya contemplacion habla al espíritu el lenguaje de la verdadera religion y que lejos de hacer perder su frescura y su pureza al espíritu, parece como que prestan al alma alas de angel con que elevarse por su propio impulso á las regiones del cielo.

Pero si no lo creeis así, si hay aquí entre nosotros quien duda de esto, quien crea que aprender y estudiar conduce al mal y que por consecuencia lo mejor es prohibir, proscribir, y por decirlo así, ocultar toda instruccion á la mujer, que sea bastante lógico para llevar esa opinion á sus últimas consecuencias, y por lo tanto, que prohiba toda cultura, toda educacion, todo progreso á las mujeres, y que para conseguir esto las encierre, las separe y las aisle; porque la instruccion y la ciencia se respiran en la atmósfera, penetran como el aire y se revelan como la música en el canto de las aves, como el color en los matices del cielo; y el dia en que las impresiones del mundo exterior vengan á llamar al alma dormida de esas mujeres, y esas almas incompletas, esas naturalezas mal preparadas se despierten y quieran vivir y sentir, entonces, no sabiendo quién las llama y no conociendo lo que buscan, pero sintiendo el vago deseo de lo desconocido, se lanzarán tras ello y emprenderán Dios sabe qué camino, y seguirán Dios sabe qué senda.

Me direis que exagero y que no es preciso ir tan lejos; que cabe detenerse á mitad del camino, dar cierta instruccion, cierta educacion, un poco y no más de ciertas cosas, pero á eso os contestaré con las siguientes palabras del ilustre Obispo de Orleans.

"Lo más peligroso para la mujer es una educacion incompleta; la ciencia á medias, el talento á medias son los que haciéndola entrever horizontes superiores, sin darla la fuerza necesaria para llegar á ellos, les hace creer que saben lo que ignoran y siembra en su alma la turbacion, el desórden y el orgullo que se traduce frecuentemente en los más tristes estravios."

"Cuando no se establece el equilibrio entre la aspiracion y las facultades que han de realizarla, el alma busca la satisfaccion en las emociones y en los placeres siempre peligrosos y muy á menudo culpables." (1)

Yo, por mi parte, sé decir que he encontrado estas palabras llenas de profundo sentido, y que no sólo pienso de la manera contraria á los que se oponen á la educacion de la mujer, porque temen destruir su modestia, sino que creo que el mayor de los peligros de la sociedad presente y el orígen de casi todos los males que yo veo en la familia y en las costumbres de mi pátria, vienen de esa educacion incompleta é imperfecta, de esa mala y artificial manera de considerar á las mujeres, que las hace ser depósito de frivolidades y las entrega inermes á todos los peligros, á reserva de acusarlas despues de frívoles y ligeras, y de declararlas incapaces de aprender.

Contestado así el segundo argumento, voy á hacerme cargo de otra tercera objeccion, la más caracterizada y la que mejor resume, quizá cuanto se piensa en contra de la instruccion de las mujeres.

Generalmente se dice: la educacion, tal y á la manera como vosotros la presentais, es contraria á la mision de la mujer; esta es la de ser esposa y madre, trabajar en el hogar doméstico, vivir ocupada de los detalles de la vida, y en este sentido, esa educacion, esa instruccion superior de que hablais no puede traer beneficios ni ventajas al alma de la mujer. Para lo que pretendeis, para lo que buscais, bastaria lo que se llama la educacion religiosa, esa educacion que concentrando todas las facultades de la mujer en un sólo punto, le dá valor, y sobre todo, resignacion bastante para atravesar la vida y resistir las luchas de la existencia y los dolores de su mision.

---

(1) *Femmes savantes et femmes estudienses.*—V.

Enunciado así el argumento, y no se me acusará de disfrazar su fuerza ni de atenuar su importancia, me permitireis añadir que no estoy dispuesto á conceder nada en este terreno. Convengo en que el criterio para fundar una buena educacion de la mujer, está en el conocimiento exacto de su propia mision; pero, ¿cuál es esta? Yo oigo frecuentemente, al tratar de esta cuestion, una série de palabras que parecen tener algun sentido; pero que en realidad no dicen lo que á primera vista quieren significar.

Yo oigo hablar de la mision de la mujer, de la santidad del hogar, de la influencia de la religion y de las virtudes que deben adornar á la esposa y á la madre; pero muchas veces me pregunto si todo eso no significa en el fondo otra cosa muy diferente, y si lo que se busca en realidad es tener mujeres incapaces de salir de la vulgaridad, sin la cual, en la mayoría de los casos, no sería posible la conducta que con ellas se sigue; y si no se disfraza así con el nombre de virtud y de deber lo que realmente es cálculo del egoismo. Porque la experiencia de la vida enseña frecuentemente que muchas veces se predica una moral y se dictan reglas de conducta para la mujer, que estamos muy lejos de aplicar á nuestros propios actos, y quizás no sería difícil buscar una explicacion de esta contradiccion en el deseo de hacer de las mujeres séres sumisos y obedientes que no se mezclen en la vida de los hombres y les dejen la completa libertad de sus acciones. Porque, en verdad, la realidad no nos enseña esa doctrina, y por el contrario, ella nos dice que donde una mujer de ciertas condiciones preside al hogar doméstico, y se impone por el talento y por la virtud á todos los suyos, allí hay una familia digna, allí hay séres dichosos é hijos esperanzas de la pátria, y que donde reina la inutilidad y la frivolidad, ó donde no hay más que aquellas virtudes que yo llamaria negativas, porque consisten en no hacer el mal, pero sin saber producir el bien, allí hay excelentes amas de gobierno, pero no se encuentra la madre de familia orígen de todos los bienes, fuente de todas las alegrías, ensalzada ya como modelo en los libros de la Santa Escritura.

Se me dirá que la religion, que la educacion religiosa puede por sí sola llegar á producir este resultado. No diré lo contrario; pero sí afirmaré que eso sólo sucede en ciertos casos, en casos muy contados, en excepciones señaladas, en las cuales la elevacion del

sentimiento, el misticismo, esa sublime separacion del alma de todas las aficiones terrenales, trasfigura los espíritus y les permite por ese verdadero milagro moral abarcar de una vez todo lo que trabajosamente podemos conseguir los demás séres en el camino de la vida. Pero, ¿cuántas veces habeis visto esto? ¿Qué condiciones tan extraordinarias no hacen falta para suponer que el ejemplo de Santa Mónica se repita en este mundo? Y sobre todo en nuestra época, en estos dias de dudas, de luchas y de excepticismo, de combates y de pasiones, ¿podemos esperar que esto suceda, y sobre todo, podemos convertirlo en regla general?

Sólo el proponerlo sería afirmar un absurdo; sería engañarnos á nosotros mismos; sería, ¿por qué no decirlo? buscar un pretexto para huir de la dificultad que se presenta y para negar á la mujer la educacion, descargando sobre el clero una mision, de la cual nosotros sabemos es incapaz; nuevo acto de hipocresía, pero de hipocresía repugnante, porque seria cubrir nuestro egoismo y nuestro abandono con el nombre, siempre sagrado, de la religion. Y no soy yo quien digo esto; yo no me atrevería á sostener estas ideas con la escasa autoridad de mi palabra, y las pongo bajo la autoridad de Monseñor Dupanloup, autoridad tan alta que á la de Príncipe, y Príncipe ilustre de la Iglesia, añade la de una virtud acrisolada, la de una fe sin límites y un fervor religioso que le harán siempre respetable á los ojos de todo el mundo.

El es quien ha escrito:

«La verdad amarga que yo deseo decir, es que la educacion, aún la educacion religiosa, no dá siempre, dá raras veces á las mujeres el amor al trabajo.» (1)

Y en otra ocasion:

«La religion pide la instruccion: ella ama los caractéres firmes y enérgicos: los espíritus imbéciles ó los caractéres relajados y debilitados sólo sirven para deshonrarla. En vano intentaria formar su corazon y su inteligencia. Nada iguala á la influencia de la religion sobre el desarrollo del espíritu; pero ella á su vez reclama el concurso de los otros dos grandes medios de educacion: la instruccion y la disciplina.» (2)

---

(1) *Femmes savantes et femmes estudienses.*—VI.

(2) De *l'education.*—Lib. 3, cap. 6, sexta edicion.—1861.

La mision, pues, de la mujer requiere la enseñanza religiosa; pero requiere tambien otras muchas enseñanzas: ser intelectual, ser racional, esta llamada á desempeñar la mision más delicada de este mundo, la mision de saberlo todo sin necesidad de parecerlo; la de adivinarlo ó comprenderlo todo, sin haber pasado por las pruebas de la experiencia; mision delicada y sublime para la cual todas las fuerzas parecen pocas, pero que cuando se realiza, cuando llega á ser verdad, entonces la humanidad la consagra y la respeta y la bendice, en el culto que todo hombre profesa al nombre sagrado de madre.

Porque yo preguntaria á los que de otra manera piensan: ¿cómo quereis tener ciudadanos que sepan lo que es una patria, si su madre ignoró siempre hasta la historia de su país? ¿Cómo quereis que los hombres defiendan las instituciones y la independencia de un pueblo, si en su hogar no oyeron nunca ni aún hablar de esas instituciones? ¿Cómo quereis que un jóven resista á las infinitas tentaciones, á las primeras seducciones de la vida, si no tuvo quien formase dentro de su corazon y de su conciencia una base de moral y un núcleo de ideas que le permitiesen vencer esas influencias? ¿Cómo quereis formar hombres aficionados al trabajo, si no aprendieron en su hogar, si no se les inculcó desde la infancia cuáles eran los medios y las consecuencias de esa preciosa virtud, rescate de todas nuestras imperfecciones? ¿Cómo inspirareis á los hombres gusto por las ideas elevadas, sentimientos levantados en el trato social, deseos de cultivar las bellas artes y la literatura, si en eso que se llama el comercio social, si en el trato con las mujeres no pueden jamás aspirar á salir de la vulgaridad más fastidiosa ó de la frivolidad más insoportable? Y aún desde el punto de vista más individual, más egoista, ¿cómo quereis que el marido al entrar en su hogar encuentre allí el consuelo, el consejo, la esperanza, todo aquello que ansiosamente buscaria, si hemos hecho todo lo posible porque las que habian de ofrecerle ese consuelo y ese auxilio permanezcan mudas y calladas, pidiendo en vano á su alma ignorante y dormida los recursos que su instinto les aconseja quizá emplear?

Y reparad, señoras, que por extraño contraste estas dos ideas están en los lábios de unas mismas personas, y que aquellos que se oponen más á la educacion de la mujer, tal como aquí la entende-

mos, son tambien los que deploran más la corrupcion de las costumbres, y sobre todo la horrible frialdad del hogar doméstico que en nuestros dias corroe y debilita á los pueblos de nuestra raza.

Y yo me pregunto á m míismo: ¿por qué contradiccion extraña se han reunido estas dos ideas; por qué ceguedad irritante se quiere dar al hogar luz, calor y cariño, y atraer á él al hombre, y hacer á la mujer felíz y respetada, si para llegar á todo eso se ha empezado por destruir y por matar las cualidades que Dios ha dado á esa mujer para esparcir luz, el cariño y el amor entre los suyos? No, el problema es insoluble por ese camino. La corrupcion de las costumbres será fatal en todos los pueblos, en los cuales las mujeres viven de la frivolidad y de la ignorancia; y la frialdad del hogar y el rebajamiento de la familia, serán el castigo de todas las sociedades como la nuestra, en la cual se quiere llegar al problema de hacer una buena familia aniquilándo, atrofiándo destruyéndo en su único y verdadero gérmen las cualidades de la esposa y de la madre.

No, y mil veces no: la mision de la mujer, léjos de oponerse á la cultura de sus facultades y de condenar la instruccion, exige que ésta sea tan levantada, tan completa y tan séria como puede darse en cada país y en cada época, y, desde luego, igual en su esencia, ya que no en sus detalles, al grado de cultura que los hombres obtengan.

SEGISMUNDO MORET Y PRENDERGAST.

(Concluirá.)

EL DEGOLLADERO.

I

Un ilustre académico, el general Sr. D. José Gomez de Arteche, publica, con el título de *Niéblas de la historia pátria*, una série de interesantes cuadros históricos, escritos con grande sobriedad y discrecion, que, sobre ser título legítimo de gloria para su autor, son profundas y detenidas disquisiciones llevadas á cabo con sobrealzado criterio en averiguacion de hechos y sucesos notables, que, velados por las nieblas que amontona el tiempo, pasan desconocidos, disyuntos ó desemejados á través de las historias generales.

En gallarda prosa escritas, con facilidad de estilo, y algunas con verdadero interés dramático, las *Nieblas de la historia pátria*, si hoy son un libro de amenísima lectura para todos, lo serán mañana de provechosa consulta para aquellos historiadores que buscan la verdad hasta en el más leve detalle.

La última de las obras de este género publicada por el Sr. Gomez de Arteche se titula *Mahon*, y, conforme con su título, se ocupa de la accidentada historia de esta nuestra querida isla que, con sus bellas hermanas, forma en mitad del Mediterráneo el grupo de las Baleares, si amor ardiente del español, lujuriosa codicia del extranjero. Páginas hay en esta obra escritas con el calor y el entusiasmo del varon fuerte que está dispuesto á sostener la unidad y la integridad de la pátria española con la pluma del historiador y la espada del soldado; consideraciones hay en ellas de crítica elevada

y juicios meditados, digno todo de ser tenido en cuenta por aquellos que influyen ó pueden influir un dia en los destinos de la pátria; pero no es por este camino, discretamente emprendido por el Sr. Gomez de Arteche, por el que me propongo hoy seguirle. No conduzco á tan alto fuero mi propósito.

Voy á concretarme, siguiendo el ejemplo del Sr. Gomez Arteche, á historiar un suceso perteneciente á los anales de Mahon, que sólo muy á la ligera y de pasada refieren las historias generales, y acerca del cual puedo entrar en detalles, no todos conocidos, gracias á documentos verídicos que debo á favores de amistad.

Ya el Sr. Gomez de Arteche habla del suceso, aunque, por no hacer á su propósito, se limita sólo á mencionarlo, dándole empero, toda la importancia y toda la gloria que le pertenece.

II

Ciudadela de Menorca es una lindísima poblacion que se alza á orillas del mar. Sus habitantes guardan religiosamente el recuerdo de lo pasado, y he oido contar admirables cosas de sus hábitos y costumbres. Tierra hospitalaria y generosa, los forasteros son recibidos en ella como hermanos, y no existe memoria de que ninguno haya jamás abandonado aquel país sin llevarse gratos recuerdos de la hidalga hospitalidad de sus moradores.

En la playa de esta poblacion existe un sitio vulgarmente llamado *el Degolladero*, y es fama que guarda este nombre en memoria de la espantosa catástrofe que allí tuvo lugar á mediados del siglo XVI, con motivo de la invasion turca que asoló la isla. Una tras otra cayeron allí, segadas por la cimitarra turca, las cabezas de muchos defensores de Ciudadela, campeones de la pátria, mártires sin nombre, que perecieron víctimas de su deber y de su heroismo, siendo una muerte oscura é ignorada la recompensa que alcanzaron sus sacrificios.

El recuerdo es de sangre para Ciudadela, pero lo es tambien de gloria.

Queda dicho que sus historias hablan poco del hecho. Se limitan á contar en breves líneas, como de paso y á la ligera, que el almirante turco Mustafá-Bajá, despues de haber reparado su armada en la costa de Provenza por los años de 1558, se presentó

ante la isla de Menorca, y aunque intentó en vano tomar á Puerto Mahon, se apoderó á viva fuerza de Ciudadela, á pesar de la valerosa resistencia que hubieron de oponerle los habitantes, los cuales llegaron á matarle 400 hombres. Concluida esta expedicion, dicen, dió á la vela hácia el Oriente con los cautivos.

Esto es lo que escriben, y esto tambien lo que cuenta el señor Gomez de Arteche, quien nos da el detalle de que la escuadra enemiga era de 140 velas con 15.000 hombres de desembarco, y que Mustafá-Bajá, para vengarse de la gallarda defensa realizada por Ciudadela, dejó la isla hecha un matorral, sin forma de poblacion ni hombre que se atreviese á salir de sus escondrijos y cuevas subterráneas.

Nada más sabríamos de lo acaecido en Ciudadela que lo poco que nos cuentan las historias generales y el detalle añadido por el Sr. Gomez de Arteche, si algunas de las mismas víctimas no hubiesen tenido cuidado de consignar el suceso, y si los habitantes de aquella poblacion no se hubiesen encargado de conservar y consagrar su memoria por medio de un acto tradicional que honra sobremanera á Ciudadela.

Todos los años, el dia 9 de Julio, se celebra en esta poblacion un solemne aniversario por los que perecieron en el año 1558, llamado el *de la desgracia*. Al salir de la funcion de iglesia, se traslada el Ayuntamiento á las Casas Consistoriales, y allí, en pública y solemne sesion, convidadas al acto todas las personas notables de la ciudad, se lee la relacion del suceso que se conmemora, tal como fué redactada y escrita en las mazmorras de Constantinopla por el notario público Pedro Quintana, bajo el dictado de Mosen Bartolomé Arquimbau y Mosen Miguel Negrete, lugarteniente de gobernador el primero y capitan de infantería el segundo en Ciudadela, al tener lugar el desembarco de los turcos, hallándose presentes y firmando el acto como testigos sus compañeros de cautiverio Juan Martorell, Rafael Bru, prevere, Martin Traver, Juan Alcoy Ferrer y Gabriel Mercadal.

Estos infelices cautivos, nobles defensores del suelo pátrio, habian sido traslados prisioneros á Constantinopla, y entre los hierros de su mísera cautividad redactaron el acta del suceso, la cual pudieron enviar á un amigo de las Islas Baleares. Por muchos años estuvo perdida esta acta, redactada por los cautivos antes de

morir, para legarla como testimonio del suceso á la posteridad, y hubiera acabado por perderse del todo, si la casualidad no la hubiese hecho caer en manos de un ciudadano de Mallorca, llamado Damian Marimon, quien hubo de hallarla entre otros papeles de la herencia de su padre, apresurándose á entregarla en 1633 á uno de los jurados de Ciudadela, Juan Marti, que por acaso se hallaba en Palma de Mallorca.

En cuanto hubo llegado el acta á poder de los jurados de Ciudadela, mandaron estos añadirla al libro rojo de la villa para perpétua memoria, y de entonces acá se dá de ella todos los años pública lectura al pueblo congregado en la Casa de la ciudad el dia del aniversario.

Recuerda hoy tambien aquel memorable suceso un monumento que ocupa el centro del hermoso paseo de aquella ciudad, ideado y dirigido por D. Rafael Oler y Quadrado, el mismo precisamente á quien debo la copia del documento mencionado, y del cual paso á hacer un extracto en loor de Ciudadela, para recuerdo de los que tan heróicamente se portaron en aquella jornada de gloria, y para completar los interesantes detalles con que engalana su obra *Mahon* el Sr. Gomez de Arteche.

III

El desastre de Ciudadela tuvo lugar en los primeros años del reinado de Felipe II.

En número de ciento treinta y cuatro galeras y seis galeotas se presentó la armada turca ante las playas de dicha ciudad el último dia del mes de Junio de 1558, y al dia siguiente, 1.° de Julio, comenzó á desembarcar su gente y artillería para poner sitio á la plaza. Fueron en número de quince mil hombres los que bajaron á tierra, y veinticuatro cañones de grueso calibre los que se colocaron ante la muralla en disposicion de vomitar el fuego, el hierro y la muerte sobre Ciudadela.

Para resistir á la hueste enemiga no contaban el teniente de gobernador Arquimbau y el capitan Negrete con más fuerzas que 400 hombres de la misma Ciudadela, 110 de Alayor, 100 de Mercadal y 10 de Mahon, lo cual formaba un total de 620 hombres, comprendidos los 40 soldados de la compañía de Negrete.

Con este puñado de 0ombres se dispusieron Arquimbau y Negrete á hacer una resistencia desesperada. La opusieron, en efecto, heróica y magnánima.

Habian ya comenzado los turcos á abrir las trincheras, desde las cuales se disponirn á batir la muralla, cuando los sitiados dispusieron una salida creyendo poderse apoderar de la artillería y enclavar é inutilizar sus piezas. Briosa salida fué. Llegaron á las trincheras y se apoderaron de ellas, á pesar de la resistencia que opusieron los turcos encargados de guardarlas; pero, como no se habian conducido aún allí los cañones, fué inútil la sangre derramada. Tuvieron entonces cuidado los enemigos de reforzar más las trincheras, y al dia siguiente, colocada ya la artillería, comenzó el cañoneo contra la muralla.

El fuego se hizo contínuo é incesante por una y otra parte. A las descargas de artillería se sucedian sin interrupcion las de arcabuzería, y cuando llegaban las sombras de la noche, no era para poner trégua entre los combatientes ni dar descanso á los brazos fatigados, ya que el fuego continuaba así de noche como de dia.

En el interior de la plaza, las mujeres y las doncellas, los viejos y los jóvenes, todos trabajan sin descanso en fortificar y bastionar las entradas de la poblacion con tierra, ramas, leña, colchones y sacos llenos de ropas. Continuo era el trabajo como el fuego, y vióse á no pocos de aquella mísera muchedumbre caer heridos por las piedras que del muro arrancaba la artillería enemiga, mientras que otros sucumbian bajo la pesadumbre del sueño y de la fatiga.

La primera noche, durante un breve intervalo en que cesó el cañoneo, acercóse un turco á la muralla, y en voz alta y en lengua castellana, llamó por sus nombres al gobernador y capitan de la plaza, requiriéndoles de parte del Bajá y general de la armada turca para que entregasen la ciudad, con oferta de dejar salvas las vidas de todos los pobladores y libres á todos los indivíduos de la guarnicion. Contestósele con plomo, no con palabras. Recibió sólo por respuesta una descarga de arcabucería. Desde aquella noche, todas, sin faltar una, por espacio de los nueve dias que duró el cerco, sonó la misma voz en castellano al pié del muro, cada vez en sitio distinto. Siempre le dieron la misma respuesta los arcabuces de los heróicos defensores de la plaza.

Batida la muralla sin interrupcion, no tardó en quedar ancha brecha abierta en el baluarte llamado *De los Frailes*, mientras que otro baluarte, llamado *De San Juan*, yacía derrocado, destruidos sus muros y rotas sus defensas. Casi todos los artilleros de la plaza murieron, víctimas de su deber, en aquellos dos baluartes, honrada sepultura de valientes.

Comenzaba á presentarse la situacion crítica y desesperada para los sitiados.

En tales momentos, el general turco dispuso subir al asalto por la brecha. Por cuatro veces distintas arremetieron los enemigos con gran fuerza de banderas; por otras cuatro subieron á la muralla, pugnando por entrar. Siempre fueron rechazados con gran pérdida. Más que en el muro de piedra, sus esfuerzos se estrellaron en el de carne humana, que tras de aquel hallaban. Los alentados defensores de Ciudadela llegaron á cegar la brecha con cadáveres turcos; pero tambien allí, revueltos con los enemigos, sucumbieron en gran número los mantenedores. Cuando despues del cuarto asalto rechazado, cuya batalla duró tres horas, los dos héroes de Ciudadela, Arquimbau y Negrete, pasaron lista á la guarnicion de la plaza, se encontraron con que de los 620 hombres que tenian al comenzar el sitio, apenas quedaban 200 en estado de sostener un arma. De los 420 restantes, esceptuando los heridos que yacian en el lecho del dolor, eran tumba sus trincheras enemigas y los baluartes y brechas de la plaza.

Para colmo de infortunio, se habia prendido fuego á la casa de la Universidad, ó sea de la Ciudad, como llamamos ahora, donde estaba el acopio de municiones, incendiándose la pólvora, los dardos y el hilo de ballesta que allí se guardaban en gran cantidad.

Sin embargo de todo esto, en medio de tanta consternacion y ruina, cuando aquella noche sonó, como era ya de costumbre, al pié de la muralla la voz agorera del turco castellano, con las bocas de sus arcabuces le contestaron los mantenedores de la plaza. Podian agotarse las fuerzas de éstos, pero no su valor ni su ánimo. Hubiera podido decirse entónces de los bravos defensores de Ciudadela, lo que más tarde debia decir de los barceloneses un poeta que escribia en medio del rugir de la metralla, cuando la capital del Principado se hallaba sitiada por las tropas de Felipe V:

«No temen el morir, que ganan tanto
el ofrecer su vida por la pátria,
que cuantas bocas abren las heridas
abre otras tantas en su honor la fama.»

Pero ya la resistencia era imposible. Apenas quedaban defensores á la plaza, y ésta no tenia municiones. El capitan Negrete habia sido herido por los trozos de bronce, á causa de haber reventado un cañon de la muralla en el instante mismo en que él por su propia mano le aplicaba la mecha, muriendo á su lado todos los artilleros. Estas heridas, sin embargo, no le impedian moverse y multiplicarse, asistiendo donde quiera que podia creer su presencia necesaria, mostrándose en todas partes, dando valor á los unos, aliento á los otros, consuelo á los heridos, esperanza á los descorazonados, y apareciendo siempre á los ojos de todos infatigable, bravo, batallador y héroe.

Reunidos en tan apuradas circunstancias los jurados, los capitanes y las personas más notables de la ciudad, trataron de ponerse de acuerdo, y viendo que no tenian municiones para defenderse, que sólo quedaban escasamente doscientos hombres, que los enemigos se disponian á abrir trinchera para batir el otro costado de muralla por la puerta llamada de Sala, y que no habria medio humano de resistir un quinto asalto, decidieron abandonar la ciudad, llevándose á Mahon las mujeres y los niños. El gobernador Arquimbau y el capitan Negrete se opusieron á este dictámen, resistiéndose y siendo de opinion que Ciudadela debia defenderse mientras quedára un sólo hombre con vida; pero dominados por la mayoría, hubieron de ceder, y se limitaron á hacer constar en un acta firmada por los jurados, que no abandonaban la poblacion de su plena voluntad, sino vencidos por el voto unánime de todos los demás del Consejo.

Quedó dispuesto aquella misma noche el abandono de Ciudadela, y enviados algunos hombres de exploradores, los cuales regresaron para decir que el camino de tierra estaba libre. Toda la gente se agolpó entónces á la puerta de Mahon, empujándose para salir al campo. Grandes trabajos tuvieron Arquimbau y Negrete para poner órden en aquella borrascosa muchedumbre, y pudieron conseguir, por fin, que entrase en razon: disponiéndose que la gente de Alayor y Merindal marchase formando un escuadron de

vanguardia, que siguieran luego las mujeres, heridos y gente inútil, y que el gobernador y el capitan, con el resto de la fuerza, cubrieran la retaguardia.

Partido habia ya la vanguardia, y comenzaba á salir toda la turba de mujeres y gente inútil, cuando sonaron repetidos disparos de arcabuz. Los de Alayor y Mercadal habian tropezado con una division turca, llegando á las manos. Estaban descubiertos, y no hubo otro recurso que acogerse de nuevo al amparo de los derrotados muros de Ciudadela con las mujeres, los heridos y los hombres que pudieron regresar á la poblacion.

En tal estado las cosas, llegaron los primeros albores de la mañana y con ellos los turcos al pié de las brechas. Su general, enterado de lo que sucedia, creyó oportuna la ocasion para dar un nuevo y decisivo asalto.

Un puñado de valientes se presentó en la brecha para resistir su empuje; pero los turcos pasaron por encima, como un huracan de hierro y de fuego, barriendo cuanto hallaban á su paso. Entrada fué la ciudad á hierro, fuego y saco, y los prisioneros de ambos sexos conducidos á la playa, donde la cimatarra turca hizo rodar por la arena sus cabezas, mientras la sangre de aquellos mutilados troncos enrojecía las olas de la mar.

Sólo algunas prisioneras se salvaron: las de más belleza, para ir á los serrallos de Constantinopla. Solo algunos prisioneros quedaron con vida: los de más categoria para ir á las mazmorras de la misma Constantinopla á esperar la hora de su muerte ó de su rescate.

Hé aquí por qué el sitio de la playa donde tuvo lugar el suplicio se llama *El Degolladero*; hé aquí por qué escribieron el documento citado Arquimbau y Negrete en las prisiones de Constantinopla, y hé aquí, finalmente, por qué todos los años, el 9 de Julio, celebran los piadosos hijos de Ciudadela un aniversario en conmemoracion de tan triste y á la par tan memorable suceso.

VÍCTOR BALAGUER.

VINDICACION DE ESPAÑA

en lo que se refiere al descubrimiento, conquista y colonizacion del Nuevo Mundo.

II

Se ha pretendido asignar un colorido más dramático al primer viaje de Colon, reduciendo excesivamente los medios empleados para realizarle, con lo cual, al mismo tiempo que se buscaba motivo para reclamar contra los españoles tachando á su Gobierno de mezquino é imprevisor, se creia ensalzar más la osadía del navegante genovés, como si la temeridad fuese una virtud, cuando las circunstancias no exigen de un modo imperioso arriesgar el todo por el todo. Lo más extraño en esto es, que al propio tiempo que los escritores extranjeros se fundan en semejantes pormenores para exagerar los merecimientos de Colon, como si reducidos á sus verdaderas proporciones no fuesen más que suficientes para colocarle al nivel de los más celebres personajes históricos, rebajan el mérito de los que le acompañaron en tan arriesgada empresa, cuando consta á todas luces que su decision fué voluntaria, puesto que las órdenes de los Reyes Católicos influyeron mucho ménos en ellos que el ejemplo dado por los hermanos Pinzones. Si unos y otros iban en las mismas naves, ¿cómo puede defenderse que lo que

en el jefe era decision, energía y hasta temeridad, en los que le acompañaban no fuese otra cosa más que cobardía, vacilacion y terror pánico? Examinemos, sin preocupaciones de escuela y á la luz que han de suministrarnos los documentos oficiales de indudable autenticidad, estos extremos, y la verdad resaltará muy pronto en todo su esplendor

En el primer artículo dejamos indicado que el mismo Colon, de cuya autoridad en la materia nadie deberá dudar, consideraba los elementos que se pusieron á su disposicion para las exploraciones que intentaba, como muy suficientes, puesto que en la introduccion á su diario dice textualmente: "... y partí yo de la ciudad de Granada á 12 dias del mes de Mayo del mesmo año de 1492 en sábado: vine á la villa de Palos, que es puerto de mar, á donde armé yo tres navíos muy aptos para semejante fecho; y partí del dicho punto muy abastecido de muy muchos mantenimientos y de mucha gente de mar, etc."

Tratándose de un marino tan experimentado, que conocia perfectamente las dificultades de la empresa en que se empeñaba, su opinion debe considerarse como decisiva contra la que exponen varios escritores extranjeros que hablan con soberano desden de las *tres barcas* en que se realizó tan trascendental acontecimiento. Es cierto que dos de las carabelas eran de escaso porte y poco calado, y hasta carecian de cubierta, por más que llevasen á popa y á proa dos altos castillos que servian á la vez para seguridad, abrigo y defensa de los tripulantes; pero de ninguna manera se apeló á semejantes buques porque no hubiese otros, sino atendiendo á los consejos de una prolongada experiencia.

Los portugueses, que desde principios del siglo décimo quinto se hallaban empeñados en la exploracion de las costas occidentales de Africa, y que circunnavegando este continente aspiraban á establecer relaciones comerciales con los países orientales, habian empleado en varias ocasiones buques de alto bordo; pero con ellos ni podian acercarse bastante á las costas, ni introducirse por los rios y esteros para el más detenido exámen de las comarcas que á su vista se ofrecian. El viaje de Colon diferia algo de las empresas de los portugueses, pues no se trataba de un simple costeo por un litoral más ó ménos peligroso; pero jamás creyó tener que alejarse más de setecientas leguas al Occidente de las Canarias, segun

revelan las instrucciones que dió á los pilotos para el caso en que algun accidente imprevisto separase los buques expedicionarios, pues lo restante de la navegacion debia verificarse costeando islas y continentes, explorando golfos, ensenadas, abras y bahías, y para tal designio los buques de demasiado porte provocarian muchas dificultades. En el viaje que hizo posteriormente á la costa de Paria, no deja de lamentarse Colon del excesivo tamaño de sus buques, circunstancia que le impedia con frecuencia reconocer el país con la exactitud deseada.

El biográfo de Colon ROSELLY DE LORGUES, cuyo testimonio no puede tacharse de parcial en favor de los españoles, no incurrió en este punto en las exageraciones que contienen Robertson, Irving, Lamartine, Subinal y otros, sino que, por el contrario, reduce la cuestion á sus verdaderos límites, como puede verse de las siguientes líneas que trascribimos del libro I, cap. VI, de la obra que en el artículo anterior dejamos citada:

"Creer en semejante imprudencia (la de arriesgarse con medios insuficientes á tan árdua empresa) es desconocer la prevision del hombre que Dios escogió para esta obra.

"Colon, que no fiaba nada del acaso, no hubiera cometido nunca tal temeridad, y de seguro no se habria engolfado en el Océano si no hubiera obtenido más que dos buques. Pedia tres, y los acontecimientos justificaron su prevision, demostrando que si no hubiese llevado más que dos navíos, acaso la Europa no hubiera conocido jamás su descubrimiento. ¿Cómo habia de confiarse al Océano en *tres barcas*, como se ha repetido con frecuencia, creyendo realzar con este rasgo de temeridad el valor de semejante hecho? Los peligros que iba á arrostrar Colon eran bastante terribles por sí mismos, para añadir los inconvenientes que podrian surgir de la imprevision.

"Lo que habia reclamado el marino genovés de un modo expreso y categórico eran tres carabelas, pues para aproximarse á las costas, buques de mayor calado hubieran aumentado los peligros y las contrariedades.

"Por mucho tiempo han disertado los eruditos sobre la etimología griega, segun unos, y árabe segun otros, italiana segun algunos de la palabra CARABELA, conviniendo, no obstante, en considerar esta clase de buques como de pequeño porte; pero no te-

memos emitir una opinion absolutamente contraria á esta, porque los hechos ofrecen una lógica más concluyente que las etimológías y las definiciones eruditas.

"Decimos, por lo tanto, que las carabelas no eran tan pequeñas como se supone, puesto que su destino exigia ciertas dimensiones, teniendo que desempeñar el papel de nuestros bergantines y gabarras, ya para combatir en alta mar, ya para el trasporte de tropas, víveres y artillería. Los únicos buques empleados por el infante D. Enrique en los descubrimientos de las costas del Africa Occidental, fueron carabelas; en una de ellas intentó Don Juan II la expedicion clandestina enviada en perjuicio de Colon, bajo el pretexto de abastecer de víveres la colonia de Cabo Verde, y aun al saber los proyectos de Castilla, envió contra los expedionarios el Rey de Portugal tan solo tres carabelas, de donde se desprende que estas embarcaciones no eran tan insignificantes como se supone.

"Las que se armaron en Palos para este viaje, eran suficientes para el objeto, y una circunstancia lo prueba de un modo positivo. El más pequeño de los tres buques, la *Niña*, provista tan sólo de velas latinas como los barcos pescadores de Marsella, tuvo que admitir durante la campaña, á consecuencia de un accidente de mar, una sobrecarga de cincuenta y seis personas con su equipaje, numerosas muestras de objetos desconocidos en Europa, artillería y una parte del cargamento de la *Santa María*, sin que este peso hiciese descender de un modo perceptible su línea de flotacion. Segun el testimonio del almirante, la *Niña* podia llevar todavía, por lo ménos, cien hombres más (1).

"Aunque no todas las carabelas tenian puente, llevaban á popa y á proa dos grandes y sólidos castillos dispuestos para el ataque y la defensa, y á causa de su elevacion sobre el agua se clasificaban estos buques entre los de alto bordo. Las carabelas de mediano porte se hallaban provistas de seis anclas y cuatro palos, el primero cerca de proa llevaba una vela cuadrada y encima un trinquete de gabia, y los otros tres velas latinas. En las grandes

(1) Colon á bordo de la *Niña* amenazó al gobernador portugués Castañeda con apoderarse de cien hombres y conducirlos á Castilla. *Diario de Colon*, mártes 19 de Febrero de 1493.

carabelas el aparejo de los palos mayor y de proa estaba preparado para velas cuadradas, y por medio de otros dos mástiles con velas latinas podian evolucionar fácilmente los buques con toda clase de vientos.

«La *Santa María* que tenia puente llevaba dos mástiles de vela cuadrada y otros dos de vela latina. Sábese que en el curso de la navegacion se empleó el artemon, la cebadera, mesana y treo, lo que exije masteleros, gabias, obenques y un sistema de cuerdas y poleas bastante complicado. Las dimensiones aproximadas de la *Santa María* pueden deducirse de la circunstancia de que la chalupa principal tenia una longitud de treinta piés, y como segun las proporciones entonces establecidas en la construccion naval, la relacion de la chalupa á la carabela dá para esta última la longitud de noventa piés de quilla y un ancho de veinte y seis piés sobre el puente, que es sobre poco más ó ménos la dimension de los bergantines de guerra de doce á veinte cañones...

«Léjos de considerar Colon pequeña á la *Santa María* se quejaba de que fuese demasiado grande y poco adecuada para una expedicion de descubrimientos.»

De todo lo dicho se deduce que la pequeña flota era muy suficiente para el objeto á que se destinaba, pues disponia de un buque bastante capaz para servir de punto de apoyo á los otros que por sus condiciones marineras, luego que en ellos se hicieron los reparos que la experiencia aconsejó durante el primer trayecto desde Palos á las Canarias, servian perfectamente para el reconocimiento de las costas.

Veamos ahora en qué se fundan las declamaciones de muchos escritores en lo que se refiere á las dificultades que experimentó Colon durante este viaje memorable, á causa de la cobardía que ligeramente atribuyen á los que le acompañaban, fundándonos principalmente para establecer nuestra opinion sobre este punto en el diario que redactó el marino genovés, y que nos ha trasmitido en su parte principal el Padre *Las Casas*, siempre hostil hácia los españoles, como lo demuestran todos sus escritos, plagados de exageradísimas declamaciones y de referencias de todo punto apasionadas, segun tendremos ocasion de dilucidar en el curso de nuestro trabajo.

Para juzgar con toda exactitud la conducta de los españoles que tripulaban la pequeña flota destinada á tan trascendentales empresas, es de todo punto necesario hacerse cargo de las circunstancias en que se encontraban, tanto el jefe que, como resultado de tan memorable viaje, aguardaba una gloria imperecedera y la realizacion de cuantiosas recompensas de todo género, como los pilotos que secundaban las órdenes del genovés, y los oscuros marineros sobre quienes recaian todas las fatigas, sin que en indemnizacion de su arrojo tuviesen la probabilidad de mejorar su suerte ni alcanzar honores ni distinciones, segun posteriormente probaron los acontecimientos de un modo elocuente.

Los hermanos Pinzones, que tan poderosamente auxiliaron al marino genovés en esta memorable expedicion, no se hallaban reducidos á la condicion de aventureros que han de librar su subsistencia, y creárse una fortuna abandonándose á las más arriesgadas y hasta temerarias empresas, de suerte que su concurso y la energía con que perseveraron hasta el fin es en extremo meritoria, y en cuanto á los que pudiendo por su número influir de un modo decisivo al regreso de la expedicion tan luego como segun las ideas del tiempo se traspasaron todos los límites de lo razonable y aun lo que habia calculado el iniciador de tan osado proyecto, bien merecen la calificacion de héroes, por más que no hayan recibido durante su vida recompensa alguna de sus esfuerzos, y la historia, procediendo con visible injusticia, les niegue todavía el anónimo honor que colectivamente les pertenece de derecho.

No hay que olvidar que el viaje comenzó bajo auspicios nada lisonjeros. En el trayecto desde Palos hasta las Canarias esperimentaron los espedicionarios los rudos efectos de una violenta tempestad, y cuando á uno de los buques se le saltó el timon por dos veces consecutivas, muy bien pudieran valerse los que le tripulaba nde esta circunstancia para regresar al punto de partida, abandonando á las otras dos naves. En vez de esto, lo que hizo el esperimentado Martin Alonso Pinzon, que mandaba el buque averiado, fué asegurar lo mejor que pudo el gobernalle, y gracias á este expediente la flotilla pudo llegar sin graves contratiemposá las Canarias. Todos los que conocen algo el arte náutico ponen en tela de juicio que los marineros de la *Pinta* hubiesen roto el timon á propósito, como se indica en el diario de Colon, y de esta opinion

participa el historiador Washington Irwing, que si bien en algunos extremos se dejó arrastrar de las preocupaciones que se notan en los escritores extranjeros que se han ocupado de estos asuntos, manifiesta en general más serenidad de juicio y ménos apasionamiento al examinar la conducta de los españoles en estas hazañosas empresas.

El Sr. Gelpi y Ferro, en su obra titulada *Estudios sobre América*, hablando del incidente á que nos referimos, se expresa así: "Ante todo debe tenerse presente, que si bien es fácil romper el timon en un temporal, no lo es romperlo expresamente, porque como muchas averías se hacen á bordo con vientos más ó ménos duros, no se puede evitar ni hacer exprofeso. Además, un pequeño buque sin cubierta, faltándole el timon, se atraviesa, y en un temporal corre un gran peligro; por consiguiente, es imposible que los marineros rompieran el timon á propósito, aun cuando hubiera sido fácil hacerlo. Si no hubieran querido continuar su viaje, habrian aprovechado la borrasca para arribar á Cádiz..."

Una vez reparadas en las Canarias las averías ocasionadas por la tempestad, mejorado el aparejo de los buques segun las lecciones de la experiencia y refrescados los bastimentos, lanzóse con resolucion la pequeña flota á las desconocidas regiones de Occidente. Fundándose en el testimonio del P. Las Casas, han repetido los historiadores que Colon llevaba dos diarios diferentes de la distancia que recorria. En uno de ellos apuntaba con todo esmero la marcha de los buques y en el que mostraba á los demás pilotos, ocultaba todos los dias algunas millas, á fin de que las tripulaciones no se alarmasen al conocer á punto fijo el intervalo que les separaba de su pátria. Si semejante recurso podia servir acaso para desorientar á los marineros, de ninguna manera era adecuado para engañar á los experimentados pilotos que dirigian los buques, y que en esta parte del arte náutico eran tan entendidos como el marino genovés, segun lo demostraron todos posteriormente en varios viajes notables de exploracion que realizaron. Cuidaban entonces los marinos con gran esmero de los rumbos y de la distancia recorrida, único medio de conocer el punto en donde se encontraban aproximadamente, siendo como eran á la sazon tan imperfectos los instrumentos náuticos, y no hay más que examinar con algun detenimiento las relaciones que de estos viajes nos han

quedado, para comprender que algunas veces, tanto Colon como sus compañeros, dudaban no sólo en lo que se refiere á la latitud en que se hallaban, sino tambien acerca de la distancia recorrida.

Durante los primeros dias, las tripulaciones marchaban alegres y satisfechas, impulsados los buques dulcemente por vientos constantes del Este, y sólo cuando despues de algunas semanas se vió que las tierras anunciadas, y que figuraban en los caprichosos mapas de aquella época, no parecian; que las naves caminaban por medio de espesas praderas que embarazaban su marcha, que las repetidas señales de tierra habian salido fallidas, y que la misma persistencia de los vientos podia ser un obstáculo insuperable para el regreso, se notó el primer síntoma de zozobra en los marinos, por más que los Pinzones siguiesen impertérritos su camino, marchando siempre delante del buque almirante, á causa de las mejores condiciones marineras que reunian los que ellos mandaban.

La variacion de la aguja magnética que observó primeramente Colon el dia 13 de Setiembre, es decir, poco despues de haber abandonado el meridiano de las Canarias, fenómeno de que se enteraron muy pronto los pilotos de los buques, no hizo mella en el ánimo de tan bravos y arriesgados marinos, por más que la explicacion que el genovés les dió de este hecho, si bien ingenioso, no era adecuado.

Hasta el 22 de Setiembre no se notó en las tripulaciones el más ligero síntoma de disgusto. Veamos cómo se expresa el mismo Colon en su *Diario* sobre este punto: «Mucho me fué necesario este viento contrario, porque mi gente andaban muy extimulados, que pensaban no ventaban estos mares vientos para volver á España.» Sin embargo, este cambio de viento fué muy pasajero, y muy pronto los del Este siguieron impulsando constantemente á las naves hacia las regiones occidentales.

Las espesas hierbas que daban al Océano por aquella parte el aspecto de una densa pradera, recordaban á los expedicionarios las remotas tradiciones referentes al hundimiento de la Atlántida, razon por la cual no era extraño se temiese que semejante vejetacion ocultase peligrosos escollos; pero como la sonda de algunos centenares de brazas no daba fondo, los pilotos marchaban confiadamente hacia adelante, si bien adoptando las debidas precauciones tratándose de mares completamente inexplorados.

Algun tanto preocupaba á los marinos el aspecto del mar, tranquilo como las aguas de un lago, y al observar las diferencias que en aquellas regiones se notaban, no debemos maravillarnos de que se creyese que las leyes de la naturaleza, hasta entonces conocidas, esperimentasen allí modificaciones profundas que merecian meditacion y estudio. En el *Diario de Colon*, extractado por Las Casas, se alude á estas circunstancias en los siguientes términos: "*Domingo* 23 *de Setiembre*. Navegó al Nordeste, y á las veces á la cuarta del Norte, y á las veces á su camino que era el Oueste y andarian hasta veinte y dos leguas: vieron una tórtola y un alcatraz, y otro pajarito de rio y otras aves blancas: las yerbas eran muchas, y hallaban cangrejos en ellas, y como la mar estuviese mansa y llana, murmuraba la gente que nunca ventaría para volver á España; pero despues alzóse mucho la mar y sin viento, que los asombraba, por lo cual dice aquí el Almirante: *así que muy necesario me fué la mar alta, que no pareció, salvo el tiempo de los judíos cuando salieron de Egipto contra Moysen que los sacaba del captiverio.*"

Desde el 23 de Setiembre, hasta el 10 de Octubre, no hay indicacion alguna en el diario del viaje, referente al disgusto de las tripulaciones. Consta, por el contrario, que estas iban satisfechas, que la navegacion era bonancible, los aires templados y perfumados como los de Abril y Mayo en la risueña Andalucía, que Martin Alonso Pinzon consultaba el mapa que llevaba Colon, dando opiniones acerca de la conveniencia de variar el rumbo algo hácia el Sur, siguiendo la direccion de las aves que de vez en cuando visitaban la flota; que Colon se mantenía en la misma direccion, pues aunque sospechaba la existencia de algunas islas en la ruta señalada por el marino de Palos, no quería perder el tiempo que se presentaba tan favorable para llegar al Continente que debia existir hácia el Ocaso; que al fin y al cabo las indicaciones de Pinzon fueron oidas por haberse multiplicado las señales de tierra, y que en diversas ocasiones se creyó llegar al terminar del viaje, segun eran las apariencias de tierra que se notaban en el lejano horizonte.

Sin embargo, despues de tantas esperanzas desvanecidas, de muchos centenares de leguas navegadas hácia el Occidente, de trascurrir dias y más dias sin que se divisára en cuanto abarcaba

la experimentada vista de los marinos más que las interminables ondas de aquel tranquilo Océano, explícase perfectamente que el 10 de Octubre el descontento de las tripulaciones se manifestase de nuevo, pues aquel viaje era de todo punto escepcional, y hasta los más peritos pilotos, incluso el almirante, andaban ya desorientados acerca del trayecto recorrido, así como tambien sobre la verdadera latitud en que se encontraban.

Colon, que en su diario es escrupuloso y hasta nímio en la anotacion de los más insignificantes detalles de tan memorable expedicion, atribuye al descontento de su gente en tales momentos escasa importancia. El extracto correspondiente al dia 10 de Octubre dice así: «Navego al Ouesudoeste, anduvieron á diez millas por hora y á ratos doce... Aquí la gente ya no lo podia sufrir: quejábase del largo viaje; pero el almirante los esforzó lo mejor que pudo dándoles buena esperanza de los provechos que podrian haber. Y añadia que por demás era quejarse, pues que él habia venido á las Indias, y que así lo habia de proseguir hasta hallarlas con el ayuda de nuestro Señor.»

En el documento que nos sirve de guia y cuya antenticidad nadie ha puesto en duda, no se hace la más lijera alusion á las conspiraciones con que adornan sus referencias varios escritores de diversas épocas, que con el fin de asignar un colorido más dramático á sucesos que no necesitan esta clase de adornos, suponen en los marineros el designio de atentar á la vida de Colon, en los pilotos connivencia en semejantes proyectos, y en el almirante la debilidad de ceder á tales amenazas y capitular con su gente, solicitando tres dias de plazo al cabo de los cuales si las nuevas tierras no se descubrian se viraria en redondo para regresar á España.

Todas estas suposiciones no se fundan en argumento alguno sólido, sino en vagas referencias é intencionados asertos, y por el contrario, los documentos que podemos considerar como oficiales, y lo que se desprende de la índole de los sucesos, no dejan lugar á duda alguna acerca de lo que ocurrió en tan memorable expedicion. Que los marineros al cabo de muchos dias de viaje en buques nada cómodos, y cuando observaban la vacilacion que existia entre las diferentes opiniones de los más experimentados marinos acerca de la posibilidad de haber dejado tierras hácia el Norte ó hácia el Mediodía de su ruta, habian de manifestar cierto descon-

tento y mirar con disgusto la constancia de los vientos que les separaban sin cesar de la madre pátria es indudable; pero no lo es ménos que cualquier incidente servia para calmar sus inquietudes escuchando respetuosamente las reflexiones de sus jefes.

Los reputados pilotos que mandaban los buques, jamás pusieron obstáculo alguno á esta expedicion, ni se hicieron cabezas de motines imaginarios, como pretenden la mayor parte de los escritores que de tales asuntos se ocupan, sino que, por el contrario, discurrian con el almirante, teniendo presentes los mapas puramente hipotéticos de que se servian, acerca del rumbo que convenia seguir, y una vez acordado este punto y resuelto en definitiva por el principal director de la empresa, todos rivalizaban á porfía en secundar sus órdenes, adelantándose cuanto lo permitia la marcha de los buques, ya para tener el honor de ser los primeros en descubrir las nuevas tierras, ya tambien para ganar las recompensas que los Reyes Católicos habian decretado en favor de los que diesen pruebas de semejante resolucion.

Cuando el descontento de los tripulantes llegó á su colmo, ni consta que los pilotos secundasen tan censurables propósitos, ni de las palabras de Colon se deduce que la efervescencia fuese temible; porque en el caso de que se hubiese tratado de un verdadero motin, no es verosímil que unas cuantas reflexiones del almirante hubieran bastado para sofocarle, mucho más contando los marineros con el apoyo, segun se supone, en nuestro concepto aventuradamente, de los comandantes de los buques y de los principales funcionarios que formaban parte de su expedicion.

Ni Colon se vió solo en estos momentos, ni necesitó apelar á otros recursos que á los de la tranquila persuasion para que todos volviesen de lleno al cumplimiento del deber, y esto se desprende naturalmente de los términos que emplea el marino genovés al dar cuenta de estos sucesos y de las murmuraciones de su gente.

Si todos los expedicionarios hubiesen sido hostiles á la continuacion del viaje una vez llevada la exploracion hasta límites que escedian en mucho á cuanto hasta entónces se habia considerado posible, ningun trabajo les hubiese costado dar la vuelta, sin apelar á recursos extremos ni á actos de violencia contra el almirante que sólo contra tantos nada hubiera podido intentar á la fuerza para estorbar tales designios.

Las palabras enérgicas y persuasivas de Colon, la actitud decidida y resuelta de los Pinzones y demás pilotos, y el amor propio de aquellos marinos que no consideraban superior á sus fuerzas ninguna empresa por peligrosa y escepcional que fuera, bastaron á destruir las vacilaciones de algunos, los temores de la chusma y las zozobras que naturalmente habia de despertar un hecho que tanto escedia el límite de lo acostumbrado.

Algunos historiadores, con el fin de ensalzar más si cabe la perspicacia de Colon y poner de relieve las dificultades con que hubo de luchar para la realizacion de sus proyectos, suponen que se vió obligado á capitular con su gente amotinada, pidiendo tres dias de plazo, al cabo de los cuales si las tierras en cuya demanda se iba no parecian, se abandonaria la empresa. El único fundamento de estos asertos es el testimonio de Oviedo, pues ni el P. las Casas, ni Pedro Martir, ni el Cura de los Palacios, ni Fernando Colon, contienen la más ligera referencia acerca de estas capitulaciones, y eso que algunos de los escritores citados, visiblemente favorables al almirante y contrarios á los españoles, no hubieran dejado de citar un hecho que demostraria hasta dónde llegaron los peligros que rodearon á Colon en el cumplimiento de sus vastos proyectos, ni el acierto con que auguraba el hallazgo de las tierras que se buscaban dentro de un plazo tan perentorio.

El aserto de Oviedo en este asunto es tan solo dubitativo, pues á renglon seguido de haber hecho referencia á la citada capitulacion la controdice él mismo en los siguientes términos: «Pero habeis de saber que por el contrario dicen algunos lo que aquí se ha dicho de la constancia de Colon, que aun afirman que él se tornara de su voluntad, si estos hermanos Pinzones no le hicieran ir adelante, é diré más que por causa de ellos se hizo el descubrimiento, é que Colon ya ciaba y queria dar la vuelta. Esto será mejor remitirlo á un largo proceso que hay entre el Almirante (D. Diego Colon) y el fiscal real, donde á pró é contra hay muchas cosas allegadas, en lo cual yo no me entremeto.» Ahora bien, de estas palabras de Oviedo se deduce, sin género alguno de duda, que este escritor no podia consignar en su historia el aserto de la capitulacion sino en tono dubitativo, pues de lo contrario el asunto en litigio, en el cual no queria *entremeterse*, quedaba totalmente probado en favor de Colon y contra los Pinzones. De todo este

pasage se deduce que por un espíritu de patriotismo mal entendido pero fácil de concebir en aquellos tiempos, Oviedo quiso dejar consignado lo del pleito, aunque no podia ocultársele que con esta circunstancia destruia su primera afirmacion acerca de los tratos referidos.

En vista de estas contradicciones, debemos atenernos al diario de Colon, en donde los sucesos se explican con gran claridad, desprendiéndose de ellos que el marino genovés contó siempre con el apoyo decidido de los pilotos y que no tuvo precision más que de emplear la fuerza moral para vencer el disgusto que de vez en cuando sentian las tripulaciones al observar que el viaje se prolongaba mucho más de lo que en un principio se habia presumido.

El Sr. Gelpi y Ferro, en su obra ya citada *Estudios sobre América*, que examina con elevado criterio y razonada crítica muchos de los falsos asertos que sobre la participacion de España en el descubrimiento, conquista y colonizacion del Nuevo-Mundo, han amontonado en sus libros la mayor parte de los historiadores extranjeros, ocupándose de este primer viaje, dice entre otras cosas lo siguiente:

"Otra vulgaridad es el decir que los marineros se quejaban, que querian volverse y que hasta amenazaron á Colon con echarle al agua. Añaden que éste, sólo pudo contenerles diciéndoles que ninguno de los pilotos españoles era capaz de regresar á España.

"Difícilmente se pueden insertar más disparates en ménos líneas.

"Los marineros debian quejarse porque sufrian mucho; veian que los jefes se habian equivocado en un trescientos por ciento respecto á las distancias, y porque habian creido tres ó cuatro veces ver la tierra y se habian equivocado. No necesitaban cometer un asesinato, porque Colon y los oficiales nada pudieran hacer si los marineros poniéndose en pié, hubiesen dicho: "no vamos más adelante." Respecto á la habilidad y pericia para conducir los buques, tenian la misma Colon y todos los pilotos. La carta de nada servia, porque ellos la habian trazado con datos hipotéticos; y los pilotos españoles debian considerarse tan capaces como el Almirante para conducir los buques, cuando el mismo Irving confiesa que Colon, unos dias antes de descubrir la tierra, varió el rumbo poniéndose al O. S. O., porque Alonso Pinzon opinaba que

la tierra estaba más al Sur: no se descubrió nada y volvieron al Oeste, que era el rumbo favorito del Almirante.

"Pero el 6 de Octubre,—dice despues Irving,—Martin Alonso "Pinzon empezó á perder la confianza en el rumbo que llevaban, "y propuso que se inclinase algo más al Sur; Colon rehusó hacer "lo, y continuó al Occidente. Viendo esta divergencia de opinion "en una persona de tanta importancia en su flota, y temiendo que "la casualidad ó el designio pudiesen dispersar los buques, mandó "que si alguna de las carabelas se separase de él continuase al Oc- "cidente, haciendo por reunirse á los otros lo más pronto posible."

Es de advertir, que el historiador anglo-americano ha seguido la historia de D. Fernando Colon y los diarios del Almirante. Y cualquier marino sabe que inclinando más al Sur, como decia Pinzon, habrian encontrado más pronto las tierras de Haiti ó de Puerto-Rico, que están mucho más al Este que las Lucayas, donde recalaron.

"Téngase entendido que no damos á las opiniones de los dos jefes gran importancia, porque navegando en mares desconocidos todas las conjeturas tenian igual fundamento.

"Lo único que hay de cierto es, que aquellos hombres entusiastas y pundonorosos no querian regresar á España sin haber descubierto tierra. Pudieron haber dicho: ¡Volvámonos! y no lo dijeron."

Restablecida, en nuestro concepto, la verdad de los hechos sobre este extremo y ponderada en su justo valor la decision y energía de los compañeros de Colon en este primer viaje, debemos abordar ahora otro punto que los historiadores extranjeros tratan con visible injusticia, y es el relativo á las supuestas persecuciones de que fué objeto el gran descubridor de parte de los Reyes Católicos. Relativamente fácil ha de sernos esta parte de nuestro trabajo, siempre que nos atengamos, como debemos de hacerlo, á los documentos oficiales, mucho más elocuentes y significativos que cuantas insulsas declamaciones se han amontonado contra nosotros por los adversarios del buen nombre de España.

Jamás sobre ningun aventurero derramó la real munificencia en nacion alguna tantos favores, inmunidades, preeminencias y distinciones, como los que los Reyes Católicos dispensaron con inagotable perseverancia, no sólo sobre el ilustre descubridor del

Nuevo Mundo, sino tambien sobre toda su familia, y sin embargo, todavía los escritores extranjeros repiten sin cesar la absurda especie de que España no hizo más que prestarle un auxilio solicitado por largo tiempo, y perseguir al que le habia enriquecido.

Debe notarse aquí, aun prescindiendo de lo que en nuestro primer artículo dejamos indicado acerca de los auxilios pecuniarios con que la córte de España favoreció á Colon durante sus pretensiones, que antes de que se hubiesen realizado los vastos propósitos que le animaban, ya se le habian concedido honores y recompensas de gran valor, como puede juzgarse examinando las capitulaciones estipuladas entre la corona y el genovés al disponerse para el primer viaje de exploracion.

Antes de abandonar Colon las costas de España, los reyes le invistieron, no sólo á él sino tambien á sus sucesores de uno en otro, perpétuamente, de todas las preeminencias y prerogativas pertenecientes al cargo de almirante en todas las islas y tierras-firmesque por su mano ó industria se descubrieren ó ganaren en el mar Océano; le nombraron virey y gobernador general de los referidos territorios, con el derecho de presentarpara el nombramiento de todos los cargos que habian de desempeñar en las nuevas colonias tres personas, de las cuales los soberanos elegirian el que que juzgase más idóneo; le concedieron el diezmo de todas las mercaderías, perlas, piedras preciosas, oro, plata, especería, etc., etc., que se comprasen, trocasen, hallasen, ganasen ó hubiesen dentro de los límites de dicho almirantazgo, deducidas las costas; se le dió facultad para conocer por sí ó por medio de su teniente en todos los pleitos que se suscitasen con motivo de las transacciones mercantiles que pudiesen surgir de la contratacion que habia de establecer con los países descubiertos; se le concedió el privilegio de interesarse por una octava parte en todos los navíos que se armasen para el trato con las colonias; se le ennobleció concediéndole el título de don, distincion entonces muy estimada, y se nombró á su hijo primogénito paje del príncipe heredero Don Juan, asignándole para su vestuario y mantenimiento en cada año la cantidad de nueve mil cuatrocientos maravedís, concediéndosele además otras gracias y mercedes muy singulares, á fin de que pudiese fácilmente apercibirse para la proyectada expedicion.

Estos antecedentes parecian indicar que la benevolencia y

agradecimiento de la córte de España no habia de tener límites, tan luego como Colon regresase victorioso de su primer viaje, y así sucedió en efecto. Recuérdese el recibimiento solemne y ostentoso que los Reyes Católicos le dispensaron en Barcelona en 1493, la cariñosa acogida con que le honraron y las distinciones que recibió de los primeros magnates españoles; no se echen en olvido los medios de todo género que los Reyes pusieron en manos del almirante para la prosecucion de tales empresas, ni las órdenes terminantes que se dirigieron á todos los funcionarios que debian intervenir en estos aprestos, á fin de que en todo se sometiesen á la voluntad del descubridor, y se verá entonces á qué quedan reducidas las afirmaciones erróneas á que contestamos.

Pero este no era más que el principio de una interminable série de favores con que se habian de premiar tamaños merecimientos. En una carta dirigida por los Reyes Católicos á Fray Buil, con fecha de 4 de Agosto de 1493, se leen las siguientes palabras referentes á Colon: "*porque nos queremos que el Almirante de las Indias sea mucho honrado y acatado como es razon y segun el estado que le damos,*" y en otra del 5 del propio mes se le encargó, bajo las más severas penas á Juan de Sória, persona de la mayor confianza de los soberanos y secretario de D. Juan, que en todo se sometiese á la voluntad del Almirante, complaciéndole en cuanto exigiese y siguiéndose su parecer en todo lo que ordenare.

Tambien es muy significativa, y demuestra el gran prestigio de que se hallaba revestido Colon con la reina Isabel y la disposicion de ésta para agasajarle y enaltecerle, la carta que le dirigió en 5 de Setiembre del año referido, en la cual se leen frases como las siguientes: "Ciertamente segun lo que en este negocio se ha platicado é visto cada dia se conosce ser muy mayor é de grand calidad é sustancia, y que vos nos habeis en ello mucho servido y tenemos de vos grande cargo. Y así esperamos en Dios que además de lo asentado con vos que se ha de facer é complir muy enteramente, *que vos recebireis de Nos mucha más honra é merced y acrecentamiento, como es razon y lo adebdan vuestros servicios y merecimiento.*" Y en esta misma fecha, en carta firmada por ambos soberanos, se le decia al Almirante lo que sigue: "Y porque sabemos que de esto sabeis más que otro alguno, *vos rogamos* que luego nos envieis nuestro parecer en ello... Nosotros mismos y no

otro alguno, habemos visto algo del libro que nos dejastes; y, cuanto más en esto platicamos y vemos, conocemos cuán gran cosa á seido este negocio vuestro. y que habeis sabido en ello mas que nunca se pensó que pudien saber ninguno de los nacidos.... y asímismo enviadnos la carta que *vos rogamos* que nos enviásedes antes de vuestra partida.» Hemos subrayado de propósito las palabras vos rogamos que dos veces se repiten en esta carta, pues ellas solas revelan las grandes consideraciones que los Reyes dispensaban á Colon, pidiéndole con humildad lo que tenian derecho á exigir imperativamente de uno de sus súbditos y en tiempos en que el principio de autoridad era venerado hasta la exageracion.

Cuando Colon remitió á los soberanos de Castilla noticias acerca de los primeros resultados de su segundo viaje, estos le contestaron del modo más lisonjero, diciéndole en carta fechada en 13 de Abril de 1494 entre otras cosas: «En mucho cargo é servicio vos tenemos los que allá habeis fecho é trabajado con tan buena órden é proveimiento que non puede ser mejor,» y todavía es más cariñosa y signifieativa la carta que de la misma procedencia recibió Colon fechada el 16 de Agosto del mismo año, documento en el que se leen trases como las siguientes: «Una de las principales cosas por que esto nos ha placido tanto es por ser inventada, principiada é habida por vuestra mano, trabajo é industria, y parécenos que todo lo que al principio nos dijistes que se podria alcanzar, por la mayor parte todo qa salido cierto, como si lo hubiérades visto antes que nos lo dijésedes.» En los términos más afectuosos siguen en esta misma carta los Reyes prometiendo á Colon las más señaladas recompensas, haciéndole indicaciones acerca de ciertas medidas que creian conveniente adoptar por el servicio de la colonia, pero siempre sometiéndose á su parecer, como de persona que por sus circunstancias podia dar los más acertados informes sobre lo que era oportuno y realizable.

En lugar del lenguaje imperativo que los Reyes usaban al dirigirse á sus súbditos, siempre emplearon con Cristóbal Colon el tono más deferente y afectuoso, y pudiendo mandarle, le recomendaban á las personas de su confianza, rogándole que los colocase ó los diese un empleo, y al mismo obispo Fonseca, que como representante de la real Hacienda, en lo relativo á los gastos que ocasionaban tan repetidas expediciones, solia oponer los naturales

inconvenientes, no impulsado por el espíritu mezquino que se le ha supuesto, en nuestro concepto, ligeramente, sino más bien con el fin de responder á la confianza que en él habian depositado los Soberanos, le escribian estos en los términos más precisos, recomendándole el mejor tratamiento, no sólo respecto al almirante, sino tambien á sus hermanos; ordenándole que escribiese al primero á fin de borrar cualquier divergencia que entre ambos pudiese haber surgido. Debe tenerse presente que las primeras colonias establecidas en la Isla Española ocasionaron gastos de mucha consideracion, sin producir rendimiento alguno durante mucho tiempo, y al obtenerse estos resultados, en vez del cumplimiento de las pingües ofertas de Colon, los funcionarios, que no tenian motivos para participar del entusiasmo del descubridor del Nuevo Mundo, y que sólo tocaban de cerca los sacrificios que tales empresas exigian, habian de oponer, creyendo así cumplir con celo y lealtad sus deberes, cortapisas y obstáculos para aminorar en lo posible los cuantiosos gastos que se veia precisado á sostener el Real Erario.

Pero los Reyes Católicos, á pesar de que, como sucede siempre en semejantes tentativas, veian consumirse gruesas sumas sin que se obtuviese recompensa alguna de tamaños sacrificios, no por eso dejaron de distinguir con toda clase de honoríficas y positivas remuneraciones al insigne navegante. En el año de 1493 acrecentaron las armas de la familia de Colon con nuevos timbres, para perpétua memoria de tan señalada empresa, concedieron al almirante diez mil maravedís anuales durante su vida, por haber sido el que vió y descubrió la primer tierra, pues aunque uno de los marineros de la *Pinta* reclamaba esta merced por ser en realidad el primero que habia lanzado desde lo alto de los topes el ansiado grito de ¡tierra!, se falló el litigio en favor de Colon, por haber divisado algunas horas antes una luz que se movia en el lejano horizonte, y supuesto que tal indicio debia revelar la proximidad de alguna isla ó continente.

No se limitó la real munificencia á vanas y extériles promesas, ni á dignidades desnudas de todo provecho, sino que por el contrario, en una ocasion se le concedieron al almirante cinco mil doblas de oro, se confirmaron los privilegios, títulos y recompensas que en uu principio se le habian asignado, se le recono-

ció el derecho de proveer los oficios de la gobernacion en los dominios de Ultramar, se le permitió la saca para las Indias de ciertas cantidades de trigo y cebada, sin satisfacer derechos, privilegio muy raro en aquellos tiempos, se condecoró al hermano del almirante D. Bartolomé, con la dignidad de adelantado de Indias, y eso que aquel habia hasta de cierto punto hecho méritos para incurrir en el real desagrado, verificando este nombramiento tan importante, sin aguardar la vénia de sus soberanos, se le facultó para crear uno ó más mayorazgos, se nombró á sus dos hijos de D. Diego y D. Fernando pajes de la Reina, honor reservado á los vástagos de las familias que gozaban de especial favor en la córte; se concedió á D. Diego Colon, hermano de D. Cristóbal, carta de naturaleza en estos reinos, y cuando algun funcionario pudo causarle temporalmente el más pequeño perjuicio, se dieron las órdenes más precisas para que se indemnizase al almirante de tales contratiempos.

»El mismo monarca,—dice á este propósito D. Martin Fernandez Navarrete, en la *Introduccion* á su COLECCION DE VIAJES, —á quien algunos han supuesto infundadamente enemigo del Almirante, luego que éste murió, mandó acudir á su hijo con cuanto pertenecia al padre y perteneciese á él en lo sucesivo; le puso en posesion de la gobernacion de las Indias, é hizo merced á D. Bartolomé Colon de que disfrutase el sueldo de *contino*, sin embargo de no residir en la córte, y quiso se le conservase la isla de la Mona que el Almirante le habia dado en repartimiento. Nada diremos de los altos y distinguidos empleos, de las honoríficas distinciones que posteriormente han obtenido sus sucesores de todos los monarcas españoles, nombrándolos vireyes, capitanes generales, presidentes y gobernadores de los consejos; á cuyas eminentes honras se debe añadir la *Grandeza de España*, declarada de primera clase por el Sr. D. Felipe V en 18 de Abril de 1712, á la casa y estado del duque de Veragua; y de los honores que aún en nuestros dias se han dispensado á las cenizas y á la buena memoria del primer almirante y descubridor del Nuevo Mundo. Todo esto es cierto, es público y notorio; pero en el diccionario y lenguaje de algunos escritores modernos suelen calificarse los vicios de virtudes, la generosidad de ingratitud, y el amparo, asilo y hospitalidad, de abandono, *persecucion* y desprecio. ¡Oh! Si la de-

mostracion que acabamos de hacer sirviese para penetrar el verdadero significado de las frases artificiosas y del estilo falso y seductor con que pretenden oscurecer la verdad semejantes impostores.»

Como el único fundamento de alguna validez sobre que reposan las declamaciones de los historiadores extranjeros acerca de la supuesta ingratitud de España con respecto al insigne descubridor del Nuevo-Mundo, reposa sobre la mision encomendada á Bobadilla para inquirir y averiguar el estado de la Española y las disposiciones que habrian de adoptarse á fin de reformar los abusos y faltas que hubieran podido cometerse, dejamos á propósito para lo último este extremo, con el objeto de examinarle con la detencion necesaria. Teniendo en cuenta los móviles y antecedentes que prepararon este acuerdo de los Reyes Católicos, los hechos se explicarán por sí mismos sin violencia, quedando reducidos en el fondo al abuso de un funcionario engreido, cosa irremediable tratándose de colonias muy apartadas de la Madre pátria.

El entusiasmo que produjo en España el primer regreso de Colon de los mares de Occidente, con muestras de objetos raros y curiosos de apartados países, y con la idea exagerada de las riquezas que aquellas regiones encerraban, fué inmenso. Nobles, aventureros, soldados, agricultores é industriales alistáronse á porfia en la segunda expedicion preparada en vastas proporciones, como si todos quisiesen gozar de las primicias de aquellas tierras tan ponderadas por la ardiente imaginacion de los primeros descubridores.

Sin embargo, en vez de las soñadas riquezas, no esperaban á los colonizadores más que fatigas y contrariedades; pues aquel clima tan dulce y suave en la apariencia, y sólo cuando en él se permanece durante breves dias, era mortífero en sumo grado para el europeo que debia descuajar los montes, construirse vivienda y fecundar la tierra con el sudor de su rostro si habia de librar en ella su subsistencia. Las semillas llevadas de España no cuadraban en su mayor parte á aquel clima tropical, y los mantenimientos abundantes que las naves habian conducido para el abasto de la colonia entraban prontamente en putrefaccion á impulsos de una elevada temperatura, de un clima húmedo y enervante.

La decepcion que todos experimentaron fué tan grande como

habia sido el entusiasmo, y muy luego comenzaron á llegar á España las más tristes referencias acerca de aquellos países adornados por Colon con todos los encantos que puede sugerir la más acalorada fantasía. Los descontentos, que muy pronto fueron muchos, debieron ser con dureza castigados para conservar la disciplina en la colonia; pero como no era posible mantenerlos perfectamente confinados en la isla, bien pronto llegaron á España algunos centenares de desengañados que se quejaban amargamente del trato bochornoso de que habian sido objeto por parte del Almirante y sus hermanos, que en virtud del principio de salvacion comun se veian obligados á imponer fatigas corporales, no sólo á los súbditos españoles del estado llano, sino tambien á los más encopetados hidalgos.

Enviábanse nuevos refuerzos á la colonia; pero las primera tentativas de esta clase son siempre costosas y poco fructíferas. Los clérigos encargados de la enseñanza religiosa de los indígenas no adelantaban cosa alguna por falta del conocimiento de la lengua, la índole perezosa de los naturales, y por que las necesidades que experimentaba la colonia les distraia de su verdadera mision; los agricultores no obtenian el fruto de sus esfuerzos, viéndose obligados á luchar con un clima que rechazaba los productos europeos y que requeria un nuevo sistema de cultivo, y para que nada faltase, las riquezas anunciadas de metales preciosos no existian ni mucho ménos en la escala que se habia supuesto.

El abastecimiento de la colonia, y los nuevos viajes de exploracion que tanto á las demás islas como á tierra firme realizaba el Almirante, exijian sin cesar cuantiosos sacrificios, y como era de todo punto imposible improvisar riquezas en comarcas sumidas completamente en el estado salvaje, recurrió Colon al expediente de enviar algunos centenares de indígenas para que fuesen vendidos en España como esclavos, disposicion que sublevó el carácter benigno y magnánimo de la Reina Católica.

Al mismo tiempo llegaban á España nuevos descontentos, que reclamaban, no siempre en los mejores términos los salarios que se les adeudaban, y que cansados de sus gestiones por la vía oficial llegábanse casi tumultuariamente á la morada de los soberanos, á quienes molestaban con sus quejas, al mismo tiempo que insultaban á los hijos del Almirante, pajes de la real casa, segun nos dice uno de ellos (D. Fernando) en su historia.

Como si todo esto no fuera suficiente, de vez en cuando llegaban á España las más infaustas nuevas acerca del estado de la colonia. Algunos de los funcionarios que en ella ejercian cargos de importancia, se hallaban en actitud abiertamente hostil contra Colon, y al mismo tiempo que éste procesaba en rebeldía á los revoltosos enviando á España las piezas de conviccion para el condigno castigo, estos formaban tambien sus expedientes contra el jefe de la colonia y sus hermanos, á quienes apellidaban de advenedizos, duros, crueles y tiranos que no sabian conducirse con gente honrada y distinguida.

Reforzados estos juicios por las apasionadas quejas de los que de vez en cuando regresaba de la Española, completamente desencantados porque no se habian cumplido las exageradas esperanzas que concibieran, siendo incesantes los sacrificios que se le exigian al real Tesoro, nulos los resultados obtenidos, el descontento general y el desórden completo, era por demás lógico que los Reyes habian de adoptar alguna disposicion eficaz encaminada á la correccion de los abusos, al esclarecimiento de los hechos denunciados por ambas partes, y para esto nada más conducente que el nombramiento de una persona de toda confianza, de providad reconocida, de tacto y prudencia, que investido de atribuciones suficientes y plenas facultades, investigase lo ocurrido y castigase á los que resultasen delincuentes.

Por más que el elegido para tan importante mision defraudara por completo la esperanza que en sus circunstancias se habian fundado, debe convenirse, no obstante, que el concepto de que gozaba Bobadilla en la córte era el de un completo caballero, de conducta intachable y antecedentes honrosos. El cronista Oviedo le considera como hombre muy honesto, religioso y buen caballero, y el Padre las Casas, que siempre fué adicto al Almirante, dice que *nunca oyó entonces cuando tanto se hablaba de él (Bobadilla) cosa deshonesta ni que supiese á codicia ni aun despues de su deposicion y muerte.*

Examinando ahora las instrucciones que Bobadilla llevaba y las facultades de que se le habia investido para el mejor cumplimiento de su delicado encargo, debemos apuntar que se le encomendaba la investigacion de todo lo ocurrido, y «la informacion habida,—dice el texto de la comision real,—y la verdad sabida, á

los que por ella halláredes culpantes, prendedles los cuerpos y secuestradles los bienes.» El documento de donde tomamos las anteriores palabras está firmado con fecha de 21 de Marzo de 1499, y de su contesto se refiere que la mision que se encargaba á Bobadilla iba dirigida contra los que contrariaban las órdenes del almirante. Antes de que el juez pesquisidor se hubiese puesto en camino, llegaron todavia más alarmantes nuevas acerca del estado de la colonia, dividida por las facciones y en el último grado del desórden. En el ánimo de los Reyes habian de hacer naturalmente más impresion las quejas personales de tantos indivíduos que regresaban despues de haber experimentado los mayores contratiempos, y en extremo irritados contra el Almirante, que los procesos que éste enviaba, y así no debe extrañarse que antes de su partida se hubiese dado á Bobadilla nuevos y discrecionales poderes, que revelaban la gran confianza que se tenia en sus antecedentes y en las prendas personales que le adornaban, porque sólo así se explica que con fecha de 21 de Mayo del citado año de 1499, se le entregasen otros despachos, por los cuales se ordenaba tanto al almirante como á las demás autoridades de la Española, que entregasen á Bobadilla las fortalezas, casas, navíos, armas, pertrechos y mantenimientos que perteneciesen á la real Hacienda, sin la intervencion del portero conocido de la casa real, ni las demás solemnidades que en tales casos se requerian.

No obstante, sin duda porque se esperaba que de la colonia se recibieran noticias más satisfactorias, todavía se aplazó el envío del juez pesquisidor por espacio de más de un año despues de firmadas las órdenes á que más arriba nos referimos; pero aumentando las quejas que de allí llegaban y siendo cada dia más precaria y difícil la situacion de la Española, en el mes de Julio del año de 1500, púsose en camino el comendador Bobadilla.

Ocurrió con la oportunidad de la medida, lo que acontecia con frecuencia en aquellos tiempos en que las comunicaciones eran escasas y lentas, tratándose de regiones tan remotas, es decir, que el remedio fué extemporáneo, pues antes de la llegada de Bobadilla, ya Colon, con tacto y prudencia, habia conseguido que entrasen en razon los funcionarios rebeldes, al mismo tiempo que con el regreso á España de la mayor parte de los descontentos, se iba restableciendo la calma y el sosiego en la colonia.

El remedio, por lo tanto, fué peor que la enfermedad á que se aplicaba, tanto más cuanto que Bobadilla defraudó la confianza que en él se habia depositado, comportándose como juez ambicioso, imprudente y engreido á causa de los discrecionales poderes de que se hallaba investido. En vez de ponerse de acuerdo con el Almirante á fin de enterarse del estado de la isla para dar á sus soberanos cuenta exacta de todo, habiendo llegado á la capital (Santo Domingo) cuando Colon se hallaba en el interior cuidando del progreso de la colonia, hizo Bobadilla publicar las reales provisiones que traia, declaró destituido de toda autoridad al Almirante y á sus secuaces, se apoderó no solo de lo que pertenecia al real Erario sino de los bienes de Colon y de sus hermanos, y abrió contra él toda clase de pesquisiciones, con lo cual los enemigos con que siempre cuentan los que gobiernan, sobre todo en momentos difíciles, adquirieron gran osadía y se acobardaron los amigos del Almirante, de suerte que apenas habia quien se atreviese á deponer en su favor en los procesos que se formaban, mientras eran tantos los que le achacaban toda clase de cargos exagerados y hasta absurdos.

No contento con esto, engreido cada vez más Bobadilla y pensando disfrutar el gobierno supremo de la Colonia por mucho tiempo si lograba desacreditar en el ánimo de los Reyes Católicos al Almirante, prescindiendo de todo miramiento y hasta de la prudencia y sumision de que dió muestras el perseguido, se apoderó de él y de sus hermanos, encerrólos aherrojados en una fortaleza, y embarcándolos á los pocos dias, los envió á España con las pruebas contra ellos reunidas de un modo tan injustificado y violento.

Como se vé, no hemos pretendido, ni por un momento, aminorar la responsabilidad que en tales sucesos recayó sobre el comendador Bobadilla; pero no por eso hemos de hacerla extensiva sobre los monarcas españoles, que se dolieron de estos sucesos y que los remediaron tan luego como llegaron á su conocimiento de un modo absoluto y expontáneo.

Al recibir los Reyes Católicos á los Colones en Granada, les certificaron que cuanto se habia hecho fuera contra su voluntad, dándoles, al mismo tiempo, las pruebas más señaladas y sinceras de su afecto y predileccion con palabras *muy amorosas y eficaces,*

como dice las Casas. Sin querer escuchar las disculpas que dió Colon por los errores que pudiese haber cometido en tan árdua tarea, pues de ninguna manera el Almirante se consideraba impecable, ofreciéronle los Reyes remediar los pasados agravios con toda eficacia, guardarle puntualmente los privilegios y mercedes que hasta entónces le habian concedido, y en efecto, ningun mérito hicieron de las pesquisas de Bobadilla á quien depusieron de su cargo, nombrando para reemplazarle interinamente en el cargo de la colonia á fray D. Nicolás de Ovando, comendador de Lares, de la órden de Alcántara, persona de gran prudencia é integridad.

Colon, que deseaba continuar sus exploraciones, y que no queria gobernar la isla mientras que en ella no hubiese otros pobladores de mejores costumbres y más aplicacion al trabajo, contribuyó al nombramiento de la persona indicada, y esta decision era necesaria para que no renaciesen en la colonia los anteriores escándalos y los motines y disturbios que motivaron las medidas excepcionales de que hemos hecho mérito.

Al emprender el almirante su último viaje, recibió una carta de los reyes, en cuyo documento se leían frases como las que siguen: "Tened por cierto que de vuestra prision nos pesó mucho, é bien lo visteis vós, é lo conocieron todos claramente, pues que luego que lo supimos lo mandamos remediar, y sabeis el favor con que os habemos mandado tratar siempre, y agora estamos mucho más en vos honrar y tratar muy bien, etc."

Hé aquí á qué queda reducido, examinado con toda imparcialidad, un hecho que tanto han explotado los enemigos del buen nombre español en todos tiempos. Para que la verdad luzca en todo su explendor, sólo se necesita apelar de buena fé á los documentos oficiales, único guia aceptable en esta clase de estudios.

MANUEL G. LLANA.

POBLACION DE FILIPINAS.

II

El archipiélago filipino se halla dividido, bajo el punto de vista administrativo, en varias circunscripciones que unas veces llevan el nombre de provincias y otras el de distritos. Pero como en Europa esta última denominacion generalmente no se aplica sino á subdivisiones de la provincia ó del departamento y á territorios más ó ménos reducidos, debemos advertir que en Filipinas, aunque algunas veces el distrito es una pequeña demarcacion dependiente de la provincia, como sucede con los de la Infanta, Príncipe y Porac, que forman parte respectivamente de las provincias de la La Laguna, Nueva Ecija y Pampanga, en la mayor parte de los casos constituye una circunscricion administrativa, dependiente directamente del gobernador civil ó de los gobernadores generales de los Visayas y Mindanao, y muchas veces ofrecen una extension superficial y una poblacion de las más considerables, cual se observa en los distritos de Cebú é Ilvilo. Además existen comandancias político-militares formando parte de determinadas provincias, y las estaciones navales de Puerto Princesa en la isla de là Varague y de Balabac en la isla de este nombre.

Hecha esta observacion, de todo punto necesaria para no incurrir en equivocaciones muy fáciles, vamos á consignar los

nombres, extension superficial y número de habitantes de las provincias y distritos en que se halla dividido el archipiélago filipino.

ISLA DE LUZON Y SUS ADYACENTES.

Circunscripciones administrativas. (1)	Extension superficial. (2) Kil. cuad.	Habitantes.
Albay	6.571	259.025
Abra, *Bontoc*, *Lepanto* y *Tiagan*	5.615	65.352
Bataan	2.149	50.979
Balangas	3.202	331.874
Bulacan	2.428	247.277
Burias	299	1.151
Cagayan	14.419	82.024
Cavite	1.239	131.658
Camarines N	3.911	32.026
Camarines S	6.151	154.170
Ilocos N	3.569	170.039
Ilocos S	1.519	200.788
Infanta	2.512	9.234
Isabela y *Saltan*	13.713	35.365
Laguna	2.663	141.145
Manila	665	236.992
Masbate y Ticao	4.105	15.942
Morong	846	48.462
Nueva Ecija	8.242	117.208
Nueva Vizcaya	4.391	27.208
Pampanga, Tarlac y Porac	4.363	280.110
Pangasinan	4.174	269.232

(1) Las circunscripciones administrativas, cuyos nombres aparecen con letra cursiva, son distritos; las demás provincias.

(2) Este dato está tomado de la interesante Memoria sobre la produccion de los montes públicos de aquellas islas, escrita por el ilustrado ingeniero del ramo D. Ramon Jordana y Morera, y publicada por el ministerio de Ultramar. La confianza que deban merecer las cifras consignadas, el mismo Sr. Jordana la indica por medio de la siguiente nota:

«La superficie total de las provincias y distritos ha sido deducida del mapa publicado por D. Francisco Coello. Como en él no están señalados con entera exactitud los límites de las provincias que entonces existian, he tenido que trazar de una manera insegura los de las que se han creado posteriormente, y como sobre el terreno mismo no puede saberse muchas veces con certeza á qué provincia ó distrito pertenece el suelo que se está pisando, dicho se está que no presento esas cifras como exactas.»

Príncipe.....	2.621	3.997
Tayabas.....	5.625	108.100
Union y *Benguet*.....	3.439	101.972
Zambales.....	4.254	90.691

ISLAS VISAYAS.

Distritos.	Kilómetros cuadrados.	Habitantes.
Antique.....	3.793	108.241
Bochol.....	3.804	253.790
Capiz.....	4.025	213.159
Cebú.....	6.793	417.543
Iloilo.....	5.264	435.896
Leyte.....	10.209	239.123
Negros.....	9.064	201.047
Romblon.....	1.279	31.024
Sámar.....	12.690	180.190

ISLA DE MINDANAO.

Distritos.	Kilómetros cuadrados.	Habitantes.
1.° Zamboanga.....		13.241
2.° Misamis.....		81.004
3.° Surigao.....	87.680	58.995
4.° Dávao.....		1.301
5.° Cottabato.....		1.223
6.° Isabela de Basilan..	1.275	514

Además existen en el Archipiélago las provincias de Mindoro, Batanes y Calamianes y las estaciones navales de Puerto Princesa y Balabac.

La provincia de Batanes está formada por el Archipiélago de este nombre, situado al N. de Luzon y compuesto de várias islas de escasa superficie divididas en dos grupos; uno, el septentrional, que comprende las islas de Siayan, Ditorcan, Misanga, Mabadis y otras mucho más insignificantes todavía, y otro el meridional, formado con las de Basay, Saptan, Hugos y Diquey. Su total superficie mide 620 k. c. y la poblacion es de 8.250 habitantes.

La provincia de Mindoro comprende la isla de este nombre, la de Marinduque, la de Luban, la de Libagao, Marinayan, Mompag, Santa Cruz, Golo y otras más insignificantes; mide 10.383

kilómetros cuadrados en esta forma: Mindoro, 9.650 k. c.; islas adyacentes, 733, y su poblacion está reducida á 57.950 habitantes.

La provincia de Calamianes se compone de las islas de Calamian, Busbagon, Lutaya, Culion, Coron, Linacapan, Ilog, Dumaran y Cuyo con otras ménos importantes, y de la parte Norte de la isla de la Paragua; su superficie total asciende á 7.889 k. c. y su poblacion á 16.403 habitantes.

La estacion naval de Balabac, situada en la isla de este nombre, contaba 2.059 habitantes en el año 1859. Los datos correspondientes á 1876 no hacen mencion de esta isla, como tampoco de la estacion naval de Puerto Princesa, fundada en la costa Oriental de la isla de la Paragua en el año 1871.

Las islas Marianas no forman parte, bajo el punto de vista geográfico, del Archipiélago filipino, pero sí bajo el aspecto administrativo. Son 16, que juntas miden una superficie de 1.026 kilómetros cuadrados y las más estensas son Guajan, Rota, Tinian y Saipan. En la primera, que tiene 405 k. c. está la capital ó cabecera, Agaña. La poblacion total de la provincia ascendia en 1876 á 7.601 habitantes.

Consignado el número de habitantes y la extension superficial de las diferentes circunscripciones administrativas en que se halla dividido el Archipiélago filipino, veamos cuál es la poblacion específica de las mismas, y al efecto, empecemos por la isla de Luzon, que bajo este punto de vista presenta las cifras siguientes:

CIRCUNSCRIPCIONES administrativas.	Habitantes por 1 kil. cuadr.
Manila	354
Ilocos Sur	132
Cavite	106
Batangas	104
Bulacan	102
Pangasinan	65
Pampanga, Tarlac y Porac	64
Morong	57
La Laguna	53
Ilocos Norte	48
Albay	39
Union y Benguet	30

Camarines Sur	25
Bataan	24
Zambales	21
Tayabas	19
Nueva Ecija	14
Camarines Norte	8
Nueva Vizcaya	6
Cagayan	5'7
Masbate y Ticao	3'9
Burias	3'8
Infanta	3'7
Isabela y Saltan	2'6
Príncipe	1'5
Abra, Bontoc, Lepanto y Tiagan	1'2

Dedúcese del precedente cuadro, que la provincia de poblacion más densa es Manila, como debia de suponerse, hallándose situada en ella la capital del Archipiélago y siendo su territorio en extremo reducido.

Por regla general figuran á continuacion las provincias limítrofes á la de Manila; la de Cavite, cuyo fértil suelo ofrece los productos agrícolas más estimados, entre ellos el ya afamado café de Silang; la de Batangas, una de las comarcas más ricas del Archipiélago, como consecuencia natural de la feracidad de sus tierras, de la benignidad de su clima, de la abundancia de sus aguas y de la actividad libre é inteligente de sus habitantes, que al mismo tiempo que á la cria de ganado, se dedican al cultivo del arroz, del maiz, del café, del añil, de la pimienta, del algodon, de la nuez moscada, del cacao, del trigo y de sinnúmero de frutas y legumbres; la culta, industrial y saludable provincia de Bulacan, que recuerda al extranjero las comarcas más ricas de Java, aunque sobrepujando en bienestar á las *desas* de aquella isla; la de la Pampanga, una de las más fértiles y mejor cultivadas de Luzon, notable principalmente por las grandes cantidades de azúcar que exporta; el distrito de Morong, que aunque montuoso su mayor parte, tiene en Manila un mercado próximo é importante para sus productos agrícolas, y la de La Laguna, de pasmosa fertilidad y abundantísimas cosechas, entre las que sobresale la de aceite de coco. Por lo demás, no es de extrañar tal densidad de poblacion en semejantes provincias.

El número de habitantes aumenta en proporcion á la cultura

y riqueza del país, y Manila, al mismo tiempo que un importantísimo mercado y un gran centro comercial, es un foco de civilizacion, cuya benéfica influencia deben recibir principalmente las localidades más próximas. Estas se comunican con la capital del Archipiélago por medio de la bahia de Manila, de caudalosos rios ó de escelentes caminos, y como la accion administrativa puede ser más eficaz y solícita que en comarcas más lejanas, la seguridad individual es mayor, más pronta la resolucion de los negocios, así de interés público como de conveniencia privada, y más fácil la vida en todos sentidos.

Pero no son las comarcas inmediatas á la capital de las islas las únicas que presentan una gran poblacion específica. Precisamente la provincia que figura en este punto con cifras más favorables despues de la de Manila, cuyas escepcionales circunstancias ya hemos indicado, se halla muy distante de aquella ciudad, pues es la de Ilocos Sur, situada al Norte de la isla de Luzon, y que, segun han podido ver nuestros lectores en la precedente escala, aparece con la elevada cifra de 132 habitantes por kilómetro cuadrado; ya unque no tan distante la provincia de Pangansinan, tambien es una de las comarcas más pobladas, puesto que entre las inmediatas á Manila sólo le aventajan las de Cavite, Batangas y Bulacan.

Pero es que la mayor parte del territorio de la provincia de Pangasinan lo constituye una extensa llanura ligeramente inclinada hácia las costas, con abundante riego y fértiles terrenos, que los naturales dedican con gran éxito al cultivo del arroz, del maiz, de la caña dulce, de los cocos y otras varias cosechas, y en cuanto á Ilocos Sur, hay que tener presente que, además de la gran feracidad de su suelo, del cual se obtienen todos los productos propios del Archipiélago, son sus habitantes tan hábiles y emprendedores, que la fabricacion de tejidos constituye ya en aquella localidad un ramo de industria floreciente y van adquiriendo manifiesta importancia otras varias manufacturas, ejemplos de gran valor que permiten esperar análogos resultados y una gran poblacion en otras comarcas, hoy casi despobladas, el dia en que venga la ley á auxiliar las inmejorables condiciones de su suelo, destruyendo los viciosos sistemas que sobre ellas pesan, y dejando libre y espedita la actividad individual, siempre fecunda cuando la guía la propia responsabilidad.

Siguen en la escala de densidad de poblacion á las provincias inmediatas á Manila, las de Ilocos Norte y Albay; pero tampoco son de extrañar sus ventajosas cifras en este punto, toda vez que los habitantes de la primera son tan laboriosos é inteligentes como los de su limítrofe, la de Ilocos Sur, aunque con ménos elementos que éstos, porque los extensos bosques del país dejan muy reducida la parte de territorio cultivada; y en cuanto á la de Albay, sabido es de todos que ocupa el primer lugar entre las comarcas productoras de abacá, que tan pingües ganancias deja al país por lo muy solicitado que es este artículo por el comercio extranjero, especialmente por el de los Estados-Unidos é Inglaterra.

Figuran á continuacion las provincias de La Union con el distrito de Benguet y la de Camarines Sur. Su poblacion ya no puede calificarse de numerosa, tal como resulta de la relacion entre el número total de habitantes y la extension superficial del país, únicos datos que poseemos; pero debemos advertir, para que pueda formarse juicio exacto acerca de los recursos del suelo, que la poblacion de ambas provincias, merced á lo montuoso del país, está acumulada en las comarcas llanas é inmediatas á las costas.

Llama la atencion que estando la provincia de Bataan tan próxima á Manila, y siendo uno de sus límites la bahia de este nombre, que parece ofrecerle fácil comunicacion con aquel gran centro comercial y de consumo, no contenga una poblacion tan numerosa como la de las demás provincias en que concurren iguales circunstancias, y la extrañeza todavía parece más fundada, cuando se observa que el azúcar, el añil y el arroz de Bataan, son por su escelente calidad de los más estimados en el Archipiélago; pero todo lo explica la gran cordillera que corre por la parte central de la provincia, y que priva á los pueblos situados al Oeste de las ventajas de que gozan, bajo el punto de vista de comunicacion con Manila, los habitantes de las costas de la bahía de este nombre en donde por esta misma causa se encuentra acumulada la mayor parte de la poblacion.

Y por idénticas causas aparece la provincia de Zambales á continuacion de la de Bataan en la escala dedensidad de poblacion. El terreno llano y susceptible de cultivo agrario está reducido á una angosta zona comprendida entre el mar de China y las prolongaciones de la sierra de Mariveles, y las considerables alturas de esta

cordillera dificultan extraordinariamente su comunicacion con las provincias inmediatas. La poblacion de Zambales crece, sin embargo, considerablemente, merced á la inmigracion de ilocanos que van aplicando á su nueva residencia la laboriosidad é inteligencia que les distingue. Tanto es así, que esta provincia aparece en la *Guía de forasteros de Filipinas* del año 1858 con 31.116 habitantes, y en 1876 contaba ya con 90.691. De suerte, que bien pueden esperarse mayores aumentos, si continúa aquella corriente de inmigracion, y se suple la falta de comunicaciones por la parte de tierra, con las que ofrecen los escelentes fondeaderos de que dispone la provincia en las aguas del mar de China.

El territorio de la provincia de Tayabas es sumamente quebrado y escasas por consiguiente las tierras de cultivo, á excepcion de las que ocupan los pueblos de la parte occidental, en donde se cosechan abundantes y escelentes productos agrícolas. La superficie que ocupan los bosques, es por lo ménos de 3.800 kilómetros cuadrados, es decir, el 68 por 100 de la superficie total, de suerte que no es de estrañar su escasa poblacion específica.

Mucho más desfavorables son todavía las cifras correspondientes á la provincia de Nueva Ecija, pero respecto á la primera hay que advertir que, siendo una de las circunscripciones administrativas más extensas, su poblacion se halla concentrada en la parte llana ó ménos accidentada, por ser la restante extraordinariamente montañosa. No significa esto, sin embargo, que la provincia de Nueva-Ecija no pueda aspirar á mayor poblacion. Puede, por el contrario, alcanzarla, y en términos muy considerables, con solo construir buenos caminos trasversales y limpiar los rios que surcan la planicie, porque la facilidad de las ¿conduciones impulsaria á sus habitantes á dedicar los extensos páramos ó cogonales que hoy existen al cultivo de arroz, caña dulce y tabaco, que actualmente obtienen de la parte roturada.

Nueva Vizcaya y Camarines Norte son dos provincias sumamente despobladas, como que no hay en ellas más que seis habitantes por kilómetro cuadrado; pero la primera se halla situada entre los arranques de la *Sierra Madre* por el E. y de la cordillera Central por el O., cerrada al S. por el núcleo orográfico, de donde se desprenden ambas cordilleras, y cruzada por un gran número de sierras secundarias, formadas por las estribaciones de

aquellas, de modo que la superficie susceptible de cultivo es muy reducida, y la falta de comunicaciones hace más difícil su explotacion. (1)

En la provincia de Camarines Norte, á excepcion de una zona que se estiende á lo largo de las costas N. y E., toda la parte interior se compone de una enmarañada red de sierras, montañas, cerros, barrancos y precipicios, cubiertos por una exuberante vegetacion leñosa, que reducen considerablemente la superficie susceptible de cultivo, y dificultan sobremanera la explotacion de las vastas llanuras que á veces aparecen entre esas mismas prominencias y sinuosidades.

La provincia de Cagayan, por la abundancia de aguas, así como por la gran variedad de exposiciones y de propiedades que

---

(1) Para la mejor inteligencia de lo que venimos diciendo, debemos recordar que todas las cordilleras de la isla de Luzon, arrancan, segun parece, de un nudo central llamado los Caraballos, elevadísimos montes cuya cumbre más alta se halla situada en los 124° 30' longitud, y 16° 7' latitud Norte. Desde este punto parten tres cordilleras principales que constituyen lo que podemos llamar el sistema general de la isla. La primera, próximamente en direccion Norte, es la más elevada, toma el nombre de Caraballo Central en los dos primeros tercios de su longitud, y de Caraballo Norte en el resto; tiene una anchura de 80 kilómetros próximamente, sirve de divisoria á las provincias de Nueva-Vizcaya y Cagayan que quedan al E., y á las de Ilocos, Norte y Abra situadas al O., y termina en la punta Pata, en el mar de la China. Es la segunda cordillera conocida con el nombre de Sierra Madre, que se dirige en sentido NNE., separa la provincia de Nueva-Ecija de las de Cagayan y Nueva-Vizcaya que resultan al O., y concluye al Norte de la isla en Cabo Engaño. La tercera cordillera arranca del O. del Caraballo y se dirige al S., separando las provincias de Nueva-Ecija y La Laguna de los distritos del Príncipe y la Infanta, atraviesa las provincias de Tayabas, ambos Camarines y Albay, formando la divisoria de aguas entre el Océano Pacífico y el mar de Mindoro, y muere junto al Estrecho de San Bernardino muy cerca del volcan Bulusan. Aparte de estas tres principales líneas de montañas hay otras secundarias, entre las que merece citarse la Sierra de Miraveles, que partiendo del puerto de este nombre corre en direccion NNO., separa la provincia de Zambales de las de Pangasinan y la Pampanga, y termina en el cabo Bolinao al extremo del golfo de Lingayen; la Sierra del Sungay y Maquiling, que se dirige de E. á O. por el S. de la gran laguna de Bay y se une á la última de las tres cordilleras principales en el Banajao de Lueban, y la cordillera que corriendo casi paralela al Caraballo Central y Norte, separa la provincia de Ilocos Sur de la de Abra.

el terreno ofrece en virtud de lo accidentado de su superficie, es una de las comarcas más fértiles de la isla de Luzon, y que mejores condiciones presentan para el cultivo agrario. ¿Cómo es que á pesar de tan favorables circunstancias y de sus numerosos rios, entre los que sobresale el Rio Grande de Cagayan, el más caudaloso y de curso más largo de toda la isla de Luzon, (1) y de sus

---

(1) Este rio mide en efecto una longitud de 330 kilómetros próximamente, tiene su orígen en las vertientes septentrionales de los Caraballos, cuyas primeras aguas recoge; dirígese luego invariablemente hácia el N. atravesando por el centro de las provincias de Nueva-Vizcaya y la Isabela, entra en la de Cagayan y desagua en el mar de la China junto á Aparri, en el punto medio, con corta diferencia, de la costa septentrional de la isla. Entre sus numerosos afluentes merecen especial mencion el Magat, de unos 160 kilómetros de longitud; el Pinacanauan, que se une al Rio Grande á poca distancia de Tuguegarao, capital de la provincia de Cagayan, despues de haber corrido unos 40 kilómetros; el Fulay, que vierte sus aguas en el rio principal junto á Alcalá, el Pangul y el Bangag.

Despues del rio grande de Cagayan, los más importantes de la isla de Luzon son: el Abra, el Agno Grande y el rio grande de la Pampanga.

El rio Abra nace en la encumbrada cordillera de los Caraballos, cerca de Mancagan, engrosado en breve con numerosas corrientes de aguas, atraviesa la provincia desu nombre, penetra en la de Ilocos Sur, donde toma el nombre de Santa, dividiéndose en tres brazos todos navegables que desaguan en el mar por las barras de Batac, Nioig y Dile, despues de un curso próximamente de 160 kilómetros.

El Agno Grande tiene su orígen al S. E. del nacimiento del anterior, á poca distancia del mismo y en las vertientes occidentales del Caraballo central; cruza en direccion de N. á S. toda la parte oriental del distrito de Benguet, penetra en la provincia de Pangasinan, siguiendo la misma marcha hasta las inmediaciones de Villasis, desde donde se encamina hacia el Oeste tuerce su curso hacia el N., por fin desagua en el golfo de Lingayen, en el mar de China, despues de dividirse en varios brazos que pasan por San Isidro, Lingayen, Binmaley y Dagupan.

El rio Grande de la Pampanga, recoge las aguas que vierten las faldas meridionales del Caraballo Sur, pasa por el pueblo de Pantabangan, cuyo nombre toma, se dirige hácia el S., recoge las aguas del Coronel, sigue su curso hácia el S. O., pasa por Canabatuan, Jaen y San Isidro, pueblos todos de la provincia de Nueva-Ecija y junto al último, capital de la misma, se le reune el rio de Gapan, sigue en la misma direccion, penetra en la provincia de la Pampanga por Arayat, incorporándosele antes el rio Chico de la Pampanga, que nace en la laguna de Canaren, se dirige al E., da una rápida vuelta, marcha hácia el S. paralelamente á la márgen occidental del Pinal de Candaba, gran laguna que se forma con las inundaciones, y desemboca en

delitadas costas abiertas al mar de China y al Pacífico; la poblacion de esta provincia no llega á seis habitantes por kilómetro cuadrado, mientras en la provincia limítrofe de Ilocos Norte, esta relacion es de 48 por 1?

Porque Cagayan es una de las provincias sobre que principalmente pesa el funestísimo monopolio del tabaco por el Estado, y al paso que el Ilocano es libre para dedicar sus tierras á las cosechas que más le placen, y las cultiva con arreglo á sus conocimientos, guiado por la práctica y por su propia responsabilidad, y debate libremente el precio del fruto de sus capitales y trabajo con el comprador, y recibe de éste el importe de la cosecha en el momento estipulado, el habitante de Cagayan no puede dedicar sus propiedades más que al cultivo del tabaco; en la siembra, en los trasplantes, en todas las operaciones propias de esta cosecha tiene que ajustarse precisamente á las instrucciones que recibe de un agricultor improvisado, del colector que es un abogado; recogida la cosecha, no puede venderla más que á la Hacienda; los agentes de ésta son los que le ponen precio, y el dueño del tabaco no recibe en cambio del producto de su sudor y de sus afanes más que un pedazo de papel, un resguardo, que no hace efectivo hasta pasados algunos años, cuando le permite la situacion siempre angustiosa del Tesoro filipino, ó que enagena, obligado por la necesidad, con enormísimos descuentos. Tan inícuo sistema, tanta desventura no puede producir más que la miseria más espantosa, y una despoblacion tan considerable como la que, en efecto, presenta la provincia de Cagayan, que debia ser una de las más pobladas y florecientes del Archipiélago, á causa de lo mismo que hoy constituye su desgracia, á causa de sus inmejorables condiciones para el cultivo del tabaco, pingüe cosecha que, abandonada á la espe-

---

la bahía de Manila por Hagonoy, perteneciente á la provincia de Bulacan.

Aunque no tienen la importancia que los precedentes, merecen mencionarse tambien el rio Pasig, que es el desague de la gran laguna de Bay y desemboca junto á Manila en la bahía de este nombre; el Apayao que es el más importante de la provincia de Cagayan despues del rio Grande, y que desagua en la barra de su nombre, y el Vicol ó Naga que nace en el extremo meridional de la provincia de Camarines Sur, se dirige al NO, llega al lago Bato donde sale en la misma direccion, recibe el rio Buhi que procede del lago de su nombre, aumenta su caudal con el desagüe del lago de Baao y desemboca en la bahía de San Miguel en el mar Pacífico.

culacion privada, ha hecho ricos á Cuba y á varios Estados de la república anglo-americana.

Figuran despues de la provincia de Cagayan en la escala de densidad de poblacion, las dos provincias formadas con las islas de Masbate, Ticao, Burias y sus adyacentes. Pero no debe sorprendernos que aparezcan con cifras tan desventajosas. La vertiente S. O. de la cordillera que cruza toda la isla de Masbate, carece casi por completo de poblacion, á causa de lo muy accidentado del terreno; la de Ticao se halla completamente cubierta en sus dos terceras partes de bosques, y en el resto, de cogonal y monte bajo; la de Burias está cruzada por una cadena de montañas, en algunos puntos bastante elevadas, y es muy poca la superficie cultivada.

La del distrito de la Infanta es sumamente accidentada, pues á causa de estar formada en su mayor parte por las montañas que se desprenden de la alta divisoria occidental de la isla de Luzon, se halla surcada por gran número de ramificaciones trasversales, que van á morir en la costa del Pacífico, y sólo en ésta se encuentra una pequeña zona llana, dedicada al cultivo agrario. No debe, pues, sorprendernos su escasa poblacion. Es la consecuencia forzosa de su pobreza de recursos y de la falta de comunicaciones.

Con decir que la provincia de la Isabela se halla en idénticas condiciones que la de Cagayan, en cuanto á los términos en que el Estado explota el monopolio del cultivo del tabaco, con la sola diferencia de que en la primera el que dirije las operaciones agrícolas es un militar, es lo suficiente para comprender la causa de estar tan despoblada, á pesar de la feracidad de sus numerosos valles y del escaso trabajo con que pudiera reducirse á cultivo gran parte de su territorio hoy improductivo. Es cierto que los 36.017 habitantes asignados á esta provincia, son únicamente los registrados en los pueblos sometidos, y no comprenden por lo mismo las diferentes tríbus salvajes que viven en sus montes (los Gaddanes, los Catalanganes, los Ilongotes, los Bungananes y los Mayoyaos); pero por numerosa que sea esta poblacion independiente, que no puede serlo mucho tratándose de tríbus plagadas de enfermedades y reducidas á mantenerse, casi esclusivamente, con los productos espontáneos de los bosques, harto se comprende que poco pueden aumentar la poblacion total de la provincia

aun sumadas á los habitantes del territorio sometido, y poco por consiguiente mejoraria la relacion de 2'6 habitantes por kilómetro cuadrado en que se encuentran estos últimos.

Los ínfimos lugares de la escala los ocupan la provincia de Abra y los distritos del príncipe, de Bontoc, de Lepanto y de Tiagan. Así debia ser. El territorio del distrito del Príncipe permanece inexplorado en su mayor parte, y si no ha podido penetrarse en él, ni aun con el objeto de formar idea de su constitucion, mucho ménos habrá podido explotarse, por lo que á escepcion de dos llanuras en que se asientan las tierras de cultivo de Baler, Casignan y Casiguran, todo el territorio del distrito continúa cubierto de una vejetacion exuberante y vírgen é impenetrable, á la vez que por sus espesísimos bosques, por el justífico temor que inspiran las feroces tríbus que en su seno habitan. En parecidas circunstancias se encuentran la provincia de Abra y los distritos de Bontoc, Lepanto y Tiagan. Su territorio lo constitutuyen fragosas sierras y empinadas montañas, inexploradas en su mayor parte y habitadas hoy solo por tríbus salvajes, por los pacíficos Busaos, Tinguianes y Apayaos, por los feroces Guinaanes, por los sanguinarios Igorrotes y por los ménos temibles Buriks.

Lo único que se conoce son las orillas del caudaloso rio Abra, y en ellas tienen su asiento la mayor parte de los pueblos formados hasta el dia, que son pocos en número, aunque relativamente prósperos, á causa de las abundantes cosechas que obtienen de los terrenos reducidos á cultivo, dedicados principalmente á maiz, arroz, tabaco, y en los pueblos más importantes tambien á caña dulce, algodon, añil, abacá, cocos, frutas y legumbres.

Si queremos ahora apreciar más el valor de las cifras anteriormente consignadas, y compararlas con este objeto con las expresivas de la poblacion específica de las 49 provincias en que se halla dividida la península española y sus islas adyacentes, nos resultará que no hay en ésta ninguna circunscripcion administrativa, que con relacion á su respectivo territorio, tenga tantos habitantes como las provincias filipinas de Manila, Ilocos Sur, Cavite, Batangas y Balacan; que las de Pangasinan y Pampanga son más pobladas que la de Madrid, y sólo les aventajan en cuanto á poblacion específica, seis de nuestras provincias; el distrito

de Morong presenta cifras más ventajosas que las Baleares, que ocupan el noveno lugar en las provincias españolas en cuanto á densidad de poblacion; la provincia de La Laguna es más populosa que la de Gerona, á la que sólo aventajan en la península once circunscripciones administrativas; la de Ilocos Norte tiene más habitantes, con relacion al territorio, que la de Lugo; la de Albay se halla bajo este punto de vista, casi en las mismas circunstancias que la de Santander; la poblacion específica de la provincia de la Union, es mayor que la de Navarra; la de Camarines Sur la misma que la de Lérida; la de Bataan mayor que la de las provincias de Zamora y Búrgos; la de Zambales como la de Leon; la de Tayabas bastante mayor que la de Badajoz, y la de Nueva Ecija mayor que la de las provincias de Albacete y Cuenca. En cambio no hay entre las provincias españolas ninguna tan despoblada como las restantes de la isla de Luzon, pues estas oscilan entre 8 y 1 habitantes por kilómetro cuadrado, y en la provincia de Ciudad-Real, que es entre las de la península la de menor poblacion específica, esta relacion es de 12 por 1.

El cuadro que sigue pone de manifiesto la densidad de poblacion de los nueve distritos en que se hallan divididas las islas Visayas:

Distritos.	Habitantes por kilómetro cuadrado.
Iloilo	83
Bohol	67
Cebú	61
Capiz	53
Antique	29
Romblon	24
Leyte	23
Negros	22
Sámar	14

No es extraño que figure el distrito de Iloilo á la cabeza de la precedente escala y con cifra tan ventajosa, que en España sólo tres provincias le presentan mayor. En su litoral se encuentra el puerto más importante del Archipiélago, despues del de Manila; su industria, la fabricacion de tejidos, sobre todo, ha adquirido notable desarrollo; su ganadería es ya importante y la agricultura se halla en un estado floreciente.

El esmero con que los habitantes de Bohol cultivan sus tierras, el mérito de sus tejidos, el comercio que hacen con varios artículos y los abundantes recursos que les proporcionan la pesca, son las causas de que este distrito ocupe el segundo lugar en las islas Visayas, bajo el punto de vista de su poblacion específica.

Figura á continuacion el de Cebú, pero con cifras muy inferiores á las correspondientes al de Iloilo. Esto consiste en que, no obstante disponer como éste de un puerto habilitado para el comercio exterior y ser muy solicitados sus tejidos, las tierras no son tan fértiles como las de Panay; así es que sus cosechas, aunque muy variadas é importantes como las de esta isla, no son tan abundantes ni dejan tan pingües rendimientos.

Abunda el distrito de Cápiz en extensos y fértiles valles, surcados por varios rios y esteros que los fecundan; sus cosechas son importantísimas y considerable la fabricacion de tejidos de abacá y algodon. Tan favorables condiciones naturales y tanta laboriosidad por parte de sus naturales, forzosamente debian dar por resultado una poblacion muy numerosa.

Sigue al distrito de Cápiz, su limítrofe el de Antique, pero ya con cifras muy inferiores, á causa de estar reducida la zona de cultivo á la angosta faja de cinco kilómetros en su mayor anchura, comprendida entre la costa y la gran cordillera que la separa de los distritos contíguos. Estos terrenos se hallan además expuestos á impetuosas avenidas de los rios, que con frecuencia acarrean grandes cantidades de cantos rodados, que esterilizan los campos en que se depositan. Los habitantes procuran sacar el mayor partido de las reducidas tierras de que disponen, dedicándolas al cultivo de arroz, de maíz, de cacao, de tabaco y algodon; explotan tambien varias industrias, en especial la fabricacion de tejidos; pero lo montuoso del país y las desfavorables condiciones del cauce de sus rios, serán siempre un obstáculo para el desarrollo de la riqueza, y por consiguiente para el aumento de la poblacion.

En los distritos de Leyte, Romblon y Negros ya no corresponden á cada kilómetro cuadrado más que de 22 á 24 habitantes. La agricultura cuenta en la isla de Leyte con un terreno fértil, abundantes aguas y un clima escelente; merced á tan favorables circunstancias se cosecha en ella arroz, trigo, algodon, añil, pimienta, cacao, café, caña dulce y más qne todo abacá y aceite de coco;

pero hasta hace tres años, en que se habilitó para el comercio exterior el puerto de Taclóban, los habitantes de Leyte no podian conseguir que el comerciante extranjero, comprára sus productos, sino remitiéndolos á las lejanas aduanas de Manila ó de las Visayas, para lo cual carecian además de buques con salidas periódicas ó por lo ménos frecuentes. Conseguida aquella mejora y en constante aumento la demanda de abacá, para cuyo cultivo ofrece la isla de Leyte las mejores condiciones, es de esperar para dentro de breve tiempo un grande aumento en la riqueza y en la poblacion.

Respecto al distrito de Romblon, compuesto de las islas de este nombre, de la de Sibuyan y la de Tablas, sólo advertiremos para que no sorprenda su escaso número de habitantes con relacion al territorio, que la de Romblon es de muy cortas dimensiones, y las islas pequeñas atraen pocos inmigrantes si, como sucede en este caso, hay alrededor otras comarcas más ricas y extensas; la de Sibuyan escasea en recursos naturales, y la de Tablas está cubierta de bosques.

La isla de Negros dispone de fértiles y numerosas llanuras en que la agricultura va desarrollándose, pero lucha con la falta de comunicaciones y con la dificultad para dar salida á sus productos. La cordillera que en sentido longitudinal cruza la isla, tiene incomunicadas entre sí la vertiente occidental y oriental, y aunque la primera puede trasportar fácilmente sus productos al puerto de Iloilo, para su exportacion al extranjero, los habitantes de la costa de Oriente, sólo con grandes y costosísimos rodeos, pueden utilizar aquel puerto ó el de Cebú. La construccion de alguna carretera que pusiera en comunicacion ambas costas, aprovechando algunos de los pasos existentes, y la habilitacion de un puerto para el comercio esterior, elevaria muy pronto la poblacion de la isla de Negros á las favorables cifras que ofrecen las de Panay y Cebú sus vecinas.

Figura en último lugar el distrito de Sámar. Su despoblacion, aunque inferior á la que presentan algunas provincias de España, resulta demasiado notable, cuando se le compara con las demás islas del Archipiélago de Visayas; pero harto lo explica la circunstancia de ser cuasi todo su territorio sumamente fragoso y estar cruzado de cordilleras y barrancos cubiertos de bosques im-

penetrables. Si á pesar de tan desfavorables condiciones para el desenvolvimiento de la poblacion, ésta alcanza todavía la cifra de 15 habitantes por kilómetro cuadrado, se debe á la extraordinaria fertilidad de los terrenos inmediatos á sus costas; y como gran parte de los indicados bosques pueden fácilmente reducirse á cultivo, nada impide asegurar que el número de habitantes aumentará considerablemente en Sámar, á medida que se favorezca la extraccion de sus productos, á lo que contribuirá poderosamente la habilitacion del puerto de Taclóban en la inmediata isla de Leyte.

Réstanos sólo consignar la poblacion expecífica de las provincias de Batanes, Mindoro, Calamianes, las Marianas, y de los seis distritos en que se halla dividido el gobierno militar de Mindanao, comprensivo de la isla de este nombre y de la denominada Isabela de Basilan.

En las Batanes se cuentan 13 habitantes por kilómetro cuadrado, pero harto explican tan escasa poblacion los menguados recursos que ofrecen estas islas á causa del estado de atraso y casi completa incomunicacion en que viven sus naturales. En la provincia de Mindoro corresponden sólo seis habitantes á cada kilómetro cuadrado; pero no es extraño. En la isla de Mindoro, que segun ya hemos dicho mide 9.650 kilómetros cuadrados, no hay más que 18 dedicados á cultivo; el resto se halla cubierto de bosques impenetrables.

En la Calamianes la cifra todavia es más desfavorable, pues sólo cuenta poco más de dos habitantes por kilómetro cuadrado. Todo lo explica, sin embargo, la desventajosa situacion de las islas que principalmente componen esta provincia, y la escasa atencion que ha merecido á nuestros gobiernos la isla de la Paragua, que por hallarse situada en lo más avanzado por la parte Sur de nuestros dominios en Oriente, por sus grandes dimensiones y por la abundancia de sus recursos naturales, debiera ser objeto de especialísimos cuidados. En las Marianas coresponden siete habitantes á cada kilómetro cuadrado, y su aislamiento no permite esperar cifras mucho más favorables en lo sucesivo. En cuanto á los distritos de Mindanao, es imposible fijar su poblacion específica. Conocemos la poblacion sometida, concentrada principalmente en el Norte de la isla, pero ignoramos la extension superficial del

territorio que ocupan, territorio que cual sucede en Dávao, Cottabato y Zamboanga, está reducido á poco más del que ocupan las poblaciones de estos nombres, y que á lo sumo constituyen estrechas fajas á lo largo de las costas, como sucede en los distritos de Misamis y Surigao, poblados principalmente con indios procedentes de Behol é islas inmediatas. En cuanto á las demás razas pobladoras de la ista de Mindanao, la malaya sectaria del Coran, y las distintas tribus aborígenes é idólatras, que perseguidas por aquella, se han ido internando y buscan refugio en las asperezas de las sierras; ya hemos dicho que en el censo últimamente publicado se calculan en 280.623 habitantes, cifra que unida á la de la poblacion sometida (156.278) ya comparada con la superficie de la isla, da por resultado cinco habitantes por kilómetro cuadrado.

Ahora, y para terminar ya, daremos á conocer los pueblos filipinos, cuyo número de habitantes excede de 20.000 y que ascienden á 21, á saber:

Poblaciones.	Provincias á que corresponden.	Habitantes.
Manila.	Manila.....	78.530
Bauan.	Batangas....	38.287
Taal.	Idem.....	37.745
Batangas.	Idem.....	35.626
Lipa.	Idem.....	32.703
San Cárlos.	Pangasinan...	26.525
Vigan.	Ilocos Sur....	26.107
Narvacan.	Idem.....	24.946
Janiuay.	Iloilo.....	24.389
Tambóbon.	Manila.....	24.193
Tayabas.	Tayabas.....	23.057
Balayan.	Batangas.....	22.759
Cápiz.	Cápiz.....	22.727
Dumangas.	Iloilo.....	22.686
Sta. Bárbara.	Idem.....	21.191
Argao.	Cebú.....	21.176
Pototan y Tina.	Iloilo.....	21.050
San Pablo.	Batangas....	20.723
Dagúpan.	Pangasinan..	20.685
Barotas Nuevo	Iloilo.....	20.556
Biumaley.	Pangasinan...	20.525

Ya habrán advertido nuestros lectores que en algunas circunscripciones administrativas llegan á cinco los pueblos de más de

20.000 habitantes, como sucede en la de Iloilo, y hasta á seis, como ocurre en la de Batangas, circunstancia que en la Península ninguna provincia reune. En cuanto á Manila, tambien habrán tenido presente que la cifra con que aparece en la anterior escala, es muy inferior á la que en realidad le corresponde, pues los expresados 78.530 habitantes representan exclusivamente indios y mestizos, y no comprenden por lo mismo las demás razas y elementos que constituyen la poblacion filipina, los cuales, si bien son de escasa importancia en los demás pueblos del Archipiélago, en Manila ascienden á respetabilísima cifra, puesto que residen en aquella capital la mayor parte de los funcionarios públicos, considerable porcion del clero segular y secular, la inmensa mayoría de los 13.265 españoles sin carácter oficial, (entre peninsulares y filipinos) que se hallan en el país, las dos terceras partes por lo ménos de los 30.797 chinos que figuran en el censo, casi todos los demás extranjeros establecidos en las islas, la mayor parte de los confinados y acogidos en los asilos de beneficencia, y una considerable guarnicion, de modo que bien puede calcularse la poblacion de Manila, sin temer la nota de exagerados, en 120.000 habitantes, y en 140.000 se agregaron á esta cifra los habitantes de los pueblos de Dilao, La Hermita, Malate y Pandácan, que por hallarse situados á igual ó ménos distancia del casco de la poblacion ó de la *ciudad mudada*, como se llama la primitiva Manila, que vários de los arrabales que hoy constituyen el municipio de este nombre, forman parte y pertenecen de hecho á la capital del Archipiélago.

J. Jimeno Agius.

EL NATURALISMO CONTEMPORANEO.

LO ORGÁNICO Y LO INORGÁNICO.

Se manifiesta en nuestros dias, á presencia nuestra, una tendencia en las ciencias naturales, cuyos resultados últimos no es aún posible apreciar, pero sí sus consecuencias inmediatas, fecundísimas para el progreso de la ciencia y de la filosofía y señaladamente para su deseado concierto.

Hijo el *Naturalismo contemporáneo* (en cuya denominacion comprendemos las diversas tendencias del experimentalismo naturalista social y moral), del ya relativamennte antiguo Positivismo, tan vertiginosa y rápida es la marcha del pensamiento, no hace gala de menospreciar la filosofía y la especulacion; celoso de los fueros de la experiencia, *última ratio* ó inapelable tribunal de todas sus controversias, no desdeña, sin embargo, el terreno especulativo, ántes bien, gusta hacer dentro de él excursiones, en apariencia modestas, en el fondo de suma trascendencia y alcance. Se debe semejante hecho á ley, superior á la voluntad humana, pues aunque los experimentalistas se precien de su método y muestren á cada paso un prurito de filosofar de tejas abajo, relegando los más altos y superiores principios á la esfera de la poesía, al puro imaginar, es lo cierto que ha allegado el análisis experimental un cúmulo tan inmenso de datos á la cultura general que precisa indispensablemente el pensamiento formar ó ensayar la formacion de *síntesis relativas* de mayor ó menor alcance, pero sín-

tesis al fin, bajo las cuales se ordene la masa indefinida de conocimientos que la experiencia tiene ya recolectados.

Dentro ya de esta tendencia general, á que obedece todo el experimentalismo, por ley ingénita en el pensamiento, tan necesitado de análisis como de síntesis, fuera fácil mostrar la inconsecuencia de aquellos antiguos denuestos contra la filosofía especulativa, y aun la indeclinable contradiccion en que se cae al pretender negar la Metafísica, formando á la vez ó una *Metafísica positivista* ó una *Metafísica negativa* (1), que viene á constituir, segun alguna vez hemos indicado, un *idealismo al revés*. Estimamos tal tendencia utilísima para el progreso general del pensamiento y entendemos que urge abandonar el *Nominalismo* funesto á que la division de las escuelas especulativas habia traido el espíritu científico con el intrincado laberinto de su inflexible tecnicismo, para poder desembarazadamente y con el pensamiento libre de toda conclusion preconcebida discutir ideas, que es lo fecundo, y no disputar sobre palabras, que es ingenioso, pero inútil para la ciencia é híbrido para la vida.

A esta posicion, del todo independiente, en que queremos colocarnos, contribuye el rápido descrédito de todas las escuelas puramente especulativas. La virtualidad reflexiva del indivíduo forma, constituye y depura el pensamiento, poniendo seguramente á contribucion el sincretismo general de cultura especulativa y experimental que recoge de lo pasado y de lo actual; pero deja á la vez el espíritu libre de toda fórmula cerrada y abierto á toda influencia legítima que el progreso ulterior de los tiempos traiga consigo, merced al esfuerzo de los génios y de las medianías, de los grandes y de los pequeños; pues unos y otros colaboran, cada cual en su grado, á la progresiva y cada vez más ámplia conciencia que vamos adquiriendo de la realidad y de su indefinida complexion. Acusa tal carácter del pensamiento, más que un individualismo atómico, sin ley ni freno, una virtualidad implícita en el fondo de toda reflexion personal, que ha de converger en sus resultantes finales con la de los demás, aparte condiciones especialísimas de educacion, carácter, etc,; así lo declara el vulgar aforismo, tantas veces comprobado, de que los extremos se tocan.

---

(1) V. Ribot. *La Psychologie anglaise.*

Y ¿cómo no? Si lo cognoscible es igual para todos y los medios para percibirlo son tambien los mismos, salvo condiciones que no es del caso apreciar, es desde luego obligado que hayan de concertar y converjer los resultados de la actividad científica, aún iniciada y proseguida esta por distintos caminos. Cuando llega la razon á agotar los términos de un problema, y la experiencia recoje sobre el mismo asunto cuantos datos le ofrecen la observacion propia y la agena, es indudable que la reflexion personal del que experimenta y razona á la vez ha de señalar punto de conjuncion y enlace á aquellos opuestos caminos, imponiéndose entonces como progreso para la ciencia conquistado el desprendimiento que obtiene el espíritu colectivo de la suma de los esfuerzos del espíritu individual: ¡tan laboriosa es la gestacion de la conciencia y tan compleja es la ley al progreso en el pensamiento!

Sin recurrir á eclecticismos ya gastados ni á componendas sin autoridad alguna, aspiramos á descubrir en la tendencia general del moderno Naturalismo la pretension justificada de aunar y concertar la expeculacion con la experiencia, fuhdando así la unidad del saber y de la realidad, que ha de ser el valladar invencible para toda pretension excéptica. Así lo entiende y declara Hartmann (1) cuando compara la marcha de la ciencia (influida aun hoy casi por el método inductivo) y de la filosofía (viciada todavía por el predominio de lo deductivo) á la de dos mineros, que trabajan en galerías subterráneas de direccion opuesta, que oyen los golpes que dan y esperan encontrarse, aunque ignoran el punto y momento de dicho encuentro.

Quizá está aun lejano el punto de conjuncion; pero no autoriza semejante duda á desconfiar del esfuerzo invertido ni del resultado que se espera; y en tal sentido más se sirve á los progresos del pensamiento, señalando presentimientos que animen á esta inmensa labor, que indicando esfuerzos sin resultado ó ensayos que se malograron, á cuyo amparo crece la pereza intelectual y con ella el excepticismo, que es el suicidio moral del hombre.

Dificulta este ansiado concierto de la ciencia con la filosofía el sentido aún estrecho que inspira al naturalismo; no se descubre ya en sus más ilustres representantes aquella exagerada aficion á

(1) HARTMANN.—*Phylosophie l'insconscient.*

quedar en lo pedestre y vulgar, que caracteriza la primera aparicion y rápidos progresos de la escuela positivista; pero todavía se nota que llegan á la especulacion imbuidos de un espíritu tan desconfiado y tan cercano al excepticismo, que al tomar abolengo intelectual en Kant, aceptan lo que en el ilustre pensador fué *posicion* de lo que ha dado en llamarse el problema crítico ó del conocimiento, como *solucion negativa* de dicho problema. Por una dichosa contradiccion, ya que el Naturalismo no halla solucion satisfactoria de parte de lo especulativo á problema tan capital, desdeña las soluciones extremas, y, ora lo estime insoluble, ora lo resuelva especulativamente de un modo negativo, toma en la práctica una posicion, que es fecundísima, pues acepta, aunque no se atreva á justificarla, la realidad de nuestros conocimientos.

En dicha posicion intermedia considera el Naturalismo las soluciones extremas del problema crítico—sensualismo é idealismo—cómo los güelfos y gibelinos del pensamiento, cómo dos antiguos caballeros, dice gráficamente un naturalista italiano (1), que se baten por el color de su escudo sin haberle visto el uno ni el otro; huye, por tanto, el experimentalismo de nuestros dias de dicho problema, y aún mostrando sus preferencias á la solucion negativa, trabaja despues en la ciencia, dando por obtenida la solucion afirmativa. Felicitémonos de tal contradiccion y aceptemos la valiosa cooperacion de sus esfuerzos en pro de la ciencia y á favor de aspiraciones sintéticas, que han de dar resultados utilísimos.

Con señalar el dominio que el hombre adquiere mediante la ciencia sobre todas y cada una de las fuerzas materiales, con dar pruebas de que el ejercicio espontáneo de la inteligencia, aleccionada por los grandes medios de experimentacion, no queda jamás sin éxito, se considera autorizado el Naturalismo para que escrúpulos de especulaciones lógicas y metafísicas no le detengan en su camino triunfal en un punto que estima en el fondo insoluble. Cree, pues, el Naturalismo que no se puede demostrar que nuestros conocimientos son reales; pero evita agotar todas sus fuerzas en el exámen de dicha cuestion y procede á aumentar el caudal de la experiencia, suponiendo que el entendimiento obtiene sus percepciones con valor real y objetivo.

---

(1) M. Siciliani. *Prolegómenos á la Psico-genia moderna.*

Detenerse en tal contradiccion; empeñarse en rechazar, apoyados en este vicio de orígen de todo el Naturalismo, cuánto haga y obtenga para el progreso del saber, será quedar fiel al espíritu escolástico de esta ó de la otra manera de pensar; pero siempre tendrá tal conducta algun parecido con la del general que quisiera á todo trance explicar, durante el fragor de la batalla, á sus soldados las leyes físico-matemáticas de la balística antes de consentirles aplicar la mecha al cañon. Si el experimentador fia á lo expontáneo y natural del pensamiento, terreno neutral, allí debe ir el pensador, que no esté preocupado y que fie, cómo debe fiar, en que las fuerzas nativas de la inteligencia no pueden contradecir las leyes científicas del conocimiento, si están exactamente formuladas. Y en tal caso se comprueba la afirmacion de un pensador tan imparcial como Stuart Mill, que dice (1): "Estoy persuadido de que en los tiempos modernos han contribuido al progreso de los métodos lógicos las ciencias inductivas mucho más que las especulaciones filosóficas."

Apreciemos, por tanto, en lo que valen estas aspiraciones á formar síntesis relativas de todas las experiencias, pues llevan consigo fecunda preparacion para un trabajo general y reconstructivo, que facilitará edificar en firme una concepcion de la realidad y de la vida, tendencia final de toda ciencia y toda filosofía. A este experimentalismo, severo en sus razonamientos y respetable por su prudencia y reservas, que no tiene nada que ver con el materialismo *enragé* de los *enfants terribles* de la escuela positivista, pues así lo declaran sus más ilustres representantes, y nadie tiene de otro lado derecho á obligar á los demás á afirmar más que lo que explícitamente declaran, á no convertirse en inquisidor de inteligencias é intenciones; á este experimentalismo es al que pretendemos preguntar sobre lo *orgánico* y lo *inorgánico*, ya que el problema, al ménos en el nuevo aspecto en que se presenta hoy, es del moderno naturalismo, por él ha sido iniciado y por él enriquecido con copiosos datos.

Discernir, por tanto, lo que haya de legítimo y verdadero, segun el criterio indicado en las teorías del moderno transformismo, ganoso desde su aparicion en la historia novísima del pensa-

(1) STUART MILL.—*Lógique*, II tomo.

miento de identificar lo orgánico con lo inórgánico; tal vá á ser el objeto de nuestro estudio, que emprendemos, más con el deseo de enriquecer el pensamiento propio, recogiendo toda influencia de la cultura general, que con la pretension atrevida de dar solucion á tan grave y trascendental problema.

Los modernos naturalistas, decididos partidarios, salvo raras excepciones, del Transformismo, llevan en el fondo de todas sus concepciones sintéticas premeditada intencion de identificar lo orgánico con lo inorgánico; y á este fin entienden que la vida es, bajo el punto de vista químico, una simple combustion, y en su aspecto físico una trasformacion de fuerzas. Sin esceder los límites restringidos de la experiencia, sin tocar á los linderos de realidades tan efectivas como las aparentemente tangibles, que se manifiestan en las fuerzas materiales, aún podemos asignar á la vida alguna cualidad más compleja que la anteriormente declarada, cualidad por sí suficiente para comprobar de modo experimental que hay, que existe distincion entre lo orgánico y lo inorgánico.

Podemos y debemos admitir, ya que la comprobacion experimental lo declara y las concepciones especulativas no lo rechazan como absurdo, que las leyes físico-químicas son condiciones generales y causa inmediata de los fenómenos observables de la vida; pero no debemos olvidar que el mismo Hæckel, apóstol del Transformismo, reconoce como resultado de todas sus laboriosas observaciones, que los primeros esbozos, aún los más indeterminados, de materia organizada, los ejemplos de mayor indeterminacion, en que aún la materia es amorfa, están dotados de una *movilidad escesiva*, son debidos siempre á *combinaciones cuaternarias*, se componen de la union de los estados sólido, flúido y gaseoso en contínuo comercio, y determinan y señalan en el punto aún indeciso de la organizacion un *centro atractivo*, asimilador de fuerzas, que revelan desde luego una solidaridad distinta de la característica entre los inorgánicos, solidaridad de contacto y de obligada é inflexible referencia al todo en que se contienen.

Si la vida es asimilacion y apropiacion de las leyes físico-químicas (segun dice Hæckel) para producir y determinar elementos histológicos, útiles orgánicos ó mejor extructura orgánica que manifiesta en órden gerárquico, en série, los fenómenos de los sé-

res vivos, podemos tambien añadir, como resultado de la experiencia, que la *vida es creacion* (1) de todos estos elementos. Prescindiendo del dificilísimo y debatido problema de la *generacion espontánea*, y ateniéndonos sólo á la experiencia, no hallamos dificultad ninguna en declarar que la vida es *creacion en trasmision*.

La experiencia, lealmente consultada, aduce pruebas numerosas de que la causa de la vida, tal como se manifiesta fenomenalmente, reside en el poder de organizacion que *crea* la máquina viva y repara sus incesantes pérdidas.

No queremos perturbar con ningun concepto *a priori* la interpretacion de las experimentaciones naturales; admitamos, por lo tanto, que la materia es el conjunto de las fuerzas ó el lugar donde las fuerzas se manifiestan (2), que la materia no engendra los fenómenos, que es el *substratum* ó conjunto de condiciciones para revelar los fenómenos de la vida, y tendremos que reconocer con C. Bernard que el huevo (tomado en el sentido de la unidad irreductible á que llega el análisis, hallando como término de la descomposicion experimental la *célula* ó celdilla, el protoplasma ú otro elemento aún más simple) preside la creacion del organismo, lleva á cabo su renovacion y llega á ser la condicion primordial de todos los fenómenos ulteriores de la vida.

De semejante concepcion experimental, *a posteriori*, no es lícito inducir á una idea de la vida en série de adiciones de los elementos circundantes, ántes bien, es lógico pensar que el proceso evolutivo de la diferenciacion depende, tanto de la suma de elementos físico-químicos, como de la dilatacion y expansion de la fuerza germinal, creadora de todo principio orgánico (3). Existe,

---

(1) C. Bernard.

(2) Dastre.—*Le Probléme phisiológique de la vie-Revue Philosophique* tomo 6.°

(3) «Si no ha de condenarse el naturalista al ímprobo trabajo de cortar «cien veces la cabeza de esta hidra, que renace otras tantas, ha de emprender «otro camino, el de concebir los séres como verdaderos organismos que no se «forman á pedazos como las máquinas, si no por interior distincion que va «surgiendo en el seno de su unidad primitiva.»

Linares.—*La vida de los astros*, conferencia de la Institucion libre de Enseñanza.

pues, en la vida algo más que el mero mecanismo, preside á todo su desarrollo algo (si desconocido por la experiencia, percibido en ella por sus fenómenos y resultados) que asimila la naturaleza, segun decia Gœthe á un gran artista.

A la asimilacion y apropiacion de las fuerzas del medio ambiente con la movilidad escesiva señalada por Hæckel y con la adaptacion indicada por Spencer para definir la vida (1), podemos añadir otro dato, por la experiencia comprobado, para señalar una nota característica entre lo orgánico, susceptible de *irritabilidad* y *sensibilidad*, y lo inorgánico que carece de dicha cualidad. Así lo ha demostrado cumplidamente C. Bernard (2) al considerar, con Haller, el corazon, centro de la vida, como el órgano *primum vivens*, segun se observa en la vida intra-uterina, y *ultimum moriens*, como lo demuestran los experimentos hechos en el corazon de algunos decapitados. Todo le que vive siente y puede ser anestesiado, dice C. Bernard (3), apareciendo por lo mismo la sensibilidad como la propiedad más característica y general de la vida. Escusado parece advertir que tomamos en este caso, con el fin de comprender la múltiple escala de los séres vivos, la sensibilidad en su acepcion más ámplia, y comprendemos en ella todo el proceso que desenvuelve la evolucion desde la tupida sombra de la irritabilidad y la penumbra de la sensibilidad inconsciente, hasta la plena luz y discrecion de la sensibilidad consciente.

Con este punto de vista importa declarar con Huxley que el protoplasma es la base físico-química de la vida; pero interesa añadir que en el protoplasma y en los más rudimentarios esbozos de la organizacion de la materia amorfa, en estas regiones tenebrosas, donde han penetrado la diligencia y el análisis de estos nuevos buzos del pensamiento, que se llaman Hæckel, Pasteur, Bertelhot y otros, se nota en los séres orgánicos, por imperfectos que sean, una movilidad escesiva por ser compuestos inestables y centros atractivos de apropiacion de fuerzas, movilidad que revela ya en la célula, ya en el protoplasma, aún si se quiere, en el blasto-

---

(1) SPENCER.—*Principes de Biologie.*

(2) *Physiologie ducœur.*

(3) *La sensibilidad en el reino animal y vegetal.*

dermo una *unidad irreductible* á experimentacion físico-química (1).

Que tal unidad es irreductible, que no puede descomponerse, ni reconstruirse con los elementos físico-químicos, lo prueba lo ineficaz de los ensayos de síntesis química, lo declara la identidad de resultados de todas las ciencias naturales, que llegan cada cual, bajo su punto de vista, á este término irreductible, y lo confirma la percepcion antes declarada de que la vida es creacion regida y presidida, más que por un automatismo mecánico, por fuerza directora en contínua evolucion. Asílo declara autoridad nada sospechosa, Mr. Taine (2) al recojer el resultado final del análisis de la célula en todos sus aspectos. "Se puede comparar, dice, la célula "á un almacen pequeño de pólvora que, á cada excitacion del nér-"vio aferente, se inflama, estalla y trasmite multiplicado al nér-"vio eferente el impulso recibido del primero; tal es el quebranta-"miento nervioso bajo el punto de vista mecánico. Bajo el punto "de vista físico es una combustion de la sustancia nerviosa que al "arder desprende calor. Considerado químicamente es una des-"composicion de la sustancia nerviosa que pierde su grasa fosfóri-"ca y su neurina; fisiológicamente es el juego de un órgano que, "como todos los demás, se altera por su propio juego y necesita "para funcionar de nuevo una reparacion sanguínea."

Tambien reconoce C. Bernard esta misma unidad irreductible que pretende localizar en lo que llama el *medio interior orgánico* (3), obedeciendo á la misma necesidad que le imponen los resultados experimentales. Así estima su conclusion fundamental sobre dicho punto Mr. P. Bert (4). "El sér vivo, dice, es un lu-

---

(1) "Célula es el estado inicial de los organismos superiores... centro de "actividad natural, que subsiste merced á un cambio de sus factores esen-"ciales, materia, forma y fuerza, pudiendo además reproducirse casi siem-"pre en individuos análogos y desarrollar con frecuencia nuevas formacio-"nes subordinadas celulares, que le sirven de órganos para la mayor plenitud "y riqueza de sus funciones vitales."

LINARES.—*La vida de los astros*. Conferencia de la Institucion libre de enseñanza.

(2) H. TAINE.—*Géographie et Mecanique cerebrales*.—*Revue Philosophique*, núm. 10.

(3) Llama C. Bernard *medio* ó *centro interior orgánico* á la sangre y á todos los líquidos blastemáticos que de ella se derivan.

(4) P. BERT. *Les Travaux de C. Bernard. Revue scientiphique*.

"gar donde se producen, en condiciones variadísimas, actos físico-"químicos, que constituyen categoría propia por su complejidad "y por las condiciones en que se ejecutan... Estos actos se realizan "en las profundidades de los órganos, mediante los corpúsculos "pequeñísimos á que puede reducir el anatómico con el microsco-"pio los cuerpos orgánicos. Tales corpúsculos, ó elementos anató-"micos, tienen autonomía, vida propia, y de la vida colectiva "de estos elementos viven los órganos y los tejidos; pero la vida "total del sér es la fuente de sus vidas individuales. Es, pues, ne-"cesario que un intermediario se encargue de relacionarlos, que "es el *medio interior orgánico*, dentro del cual viven dichos ele-"mentos como los animales acuáticos en el agua."

Aún genérica y algo indeterminada la localizacion hecha por C. Bernard, del elemento de la vida irreductible á experimentacion físico-química, pues se limita á declarar condicion imprescindible de su existencia la sangre y su temperatura, adecuada para que no cese la oxidacion; aún con tal circunspeccion, no es admitida dicha idea por algunos naturalistas notables; pero no se atreven, sin embargo, á declararse contra semejante principio unitario. Así, por ejemplo, dice Mr. G. H. Lewes (1): "no se ha de-"mostrado la existencia de ninguna unidad anatómica, ni es po-"sible demostrar que exista centro semejante; *la unidad está en "todo el organismo*, y, por tanto, no es el cerebro, sino el hombre "el que siente y cree." Mr. Dastre, ya citado, se limita á declarar que la unidad del sér vivo no es absoluta, sino relativa; porque la vida del conjunto depende de la vida de cada uno de estos elementos, lo cual puede ser verdad, y no quitar, sin embargo, valor alguno á cuanto dejamos expuesto.

Si insistimos en este punto, es por que creemos que, al meditar sobre esta consecuencia final de la experimentacion, al concebir la vida como una unidad complegísima, no se debe dar el alcance que se pretende, ni la interpretacion á que se aspira á los experimentos de vivisecciones, experimentos que prueban mucho la complejidad de la vida y la posibilidad de evocar y solicitar la manifestacion de algunos de sus fenómenos de un modo aislado, siempre que tengamos en cuenta el aforismo de que mandamos

(1) G. H. Lewes *Espiritualismo* y *Materialismo*.

la naturaleza, obedeciendo sus leyes, (1) pero que no prueban el automatismo ciego y mecánico con que se explican tales fenómenos, si se tiene en cuenta que no falta sino que continúa, ya implícita, ya explícita, la presencia en el ser vivo de este principio complejísimo en sus condiciones y simplicísimo en sus elementos constitutivos.

Aparece la unidad irreductible á toda experimentacion que caracteriza al sér vivo como el eterno postulado del razonamiento á toda experiencia, tal vez como la base y orígen de la individualidad anatómica, constitutiva del sér, que rige y preside, por movimiento intrínseco, por evolucion inmanente, todo el desarrollo ulterior, complegísimo, pero á la vez típico de la vida. Y en tal sentido nos repugna identificar dicho principio unitario con la teoría del *organicismo*, calurosamente defendida por un pensador tan notable como el Sr. Moreno Nieto, y patrocinada y aún expuesta bajo nuevos puntos de vista por el célebre Bernard, con la concepcion de las fuerzas por él designadas *órgano-tróficas*. Creemos que no autoriza el experimento, ni justifica su interpretacion que se atribuya al organismo, que es, despues de todo, una resultante formal de este principio de involucion, virtualidad bastante para determinar cópula obligada entre los elementos complejísimos que se tejen y enlazan en la constitucion y desarrollo de la vida.

Afirmada la existencia, para nosotros incontrovertible de tal principio unitario, carácter fundamental de la vida, educida su justificacion del fondo de las experiencias, *a posteriori*, importa señalar este concierto del resultado final del experimentalismo con todas las concepciones intuitivas, que forman el secular legado del espíritu filosófico y del procedimiento *a priori*. No concebimos tal principio como exclusiva exigencia lógica ó postulado abstracto derivado de una arquitectónica idealista: entendemos más bien que es el principio de toda realidad fenomenal, que se

---

(1) "No podemos dirigir los fenómenos de la naturaleza, sino sometiéndonos á las leyes que las rigen... Mandamos la naturaleza obedeciéndola... "Cuando el experimentador resfria un líquido para que se cristalice, no "obra sobre la cristalizacion, que es propiedad inherente á la materia, determina la condicion en que aquella tiene lugar."—*C. Bernard.*

produce y manifiesta segun órden y medida (*mens agitat molem*), órden y medida aun no integrados y completados en su concepcion genérica por ser aun abstractas todas las clasificaciones naturales de los séres vivos. Y en este punto cumple á la lealtad de nuestra circunspeccion científica declarar lo ineficaz de todos los ensayos así experimentales como especulativos, pues ni se comprueba la existencia de la *idea absoluta* de Hegel, ni la de lo *Inconsciente* de Hartmann, ni la del *Mecanismo monista* de Hæckel.

Valiosos los argumentos críticos (que por algo se ha dicho que es más fácil criticar que afirmar), son bien pobres y deleznables los afirmativos, y no abrigamos, por tanto, la loca pretension de indicar *grosso modo* ó por intuicion genial de que carecemos, y cuya virtualidad para este punto concreto habria de ponerse en tela de juicio, término final, solucion completa al problema de los problemas. Basta á nuestra modestísima pretension declarar su exigencia como argumento incontestable á toda tendencia ex céptica, reconociendo á la vez la compleja gestacion del progreso del pensamiento y fiando á tiempos ulteriores la percepcion gradualmente más discreta de su contenido merced á los adelantos aunados de la especulacion con la experiencia.

Para concluir con este asunto, á riesgo de repetirnos, hemos de aducir consideraciones que no pueden olvidarse sobre el estado general del pensamiento, factor que no debiera olvidar el Naturalismo contemporáneo, cuando, fiado solo á las fuerzas nativas y expontáneas de la inteligencia, corta arbitrariamente las cuestiones, presumiendo resolverlas, y es fiel á las leyes de la lógica, á reserva de mutilarlas con soluciones atrevidísimas, revestidas de una circunspeccion más aparente que real.

Invadida al presente toda la cultura de un criticismo, cuyo valor definitivo no se puede aún apreciar, resulta lógica y aun realmente probado que el conocimiento se forma mediante la gradual y sucesiva construccion del concepto, amplificado y rectificado por igual, gracias á las intuiciones especulativas y á las experiencias fenomenales. En tal supuesto, no toleran los tiempos que alcanzamos, enemigos de lo dogmático, ni consiente la complejísima evolucion del pensamiento una concepcion total, sintética de la realidad, cuyos infinitos aspectos más precisan discrecion suma y delicado análisis, que gigantescas y geniales construcciones, cuyo

ciclo actual parece haber cerrado definitivamente el prodigioso ensayo de Hegel. A pesar de que tal estado del pensamiento humano, crítico y en demasía desconfiado, acusa en el fondo un progreso indudable, hay que reconocer lo difícil, quizá imposible por hoy, que es, áun dotada la inteligencia de vuelo genial, abarcar de una sola ojeada los múltiples prismas en que la realidad se ofrece.

Teniendo en cuenta tales precedentes, ni desechemos sin más toda especulacion, ni pidamos con una urgencia, repulsiva á la ley de la reflexion, á las concepciones ontológicas lo que no pueden darnos; si la Metafísica tiene que verse por hoy recluida al silencio, hasta que se amplíe y complete el nuevo concepto de la realidad, fiemos en que del rápido descrédito de las especulaciones ideales, y del controvertido alcance del esperimentalismo ha de surgir en su dia superior conjuncion de lo real con lo ideal, apta para integrar este principio unitario, que aparece eternamente como la condicion *sine quà non* de la vida y de sus manifestaciones múltiples.

En el interin, colaboremos todos, cada cual en la medida de sus fuerzas, á precisar resultados, que convergen á mostrar con imperío creciente por exigencia ideal, y por necesidad ingénita en la experimentacion y en sus legítimas interpretaciones, la existencia real de la vida y de lo orgánico con caractéres propios, que no proceden de la mera adicion de elementos inorgánicos ó de su misteriosa trasformacion, cuando parecen más bien contribuir los últimos datos de la experiencia, á considerar con Fechner y Gerland la realidad toda organizada y viva, y lo inorgánico como residuo de lo orgánico, asimilable en ulterior evolucion. Esta concepcion se halla magistralmente expuesta por el Sr. Linares en su conferencia ya citada, sobre la *La vida de los astros*. (1)

Caracterizado el sér vivo, segun declaracion unánime de todos los Naturalistas, por la *nutricion* y la *generacion*, que forman sus *fenómenos constitutivos*, se puede considerar reunidos estos dos ór-

(1) "Fuerza será reconocer que son los minerales y demás cuerpos inorgá-"nicos productos, residuo de la tierra y demás astros, y de los restantes or-"ganismos, de ningun modo séres verdaderos, unidades naturales, que las "fuerzas generales de la naturaleza son puras manifestaciones de la vida.„ LINARES.—*La vida de los astros.*

denes de fenómenos y hacer de ellos un acto único, pues, segun dice C. Bernard, la nutricion es una generacion continuada.

Contribuyen al fenómeno de la nutricion todas las condiciones del medio ambiente, condiciones físico-químicas del exterior, que son modificables y asimilables por el organismo (1) No aparecen en tal fenómeno, segun demuestra el análisis químico, ni fuerzas, ni elementos distintos de los de la materia inorgánica, y sólo se revela una complegidad y rapidez de combinaciones químicas en las funciones nutritivas, superior á lo observado en la naturaleza inorgánica. Bajo tal aspecto, hay que integrar é identificar unos fenómenos con otros y confesar que las leyes físico-químicas de las combinaciones de elementos inorgánicos son iguales á los de los orgánicos, argumento poderosísimo para desechar de una vez la antigua teoría del *vitalismo*, cuyo empeño para hallar fuerza específica que explique los fenómenos vitales, es infundado, ya que hoy comprueba la experiencia la unidad de las leyes físico-químicas que obran en lo orgánico y en lo inorgánico.

La última y más expresiva fórmula de la concepcion abstracta, que sirve de base al *vitalismo*, es la expuesta por Bichat al decir que la vida es el conjunto de funciones que resisten á la muerte, lo cual supone la existencia de propiedades vitales, reparadoras y conservadoras, en oposicion á las propiedades físicas que destruyen el organismo. La falsedad de semejante abstraccion está completamente demostrada por los progresos de la Embriología, que ha probado cumplidamente que toda la evolucion germinal y orgánica del huevo es debida á la movilidad y diferenciacion del gérmen, unidas con los elementos asimilables (luz, calor, electricidad, etc.,) que le ofrece el medio ambiente en las fuerzas físico-químicas. Así es indudable, por ejemplo, que si untamos exteriormente un huevo de gallina, barnizándolo con un betun espeso para cortar toda comunicacion con el medio ambiente, la falta de calor, que del exterior ha de asimilarse el huevo, hace que quede infecundo, que no germine ni se desarrolle. Por otra parte, no es posible aseverar, colocados en tal dualismo entre las fuerzas vitales

(1) En este sentido ha sido hecha la siguiente incontrovertible afirmacion: «el conocimiento de nosotros mismos no puede progresar sino con el conocimiento del mundo que nos rodea.» DELBŒUF.—*La Psychologie comme science naturelle.*

y las físico químicas, que el carácter más saliente de los séres vivos es la nutricion, que consiste precisamente en la asimilacion de elementos elaborados por fuerzas físico-químicas.

Aún declarada la unidad de la fuerza y aceptada la conservacion de la energía, y haciendo caso omiso del problema aún no resuelto de si la síntesis química es capaz ó no de reunir, por experimentos y medios humanos, condiciones físico-químicas, suficientes para determinar la aparicion del jugo gástrico, todavía nos parece infundada la pretension del transformismo, aspirando á identificar la *nutricion* del organismo con el crecimiento de lo inorgánico por mera justaposicion de átomos ó por combinaciones y trasformaciones de unas fuerzas físicas en otras.

Salta desde luego á la vista que el organismo que se nutre, desde el más rudimentario é indeterminado movimiento del núcleo de su célula, aparece y continúa siendo una síntesis superior á todas las condiciones físico-químicas que se asimila, síntesis distinta, dígase lo que se quiera, de la combinacion estática de las cristalizaciones por la vía húmeda, y sobre todo síntesis, cuyo desarrollo no reside solo en la mayor ó menor complicacion de la forma geométrica que toma lo inorgánico. Además, se olvida que en lo inorgánico falta la involucion germinal de tal suerte, que los que identifican lo órgánico con lo inorgánico no reparan, segun dice un ilustrado naturalista (1), que «en minerales y rocas hay solo «destrucciones y formaciones, jamás evolucion; un mineral se «deshace y aparece otro, deja de haber pirita y hay óxido de hier«ro; acaba una concrecion y empieza otra, y en la evolucion sub«siste siempre la unidad primera; hay persistencia del indivíduo «orgánico á través de sus cambios.»

Aparece, pues, rigiendo la funcion del torbellino vital del círculo material entre lo orgánico en su doble manifestacion de asimilacion y desasimilacion aquel principio unitario que evoluciona á través de los múltiples cambios que la vida ofrece.—Al nutrirse el sér vivo del medio que le circunda engendra ó transforma elementos nuevos, lo cual confirma que la vida es creacion, y los engendra segun un ciclo que, implícita ó explícitamente, está determinado por la fuerza germinal.

---

(1) LINARES.—*La vida de los astros.*

Igual ó parecida idea á la que indicamos es la expuesta por Lefevre (1) que muestra despues su marcada preferencia á la doctrina transformista, olvidando el sentido implícito en sus palabras: "es la vida un movimiento de endósmosis y exósmosis á través de las paredes de una célula ó más bien es el estado de tegidos "particulares, en que entran ciertos elementos simples susceptibles de absorber determinadas sustancias, cuyo resíduo expulsan; "la *nutricion como carácter general de la vida* se halla en gérmen "en esta propiedad."

Ninguna experiencia, que no sea arbitrariamente interpretada, autoriza para prescindir de este elemento de asimilacion y desasimilacion, que es irreductible al experimento, y de cuyo seno brota, sin embargo, como ineludible exijencia. En los mismos ensayos de síntesis química, más atrevidos por la intencion que los mueve, que fecundos por los resultados que se obtengan, se percibe experimentalmente la presencia y áun la accion positiva del medio ambiente, cuyo concurso es indispensable para la produccion de dichas síntesis. Al reunir tales ó cuales elementos físico-químicos, provocando la concurrencia de condiciones á causas concomitantes de un fenómeno, ni puede, ni debe olvidar el experimentador la accion del medio ambiente, principio mediador para la cópula y organizacion de todos aquellos elementos, verdadero proceso órgánico, en el cual quizá haya de encontrarse en su dia el alfa y la omega de este capitalísimo problema. Hubiera incurrido en multitud de errores M. Pasteur, si no hubiera hecho con esta escrupulosa diligencia sus célebres experimentos sobre el polvo recogido en los muebles de una sala deshabitada, donde pretende haber hallado multitud de gérmenes vivos. Mayor claridad y precision dan á esta exigencia, que aquí señalamos, los notables estudios de Tynndall sobre las *Fermentaciones* y las *Enfermedades* y los experimentos de Huxley para marcar la *Zona fronteriza entre el reino animal y vegetal*. Los resultados indeterminados todavía que recojen estos dos célebres experimentadores acerca de existencia de *bacterios*, ú organismos más que rudimentarios rodeados de densas penumbras, y que se agitan en condiciones aún inobservables en el medio ambiente, prueban que siempre que la

(1) André Lefévre.—*La Philosophie*.

experiencia agota todos sus medios para recojer cuantos datos puede respecto á la vida, encuentra más allá del término irreductible vida y organizacion en el medio ambiente.

Examinando la doble manifestacion de la asimilacion y desasimilacion del fenómeno fundamental de la vida, de la nutricion, siguen luego los naturalistas á manera de tránsito imperceptible, considerando los séres vivos en sus fenómenos *dinámicos ó de movimiento*.

Introduce en el exámen de estos fenómenos grande confusion el silencio observado por todos los naturalistas respecto á la índole del movimiento; silencio que no autoriza á argumentarles con una idea de lo que sea el movimiento, porque habrán de rechazarla como hija de lo *a priori*; pero que facilita en cambio á su modo de razonar determinar tránsitos, no siempre lógicos, del movimiento provocado y solicitado por el exterior al genuinamente interior en el organismo. Si llegan á la identificacion de ambos, estudiando sólo el primero y considerando el interior únicamente en sus manifestaciones exteriores y como resultado con exactitud matemática del excitante exterior, podrá fácilmente, aun el ménos experto, penetrar en lo deleznable de tal procedimiento.

Hacen los naturalistas caso omiso de si lo natural se explica en todas sus concreciones mediante materia, fuerza y forma, ó hay que añadir el movimiento como combinacion de lo sucesivo del tiempo con lo contínuo del espacio; se limitan á aseverar el dinamismo general de las fuerzas y la innegable trasformacion de unas en otras; y con tales precedentes, aplicados á lo orgánico, se colige á primera vista las conclusiones de toda concepcion sintética, basada en el naturalismo. Flota por cima de todas estas premisas lo idéntico, lo homogéneo, lo igual y lo indistinto y la complicacion múltiple de los séres vivos es más que una diferenciacion real un cambio constante de estado ó postura. ¡Quién sabe si extremando la desconfianza de la crítica se podria llegar á decir que son fases ó aspectos distintos, sólo por el punto de mira del observador!

A no respetar escrupulosamente la posicion crítica y negativa en que se coloca el Naturalismo contemporáneo frente á las enseñanzas de la lógica, fuera esta ocasion, más que propicia, inevita-

ble para demostrar que el trasformismo, que tanto alardea de conocimientos positivos y de ser fiel á la experiencia, es, en fin de cuentas, un *idealismo al revés*, un subjetivismo idealista, que concibe á modo mecánico todo el mundo natural y que llena é integra sus abstractas concepciones con la interpretacion nada legítima de los datos experimentales. Mas, fuerza es seguir el razonamiento tal como se ofrece por el Naturalismo, y ver de educir de su fondo las inconsecuencias y absurdos que de tales faltas se desprenden.

Aun aceptada en fisiología la teoría de la física moderna sobre el dinamismo general de las fuerzas y aplicada tal teoría al organismo, segun la técnica de Huxley (1) que divide las fuerzas en fuerzas de tension (almacenadas en el organismo) vivas (las que el organismo manifiesta en el movimiento) y de desprendimiento (las que provocan el cambio de las de tension en vivas); no se puede olvidar que el organismo es un centro de asimilacion de fuerzas con carácter propio.

El tránsito de lo físico y mecánico del movimiento á lo fisiológico y á lo vivo del mismo, la transformacion que supone el tecnicismo de Huxley, el cambio, en una palabra, de la fuerza de tension en fuerza viva se efectúa dentro del organismo, el cual no es simplemente pasivo receptáculo de los excitantes exteriores, sino una unidad típica, que merced á circunstancias complejísimas, no sólo transforma por medida matemática, un equivalente mecánico en otro, sino que se constituye en centro modificador de estas fuerzas, cuyo impulso dirige y cuya intension determina dentro de ciertos límites. ¿Cómo ha de ser posible igualar, identificar y aun confundir en los fenómenos dinámicos el excitante exterior y el movimiento del organismo á modo de dos estaciones telegráficas que mecánicamente se trasmiten lo mismo que han recibido?

U. Gonzalez Serrano.

(*Concluirá.*)

---

(1) Huxley.—*Lecons de Physiologie elementaire.*

ASTRONOMÍA POPULAR.

LA LUNA.

Nos hallamos en una noche tranquila y hermosa de verano, tarde, algunas horas despues de haberse puesto el Sol. Se ha mitigado el calor del dia, la atmósfera no es tan sofocante, y una suave brisa refresca el ambiente: todo está tranquilo, todo reposa sobre la Tierra, y hasta la Naturaleza misma parece envuelta en el manto encantador de la poesía y del misterio.

La Luna brilla en el cielo y presenta en toda su plenitud su disco plateado, semejante á un espejo gigantesco. Algunas estrellas, las más notables por su luz, se distinguen diseminadas, como pequeñas chispas de fuego, y las más débiles apénas se perciben, ofuscadas por el resplandor que despide la Luna que se ostenta majestuosa como la reina de la noche.

Miremos un instante al astro que nos envía su blanca y tranquila luz. Su disco no brilla igualmente por todas partes; algunas se muestran agrisadas como si fuesen manchas, y de tal modo distribuidas que afectan vagamente la forma de un rostro humano. Mas si la observamos con un telescopio, este aspecto desaparece, porque se distinguen mejor los detalles y se descubre claramente, acercando el astro á nosotros, lo que á la simple vista no se puede percibir.

Muy desigual se vé con estos instrumentos la superficie de la

Luna: en unas partes altas montañas; en otras, regiones planas formando inmensas llanuras. A donde quiera que enfilemos el anteojo, veremos destacarse de una manera clara y sorprendente las cimas y los valles, las cordilleras y sus precipicios espantosos, los círcos y los cráteres apagados... como que con los mejores telescopios se vé la Luna á la distancia de 50 leguas, en vez de las 96.000 que está de nosotros, ni más ni ménos que como veríamos en la Tierra desde la cumbre de una montaña elevada, el paisaje que se tendiera en torno nuestro, hasta perderse en el horizonte.

La geografía de nuestro satélite se conoce con tanta exactitud como la de la Tierra. Cuantos paisajes y extraños relieves ofrece su accidentada superficie, han sido estudiados, contados, medidos y dibujados con tanto esmero, como si viviéramos en ese mundo cercano. Esto ha permitido construir *mapas geográficos ó selenográficos* de la Luna con la misma exactitud y minuciosidad que se construyen los de la Tierra, pero no ha sido esto bastante. El espíritu humano, sediento de hallar la verdad, no se ha satisfecho con este resultado obtenido por la exploracion teléscópica, y ha ido más allá, poniendo al servicio de la Astronomía el maravilloso arte de la fotografía, auxiliar importante hoy de las ciencias experimentales y de las artes. Con este procedimiento, aplicado á la ciencia desde 1846, se han llegado á obtener pruebas de una nitidez incomparable, donde no falta el más mínimo detalle, y cuyas dimensiones pueden aumentarse considerablemente, como se hace con los retratos de una persona ó con los de un monumento.

¿Qué mundo es más digno de ser visitado por el hombre que el de la Luna? Brillando está sobre nosotros, como un sol en miniatura, solícita y cariñosa, sin abandonarnos en nuestra carrera por los espacios, ligada íntimamente á nuestros destinos, y sólo separada por una distancia que representa un paso en el Universo. A pesar de esta cercanía, jamás podrá visitarla el hombre; pero ya que nuestro cuerpo, carga pesada, no puede abandonar la Tierra, nuestro pensamiento corre á su albedrío, lanzándose sin obstáculo hasta los objetos más remotos. ¿No nos representamos, como si los viéramos, aquellos de que nos acordamos? Cuando nos fijamos en la forma, en el color, en el aspecto de una cosa, ¿no se graba su imágen en nuestra imaginacion? Pues bien: hagamos con el pensamiento un viaje á la Luna... Será imaginario, más no lo

serán las cosas que observemos, porque como son en realidad, así las describiremos.

Desde luego, para hacer el viaje necesitamos un ferro-carril, un *express* que, caminando á razon de doce leguas por hora, nos trasporte á la Luna en nueve meses. Mas esta travesía es muy lenta. Si pudiéramos marchar con la velocidad de una bala de cañon, que recorre 400 metros por segundo, permaneceríamos en el camino nueve dias solamente. Son hechos imaginarios, pero nos proporcionan una idea clara de la distancia grandísima, relativamente á nosotros, que media de la Tierra á la Luna. Así, busquemos otro conductor, otro vehículo más eficaz: en este caso ninguno mejor que la luz, que camina más deprisa que cuanto hemos dicho. Un rayo de luz tardaria poco más de un segundo en llegar de la Luna á nosotros: con igual velocidad puede nuestro pensamiento recorrer el espacio: partamos, pues.... Ya hemos llegado.

Nos encontramos sobre un terreno sembrado de enormes pedruscos, amontonados como sillares desplomados de un muro en ruinas. Altas montañas, picos agudos, crestas hendidas nos cercan por todas partes. Subamos á una de las más altas cimas. Desde aquí observamos que la montaña es hueca, que nuestras miradas se pierden en una garganta sin fin... estamos sobre un volcan, junto á su cráter: cráter inmenso, profundo, apagado hace siglos.

La montaña por donde hemos trepado es de las más elevadas de la Luna: tiene 6.000 metros de altura. Desde ella dominamos comarcas dilatadas: á nuestros piés distinguimos rápidas pendientes, hondos valles, quebraduras, horribles precipicios. En torno nuestro montañas, volcanes, cráteres: apenas se ve otra cosa. Unos estrechos como los volcanes de la Tierra; otros inmensos, profundos, cercados por una valla festoneada formando circos.

Las montañas de la Luna son muy altas. Muchas miden 5.000, 6.000 metros, más que el Mont-Blanc, la más elevada de Europa. Una de ellas, llamada Doerfel (porque tienen sus nombres como las de la Tierra), se eleva á 7.603 metros; el monte Newton á 7.264, casi tanto como las más elevadas de la Tierra. Comparadas con el tamaño de la Luna, inferior al de la Tierra, bien puede decirse que son mucho más altas que las nuestras. Los circos tienen unas dimensiones más asombrosas: uno de ellos, el circo de Clavius, mide 55 leguas de anchura, y se emplearían quince dias para darle la vuelta.

Las montañas de nuestro satélite están formadas por una piedra blanquecina, semejante á la creta. Esta piedra, al enviarnos los rayos del Sol, resplandece como una pared blanca, cuyo reflejo nos deslumbra; y esta es la razon por que las regiones montuosas de la Luna nos parecen tan brillantes, las más brillantes de su disco. El terreno de las grandes llanuras, por el contrario, no despide resplandor, parece que está formado de cieno enjuto de un color agrisado. Estas regiones, de color sombrío, constituyen las manchas que hemos designado en el disco lunar.

En vista del cuadro desolado que ofrece la topografía de la Luna, ¿cómo explicarnos tantas ruinas, y el aspecto tristísimo de los extraños paisajes que tenemos á la vista? Sólo pensando que en este país incomparable por donde ahora viajamos, no hay aire ni agua. ¡Ni aire ni agua! Es decir, que no hay gases sobre su superficie, que no tiene una atmósfera bienhechora que la vivifique como la Tierra. Y en efecto, nada que mitigue los rayos del Sol: ni un dia apacible y hermoso como muchos que disfrutamos en la Lierra. Al Sol deslumbrados, abrasados; á la sombra de las rocas, ateridos por el frio: este es el clima de la Luna. La cara de las rocas que mira al Sol, vivamente alumbradas; la opuesta, en sombra profunda: nada de medias tintas. En lontananza no se dibujan los vapores azulados, ó agrisados de la atmósfera terrestre, las altas montañas carecen de nieves; nada de torrentes en las rampas, ningun rio en el fondo de los valles. ¡Ni mares ni lagos! Cuando esto no se sabia dióse el nombre de mares á las grandes esplanadas que simulan las manchas grises sobre el disco de la Luna. Habia mar Mediterráneo, Océano de las Tempestades, Lago de los Sueños, Pantano de las Nieblas... cuyos nombres se conservan hoy para designar con ellos esos inmensos desiertos.

Por do quier desnudo el suelo, áridas las rocas; ni bosques ni praderas; nada que nos indique la existencia del reino vegetal. Y es natural que así sea, porque sin aire y sin agua no pueden vivir ni el hombre, ni los animales, ni planta alguna. Empero no nos aventuremos á afirmarlo rotundamente, porque tal vez sobre la Luna exista una cantidad de aire tan ténue que no pueda distinguirse desde la Tierra, y por esta razon no es imposible que esté habitada por séres diferentes de nosotros, que puedan muy bien pasarse sin lo que es absolutamente necesario á nosotros para sostener la vida.

En el globo lunar todo es misterioso y extraordinario. Ningun ruido, ningun sonido se percibe; ni el suspiro del viento entre los árboles, ni el plañido de las olas al romperse suavemente en la playa, ni el dulce canto de las aves despiertan los ecos de este mundo sepultado en eterno sueño. ¿Por qué? Porque allí, ya lo hemos dicho, no hay atmósfera y el sonido es una vibracion, un movimiento del aire.

Donde no hay aire el sonido no llega al oido. En las clases de física se hace un esperimento curioso para demosotarlo. Se coloca un timbre debajo de una gran campana de vidrio, de la cual se extrae el aire con una máquina neumática. Hecho esto vemos que el martillo golpea la campana, pero el sonido no hiere nuestros tímpanos. Lo mismo que en esta campana sucede en la Luna. ¿Cómo podríamos hablarnos en este extraño mundo? Nuestros lábios se moverian, pero no oiríamos las palabras. Se desgrajaria una montaña, tendrian lugar los mayores cataclismos, sin que oyéramos los estallidos ni el estruendo consiguiente... ¡El luminar de la nache es la morada del silencio y de la muerte!

Elevemos ahora nuestros ojos al cielo. ¡Sorprendente espectáculo nos ofrece! Desde aquí no admiramos aquellas hermosas tintas de esmalte que toma el cielo en la Tierra por la reflexion de los rayos azules, ni se nos presenta la bóveda azulada que rodea á la Tierra como una cúpula gigantesca. El dia es despejado, el Sol deslumbrador; el cielo se extiende por todas partes como un manto negro tachonado de estrellas que lucen con extraordinario brillo: este espectáculo es permanente de dia y de noche, á todas horas. Todos los cuerpos celestes se distinguen perfectamente desde este singular observatorio astronómico; pero, ¿qué cuerpo es aquel tan próximo á nosotros cuyo disco brillante parece una Luna girando en el cielo oscuro, mucho mayor que el astro que alumbra nuestras noches allá abajo en la Tierra? Tambien tiene manchas este disco: en el se descubre un inmenso triángulo amarillento sobre un fondo verdoso, en otra region.... más, ¿á qué continuar? En esos contornos reconocemos los lugares que tantas veces hemos visto y estudiado en los *globos terrestres*: el Africa, el gran triángulo; el Asia, la Europa... ahí está España, los grandes mares... ¡Ese globo brillante, esa inmensa Luna, es la Tierra!...

Nuestro planeta, visto desde nuestro satélite, presenta una

superficie considerable y brilla con una luz catorce veces más intensa que la que la Luna nos envia. Para nuestro satélite la Tierra ofrece tambien sus fases, pues estando iluminada por el Sol lo mismo que aquel astro, unas veces tiene un lado alumbrado y otro oscuro, pero sus fases se hallan siempre en oposicion con las de la Luna.

Así cuando para la Tierra es Luna nueva, para los habitantes de la Luna, si los tuviese, seria *plena-Tierra*, y verian enfrente la parte de nuestro globo alumbrado por el Sol. Cuando fuese para nosotros cuarto creciente, seria menguante para ellos; y *nueva-Tierra* cuando para nosotros fuese Luna llena. La rotacion de la Tierra seria desde allí muy perceptible, tanto que sus habitantes verian desfilar con una rapidez relativamente grande en 24 horas las manchas de la superficie terrestre formadas por los continentes y por los mares, lo cual les proporcionaria los elementos necesarios para valerse de la Tierra como de un inmenso reloj, cuyas horas corresponderian á sus diferentes manchas.

Como nuestro satélite pesa 80 veces ménos que la Tierra, cerca de unos 78.000 trillones de kilógramos, los materiales que la componen son ménos densos que los que constituyen nuestro globo, seis décimos próximamente de la densidad de los que conocemos.

La *pesantez* en la superficie lunar es por esta razon la más débil que se conoce, y esto significa que la fuerza con que son atraidos los cuerpos hácia el suelo de la Luna, es menor que la que los obliga á caer sobre el suelo de la Tierra y los mantiene adheridos á ella. Una piedra que en la Tierra pese un kilógramo, pesaria en nuestro satélite 164 gramos; y un hombre que pesara aquí 70 kilógramos, pesaria en la Luna poco más de 11 kilógramos. Tambien marcharíamos por sus llanuras con una asombrosa ligereza, y con el menor esfuerzo muscular saltaríamos por encima de una roca tan alta como una casa.

Observando con atencion las manchas de la Luna, descubrimos que permanecen en el mismo sitio, fija é invariablemente, lo cual prueba que nos *presenta siempre la misma cara*; y como en el espacio de veintinueve dias dá una vuelta alrededor de la Tierra, en el mismo período de tiempo debe efectuar una vuelta sobre su eje; porque de otro modo no podria presentarnos eternamente el mismo hemisferio.

Muchos de nuestros lectores creerán que la Luna, presentándonos una misma cara, no debe girar sobre sí misma, pues al girar veríamos uno á uno todos sus lados. Así parece á primera vista; pero reflexionemos un instante. ¿Qué es girar sobre sí mismo? Figurémonos colocados en medio de un campo, y sin mudar de sitio demos la vuelta en el mismo sentido hasta pasar la vista por todos los objetos que nos rodean en el horizonte: á este movimiento se llama girar sobre nosotros mismos. Podemos hacer otro experimento. Supongamos un monumento cualquiera, el obelisco del 2 de Mayo, por ejemplo, y que en torno suyo damos una vuelta, dirigiendo siempre la cara hácia el mismo. En este caso, á la vez que hemos circulado alrededor del obelisco, hemos girado sobre nosotros mismos, porque para mirar constantemente á dicho monumento, ha sido indispensable que miremos á todos los árboles, edificios y demás objetos allí situados, como en el caso primero. Absolutamente lo propio acontece con la Luna. Para presentar siempre la misma cara á la Tierra, tiene que irse volviendo hácia nosotros sucesivamente, y mirando, por consecuencia, todos los puntos del espacio al mismo tiempo que describe su órbita, es decir, que gira sobre sí misma en el mismo tiempo que dá la vuelta á la Tierra.

De este hecho se desprenden dos consecuencias importantes: la primera, que no se ha visto, ni se verá jamás desde la Tierra, la otra cara de la Luna, desconocida y misteriosa; y la segunda, que la Luna irá presentando alternativamente al Sol todos los puntos de su superficie en el término de un mes que emplea en dar una vuelta sobre su eje en presencia de aquel astro. En el espacio de un mes, por lo tanto, los lugares en la Luna tendrán quince dias de luz y quince de tinieblas, ó en otros términos, que la Luna tiene sus dias y sus noches como la Tierra. Solo haremos notar que los dias de la Luna comprenden casi quince dias de la Tierra y otros tantos las noches, ó más exactamente, catorce dias y diez horas.

¡Qué dias y qué noches! Cerca de una hora tarda el Sol en salir; viene el dia de repente, sin precederle el resplandor del alba, ni acompañarle en su ocaso los arreboles del crepúsculo: salir el Sol, y ser de súbito un dia brillante, es todo uno. Se iluminan las cimas de las montañas; pero los valles permanecen todavía en la

sombra, hasta que los rayos del Sol penetran en sus profundidades y en el fondo de los cráteres. Con la duracion de un dia semejante, el calor desarrollado por la presencia del Sol es cada vez más creciente, acumulándose hasta tal punto, que llega á sobrepujar al del agua hirviendo. Como el dia, llega repentinamente la noche, sin transicion, sin crepúsculo: noche oscura, helada, con un frio tan intenso y terrible como lo era el calor durante el dia. Con tales condiciones no podríamos subsistir en ese mundo tan poco viable, aun cuando pudiéramos pasar sin respirar y sin comer. Por esta razon, y hecho el balance entre ambos cuerpos celestes, deducimos que es mejor vivir en la Tierra, á pesar de sus luchas miserable fomentadas por la ambicion y la codicia de los hombres, que habitar la Luna.

J. Genaro Monti.

UNA EXCURSION A EXTREMADURA.

Medellin.—El solar de Hernan Cortés.—Ruinas de Merita Augusta.—Los aldeanos extremeños.—Las grandes propiedades y los grandes despoblados.—Estado de la agricultura.—Las minas de fosforita.—Cazar en monte abierto.—Castro Cæcilia.—El oasis de Cárlos V.—La fuente de la Santa.

I

Entre las provincias de España ménos visitadas, y por consiguiente ménos conocidas, se hallan, á no dudarlo, las de Extremadura, el más hermoso de los países del interior; país regado por rios tan caudalosos como el Tajo y el Guadiana y sus múltiples afluyentes; país de vírgenes é impenetrables selvas, de montes frondosísimos que apacientan numerosos rebaños y ofrecen inagotable caza mayor y menor á los aficionados á ese ejercicio, tan grato como higiénico para la naturaleza del hombre.

Desde Setiembre hasta Mayo, cualquier mes es á propósito para visitar aquellas provincias, porque en todo este tiempo se goza allí de una temperatura primaveral, lo cual se explica con sólo tener en cuenta que cuando los últimos restos de vegetacion, las últimas yerbas otoñales desaparecen en Castilla bajo un sudario de hielo, los pastores castellanos descienden con sus ovejas á aquellos campos cubiertos de césped y matizados de flores. El viaje, en nuestro concepto más acertado, partiendo de Madrid á Extremadura, consiste en dirigirse á Mérida y desde allí á Cáce-

res, Plasencia y Navalmoral, donde se toma el tren de la línea de Malpartida, que arriba á esta capital en pocas horas.

Abandonando la córte á las ocho de la noche, al amanecer recorre el tren las estensas y desabrigadas llanuras de la Mancha. Un viento glacial, yendo en la estacion de los frios, azota generalmente los cristales del tren. No hay quien no separe los ojos con amargura cuando se vé que ni un árbol ni un arbusto interrumpe la monotonía de aquellos campos amarillos y estenuados. Pero á las doce próximamente comienza la locomotora á caracolear al pié de verdes montañas vestidas de rico follaje. Son las últimas estribaciones de Sierra Morena, son los montes de Almaden. El viento es más fuerte, pero ménos frio, porque sabido es que la vegetacion dulcifica la temperatura. Despues de atravesar esas largas y horribles estepas desnudas de lo que la naturaleza se empeña en otorgar y el hombre en destruir, los primeros árboles se saludan como á amigos queridos despues de prolongada ausencia.

Al medio dia, el tren vá descendiendo suavemente á los campos de la Serena, provincia de Badajoz. El ambiente parece más blando y la luz del sol más espléndida y más diáfana. No se tarda en atravesar por entre los naranjos y los olivos de la feracísima vega de Villanueva, y pocos minutos despues se llega á la vista del castillo de Medellin, enclavado en la cumbre de un cerro, á cuyo pié desliza sus ondas el manso Guadiana.

No olvidaremos que allí experimentamos la primera impresion de nuestro viaje. Cuando supimos dónde nos hallábamos, aquella fortaleza, un tiempo inexpugnable, trajo á nuestra memoria el recuerdo de la terrible Beatriz de Pacheco, hija del marqués de Villena, la primera condesa de Medellin, que se sostuvo con varonil esfuerzo en frente de los Reyes Católicos hasta que perdieron el último palmo de tierra los adictos á la causa de Doña Juana.

Pero lo que principalmente nos impulsó á trepar la pendiente que da acceso á la villa, fué el afan de ver la olvidada vivienda del gran Hernan-Cortés, de esa gloria maravillosa, casi inverosímil, que ha de irradiar más vivos resplandores á medida que se vea de más lejos en el dilatado horizonte de la historia; de ese génio sublime ante cuyos hechos nos parecen leves escaramuzas los combates de Ilion y las aventuras de Ulises.

Pizarro, que no sería ménos digno de admiracion, de haber sido ménos cruel, labró en Trujillo un palacio, cuyos blasones cubren casi por completo la superficie de la fachada.

Creamos que la casa de Córtes sería un edificio análogo...

Por eso no ocultamos nuestra sorpresa al encontrarnos con cuatro ruinosas y desquebrajadas paredes; pero cuando hubimos meditado un poco, compaginando hechos históricos, volvimos fácilmente de nuestra sorpresa.

Pizarro era un génio militar cegado por la codicia.

Cortés despreciaba el oro, como lo probó sacrificando dos veces al interés de la pátria la fortuna adquirida. Si algo hemos de conceder, ya que no al nacimiento, á la educacion de los hombres convengamos en que habia de existir forzosamente alguna diferencia entre un pastor y un estudiante de Salamanca.

En la expedicion á Méjico empleó Cortés el producto de las sumas que le habian correspondido en Cuba y en la expedicion de California, 300.000 escudos, que en vano reclamó al regresar á España. Cuando acompañó á Cárlos V á Argel, ansioso de atraerse la estimacion que injustamente le rehusaba, le fueron sustraidas todas las alhajas que poseia.

¿Cómo habia de pensar en edificar palacios quien sólo halló por recompensa de sus grandes hechos crueles ingratitudes é indignas expoliaciones, que es lo que ménos podia esperar el que encauzó para su país un rio de plata?

Todavía en sus últimos años busca Cortés inútilmente la gracia del Emperador. Su última entrevista debe recordarse y reimprimirse siempre como un testimonio de la ingratitud de los príncipes.

—¿Quién sois vos?—preguntó con desden Cárlos de Gante al reconocer al héroe de Otumba y Tlascala que se abalanzaba á su carroza.

—Yo soy,—respondió Cortés,—un hombre que os ha ganado más provincias que ciudades heredásteis de vuestros padres y abuelos.

El feudalismo en el fondo de sus tiranías, encerraba algo de grande y generoso, porque al ménos los que se distinguian en la guerra por su génio ó por su brazo, tenian una parte en las conquistas y un voto irrecusable en los negocios del Estado, y

como el monarca no era más que el primero entre los primeros podian decir los infanzones: *Nos non descendemos de reyes, sinon que los reyes descenden de nos.* Pero el absolutismo, levantando el ídolo de barro sobre todas las glorias y las grandezas de los pueblos nos ofrece espectáculos como el de Gonzalo de Córdoba, menospreciado por Fernando el Católico, y Hernan-Cortés, menospreciado por Cárlos V.

Herido y abochornado se retiró Cortés á un oscuro pueblo de la provincia de Sevilla, á Castilleja de la Cuesta, donde concluyó sus dias; pero aquellas cuatro paredes de Medellin son las que encierran el recinto venerando en que abrió los ojos al cielo de España el capitan cien veces invicto.

Hernan-Cortés no tuvo, como Pedro de Valdivia, conquistador de Chile, un Ercilla que cantase sus glorias; pero tuvo en Solís, en el Tito Libio, de nuestros historiadores, el mejor narrador de sus hazañas. Ahora es preciso que la pátria sepa honrar su memoria elevándole una estátua en Madrid, y que las diputaciones de Cáceres y Badajoz, de cuyas poblaciones se halla casi equidistante Medellin, le consagren un sencillo monumento dentro de los tristes muros que le vieron nacer, como un recuerdo de las dos provincias hermanas al más ilustre de sus hijos.

II

Viva curiosidad se despierta en el ánimo cuando el tren se acerca á las melancólicas ruinas de Mérita Augusta, de aquella gran ciudad, capital de la Lusitania, de una de las colonias donde más brillaron el poder y la grandeza de Roma; ciudad entonces próspera y tan extensa que media seis leguas de circuito en torno de sus murallas, las cuales se elevaban á quince estados de altura por diez de ancho, contando tres mil setecientas torres y ochenta y cuatro puertas, cinco soberbios alcázares, cuatro en las puertas angulares y uno en el centro de la ciudad, tan magnífico que era digno de la ciudad de los Césares.

Mérita Augusta alojaba en tiempos de paz ochenta mil infantes y diez mil caballos.

Donde quiera se encuentran vestigios de su antiguo explen-

dor en medio de aquella soledad capaz de atribular el mejor templado espíritu.

Consérvanse los restos del anfiteatro y del circo, el cual podria contener dentro de sus muros toda la poblacion actual de Extremadura.

Treinta y tres pilares permanecen aun en pié del gran acueducto que desde la laguna Albuera conducia el agua para los artefactos, para los jardines y para los baños, donde reclinaban su blanda cabeza las impuras matronas sumidas en la liviandad de que dieron al imperio tan triste ejemplo las Julias y Messalinas.

El arco triunfal levantado á la memoria de Trajano, fabricado de grandes piedras sillares, debia, por su mérito artístico y por el recuerdo que evoca del gran emperador español, ser trasladado á Madrid, tan escaso de monumentos, obra no difícil ni costosa, habiendo, como hay, línea férrea directa.

Cuando abandonamos las ruinas, alumbradas por los últimos destellos de la tarde abriéndonos paso por entre jaras y zarzales, nos fijamos en el astro del dia que nos daba su adios desde la frontera de Portugal, y nos explicamos como nunca que el inmortal Espronceda le dijese en un rasgo de su génio:

"¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto,
en un abismo insondable desplomarse;
cuanta pompa, grandeza y poderío
de imperios populosos disiparse.
¿Qué fueron ante tí? Del bosque umbrío
secas y leves hojas que en círculos se mecen
y al furor del Aquilon desaparecen."

Mérida, la nueva ciudad, es una poblacion culta y aseada; pero tan humilde que no pretende ni siquiera rivalizar con las ruinas de Mérita Augusta.

Sus templos, tosco recuerdo de la arquitectura gótica, han sido edificados con las piedras tomadas entre los escombros de la ciudad romana.

La estátua de Santa Olalla, la mártir inmolada entre los dioses paganos, se levanta sobre una esbelta columna, cuyo pedestal forma una gradería cuadrada de bellísimos mármoles.

El aspecto de Mérida es el de una ciudad de Andalucía... ¿Pero es el mismo el carácter de sus habitantes?

III

En ninguna de nuestras provincias del Mediodía puede decirse que exista una raza original, ó establecida de muy antiguo en el país, siendo como ha sido en todas ellas tan absorbente y avasalladora la dominacion árabe; mas no puede negarse que en unas dejaron los hijos del profeta el sello de la suya más atildado que en otras.

Hay razones para creer que Extremadura es la ménos musulmana.

Los caballeros de Santiago, aquellos formidables guerreros gallegos y leoneses, siempre vestidos de hierro y siempre á caballo, que daban el primer bote de lanza en todos los encuentros con la gente agarena, llevaron sus conquistas hasta el Guadiana como los condes de Galicia las habian llevado hasta la boca del Tajo, fundando el reino de Porto-gallo.

Establecieron en Extremadura una dilatada jurisdiccion, y como es sabido que estaban poseidos de una gran intransigencia religiosa, y que sólo distribuian las tierras ganadas á moros entre cristianos viejos de Galicia y Leon, fácilmente se comprende de dónde llevaron la escasa poblacion cristiana de los pueblos sometidos á la órden. Además, dice Mariana, que villas tan importantes como Jerez de los Caballeros, fueron despues de la reconquista repobladas por gente de Galicia.

Pero si la historia lo callara, nos lo dirian la fisonomía, el carácter y ciertas costumbres de los aldeanos en que tanto se asemejan á los habitantes de nuestras provincias del Noroeste. Tienen los extremeños algo de la viveza meridional, porque el clima modifica el temperamento; mas son reflexivos y sérios, aunque algo taciturnos; morigerados y económicos, sin dejar de ser obsequiosos y hospitalarios con el forastero. Son atentos y respetuosos con el superior, porque su buen juicio y su claro discernimiento les permiten comprender las gerarquías establecidas por la naturaleza que otros pueblos solo comprenden cuando la fuerza se las hace comprender, y profesan en general grande amor al trabajo. Virtudes todas de las provincias de que traen en gran

parte su orígen. Parécense en el habla á los andaluces; pero hablan ménos y con más aplomo. El traje negro que visten les da cierto aspecto severo y honesto, muy distinto de los naturales de otros pueblos de la Península, donde la alpargata y el pañuelo á la cabeza, contrastando con los más bruscos modales, parecen signo irrefragable de intemperancia y brutalidad.

IV

Marchando de Mérida á Cáceres por el centro de Extremadura, se deja á la izquierda la sierra de San Pedro, que se extiende hasta la frontera de Portugal, y á la derecha la de Montanchez. La comarca que se halla entre estas dos sierras no es tan fértil como la que se estiende desde la vertiente meridional de la de Montanchez hasta la márgen derecha del Guadiana; pero es más fresca y más saludable. Hay espaciosas dehesas cruzadas de arroyos de ricas aguas potables. Avanzando hácia la sierra de Montanchez predomina el monte de encina, y avanzando hácia la de San Pedro, el de alcornoque. En las altas crestas de ambas sierras y en las pendientes de exposicion al Norte crecen los robles y los quegigos, y el suelo está cubierto de fino ray-gras, entre el que vegetan verdes y hermosos helechos.

Extremadura es el país de los grandes despoblados y de las grandes propiedades. Cuenta sólo cuatrocientos cuarenta y dos pueblos, y á inmensa distancia unos de otros, lo cual perjudica extremadamente á la agricultura Cuatrocientos ochenta habitantes le corresponden únicamente por legua cuadrada. Queriendo averiguar la causa de la despoblacion de aquel país, la hemos encontrado, como otras muchas causas de otros males que nos aquejan, en la intolerancia religiosa y el empirismo de nuestros antiguos hombres de Estado. A últimos del siglo xv, más de la mitad de la poblacion, la constituian los israelitas y los moriscos, pues baste decir que en Cáceres habia ciento treinta familias sólo de judíos, como consta de una representacion elevada por su alfma á Isabel la Católica. Villas existian como Hœbacho, donde no se hallaban otros cristianos que el gobernador y sus arqueros (1).

(1) Barrantes. *Narraciones Extremeñas*, de cuya obra tomamos otros apuntes históricos referentes á aquel país.

Los moriscos se dedicaban á la agricultura, y los israelitas sostenian un activo comercio con Portugal, con cuyo país quedamos casi incomunicados despues de la expulsion.

¡Cuánto sufrieron aquellos infelices en Extremadura!

Las autoridades sometidas á los cristianos viejos nunca les hacian justicia, y por la falta más leve les aplicaban la cruel é infamante pena de los azotes.

Si alguna vez el puñal tomaba venganza de tales desafueros, jueces, pesquidores como el chacal Gregorio Lopez, decretaban horribles castigos.

Llegó por fin, tras de tanto agravio, primero para los hebreos y más tarde para los moriscos, el dia fatal en que habian de ser extrañados de su patria y expropiados de sus bienes raíces.

Vióse entónces el cambio de una viña por un caballo y de un olivar por una pieza de tela.

La concupiscencia anticristiana de los cristianos quedó por el momento satisfecha; pero la falta de brazos hizo que los campos más fértiles apareciesen pronto convertidos en ásperos eriales.

Otro rudo golpe lo sufrió la poblacion de Extremadura con el descubrimiento de las Américas.

No hubo entónces extremeño que no soñase con un tesoro recabado allende los mares á la sombra de sus ilustres paisanos los Corteses y Pizarros, los Sotos y Balboas.

Emigraban en gran número, como emigran hoy sus compatriotas de otras provincias, sin que los gobiernos conservadores que erigen la arbitrariedad en sistema, que lo mismo obligan á cualquier ciudadano á vivir en el extranjero, que despojan de su cátedra á un profesor, les arranquen del fondo de los barcos para llevarles á países como el de que nos ocupamos, donde su trabajo sería tan provechoso para ellos como para la agricultura. Porque, ¿quién duda que equilibrar la poblacion de España, trasladando á unas provincias el excedente de otras es la medida que debe preceder al establecimiento de las estaciones agronómicas?

En Extremadura se tocan ya, sin embargo, los maravillosos resultados de la desamortizacion. En el camino que recorre la diligencia de Mérida á Cáceres, se encuentran vastísimas dehesas, antes improductivas, que están hoy á pasto y labor.

Aunque los países, esencialmente agrícolas, suelen carecer de

capitales, sabemos que en la extensa sierra de San Pedro se han emprendido trabajos de consideracion. Varios de los licitadores que adquirieron allí acciones, sin embargo de lo que cuesta reunir esas carabanas de jornaleros nómadas, donde hay pocos brazos, han descuajado una parte de sus dehesas para el cultivo de cereales, haciendo plantaciones de olivos en otra parte y podando y guzando en otra los alcornoques y los madroños, á cuya sombra, desarraigando la jara, el lentisco y otras plantas inútiles ó nocivas, crece abundante pasto; sistema de cultivo contrario al que se sigue en la Mancha y en Castilla, donde van desapareciendo los montes y los bosques.

La sierra de Montanchez está cultivada de muy antiguo, á pesar de ser más alta y más escabrosa que aquella. Se coge allí excelente vino de pasto, aceite suficiente para el consumo y delicadas frutas y legumbres; pero como en todas las montañas, la cosecha de cereales es muy escasa. Los moutanchegos, sin embargo, consagrados al tráfico de los ricos jamones de Extremadura, viven con tanto desahogo como los habitantes de las mejores campiñas de aquel país.

La sierra no puede ser más pintoresca.

Descendiendo por la falda meridional, despues de dos horas de bajada, cuando se ha perdido de vista la villa y el castillo, que fué cárcel de Don Rodrigo Calderon, el panorama vá cambiando sucesivamente hasta que se ofrece al viajero una naturaleza subtropical.

Los castaños y los robles han desaparecido entre las nieblas de la montaña.

Los algas y los elechos, que festonaban ambos bordes del camino, ceden el terreno á los tomillos y acebuches.

Resguardada por la sierra de los vientos del Norte, la flora indígena adquiere en la vega de Almohar vigorosa frondosidad. Hay allí olivos tan corpulentos como los mejores del Egipto, é higueras colosales, cuyos frutos no ceden en nada á los de Tébas y de Smyrna. No es extraño que los moros se enamorasen de campiña tan deliciosa. Almoharin ó Almojarin, que en árabe quiere decir atalaya, es un pueblo fundado por ellos, como lo indica además de su nombre, la torre de la iglesia, minarete perfectamente conservado, y las ancianas palmeras que se cimbrean en

sus huertos. Tambien se han descubierto sepulcros romanos, cuyos ladrillos, de un tamaño extraordinario, se conservan en la villa.

Restos de acequias y de norias del tiempo de los árabes, se encuentran en muchos parages hoy agrestes y solitarios. Todo revela allí que la Extremadura romana, lo mismo que la musulmana, era más floreciente que la despoblada y casi desierta Extramadura de nuestros dias.

V

No carece aquel país de importancia como país minero, cual lo indican los plomos y carbones de la provincia de Badajoz, y principalmente los fosfatos de la de Cáceres. La última Memoria publicada por el Museo Geológico y escrita por los ilustrados ingenieros Sres. Egozcue y Mallada, que se concreta preferentemente á la fosforita de esta provincia extremeña, ha facilitado ocasion oportuna al conocido publicista D. Meliton Martin para llamar la atencion del Gobierno sobre uno de los problemas más vitales para el porvenir de nuestra agricultura. Reconoce, como nosotros, que no puede haber estudio más interesante que el de todas las materias propias á reconstituir el suelo de esta España, despoblada en los cuatro quintos de su territorio, y cuya antigua y renombrada fertilidad se ha reducido poco á poco á una aridez tan menguada, que tal vez no haya nacion que produzca ménos trigo por hectárea ni que los produzca más caro. Atribuye la decadencia española á ese esquilmo continuado de la tierra, sin ninguna restitucion de principios fertilizantes, á esa tísis incipiente de nuestra madre comun, pregonada en lo físico por una baja aterradora en el número de sus habitantes, una disminucion en la talla de éstos, un acortamiento en su vida media y una mortalidad superior á la de los demás países, así como en lo moral por la relajacion de toda disciplina que dá por resultado esos bochornosos secuestros de personas, imposibles donde la poblacion rural halla medios de existir sobre el campo.

Los ingenieros autores de la Memoria calculan aproximadamente en 2.200.000 toneladas la fosforita que debe existir en Logrosan, en el Cabrizo y en Zarza la Mayor, que contendrán toneladas 736.000 de ácido fosfórico, segun cálculo que hace á su vez

D. Meliton Martin, quién, considerando este ácido como principio fertilizante, establece á continuacion las siguientes conclusiones:

"1.ª Una hectarea de tierra que produce 1.000 kilógramos de trigo, roba al suelo doce kilógramos de ácido fosfórico, poco más ó ménos, con otras sustancias que están muy lejos de ser *inagotables*.

2.ª El único medio de sostener la produccion agrícola es restituir al terreno con inteligencia aquellos elementos que se le roban á cada cosecha y que no contiene en cantidad *ilimitada*.

3.ª Renunciar á los elementos *limitados* de produccion agrícola futura por alcanzar una ganancia inmediata en oro ú otra utilidad, impropia para la alimentacion, es un conato de suicidio lento, una supresion de generaciones venideras ó una desmembracion temeraria del suelo de la pátria."

Y sin embargo, un sábio ministro moderado dijo el año 1857 en el preámbulo de la ley que abria las puertas á la exportacion: "Preciso es qué la fosforita de Logrosan constituya para nosotros *un ramo lucrativo de comercio* que atraiga á los puertos de España las naves extranjeras."

Este y otros lapsus no ménos perjudiciales á los intereses del país han despertado en las gentes ilustradas el deseo de que brillen en nuestros gobiernos, más que han brillado hasta aquí, los conocimientos científicos é industriales, cediendo paso á la sencilla oratoria de la verdad y de la ciencia, ese charlatanismo abrumador y esa sofistería del bajo imperio que todo lo perturban y todo lo mistifican.

Actualmente no puede ser más triste el estado económico de las referidas provincias.

Tan precaria situacion como la industria agrícola, atraviesa la industria pecuaria. La importacion de lanas procede de la América del Sur, importacion que en cierto modo debiera estar limitada por un arancel que no favoreciese á unas provincias en perjuicio de otras, lastima al mismo tiempo que al propietario del rebaño al propietario de la dehesa, pues éste mal podrá cobrar lo que exige por sus pastos al que no ha podido vender sus lanas. En las márgenes del Plata ha hallado nuestra raza merina un clima semejante al de las márgenes del Guadiana; mas como allí se dispone de un inmenso territorio, los rebaños se multiplicaron de un

modo tan prodigioso, que las lanas de aquellos países innundan los mercados de Europa.

Los extremeños no se explican que, concedida la proteccion á la industria nacional, no alcance esa proteccion, lo mismo que á la fabril, á la agrícola y pecuaria, en cuyo caso no se sacrificaria el interés de las provincias enteras al interés de unas cuantas fábricas, dando la razon á los libre-cambistas cuando dicen, combatiendo el proteccionismo, que la proteccion no puede nunca ser equitativa.

Y en verdad que la crísis por que atraviesan actualmente nuestras fábricas de tejidos, prueba que el adquirir aquella primera materia á un tipo más bajo no ha mejorado su situacion. La razon es óbvia: disminuyendo la riqueza en las provincias consumidoras, ha de disminuir forzosamente la demanda; y como fuera de España tienen poca aceptacion los tejidos españoles, al resentirse nuestros centros agrícolas, tienen que resentirse tambien nuestros centros industriales. Los ganaderos se quedarán con sus lanas, pero los fabricantes se quedan con sus paños.

Los proteccionistas catalanes, sin embargo, atribuyen la crísis al aumento de importacion de los tejidos de lana del extranjero, y la nueva comision de Sabadell y Tarrasa que ha venido á conferenciar con el ministro de Hacienda, pide, ni más ni ménos, que la derogacion de la ley arancelaria; mas los datos oficiales publicados por la *Gaceta*, demuestran, con la elocuencia de los números, el error de la comision. Aparece en baja la importacion de todos los tejidos, y en mayor baja que todos los de lana. Tomando los kilógramos en vez de los valores en peseta que se prestan á ciertas dudas, vemos que en los tres primeros meses de 1877 se importaron 312.667, y en los tres primeros de 1878, 293.436. Es decir, 19.231 kil. ménos que el año anterior.

De manera, que la crísis por que atraviesen los tejedores de Cataluña, es consecuencia, en no pequeña parte, de la que atraviesan los agricultores y ganaderos de Castilla y Extremadura. A las provincias castellanas pertenece en gran parte esa inmensa ganadería trashumante que desciende á los campos de Cáceres y Badajoz todos los inviernos.

A los que afirman, sin conocimiento de causa, que en Extremadura debia haber ménos pastos y más labor, les objetamos que,

escepcion hecha de la famosa tierra de Barros, cuya feracidad compite con la de los terrenos bañados por el Nilo, no ofrece aquel país grandes extensiones á propósito para el cultivo de cereales. En Extremadura abunda el suelo de poco fondo, formado por la descomposicion del granito, y este suelo, que alimenta una gran poblacion, allí donde las lluvias son frecuentes, no ofrece seguras cosechas en los países cálidos y secos. Los propietarios avecindados en el país cultivan lo que pueden cultivar, dados los pocos brazos de que disponen; procuran tener limpios de maleza, y convenientemente preparados para el desarrollo de las gramíneas y leguminosas los terrenos destinados á pasto, y tanto como de los olivares cuidan de los encinares, que á la vez que la bellota para el ganado de cerda, les facilitan madera para sus aperos y combustible para el consumo y la exportacion, lo cual prueba que los extremeños coinciden por instinto con los preceptos de la ciencia.

Pero el esfuerzo del propietario poco puede hacer en provincias de tan escasa poblacion, y en las cuales es mayor que en todas las otras la acumulacion de propiedad territorial. Por eso creemos, que aniquilar la ganadería es aniquilar á Extremadura.

"Que extiendan el cultivo," dicen los que no han estudiado aquel país; los que todo lo allanan talando hasta el último árbol.

¿Cómo se ha de extender el cultivo no habiendo quien maneje el arado? ¿Cómo han de cambiar de pronto su modo de ser y de vivir unas provincias donde escaseen los primeros elementos de la vida industrial, poblacion, caminos, canales y mercados?

VI

Contrista el ánimo, señores, recorrer aquellas inmensas soledades alumbradas por la flamante luz del Mediodía, y no hallar algunas veces en seis y ocho leguas de jornada ni una mísera aldea, como sucede marchando de Trujillo á Cáceres.

No es, sin embargo, monótono, como en otras provincias del interior, viajar en carruage ó á caballo por Extremadura. Sus magníficos montes ofrecen casi en todas partes sombra y agua al viajero, que es cuanto puede apetecerse donde el calor molesta algunas veces, hasta en el mes de Diciembre. Cuando no se encuentra el escondido manantial que ha de calmar la ardiente sed, basta

atravesar por entre uno de aquellos rebaños tan numerosos como los que conducen las carabanas de Africa, y dirigirse á la choza del pastor. La fresca alcarraza se toma entonces de manos de éste como rico tesoro, y se apura con el ánsia misma que puede apurarla un beduino en el desierto.

Una cabalgata de cazadores, seguida de una jauría de alanos, galgos y podencos no hallará en ninguna parte mayor distraccion que en aquellos montes, donde la caza del ciervo y del jabalí ofrece tan extrañas como agradables peripecias.

Hasta el suelo, granítico ó silíceo en grandes extensiones, es apropósito para la caza y el *sport*. Por los caminos de herradura, practicados entre aquellas altas y robustas encinas, se pueden recorrer largas distancias á galope, en terreno siempre firme y compacto. La persecucion de un jabalí anima y entretiene al ménos aficionado á la caza. Luego que el cerdo, herido por una ó dos balas, queda sujeto por los perros de presa, que se dejan arrastrar algunas veces por la fiera, pero que no la sueltan hasta que el cuchillo de monte le atraviesa el corazon, no hay nada más divertido que una batida á las liebres y conejos en sitios donde jamás han oido un solo tiro. Las liebres suelen escaparse cuando los cazadores no apuntan bien, ó los galgos no andan listos; pero los conejos que saltan, rara vez se escapan á aquellos podencos astutos y veloces hasta un extremo que no hemos visto en los de otras provincias. El primero que avista al conejo alza las orejas, late, salta por encima de las matas, le sigue la pista, y en esto acuden oportunamente los demás, que pronto se oye chillar al fugitivo en la boca de uno de ellos.

La caza de perdices al salto podria ofrecer allí gran distraccion; pero casi todos prefieren el nuevo reclamo. Algunas veces acuden á las llamadas del pájaro seis ó siete bandadas á un mismo tiempo.

Si el oculto cazador es un labriego taceño y avariento de esos de escopeta negra que cuentan hasta los granos de pólvora, ó un cura de aldea en tiempos revolucionarios que no ha firmado la nómina no se contenta con ménos que fusilar cuatro ó seis de cada tiro.

El aguardo del jabalí, como dicen los extremeños, suele alguna vez ofrecer felices resultados.

No hace mucho tiempo que en el monte de la Parrilla, al pié de la Morra, uno de los cerros más altos que se descubren en el límite de las dos provincias hermanas, término de Almoharin, ocurrió el lance que vamos á referir en prueba de que el *aguardo* ofrece tambien de vez en cuando gratas emociones.

Era una fresca mañana del mes de Octubre. La noche habia estado borrascosa. Tras una larga sequía habian venido las lluvias otoñales á devolver á los campos ese vivo verdor que en los países donde apenas hiela, como en Extremadura, no desaparece hasta que vuelven los calores.

Un pastor que apacentaba sus cabras en aquellos ignorados cerros salió de su choza antes de apuntar el alba, porque los lobos no cesaban de aullar en torno del redil y el viento habia derribado la techumbre de su mísera vivienda formada de brezos y retamas.

Su primer cuidado fué revistar el rebaño.

Pero como los mastines se acercasen gozosos á saludarle, comprendió que nada les habia pasado á sus cabras, con las cuales salió al roco rato por el monte.

Al atravesar una padrera extendida entre un bosque de madroños y un bullicioso arroyo enriquecido por el aguacero nocturno, descubrió las frescas huellas de un jabalí que sin duda habia ido á revolcarse en el agua.

Cuando se retiró por la tarde con su ganado sembró de bellotas el camino que el cerdo habia recorrido desde el bosque al arroyo.

Al dia siguiente las bellotas habian desaparecido.

¡Carne tenemos! se dijo el pastor lleno de regocijo.

Acto contínuo comenzó á cortar ramas de chaparro; reunió luego piedras y formó el puesto donde debia ocultarse el mejor cazador de la comarca, que acudió al aviso aquella misma noche.

El pastor le colocó en el escondrijo y se retiró á su choza.

Brillaba la luna en todo su explendor.

Trascurrieron tres horas sin que el cazador percibiese el menor ruido entre los jarales.

Colocado el cañon de la escopeta en la aspillera del puesto y fumando un cigarro tras otro, comenzaba á impacientarse cuando en vez del jabalí vió salir del bosque al raso, temblorosa y perseguida, una cierva seguida de un cervatillo de pocos meses que pugnaba por cobijarse entre sus patas.

La cierva volvia á todas partes la cabeza como si se viese perseguida.

¡Lobo ó zorra barrunta! se dijo el cazador.

Como los aldeanos extremeños prefieren la carne del jabalí, el cazador vaciló en tirarla temiendo que el tiro alejase al cerdo.

Pero cuando se hallaba en esta vacilacion sintió entre la maleza un tropel horroroso que puso en fuga á la cierva, saliendo de pronto á la esplanada la ansiada res acosada por otro cuadrúpedo más veloz, que al pronto no reconoció.

El jabalí, perseguido muy de cerca por su adversario, con el cual debia bregar hacia algun tiempo, se paró de pronto enseñándole los colmillos; mas cuando volvió su pesada cabeza, ya habia recibido en los intestinos una terrible dentellada.

Tenia que habérselas con un robusto lobo, á cuya agilidad sucumbian sus fuerzas.

El pobre animal llevaba ya acribillado el bajo vientre, y el cuarto trasero sin haber logrado alcanzar á su implacable enemigo, que ni una sola vez le atacó de frente.

Brotaba la sangre de sus heridas, y no pudiendo ya correr se sensó sobre la patas traseras lanzando lastimeros gruñidos.

Pero el lobo comenzó entonces á dar en torno de él tales vueltas y tales saltos, que el cerdo, desangrado y rendido, se entregó al fin tendiéndose en el suelo.

En esto se oyó una fuerte detonacion, cuya resonancia debió estenderse á más de una legua en medio del silencio de la noche.

—

El cazador tocó la bocina en señal de que no habia gastado en balde su pólvora, y el pastor acudió en el acto al lugar del suceso, dando un salto de alegría al ver, además de la res, al perseguidor de sus cabras luchando con las ánsias de la muerte.

¿Tambien tú has caido, grandísimo ladron?—dijo dándole con el pié.

El lobo, haciendo el último esfuerzo, intentó volverse á su agresor; pero el cazador se apresuró á rematarlo con el cuchillo.

Las lobos y las hienas heridas mueren mordiendo lo que hallan más cerca.

Aquél se quedó con los dientes clavados en el pescuezo del jabalí ofreciendo un cuadro digno de Snyders, el pintor de las cacerías.

VII

Estas y otras escenas no ménos entretenidas puede presenciar el cazador en aquel país. Pero los que quieran pasar allí una temporada consagrados á tan saludable ejercicio, deben instalarse en una de esas casas que existen en algunas dehesas, sin otra vecindad que la de los pastores, donde hay completa seguridad personal.

Los pueblos rurales son generalmente insalubles. Además de los abrevaderos, tienen casi todos pequeñas lagunas donde se revuelcan los cerdos durante todo el año, cuyas cenagosas aguas en un país cálido son un semillero de intermitentes durante el verano y de reumas durante el invierno. ¿Qué importa que la higiene pública exija desecar esos pantanos mefíticos, si de tales pueblos sólo se acuerdan los gobiernos para obligarles cuando se muestran reacios al pago de los impuestos, y á la entrega de los quintos y de las actas electorales con la votacion compacta para sus protegidos?

En el mismo estado de insalubridad se encuentran otras localidades de diferentes provincias, sin que nada se haga por devolver el vigor y la robustez á poblaciones consumidas hoy por el linfatismo y el escrofulismo engendrados por esas calenturas periódicas que vician la sangre y aniquilan las mejores naturalezas. Algunas comarcas del Mediodía de Francia que sufrian el mismo azote, desecados los pantanos, se han convertido en hermosos jardines, y en Nápoles se han emprendido recientemente grandes trabajos para vitalizar algunas zonas que han permanecido en total abandono durante su triste y estacionaria monarquía.

Pero aquí se pierden en el vacío las excitaciones más atendibles.

De la iniciativa local nada puede esperarse en los pueblos rurales de España, como no sea la supresion de las escuelas de primera enseñanza y otras medidas de la misma índole con que se dieron á conocer sus instintos en tiempos de la federal, seguros, pues, de que nadie oirá nuestros clamores; separemos con lástima los ojos de esas pobres gentes abandonadas á sí mismas, y prosigamos nuestro viaje de la provincia de Badajoz á la de Cáceres, de Mérita Augusta á Castro Cœcilia.

JOSÉ BECERRA Y ARMESTO.

(Continuará).

MARI-PEREZ

Pálido como la hoja muerta que cae del árbol, el paje retrocedió el paso dado, y volvió á guarecerse tras del sillon de su señor.

—¡De el Rey abajo,—dijo con acento de ira el favorito,—todos acatan mis órdenes en dos mundos!

—Bien,—respondió con calma D. Félix;—dos mundos tendreis ¡mengua suya! de rodillas á vuestros piés; pero os faltan, y os lo advierto, un rico-hombre castellano y un pobre paje á quien proteje.

—¡No blasoneis!...

—Sí blasono, y lo hago en mi fuero y mi derecho.

—¡Sobrino!

—Mi señor tio D. Gaspar, me permito repetir una frase vuestra, y si es desacato perdonadla á mi ignorancia; acortemos de razones. Hay una cosa inviolable y sagrada en la tierra, y es el hogar doméstico. Su dueño, es tan dueño en él, como vos lo sois á nombre de Su Majestad de esos dos mundos que os acatan, y que yo creí obedecian al Rey y á la Ley, que es la que rige á los pueblos; y como dueño que soy, en mi casa y mi familia, mi voz es la que se atiende y mis órdenes las que se cumplen; pues mi pequeño dominio está más subordinado que los inmensos de Su Majestad Católica.

Aquella série de pinchazos asestados á la insensata vanidad del ministro y del hombre, produjo terrible efecto. El Conde-

Duque, sin conceder á su sobrino el honor de una réplica más, volvióse á la puerta de la cámara y llamó á Pereda.

Este levantó el tapiz y se presentó con prontitud, animado el semblante con la expresion de íntimo y maligno gozo.

Al verle, D. Félix se irguió con altivez. Cambiado el color, su talla pareció haber crecido.

Advertiremos que el de Aragon, no obstante estar de casa y arrestado, ceñia, pendiente de precioso y antiguo cinturon de esmalte, la espada que Cosme Pereda no se atrevió á pedirle.

—¿No os he dicho,—exclamó D. Félix en su fiera intransigencia,—que no entreis en mi cámara?

—Le he llamado yo,—dijo el valido imponiéndosele sin consideracion.

—Un olvido vuestro, señor,—repuso D. Félix, cuya cólera, potente como todas sus pasiones, se habia desatado al fin,—porque hay inmunidades que sólo concluyen con la muerte; pero que llegan al cadalso, suben á él y se ostentan sobre la negra colgadura que lo viste. Inmunidades que vienen de Dios; y quien las posee no permite sean holladas por quien se sirve de un miserable que hace timbre de ser carcelero, renegando de su propia hidalguía.

—Advertir que está á mi mandato.

—Y muy vendido, lo sé.

Cosme Pereda le asestó una mirada traidora y sombría.

—Lo que debiais saber y no olvidar, es que lo que yo mando, él y todos lo ejecutan.

—Con una excepcion.

—Sin ella.

—Guardad vuestras ilusiones; pero entre tanto saldrá Pereda.

Y le señaló la puerta con imperioso é imponente ademan.

—Aquí estará por que lo mando yo,—dijo el Conde-Duque obstinándose en vencerle y humillarle.

—Siempre tengo que recordaros os hallais en el palacio de don Félix de Aragon.

—Pues basta, Sr. D. Félix; y á trueque del aviso recibid otro. Los privilegios se pierden y las inmunidades se acaban.

Y volviéndose al licenciado, que se resguardaba tras él

—Una litera á la puerta del palacio,—le dijo,—y diez hombres que la escoltan.

Retirándose de espaldas, Cosme preguntó á su señor con intencion bien maldita:

—¿A dónde han de ir?

—A llevar este paje al convento de Maravillas.

Don Félix, que no estaba pálido sino lívido, se dirigió á la puerta por la que precipitadamente salió Pereda, casi á tiempo que llegando aquél, éste dió temeroso y desatentado un tremendo portazo; y mientras uno cobardemente huia, otro corrió el cerrojo por dentro y dejó caer el tapiz.

El paje permanecia en pié, mudo y yerto, detrás del sillon de su señor.

II

D. Félix se adelantó lentamente, y llegando donde le esperaba el soberbio privado, en la concentracion de la ira que se habia ido acumulando en su alma durante el agitado debate que estaba sosteniendo, con tono resuelto y voz que vibró de extraño modo, dijo:

—Ahora, nosotros dos, señor Conde-Duque de Olivares.

De resistir, el de Aragon pasaba á provocar.

—No volvais á decir "nosotros dos,"—respondió el valido en tono alterado y casi descompuesto,—entre vos y yo media gran distancia que desde este instante establezco: "nosotros dos" podeis decir cuando hableis de esa mujer, hasta la que habeis descendido.

Y con altanero y despreciativo ademan, señaló al paje.

Este seguia en su sitio, mudo, inmóvil, casi petrificado; y decimos casi, porque de sus pestañas se desprendian gruesas y abundantes lágrimas que iban á caer sobre el respaldo del sillon, pero sin que un sólo músculo de su cara se moviese, ni se escapara un sollozo de su garganta.

La presion bajo que se doblaba era tan monstruosa, que ahogaba hasta el hálito de su pecho.

Entre tanto, la turbia y embravecida ola fué á estrellarse contra la roca á cuyo pié cayó la espuma de su soberbia.

—Señora, debeis decirla, desde el punto que viniendo á sorprender, en mi cámara la encontrais,—replicó D. Félix, cuyas pupilas centellaban;—pues harto de sobra sabeis que los de Ara-

gon honran por privilegio de su esclarecida nobleza todo aquello á que se enlazan, por muy bajo que ello sea.

Y la mirada que el Conde-Duque dirigiera al paje en su menospreciador orgullo, en su engreimiento y profunda cólera, se la devolvió su sobrino con aumento de desden.

El valido sintió arder sus megillas, que en lo rojas semejaron dos áscuas.

—Esta dama,—prosiguió D. Félix,—á cuya frente me habeis hecho arrojar desprecios é indiferencias que no hay en mí; que la coloque en situacion desagradable; que la obligue á desempeñar un papel que no es el suyo y que en este punto acaba; esta dama que viene padeciendo una hora de martirio, con escuchar lo que en su presencia háse dicho, no saldrá de mi lado para que en son de penitencia se la lleven á un convento; como no saldrá tampoco para que haciendo de ella una víctima, vengan frailes ni tapadas á exigirme reparaciones. No soy, entendedlo, tan cobarde, que la abandone; tan débil, que no sepa defenderla; tan niño, que haya menester consentimiento para obrar como me cumple; ni tan menguado que yo á mí mismo me despoje de mis fueros. Y esto que os digo á vos, lo hago extensivo á todo el que se entrometa en lo que no le atañe, vista hábitos de monje, tocas de dueña ó manto de púrpura.

—Eso se verá despacio,—dijo amenazador el Conde-Duque.

—Eso está visto ya,—replicó D. Félix con asombrosa fuerza de conviccion;—porque no tengo la costumbre de bravear, y confío en la firmeza de mis resoluciones.

—Lo que hareis ó no hareis, queda para despues; entre tanto abrid esa puerta que en vuestra loca audacia habeis cerrado.

—Ahora mismo; pero que no entre Cosme Pereda, porque delante de vos lo haré salir por la ventana.

—¡Os guardareis!

Ciego ya el Conde-Duque perdia por instantes su aplomo.

—Mi señor tio D. Gaspar, os ruego que no me pongais á prueba. Creámonos por nuestra palabra y respetémonos mútuamente.

Y con noble y cortés ademan, señalándole la puerta, añadió:

—Voy á abrirla.

Iba á hacerlo; más en aquel crítico instante sonó en ella un golpe, y por el agujero de la llave la voz de Pereda gritando:

—Señor Conde-Duque... la litera está pronta, y los que han de escoltarla esperando.

Ofuscado por su ira, que era grande, fuerte con su poder, en realidad mayor, el ministro de Felipe IV miró á su sobrino, y mandándolo con imperio, tendiendo el brazo á donde la voz de Cosme todavía resonaba,

—¡Abrid, abrid al momento!—dijo.

La voz de Cosme Pereda, ahuecada como vibró, conmoviendo los nérvios de D. Félix, hizo afluir su sangre al corazon, que dió uno de esos latidos que extremecen. Allí donde estaba cruzó los brazos, y con firmeza que se revelaba más que nunca incontrastable:

—Siéntolo por vos,—respondió al valido,—pero acabais de echarla un candado.

—No faltará quien lo rompa;—repuso el Conde-Duque dispuesto á ir hasta el fin...

Y pisoteando en su ya suelta y desbordada ira los fueros de su sobrino, gritó:

—¡Forzad la puerta, Pereda, forzadla y adelante!

– No es fácil,—observó friamente el de Aragon,—estais entre roble y hierro.

—Pues batamos el hierro con el hierro hasta que se doble.

Despues, con harta ligereza y sobra de pasion, el Conde-Duque desnudó el acero.

Su tersa y azulada hoja, herida por la luz, despidió pálido relámpago que, al dar en los ojos á D. Félix, segunda vez hizo saltar con fuerza su corazon; mas permaneció inmóvil y con los brazos cruzados.

Era el dueño de la casa, y aun lo fué dichosamente de sí mismo.

Hubo un momento de silencio, la pausa que precede al choque; fuera se oia alborotado son de voces: dentro, nada!

Crugió la puerta á impulso de fuerte barra de hierro convertida en palanca por disposicion del licenciado Cosme; y el Conde-Duque, creyéndola ya abierta, dirigióse, siempre con el acero en la mano, á donde estaba el infeliz testigo de aquella larga y violenta escena. Dejó el de Aragon su actitud, y con pasos medidos, anduvo otros tantos como diera el privado, y ambos vinieron á pararse delante del blasonado sillon.

—Salid de vuestro parapeto,—dijo con duro y reprochador acento el Conde-Duque al falso y engalanado paje.—Salid de la sombra donde os encubrís; y, delante de mí, salid de esta cámara donde todo lo habeis perdido, hasta el traje!

Los lábios de la desventurada á quien se insultaba y menospreciaba airadamente, lábios más blancos que la nieve, quisieron desplegarse y dar paso á la palabra; pero no pudieron, ni la dió tiempo D. Félix, que profundamente indignado, más despreciador que su tio, más agresivo, vibrando su voz semejante al sonido del metal cuando otro metal le hiere,

—¡Eso,—exclamó,—no lo dice más que el Conde-Duque de Olivares, puesto al servicio... particular de S. M. el Rey Don Felipe!

La reticencia hizo sangriento el apóstrofe. De los ojos del valido brotaron rayos siniestros de ciega y frenética ira, y dando un salto de tigre lanzóse á él diciendo con voz ronca:

—¡Insolente!

Sin dignarse devolver la injuria, el de Aragon hurtó el cuerpo, pero acosado, requirió la espada, brilló desnuda, y perdiendo tio y sobrino la razon, los aceros se cruzaron.

Temblaba la puerta sin ceder á los vigorosos esfuerzos que de fuera hacian para abrirla; el Conde-Duque atacaba con furia, don Félix paraba con destreza, y siguiendo el movimiento del acero contrario, no vió al paje que precipitándose entre el valido y él recibia en el suyo el golpe que amenazaba su pecho, golpe que impíamente lo atravesó.

—¡Cesad!—gritó el de Aragon, mientras con un brazo le sostenia.

Hízolo el Conde-Duque, pero era tarde: el paje se habia doblado sobre sí mismo como una flor tronchada, y con espantosa rapidez su blanco jubon de brocado se empapaba en sangre.

Arrojó la espada D. Félix, cogióle en sus brazos y mostrándoselo al valido, con sarcasmo mil veces más punzante que el funesto acero que habia desgarrado el pecho de la víctima.

—Mi señor tio D. Gaspar,—le dijo;—añadid esto á vuestros blasones!

Y volviéndole la espalda fué á depositarla en su sillon; en tanto el Conde-Duque descorria el cerrojo, y torvo y ceñudo,

abandonaba la cámara llevándose consigo al licenciado Pereda.

Momentos despues, D. Félix pedia merced al aturdido alférez Pedro de Olmedo, y éste, de buen grado se la concedia en todo lo que le demandaba. La incomunicacion se habia roto y el de Aragon daba órdenes á toda su servidumbre.

III

No creemos necesario despojar al paje de su incógnito, pues si se lo hemos permitido ha sido únicamente para dejar á la narracion su tono propio. María está dibujada en el capítulo II de esta obra, y nuestros lectores habrán reconocido su retrato, que el disfraz en nada ha desfigurado. Lo que sí necesita explicarse es cómo se obró aquella trasformacion; cómo D. Félix pudo someter la víctima tan á su voluntad dominándola de tan completa y absoluta manera.

En el empeño formado, el de Aragon, que no era muy temeroso de Dios, ni de las leyes, ni de los hombres, á causa de que el primero no habia sentado aún su mano sobre él, las segundas se quebraban en sus privilegios y á los últimos sabia hacerles frente en todas las esferas y en todos los terrenos; sin dar á su culpable accion la importancia y trascendencia que tenia, ni ver en ella más que el legítimo desquite de las esquiveces experimentadas y de los afanes burlados, atropelló—no la persona indefensa y débil, que para tan feo extremo le sobraba orgullo y dignidad—sino la resolucion, plena y firmemente sostenida en un año de pretensiones contestadas con negativas, honra de quien las daba, fuerte incentivo del amor en quien con honda pesadumbre las recibia: la voluntad que habia osado resistirle cuando con halagos la solicitaba ó con promesas pretendia torcerla. Hízolo cuidando de cubrir el fondo real de sus intenciones con pretexto que les sirviera de manto; sostuvo con poco trabajo su falaz apariencia, y, conforme á lo convenido con Diego Perez la mañana anterior, recibióle con su esposa y la engalanada y triste María en uno de los departamentos del Palacio del Buen Retiro.

Tan á maravilla representó el papel que se habia impuesto, que ni honró á María con su mirada, ni con frase alguna afectuosa ni cortés; dejóla pasar con sus galas, su frente inclinada, su faz

afligida y su turbado continente, pero deteniendo al antiguo escudero de su padre;

—Siento que hayais venido,—le dijo mostrando tibieza;—Lope de Andrade anda muy ocupado esta noche, y apenas he podido hablarle. No sé cómo vais á quedar.

—¡Ay, señor D. Félix de mi alma!—respondió Diego compungiéndose.—¿Qué me decís?

—Lo que temo; pero en fin, volveré á entrar: esperadme.

Esperáronle no muy corto espacio y trascurrido, apareció nuevamente D. Félix.

—¡Albricias Diego!—le dijo,—María queda admitida.

Diego Perez respiró con fuerza.

—Terminada la representacion, el autor la enterará de las condiciones que son favorables. Dánle aposento, y cuanto necesite; su suerte está hecha y la tuya tambien.

—Nuestro Señor haga que se cumpla vuestra profecía,—respondió Diego Perez alegre con ella.—Ni el abuelo ni yo tenemos más que lo que pueda darnos.

—Se cumplirá, pues yo me quedo á la mira. Tu mujer y tú podeis retiraros cuando os plazca.

María se agarró á su madrastra, y ésta, poniendo los lábios en su mejilla le dió él primer adios separándola de sí. La infeliz se puso detrás de su padre: Diego Perez la tomó de la mano y presentándosela á D. Félix:

—Señor mio,—le dijo,—la confiamos á vuestra proteccion, y con esto volvemos tranquilos á nuestra pobre casa.

Y tranquilos, Diego y su mujer se fueron, dejando á su desdichada hija anegada en llanto.

Acercóse D. Félix, y desplegando una dialéctica propia suya, puesto á la altura de sus enojos, con breves y nada dulces palabras, trató lo primero de establecer posiciones; cosa que hizo con inexpresable resolucion y frialdad.

—Desde este momento,—la dijo desgarrando todos los trasparentes velos que aún cubrian su intencion;—me perteneceis; y en vos estará el ser prenda estimada del amante, ó un objeto de valor determinado, de que él dueño en su derecho, dispone como le place.

El espante creció en María.

—Antes,—prosiguió D. Félix vengando duramente la resistencia que habia encontrado;—era mi anhelo, mi regalado sueño de oro; que brillárais como estrella resplandeciente en el cielo de la córte, mas ahora quiero y necesito que derrameis vuestros suaves y trémulos destellos en el mio; de aquí que, lejos de presentaros á Lope de Andrade, os voy á conducir á mi palacio. Y no trateis de huir, —añadió intimándola con la amenaza;—porque la tierra habia de ser la que os escondiese en su centro, y al centro de la tierra descendiera, y en mis brazos os sacára para llevaros conmigo.

En su terror, María volvió los ojos á la puerta, evidenciando su pensamiento que era su deseo: huir; mas deseo y pensamiento atajó el de Aragon, pues arrugando el ceño, dijo completando el suyo con una segunda amenaza.

—Ni me obligueis tampoco á que haga con vos lo que se hace con el ave ingrata y arisca que pica el seno que le dá abrigo y la mano que trata de acariciarla; porque, de plata ó de hierro, os haré una jaula donde vivais mia, y canteis sólo y exclusivamente para mí.

Luego, y sin darla tiempo de salir de su estupor, la sacó del aposento, del teatro y del Retiro; hízola subir á su coche, mandó conducirla á su palacio, y montando en otro se retiró á su vez.

El llanto es el escudo de los débiles y el consuelo de los afligidos; el llanto bañaba las encendidas mejillas de María, desde que por la mañana, en hora funesta, Diego Perez se presentó á reclamarla, turbando su piadoso cántico. Poéticamente podia decirse que se habia convertido en un inagotable manantial de lágrimas.

Humilde y piadosa criatura, á la que no faltaba virtud alguna, no habia heredado con la sangre el vigoroso y enérgico temple de alma de su abuelo y de su bisabuelo; y el heróico—"Primero muerta"—que el soldado dijera aquella mañana repitiendo á su madre, tan apropiado á su situacion, zumbaba á su oido, marcándole la fatal salida que le quedaba á su honra, sin comunicarle ni fuerza ni valor para ejecutarlo. En la conciencia de su debilidad y de su abandono, la infeliz cayó en la inercia, y muda, con las manos cruzadas, se sumergió en un sillon de los que adornaban el aposento.

No tenia D. Félix por qué hacerse el respetuoso, ni guardar etiquetas, ni esperar oportunidades con la hija de Diego Perez, y

pasó á su lado así que se despojó de espada y gola; pero al verla inerme, llorosa, sumida en mortal afliccion; notando el ardor calenturiento de sus manos, lo enrojecido de sus ojos, lo apagado de su voz, sintió vivo impulso de compasion; y acercando otro sillon al suyo, sentóse á su lado con el deseo de tranquilizarla.

En D. Félix todo era grande; si apelaba al ingenio seducia, si se dejaba llevar de la pasion subyugaba; pero á pesar de sus esfuerzos, María continuaba llorando. Entónces, recurriendo de nuevo á los medios de coaccion,

—¡Por Cristo, Mari-Perez!—exclamó,—si no quereis que os dé motivo para llorar eternamente, que no os vea derramar una lágrima más.

El argumento obró el prodigio de secar los ojos de la jóven, de hacer asomar la sonrisa á sus lábios y de que en su pavor dijera:

—No, no; si no lloro.

D. Félix tenia corazon, y el corazon se conmovió profundamente. Su réplica fué viva, el acento con que la hizo, tierno, mostrándose lo que en aquellos momentos valía más: delicado; pero en el crítico instante de sobreponerse en un impulso de generosidad al *yo* de su egoismo, pasáronle aviso de que un religioso Trinitario solicitaba verle, y rindiendo tributo de respeto al carácter del solicitante, dejó á la jóven y fué á recibirle con resolucion de abreviar cuanto pudiera su inesperada visita. Desde los primeros instantes le fué molesta, y al terminarla, vino á colocarse en el terreno de sus fueros.

La causa de María empeoró.

Vinieron las damas, y al poner éstas la mano sobre su deseo para apartarle de él, le irritaron más. El *yo* rendido delante de la pena, se alzó más latente que ántes, más latente que nunca.

Pasó María la noche en el sillon, el alma llena de angustias y la imaginacion de terrores. A cada momento parecíale ver moverse el tapiz, escuchar la voz de D. Félix exigiendo como dueño y arrollando como tirano; en el alucinamiento de su terror, su corazon latía con atroz violencia, y levantando sus ojos al cielo:

—¡Dios mio!—murmuraba,—sois el que manda á la muerte. Por vuestro amor ¡enviádmela! y que me auxilie en mi desamparo.

Pero en vez de la muerte, vino el dia, que la encontró como el anterior la dejára: llorando; sólo que con la venida del sol se olvidó de sí misma para pensar en su abuelo.

Trájole el dia á D. Félix contradicciones y enojos; trájole el primer quebranto de su vida, trájole, en fin, la prision que acabó de rebelarle contra todo y contra todos. Enojos, contradicciones, quebrantos, refractaban en María como el sol en el acero.

¿Cómo pudo consentir en su cambio de traje? ¿Cómo se avino á vestirle, ella, tan humilde, tan modesta, tan recatada?...

«Que no me obligue á más,»—habia dicho D. Félix;—y aquél «más» tomó en la mente de la desdichada prisionera proporciones que la hicieron consentir, la hicieron ponérsele, y dejarse llevar á la cámara escogida por D. Félix para prision y que acababa de mancharse con su sangre.

IV

La cámara en que acontecieron los trájicos sucesos que hemos referido, tenía en el fondo una puerta ornamentada, que daba ingreso á otra pieza más pequeña tapizada de seda color de perla, Su techumbre era de madera de alerce con preciosas incrustaciones, y el pavimento de mosáico cubríale blanca y esmaltada alfombra. Allá en el centro, y medio cubierto por plegadas colgaduras de raso celeste con flecos de plata, alzábase sobre leones de bronce un lecho de maderas preciosas, ricamente esculpidas, y cuyas ropas ostentaban en sus bordados tanto primor, y en sus encajes tanta finura, que obra de hadas parecia.

Dos sillones le acompañaban, de alto respaldo y admirables entalladuras, y una mesa en todo igual al fastuoso lecho y casi régios sillones, sustentaba sobre su bruñido tablero una espada con recamos de oro y cuatro magníficos ópalos engastados en la cruz que formaba su empuñadura, y un ramo de flores secas.

Espada y ramo se pusieron en aquel sitio la noche de las bodas de D. César y doña Leonor; y durante veintiocho años nadié fué atrevido á tocarlas, sino de tiempo en tiempo, para quitar á la espada el polvo que la cubria. Constituian un recuerdo conservado cuidadosamente por la ternura de la esposa y el respeto filial del hijo que en aquella misma alcoba habia venido á la vida.

Allí, pues, en aquel recinto consagrado por los recuerdos, cerrado por el respeto, y que venía á ser el santuario de su espléndido hogar; en aquel lecho en que, desde la muerte de su padre, nadie habia reposado y que se encontraba tal como doña Leonor le dejára el dia que le trocó por uno pobre y estrecho de penitente, hizo D. Félix poner á la desmayada Mari Perez.

Era cuanta honra podia hacerle, y la mayor que en su deseo acertó á imaginar.

Servíanla dos dueñas que hiciera venir, aprovechando la confusion de los primeros momentos que siguieron á la salida del Conde-Duque y Pereda, y que llegaron al punto de entrar por sus puertas el doctor Bartolomé Barrientos, médico habilísimo y experimentado cirujano, pasmo de la córte por su acierto y fortuna, y del que se solía decir, que con permiso de Dios resucitaba los muertos.

Con vivísima ánsia esperaba D. Félix, paseando á largos pasos por la cámara, que acabase el doctor la primer cura; y con emocion violenta y extraña, por lo nueva, oyó el pronóstico que, sin desesperanzarle, hízole concebir sérios temores; y con estos, el interés que le inspiraba llegó al más alto punto que puede sentir el corazon del hombre.

En realidad, la herida, sin ser mortal, era grave; sin que fuera violenta, tenia la desventurada jóven bastante fiebre, y su sangre habia corrido en tal abundancia, que los desmayos se repitieron mientras con gran diligencia se preparaban bálsamos y vendajes, y se atendia á confortarla; todo lo cual hubo de producir profunda inquietud y acerbo pesar en D. Félix.

Esto acontecia en la cámara; fuera, las cosas estaban de nuevo como antes de ocurrir la desgracia que pesaba tan poderosamente sobre aquél. Tornó el licenciado Pereda, y con su presencia tornaron los rigores más sañosos que antes; restablecióse la incomunicacion; prohibió con severidad la salida del palacio, alcanzando hasta á los mosqueteros; hizo al alférez Olmedo responsable con su cabeza de la persona de D. Félix, tomó toda clase de precauciones, y luego se retiró á la habitacion que eligió á su antojo, y desde la que vigilaba al prisionero, á sus guardadores, á la servidumbre, y sobre todo á la jóven herida, cuya importancia crecia á medida que se cometian con ella mayores violencias y más terribles daños se le causaban.

V

—Señor alférez,—dijo un mosquetero de retorcido bigote y marcial continente, entrando en la antesala de donde no osaba apartarse el honrado Pedro de Olmedo,—abajo hay dos damas que pretenden ver al señor D. Félix de Aragon.

Enderezóse el alférez, y cual sabueso de fina casta, alargó su puntiaguda nariz como para olfatearlas, repitiendo en tono exclamatorio:

—¡Dos damas!

—Pues.

—¿Han dicho su nombre?

—No.

—¿Ni á qué vienen?

—Salvo lo de ver al señor D. Félix... tampoco.

—¿Ni se las conoce?

—Nada.

Hizo un gesto el alférez, y en tono despreciativo dijo:

—¡Serán busconas!

—¿Qué? ¡Damas y muy principales!

—¿Estais seguro?

—¡Vaya! El coche han dejado al principio de la calle; y para llegar hasta aquí, traen escoltándolas dos escuderos que más parecen gentiles-hombres.

—¡Oh, oh, oh!

—Y vienen crugiendo seda y derramando olores que han puesto el portal hecho un paraíso. Damas son, y de las más altas de la córte.

—Pues señor,—dijo el alférez, quien en su vida habia podido coger el hilo de oro de amorosa aventura. ¡*Eccehomo*!

El mosquetero se santiguó devotamente.

—Con las damas, altas y bajas, ser desenvuelto,—dijo Pedro de Olmedo filosofando,—algo atildado, doblarse mucho por la cintura, y ya está!

Cuadróse el mosquetero y disponiéndose á retirarse,

—¿Eso es que las despida?—preguntó pidiendo aclaraciones.

—¡Diablo, no!

—¿Entónces, que les digo? Porque ellas allí esperan sin moverse.

Rascóse la oreja el alférez, y luego:

—En verdad,—contestó,—que no lo sé, pues este caso no está previsto en las instrucciones; y si son tan principales....

—¿Con qué suben, ó se van....

—¡Eh! que suban, salvo la voluntad de D. Félix en recibirlas, porque el tal caballero, creo yo que sustenta sus fueros más que el Rey.

Y por su propia mano llamó quedito á la puerta de la cámara, hizo el anuncio, recibió el permiso, y trasmitiéndolo á la vez, retiróse el mosquetero, y á poco entraron las dos damas, ambas con hueco guarda-infante y riquísimo brial, muy recatadas con el ámplio manto, esparciendo aroma, y tan grave y mesurado continente, que apenas si se dignaron pagar la cortesía del alférez con más que medida y circunspecta inclinacion.

—¡Ni la Reina!—murmuró Pedro de Olmedo cerrando la puerta de la cámara luego que la traspusieron.

—¿Quienes son? ¿A qué vienen? ¿Qué resorte mueve estas máquinas que sólo funcionan al nombre de la pobre Mari-Perez?—se preguntaba don Félix, viéndolas adelantarse con aire majestuoso y tan encubiertas que sólo un ojo se permitian asomar por la estrecha abertura del manto.

TERESA DE ARRONIZ.

(Continuará.)

CRÓNICA POLÍTICA.

El movimiento político de los partidos en esta última quincena, ha sido extraordinario, correspondiendo á las circunstancias del momento.

Abierto el período electoral, y convocados los comicios para el dia 20 de Abril, en tan corto espacio de tiempo, era preciso se moviesen con gran actividad, si han de obtener resultados en la contienda, y con más energía las oposiciones que los ministeriales, supuesto que los ministeriales están en quieta y pacífica posesion del poder hace ya más de cuatro años, en cuyo período han podido establecer la administracion local y provincial en las mejores condiciones para sus intereses.

En un país que no fuera España, todos estos trabajos tendrian una importancia secundaria; porque los partidos, el amor á las ideas, la confianza en el Parlamento, las costumbres constitucionales, en una palabra, suplirian y aun aventajarian los resortes gubernamentales; pero en España, sin país electoral, presa los partidos liberales de divisiones y de desconfianzas que los enervan; la nacion, tocada del excepticismo más doloroso, y los pueblos, víctimas y juguetes de las pasiones políticas, en España, el ir á la lucha electoral, de oposicion, es una de las empresas más heróicas que pueden imaginarse.

Si no lo supiéramos por manifestaciones recientes é irreprochables; si no hubiéramos leido varias cartas de provincias en que se presenta al cuerpo electoral afectado de la inercia más enervante, presumiriamos este estado de los ánimos por el ejemplo que viene ofreciendo el país en estos últimos años, ejemplo tan elocuente como desgarrador.

Salvas las grandes localidades, salvo alguno que otro centro de poblacion, donde suele ser y se siente realmente corriente viva de opinion, en el resto de la Península, los pueblos han caido en la apatía más desconsoladora.

Desgraciadamente, los ejemplos que han irradiado de Madrid, con raras excepciones, desde el establecimiento del régimen parlamentario; el poco esmero con que los poderes públicos, los partidos y las situaciones se han cuidado de atender á la práctica sincera del sistema parlamentario; las revoluciones unas veces, otras las reacciones, de ordinario la

arbitrariedad triunfante, y los atropellos impunes, han llegado de tal modo y con circunstancias tan agravantes á pervertir el sentimiento público que, entre mil electores, apenas encontraríamos uno que pregunte al candidato por sus ideas políticas.

Que los dejen en paz, es lo que quieren principalmente los electores; y si salen de sus casas, tiemblan que los moleste la administracion, y si la administracion no los molesta, entonces suele serles indiferente votar desde un amigo del Sr. Castelar á un adepto del Sr. Moyano. Los tributos es lo único que hace vibrar sus fibras, y aun creo que perezosamente, pues los mismos electores han llegado al convencimiento de que es una ilusion, una ilusion remota que puedan alcanzar alivio en los impuestos.

Y así está el país en sus cuatro quintas partes; lo cual no quiere decir que no haya lucha hasta en las localidades más microscópicas. Las hay, y á veces enconadas y violentas; pero es la lucha de los intereses, de la vanidad, de las pasiones personales; lucha en que el cacique A domina al cacique B, no para oponer pensamiento á pensamiento, ni ideales á ideales, pues esto no se estila, sino para que el oprimido sucumba y perezca bajo la rodilla del opresor.

Pero este es un motivo más para que los partidos políticos, para que los hombres esclarecidos de estos partidos aconsejen la lucha, pues al fin y al cabo la emanacion de las ideas puras, aunque vayan estas mezcladas con intereses mezquinos, como al fin las ideas son la parte noble de la mezcla, ya que no disipen por completo los miasmas, siquiera los amenguarán, y á la larga, el campo ha de ser suyo, porque la cultura en los hombres es un principio necesario y progresivo; y la elevacion de miras que ya suele reinar en los grandes centros de poblacion, y que reina, sin duda alguna, en los espíritus muy cultivados, irá descendiendo por derivaciones sucesivas hasta invadir la última de nuestras aldeas.

Desde este punto de vista, y sea cualquiera la bandera que los partidos enarbolen, cada cual con arreglo á sus antecedentes y á su conciencia, merecen bien de la pátria, merecen bien de la humamidad los hombres esclarecidos de nuestras agrupaciones políticas que por su influencia legítima hayan logrado ó logren llevar álas urnas á sus amigos y correligionarios.

Despues de cinco años de marasmo y de paralísis; despues de cinco años en que realmente ha gobernado la dictadura arriba y abajo la arbitrariedad; despues de tanto tiempo de retraerse en su casa los vencidos ó desengañados, y de mandar sin contradiccion los vencedores y sus hechuras, la prolongacion de este estado de cosas, sicológicamente considerado, podria llevarnos al rebajamiento más vergonzoso.

Ha tomado demasiados vuelos el egoismo; se han levantado demasiados altares al éxito; se mira con harta insolencia la voz de la razon extraña y hasta el grito de la conciencia propia, para que un hombre pensador y patriota no se abisme ante este corruptor estado moral, tan favorable á las dominaciones personales, y tan dañoso á la libertad política de los pueblos.

Si las pequeñas localidades atraviesan por la situacion que hemos indicado; si los pueblos más grandes, si las ciudades han perdido la fé en los principios, en los partidos y en los hombres; si Madrid no piensa más

que en pasearse con la mayor brillantéz por la Castellana y por el Retiro y divertirse cuanto pueda en teatros, saraos y *soirees*; si la persona, si la familia, si la tertulia, si el grupo de amigos se pone constantemente por cima de las grandes abnegaciones, de los grandes ideales, de los grandes horizontes; si el yo satánico es la fuerte y traidora yedra que va oprimiendo el cuerpo social hasta ponerlo en evidente ruina; en estas circustancias, ¿qué falta para elevar á dogma el personalismo en todas partes, empezando por la organizacion de los poderes públicos?

Mil veces bien han merecido de la patria los hombres ilustres de los partidos parlamentarios que han aconsejado la lucha en los comicios; y aunque no alcancen más que á sacudir el país de su letargo; aunque no consigan otra cosa que poner una digna resistencia á los amaños é insolencia de los que quisieran tener á los pueblos constantemente supeditados al látigo de gobernadores y caciques; con todo esto, por cortos que fuesen los resultados, siempre habrán prestado un beneficio inmenso al régimen parlamentario que por esencia y necesidad es un régimen de lucha, de contradiccion y de movimiento.

No por más ó ménos representantes en el Parlamento, ni siquiera por la esperanza de alcanzar el poder parlamentariamente, como se alcanza en pueblos más adelantados que nosotros; por una consideracion más elevada todavía, ha debido aconsejarse la lucha; por la consideracion de no dejar que el país se corrompa por completo en esta atonía y displicencia que con tanta perfidia procuran explotar las influencias del poder.

Unos pocos años más de flojedad en los caidos y de egoismo en los vencedores, y el país estará perfectamente preparado para una vergonzosa servidumbre; y cuando se haya perdido toda confianza en los procedimientos del derecho; y las Córtes, en vez de la opinion verdadera del país, representen los intereses y el dominio de unos cuantos privilegiados, ¿cómo extrañar que el huracan de las revoluciones ruja bajo nuestros piés, y que se encomiende á la fuerza lo que no ha podido alcanzarse por la razon?

Sin duda para evitar estas explosiones siempre dolorosas; con la intencion evidente de amparar los buenos principios del sistema parlamentario; para dar bríos á aquellas corrientes de opinion y á aquellos hombres esforzados todavía preservados de la peste, del excepticismo ó de la corrupcion, los hombres importantes de todos los partidos liberales han hecho y están haciendo los mayores esfuerzos por empujar al país hácia una lucha depuradora, que si al principio mira con repugnancia, debe creerse emprenderá al fin con cierta resolucion cuando se penetre, como no puede ménos, de la salvadora necesidad de hacer una parada en este camino de soledad y de rebajamiento.

Los constitucionales se han reunido con este noble propósito, y tras los constitucionales, y con la propia plausible mira, han seguido los centralistas, los moderados, los posibilistas y los antiguos radicales.

El movimiento en las planas mayores de los partidos, es general. El retraimiento es recurso casi por unanimidad desechado y se trabaja con ahinco por llevar al Parlamento la expresion de los principios, de los ideales, de los agravios si se quiere, para que oidos por el país, pueda el país formar esa opinion robusta y penetrante, al fin poderosa, dentro de las vías legales, para imponer su voluntad.

El dia 16 del mes corriente publicó la *Gaceta* el decreto de disolucion de Córtes, convocando las nuevas para el dia 1.° de Junio, y designando el 20 de Abril, como dia de lucha en los comicios, lucha que ahora tendrá simultaneamente lugar en la Península, Canarias, Cuba y Puerto-Rico. El dia 17 reuniéronse los diputados y senadores de la minoría constitucional, y en una deliberacion sóbria y patriótica tomaron tres acuerdos: acudir á la lucha, establecer inteligencias segun los casos y circunstancias para la campaña electoral con los partidos liberales, y nombrar un directorio compuesto de los señores duque de la Torre, Sagasta, Ulloa y Romero Ortiz, los cuales, en representacion de sus amigos, pudiesen ejercitar y llevar á su desarrollo los acuerdos del partido.

El Directorio nombrado creyó conveniente á los pocos dias publicar un Manifiesto del cual tomamos estos párrafos que nos parecen los más expresivos:

«Nunca estaria más justificado el retraimiento que en esta ocasion, si el partido constitucional atendiera sólo á la triste realidad de los hechos y si dolorosas experiencias no hubiesen probado, dentro y fuera de España, que esta arma peligrosa y desesperada hiere siempre y anula muchas veces á los mismos partidos que la esgrimen. ¿A qué ocultarlo? Vamos á los comicios en las peores condiciones, dentro de una organizacion administrativa que nos asfixia, con el recuerdo vivo de las arbitrariedades cometidas en las pasadas elecciones, con la ilusion decaida y quebrantada la esperanza en lo presente, sin más garantías que unas cuantas circulares, que, como tantas otras de la misma índole, serán letra muerta en los momentos decisivos del combate.»

. . . . . .

«Sin faltar á sus antecedentes, y manteniendo sus compromisos, el partido constitucional, obediente á la voz amiga de sus jefes, intervendrá en las próximas elecciones con el auxilio que en justa reciprocidad y mútua correspondencia le presten los demás elementos liberales de oposicion, resueltos á concurrir á las urnas. Apreciando, segun los casos y circunstancias, las necesidades de la lucha, el directorio, plenamente autorizado, entrará en las inteligencias que crea conducentes al logro de sus aspiraciones con las juntas electorales que otras agrupaciones liberales hayan formado ó formen en lo sucesivo; vigilará por el respeto de la ley, á cuyo amparo van á ejercitar los ciudadanos el más sagrado de sus derechos, y cuantas veces sea preciso, acudirá en queja al Gobierno contra las violencias, fraudes y coacciones que se cometan, no con la ilusion de que se remedien ó castiguen, porque no tiene motivos para confiar en la justicia de sus adversarios, y harto sabe ya á qué atenerse en este punto, sino para hacer constar hasta dónde raya el amor de nuestro partido á las instituciones parlamentarias, su generosa abnegacion y la grandeza del sacrificio que quizá estérilmente realiza.»

Como nuestros lectores observarán el tono del Manifiesto es un tono de amargura y de escasa confianza en los resultados de la lucha; pero más que nunca, por los movimientos de otros partidos, era preciso hoy acudir á este noble palenque, y los constitucionales primero, y su directorio despues, no han titubeado en aconsejarla con toda resolucion, sien-

do una cosa secundaria las ventajas mayores ó menores que logren alcanzarse.

A la reunion de los constitucionales, esperábase con cierto fundamento que hubieran concurrido los centralistas, cuya mayoría habia ya militado en las filas de aquel partido, y cuya totalidad habia autorizado las declaraciones fusionistas hechas por el Sr. D. Venancio Gonzalez en las últimas sesiones de la última legislatura; pero la precipitacion de los sucesos que apenas dejó tiempo para establecer ciertas cuestiones prévias; el método más conservador que siempre han observado los amigos del Sr. Alonso Martinez y la solucion ilógica de la crísis, abriendo horizontes inciertos y fuera de todo cálculo; todo esto ha producido un movimiento de repliegue en el grupo centralista, algunos de cuyos hombres, por otra parte, siempre han repugnado una fusion verdadera y estrecha con los constitucionales.

Con su autonomía, pues, bajo su responsabilidad y por su cuenta, los centralistas se reunieron acordando por gran mayoría, mantener la integridad de la agrupacion, nombrar una comision ejecutiva que asumiera el pensamiento de todos, y que esta comision se pusiera en contacto con el partido constitucional para establecer alianzas electorales, quedando en lo demás con facultades para deducir cerca del Gobierno aquellas quejas y reclamaciones que la contienda electoral haga necesarias.

Otro carácter bien desemejante á los anteriores tuvo la reunion de los moderados históricos, celebrada en la semana última tambien, en casa del Sr. Moyano; pues en esta reunion, acordóse ir á la lucha con entera independencia de los demás partidos, aunque nosotros sospechamos no se rechazaria el concurso de los carlistas si en algunas partes se puede obtener. Y despues de esto, y como acuerdos de carácter político, los moderados no quisieron disolverse sin hacer constar:

1.° Que el partido habia visto con gran satisfaccion el advenimiento al poder del general Martinez Campos.

2.° Que el señor general conde de Balmaseda quedaba autorizado para aceptar el cargo de capitan general de Madrid, que, segun parece, le ha sido ofrecido por el presidente del Consejo de ministros, si bien sin renunciar á su carácter de vicepresidente de la junta directiva.

Y 3.° Que el partido tendrá una Asamblea general despues de las elecciones y antes de la reunion de las Córtes para medir sus fuerzas, y remudar ó confirmar á la actual junta directiva.

Entre estos acuerdos, los que principalmente han llamado la atencion, sirviendo de mira para poder apreciar las inclinaciones del actual Gobierno, es el referente al aplauso y regocijo con que han visto los moderados en el poder al general Martinez Campes, haciendo caso omiso de los demás ministros, y el que atañe á la facultad conferida al conde de Balmaseda para aceptar la capitanía general de Madrid, donde habia de representar á la junta directiva del partido en que milita.

La intencion es bien conocida, y si el general Martinez Campos nombra al fin al general conde de Balmaseda, ya sabe que lo nombra, no por un homenaje á la amistad personal que los une, sino por el carácter que tiene este último general de vicepresidente de la junta directiva de los moderados; y como tambien apoyan la situacion desde juntas semejantes y por los cargos que ejercen, los Sres. Cánovas y Romero Roble-

do, resultará que esta es una situacion privilegiada á quien por igual favorecen moderados-históricos y conservadores-liberales; absurdo de marca mayor, pero que es un absurdo lógico dada la índole singular de la política que quiere desenvolver el general Martinez Campos.

Pero sigamos narrando las reuniones de los partidos, pues este artículo tememos se haga demasiado largo. Los amigos del Sr. Castelar, que sin esperar á la caida del Sr. Cánovas habian optado por la lucha, publicando una Circular en que así se advertia á sus correligionarios, han tenido una nueva reunion tambien para reunir su junta directiva, y de esta reunion ha salido su correspondiente Manifiesto, cuyos párrafos más importantes creemos conveniente reproducir á continuacion:

«Dos dias inolvidables, dice, han sido como los dias del Génesis de esta nueva política; el dia 11 de Febrero de 1873 y el dia 2 de Enero de 1874, en que inolvidables declaraciones parlamentarias proclamaron ideas sobre las cuales se fundarán mañana, ponderados por la necesidad y por la lógica, los pactos patrióticos que han de unir en un sólo haz á toda la democracia española. Hé aquí, pues, electores demócratas, lo que se proponen pedir y recabar, dentro la legalidad más estricta, en el futuro Congreso, aquellos de nosotros á quienes honreis con vuestra confianza: los medios legales y pacíficos necesarios á restablecer la Constitucion de 1869 por un movimiento de la opinion pública y por un triunfo legal en los comicios del pueblo.»

. . . . . .

«Trabajaremos, pues, con ahinco para que la soberanía nacional sea, no solamente un principio abstracto de la ciencia política, sino una verdad práctica en nuestras leyes y en nuestras instituciones, porque los poderes más altos pasan y la nacion queda, las gerarquías más seculares mueren y la nacion vive, las generaciones aparecen, y desaparecen y la nacion las contiene á todas como el espacio á los mundos: que solamente ella es grande, soberana, majestuosa, inmortal, perenne.»

«Poseidos de este sentimiento, no olvidarán nuestros diputados en las futuras Córtes, como no lo olvidaron en las pasadas, que existen principios eternos é intereses permanentes, superiores á todo partido y necesarios á toda política, los cuales han de quedar fuera de nuestras competencias y contiendas y mantenidos por todos los españoles, pues no hay libertad posible, allí donde no se comprometen todas las fracciones á cooperar con los gobiernos á que el Estado sea independiente, la ley obedecida, el territorio inviolable, los presupuestos correspondientes á las satisfacciones de una civilizacion complicadísima y al pago de la Deuda pública, la autoridad tan respetable cuando se ejerce legalmente como nuestros más primordiales derechos: que los partidos inclinados á olvidar sus deberes y fáciles de ceder á la anarquía, se forjan con sus propias manos las cadenas de una formidable servidumbre.»

. . . . . .

«Y esta política se acreditará, si vosotros, electores democráticos, os hallais resueltos á combatir, donde seais mayoría, por vuestros candidatos propios, y á tener con los candidatos afines de oposicion liberal aquellas inteligencias aconsejadas por vuestros comités y pedidas por las circunstancias, despertando de esta suerte el sentimiento democrático en

los próximos comicios con todo vigor, para que renazca y triunfe y se imponga á sus mayores enemigos, en el futuro Parlamento.»

La doctrina, ya ven nuestros lectores que es una doctrina propia, pero las conclusiones en cuanto á alianzas electorales, son muy parecidas á las puestas en el Manifiesto del directorio constitucional.

Resta, de las anunciadas, la reunion de los radicales, que está señalada para el 27 en casa del señor Fguerola; esto es, para el dia precisamente en que estarán en máquina los últimos pliegos de esta Revista.

La convocatoria para esta reunion, se distingue bastante de todas las demás. Sólo el Sr. Mártos es quien la firma, y de acuerdo con los exministros del antiguo partido progresista-democrático, «se considera en el deber de invitar á sus antiguos correligionarios los ex-senadores y exdiputados del partido, así como á cuantos habiendo obtenido esas investiduras, y estando conformes con las actuales aspiraciones del partido, quieran la conciliacion de la democracia, dentro de la Constitucion de 1869, para que se sirvan concurrir.»

Es un llamamiento ámplio, que sin duda se ha hecho para recoger adeptos en los grupos democráticos afines, por avanzados que sean, pero cuya posicion no está bien depurada todavía.

Desde luego no han de acudir á él los hombres que siguen á los señores Figueras y Pí y Margall, que continúan impertéritos con sus ideales de federacion; pero quedan los partidarios de la llamada Union democrática, en la prensa representados por *El Pueblo Español* y por *La Union*, los cuales parece se disponen á asistir, aunque con la protesta, segun dice el segundo de los periódicos citados, de no aceptar de la Constitucion de 1869 mas que el título primero.

Es posible que este concurso, con estas reservas significado, complique un tanto la reunion de casa del Sr. Figuerola; pero como asegurar nada seria aventurado, nosotros, lo que sabemos es, que los hombres más caracterizados del antiguo partido radical, son partidarios de la lucha electoral, y que van á la reunion con la esperanza de sacar adelante este principio.

Si realmente quedáran los radicales tambien en tomar parte en la campaña electoral, y se ampliáran las inteligencias ya iniciadas con otros partidos, el choque, por más que no diera grandes resultados, seria rudo, y desde luego tendria bastante fuerza para traer á las Cámaras hombres importantes, hace algun tiempo alejados de tan noble palenque, sin que por ahora podamos aventurar ningun otro corolario.

A todo esto, el Gobierno sigue desenvolviendo su trabajosa y contradictoria política, dando circulares de muy honrados propósitos y desenmarañando como puede el problema electoral. No creemos que se haya pasado aún del caos; esto es, no creemos que en todas las provincias haya alcanzado el Sr. Silvela conciliar á los discordes, y acomodar á los favorecidos; pero la tarea es gigantesca, y estamos bien seguros que con los amigos personales del general Martinez Campos, por un lado, con los propósitos del Sr. Cánovas por otro, no entorpecidos por el señor Silvela, y, por último, con las travesuras del Sr. Romero Robledo, llegará el 20 de Abril, y todavía habrá provincia en que no hayan podido amoldarse los intereses encontrados.

Pero esto ya lo iremos viendo, y de nuestra política pasemos á los asuntos internacionales.

Mas antes, aunque sea utilizando la correccion de pruebas de este artículo, y ciñéndonos por ello todo lo posible, hemos de consignar una novedad dolorosa que ha llenado de dolor nuestro corazon. El Sr. D. Augusto Ulloa ha dejado de existir. Un reuma gotoso al corazon, latente desde hace algun tiempo, se ha desarrollado cruel en estos últimos dias, arrebatándonos en pocas horas una de las figuras más hermosas y brillantes de nuestra historia contemporánea. Que su conducta, que sus temperamentos, que su prudencia tengan imitadores; y esta será la más provechosa enseñanza que podemos recibir de tan terrible desgracia. A su familia escusado es decir que enviamos el testimonio de nuestro dolor más sincero.

***

En Francia continúan las cosas un poco contingentes y no con muy buen cáriz, para que puedan mirar los republicanos el porvenir con perfecta tranquilidad. Verdad que se han conjurado los rumores de crísis tan consistentes en la semana anterior. Verdad que por ahora no saldrán del Gobierno ni M. Wadington, ni M. Leon Say. Verdad que ha dejado de hablarse de la reconstitucion del Gobierno bajo la base de M. Le Royer, ministro de Justicia. Pero la presentacion de los proyectos de enseñanza de M. Ferry ha levantado una polvareda, de la cual los autoritarios, por lo ménos, procuran sacar un gran partido.

La emocion crece por momentos, dice un corresponsal, é invade todas las clases de la sociedad. En los pasillos de la Cámara de diputados ha sido objeto de no pocos comentarios la frase de Laboulaye, el eminente profesor de la Sorbonne, quien, á pesar de sus ideas liberales y de su espíritu conciliador, no ha podido ménos de exclamar: «¡Si es adoptado este proyecto de ley, hay que desesperar del porvenir de la libertad en Francia.»

La opinion más acreditada es, que la Cámara, aprovechando la inminencia de las vacaciones de Páscua de Resurreccion, tan inmediatas, y la discusion despues de éstas del presupuesto general, aplazará para más adelante el exámen del proyecto de ley que M. Ferry podrá de este modo modificar, á menos que deseara retirarse, aunque en los momentos actuales, lo que interesa á todos evitar, es una crísis gubernamental.

El proyecto de enseñanza de M. Ferry, es la devolucion al Estado del derecho ó colacion de grados. La libertad de enseñar queda integra y respetada: católicos, protestantes, racionalistas, todos continuarán disfrutando su derecho de enseñar. En un artículo, sin embargo, se prescribe que no podrán dedicarse á la enseñanza los miembros de asociaciones no reconocidas por el Estado. Lo que quiere, en fin, el nuevo proyecto de ley es que mientras el Estado conserve una enseñanza dada por sus cuidados, no reciban títulos académicos y se lancen á ejercer profesiones gentes examinadas por maestros extraños á esa enseñanza nacional.

Además de este proyecto, por otro se reforma el de los Consejos de instruccion, que quita al alto clero y á los príncipes de la Iglesia una gran influencia en la enseñanza; pero, sobre todo, lo que á los elementos más conservadores de Francia ha irritado grandemente, es que se prohiba en adelante la enseñanza á las congregaciones religiosas no autori-

zadas,» que parece se elevan en el país vecino á veintisiete con ochenta y ocho establecimientos y más de 2.000 miembros

Los que hayan visitado alguna vez á Francia, especialmente sus departamentos del Mediodía, se habrán sorprendido con los progresos extraordinarios de estas congregaciones, que tienen casi monopolizada la enseñanza; y como realmente es un problema que los Gobiernos deben mirar con ojos de prevision y de prudencia, nos explicamos el corage con que los periódicos republicanos contienden con los legitimistas y ultramontanos, como perfectamente nos explicamos tambien la actitud del episcopado francés que hará todo género de esfuerzos por desbaratar el pensamiento de M. Ferry; empresa noble sin duda alguna desde el punto de visto de sus creencias; pero que no creemos pueda compadecerse con el deber que el Estado tiene á intervenir en la enseñanza, no dejando ésta abandonada por completo á la iniciativa individual, y de cualquier modo, sujetando la iniciativa individual á pruebas y precauciones de que no puede desprenderse ningun Gobierno previsor.

Ante el rompimiento de las conferencias para resolver la cuestion de las fronteras greco-turcas, el *Diario de los Debates* excita á Europa para que gestione una solucion que ponga término al conflicto.

Pero Europa se las arregla como puede, y cada potencia en su casa procura sacar el mejor partido de las circunstancias. Decimos esto ante el lenguaje provocativo de ciertos periódicos de San Petersburgo, á los que no gusta la evacuacion del ejército ruso. *El Golos* dice, por ejemplo, que es imposible la ejecucion literal del tratado de Berlin, y cree que Turquía se resignará á abandonar sus derechos en cuanto á la ocupacion de la cordillera de los Balkanes, permitiendo tambien que la eleccion del gobernador de la Rumelia Oriental recaiga en un personaje que no sea turco.

Si Turquía no cede, Rusia para impedir la conmocion popular que estallaria al llegar los turcos á Rumelia, se verá precisada á mantener sus tropas en este territorio. Rusia en ningun caso consentirá que tropas de ninguna nacion entren en Rumelia, ni que los turcos penetren en Bulgaria.

Pero hay más todavía; otros periódicos manifiestan descaradamente que el ejército no debe moverse. "La Asamblea de Tirnova, —escriben. —se ha reunido, pero no ha empezado sus tareas, y no se puede creer que las empiece hasta que se arregle la union de Rumelia á Bulgaria. Así se pierde el tiempo, y llegará el 3 de Mayo, en que los rusos deben evacuar el país, sin que se haya aprobado la Constitucion ni elegido el príncipe.

"¿Ni por qué sacaríamos nuestras tropas, cuando las de Austria ocupan Bosnia y Herzegowina? Austria invadió esas provincias sin estipulaciones prévias con Turquía; Austria quiere quedarse con esas provincias, no hay razon para que nosotros guardemos más respetos que Austria al tratado de Berlin.

"Austria no quiere hacernos la guerra, y se encontrará con nosotros; y en cuanto á Inglaterra, no tenemos que temerla: no está para ocuparse de esto."

Y se quedan tan frescos los periódicos oficiosos rusos, como si el país en que escriben y el imperio que representan estuviera hecho una bolsa

de aceite, cuando, por el contrario, todas las noticias autorizan una agitacion creciente que no basta á extinguir la pena capital y los fusilamientos que con harta prodigalidad se aplican.

Rusia quiere hacer el milagro de regalar una Constitucion á Bulgaria, y que los rusos se den por satisfechos con esta magnanimidad de su Emperador; pero los rusos no son de ese parecer, y no sólo los nihilitas, sino muchas clases de la sociedad, segun nos dicen los periódicos alemanes, piden una reforma profunda en la organizacion de los poderes públicos, y sobre todo que el país intervenga directamente en la gestion de sus negocios, en lo cual piensan correctamente.

De las demás cuestiones que con cierta preferencia llaman la atencion de los periódicos, poco nuevo podemos decir. De la insurreccion de los zulús, que en breve estarán reunidos en el Cabo todos los refuerzos, y que se emprenderá una campaña ofensiva; y que en el Afghanistam nada definitivo se ha hecho todavía, porque al nuevo emir parecen duras las condiciones de la paz.

Como novedades en el derecho público, conviene, por último, advertir que Italia proyecta ampliar el censo electoral hasta favorecer con este derecho á un millon más de ciudadanos; y que Suiza ha dado tambien los primeros pasos para derogar la abolicion de la pena de muerte por delitos políticos, si bien se cree que el Consejo federal se opondrá á este retroceso, en cuyo caso, el pueblo convocado al efecto resolveria sobre problema tan delicado.

J. Ferreras.

26 de Marzo.

NOTICIAS LITERARIAS.

La Cigarra. Relacion contemporánea, por D. José Ortega Munilla.

Nadie que, con maduro exámen, haya meditado sobre nuestra literatura nacional contemporánea, habrá dejado de observar los gravísimos defectos que existen en las producciones de la mayor parte de los novelistas españoles. Prescíndese en ellas, casi en absoluto, de las grandes ideas que caracterizan á nuestra sociedad, y solo se le ofrece al lector una parte de ésta, tal vez la más refractaria á la idea de lo bello y la ménos susceptible para el desarrollo de verdaderos episodios novelescos y de caractéres despojados de todo artificio.

Nuestros novelistas han dado en utilizar elementos extraños y desatender los propios, en tener muy en cuenta lo puramente fantástico, y prescindir por completo de los sentimientos del espíritu que la vista ménos perspicaz descubre en nuestras sociedades.

Pero afortunadamente no todos nuestros escritores han seguido esta errada senda. Algunos, que pudiéramos llamar honrosas excepciones, no han logrado sustraerse al influjo de las corrientes de la vida moderna, y han comprendido que la novela ha de ser una reproduccion acabada y fiel de la realidad, y que para su creacion no hay sino tomar elementos de los hechos que diariamente estamos presenciando, y de las personas que, aún en la vida familiar, se ofrecen á nuestra vista.

Valera, Perez Galdós, Correa y Alarcon, son los que en nuestros dias han roto la marcha por el camino de la novela realista. Caracterízales un realismo espiritual é interior; retratan con verdadera exactitud el espíritu que palpita en la sociedad para quien escriben, y buscan el argumento de sus obras en la resolucion de uno de los frecuentes problemas íntimos que agitan al hombre al recorrer la espinosa senda de la vida.

El Sr. Ortega, que no desconoce aquella tendencia, que estudia y

medita las obras de estos novelistas, no ha podido ménos de declararse partidario de la novela realista, sintiendo la necesidad de relegar al olvido el tradicional idealismo de nuestros antepasados, como una escuela cuyos tiempos pasaron, y que se aviene mal con las exigencias de la moderna civilizacion.

La Cigarra es una novela interesante por su asunto y verdaderamente deliciosa por la forma. Su pensamiento es mostrar las consecuencias que puede traer un mal entendido sentimiento de honor y un egoista deseo de ocultar una falta cometida y no turbar la dulce paz de una familia.

Solita, *La Cigarra,* niña adornada de la sencillez más natural y la más pura inocencia, nacida de los amores de una ilustre dama con su amante, vése completamente abandonada, separada por la muerte de la mujer que ella siempre tuvo por su madre; y cuando, todavía ignorante del secreto de su orígen, llega á verse en presencia de la verdadera autora de sus tristes dias, muere herida, no tanto por sus males físicos, como por los padecimientos morales que la causan la soledad y abandono en que se vé sepultada.

Este asunto dá lugar á una terrible y prolongada lucha en el ánimo de la débil madre, que, ya esposa de un honrado comerciante, pugna entre el amor maternal y el noble deseo de no manchar el nombre de su marido con la confesion de su delito.

Todos los personajes que toman parte en la accion están tan discretamente diseñados, que se graban con la mayor viveza en la memoria del lector. La natural sencillez de Solita, que por sí sola no hubiera bastado á prestar belleza á su figura, va acompañada de un tintepoético de melancolía que la hace sumamente simpática é interesante.

No está ménos hábilmente descrito el capellan de las Teresas. Hé aquí cómo lo retrata el Sr. Ortega, cuyas palabras servirán de elocuente muestra para conocer la galanura de estilo en que está escrita su novela:

"Tendria el buen señor más de setenta años, y su cana cabeza, pelada al rape, su cuerpo encorbado, sus manos flacas y grandes, su vacilante paso, hablaban, al ménos observador, de los achaques de una edad caduca y de una salud débil. Mucho lo era la del capellan de las Teresas, que padecia dolorosos y pertinaces ataques de reuma, los cuales le postraban en el lecho durante meses y meses. Pero si el cuerpo del anciano sufria con estas enfermedades, no así su alma, que se dulcificaba con el contínuo padecer, bien al contrario de otras, que se agrian y envilecen con la desgracia. Llamábase el clérigo D. Pedro Hernando de Cifuentes, mas nadie le conocia sino por el padre Hernando, y áun algunas personas que le trataban con absoluta confianza, y las monjas mismas, solian nombrarle, en lo íntimo de su amistad, el padre Hernandito, á causa, tal vez, de lo menguado de su estatura."

El padre Hernandito, á pesar de ser la causa de que la madre de Solita no confiese la íntima relacion que la une con la desgraciada niña, aliviando así las desdichas de ésta, aparece como una figura simpática, caballerosa y fiel al juramento prestado á un moribundo en su hora postrera.

Con no ménos verdad están dibujadas la lacrimosa hermana del padre Hernando, la pedantesca *in tibitriz* inglesa y otras figuras secundarias que muestran la fecunda y rica imaginacion del autor de *La Cigarra.*

Distínguese igualmente la obra del Sr. Ortega por el fácil artificio del diálogo, y por la belleza y gracia de las descripciones. El siguiente trozo en que se pinta la calle de Alcalá á la caida de la tarde, puede ciertamente citarse como un modelo de correcto y delicado estilo.

«Los albañiles que en cuadrillas, y vestidos de blanco, al uso de Pierrots, volvian de los andamios, codeábanse democráticamente con otras no ménos numerosas cuadrillas, adornadas de lujosos gabanes, dentro de los que iban, acaso, altos funcionarios, diputados á Córtes, aspirantes á ministros; vulgares domésticas de záfios modales, confundíanse con las señoras de la clase media, á quienes intentaban plagiar en el chocarrero vestir, lográndolo, como logra imitar el *cromo* á la *acuarela*; niños de buenas familias tornaban del colegio, con sus carriks elegantes, y sus libros pendientes de la correa: mujercitas airosas y lindas, que aun no habian dejado de recibir el aguinaldo de los reyes, andaban tambien allí con su pisar gentil de antílope; hembras de osados ojos, manto español prendido con gracioso arte y pie curiosamente calzado, cruzaban en todas direcciones, mezclándose con aquella poblacion paseante, como las amapolas con el trigo en las verdes praderas; chicuelos desarrapados, de los cuales dijo amargamente *Fígaro* que se supone que tuvieron padres, porque no se conciben hijos sin padres prévios, pululaban en escuadrones bullangueros y procaces, cual en los tejados los gorriones. Era aquello un mar de negro oleaje, en cuyas lontananzas sobrenadaban pañuelos, sujetando con la plegazon de la seda rostros chispeantes, herederos de la sal de aquellas duquesas que jugaban á las cuatro esquinas con Pepe-Hillo y Martincho en el soto del Corregidor y en Migas Calientes; sombreros de copa, en diferentes grados de brillo y juventud; muchos roses marciales; bastantes sombreros de teja; pedacitos de caras que parecian pedacitos de cielo, con sus estrellas de ojos y sus nubes de albayalde; manos como azucenas que sujetaban el rebocillo del reloj ó prendian un alfiler entre el negro cabello, porque las españolas—como ha dicho un francés—van haciendo su *toilette* por la calle; hongos en abundancia; algun sombrero de alas inconmensurables, bajo cuya pañosa sombra centelleaban ojos andaluces y tronaba el dialecto del Perchel; todo esto confundido, revuelto, barajado, batido en la gran mescolanza nacional de nuestro heróico pueblo madrileño.»

Críticos algun tanto escrupulosos podrán tal vez encontrar defectos en la obra del Sr. Ortega. Podrán tacharla, no sin algun fundamento, de excesiva prolijidad en los detalles y abuso de la metáfora; pero hay tanta verdad en los primeros y tal belleza y gallardía en la segunda, que bien puede perdonarse al autor aquellas faltas, si lo son, en gracia de estas buenas cualidades. La descripcion del complicado reloj del padre Hernando, el detalle del gatito negro que sale haciendo eses con la cola á recibir á Solita y otros de esta naturaleza sirven para prestar más tinte de verdad á la narracion y por tanto para que el lector se imagine estar presenciando una accion real y cierta.

La prensa se ha ocupado ya con más ó ménos detenimiento de la novela del Sr. Ortega. El discreto y festivo *Lunático* del *Imparcial*, y el Sr. Fernandez Bremon, elegante cronista de la *Ilustracion Española* y *Americana* han dado cuenta á sus lectores, en lisonjeros pero justos términos, de aquella obra, reconociendo en el Sr. Ortega Munilla, faculta-

des y disposiciones para llegar á ser uno de nuestros primeros escritores.

Precede á *La Cigarra* un prólogo del Sr. Rodriguez Correa. Con solo escribir este nombre, basta para dar idea de lo que dicho prólogo ha de ser. La ligereza y festividad al par que la correccion y la galanura, son cualidades inseparables en toda obra de Correa. Allí cuenta con inimitable gracejo la manera de conocer al jóven autor y expone eruditas y atinadas observaciones sobre la novela española y las principales cualidades que ha de tener todo buen novelista. Bien puede el Sr. Ortega, estar orgulloso de que á su obra preceda un trabajo tan bello y delicado como lo es el del Sr. Correa.

Tal es *La Cigarra*, novela cuyo autor es digno de elogio y alabanza no tan sólo por ser un atento observador y un escritor correcto, sino por haberse declarado fiel y decidido prosélito de una escuela cuya propagacion tanta falta hace en España para señalar nuevos y más seguros derroteros á la novela nacional.

FELIX ROSELL.

BIBLIOGRAFIA.

Los restos de Cristóbal Colon.—Informe de la Academia de la Historia al Gobierno de S. M. sobre el supuesto hallazgo de los restos del descubridor del Nuevo Mundo en la Catedral de Santo Domingo.

Un volúmen con 197 páginas y varios facsímiles de la urna descubierta en la expresada Catedral.—Madrid, 1879.—Imprenta y fundicion de M. Tello.

El cónsul de España en Santo Domingo participó á nuestro Gobierno, en Octubre de 1878, las noticias que *La Gaceta de la isla Española* publicaba sobre el hallazgo de los *verdaderos restos* de Colon y las fiestas cívicas y religiosas que con tal motivo se habian celebrado.

El Gobierno de España, aunque penetrado por la obcecacion, cuando no por la superchería de los dominicanos, comunicó los antecedentes por el cónsul remitidos á la Academia de la Historia, la cual emitió á poco un brillantísimo y razonado informe demostrando con todo género de pruebas, que los restos de Colon, trasladados primero de Valladolid á Sevilla y de Sevilla á Santo Domingo, de esta ciudad fueron trasportados á la Habana cuando el tratado de Basilea, que cedia la *Española* á la república francesa.

La cuestion está perfectamente tratada, y los datos y documentos que se aducen son abundantes y concluyentes.

***

Sistema del Derecho Romano actual, de Savigny: traducido por D. Jacinto Mesia y Manuel Poley. Tomo 2.°, con 483 páginas.—Madrid.—F. Góngora y Compañía.

Comprende este tomo la conclusion del tratado sobre las personas y las materias correspondientes al orígen y extincion de las relaciones jurídicas.

Para los alumnos de la facultad de Derecho, y aún para los profesores, es muy útil el estudio de este libro, cuyo método y abundancia de doctrina le recomienda especialmente.

***

La Isla de Cuba, desde Abril á Octubre de 1873, *por el general Pieltain, gobernador general.*

Un volúmen de 236 páginas. Madrid, 1879. Estereotipia á cargo de J. Viota.

Para los que quieran conocer á fondo el curso de los negocios y de la guerra de Cuba durante estos últimos años, deben ojear el libro del señor Pieltain, escrito con marcada sinceridad.

***

Inscripciones árabes de Córdoba, por D. Rodrigo Amador de los Rios. Madrid, 1879. Un tomo con 429 páginas, y varios facsímiles muy interesantes de inscripciones árabes de Córdoba.—Imprenta de Fortanet.

El conocimiento de la epigrafía ha tomado en nuestros dias un vuelo extraordinario, y como auxiliar de la historia pocos le aventajan por su autenticidad y resplandor. En esta materia y cuando tales estudios andaban más atrasados, se han cometido errores sin cuento que han pasado por verdades inconcusas. La crítica se ha hecho más escrupulosa, y por sus escitaciones los estudios han sido más esmerados, y realmente despues de leer la excelente obra del Sr. Amador de los Rios (hijo), se informa uno de circunstancias y pormenores que toda persona erudita debe conocer y más si con fruto quiere visitar la magnífica Mezquita de Córdoba.

***

Las Penas personales: su aplicacion práctica, por D. José B. Rodriguez y Domingo. Un tomo con 196 páginas. Imprenta de la Compañía de Impresores y Libreros.

Es una obra modesta y sin grandes aspiraciones; pero de mucha conveniencia para los que quieran estudiar y necesiten aplicar las penas personales por el Código indicado, bajo el punto de vista meramente práctico.

Está realzado este trabajo con las decisiones del Tribunal Supremo, y sobre todo, sus cuadros y escalas de penalidad revelan un meditado estudio.

***

Se ha publicado el cuaderno 28 de los *Anales de la última guerra civil*, por el Sr. Pirala, que trata de los importantes sucesos militares y políticos en Cataluña y en todo el oriente de España hasta fin de 1874; mando de Don Alfonso, destituciones y procesos; expediciones de Lozano y de Villar, y los trabajos de los centros, juntas y agentes en Andalucía, Canarias, Extremadura y ambas Castillas, con revelaciones de tal importancia, que sólo poseyendo la correspondencia reservada y las claves con que se comunicaba el centro de Madrid, han podido revelarse ciertos secretos que prueban los grandes elementos con que el carlismo contaba, áun entre muchos liberales.

DIRECTORES PROPIETARIOS,

J. L. ALBAREDA. F. DE LEON Y CASTILLO.

MADRID 1879. Establecimiento tipográfico de M. P. Montoya y compañía, Caños, 1.

LA PROTECCION ARANCELARIA

DE LOS ESTADOS-UNIDOS DE NORTE-AMERICA.

I

Se va haciendo de moda hablar mucho, y con cierto aire de triunfo y satisfaccion, entre los defensores del fomento de la produccion nacional y alguno que otro viajero sentimental, del sistema llamado protector, vigente en los Estados-Unidos de Norte-América, atribuyéndole grandes y extraordinarios efectos, y nada ménos que el principio de la grandeza y prosperidad de aquellos Estados.

No hay razon para tanto.

Pongamos las cosas en su lugar; digamos lisa y llanamente la verdad de lo que pasa y sucede en el Nuevo Mundo, bajo todas las formas distinto y diverso de Europa, y tambien tan opuesto al Viejo.

En primer lugar, la República de los Estados-Unidos mide unos 7.540.000 kilómetros de superficie. Es, como si dijeramos, muy superior en medida á los siguientes Estados de Europa, segun decimos á continuacion, á saber:

	Kilómetros.
Austria-Hungría	652.500
Alemania	544.450
Francia	528.572
España	507.045
Sucia	439.875
Noruega	317.800
Reino Unido de la Gran Bretaña	313.566
Italia	297.455
Portugal	91.013
Suiza	41.418
Holanda	32.841
Bélgica	29.453

Estos Estados suman sólo 4.101.589 kilómetros, y basta los 7.560.000 de superficie de los de Norte-América, hay todavía una diferencia de nada ménos que 3.438.411 kilómetros. La Rusia de Europa—sin el Gran Ducado de Finlandia, pero con la Polonia—mide 4.962.790 kilómetros cuadrados.

Como no hay aduanas interiores en los Estados-Unidos de Norte-América, el comercio se hace libremente y sin ninguna traba protectora ó fiscal, en un territorio de 7.540.000 kilómetros cuadrados.

¿Qué nombre tendria el sistema mercantil que rigiera en las naciones europeas por nosotros nombradas, y cuyo territorio reunido mide 4.101.589 kilómetros, bajo unos sólos y únicos aranceles y derechos de importacion?

Quisiéramos una contestacion categórica á esta pregunta, y rogamos se medite.

II

Los Estados-Unidos de Norte-América están situados entre los dos grandes mares del Universo, el Atlántico y el Pacífico, los dos caminos para el comercio más baratos del mundo conocidos y por conocer. Se estiende el vasto territorio anglo-americano,—y es otra consideracion digna de tenerse en cuenta,—desde el grado 25 al 49 de latitud septentrional, y del 69.10' al 126,42' de longitud, y por lo tanto participa la Union americana de los climas cálidos, templados y frios, y naturalmente de muy diversas producciones en tan variadas zonas, encontrándose en su sue-

lo las que Europa, Asia, Africa, América y la Occeanía cultivan, los cereales, la caña dulce, la vid, el olivo, el algodon y el tabaco. Además, han sido favorecidos los Estados-Unidos, que son de los más fértiles de la tierra, de vias fluviales, navegables para grandes buques, como no hay en parte alguna, juntas y numerosas que forman cuatro grupos principales, á saber: los rios que vierten en el Atlántico y nacen principalmente en la cordillera de las Alleghanis, y son el Connecticut, el Hudson, el Susquehannah, el Potomac, el James, el Roanocke, el Savannah, el Altamaha y el San Juan. En la cuenca del Mississipí, sus afluentes el rio Grande, Nueces, San Antonio, el Colorado, Brazos, y al Este el rio de las Perlas, el Mobila y el Apalachicala. De la cordillera de los montes de Rochky, en el Oeste, se juntan en el Oregon ó Colombia sus rios más importantes; en la frontera septentrional el San Lorenzo y sus afluentes, con los cinco grandes lagos de agua dulce, uno de ellos, el Michigan, enclavado totalmente en territorio anglo-americano de los Estados-Unidos, y los demás en participacion con el Canadá. La medida superficial de los lagos y bahías dará una idea de su importancia para la navegacion, á saber:

	Acres.
El lago superior ocupa....	21.952.780
El lago Woods.....	1.133.800
El lago Rain.....	165.200
El lago Red.....	551.000
El lago Michigan.....	10.368.000
Bahia Puan.....	1.216.000
Lago Huron.....	5.009.920
Lago Santa Clara.....	89.500
Lago Erie.....	2.662.800
Varios lagos y rios.....	301.000
Lago Ontario.....	2.390.000
Lago Champlain.....	500.000
Bahía Chesapeack.....	1.700.000
Bahia Albermale.....	350.000
Bahía Delaware.....	630.000

Pero hemos dicho poco de los rios. Sólo el Mississipí, que nace en el territorio de Minesota en el grado 47,17' de latitud septentrional y desagua en el golfo ó seno mejicano á los piés de Nueva-Orleans, recibe las aguas de unos doscientos afluentes y tiene á corta distancia de la ciudad de San Luis una profundidad de 60

á 63 metros. Su línea de navegacion es de 3.020 kilómetros y es con sus afluentes navegable para buques de vapor en una extension de 25.287 kilómetros. La cuenca del Mississipí cuenta unos veinte millones de habitantes en una verdadera tierra de promision. Más de mil leguas francesas riega el Mississipí en su curso. A seiscientas más arriba de su desagüe tiene una profundidad media de 15 piés y lo suben buques de 300 toneladas doscientas leguas adentro. Son 57 los rios navegables que vierten en el Mississipí sus aguas, y de esos tributarios el uno mide 1.300 leguas su curso, el otro 900, los hay de 600 de 500 y 200.

Y sin embargo, ¡oh, noble afan y actividad del hombre libre! Habiendo hecho tanto la naturaleza, á pesar de haber proporcionado esos medios extraordinarios para la comunicacion interior, el americano infatigable ha completado con rios artificiales, esto es, con canales, la red fluvial de los grandes Estados-Unidos. Han construido el canal del Ohio entre Cheveland sobre el lago Erie y Portsmouth en el Ohio; el canal de Miami entre Cincinnati en el Ohio tambien y el extremo oriental del Erie; el canal de Union que comunica el Roanoccke y un afluente del James; el canal del Hudson y Delaware que une el alto Hudson con el Delaware; el canal de Morris entre Nueva-York sobre el Hudson y Easton sobre el Delaware; el canal de Chesapeak y del Delaware, que establece una comunicacion directa por agua entre Baltimore y Filadelfia; los canales de Farmington, de Hampshire y de Hampden que empiezan en New-Havsen sobre el estrecho de Long Island y que en comunicacion con varios rios van unidos hasta Northampton en el Connecticut y desde allí al San Lorenzo; el canal de Erie de Buffalo sobre el Erie á Albania sobre el Hudson; el canal de Oswego construido lateralmente al canal de Erie y que comunica este lago con el de Ontario; el canal de Pensylvania entre Pittsburgo sobre el Ohio y el Columbia sobre el Susquehaunah; el canal de la Chesapeack y el Ohio que une el Ohio arriba de Pittsburgo y el Potomae á Georgetown y aun hay otros más que han construido y construyen.

De asombro en asombro camina el viajero europeo—el norte-americano no se asombra nunca—al ver al *yankee* en posesion de vías naturales y artificiales de navegacion que dejan muy atrás las de Rusia, Alemania, Francia é Inglaterra, advirtiendo al mis-

mo tiempo que aquel sér extraordinario que casi parece fantástico, no descansa ni sosiega, pués todo le parece poco, porque además de cortar y cruzar el suelo en todas direcciones los caminos ordinarios bien conservados y trazados, ha construido una de esas bien llamadas red de caminos de hierro de tan fina malla que parece no hay ya más por donde trazar. Segun el Manual de los Caminos de hierro de los Estados-Unidos de M. H. V. Poor, de 1877 á 1878, habia en explotacion 78.508 millas inglesas de línea férrea, á fines de 1876, y diez años antes, en 1867, sólo 38.276 millas. Empezada la construccion de estos caminos maravillosos en el año de 1827, sólo habia construidas 23 millas de camino en 1830; 2.818, en 1840; 9.021, en 1850; 30.635, en 1860; 53.399, en 1870: el 1.° de Enero de 1877 habia ya 78.654 en explotacion, segun los datos recogidos y publicados por Federico Martin en su precioso Anuario. Y se hacen además tales reducciones y rebajas en las tarifas de trasportes en los caminos de hierro norte-americanos, que á pesar de haber aumentado en 6.072.000 toneladas el peso de las mercancías arrastradas, hubo en los productos una disminucion de 2.823.000 *dollars*.

III

Un territorio vastísimo y con medios de comunicacion prodijiosos, siendo, como es, tan extraordinariamente feraz, no es extraño que acrezca su poblacion en proporciones sorprendentes. Pasará hoy seguramente mucho de 45 millones de habitantes el pueblo de los 37 Estados y 10 territorios. Hay, pues, que seguir paso á paso el desarrollo de la poblacion en períodos de diez años, con el fin y objeto de ofrecer otra prueba más sobre las muchas que procuraremos ir presentando, y se vea al fin y al cabo que hay algo que corrije y se sobrepone á los efectos del muy ponderado, y por algunos visionarios alabado sistema protector. Un cuadro encontramos hecho en un excelente anuario de los Estados-Unidos, que nos proporciona, á un simple golpe de vista, un ejemplo y un resultado, el

Cuadro del aumento que ha tenido la diversa poblacion de los Estados-Unidos desde 1790 á 1870.

Años.	Blancos.	Negros libres.	Esclavos.	Total.
1790	3.231.631	"	697.697	3.929.328
1800	4.304.489	108.395	893.041	5.305.925
1810	5.862.004	186.446	1.191.364	7.239.814
1820	7.861.937	233.524	1.538.038	9.638.131
1830	10.537.378	319.599	2.009.043	12.866.020
1840	14.195.695	386.303	2.487.455	17.069.453
1850	19.553.114	434.449	3.204.313	23.191.876
1860	26.975.575	488.005	3.979.741	31.443.321
1870	33.589.377	4.968.994		38.558.371

Los nacidos en los 37 Estados, segun el censo de 1870, sumaban 32.640.907 almas, y los nacidos en el extranjero sumaban 5.474.734; habia en los diez territorios 348.530 hijos de los Estados-Unidos y 94.200 de otras partes, resultando los totales á saber:

Nacidos en la Union.....	32.889.437
Nacidos fuera.....	5.568.371
En junto.....	38.558.371

Acrecen principalmente los Estados-Unidos su poblacion con la inmigracion, que calculada á lo sumo de 3.000 á 4.000 personas al año durante el período de 1775 á 1815, ha sido en junto de 151.824 en los de 1820 á 1830; de 559.125, de 1830 á 1840; de 1.713.231, de 1840 á 1850; de 2.598.216, de 1850 á 1860, y de 4.491.451 almas de 1860 á 1870.

El año del hambre de Alemania, de 1816 á 1817, dió el primer vigoroso impulso á la expatriacion europea, las ánsias de vida, libertad y fortuna, quedando desde entónces establecida la gran corriente de traslacion de Germania á los Estados de Norte América. Puede verse la nacionalidad de los emigrantes en la relacion que sigue, tomada de fuentes oficiales.

Han ingresado del mundo entero en la Union, desde 1820 á 1870, á saber:

De Inglaterra y Principado de Gales	528.627
Irlanda	2.700.493
Escocia	84.623
De la Gran Bretaña, sin especificar	544.107
Total de la Gran Bretaña é Irlanda	3.857.850
Francia	245.812
España	23.214
Portugal	4.695
Bélgica	17.278
Prusia	100.983
Alemania, sin Prusia	2.267.500
Países-Bajos	31.118
Dinamarca	23.425
Suecia y Noruega	153.928
Bolonia	4.038
Rusia	4.045
Turquía y Grecia	505
Suiza	61.572
Italia Central	23,998
Sicilia, Cerdeña, Córcega y Malta	2.965
Irlandia	11
Egipto	20
América inglesa	284.491
América del Sur	8.644
América Central y Méjico	21.216
Las Antillas	50.187
China	109.502
India Oriental	208
Persia	14
De otras partes de Asia	65
Siberia, Marruecos, Argel y Berbería	75
Cabo de Buena Esperanza	88
Africa	475
Azores, Canarias, Madera y Cabo Verde	7.570
Sandwich é Islas de la Sociedad	162
Australia	247
Santa Elena	33
Japon	259
Islas del Sur y Nueva Islandia	119
Nacionalidad que no consta	248.213
TOTAL	7.553.865
Nacidos en los Estados Unidos que regresaron	716.469
TOTAL GENERAL	8.270.334

Bien indica esta curiosa relacion que de todas las partes del mundo, pero principalmente de Europa, acude anhelante el hombre al suelo espacioso y libre de los Estados-Unidos, en busca de fortuna y pátria agradecida.

La poblacion irlandesa y alemana, expatriada por el hambre del que fué suelo pátrio, suma:

La irlandesa	2.700.493
La alemana	2.368.483
TOTAL	5.068.976

Los alemanes se expatriaron en familias y con sus instrumentos de trabajo.

El Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda dió el contingente de 3.857.850, que con el aleman suma 6.206.333.

Los datos más recientes son los siguientes:

Años.	Inmigrantes.
1870	356.303
1871	446.938
1872	404.806
1873	422.545
1874	313.339
1875	191.231
Total	2.235.162

Puede decirse que la Europa civilizada, presa de sus ardientes luchas y convulsiones políticas, impelida por la necesidad, viéndose estrecha y sofocada por el número y por la injusta reparticion en su hogar, ha estado mandando todos los años gente inglesa, escocesa, alemana, irlandesa, francesa, belga, holandesa y suiza, es decir, su vida y fuerza física intelectual y moral, su génio, sus adelantos, su actividad y experiencia para acumularla á la de los Estados-Unidos en el suelo más rico, espacioso y libre, y ejercitarla sin trabas ni estorbos en las costumbres democráticas.

¿Qué derechos de importacion ha pagado todo ese pueblo que fuera mejor llamar imperio, y grande?

Se ha calculado que la Union contará nada ménos que 50.000.000 de habitantes en el año de 1880, y estamos en 1879.

***

Antes de pasar adelante, recapitulemos:

Resulta que la extension superficial de los Estados-Unidos es inmensa.

Europa mide 8.800.000 kilómetros cuadrados.

La Union mide 7.540.000.

Los Estados de Norte-América están situados entre los dos grandes mares del mundo, el Altántico y el Pacífico.

El suelo norte-americano está cruzado en todas direcciones de rios navegables y canales, posee grandes lagos de agua dulce navegables al Norte y grandes bahías. Probablemente tiene hoy cerca de noventa mil millas inglesas de vías férreas.

Ha recibido del mundo, y principalmente de Europa, una poblacion inteligente y activa que entra sin pagar ningun derecho de importacion á sentarse, desde luego, alrededor del hogar norte-americano, *en competencia con los allí nacidos.*

Dicho lo que precede, y antes de que nos ocupemos de la riqueza del suelo, abandonemos por un momento los datos estadísticos y pasemos á ocuparnos de la misma ley fundamental de la república de los Estados-Unidos, en la parte que interesa al asunto que estamos dilucidando, Constitucion política que no han tenido el mal gusto de adjetivar con el apellido de democrática, pues, más que eso, es un Código universal.

IV.

La libertad y la igualdad son los fundamentos de la Constitucion del gran pueblo democrático por excelencia.

Establece en su seccion tercera, regla tercera, que ninguno podrá ser senador antes de haber cumplido los treinta años y de haber sido *durante nueve* ciudadano de los Estados-Unidos, y habitar en el momento de la eleccion dentro del Estado que le hubiese elejido.

En la seccion novena del pacto federal dice su regla quinta:

"que no se podrán establecer contribuciones ni ningun derecho de "salida á los artículos que se exportan de un Estado á otro Esta- "do, ni dar preferencia por vía de reglamentos comerciales ó "fiscales, á los puertos de un Estado sobre los de otro Estado, ni "los buques con destino á un Estado y habiendo salido de sus "puertos, podrán ser obligados á entrar en los de otro y á pagar "derechos en ellos."

Y el principio de igualdad es tan severo y esctricto en la Constitucion, que prohibe la regla séptima de la seccion novena, la concesion de ningun título de nobleza por los Estados-Unidos, y prescribe que persona alguna dependiente de su autoridad colocada en puesto de confianza ó con sueldo, pueda recibir sin el consentimiento del Congreso, dádiva, emolumento, puesto ó título de ningun rey, príncipe ó Estado extranjero.

¿Es privilegio la proteccion?

No puede ningun Estado, seccion décima, regla segunda, establecer, sin el consentimiento del Congreso, ninguna contribucion ó derecho sobre las importaciones y exportaciones, salvo aquellos que sean absoluta ó extrictamente necesarios para la ejecucion de las leyes de inspeccion; y el producto neto de todos los derechos é impuestos mandados establecer por algun Estado sobre las importaciones y exportaciones, estará á disposicion de la tesoría de los Estados-Unidos, quedará, como toda ley semejante, sujeta á la revision é intervencion del Congreso; ni ningun Estado podrá, sin autorizacion del Congreso, establecer ningun derecho de tonelaje, ni levantar tropas, ni armar buques de guerra en tiempo de paz, pactar ó ajustar alianzas con otro Estado ó potencia extranjera, ni entrar en guerra, salvo en los casos de invasion ó de eminente peligro que no admita espera.

Si pasamos al segundo artículo, seccion primera, regla quinta, hallamos que si bien es verdad que sólo pueden ser presidentes de los Estados-Unidos los nacidos en su territorio, aceptaba, sin embargo, á los que tuvieran el carácter de ciudadanos en el momento de la adopcion del pacto federal. No tienen otra excepcion los no nacidos en los Estados-Unidos. La regla segunda, seccion primera, artículo cuarto, dice que los ciudadanos de cada Estado tienen derecho en los demás á todos los privilegios é inmunidades propias del título de ciudadano.

¿Y qué requisitos se necesitan para ser ciudadano de los Estados-Unidos?

Escasamente los suficientes para aprender la lengua. A los cuatro años de residencia puede todo extranjero solicitar el título de ciudadanía norte-americana.

El artículo primero del pacto federal de la gran Constitucion norte-americana, declara magestuosamente en nombre del pueblo de los Estados-Unidos, ser sus fines los de estrechar íntimamente su union, establecer la justicia, asegurar el reposo público, la comun defensa, acrecer el bienestar general y asegurar la estabilidad de las libertades para las presentes y futuras generaciones.

El ciudadano de los Estados-Unidos, cumplidos los veinte y cinco años, puede ser diputado, si ha sido ciudadano durante siete.

Si pues son principios esenciales de la escuela económica política, la libre facultad de trabajar y de circular, que son bien conocidos los principios del libre cambio, y la Constitucion de los Estados-Unidos establece, en nombre de la justicia, la igualdad de condiciones y la libertad individual: *si emancipan é igualan al hombre por la mucha extension y el mucho cuidado que dan á la enseñanza pública*; si no tienen Iglesia privilegiada, si conceden fácil y prontamente el más sagrado título con todos sus privilegios y el más grande honor, al mismo tiempo al extranjero, ¿no podremos llamar aberracion al sistema protector, como aberracion fué la esclavitud hasta 1865? Atendida la posicion geográfica que ocupan los Estados Unidos entre los dos Atlánticos y á la cabeza de unos continentes vírgenes; considerada la feracidad extraordinaria del vastísimo territorio norte americano casi tan grande como el de Europa, teniendo en cuenta sus muchos rios, lagos y canales navegables; la extension extraordinaria de sus carreteras ordinarias y vías férreas; si nos fijamos en su mucha poblacion allegada de las partes más civilizadas y cultas de Europa; si volvemos los ojos al espíritu de las instituciones que los rijen, á sus consecuencias, á los elementos de trabajo y actividad que informan, ¿qué son si no elementos del gran principio filosófico del libre cambio?

V

Era esencial referir y decir lo que precede antes de dar á conocer las cantidades y valores de las producciones del suelo norte-americano. Era necesario tambien apuntar ligeramente alguna noticia respecto de la parte física del territorio norte-americano, y dar noticia de la naturaleza del habitante del nuevo mundo; referir el aumento de poblacion y el calor creador que dá la Constitucion federal, enjendrando la vida y actividad bajo todos sus aspectos políticos, económicos y morales. Y lo mismo tambien explicará la riqueza y abundancia de las producciones agrícolas, como ellas solas han podido alimentar una industria poderosa con mucho y gran sacrificio de su peculio, y por este medio producir el *espejismo* que engaña á tantos, pero que no puede estraviar al que con medianos conocimientos y datos ha estudiado el orígen de la industrial grandeza de los Estados-Unidos: bien que estas reflexiones y consideracianes con mayor extension expuestas y ya mejor apoyadas en lo que todavía hemos de decir, estarán en mejor lugar en la parte última de este artículo.

El censo de los Estados-Unidos de 1871, dícenos que estaban dedicadas, á saber:

	Acres (1)	Bushels. Produccion.
Al cultivo del maíz.	34.091.137	991.898.000
Trigo.	19.943.893	230.752.000
Avena.	8.365.800	255.743.000
Patatas.	1.220.912	120.461.700
Cebada.	1.177.666	26.718.500
Centeno.	1.069.531	15.355.500
Trigo sarraceno.	413.015	8.328.700
	66.282.863	1.642.237.800

Estos solos siete artículos se cultivaban en una superficie cuadrada de más de 26.513.145'20 hectáreas, que rendian 596.478.734 hectolitros de los frutos cultivados, segun se ha expresado. Tambien resulta de los datos recogidos por el departamento de agri-

(1) El *acre* mide 40.4671 *áreas*.
El *bushel* mide 36.3477 *litros*.

cultura que se cultivaba el tabaco en 356.762 *acres* que producian 263.196.100 *libras*, y que habia 10.009.052 *acres* dedicadas á yerba, que prensada, pesó 22.239.400 toneladas.

La cosecha del algodon del mismo año está calculada en 3.100.000 *pacas*.

Queda la imaginacion, despues de absorta ante la grandeza de estos datos, ensimismada en profundas meditaciones apenas se recoje: pero los Estados-Unidos poseen además otros ramos de riqueza y produccion que iremos señalando.

Del año anterior al de 1871, ofrece el Censo de la Ganadería, de 1870, los siguientes datos, á saber:

	Cabezas.
Ganado caballar.	8.690.219
Vacuno.	28.074.582
Lanar	28.477.951
Cerda	25.184.540

Ocupémonos del gran ramo de riqueza agrícola, representada en el algodon en rama; nuestros datos oficiales empiezan en 1820, en cuyo año la cosecha fué de 430.000 *pacas*: la total en el quinquenio de 1825 á 29, resultó de un término medio aritmético de 767.513 *pacas*: el término medio en el quinquenio de 1855 á 59 ofrece ya una produccion de 3.256.029 *pacas*.

Se cultivaba el algodon en rama, segun consta en un documento oficial, publicado en el año de 1852, expresando el número de braceros dedicados á dicha produccion, á saber:

ESTADOS.	Hectáreas en cultivo.	Braceros.
En la Florida.....	64.000	20.000
Texas	80.000	25.000
Arkansas.....	80.000	25.000
Luisiana.....	160.000	50.000
Tenessee.....	176.000	55.000
Carolina Sur.....	248.000	77.500
Mississipi.....	520.000	162.500
Georgia.....	572.000	185.000
Alabama.....	600.000	187.500
	2.500.000	787.500

La cosecha á que se refiere el estado que precede, fué de 3.015.029 *pacas* en 1852; la del año 1859-60 alcanzó á la enorme cifra de 4.669.770 y aun la superó la de 1861-62, siendo de 4.800.000 *pacas, la mayor de todas*; pero descendió á 1.500.000, en 1862-63; á 500.000, en 1863-64, y por último á 300.000 en 1864-65; bien que un año despues, en 1865-66 ya subia rápidamente á 2.154.476 *pacas*.

Se estimó el valor del algodon en rama exportado, al precio de 1 peseta 33 céntimos el kilógramo, en 1859, en 836.677.000 pesetas; en 1860, á 1'28, produjo 1.026.167.000 pesetas. A 6'23, precio máximo en 1864, valió 33.828.000 pesetas la exportacion de 5.433.000 kilógramos.

Despues de la guerra civil y abolicion de la esclavitud, se ha ido gradualmente reponiendo este riquísimo cultivo, aunque todavía no ha podido llegar á lo que fué, como lo demuestran las cosechas que siguen, á saber:

Años.	Pacas.
1873-74	4.171.000
1874-75	3.833.000
1875-76	4.669.000
1876-77	4.485.000

El cultivo de la caña dulce dió 100.000 *bocoyes* en 1834-35, que al precio de 60 *dollars* el *bocoy* se estimó en 6.000.000 de dicha moneda; llegó á 459.410 *bocoyes* en 1861-62, y al precio en papel de 52'62 produjo 25.195.000 *dollars en papel*; mas tambien este cultivo ha ido descendiendo: en 1865 bajó á 5.000 toneladas el consumo del azúcar nacional en los Estados-Unidos, aunque ha subido á 48.500 en el año de 1874.

Ramo de riqueza, el tabaco, más importante que el cultivo de la caña dulce, produce 219.163 libras la cosecha de 1839-40, calculándose su valor en 10.401.000 *dollars*, y llegando á ser de 434.210.000 libras la de 1859-60, y de un producto de 39 millones de *dollars*; pero aunque menor la de 1866-67, pues se estima en 388.129.000 libras, ha valido 53.779.000 *dollars*.

Habia bajado á 178.355.000 libras en 1874.

Pero en el afortunado territorio que cubre el pabellon estrellado de la Union americana, se descubren todos los dias tesoros sin cuento. Ayer las pepitas de oro de la California, ya casi olvi-

dadas; poco despues las platas sin fin de la Nevada. Y aun se descubre más todavía. Se explota por medio de pozos artesianos el aceite mineral ó petróleo desde 1859, principalmente en el Estado de Pensylvania, que habiendo producido en el primer año 82.000 *barriles*, ha llegado á sacar de las entrañas de la tierra 4.215.000 en 1869, diez años despues.

Ponemos á continuacion la produccion del petróleo en la América del Norte en los años de 1868 y 1869:

	1868.	1869.
Pensilvania.....	3.715.000	4.215.000
Virginia Oeste del Ohio.....	125.000	365.000
Canadá.....	100.000	210.000
Kentuky.....	25.000	27.000
Barriles.....	3.965.000	4.817.000

Hemos ido enumerando bastantes ramos de riqueza agrícola y algunos bien importantes del subsuelo, los cuales demuestran por qué son tan poderosos los Estados-Unidos *á pesar de su industria celebrada*, de la que daremos tambien noticias y datos.

Suele ser, y es muchas veces la industria, riqueza aparente, pero aplazando esta cuestion de las cuestiones, hay que decir y reconocer que para sostenerla y elevarla cuentan los Estados-Unidos con grandes primeras materias. En 1876 se extrajeron 43.000.000 toneladas de carbon de piedra de las minas norte-americanas.

Se recordará que renglones atrás dimos una apuntacion del cultivo de cereales y patatas en el año de 1871. Tres años despues, en 1874, admiran todavía más dichos datos, á saber:

	Bushels.	Acres.	Valor dollars.
Maiz.....	850.148.500	41.036.918	550.040.000
Trigo.....	309.105.700	24.967.027	291.107.895
Centeno.....	14.990.900	1.116.716	12.870.411
Avena.....	240.369.000	10.897.412	125.047.530
Trigo negro....	8.016.600	452.590	6.477.885
Cebada.....	32.552.500	1.580.626	29.983.769
Patatas.....	105.981.000	1.310.041	71.823.330
	1.561.074.200	81.361.330	1.087.350.900

El heno prensado de las praderías pesó 24.133.900 toneladas.

Las vacas de leche que habia en aquel año resultaron ser 10.906.800

Cerca de treinta y tres millones de hectáreas dedicadas al cultivo de cereales y patatas es verdaderamente asombroso y casi increible, máxime si se tiene en cuenta y considera que la poblacion no pasaria mucho de cuarenta millones de habitantes en 1874. Salen á más de 39 *bushels* por persona.

VI

Lo que acabamos de escribir no son más que preliminares y datos indispensables para poder abordar con armas bien templadas la cuestion que tanto se debate, de si los Estados-Unidos son al llamado sistema protector deudores de su industria, que juzgan poderosa los que ignoran cuanto cuesta y cuanto destruye en su egoismo. Par diez que no será tan poderosa cuando teme luchar en campo abierto y libre. No será tan poderosa cuando se encierra dentro de murallas bien fortificadas y artilladas.

Conviene hacer, antes de entrar en el fondo de la cuestion, otra recapitulacion, siquiera ligera y repetida.

Hemos dicho que los Estados-Unidos ocupan en el mundo una posicion geográfica privilegiada.

Hemos visto cuál es la extension de sus rios, lagos, canales, caminos y vías férreas.

Hemos visto la gran riqueza y fortaleza que gana y adquiere con la inmigracion europea.

Hemos referido que el suelo es sumamente extenso y feracísimo, y propio para todos los cultivos, lo mismo los tropicales que los de Europa y tierras templadas, por ser muy vasto.

Hemos visto tambien, con la Constitucion en la mano, que las instituciones democráticas son por esencia individualistas, que no ponen trabas á la actividad humana, que no conceden ningun privilegio, que establecen fundamentalmente la libertad de *hacer* y *circular*, precisa y justamente lo que pide, proclama y sostiene el *libre cambio*, ni más ni ménos; el derecho de libertad en todas partes, de nacion á nacion como de provincia á provincia. *Nadie*

es extranjero en los Estados-Unidos. Adoptan al que va de lejanas tierras con su familia á sentarse, alrededor del hogar americano, y á los cuatro años es ciudadano de los Estados-Unidos, y á los siete puede llegar á ser diputado, y á los nueve senador, general, magistrado ó ministro, cooperando á la grandeza norte americana.

Hemos visto, por último, y téngase muy presente, cuál es tambien la extraordinaria produccion de los Estados-Unidos.

VII

La riqueza industrial de un pueblo que como el norte-americano tiene abiertos todos los caminos del mundo, situado entre los dos Océanos, ha de darse naturalmente á conocer por la grandeza misma de sus artículos manufacturados y de la exportacion que de ellos hace. Esto es indudable. Un pueblo muy dado á la industria exporta é importa mucho; la suma de estos dos comercios constituye el que llamamos general: necesitamos, por lo tanto, seguir paso á paso el de los Estados-Unidos y compararle con el de otras naciones no tan favorecidas, ni mucho ménos.

Alexis de Tocqueville, en su admirable y admirada obra que tiene por título, que se ha hecho célebre, *De la democracia en América*, dedica un capítulo, cuyo epígrafe es: *Algunas consideraciones sobre las causas de la grandeza comercial de los Estados-Unidos*, y basta exponer sus materias para estimar y reconocer la profunda sagacidad del ilustre y muy aplaudido autor. Las materias son las siguientes, á saber:

"Están llamados por la naturaleza los americanos á ser un "gran pueblo marítimo.—Extension de sus costas.—Profundidad "de sus puertos.—Grandeza de sus rios.—Más que á causas físi- "cas, deben, sin embargo, los anglo-americanos la superioridad "comercial á las que poseen intelectuales y morales.—Razon de "esta opinion —Porvenir de los anglo-americanos como pueblo "mercantil.—La division de la Union no detendria el vuelo ma- "rítimo de los pueblos que la componen.—¿Por qué?—Están lla- "mados naturalmente los anglo-americanos á satisfacer las necesi- "dades de los habicantes de la América del Sur.—Como los ingle- "ses llegarán á ser los proveedores de una parte del mundo."

Va exponiendo el ingenioso Tocqueville las pruebas y dando sus razones, y en la primera página del capítulo fija desde luego singularmente nuestra atencion la siguiente frase:

"Son los Estados-Unidos una gran nacion civilizada que la "Fortuna ha colocado en medio de desiertos á 1.200 leguas del "centro principal de la civilizacion; han, por lo tanto, una verda- "dera necesidad de todos los momentos, del auxilio de Europa."

Y lo comprueba añadiendo: "Con el tiempo llegarán los ame- "ricanos, sin género de duda, á producir ó á fabricar en su casa la "mayor parte de los objetos industriales que les son necesarios, "pero no podrán jamás los dos continentes vivir completamente "independientes el uno del otro: hay demasiados lazos que los "unen en sus necesidades, ideas, hábitos y costumbres."

"La Union cuenta con producciones que nos son necesarias y "que nuestro suelo no nos puede proporcionar sin extraordinarios "gastos. Consumen una pequeña porcion de esas producciones y "nos venden los sobrantes."

Y añade más adelante:

"Los buques americanos conducen á sus mercados las nueve "décimas partes de las importaciones de Europa, y á nuestro con- "tinente las tres cuartas partes de las exportaciones del Nuevo "Mundo."

Para nuestro propósito y objeto, no hace falta copiar más de este capítulo, digno de su autor. Bajo esa necesidad de todos los momentos de vivir del auxilio de Europa, y de la venta de sus sobrantes para el centro principal de la civilizacion, crecieron prodigiosamente los Estados-Unidos. Existe un cuadro interesantísimo, formado con presencia de curiosos datos sacados de un discurso que pronunció el 4 de Enero de 1861 el célebre hombre de Estado y orador americano, Mr. Webster, que, aunque un poco largo, vale lo que sería materia para cien tomos: expone el progreso y adquisiciones durante cincuenta y siete años, desde 1793 á 1851, de la Union americana.

	Año 1793.	Año 1851.
Número de Estados	15	31
Miembros del Congreso	135	295
Poblacion de los Estados-Unidos	3.929.328	23.267.499
de Boston	18.038	136.871
de Baltimore	13.503	169.054

Poblacion de Filadelfia	42.520	409.045
de Nueva-York	33.121	515.507
de Washington	"	40.075
de Richmond	4.000	27.582
de Charleston	16.359	42.983
Ingresos del Tesoro ... *dollars*	5.720.624	43.774.848
Gastos del Estado ... "	7.529.585	39.353.268
Importaciones ... "	31.000.000	178.138.318
Exportaciones	26.109.000	151.898.720
Tonelaje de la marina mercante	520.764	3.535.454
Extension de los Estados en millas cuadradas	805.461	3.314.365
Personal del ejército	5.120	10.000
Milicia Nacional alistada	"	2.006.456
Marina de guerra, buques	"	76
armamento, artillería	"	2.012
Tratados con las potencias extranjeras	9	90
Faros	12	372
Gastos de los mismos ... *dollars*	12.061	529.255
Superficie del capitólio	(medio ácre)	4 1[3
Millas de vías férreas en explotacion	"	10.287
Coste de los mismos ... *dollars*	"	306.607.954
Millas de caminos de hierro en construccion	"	10 092
Líneas telegráficas en millas	"	15.000
Administraciones de Correos	209	21.551
Millas de caminos de posta ... *dollars*	5.642	178.762
Producto del correo ... "	104.747	5.592.971
Gastos del correo	72.040	5.212.923
Número de millas del trasporte	"	46.541.423
Colegios	19	121
Bibliotecas públicas	35	694
Volúmenes de las bibliotecas	75.000	2.201.632
Bibliotecas de las escuelas	"	10.000
Volúmenes de esas bibliotecas	"	2.000.000
Emigrados de Europa en los Estados	10.000	305.333
Fabricacion de minerales ... *dollars*	9.664	52.019.465

Perdone el lector si le hemos cansado; valía la pena. Para el asunto de nuestro artículo bastaba señalar el comercio de importacion y exportacion en 1793 y 1851, y repetiremos las cifras para que resalten más en su aislamiento, á saber:

Años.	Importacion.	Exportacion.
1793	31.000.000	26.109.000
1851	178.138.318	151.898.720

Se comprenderá que no hay necesidad de ir siguiendo y con-

signando año por año el progreso del comercio exterior de los Estados-Unidos, desde 1851 hasta nuestros dias. Baste el cuadro general de ese comercio desde el año de 1870 al de 1876, que ponemos á continuacion: á saber:

Resúmen del comercio de los Estados Unidos.

IMPORTACIONES.

Años.	Que pagan derechos.	Que no pagan derechos.	Metales y monedas.	Totales.
1870	415.817.622	20.140.786	26.419.179	462.377.587
1871	483.635.947	36.587.737	21.270.024	541.493.708
1872	579.327.864	47.267.213	13.743.689	640.338.766
1873	497.320.326	144.815.884	21.480.937	663.617.147
1874	415.924.580	101.481.762	28.454.906	595.861.248
1875	386.725.509	146.279.927	20.900.717	553.906.153
1876	320.379.277	140.361.913	15.936.681	476.677.871

EXPORTACIONES.

1870	376.616.473	16.155.295	58.155.666	450.927.434
1871	428.398.908	14.421.270	98.441.988	541.262.166
1872	428.487.131	15.690.455	79.877.534	524.055.120
1873	505.033.439	17.446.483	84.608.574	607.088.496
1874	569.433.421	16.849.619	66.630.405	652.913.445
1875	499.284.100	14.158.611	92.132.142	605.574.853
1876	525.582.247	14.802.424	56.506.302	596.890.973

El comercio general del año económico de 1876-77 ha sido, á saber:

	Dollars.
Importaciones que no han pagado derechos.....	181.562.866
Mercancías que han pagado derechos de entrada.	310.527.540
Total de la importacion.....	492.090.406
Ménos los metales preciosos.....	40.774.414
Resulta el total importado de mercancías.....	451.315.992

Exportaciones.

Producciones indígenas.....	632.980.080
Ménos los metales preciosos.....	43.135.738
Total de las exportaciones al curso del oro	589.669.490

Mas con el objeto de no interrumpir y cortar el asunto que nos ocupa, dejaremos paro luego la relacion del comercio francés é inglés, y se verá que ha sido mayor el progreso relativo de sus cambios, comparados con los de los Estados-Unidos. Y tambien por no fatigar demasiado la atencion del lector, nos limitaremos á analizar el comercio de la Union americana en el año último de 1876-77, á separar los productos agrícolas de los industriales ó manufacturados, y se ofrecerá así la cuestion clara y sencilla por su misma perspicuidad.

Exportacion de los Estados Unidos, de productos agrícolas.

	Valor en dollars.
Ganados, 301.606 cabezas.	3.206.308
Otros, inclusos los de pluma.	18.895
Granos, harinas, patatas y semillas.	122.830.496
Pan y galleta.	626.034
Pastas.	650.206
Algodon en rama.	171.118.508
Tocino y jamon.	49.512.412
Grasa de cerdo, libras, 234.741.233.	25.562.665
Carnes frescas y saladas.	11.776.346
Sebo.	7.883.616
Manteca de vacas.	4.424.616
Queso.	12.700.027
Leche condensada.	123.801
Huevos.	8.429
Pescados de todas clases y en conserva. . . .	3.878.086
Tabaco.	32.020.214
Azúcar.	5.187.863
Aceites minerales y animales.	64.699.714
Maderas de todas clases y pipería.	15.041,647
Lupulu.	2.305.355
Resina.	2.384.378
Frutas.	1.030.622
Varios que representan algunos millones.	
Los solos artículos apuntados, suman dollars,	543.000.242

Pues si despues de haber probado con lujo de datos la riqueza agrícola de los Estados-Unidos, tomados de su estadística oficial, y ahora singularmente enumerando los artículos de su exportacion, pasamos á examinar los de la importacion, ¡cuánto no nos

sorprenderá ver que, á pesar de la excesiva proteccion y de la poderosa industria norte-americana, compran y necesitan de aquellas manufacturas cuyas primeras materias venden ellos! No se les puede aducir un mayor argumento en contra de su sistema absurdo y loco. Expongamos si no.

Han entrado en 1876-77 en los Estados-Unidos, á saber:

	Valor en dollars.
Botones	2.273.420
Ropa sin hacer	228.715
Otras ropas	981.236
Tegidos de algodon, crudos y blancos	1.237.312
Idem teñidos y estampados	1.415.112
Boneteria de algodon	3.804.520
Otros tegidos de algodon	12.379.751
Porcelana, etc	3.709.542
Objetos de moda	3.828.302
Tejidos de linó	11.509.894
" "	2.402.496
Peleteria	2.401.778
Cristaleria de todas clases	3.906.786
Fundicion de hierro en lingote	1.556.415
" " moldeado	3.044
Hierro en barras	1.515.691
" planchas	1.182
" laminado	12.659
Hoja de lata	103.283
Objetos de hierro	96.527
Anclas y cadenas	156.799
Máquinas	730.020
Armas de fuego	318.137
Acero	1.338.982
Rails ó carriles de acero	1.464
Cuchilleria	875.276
Limas	135.585
Sierras	13.507
Otros objetos de hierro y acero	2.563.425
Guantes	3.128.919
Instrumentos de música	564.530
Papel	1.190.103
Tegidos de seda	16.750.826
Perfumería	331.822
Boneteria	78.940
Otras mercancias	5.000.393
Relojes	772.432
Muebles	798.175
Paños	6.624.900
Chales	1.298.129

Mantas.	9.939
Tapices.	674.011
Telas para ropa.	12.549.867
Otras mercancías.	3.948.239

Los artículos coloniales importados en 1876-77 suman, á saber:

	Valor en dollars.
Café.	53.634.991
Té.	16.181.467
Azúcar.	81.187.504
Refinado.	28.043
Melaza.	7.808.257
Miel de purga.	1.654.165

Con estos datos se puede ya formar juicio de la importancia de los artículos fabricados que han entrado en los Estados-Unidos en 1876-77.

Sin género de duda que muchas de las manufacturas de la importacion norte-americana tienen poco valor relativo, aunque no falten otros de bastante cuantía; pero la exportacion señala un extraordinario sobrante de la agricultura, como indican la insuficiencia de la industria nacional los artículos que, á pesar de exorbitantes derechos protectores, entran, no obstante, por las Aduanas de los Estados-Unidos. Ha sumado 492.000.406 *dollars* el valor de lo total importado; pero no han pagado derechos 181.562.866, contando en estos últimos los metales preciosos por 40.774.414 *dollars*. Resulta, por lo tanto, que los derechos han pesado exclusivamente sobre la suma de 310.527.546 *dollars*; y como los ingresos de Aduanas, en la evalucion del presupuesto de 1876-77, se han estimado en 874.500.000 *pesetas*, bien puede calcularse la enormidad de la llamada proteccion, y que la soporta resignada ó indiferente la poderosa agricultura, porque le sobra todo y no echa de ménos nada. Tampoco negaremos, ¿cómo habíamos de desconocerlo? que una poblacion, la más rica del orbe, de cincuenta millones de habitantes, es un vastísimo y colosal mercado para la industria nacional, lo cual, naturalmente, explica, como vamos á ver seguidamente, la importancia de la industria americana; pero no basta eso: hay que considerar del otro lado la inmensidad de la agricultura de los Estados-Unidos, con la que nadie podria competir en ninguna parte, ni á ninguna distancia, si la

proteccion no recargára enormemente sus valores, relativamente se entiende; hay que tener en cuenta la influencia directa que la abundancia de productos agrícolas ejerce en el aumento de poblacion, y bajo estos aspectos presentamos la cuestion. La industria protegida vive y florece como parásita del jugo que roba y se apropia de otra riqueza, y tal es el sistema llamado protector, y sus productos no son ni pueden ser considerados naturales, y por lo tanto beneficiosos. Para conocer las producciones naturales, basta el ejemplo de Inglaterra en su exportacion. Justifica el Reino-Unido, con semejante prueba, su gran potencia industrial, como demuestran los artículos de su importacion dos cosas, á saber: la insuficiencia de su agricultura para su consumo, y tambien, y al mismo tiempo, su riqueza, porque sólo consume mucho quien es muy rico.

Los seis principales artículos de la importacion en la Gran Bretaña é Irlanda, han sido en 1876, á saber:

	Valor en libras esterlinas.
Granos y harinas.	51.812.438
Algodon en rama.	40.180.880
Lanas.	23.637.809
Azúcar	20.456.977
Maderas, id.	19.140.526
Té	12.697.204
TOTAL. . . .	167.925.834

Los tres artículos, algodon en rama, lanas y maderas, que suman en junto 82.959.215 libras, preparan el ánimo á contemplar una industria jigante; los otros tres, granos y harinas, azúcar y té, que representan no ménos de 84.966.619 libras de valor, signo son igualmente de una gran riqueza y bien estar interior en el comun de las gentes y generalidad de las familias.

Las cifras de los seis principales artículos de la exportacion inglesa en 1876, han sido, á saber:

	Valor en libras esterlinas.
Géneros de algodon de todas clases. . .	67.641.268
Idem de lana.	23.020.719
Frabricaciones de hierro	20.737.410
Carbon de piedra.	8.904.463
Maquinaria	7 210.426
Géneros de lino.	7.070.149
TOTAL.	134.584.435

Y lo que demuestran los seis primeros artículos de la importacion y exportacion del Reino-Unido, lo pondrá más en evidencia el mismo sistema arancelario de la Gran-Bretaña que se descubre majestuoso en los ingresos de aduanas, los cuales habiendo sido de 20.054.698 libras en 1876, sólo cuatro artículos que no son de primera necesidad, rindieron á saber:

	Libras esterlinas
Aguardientes.	5.960.537
Té	3.728.311
Tabaco	7.838.048
Vino	1.764.128
En junto	19.391.024

VIII

Y como en toda discusion leal y honrada hay que oirlo todo para fallar en justicia, interrumpiremos lo que sobre comercio en la importacion y exportacion íbamos exponiendo, y luego volveremos con nuevas pruebas á solicitar la palma de la victoria que merece nuestra causa, que es la de la humanidad.

El censo practicado en los Estados-Unidos, de cuya parte agrícola hemos presentado algunos datos, ofrece los que siguen muy curiosos acerca de la industria, á saber:

Manufacturas de algodon.		956
Con fuerza de vapor de.	47.117 caballos.	
De agua..	102.409 "	

En junto.	149.526	"
Trabajan en estas 956 fábricas:		
Personas mayores de 16 años. . .	47.790	
Mujeres mayores de 15.	69.637	
Niños, niñas y jóvenes.	22.942	
Total.	140.469	

Las fábricas de lana eran nada ménos que.		2.891
La fuerza motriz:		
De vapor.	35.900 caballos.	
De agua..	59.333 "	
Total.	95.233	
Ocupados en esas fábricas		465.052
Fábricas que colaban hierro.		386
Altos hornos de 8.357 toneladas diarias, los que en la campaña que concluyó el 30 de Junio rindieron toneladas 2.052.821 y ocupaban 27.554 personas.		574
Las fundiciones con 51.297 operarios.		2.653
Las forjas con 3.561 "		102
Y otros establecimientos metalúrgicos con 44.643. . . .		309

Los datos más recientes son los siguientes, á saber:

HIERRO COLADO.

Años.	Toneladas de 2.000 libras inglesas.
1874	2.689.403
1875	2.266.581
1876	2.093.236

LAMINADO.

1874	1.593.957
1875	1.654.036
1876	1.713.840

EN BARRAS.

	Carriles.	Barras.	Planchas.
1874	729.413	687.650	176.888
1875	792.512	668.755	192.769
1876	879.629	668.956	165.253

CLAVOS.

1874	245.608
1875	216.343
1876	207.891

HIERRO POR EL SISTEMA DE LA FORJA CATALANA.

1874	64.670
1875	49.243
1876	44.628

Ha sido el consumo del algodon en rama en las fábricas de los Estados-Unidos, á saber:

	Pacas.
1873-74	1.322.000
1874-75	1.193.000
1875-76	1.357.000
1876-77	1.435.000

Bien demostrado queda con los datos presentados, y sin necesidad de abarcar más, que la industria protegida de los Estados Unidos es de grande consideracion y se la puede considerar sin género de duda la segunda del mundo; pero esa misma importancia, reducida á surtir el mercado interior, prueba hasta qué punto es igualmente grande y extraordinario el sacrificio que soporta la agricultura norte-americana.

Si Atlante, como nos lo presenta la antigüedad, cargando á cuestas el globo, sostiene el peso del mundo, debido será indudablemente á la robustez de sus colosales espaldas.

¿Qué han exportado los Estados-Unidos en 1876-77 de los artículos de su poderosa industria?

Exportaron á saber:

	Piezas.	Valor en dollars.
Molinos de viento.	157	74.930
Máquinas de vapor.	62	24.297
" de Segar.. . . .	7.578	765.249
Arados.	14.939	129.235
Otros, instrumentos agrícolos. .		886.538
Carruajes..		866.018
Wagones..	599	538.997
Relojes..		1.025.586
Mercancías de cobre.		195.730
Algodones, tisús pintados, yardas.	29.601.304	2.484.131
" Sin pintar. . . .	76.779.147	6.437.223
Otros objetos de algodon.		1 314.489
Peleteria.		3.788.802
Cristalería.		658.061
Hierros de todas clases.		903.656
Estufas de hierro..		113.321
Locomotoras.	53	568.802
Máquinas fijas.	53	54.038
Otras máquinas.		2.698.963
Clavos.		319.584
Otros objetos de hierro.		3.361.767
Acero..		811.693
Armas de fuego.		5.259.301

Objetos de cuero.	8.167.301
Cartuchos metálicos.	2.325.570
Otras municiones.	2.161.866
Máquinas de coser.	1.652.487
Jabones.	638.952
Máquinas de vapor.	61.535
Tapices lanas.	16.377
Otros objetos de lana.	792.297

Esa ha sido la exportacion de la industria poderosa norte-americana en el año de 1876-77. ¿Qué valen ni representan los algodones manufacturados exportados de la tierra por excelencia productora de la primera materia de donde principalmente es surte Europa? Los objetos de cuero, las armas, cartuchos y municiones son los mayores artículos de la fabricacion americana para el mercado extranjero.

IX

Muchos sistemáticos, mucha gente de la quo se llama proteccionista, han querido sacar partido en favor de sus doctrinas, que así las juzgan, declamando mucho acerca de la crísis industrial y mercantil de la Gran Bretaña, atribuyéndola, muy crédulos, á la preponderancia industrial que van tomando los Estados-Unidos sobre la misma Inglaterra. No vén, están ciegos.

Puede ser que esos señores de la proteccion y del fomento, deduzcan sus singulares opiniones de unos datos que vamos á ofrecer desnudos de todo adorno á la consideracion del lector, á saber: el comercio de importacion y exportacion en estos diez años últimos de la Gran Bretaña con los Estados-Unidos.

AÑOS.	Exportacion de los Estados-Unidos á la Gran-Bretaña. — Libras esterlinas.	Importacion de los productos ingleses en los Estados-Unidos.
1867	41.046.034	21.825.703
1868	43.062.383	21.431.632
1869	42.573.047	24.624.311
1870	49.804.835	28.335.394
1871	61.134.463	34.227.701
1872	54.663.948	40.736.597
1873	71.471.493	33.574.664
1874	73.897.400	28.241.809
1875	69.500.054	21.868.279
1876	75.899.008	16.833.517

Franca y resueltamente abordada y espuesta queda en el cuadro precedente toda la cuestion que ventilamos, sin ocultar nada.

Hasta el año de 1873 la importancion y la exportacion, en esos diez años va en aumento; pero la importacion de productos ingleses en los Estados-Unidos baja desde 40.736.597, en 1873 á 16.883.517 libras esterlinas en 1876: la baja ha sido dolorosísima para la industria inglesa; pero aunque batan palmas los señores proteccionistas y se rian de nosotros, les diremos que en esos diez años últimos ha habido en la exportacion americana para Inglaterra, una subida desde 41.046.034 libras esterlinas, en 1867 á 75.899.008, en 1876, que es la mayor de las conocidas, y decimos, *aunque batan palmas y se rian de nosotros los señores proteccionistas*, porque como los ingleses importan de los Estados-Unidos principalmente *primeras materias*, no será para quemarlas y perder el dinero, sino para *venderlas fabricadas*.

En primer lugar en lo exportado de los Estados-Unidos á Inglaterra, en 1876 figuran los siguientes artículos de comer:

	Libras esterlinas.
Tocino y jamon..	7.144.798
Carne salada.	465.806
Manteca.	593.122
Queso..	2.564.977
	10.768.703
Trigo..	10.314.373
Maiz.	8.656.338
Harinas.	1.703.286
	20.673.997

Un pueblo que aumenta y mejora sus artículos de alimentacion, no nos parece que pueda decaer mucho física y moralmente.

Es indudable que de la gran primera materia para su industria, el algodon que compra Inglaterra en los Estados-Unidos, ha habido no pequeña disminucion, como se demuestra, á saber:

VALOR DEL ALGODON EN RAMA IMPORTADO DE LOS ESTADOS-UNIDOS EN LA GRAN BRETAÑA.

Años.	Libras esterlinas.
1873	31.544.933
1874	29.309.963
1875	27.075.283
1876	25.120.512

Pero si los ingleses han perdido, ¿no se habrán perjudicado los Estados-Unidos? Eson son los efectos del sistema tan mal llamado protector: *aumentan los americanos su industria á espensas de su agricultura.* Una planta parásita podrá alegrar la vista del que la utiliza para sus fines particulares, por ejemplo, para hacer liga con que cojer pájaros, pero no contentará mucho al dueño del árbol que aquella planta debilita, cuando no la destruye.

Mas vengamos tambien á recordar las cifras del comercio exterior de los Estados-Unidos en estos últimos años, á saber:

Años.	Importacion.	Exportacion.
	Libras esterlinas.	
1873	128.406.108	125.319.015
1874	113.481.268	117.256.608
1875	106.600.905	109.013.805
1876	92.128.038	105.116.449

Ha disminuido en los Estados-Unidos la importacion, y ha disminuido bastante la exportacion, y en proporciones superiores al comercio inglés.

Tambien podria tener lugar un suceso muy natural si las importaciones en América fuesen bajando constantemente y á la vez subiendo sus exportaciones. Seria su consecuencia un aumento de numerario tal que, influyendo en los salarios y precios generales, llegaria á restablecer el equilibrio necesario é indispensable en las relaciones mercantiles. La industria mataria á la agricultura. La elevacion de precios mataria la industria ó la reduciria á sus justas y naturales proporciones. Son eternas las leyes de la produccion y el cambio como las mismas leyes de la naturaleza. Lo absurdo no puede prevalecer: engaña y fascina por un momento no más; pero al fin y al cabo se descubre y se rinde. De nuestras ci-

fras se deduce cuán inmensamente superior es el comercio inglés al norte-americano.

Con ménos poblacion y territorio Francia que los Estados-Unidos, llévales extraordinaria ventaja en el comercio.

Demuestránlo las cifras que siguen del último quinquénio, á saber:

COMERCIO DE FRANCIA.

Años.	Importacion.	Exportacion.
	Pesetas.	
1872	3.570.300.00	3.761.600.000
1873	3.544.800.00	3.787.300.000
1874	3.507.700.00	3.701.100.000
1875	3.336.700.00	3.872.600.000
1876	3.988.400.00	3.575.600.000

No se han incluido los metales preciosos en ese comercio.

NUMERARIO Y METALES PRECIOSOS.

Años.	Importacion.	Exportacion.
1872	383 millones.	334 millones.
1873	565 "	492 "
1874	952 "	159 "
1875	228 "	219 "
1876	804 "	234 "

Tambien el comercio de exportacion ha bajado en Francia desde 3.761 millones, en 1872, á 3.575, en 1876, en cinco años, habiendo, sin embargo, aumentado el de su importacion.

El comercio general de los Estados-Unidos era el siguiente en el año de 1849, á saber:

	Dollars.
Importacion.	147.867.439
Exportacion.	145.755.820

El de Francia en el mismo año:

	Millones de pesetas.
Importacion.	1.142
Exportacion.	1.423

El de la Gran Bretaña entonces:

	Libras esterlinas.
Importacion.	131.437.000
Exportacion.	164.540.000

Para poder dar á estas cifras sus verdaderos valores de relacion entre los tres grandes imperios, si se comparan con las de 1876, hay que no olvidar y tener presente el espacio de los Estados-Unidos y el incremento de la poblacion Norte-Americana, debido á las causas ya expuestas: lo que en esta última parte ganó la república de las mismas fuerzas del Reino-Unido, lo perdió este.

X

En generosas y dilatadas ideas, y con suma perspicacia, señala Alexis de Tocqueville las causas del engrandecimiento de los Estados-Unidos, y dice: "No cabe dudar que los norte-americanos están llamados á proveer algun dia las necesidades mercantiles de los de la América del Sur, pues los ha colocado naturaleza cerca de ellos, proporcionándoles de este modo facilidades grandes para conocerlas y apreciarlas, poderse unir con aquellos pueblos en relaciones permanentes é irse amparando gradualmente de sus mercados. El comerciante de los Estados-Unidos, en muchos puntos superior al de Europa, bien que inferior en otros, no perderá semejantes ventajas físicas. Ya ejercen los americanos de los Estados-Unidos una gran influencia moral sobre todos los pueblos del Nuevo-Mundo; de su patria sale la luz. Acostumbradas están las naciones que habitan en el mismo continente á considerarlos como la parte más ilustrada, poderosa y rica de la gran familia americana, y por lo tanto fijan sus constantes miradas del lado de la Union, asimilándose cuanto les es posible á los pueblos que la componen. Van cada dia á inspirarse en las doctrinas de los Estados-Unidos y á copiar sus leyes. Hállanse los anglo americanos, respecto de los de la América del Sur, precisamente en la misma situacion que los ingleses, sus padres, respecto de los italianos, españoles y portugueses y de todos aquellos pueblos de Europa que estando ménos adelantados en civilizacion é industria. reciben de sus manos la mayor parte de los

»objetos de consumo; y así como Inglaterra es en la actualidad el »centro natural del comercio de cuantas naciones atrae, así tam»bien parecen estar los Estados-Unidos destinados á cumplir el »mismo destino en el otro hemisferio. Cada pueblo que nace ó se »desarrolla en el Nuevo-Mundo, nace y crece hasta cierto punto »para enriquecer á los anglo americanos.»

No hemos de copiar más del libro del ilustre autor francés, es escritor singularmente profundo y sano, y el que con mayor acierto y sagacidad ha visto bien y juzgado exactamente del pueblo americano.

Al proclamar por boca de James Monroe los Estados-Unidos y sostener constantemente que la América es de los americanos, han enunciado lo que la Europa no les niega ciertamente en el fondo y hasta en la forma de la doctrina. América es de los americanos como Europa es de los europeos; pero el Mundo pertenece de derecho inconcuso á la civilizacion. El destino providencial é incontestado de Norte-América, sobradamente se vislumbraba en su cuna. ¿Cómo lo ha de negar nadie hoy? Van invadiendo cual mar que avanza ó rio que sale de madre, las tierras que han de fecundizar con sus abonos, los dos vastos continentes Norte y Sur, á no ser, lo que no parece probable, que algun génio de los Andes proclame igualmente algun dia que la América del Sur pertenece á los americanos del Sur. ¿Pues no son europeos los rusos, y europeos los alemanes, y los franceses, y la Europa quiere ser lo que es? Pero la estadística nos demostrará á su vez, que el sistema protector de los Estados-Unidos es el más contrario á los fines y propósitos que persiguen con escasa habilidad y sobra de ligereza, faltando con él al espíritu y letra de las instituciones democráticas, á sus leyes de asimilacion y adopcion; á lo que constituye precisamente uno de los mayores y mejores elementos de su grandeza.

Europa disputa con ventaja á los Estados-Unidos los mercados americanos extranjeros.

Nos bastará, por ejemplo, un año; escojeremos el de 1876, á saber:

Comercio de Francia con las Américas neo-latinas.

1876.

	Pesetas.
Brasil	81.400.000
La Plata	52.900.000
Chile	28.400.000
Nueva Granada	20.100.000
Uruguay	17.800.000
Perú	17.100.000
Méjico	11.500.000
Venezuela	9.600.000
Guatemala	2.800.000
Ecuador	2.300.000

Comercio de exportacion de la Gran Bretaña con el Brasil, y las repúblicas hispano-americanas:

1876.

	Libras esterlinas.
Brasil	5.919.758
La Plata	1.543.532
Chile	1.945.791
(1) Uruguay	1.006.307

Comercio de exportacion de los Estados-Unidos con el Brasil y las repúblicas hispano-americanas:

	Dollars.
Brasil, La Plata, Uruguay y Venezuela	13.323.000
Perú y Chile	3.335.000
Méjico	4.707.000
Colombia	3.946.000
América Central	938.000

No se dirá, pues, que los Estados-Unidos acabarán por sobreponerse en los mercados americanos á Francia é Inglaterra y que su sistema no tiene otro objeto.

---

(1) El *Statesman's Year Book*, de donde tomamos estos datos, no expresa el comercio inferior de un millon de libras.

XI

Hemos querido exponer las causas del extraordinario engrandecimiento de los Estados-Unidos. El lector conoce las que hemos apuntado y los datos con que las hemos comprobado. Existen otras que no dében ser omitidas.

No han conocido los grandes presupuestos *á la europea*, ese sistema socialista, hasta el momento de su guerra civil y despues.

Sus ingresos, de 1729 á 1792, no pasaban de un término medio, de 949.373 *dollars*, y los gastos de 2.012.872.

De	1793	á	1796	de	3.020.801	y	5.060.624;
De	1797	á	1800	de	5.334.388	y	8.496.412;
De	1801	á	1804	de	4.293.608	y	12.143.924;
De	1805	á	1808	de	5.981.811	y	15.606.862;
De	1808	á	1812	de	9.036.964	y	10.271.991;
De	1813	á	1816	de	27.134.272	y	21.975.225;
De	1817	á	1820	de	14.674.522	y	23.610.008;
De	1821	á	1824	de	11.116.355	y	18.187.724,
De	1825	á	1828	de	12.328.303	y	22.895.099;
De	1829	á	1832	de	14.062.469	y	26.766.401;
De	1833	á	1836	de	21.782.607	y	34.132.993;
De	1837	á	1840	de	28.047.173	y	21.199.683;
De	1841	á	1844	de	20.304.156	y	18.042.831;
De	1845	á	1848	de	36.731.101	y	30.262.980;
De	1849	á	1852	de	48.661.420	y	44.122.878;
De	1853	á	1858	de	52.774.827	y	68.452.338;

Dejaban el dinero en el bolsillo del contribuyente, que es donde está mejor.

Así pudieron los Estados del Norte y los del Sur hacer frente á gastos y sacrificios hasta entonces desconocidos, que dejan muy atrás cuanto se podia imajinar.

Los gastos del ejercicio que concluye el 30 de Junio de 1878 son todavía muy inferiores á los de Francia, Inglaterra, Alemania y Rusia. Consignémoslos para dar una idea de la extructura del presupuesto de ingresos de los Estados-Unidos, á saber:

	Pesetas.
Aduanas.	650.000.000
Ingresos interiores (consumos). . . .	615.000.000
Venta de tierras del Estado.	6.000.000
Impuesto que pagan los Bancos.. . .	36.750.000
Consumo de hierro del Pacífico. . . .	1.750.000
Multas.	750.000
Ingresos consulares.	11.150.000
Venta de propiedades del Estado. . .	1.250.000
Ingresos vários.	27.500.000
TOTAL.	1.350.250.000

En el Norte-América no hay preocupaciones sociales respecto de oficios y de ocupaciones. Todo el mundo trabaja. No son conocidos los propietarios ociosos, los rentistas, cesantes ó jubilados. Pasan los anglo-americanos fácilmente de un arte más ó ménos manual á un cargo ó dignidad oficial y vice-versa; el general vuelve á ser cerbecero, profesor, sacerdote, abogado, médico, industrial, agricultor ó comerciante. El americano que no quiere trabajar, tiene que venirse á Europa.

XII

Hemos demostrado que la industria de los Estados-Unidos, que seria gigante y portentosa en toda otra nacion del mundo, es relativamente á la riqueza norte-americana escasa, pues apenas si satisface las necesidades de su consumo interior, lo cual ha quedado probado conlas mismas importaciones industriales de Europa en Norte-América y lo reducidas que son todavía iguales exportaciones de sus puertos; como se demuestra con los extraordinarios sobrantes agrícolas del suelo de los Estados-Unidos que la agricultura anglo-americana paga sin quejarse la lujosa proteccion que á la industria hermana generosamente dispensa, porque puede. ¿Qué vuelo no habrian tomado y tomarian los *treinta y siete* Estados y *diez* territorios, si dentro del espíritu de sus instituciones todo fuera libre en tan afortunada tierra? El algodon en rama exportado en el año de 1876-77, de algo más su valor, de 171 millones de *dollars*, segun hemos visto, á cuyo cultivo destinaban, en 1873-74, 9.802.000 *acres*, habia subido en la exportacion de 1874 75 190.638.625 *dollars*, y de lo manufacturado exportaron 4.071.822.

De 1845-46 á 1856-57, *durante un período de once años*, dobló la produccion del algodon en rama y triplicó su precio. Los granos, harinas y otras provisiones que representaban en la exportacion de 1845 un valor de 16.743.421 *dollars*, subieron á 77.187.301, en 1856.

¡Cuánto más no producirian los Estados-Unidos sin el ciego sistema industrial que prevalece y se impone!

Un cáncer tenian en su seno, que no quisieron estirpar, cuando declararon su independencia, y conservaron durante muchos años, y en la operacion á que por último se tuvieron que someter tardíamente, gastaron fabulosos tesoros y derramaron sin hipérbole arroyos de sangre. Era un crímen la esclavitud dentro de la Constitucion; como es contraria á la libertad democrática la proteccion arancelaria, que favorece y protege el trabajo de mucha parte de la poblacion con el caudal y trabajo de la más numerosa. No son libres los hombres que no compran y venden libremente. Tampoco cumple ese sistema ningun fin político y social, pues los contraría todos.

La riqueza de las naciones, como la de los indivíduos, se forma, y ha formado, removiendo *estorbos*. Los remueve el vapor y la máquina, el salto de agua, el camino llano, el mar, el lago, el rio y el canal; los remueve la tierra feracísima, que produce más, los abonos, la poblacion que abunda y trabaja y consume, el saber, la instruccion, el arte y la ciencia; los remueve la libertad del ciudadano que circula y ocupa libremente; los remueve la justicia, que asegura la tranquilidad individual, la propiedad del fruto y ampara el derecho del ciudadano. ¿Cómo ha de suprimir obstáculos la proteccion, si es un tributo, si es un recargo, si encadena la voluntad y constituye un privilegio?

La Constitucion norte-americana condena el privilegio que la proteccion sustenta.

La Constitucion americana adopta al hombre nacido en Europa lo mismo que al que vió la luz pública en el suelo de los Estados-Unidos, y admite al goce de todos los derechos de ciudadanía al español, inglés, ruso, francés, italiano, aleman: en una palabra, á cuantos lo solicitan á los cuatro años de residencia.

Se dirá que la industria ha medrado y que la agricultura recibe de su auxilio el creciente valor que va tomando en propor-

ciones maravillosas. Ni la industria, y ménos la agricultura, tienen nada que agradecer á la proteccion. Analícense imparcialmente las causas de la prosperidad anglo-americana, y resultará que lo deben todo, absolutamente todo, *á la libertad*; pero ya lo hemos dicho, y nos faltan dos últimas pruebas.

La marina mercante de los Estados-Unidos, sabido es que gozó de grandes privilegios, tomados al pié de la letra de la famosa Acta de navegacion inglesa de Oliverio Cromwell. Medía 520.764 toneladas, en 1793; ya con 1.368.127, en 1815, llegó á 4.940.843 en 1857, y á 5.539.813 toneladas en 1861. ¡Qué triunfo!

La guerra y la *reciprocidad* la hicieron bajar á 4.304.486 toneladas en 1867, y á 3.755.204 en 1868; pero subió á 4.696.027 en 1873, y en 1876 contaba 4.320 buques de vapor que median 1.172.372 toneladas. Y en la navegacion de 1875-76 entraron, en los puertos de los Estados Unidos, buques nacionales que midieron 4 711.949 toneladas; *midiendo los extranjeros* 12.218.365. Tiene ese privilegio ménos la industria nacional.

El valor de las mercancías que no pagan derechos aumenta todos los años, como se demuestra en el estado que sigue; á saber:

	Dollars.
1870	20.140.786
1871	36.587.737
1872	47.267.213
1873	144.815.884
1874	151.481.762
1875	146.279.927
1876	140.361.913
1877	181.562.866

Tal es el sistema protector de los Estados-Unidos de Norte América.

Un último argumento pondrá fin á los muchos que hemos presentado en este juicio. Los Estados-Unidos colocan en Inglaterra la mayor parte de su exportacion. En tres años, habiendo sido la totalidad de ese comercio, á saber:

Años.	Dollars.
1873-74	561.493.000
1874-75	643.095.000
1875-76	644.956.000

Salió para el Reino-Unido por valor de lo siguiente:

1873-74	373.567.000
1874-75	366.800.000
1875-76	361.537.000

Hay disminucion de año en año. ¿Se comprende, en vista de estos datos, que los norte-americanos hagan una guerra de tarifas á los ingleses?

No molestaremos ya más acumulando ejemplos. Hemos querido presentar con toda imparcialidad y rectitud noticias estadísticas para un estudio; no hemos pretendido, y ménos ambicionamos, recrear ó divertir una media hora á ningun lector indolente.

Hay mucho que estudiar y meditar en lo que se refiere al llamado sistema protector de los Estados-Unidos: poco ó nada tiene de comun con los de Europa, y el de Norte-América es además muy contradictorio.

Que los enanos no imiten al gigante.

Sin la esclavitud, que originó la espantosa y escandalosa guerra, cuyas llagas y culpas no se han cicatrizado y borrado todavía: sin la proteccion ó *despotismo industrial* que pesa sobre la agricultura, y principalmente la del Sur, de sus errores y tiranías esclavistas víctima, ¡quién puede calcular lo que serian hoy los que tanto asombran y son tan ricos! Al ver, despues de cuanto hemos dicho, que se han amojonado sólo en el año de 1876 nada ménos que 21.806.517 acres de tierra, que forman parte de los ya 702.059.611 medidos, ¿no se podrá asegurar que la libertad de trabajar, comprar y vender aseguraria á los norte americanos espacios de actividad, comercio é influencia aun mayores que lo que han alcanzado? ¿Y no se ve ahora que podrian llegar, y llegarian ciertamente, á ser mucho más industriales y más ricos sin proteccion?

SERVANDO RUIZ GOMEZ.

SOBRE LA EDUCACION DE LAS MUJERES.

Examinados así los argumentos que os anuncié, y ántes de pasar á analizar la cuestion en sí misma, paréceme necesario decir que, cuando se oyen esas objeciones y se vé la resistencia que ciertas personas oponen á la instruccion de las mujeres, se comprende fácilmente que sus antipatías nacen de una equivocacion en el concepto, tanto de la educacion como de la mision de la mujer. Los que contra aquella hablan, lo hacen pensando en las mujeres literatas, en las *Preciosas ridículas* de Molière; en esas pedantes, en fin, que son la caricatura de la mujer instruida, ó bien se figuran que al hablar de dar un poco de instruccion á la mujer, se trata de enviarla á las Universidades, de hacerla abandonar sus costumbres, su casa, y hasta su traje, y de copiar de mala manera á los hombres. Que esta idea es absurda y que la realidad no responde á ella, es inútil decirlo; todo lo que acabo de decir, todo lo que vengo exponiendo, está encaminado á demostrar su falsedad. Lo que nosotros nos proponemos, el objeto de estos trabajos no es precisamente dar tal ó cual clase de conocimientos, instruir de una manera dada á las mujeres, no; lo que la Institucion busca es desarrollar y cultivar por medio de la educacion sus aptitudes naturales, en términos tales, que pueda sacar el mayor partido posible de sus facultades, y pueda emplearlas del modo mejor, ya para procurarse los medios de vivir, ya para realizar la mision que les está confiada en el ho-

gar, ya, en fin, para atender en cuanto es posible en el mundo á su propia felicidad. Así, pues, cuando hablamos de educar, no hablamos de esta ó la otra educacion, sino del cultivo y desarrollo del espíritu, el cual, cuando educado, sabe el medio mejor de conocer, de sentir y de juzgar, y pone en disposicion, así á las mujeres como á los hombres, de llevar al último grado posible el uso y el empleo de las facultades que Dios les ha dado. Y así como el gimnasta se propone el equilibrio y el desarrollo de las fuerzas del cuerpo, de suerte que con ellas venga la gracia en los movimientos y la salud en la vida, así el que educa se propone, ó debe proponerse, el equilibrio y el aumento de las potencias intelectuales, á fin de elevar la dignidad del sér moral.

Ya veis, pues, cuán lejos está esta idea de la nocion vulgar de la educacion, y cuán falsa es la creencia de los que no ven en ella más que la pedantería, y por decirlo así, la caricatura de la verdadera educacion. Y basta para probarlo observar atentamente los elementos de que se compone la educacion que la Institucion tiende á dar, y ver que lejos de pretender nosotros una cosa nueva ó extraña, no hacemos más que desarrollar lo que todo padre busca y desea, y esto de tal suerte, que todas las madres de familia habrán de estar con nosotros. Porque, ¿qué es lo que se quiere que forme la base de la educacion de una mujer? ¿Se quiere que sepa hablar y pronunciar su idioma? Pues la Institucion, con el estudio de la literatura le enseña á manejarlo, á saber el valor de sus palabras, su orígen, el modo de combinarlas, y como consecuencia la mejor manera de servirse de ellas, ya en la palabra escrita, en la literatura, ya en la hablada expresion de nuestro sentimiento, en la conversacion social. ¿Se enseña á la mujer y se le dice cuáles son los antecedentes de su familia y de una manera vaga de la sociedad y de la época en que vive? Pues la Institucion extiende este conocimiento á las generaciones de nuestros mayores, y despues de ellas, á los grandes sucesos que han formado la nacionalidad española, al orígen de nuestra pátria, á sus glorias y á sus desgracias, y, como es natural, á los pueblos que intervinieron en ella; en fin, á la historia entera de la humanidad, con cuyo conocimiento el espíritu adquiere, más que en ningun otro estudio, la seguridad y la fe en su destino, como indivíduos que somos de la gran familia humana, sostenida por la mano de la Providencia

en su marcha á través de los tiempos. Se les dice el valor y el nombre de los objetos que todos los dias encontramos en la vida, aun en los usos prácticos: ¿pues por qué no avanzar un poco más y explicar las causas generales de esos mismos fenómenos, de las máquinas que trabajan á nuestra vista, de las locomotoras que cruzan el espacio, de los telares, de la mecánica moderna, en fin, cuyos nombres y cuyas aplicaciones son ya dispensables de conocer, no sólo para la conversacion sócial, sino hasta para los usos de la vida, hasta para el menaje de una casa, en la cual se ha introducido ya la mecánica moderna en infinidad de aplicaciones.

No se les permite ignorar que viven en la capital de España, ni cuáles son los pueblos que la rodean, sus puertos de mar y sus fronteras; pues, ¿por qué no completar este conocimiento á todo el territorio de la Península? ¿Por qué no extenderlo al de los demás países de Europa, y despues al de todas las partes del mundo, y enseñarles así el globo en que habitamos, parte nada más de ese sistema de mundos estendidos por el espacio para escribir en él con letras de fuego el nombre del Altísimo?

Si algunas nociones de la música, ¿por qué no los elementos para comprender los secretos de la armonía y las creaciones de los grandes maestros; para poder sentir y descubrir á través de los misteriosos símbolos del lenguaje musical, no ya las reglas de la composicion, sino el sentimiento profundo con que han sido escritas y que inspiran en el alma ideas tan elevadas que un profesor de esta Institucion podia decir con exactitud que una mala accion es imposible despues de oir un cuarteto de Mozart?

¿Qué hay, señoras, en toda esta série de conocimientos y en esta educacion gradual, qué hay que no sea, por decirlo así, la prolongacion natural, sencilla, lógica, sin esfuerzo alguno, de esos conocimientos rudimentarios, elementales, que aun los séres más privados de instruccion aprenden y recogen en la atmósfera en que viven, cómo se respira el aire, cómo se siente la fragancia de las flores? ¿Cómo se puede decir que una parte, un rudimento de estos conocimientos baste para la mujer, y que su desarrollo en esta modesta escala sea por sí solo gérmen de perdicion, causa de males y destruccion de las cualidades más nobles de su alma?

La cuestion, mirada desde este punto de vista, está resuelta

por sí sola, porque á pesar de todos los atrasos de nuestra pátria, la educacion de la mujer, aunque muy lenta y pausadamente, pero al fin de alguna manera, en el espacio de algunos años, ha ido adelantando, saliendo de su asfixiante estrechez y aumentando algo el caudal de conocimientos permitidos á una niña.

Y si esa falsa idea de la educacion, que he tratado de destruir probando lo que ella es en sí, y lo que debe ser, y lo que nosotros nos proponemos que sea, es la verdadera causa de la oposicion que se nos hace, ¿qué diré ahora de esa otra falsa nocion de la mision de la mujer en que caen los que predenden profundizar algo más esta cuestion?

Si la mujer ha de ser no más que el ama de gobierno de su casa; si en ella ha de servir tan sólo para un papel secundario, del cual no debe salir jamás, entonces, yo estoy de acuerdo, no hablemos de educarla. Pero si la mujer tiene la mision de todo lo que hemos creido entrever para ella en la época de la juventud, cuando la pasion embellece y levanta los objetos á que nos acercamos; ó ha de desempeñar aquel papel en la familia que quisiéramos que todas las madres pudieran llenar; ó ha de ser esa esposa, á la cual se ama más cuanto más se la conoce, entonces yo pregunto: ¿cómo se puede desconocer ni por un momento que sin cultivar la inteligencia se pueda llegar á este resultado? Yo creo, sí, que la mujer tiene una mision; que esa mision se extiende á todos los aspectos del hogar, á los más modestos y materiales como á los más levantados y espirituales, y por eso mismo he pensado siempre que el mayor número de conocimientos, la mayor costumbre de ejercitar su razon, la mayor vida intelectual, por decirlo así, es lo único que puede servir para atender á estas múltiples atenciones, de tal suerte, que ni las unas por lo materiales y groseras rebajen su inteligencia, ni las otras por literarias y levantadas la alejen y quiten el gusto de las ocupaciones de todos los dias (1).

---

(1) Catalina de Rusia escribia á Voltaire, cuando le daba cuenta de la fundacion de sus colegios:

"Nosotras las educamos para formar las delicias de las familias en cuyo seno entren; no las queremos ni coquetas, ni gazmoñas, sino buenas madres de familia, capaces de saber cuidar su casa."

Froelich, el fundador de las escuelas de mujeres en Rusia y Alemania, decia en el programa de la Escuela de niñas de Berna:

¿Y no es esencialmente consolador el pensar que la inteligencia, el buen gusto, el tacto delicado de la mujer, perfeccionado por el arte, descienda á todos los detalles del hogar doméstico y den á la realidad de la vida ese carácter que se inicia en los tiempos modernos y que es una de las aspiraciones más constantes de la civilizacion actual? Y es que la educacion es esencialmente práctica y como tal puede estar bien ó mal dada, puede en algun período torcerse ó extraviarse, pero en sí misma debe producir como resultado necesario, el efecto que notamos en la sociedad, cuando comparamos tiempos anteriores con los presentes, el de haber hecho adelantar y progresar todos, absolutamente todos los aspectos de la vida humana, desde los más generales y elevados, hasta los menores detalles y aplicaciones.

Pero al llegar á este punto temo que mis ideas puedan parecer extrañas y poco prácticas, hijas tal vez del deseo transformadas por la fantasía, y siento como necesidad el autorizar mis palabras con el ejemplo.—Porque hay en el mundo un pueblo, el pueblo que vá tal vez al frente del progreso, el cual ha planteado franca y resueltamente el sistema que nosotros luchamos por introducir. Ese pueblo es el norte-americano, y todo cuanto yo os he dicho, es en él ya experiencia y realidad.—Naciendo de aquellos emigrantes á quien su fé religiosa arrojaba del viejo continente, y que al cruzar el Océano dejaron atrás sus preocupaciones desembarcando solo sus esperanzas, hijo de la raza sajona, práctico, independiente, enérgico, sintió la necesidad de conservar primero y de desarrollar despues los gérmenes de progreso que la Europa les habia legado como única fortuna, y sobre todo de difundir la educacion. —Cristianos, vieron que el hombre y la mujer, iguales ante Dios é iguales ante la desgracia, tenian los mismos derechos á la enseñan-

---

"El fin de la educacion femenina es el mismo para todas las clases. Rica ó pobre, la mujer no debe ser más ni ménos que una hija obediente, una buena hermana, una jóven virtuosa, y despues, en el resto de su vida, esposa fiel, madre cariñosa y ama de casa inteligente.... Se trata, pues, de despertar todas sus facultades intelectuales y de darlas un desarrollo suficiente para que la mujer sea capaz por sí misma de seguir y de realizar el fin constante de su vida en las condiciones que le han sido impuestas por su sexo."

Die Einwohner Madchenschule in Berna.

La educacion de las mujeres en estas escuelas abraza un período de quince años y comprende todas las materias que forman la segunda enseñanza entre nosotros, con más la pedagogia.

za y abrieron la escuela por igual para el niño y para la niña.— Y como en los principios de aquella sociedad la tarea era tan vasta y los esfuerzos de los hombres apenas bastaban para abrirse paso en aquella naturaleza vírgen, hicieron un llamamiento á las mujeres para que acudiesen á encargarse de la educacion de los niños.

Este primer pasó aumentó aquella primera aspiracion, y desde entonces las mujeres aprenden y enseñan al mismo tiempo en todo pueblo de los Estados-Unidos. Y este sistema, aplicado así sin preocupacion y sin aspiraciones teóricas, nacido como una consecuencia de las circunstancias y de los sentimientos del pueblo, dió pronto resultados maravillosos, pues no sólo se vió que las mujeres aprendian al mismo tiempo y con la misma rapidez que los hombres, sino que las institutrices aplicaban á la enseñanza cualidades y aptitudes que no se encontraban fácilmente entre los maestros. (1) Así se explica el número de profesoras, maestras é institutrices que existen en Norte-América.

En las escuelas públicas de Massachusset se cuentan 1.028 maestros por 7.421 maestras; y en su capital, Boston, 76 maestros por 675 institutrices.

En el Estado de Vermont 671 por 3.544.

En New-Hampshire 527 por 3.296.

Y en el territorio de Colombia 26 por 245.

Estas cifras son aun más extraordinarias si se toman en las escuelas primarias de las principales ciudades de la Unión.

---

(1) "Dada una instruccion igual, es un hecho probado que la mujer comunica á los niños lo que sabe mejor que los hombres. Hay en su enseñanza ménos dureza, ménos sequedad, ménos pedantismo, y tiene más paciencia, más dulzura y más imaginacion. Dotada de instintos de madre, se apodera de la atencion de su auditorio, y los comienzos, de ordinario tan áridos, se pasan casi jugando. Su gracia misma y su belleza aumentan el encanto de sus lecciones, y la escuela pierde así su carácter de prision sombría, llena de castigos y de fastidio que asustan al niño, para convertirse en una prolongacion del hogar doméstico, donde reina el dulce espíritu de familia, y donde la hermana mayor instruye á sus hermanos menores. De esta ventaja se aprovecha directamente la sociedad."

E. DE LAVELEYE.—*L'instruction du peuple au* XIX *siecle.*

"Los informes anuales de los inspectores de las escuelas públicas, reconocen unánimemente que las mujeres desempeñan sus cargos con una inteligencia, una habilidad y un tacto que se encuentra difícilmente entre los hombres; si algo pudiera reprochárseles es que se entregan con demasiado ardor á su difícil trabajo, y comprometen frecuentemente su salud."

C. HIPPEAU.—*L'instruction publique aux Etats Unis.*

En 50 de estas hay 22, cuyas escuelas primarias están exclusivamente regentadas por mujeres, y en un total de 2.282 escuelas primarias hay sólo 123 maestros por 5.189 maestras, ó sea un maestro por cada 42 institutrices (1). Esta proporcion es en las escuelas intermedias de 65 por 963; y aun en las superiores, cuyo programa os voy á leer, la proporcion es de 146 profesores por 473 institutrices. Y resumiendo el total de las escuelas de esas 50 grandes ciudades, se encuentra un total de 1.720 maestros por 12.218 institutrices.

No necesito decir que estas cifras no son iguales en todos los Estados de la Union; que en los territorios del Oeste, y en aquellos Estados que sufrieron los horrores de la guerra, la proporcion de los maestros es superior á las de aquellos otros Estados más ricos, más civilizados y más prósperos; pero aun así, una estadística general muestra que de 180.310 personas consagradas á la enseñanza, 104.406 son institutrices (2).

¿Podria yo alegar un razonamiento más concluyente que la demostracion que estas cifras arrojan? Conservadlas en vuestra memoria, porque toda mujer puede repetirlas con orgullo.

Y la enseñanza no es allí una palabra vana. La mujer asiste á la escuela hasta los diez y ocho años, y en este largo, pero necesario trascurso de tiempo, la preparacion para la vida es tan completa, tan acabada, que nosotros desearíamos que nuestros Institutos de segunda enseñanza la dieran igual á los hombres. Hé aquí uno de estos programas, tomado de las *Escuelas superiores de niñas* de la ciudad de Boston, que escojo como tipo de la mayoría de ellos.

Primer período:

Complemento de lectura y escritura, aritmética, geografía y gramática elementales, geografía, física, historia natural, análisis del lenguaje, frases y proposiciones, sinónimos, retórica, ejercicios de composicion inglesa, historia, principios de lengua latina, dibujo, música.

---

(1) Ya en 1863 E. de Laveleye escribia con admiracion que en las escuelas principales habia de 21 á 22 institutrices por cada 3 maestros, y desde entonces acá la proporcion ha variado en favor de las institutrices.

(2) *L'instruction populaire en Europe et aux Etats Unis d'Amerique, par* P. A. MONTHAYE, 1876.

Segundo período:

Historia natural (segundo curso), literatura inglesa, álgebra, filosofía moral, lengua latina, lengua francesa, retórica, composicion, lecciones de fisiología, historia general, dibujo, canto, lectura de los clásicos ingleses, ejercicios de crítica literaria.

Tercer período:

Lengua latina y francesa (complemento), geometría, historia general, filosofía del entendimiento humano, lecciones de astronomía, de química, exámen crítico y analítico de los mejores escritores ingleses, lecciones sobre la práctica y la teoría de la enseñanza, canto, lecciones para prepararse á la enseñanza de la música.

Y me direis, ¿para qué sirve todo esto? ¿No es excesivo y aun extraño á la naturaleza de la mujer el adquirir una instruccion semejante? Los americanos contestan á nuestras preocupaciones diciendo sencillamente, que el conocimiento de las leyes de la naturaleza es lo que más arraiga el sentimiento religioso: que el saber física y química es bueno para todo el mundo y especialmente para una buena ama de casa: que el estudio de las matemáticas sistematiza el entendimiento y dá vigor á la razon; y que para educar un dia bien á sus hijos es preciso saber cuáles son sus facultades y las leyes y reglas de la inteligencia.

Y con este buen sentido práctico no vacilan en dar á la mujer la misma vasta y amplísima educacion que los hombres.

Y no se limitan á eso, porque despues, y para las jóvenes que quieren seguir los altos estudios científicos, tienen Universidades especiales, completas y dotadas de todos los medios y elementos de enseñanza, al frente de las cuales figura el magnífico colegio Vassar, uno de los más notables esfuerzos de la generosidad y de la iniciativa particular.

Tal es, señoras, el ejemplo, el colosal y elocuente ejemplo con que queria autorizar mis observaciones. El pueblo ménos idealista, el ménos teórico, el más práctico, el más realista, el que es siempre acusado de no mirar más que el presente y de vivir solo al dia, ese pueblo ha empezado por igualar en la escuela al hombre y á la mujer, y como fruto de su experiencia, repitiendo el ejemplo de las antiguas vestales, confía á las mujeres el fuego sagrado de la instruccion popular.

Y como este sistema de enseñanza es el más natural, el más sencillo, el que más se adapta á la realidad de la vida, resulta que léjos de nacer de él la pedantería y el culteranismo ridículo, se han desarrollado costumbres y prácticas que yo calificaria de admirables, si no supiera que los frutos del bien y de la verdad no pueden ser de otra especie; así la costumbre general es que las mujeres enseñen hasta la edad de los veinticinco ó veintiseis años, retirándose despues, al contraer matrimonio, dueñas de la experiencia y rodeadas del respeto social, á empezar esa otra educacion la más santa y la más levantada, la educacion de sus hijos. (1)

Temeria desvirtuar estos hechos haciendo sobre ellos consideraciones de ninguna clase, pero no puedo renunciar á decir, que el testimonio unánime de los europeos que han estudiado de cerca el sistema de educacion de Norte-América, declara que sus frutos inmediatos son haber creado el respeto hácia la mujer y la dignidad de relaciones entre los dos sexos, que encontrándose reunidos en la escuela, como los hermanos en el hogar y entrando unidos desde la vida, con sentimientos y educacion semejantes, con un fondo comun de conocimientos y con aspiraciones engendradas en las mismas ideas, saben estimarse y respetarse porque ha aprendido á conocerse. (1)

---

(1) Las institutrices son casi todas jóvenes, porque sólo permanecen cinco ó seis años en su profesion, que abandonan casi siempre al casarse. Los hábitos de órden y de autoridad, la claridad en las ideas y la facilidad en el arte de expresarlas y la instruccion elevada que han adquirido, las preparan admirablemente á la mision de madres de familia. Así se comprende la inmensa influencia que este severo noviciado de las jóvenes opera sobre la cultura del pueblo. Donde penetre la accion de una de estas antiguas institutrices, la ignorancia desaparece para siempre. En la sociedad más elevada de las grandes ciudades se encuentran á cada instante antiguas institutrices.»

E. de Laveleye. Obra citada.

(2) "Las impresiones de la escuela entran por mucho en el respeto sério y profundo que rodea á la mujer en los Estados Unidos. Los jóvenes están acostumbrados á inclinarse ante la autoridad de las mujeres, que son sus maestras, y ellas se acostumbran á hacerse obedecer. De aquí nace en ellos un sentimiento de deferencia y en ellas una confianza en sí propias, una seguridad que inspira respeto y proteje la inocencia.»—Véase la nota 3.ª del apéndice.—*E. de Laveleye. L' instruction du peuple au XIX siecle.*

Los americanos, además, no olvidan presentar el aspecto práctico de la educacion dada por mujeres: su baratura. Mientras el sueldo medio de un maestro en las escuelas públicas de Massachusset es de 22.000 reales, una institutriz recibe sólo 8.000. En Nueva-York los sueldos son iguales, pero

Tal es, señoras, el ejemplo que la práctica nos ofrece.

Claro está que no siempre las cosas habrán de pasar de la misma manera, porque aquí hablamos de lo que debe ser, y no podemos prever los accidentes infinitos de la vida que pueden cambiar los resultados de la educacion. ¿Pero esto qué significa? Y si se quiere dar valor á los defectos y á los errores que la educacion de la mujer puede producir, sobre todo en sus primeros ensayos, por qué no hablaremos de lo que sucede en la educacion de los hombres. ¡Cuántos de entre nosotros no podria señalarse, á quienes la educacion ha hecho ó pedantes ó frívolos, ó corrompidos ó nécios! ¿Pero se le ocurriria á nadie por esto condenar la educacion? Tambien el vapor estalla en el fondo de los barcos, y los trenes descarrilan sobre los rails, y no por eso se ha condenado la locomocion mecánica.

No entro, pues, en el exámen ni en el análisis de esta clase de observaciones; quiero sólo decir que estos argumentos valen poco, y que analizados á la luz de las consideraciones que quedan expuestas, pierden la importancia que muchas veces se dá á estas críticas de detalle.

Con esto me acerco ya á la conclusion de lo que tengo que deciros, que es, por decirlo así, la afirmacion y la defensa del tema que la Institucion me ha encargado desarrollar ante vosotras: el exámen de las ventajas que presenta la educacion de la mujer.

He empezado por deciros que la instruccion en sí misma es buena; que todo el mundo lo cree así, pero que la mayoría vacila ó se niega á sacar las consecuencias de este principio cuando se trata de las mujeres. He analizado en seguida los argumentos que se oponen á nuestros propósitos y deseos, y examinado el valor de los razonamientos alegados. He hecho todo lo posible por mostrar cuál es el error fundamental de esos argumentos, y he buscado en una série de ejemplos la confirmacion de esas ideas, haciendo ver cómo la experiencia de muchos pueblos y sobre todo el comun sentir de la humanidad, van poco á poco elevando y

---

en New-Jersey varían de 15.800 á 8.600 que recibe una institutriz. El término medio tomado en las escuelas públicas de las 42 ciudades importantes y sobre 9.000 maestros, dá como término medio un sueldo de 34.052 reales para los maestros por 10.848 para las institutrices. *P. A. Monthaye.*—Obra citada.

creando por todas partes esa educacion de la mujer, en mal hora descuidada.

Ahora, fuerte con esta argumentacion y con estos ejemplos, puedo ya afirmar directamente y como por cuenta propia las ventajas incalculables de la instruccion de la mujer. Estas ventajas, yo diria que se extienden á todas las esferas de la vida.

La sociedad es la que en primer término las recibe porque considerando á la sociedad como el conjunto de hombres y de mujeres, el adelanto de una parte de ella no sólo mejora el conjunto, sino que reacciona poderosamente sobre la otra parte. Basta para ello que considereis, cada una en la esfera de vuestras relaciones sociales, aquellas casas, aquellas familias, aquellos círculos en los cuales descuella ó brilla una mujer algo superior, y vereis en seguida cómo en el trato de todos los que á ella se acercan, hasta en los modales que se emplean y en la cultura del lenguaje, se observa como un esfuerzo comun por presentarse bajo su mejor aspecto, y si generalizais el ejemplo, pensad lo que ocurriria si en nuestra sociedad el nivel general de la mujer se levantase. Esto sólo haria imposible de un lado la frivolidad de la conversacion, y del otro la brutalidad y grosería de ciertas costumbres sociales; porque la cultura general, que echamos tanto de ménos en nuestros dias, no nacerá, como no nació en otros tiempos, más que de la elevacion gradual de las mujeres.

Esta influencia benéfica será más eficaz en la familia; de la cual puede decirse que de la mujer depende, y que con ella se forma; porque todos sus indivíduos son más ó ménos su hechura: los unos, porque toman de ella toda su vida y todo su sér, como los hijos; los otros, como los padres de familia, porque al venir á descansar en el hogar trayendo á él cuanto han recogido en la vida trasforman todas sus impresiones al contacto y bajo la influencia de sus mujeres, y hasta aquellos que entran en la familia por casualidad, pero que en algun modo pertenecen tambien á ella, los dependientes de la casa, reciben la influencia directa de la mujer, y por consecuencia, se modelan, segun su aptitud ó su torpeza, su virtud ó su corrupcion, y van poco á poco amoldándose á aquel tipo que se les presenta, y bajo aquella influencia constante y permanente que allí reina. Y si por las consideraciones antes expuestas, ó mejor dicho, por los resultados naturales

de la educacion, hay dentro del lugar alguna más fe religiosa, alguna más cultura artística y literaria, alguna mayor inteligencia en el órden y arreglo de las cosas, alguna más elevacion moral en el carácter, pronto se comunica, aun sin apercibirse de ello, á todos los círculos de la vida de un pueblo y modifica su misma historia; porque la mujer, por su mision especial, está destinada á dar luz cuando falta en el cuadro sombrío de su hogar, y sombra cuando la claridad es demasiado brillante.

Bajo el punto de vista del trabajo, ó sea de la aplicacion de todas las fuerzas de un país, la instruccion de la mujer ofrece mayores resultados. Muchas de las ocupaciones que hoy monopolizamos los hombres, deberian ser desempeñadas por las mujeres, las cuales, viniendo así á ayudar en los tiempos difíciles á la familia, como hermanas, como hijas y aún como esposas, á la par que darian ejemplo al hombre, le obligarian á ocuparse sólo de aquello que, por sus condiciones especiales, le corresponde, dando por resultado general, no sólo una mejor division y distribucion del trabajo, sino la aplicacion á ese mismo trabajo de las fuerzas especialmente aptas para producirlo.

Y despues de esto, todavía me queda algo que añadir, porque veo que voy cayendo en el comun defecto de hablar de la educacion de las mujeres, preconizando los beneficios que van á resultar á los demás, sin ocuparme de vosotras mismas, que sois las más directamente interesadas. Como vuestra mision es la de acompañar y consolar, la de sufrir en silencio, y la de animar con el ejemplo, generalmente se os olvida y se os considera como indiferentes al problema; pero yo no creeria completar el cuatro de mis observaciones, si no os dijera que la mayor suma de ventajas que la educacion de la mujer trae, son para la mujer misma.

Ante todo, y como fin práctico de la vida, sólo la instruccion es la que os puede rescatar de esa eterna dependencia en que vivís, que os priva de toda iniciativa y que os condena la mayor parte de las veces á los injustos sufrimientos de una irredimible servidumbre. Como hijas, como hermanas, como esposas, como madres, siempre dependeis de alguien, hasta de la caridad, cuando os falta apoyo entre los vuestros. Pues bien, la instruccion os rescata de esa servidumbre, ella os enseña á sacar partido de vuestras facultades, á ayudar á los vuestros, á traer dentro de la familia un

auxilio, modesto sí, pero que os da derecho á un puesto propio que os iguala á los que quizá no han sabido ganarlo; y que, sobre todo, en la edad de la juventud, en esa edad en que se decide vuestro porvenir, en que estais pendientes de las circunstancias, os permite reflexionar y esperar antes de pronunciar sobre vuestra suerte definitiva.

Ya habeis visto, por el ejemplo de los Estados-Unidos el gran número de caminos abiertos á las mujeres, la contabilidad, la telegrafía, el órden y manejo de los establecimientos, otro sinnúmero de ocupaciones que se relacionan con la imprenta y la literatura, la enseñanza sobre todo; por todas partes un camino ó un sendero. Dios hace salir el sol para todas sus criaturas, y no ha puesto á ninguna en este mundo sin colocar á su lado y á su alcance los medios para vivir y sostenerse.

Pero áun con ser tan importante, no es este el aspecto principal de la instruccion. El principal resultado es para vuestro espíritu, para vuestra alma, para el porvenir entero de vuestra existencia así en los detalles vulgares de la vida de todos los dias, como en las grandes amarguras de los momentos de prueba. No sólo en los grandes sucesos, sino tambien en los pequeños, que quizá más que los otros forman la base de nuestra felicidad ó nuestra desgracia, más aún, en cada instante, en cada momento, una inteligencia cultivada, una voluntad sostenida, una conciencia tranquilas, eso, en fin, que se llama dominio de sí mismo; eso, en fin, que se llama elevacion de espíritu; eso, en fin, que todos admiramos en las personas que lo poseen; eso es lo único que serviros puede de garantía y de sostén. Por que, sabedlo, si acaso no lo habeis pensado; en este mundo no hay felicidad ni desgracia que venga exclusivamente del exterior: las circunstancias que parecen más extrañas á nosotros se eslabonan con las cualidades que llevamos dentro de nosotros mismos, como que nuestra alma y nuestro interior es el prisma á través del cual pasan todas las influencias del mundo exterior. Y si en vez de ser débiles, abandonadas, acostumbradas á ceder, acostumbradas á sufrir y á seguir el impulso exterior, sin energía, sin accion, encontrais en vosotras mismas la manera de desarrollar esa fuerza moral, entonces la instruccion y la educacion habrán hecho para vosotras y por vosotras un inmenso servicio, el más grande que podeis esperar en

esta vida, el de daros en vuestra propia conciencia un refugio, un consuelo y una guía para la vida.

Hacia este fin se encaminan estas modestas Instituciones. La Escuela de institutrices, que desde hace algunos años trabaja en preparar la educacion de las mujeres; la Escuela de Comercio, que acaba de inaugurar de una manera tan brillante, son en nuestra pátria y en esta capital elementos que requieren vuestra atencion y vuestra simpatía; pero los que las han fundado y sostienen, necesitan hacer, ante todo, un llamamiento á las alumnas que reciben sus beneficios porque de ellas depende en gran parte el éxito de este ensayo y el difundir más pronto los gérmenes de donde han de nacer los bienes que he tratado de presentaros.

El ejemplo hace más que todas las predicaciones; y si de éstas aulas salís con tal educacion, con tal instruccion, y ocupais luego en el mundo tal posicion como teneis derecho á esperar, entónces cada una de vosotras será ejemplo viviente que difundirá esperanza y aliento en todas las otras mujeres. Pero por eso mismo vuestra responsabilidad es más grande; porque si no respondeis á este llamamiento, habreis comprometido por la falta de éxito el resultado de estos ensayos para redimir vuestra ignorancia.

No tengais miedo á vuestra pequeñez; que no os inspire desconfianza lo modesto de vuestro papel en el mundo; las grandes obras no se logran y realizan sino por el concurso de insignificantes elementos. La inmensidad del espacio está formada por impalpables átomos de éter, y las olas gigantes del Oceano no no son más que la aglomeracion de pequeñas gotas de agua; lo que se llama un pueblo civilizado, es una suma de indivíduos que han adquirido un pequeño grado de cultura; como lo que llamamos tambien la práctica de la virtud, es una série de acciones, cada una de las cuales aparece casi insignificante por lo pequeña, y que juntas forman ese hermoso espectáculo del bien en accion.

Pensad en esto, y que en cada uno de vuestros actos y de vuestros esfuerzos vaya tal parte de vuestra voluntad, y tal decision de vuestro deseo, que al examinar su conjunto resulte una brillante página para esta Institucion un bien para vosotras y un ejemplo para los demás.

NOTAS.

Nota 1.ª Carta de J. Stuard Mill á las señoras de San Petersburgo, que pedian la admision de las mujeres en las clases de enseñanza superior.

Avignon 18 Diciembre 1868.

«He sabido, con un placer no exento de admiracion, que ha habido en Rusia mujeres suficientemente ilustradas y valerosas, para reclamar en favor de su sexo la admision en los diversos ramos de la enseñanza superior de la Historia, de la Filosofía y de las Ciencias naturales, sin exceptuar la Medicina, y para conseguir el apoyo de personas importantes en el mundo científico. Esto mismo reclaman en los demás países de Europa con energía siempre creciente, aunque todavía sin éxito, los hombres más adelantados é ilustrados.

Gracias á vosotras, la Rusia va quizá á anticiparse y á ofrecer así la prueba de que las civilizaciones relativamente nuevas, se apropian los grandes progresos antes que las antiguas.

La difusion de la cultura entre ambos sexos, importa, no solamente á las mujeres, lo cual ya seria una recomendacion suficiente, sino tambien á la civilizacion universal. Tengo la conviccion profunda de que el progreso moral é intelectual del sexo masculino está sin eso expuesto á detenerse, no sólo porque nadie puede reemplazar á las madres en la educacion de sus hijos, sino tambien porque la influencia que la mujer ejerce sobre el hombre no puede ser mirada con indiferencia: la mujer, ó le impulsa hácia adelante, ó le retiene inmóvil.

Aplaudo, pues, con todo mi corazon vuestros esfuerzos y los de los hombres ilustrados que los apoyan: espero que la perseverancia que ya habeis mostrado, será garantía contra el desaliento, y confío en que hareis valer, por todos los medios, la justicia de vuestra causa, que en un siglo de ilustracion acabará por obtener un triunfo definitivo.»

Nota 2.ª Los estudios de segunda enseñanza para las mujeres han sido organizados en Francia en 1867 por M. Duruy, ministro á la sazon de Instruccion pública.

Esos estudios son de dos clases: los que están organizados por las municipalidades y sostenidos por ellas y los que se llaman cursos superiores para la segunda enseñanza de las jóvenes, que se dan en la Sorbona, en París.

Los programas de la Sorbona comprenden las siguientes enseñanzas:

Literatura latina y francesa.—Historia.—Geografía.—Aritmética y geometría.—Química.—Historia natural (zoología y botánica)—Física.—Astronomía.—Bellas artes (pintura, escultura y música), Gramática, é historia de la lengua francesa.

En las clases municipales se dan estas mismas enseñanzas, aunque con menor extension, y además se añaden á ellas las todas que sugiere el celo de las corporaciones, y entre las cuales debe citarse en primer término, el *Curso de economía doméstica*, dado por madame Hippeau en las clases municipales de París.—La enseñanza de las mujeres es, pues, análoga á la segunda enseñanza de las jóvenes.

El sistema adoptado por M. Duruy para establecer estas clases, ha sido muy sencillo, y es digno de ser conocido.—La dificultad principal, casi insuperable, era la falta de recursos, pues se necesitaba crear á un tiempo el personal y el material para toda la Francia y encontrar locales apropiados al objeto.—A ambas necesidades proveyó ámpliamente el ministro.

Para establecer las clases acudió á las municipalidades y las invitó á ofrecer el local del ayuntamiento; y para crear un personal invitó á los tres mil profesores retribuidos por el Estado á asociarse para dar estas enseñanzas. Una vasta asociacion sostenida por la iniciativa individual quedó así formada, y por eso esta organizacion ha recibido y conserva el nombre de *Asociacion para la segunda enseñanza de las jóvenes*.—El mismo material de los liceos debia servir para las clases de mujeres.—De esta manera, sin gasto y sin esfuerzo, se ha creado una fuente y un orígen de educacion para mujeres cuyos resultados han excedido á las esperanzas de su fundador.—Las ochenta ciudades donde existen Liceos y las 260 donde hay colegios del Estado, pudieron desde el primer momento establecer las enseñanzas de mujeres.

Los resultados han sido admirables: entre ellos, y en primer término, debo señalar el espíritu de emulacion, desarrollado entre las diversas instituciones que á la enseñanza se dedican.—Las instituciones privadas y las asociaciones religiosas, obligadas á presentar al público sus resultados, á sufrir una comparacion incesante y á justificar sus aspiraciones y sus títulos, han salido de la rutina y de la languidez con que vegetaban vivificando sus sistemas de enseñanza y renovando su personal docente.—Más notable aún es la seriedad y el carácter práctico que la enseñanza de las mujeres ha tomado, y que penetra en la familia desde la primera edad de los niños, uniendo á los hermanos en unos mismos estudios y desarrollando así mútuamente el estímulo para el trabajo y el cultivo del espíritu. "Hermanos y hermanas tendrán los mismos maestros," decia M. Duruy, y en efecto, como el personal docente es el mismo para ámbos sexos, insensiblemente se establece un nivel general y una comunidad de ideas que, empezada en el hogar trascenderá pronto á la sociedad francesa.

Las clases superiores de la Sorbona son el complemento de este sistema,

al cual ofrecen un tipo y un criterio superior á que ajustarse: y así mientras la iniciativa municipal crea y diversifica y aumenta los elementos de la enseñanza, y les dá carácter local y les completa con las innovaciones creadas por la iniciativa individual, la Sorbona ofrece la norma general y regulariza todo ese movimiento.

Ella dá exclusivamente, por medio de exámenes de fin de curso, los certificados de capacidad, llamados títulos de institutrices, que habilitan para obtener las cátedras pagadas por el Estado, y para obtener los cuales no es preciso sin embargo haber seguido sus cursos. Los alumnos sólo necesitan justificar su capacidad. Los profesores de la Sorbona pertenecen todos á los diferentes Institutos oficiales: el sistema general de enseñanza es el de explicaciones y temas por escrito: los exámenes son bastante rigorosos.

Inútil es añadir que los cursos no son públicos y que toda alumna tiene derecho á ser acompañada por su madre y su institutriz. Pero sí es conveniente indicar que esta presencia constante de las madres es uno de los orígenes más fecundos de adelanto y de progreso, no sólo por la vigilancia que ejercen y por el estímulo que ocasionan, sino por los consejos y auxilios que prestan á los profesores.

De esta manera, la segunda enseñanza y la educacion superior de las jóvenes es una continuacion de la enseñanza del hogar doméstico, y suple lo que á ésta necesariamente falta, sin perder la santidad y pureza de la educacion maternal. Muchas madres, que vacilaban entre el temor de separarse de sus hijas y el deseo de educarlas convenientemente, han encontrado en este sistema el medio de continuar esas dos aspiraciones á cada cual más legítimas.

Esta enseñanza es retribuida: la matrícula cuesta en la Sorbona de tres á cuatro duros mensuales, y su producto se divide en dos partes, una para retribucion de los profesores, y otra para desarrollar la misma enseñanza, ya adquiriendo material, ya fundando pensiones para pagar la educacion á aquellas jóvenes que carecen de los medios necesarios.

Nota 3.ª Alexis de Tocqueville, al escribir su libro sobre la *Democracia en América*, libro que fué una revelacion para la Europa, consagró á la educacion de las mujeres observaciones llenas de profunda sagacidad y de un gran sentido práctico. Precediendo cerca de medio siglo á los trabajos de este género y haciendo el estudio total de un país, sus opiniones tienen hoy el valor indiscutible de haber sido sancionadas por la experiencia. No parecerá, pues, extraño que, como complemento á las ideas emitidas, reproduzcamos aquí los siguientes párrafos:

"Antes que las niñas lleguen á la edad juvenil, saben ya pensar por sí mismas, hablar libremente y obrar por sí propias; ante sus ojos desfila sin cesar el panorama del Universo; y lejos de ocultarles su vista, se les descubre cada vez más y se les enseña á contemplarlo con mirada fija y tranquila. Los vicios y los peligros que encierra no tardan en serles conocidos, y pueden así juzgarlos sin ilusion y afrontarlos sin temor, porque han aprendido a confiar en sus propias fuerzas, y su confianza se extiende á todos los que las rodean.

En Francia muy frecuentemente se dá á las mujeres una educacion tímida, oscura, casi conventual, como en los tiempos antiguos de la aristocracia, y luego se las abandona de un golpe sin guía y sin auxilio en medio de una sociedad democrática. Los americanos obran más de acuerdo con sus principios, y dado el estado de la sociedad moderna, han creido que el único medio seguro de guiar á las mujeres era enseñarlas á combatir ellas mismas sus pasiones. En lugar de mantenerlas en la desconfianza de sí propias, buscan constantemente el medio de aumentar la confianza en sus propias fuerzas, y no teniendo ni la posibilidad, ni el deseo de mantener á las jóvenes en una ignorancia perpétua, se han apresurado á darles el conocimiento precoz de todas las cosas.

Aunque muy religiosos, los americanos no han confiado sólo á la religion la virtud de las mujeres, y han procurado tambien armar su razon.

Esta independencia de la mujer viene, sin embargo, á perderse en el matrimonio. Si la jóven es en América más libre que en los demás países, la esposa tiene deberes más estrechos. Pero en el uso de aquella independencia encuentra la mujer el valor necesario para los sacrificios cuando llega el momento de sufrirlos. Y como el matrimonio se presenta á la mujer como un estado lleno de deberes, las uniones precoces son pocos frecuentes. Las americanas no se casan sino cuando su razon está ejercitada y madura, mientras que en los demás países las mujeres no empiezan ejercitar su razon hasta despues de casadas. Por eso pueden plegarse con más facilidad á los estrechos deberes que la opinion les impone en su nuevo estado.

Esta misma energía saben mostrar en las vicisitudes de la vida. En ningun país cambian tan rápidamente las fortunas, y se ve con frecuencia que una misma persona sube y baja todos los grados que median entre la opulencia y la pobreza. Las americanas saben soportar estas evoluciones con tranquila é indomable energía. Yo he encontrado frecuentemente en los límites del desierto, mujeres jóvenes que, despues de haber sido educadas en medio de todas las comodidades de las grandes ciudades, habian pasado casi sin transicion de sus ricas viviendas á una choza mal cubierta en el seno de los bosques. Ni la fiebre, ni la soledad, ni el fastidio habian roto el resorte de su valor. Y no puedo dudar que esas jóvenes americanas habian atesorado en su educacion primera esa fuerza interior que las sostenia en aquellas pruebas.

En los Estados Unidos no se alaba sin cesar á las mujeres; pero á cada instante se hace ver que se las estima. Los americanos muestran constantemente una plena confianza en la inteligencia de su compañera, y un respeto profundo á su libertad. Juzgan que su espíritu es tan capaz como el del hombre de descubrir la verdad, y que su corazon es bastante enérgico para seguirla, y no se han propuesto jamás proteger la virtud del uno ó del otro sexo con la preocupacion, la ignorancia ó el miedo. En Europa, donde con tanta facilidad se acepta el despotismo de las mujeres, parece como que se las niegan algunos de los más grandes atributos de la especie humana, y que se las considera como séres seductores, pero incompletos: no debe, por tanto, extrañarnos que las mujeres acaben por creerlo así y por considerar como un privilegio la facultad que se las concede de mostrarse frívolas, débiles y

tímidas. Las americanas no reclaman semejantes derechos. Es cierto que los americanos no consagran á las mujeres ese culto galante de que se las rodea en Europa; pero sus actos atestiguan que las creen virtuosas y delicadas; y el respeto por su libertad moral es tan profundo, que delante de ellas todo el mundo cuida de sus palabras, temeroso de ofenderlas.

Así los americanos no creen que el hombre y la mujer tienen ni el deber ni el derecho de hacer las mismas cosas, pero muestran el mismo respeto hácia la mision de cada uno, y los consideran como dos séres de igual valor aún cuando destinados á diversos fines. No dan á la actividad de la mujer la misma forma, ni el mismo objeto que á la del hombre, pero no ponen en duda su energía, y si bien no creen que el hombre y su compañera deben emplear su inteligencia del mismo modo, piensan al ménos que la razon de la una es tan sólida como la del otro, y su inteligencia igualmente dispuesta á la comprension.

Ellos ha dejado subsistir la inferioridad social de la mujer, pero la han elevado con todo su poder en la esfera intelectual y moral al mismo nivel del hombre. Por eso yo no vacilo en decir, que aún cuando en los Estados Unidos la mujer apenas sale del círculo doméstico, y aún cuando en él y bajo cierto aspecto está muy sometida, en ningun otro país ocupa una posicion más alta, y por eso, si ahora que me acerco al fin de este libro, en el cual he expuesto tantas cosas notables realizadas por los americanos *se me preguntase cuál es en mi opinion la causa á que debe atribuirse principalmente la singular prosperidad y la fuerza creciente de ese pueblo, contestaria que á la superioridad de sus mujeres.*

De la Democracia en América. Parte 3.ª, capts. 9, 10 y 12.

EL NATURALISMO CONTEMPORANEO.

LO ORGÁNICO Y LO INORGÁNICO.

(Conclusion.)

Ninguna asimilacion se produce en el organismo con mera pasividad; respecto á la nutricion declaran elocuentemente los experimentos de C. Bernard y de algunos médicos norte-americanos la actividad interior, poderosísima de algunas membranas del estómago, gradualmente enrojecidas por la potencia activa y asimiladora que desenvuelven, segun se observa en las vivisecciones y en casos raros de hombres que han vivido dejando al descubierto, por heridas, las membranas del estómago.

Lo mismo acontece con los fenómenos dinámicos, donde aparte el mecanismo que se observa en el excitante exterior, es condicion indispensable, para que el movimiento mecánico se convierta en movimiento vivo, una reaccion del organismo y una produccion, más ó ménos intensa, de la actividad de dicho organismo. La pupila de un hombre profundamente dormido, que permanece inerte á la accion de la luz por fuerte é intensa que sea, prueba que si el organismo no es coactivo con el excitante exterior, la fuerza que este manda vuelve sin afectar ni impresionar para nada al sér orgánico, vuelve como si fuera mandada á la superficie tersa de un cristal endurecido. Sea el que quiera el grado rudimentario ó superior del organismo que se observe en la múltiple escala

de los séres vivos, sea ó no fácilmente perceptible por medios ordinarios ó haya necesidad de recurrir al microscopio, siempre es cierto que el organismo reobra sobre el excitante, resiste la fuerza de su impresion, á veces deja de contestarla y aun ahoga dentro de su complicado seno la más mínima manifestacion de ella. ¿Acaso no son ejemplos harto elocuentes de lo que decimos la serenidad del hombre ante el peligro, la majestad épica del mártir que sonrie, cuando sus entrañas se torturan, el llanto de cocodrilo que aparénta el falsario para llevar á cabo su traicion y más que nada el triste privilegio que tiene el hombre de ser hipócrita?

No son explicables estos y otros fenómenos de igual categoría y aun algunos que con carácter más rudimentario se ofrecen en los animales, por ejemplo, el acecho de la presa en los cazadores y en los carnívoros, si se menosprecia ó desatiende la fuerza interior, propia del organismo. A este mismo fin, dice un célebre fisiólogo (1), "penetra el mundo exterior en nosotros, merced á las es- "pansiones nerviosas terminales; pero para ello es indispensable "una facultad receptiva en el elemento nervioso afectado, el cual "entra en participacion directa con el acto que en él se cumple. "Es necesario, pues, que *sea activo* para convertir la excitacion "física en fi iológica. Todo el mundo sabe que no basta una exci- "tacion física en el aparato sensorial para producir la impresion, "sino que es necesario una *participacion activa* de la célula senso- "rial con el movimiento vibratorio que le es comunicado."

Por tales razones, y otras muchas que pudieran aducirse, entendemos que el movimiento producido por los séres no corresponde rítmicamente con la impresion, en que va envuelta la fuerza de desprendimiento; que el organismo no recibe el movimiento externo y físico, limitándose á restituirle bajo una ú otra forma, sino que la transformacion de unas en otras manifestaciones se efectúa mediante la cooperacion de dos factores igualmente necesarios: el excitante exterior y la accion interna propia, *espontánea* del organismo. Son tan insustituibles estos factores, que cuando la experiencia ha podido por el progreso de sus medios y lo ingenioso de sus recursos separarlos, se ha reconocido de un modo positivo la necesidad de la concurrencia de ambos.

---

(1) LHUYS. *Funciones del cerebro.*

Así lo demuestra cumplidamente el siguiente experimento: «Mediante el análisis de los sentidos, dice Bernstein (1), se reco-«noce que la sensacion es trasformada en percepcion por *la activi-«dad de nuestra alma*, pues la sensacion, es decir, la excitacion «del órgano de los sentidos y la trasmision de esta excitacion al «cerebro, no supone que esta sensacion esté ya ligada á una per-«cepcion de los objetos. Se ha observado en palomas, á las cuales «se les habia extraido los lóbulos cerebrales y que vivieron largo «tiempo despues, que aún poseian la sensacion visual, porque la «luz introducida en su ojo producia en él una contraccion de la «pupila, fenómeno que no puede ejercitarse sino por medio del «centro óptico del cerebro. Pero no existe en estos animales la «comprension de lo que ven, es decir, que no perciben; obran «como animales ciegos y tropiezan con todos los obstáculos. Esta-«mos autorizados para admitir que lo mismo acontece en el hom-«bre, que la percepcion del mundo exterior es, en último térmi-«no, una funcion de la actividad psíquica, que reside en nuestro «cerebro, y que los sentidos entregan únicamente á nuestra alma «los materiales que ésta trasforma en percepcion.»

Al hablar de la *fuerza expontánea* de lo orgánico, concítanse las iras de todos los naturalistas partidarios del Transformismo, y no basta citarles hechos conocidísimos en todas las manifestaciones de los séres vivos; nada suponen para ellos las indicaciones ya apuntadas, ni los fenómenos de la plétora general del organismo, de la hipertrofia de un órgano dentro de aquél ó de su anemia, fenómenos que revelan que en lo orgánico existe algo irreductible á apreciacion cuantitativa de elementos materiales y que demuestran que el efecto que manda el arco nervioso no corresponde nunca matemáticamente con la causa ocasional recibida, pues se observa, como dice Gratiotet, que un motivo tan nímio, por ejemplo, como el cosquilleo puede producir un efecto tan grande como la muerte.

Aunan sus esfuerzos todos los naturalistas contra la *expontaneidad* (2), y pretenden identificarla con la indeterminacion ó ausen-

(1) Bernstein.—*Les Sens*. Livre I, cap. IX.

(2) La expontaneidad no es idéntica con la arbitrariedad ó la indeterminacion. Obrar expontáneamente no es hacerlo sin motivo, es obrar, hallando en sí mismo la causa de su accion.

cia de motivo; así es que formulan el siguiente dilema, decidiéndose por su primer extremo: ó existe una predeterminacion cuantitativa de todos los fenómenos, (en cuyo caso es inexplicable la expontaneidad) ó una indeterminacion y arbitrariedad indefinida en todos los actos, (sentido que dan á la expontaneidad) con la cual se hace imposible la ciencia experimental. Algunos, ménos exagerados (1), quieren identificar la fuerza expontánea con la exterior en su orígen, identificacion que en nada contraría la diversidad de manifestacion entre las predeterminadas de lo inorgánico y las solicitadas dentro del organismo por excitantes exteriores, pues aún solicitadas y motivadas las fuerzas, que se manifiestan en los séres vivos, tienen un ciclo, dentro del cual se mueven por sí mismas, una vez que el organismo es centro modificador y asimilador, á modo expecífico, de los excitantes exteriores y además *co-activo* con todas las causas concomitantes y no meramente receptivo de ellas. En tal sentido, la expontaneidad no contradice el determinismo físico-químico de la fenomenología exterior, determinismo, puesto muy en boga por C. Bernard y por él, que es testigo de mayor excepcion, reconocido como *condicion necesaria de la expontaneidad y de la libertad* (2).

El movimiento interior, no indeterminado sino determinado por causas internas propias, que es lo constitutivo de la expontaneidad, está además caracterizado por el hecho singularísimo, que no se observa en las fuerzas generales, de la *fatiga ó cansancio*, ley del trabajo fisiológico. Se producen en efecto las fuerzas de los séres vivos segun este límite (el de la apropiacion de parte

---

(1) "La expontaneidad, ó significa la creacion total de la fuerza y la libertad absoluta, el acto puro de los metafísicos, ó indica la accion determinada en el seno del organismo por impulsos interiores, cuyo orígen primero es siempre una parte de la fuerza cósmica."—ESPINAS.—*Revue Philosophique.*

(2) "Me limitaré á decir que el determinismo que el fisiólogo reconoce en los fenómenos de la vida, es una *condicion necesaria de la libertad.* No comprendería, en efecto, el sábio que un fenómeno, sea el que quiera, puede manifestarse libremente, no estando regido por ninguna ley dicho fenómeno ó quedando indeterminado."—C. BERNARD.—*Problema de la Fisiología general.*

del organismo), que explica además el ciclo de la vida dentro de su comienzo y término perceptibles (nacimiento y muerte), y aún dentro de ellos la importancia de la *edad* ó tiempo trascurrido. A medida que continúa el desarrollo ó involucion del ciclo general de la vida, adquieren más relieve y consistencia los caractéres propios de cada indivíduo vivo, y se acentúan más la *accion* y *progreso* como cualidades propias de los séres; pues el organismo que preside tal desarrollo, es un centro de *asimilacion específica* de fuerzas. En vano será buscar tales caractéres en los objetos inorgánicos que no viven, sino que existen indefinidamente, manifestando las fuerzas generales de la materia con un ritmo inalterable y con una uniformidad de precision matemática.

Muchas, y segun su juicio muy valederas, son las objeciones que el Empirismo formula contra la expontaneidad de lo orgánico, citando experimentos de vivisecciones y de movimientos *reflejos*.

Por el pronto bueno es advertir que muchos movimientos reflejos son violentamente provocados mediante el experimento de la viviseccion, sin tener en cuenta la virtualidad del recurso de que se echa mano (vía húmeda, corriente eléctrica, irritacion de la epidermis, desviacion de articulaciones, etc.), y sin atender, sobre todo, á que los reflejos revelan como carácter general, el de obedecer al instinto de conservacion. La existencia de este carácter es, por ejemplo, incuestionable en los vugarísimos y conocidos movimientos del estornudo ante la excitacion de la membrana pituitaria y de la tos, provocada por alimentos ó bebidas que se interceptan.

Igual tendencia descubren en los movimientos reflejos, naturalistas tan célebres como Prochaska, Longet y el mismo Vulpian, conformes todos ellos en declarar que son algo más que un simple mecanismo, pues suponen un fin de conservacion que obliga á considerarlos como *movimientos defensivos*. No vale contra este carácter que damos á los movimientos reflejos la objecion de que algunas veces se convierten en condicion perjudicial y aún en causa de muerte para los séres orgánicos, pues como el acto reflejo no es deliberado, se presenta con un carácter fatal que puede volverse contra la conservacion del indivíduo; hay, en efecto, funciones directamente establecidas para nuestra conservacion, que

vienen á ser causas activas de destruccion en ciertos casos, (por ejemplo, el envenenamiento por absorcion) (1).

Este mismo carácter de movimientos defensivos, atribuidos á los reflejos, se puede observar en las sensaciones dolorosas, que provocan movimientos instintivos y coordenados, análogos á los defensivos y caracterizados por los gritos, contraccion de los músculos faciales y por la flexion general del cuerpo. Llega en este sentido Mr. Ch. Richet en su notable estudio sobre el dolor (2) á considerar las sensaciones dolorosas simultáneas con las acciones reflejas y aún actos reflejos, revestidos de voluntad. Infiere de todos estos caractéres, que es el dolor *el centinela de la vida*, la avanzada que defiende inconscientemente la conservacion del organismo en su más preciada y delicada contextura por movimientos de contraccion y de huida, que proceden originariamente de la fuerza propia del organismo.

Más claramente se revela esta cualidad del dolor, cuando se examinan sus relaciones con la manifestacion exterior, pues la sensacion dolorosa exige más urgentemente, que la del placer, ser expresada, de dónde procede el consuelo que nos proporciona la compasion que en los demás producen nuestros dolores y desgracias, mientras que el placer parece ser más egoista, y no es jamás un principio tan enérgico para la manifestacion como el dolor. Fundado en estas y otras consideraciones muy discretamente expuestas, explica M. Soury (3) el predominio del Pesimismo en la poesía y su literatura numerosísima, comparada con la relativamente pobre del género anacreóntico.

En todo movimiento orgánico hay que tener por consiguiente en cuenta los dos factores, de que ya hemos hablado: el excitante exterior y la actividad propia del organismo. ¿Es acaso calculable el efecto, movimiento ó fuerza viva que producirá una misma impresion en dos ó más indivíduos? ¿No revelará cada cual su índole propia, algo característico, segun es más ó ménos impresionable? ¿Por qué ha de desatender el Transformismo estos datos y negar la expontaneidad de los séres? La niega para llegar al *Determinis-*

---

(1) E. Chauffard. *La vie. Etudes et problemes de Biologie generale.*
(2) Charles Richet. *La Douleur. Etude de Psychologie phisiologique.*
(3) J. Soury.—*La Poesie et le Pessimisme.*

mo moral, doctrina que, á no ser porque el pensamiento no es susceptible de pecado, podría señalársela como más anárquica y de consecuencias más funestas que las mismas de la Internacional, tan explotadas y puestas en la picota por el instinto conservador.

Cuando se afirma con Herzen (1) "que la idea del libre albedrío en el microcosmos humano corresponde á la de la casualidad en el macrocosmos," cuando se pretende probar con Quetelet "que el criminal es el instrumento que ejecuta los crímenes preparados por la sociedad," se trae á la ciencia aquel alarde de salvaje independencia de nuestro Espronceda, cuando dijo: "¿Quién al hombre del hombre hizo juez?" y se derrumba con todo el mundo moral y toda la vida de la responsabilidad el más firme de los fundamentos sociales, pues se niega á la sociedad el derecho á castigar. No gustamos de argumentar con el *bú* espeluznante de las consecuencias, y si señalamos las que tienen su abolengo en el Determinismo, es porque recordamos que no ha tenido escrúpulo ninguno un Pontífice de nuestro Doctrinarismo conservador para rebatir argumentos en pró de la libertad, apoyándose, segun decia, en teorías que niegan con ciertos visos de exactitud la libertad humana. Ignoramos si aun armado de todas las armas que ofrece la sofística dialéctica de un Protágoras, se podrá probar que, fundándose en una doctrina, á la cual va aneja la anarquía social, se robustecen y conservan los fundamentos sociales.

La fuerza propia del organismo, espontánea, no equivale á la arbitrariedad, no es lo mismo que la indeterminacion, sino que es capaz para colaborar con el excitante exterior, y determinar en union con él lo complejo de los actos orgánicos. Explica esta naturaleza espontánea el que sea susceptible segun grado y medida de *habituarse* á condiciones y excitantes del exterior; cualidad que no se encuentra en lo inórgánico.

Grandes son los efectos del hábito, llega á veces á modificar y aun á suplantar aparentemente la naturaleza, por lo cual se ha dicho que el *hábito es una segunda naturaleza*; pero la experiencia demuestra, contra la exageracion que á tales efectos ha querido dar el Transformismo, que en determinadas condiciones jamás contrae hábitos el sér vivo. Reside el hábito en la continuidad de

(1) A. Herzen. *Phisiologie de la volonté*.

los actos, de suerte, que es necesario que se forme gradualmente; es decir, simulando un ángulo muy agudo que se va abriendo insensiblemente, en lugar de ser impuesto de un solo golpe; pero además es preciso que no contraríe directamente la naturaleza del sér vivo, porque entónces producirá su muerte (1); límite que confirma que el sér vivo es un centro de apropiacion ó especializacion de fuerzas, más allá del cual no puede llegar esta influencia del hábito, ni ninguna otra; porque toda fuerza orgánica, en cuánto expontánea, es capaz de efectos variadísimos; pero está á la vez determinada esta variedad por la *especialidad* de los actos que puede producir, pues el sér vivo tiene cierta constitucion primitiva, cierta naturaleza que le es propia.

La fuerza orgánica obedece á la influencia del hábito dentro de los límites indicados; desconocerlos es patrocinar el vano empeño del trasformismo, que si exagera los efectos del hábito, con la herencia, es porque pretende explicar todas las múltiples diferencias del organismo por la evolucion y por la influencia constante del tiempo, forma abstracta de la sensibilidad, que llena el empirismo con leyes, cuyo descubrimiento es debido á Darwin, y cuya aplicacion completamente justificada ha de sufrir todavía muy importantes rectificaciones. ¿Acaso tiene el tiempo virtualidad suficiente para sustituir una realidad por otra? La evolucion en tiempo indefinido es forma abstracta, cuyos supuestos se ignoran y que semeja, Spencer lo declara, un hilo de decurso y extension indefinidos, rodeado por sus dos extremos (comienzo y fin arbitrariamente colocados como antitéticos) de una espesísima sombra. De otro lado, no se puede olvidar que en la doctrina de la evolucion, como dice Liard (2), "hay que suponer ó que lo que "aparece al término de la evolucion estaba ya contenido, al mé"nos virtualmente, en su orígen, en cuyo caso existe amplifica-

---

(1) "Un mamífero nace provisto de pulmones, necesita respirar en el "aire, no podrá vivir en el agua, la naturaleza no cede, se destruye; pero en «su centro puede acomodarse á un aire más denso ó más raro, es decir, que "si estos cambios conforman con su naturaleza, el sér vivo los aceptará, su "accion se fortificará y adquirirá fácilmente el hábito. Si estos cambios re"pugnan absolutamente á las condiciones necesarias de su vida, el hábito es "imposible»

A. Lemoine.—*L'Habitude et l'Instinct.*

(2) L. Liard—*La Science positive et la Metaphisique.*

"cion geométrica del embrion al sér completamente desarrollado; "ó que aparece algo nuevo en cada estado de la evolucion, adicion "verdadera á lo que preexistia, y en tal caso no hay trasformacion "de una forma á otra."

A indefinicion tan vacía de realidad como la que supone el tiempo, sumado indiferentemente á un contenido que se ignora cual es, debe oponerse la diferenciacion adecuada de los efectos legítimos del hábito dentro del ciclo de tiempo, propio de cada sér vivo, pues la correlacion en él entre vida y muerte señala los límites obligados de la apreciacion y especializacion de fuerzas.

"El efecto más importante del hábito, dice un célebre psicólo-"go, (1) es establecer entre las diferentes partes del tiempo, que "simplemente se suceden para los objetos incapaces de hábito (2), "una relacion sin la cual la vida es imposible. El pasado no exis-"te, el porvenir aún no es, solo es real el presente; pero ¿qué es "el presente? como dicen á la vez Platon, Aristóteles y Leibnitz, "es un punto sin dimension, es *el límite siempre móvil* que separa "lo que ha sido de lo que será; de suerte que el presente mismo "es incomprensible y la existencia escapa incesantemente para los "séres que duran. Fijar este perpétuo *venir á ser*, constituir un "presente positivo, con estos elementos negativos, hacer que dure "este presente, convertir este punto matemático en una línea ó "en un sólido, resolver la dificultad de detener el tiempo que na-"da detiene, tal es la obra del hábito."

De este modo, es decir, bajo influencia tan poderosa como es la del hábito, que diferencia el tiempo en sus períodos, que los integra en el ciclo general del tiempo mismo y que sucesivamente los dá el relieve propio, de este modo son, existen y viven los séres orgánicos á diferencia de los objetos inorgánicos que existen indefinidamente.

---

(1) A Lemoine *L'Habitude et l'Instinte.*

(2) Para los objetos inorgánicos no existe posibilidad de diferenciacion en el tiempo, no tienen *edad*, nada añade su presente, á su pasado, como tampoco su porvenir. Por tal razon se puede afirmar de ellos que *existen indefinidamente*, pero no que viven.

Y en esto inside el principal error sobre este punto del Transformismo, al identificar la completa indeterminacion, vacía de contenido, del tiempo de los objetos inorgánicos con el tiempo, cerrado en ciclo propio y diferenciado en períodos, que se integran recíprocamente para constituir la vida compleja de los séres orgánicos.

¿A qué se debe el olvido inexplicable de parte del Naturalismo de esta diferencia tan importante entre el tiempo, propio de los séres vivos y el indefinido, bajo el cual existen inalterablemente los objetos inorgánicos? A la falta de lógica, ya señalada, á que el transformismo, tan exacto en el proceso de integracion, viola la interpretacion de las experiencias y aún falta á las leyes de la razon por no seguir el proceso de la diferenciacion, que ha de ser complementario del de integracion, cuya totalidad es vacía, abstracta, sin la compleja multiplicidad de los elementos ya diferenciados.

Cuando se llega con la observacion y la experiencia hasta los últimos límites del análisis, se halla que la *evolucion* y la *série* son formas abstractas de pensamiento, son moldes ideales, subjetivos, cuya realidad se pierde y diluye en el fondo mismo, en la verdadera característica del problema; todo ello, volvemos á repetirlo, por el prejuicio de considerar el organismo como un todo de suma, cuyos sumandos se adicionan mecánicamente, cuando hemos observado en todo el decurso de este razonamiento, que el organismo comienza su movimiento de involucion y evolucion, al diferenciar desde su unidad indistinta lo complejísimo de los elementos, que constituyen más tarde la multiplicidad de sus manifestaciones.

Admitido, que aun no está probado, pues es cuestionable bajo muchos aspectos, como puede verse en el brillante resúmen que del estado del problema hace el Sr. Arrillaga, tan modesto como laborioso, en una conferencia sobre la *Geografía física del mar* (1),

---

(1) "Reina en las últimas capas del mar una calma completa bajo una "pesadumbre incomparable, todo parece alcanzar allí los caractéres de lo in-"finitesimal, diferencial é integralmente considerado. Mas por lo mismo "suponen muchos que allí se encierra el gran secreto, allí imagina Wilch's "que la materia inorgánica pasa por un desconocido proceso á ser orgánica; "allí Hæckel supone que la materia adquiere las primeras formas orgánicas "por una especie de generacion espontánea, por una como sutilizacion de la "materia ó de dilucion homeopática que permite á la fuerza universal ejer-"cer con libertad sus variados influjos, allí cree Huxley que existe el proto-"plasma, que en série ascendente se ha de elevar, mediante procesos indefi-"nidos, desde la celdilla primordial hasta el más perfecto de los séres..... "Lo que digo es que el problema está planteado, pero con su incógnita en-"vuelta en ese misterio que rodea á los primeros procesos de la vida y quie-"ro añadir que no obran con sano criterio científico los que á raíz de un "descubrimiento nuevo creen con ligereza que han alcanzado la verdad." F. DE P. ARRILLAGA *Geografía física del mar*. Conferencia leida ante la Sociedad geográfica de Madrid.

admitido, decimos, que hay estados de la materia, bastante indeterminados para decidir de plano, si existe en ello ó no organizacion ó si revelan el tránsito de lo orgánico á lo inorgánico; nada gana en precision y claridad el problema, porque sólo se llega á una identificacion entre ambos estados de la materia y desde tal identificacion lo mismo puede afirmarse que lo inorgánico es orígen de lo orgánico, segun pretende el transformismo, que aseverar que lo inorgánico son resíduos de lo orgánico, susceptibles de nueva asimilacion en el torbellino vital ó círculo material, que determinan las condiciones físico-químicas del medio que envuelve á lo orgánico y á lo inorgánico.

A nuestro juicio, lo esencial en el problema es que hasta ahora la experiencia, interpretada sin idea preconcebida, confirma que lo orgánico desde su estado más rudimentario manifiesta excesiva movilidad, compuestos inestables, instabilidad contráctil, unidad germinal, que procede involutiva y evolutivamente á la diferenciacion de su realidad típica, y con todo ello un centro de apropiacion de fuerzas, merced al cual no sólo recibe el excitante exterior y á él contesta de modo mecánico, sino que reobra sobre tal excitante, se lo asimila, determina su unidad simplicísima en complejidad de manifestaciones en un trabajo gradualmente productivo, que tiene por ley la fatiga y la reparacion que se lleva á cabo con la nutricion.

A semejante proceso en su fondo unitario y simple, en sus manifestaciones múltiple y complejo y en su desarrollo gradual converjente de modo constante á su centro primitivo referimos lo orgánico, y la organizacion, completamente distintos del mecanismo, con que se interpretan sus manifestaciones exteriores, en las cuales se busca inquisitorialmente las adiciones ó sumas en homogeneidad de contenido y se prescinde de lo que es genuino y diferencial en medio de la rítmica y jamás interrumpida continuidad del mundo natural (1).

---

(1) «La individualidad fisiológica ó funcional corresponde á aquel gé-«nero de formas unitarias ó centralizadas, que son capaces de mantenerse «vivas con independencia y sustantividad completas por un tiempo cual-«quiera; divisibles, si es que llegan á reproducirse, sin que por esta separa-«cion de partes se afecte ni destruya la unidad del todo; agitadas por el mo-«vimiento conservador nutritivo, que es la base primera y general del dina-

Tales resultados, originarios todos de la más escrupulosa interpretacion de los datos experimentales, son suficientes para rechazar, segun hemos indicado antes, el organismo y las fuerzas organotróficas de que habla C. Bernard, pues la organizacion es, más que principio resultante final, forma que reviste la materia viva. Y de este, que no de otro modo, se explica el estado aun incompleto de la Morfología, cuyo progreso requiere precedentes, que aun no están desenvueltos, si bien convendrá tener siempre presente que los *fenómenos morfológicos* son determinados, que no determinantes por una série de causas y condiciones, que la observacion y experiencia naturales irán sucesiva y discretamente señalando. Con tal condicion contribuirá el progreso parcial de cada una de las ciencias de la naturaleza, á educir del enriquecido mundo experimental un concepto más orgánico, ménos mecánico, más complejo y ménos indistinto y confuso de las síntesis hoy en formacion, y cuyas superiores aspiraciones habrán de coincidir en dia no lejano con las especulaciones reacionales para determinar la construccion de la Filosofía de la naturaleza, los principios fundamentales de la cosmología.

Aunque hoy la Morfología es ciencia que dá todavía pocos resultados, pues estudia la forma de los séres sin hacerse cuestion de la correlacion de materia y forma, es autorizada la afirmacion que se hace, fundada en los escasos datos que ofrece dicha ciencia, de que las formas de los séres orgánicos son más complejas á la vez que más unitarias que las de los objetos inorgánicos. Ya en los bacterios, hallados por Huxley en esta zona indecisa entre lo vegetal y animal, observa el célebre naturalista, en medio de sus movimientos indeterminados, su tendencia constante á tomar forma esférica y combinaciones múltiples de esta misma; y en las sutilísimas expansiones del contenido en demasía movible de los protistas, señala Haeckel formas variadas, pero todas ellas complejísimas, comparadas con las estáticas y relativamente regulares de lo inorgánico.

Si tales observaciones se recogen de los primeros é indetermi-

---

«mismo fisiológico ulterior y que debemos representarnos siempre por tanto «como mudables, oscilantes, en continúo flujo.»—LINARES.—*La Morfología de Hæckel; antecedentes y crítica.*—V. Boletin de la Institucion libre de Enseñanza.

nados esbozos de lo orgánico, de estos ensayos de organizacion, que parece efectuar la naturaleza en su más profundo seno y en una elaboracion, rodeada de penumbras, son más salientes y de mayor efectividad los caractéres que se observan en las formas de lo orgánico en grados superiores. En tales grados se observa, en efecto, la tendencia del sér organizado, procedente de un gérmen, á adquirir una forma típica, á perfeccionar una especie de plan arquitectural, cuya realizacion prosigue contra toda clase de obstáculos cicatrizando sus heridas y reparando sus mutilaciones. Esta tendencia á la unidad morfológica es conocida en Fisiología y Patología con el nombre de *fenómeno de reconstitucion ó reintegracion* y sirve de base para demostrar la coexistencia de las fuerzas del medio ambiente con las propias del organismo, de cuya síntesis procede la vida. En tal convergencia, radicalmente opuesta al dualismo de los vitalistas, se apoya el vulgar aforismo de que cura la naturaleza y de que el médico no hace más que determinar, obedeciendo las leyes naturales y favoreciendo su desarrollo, condiciones, resursos terapéuticos que ayuden al fenómeno de la reintegracion.

Este trabajo del organismo, reparando sus mutilaciones, muestra su unidad é individualidad y constituye un nuevo aspecto del carácter fundamental, que hemos atribuido al ser vivo. Tambien se ha querido sorprender este trabajo de reparacion en los cristales; así M. Pasteur ha pretendido con cristales rotos, sumergidos en agua con disoluciones de determinadas sustancias químicas, probar el fenómeno de la reintegracion de la forma. Desconocemos el resultado final de dichos experimentos; pero nos atrevemos á asegurar que si tal tendencia queda demostrada empíricamente en los cristales, revelará siempre lo *estático* de la simplicidad de sus formas geométricas y nunca acusará una tendencia *dinámica*, á no identificar ilegítimamente el proceso del experimentador y la fuerza que aporta al experimento con lo estático é indiferente de lo inorgánico. No basta en efecto lo morfológico para aducir prueba concluyente á no ser examinado en su corelacion con la materia que en ello se informa. Así se reconoce que es preciso hacer minucioso exámen de la influencia que ejercen en los fenómenos morfológicos de lo orgánico cuantas consideraciones dejamos expuestas respecto á los fenómenos dinámicos.

Pecan por su base cuantas inducciones hace el transformismo, fundado en la Morfología; porque vuelve á revelar su afan incesante de identificar y sumar los elementos aún más contrarios, ante el más mínimo efecto de correlacion que ofrecen y porque vuelve á abandonar el proceso de diferenciacion, complementario de aquél, ambos por igual necesarios y subordinados á la unidad de la vida, explicable segun exige el sentido comun por un doble análisis cuantitativo y cualitativo. Seguir el primero, como lo hace el Transformismo, relegando el segundo á detalles de poca ó ninguna trascendencia, es exponerse á llegar á una indiferente homogeneidad de todos los elementos constitutivos de la realidad, cuyas complejas manifestaciones y diversidad de aspectos quedan inexplicables ó se justifican por un mecanismo abstracto, por una influencia indefinida en tiempo y espacio de circunstancias exteriores; atender únicamente al segundo, al proceso de diferenciacion, es negar la evidencia con que se observa que la naturaleza no camina á saltos, y obtener como conclusion la necesidad de creaciones *ex-nihilo* á cada momento que aparece forma en el organismo, que no encaja dentro del cuadro de abstractas clasificaciones, que se tienen por incontrovertibles.

Cuál sea la exigencia que deban cumplir las síntesis á que se ven obligadas al presente todas las ciencias naturales para construir la Filosofía de la naturaleza, lo declaran el experimento y la especulacion con una evidencia innegable, pues lo educe el pensamiento *a priori* y *a posteriori*, lo mismo de la consideracion del problema que del exámen de todos los ensayos de síntesis que se han formulado aspirando á darle solucion. Lo cuantitativo y lo cualitativo, lo integral y lo diferencial, segun dice Spencer, no se anulan, ménos se suman ni sustituyen lo uno por lo otro; se complementan subordinadamente en este eterno postulado del principio de unidad, bajo el cual, en apariencia, aquellos aspectos de la realidad disienten y se separan el uno del otro para converger, finalmente, á colaborar á la formacion y construccion del concepto de lo orgánico y del organismo, única manera de concebir la realidad tal como ella es.

Si el transformismo se halla influido por esta obsesion incesante de identificar lo inorgánico con lo orgánico, tiene que revelar tambien (y así lo hace, pues sólo tibios y prudentes parti-

darios de las doctrinas transformistas detienen en tal punto su pensamiento, pecando gravemente contra las más vulgares exigencias de la Lógica) igual pretension, respecto á lo físico y á lo psíquico. Si con esta doctrina, denominada *Monismo* ó *Unitarismo*, se aspira á demostrar la existencia de un principio ó la exigencia de tal postulado que rectifique la antigua concepcion dualista de alma y cuerpo, no titubeamos en dar nuestro asentimiento cumplido á dicha aspiracion por razones que son ya hoy universalmente conocidas de todos.

La constante tendencia de la Psicologia á tomar en sus más estimables y valiosas indagaciones carácter antropológico, la comprobacion experimental (hasta donde el análisis ha podido penetrar en la delicadísima y ténue urdimbre que teje la complicada existencia humana) de que á cada estado anímico corresponde una alteracion ó modificacion fisiológica, el constante comercio de lo físico y de lo psíquico, que acusa en los estudios de Psico-física, la legitimidad de recíprocas inducciones de una á otra esfera de la realidad (1), los datos aún poco ordenados, pero de indudable valor de la Fisiología cerebral (2), que prueban el paralelismo entre la evolucion de la inteligencia y el desarrollo del cerebro, y por último, lo infecundo de los estudios psicológicos, seguidos con el sentido estrecho del Espiritualismo francés, ó inspirados en el dogmatismo, á veces ridículo del Materialismo, son otras tantas razones que nos limitamos á indicar en testimonio de que el progreso del pensamiento va con la aspiracion del Monismo á rectificar sentidos escolásticos, que, á pesar de su arraigo en la cultura, son impotentes para la solucion de los más graves problemas. Ni podemos, ni debemos dejar de recordar lo dicho al principio de este trabajo; así como el problema lógico se estanca y paraliza indefinidamente ante la abstracta posicion que en él toman sensualistas é idealistas arrastra el problema psicológico una existencia ficticia al dividir el pensamiento entre espiritualistas y materialistas.

---

(1) V. para los estudios de Psico-física: Fechner, Weber y Duhring. Para las rectificaciones de algunas inducciones atrevidas é ilegítimas de la Psico física, se puede consultar: Delbœuf. *La Psicologia como ciencia natural, la Teoría general de la sensibilidad* y sus estudios sobre la ley psico-física de Fechner y Weber.

(2) Luuys y Ferrier.

Si antes hemos reconocido como condicion para el progreso del pensamiento lógico la necesidad de aunar la especulacion con la experiencia; desechando toda division arbitraria de Sensualismo é Idealismo, opiniones antitéticas, de las cuales cada una tiene la razon, que es la sinrazon de la otra y viceversa; nos muestra tal consideracion el sentido, en que hemos de apreciar este problema, proclamando desde luego la necesidad de concertar en los estudios psicológicos las experiencias fenomenales con las intuiciones internas, desechando por lo tanto aquí como allí la division de Espiritualismo y Materialismo. Despues de todo, en el problema lógico ó del conocimiento y en el psicológico late como exigencia-madre, como condicion única y determinante de todo progreso la necesidad del *principio unitario*, bajo el cual sea posible despues, en integracion y diferenciacion subordinadas ó en doble análisis cuantitativo y cualitativo, concebir lo orgánico del conocimiento y de la realidad, pues en última apelacion viene á resultar siempre un sólo y único problema con diferentes aspectos, en cuya consideracion se apoyaba Schopenhauer para declarar, harto ya de la paradoja del eclecticismo escolástico, que todo lo físico es metafísico y recíprocamente. A esta necesidad, imperiosamente exigida por ley intrínseca en el pensamiento, obedecen las tendencias más fructíferas del espíritu científico y á la vez filosófico, tendencias que se caracterizan en todos los ramos del humano saber y que penetran hasta en aquello que ha parecido más inaccesible á la experiencia, en la misteriosa gestacion de las obras artísticas (1) con el nombre *Realidealismus*.

Indica ya el nombre que designa esta aspiracion comun de las más opuestas doctrinas, el punto de conjuncion, al cual revierten como por lastre interno todas las especulaciones y todas las experiencias, una tendencia general, extensísima, ámplia, cuyos resultados finales no estimamos como la *universal panacea*; que semejante mina no es posible hallarla en la ruda y lenta labor del pensamiento reflexivo; pero si los consideramos como la declaracion implícita y explícita de que las concepciones, basadas en dicho *idealismo realista* se emancipan gradualmente de todo sen-

(1) Ch. Bernard *L'Esthetique Contemporaine.* Max Sclasser Lotze y otros en sus estudios de Estética.

tido estrecho, perciben lo múltiple y lo complejo de la vida, á la vez que lo unitario y simple de su constitucion y aportan, cual silenciosos obreros, materiales preciosos, los unos desde el campo de la idea, los otros desde el mundo de la experiencia, para concebir la realidad y la vida orgánica y sistemáticamente.

Aunque á esta tendencia colaboran las doctrinas transformistas, no es esta ciertamente el sentido que dan al monismo, en el cual cuidan diligentemente de revelar el mismo concepto falso que tienen de de la unidad como lo indeterminado y lo indefinido y el mismo espíritu escéptico del problema lógico, pues llegan á decir que alma y cuerpo no son realidades, sino lentes ú objetivos, desde los cuales vemos la realidad bajo distintos aspectos. De tales conclusiones á la revelada por nuestro gran poeta, acérrimo partidario del Excepticismo cómodo, cuando dice que *toda cosa es del color del cristal con que se mira*, de aquellos resultados á esta apotegma sólo media la diferencia de la expresion, pues el fondo significado es el mismo.

Así es que el Transformismo allega datos con su tendencia á la unificacion para resolver el problema; pero la unidad, á que llegan, es una unidad abstracta, es lo indiferente, lo que carece de toda distincion, como que prescinde del proceso de diferenciacion y del análisis cualitativo. Queda, pues, la unidad así obtenida en una vaguedad sin límites, y queda, además, el Transformismo incapacitado, con su modo de proceder, para *plenificar*, si es lícita la palabra,—ideal ni realmente el contenido de los séres, hasta el punto de que puede preguntarse á su tendencia final, con Lotze (1), *si debemos espiritualizar la materia o materializar el espíritu.*

El capital vicio de orígen, que lleva al Transformismo á un resultado, que es en el fondo una indeterminacion completa del pensamiento, susceptible de llegar por deducciones rigurosas á las conclusiones más antitéticas, dimana de que no se preocupa, segun ya hemos indicado, más que de sumar cuantitativamente relaciones homogéneas ó aspectos análogos de todos los objetos observados; extrema hasta tal punto esta tendencia el moderno empirismo, que menosprecia el proceso de la diferenciacion, y sólo

(1) LOTZE.—*Psicologia phsiológique.*

estima de la obligada discrecion cualitativa de lo peculiar de cada objeto aquello que es explicable mediante la co-participacion de condiciones exteriores, homogéneas, como si lo homogéneo no apareciera en supuesto de lo distinto y cualitativo y vice-versa. Aun cuando interpretemos la mision del pensamiento, reducida, segun pretenden algunos naturalistas, por demás imbuidos del sentido material de la palabra, á la *ponderacion*, peso ó comparacion de unos fenómenos con otros y de sus mútuas relaciones; áun cuando circunscribamos el fin de la inteligencia á esta ordenacion en série de nuestras percepciones empíricas, última palabra de lo que ha dado en llamarse la *Psicología de la asociacion* muy en boga en Inglaterra; aún cuando tomáramos base para proceder de sentidos tan estrechos, aún así nos consideraríamos bastante firmes, amparados bajo las más vulgares exigencias del sentido comun, para objetar á todos estos procedimientos, acusándolos de parcialísimos, de puntos de vista subjetivos, que no penetran, á pesar de su apellido de *positivos* y *reales*, más que en algunos aspectos de lo que es la realidad.

Surge desde luego ante el pensamiento la idea de que lo cuantitativo es en algun modo cualitativo, ó que lo integral es á la vez diferencial, aunque no sea más que para establecer la gerarquía de sus relaciones, segun ha mostrado Lange (1), y por consiguiente, debe acompañar al proceso de la integracion el de la diferenciacion, lo mismo en lo natural que en lo espiritual, pudiendo en tal sentido afirmar que si *la Lógica es la Matemática del espíritu*, son á su vez las *Matemáticas la Lógica de la Naturaleza*, sin cuya compenetracion, aun en oposicion relativa, no es lícito afirmar que se *entienden* ó penetran las cosas.

Mas, aparte de estas consideraciones, educidas de las más usuales leyes de la Lógica, se nota tambien que el *nexo* ó punto de conjuncion de los fenómenos entre sí ó de sus recíprocas relaciones queda en una vaguedad aún más indeterminada é indiferente. Y es obligado, aunque no sea más que como exigencia, asentar que la cuestion primera y fundamental, no sólo en el sentido trascendente de la antigua Metafísica, sino intrínseco é inmanente en la índole de lo real observado y experimentado, inside y reside en

(1) LANGE.—*Histoire du Materialisme.*

dicho nexo como verdadero principio-mediador de fenómenos y relaciones, ya que parece ser idea preconcebida la de circunscribir lo cognoscible á los fenómenos y sus relaciones.

Ahora bien; si poniendo á contribucion la frase de Schopenhauer, hallamos que en el fondo y contextura de lo físico late y vive lo metafísico, el problema se simplifica y se unifica; sus diversos aspectos son otros tantos afluentes, que habrán de servir en su dia para precisar y aclarar el fondo de verdad que en él exista, pues el problema ontológico, que en su relacion lógica se refiere á la demostracion de la realidad de nuestros conocimientos, en su aspecto psicológico á la afirmacion de la unidad de nuestro sér, en su consideracion estética al nexo de lo real con lo ideal, y en la esfera moral al principio ordenador de nuestros actos, no es problema de la competencia exclusiva de la Metafísica, sino que cae bajo la jurisdiccion del espíritu científico, puede y debe ser examinado, si bien con su carácter propio y dentro de sus límites, por cada ciencia particular.

Tal exigencia, reclamada al igual por el espíritu científico (tan necesitado de síntesis parciales como preparacion para una reconstruccion general) y por el recto sentido filosófico de todos los tiempos, por la *perennis philosofia* de que habla Leibnitz (á la cual conviene hoy más que nunca la comprobacion experimental y el contraste del análisis para depurarse de idealistas abstracciones), tal exigencia está clara y evidentemente demostrada en el estado actual de las hipótesis del Transformismo. ¿De qué modo podremos rectificarlas y depurarlas, se preguntará quizá el lector, deseoso, si es que ha tenido fuerza de resistencia para seguirnos leyendo, de llegar á algo práctico? ¿Qué solucion nos propones, dirá alguno, que tenga más ventajas que la transformista, criterio bajo el cual la ha defendido últimamente Spencer?

A tal pregunta cumple á nuestra circunspeccion científica indicar más que una contestacion categórica como si tuviéramos la clave del enigma, las exigencias que dejamos apuntadas en este trabajo como condiciones que deben ser cumplidas en la interpretacion de las experiencias y en el alcance que se quiera dar á la especulacion. No hacemos lema de nuestro pensamiento el *Ignorabimus* de Du Boys-Rymond, que es una metafísica más dogmática que la tradicional; declaramos insuficientes las soluciones pre-

sentadas, señalamos algunas, no nos atrevemos á decir que todas, de las faltas de que adolecen y á esto limitamos nuestra tarea, aparte las afirmaciones que de tal crítica se desprendan.

Si nos arguyen, porque quedamos en el terreno de la crítica, que es el más fácil, y evitamos el de la afirmacion, que es el más difícil, contestaremos declarando que nuestra cultura experimental y naturalista es allegadiza, que venimos al problema desde el terreno de la filosofía y ya hemos dicho ántes que la especulacion por sí sola es impotente para resolver dicho problema. ¿Por qué?

Séanos lícito justificar nuestro sentido y contestar la anterior pregunta, faltando á la modestia y citando lo que hemos dicho en otra parte (1) al determinar la mision y alcance que puede concederse á la razon al aceptar ó desechar hipótesis para formar las ciencias naturales y la Filosofía de la Naturaleza.

«Mas la cuestion aquí interesante, decíamos (2), es la de saber «hasta dónde llega la relacion subordinada de la experiencia á la «razon, y si ésta, desde la contemplacion directa de los objetos, «puede formar *a priori* los conocimientos necesarios para explicar «la experiencia y convertir las hipótesis en principios ciertos. «Entendemos que esto es posible en el conocimiento del espíritu (3), «donde existe una relacion inmediata entre el que conoce y «lo conocido; pero, faltando esta relacion en el mundo natural y «necesitando recurrir en la formacion de las ciencias naturales «á las hipótesis, *creemos* que en tal caso la razon tiene un *alcance* «*simplemente negativo* (4) respecto á las hipótesis concebidas, y «que sólo puede afirmar que estas ó las otras, por ser contrarias á «la esencia del mundo natural (5), son inadmisibles; pero sin que

(1) *Elementos de Lógica.*

(2) *Elementos de Lógica.*—Nota de la pág. 226.

(3) En las ciencias, hasta hoy conocidas con el nombre de *morales* y *políticas*, denominacion en parte ya rectificada por el sentido *unitario* en que se inspira en estos últimos tiempos la cultura científica y filosófica.

(4) La posicion crítica que hemos venido tomando en este trabajo por no poderse hacer afirmaciones categóricas desde lo racional puro, y por no atrevernos á formularlas desde el terreno experimental, ya que nuestro saber en él es algo más que fragmentario é imperfecto.

(5) Tenemos en el espíritu, ha dicho un gran pensador, y confirmado despues un naturalista, el sentimiento ó vaga intuicion de las leyes, que rigen los fenómenos naturales, pero nos falta el conocimiento de la conformidad

«llegue nunca el poder de la razon á suplir las hipótesis desecha-
«das con otras más aceptables, teniendo que limitarse á recomen-
«dar mejor y más exacta observacion de lo empírico, cuyos datos,
«como necesarios para la formacion de nuevas hipótesis, son in-
«sustituibles por la idealidad del espíritu.»

U. GONZALEZ SERRANO.

Febrero de 1879.

EL OLVIDO.

¿Por qué me has olvidado? ¿por qué, ingrato,
Niegas tu corazon á mi gemido,
Y, afligiendo mi pecho comprimido,
Tu funesto silencio se dilata?
No le roba la muerte al que arrebata
Ni el nombre ni el recuerdo agradecido:
Tumba sin epitafio es el olvido
Que traga al muerto y hasta el nombre mata.
Háblame por piedad, aunque al hablarme
Destruyas mi esperanza y sea mi suerte
Vivir llorando tu rigor eterno.
Acuérdate siquiera de matarme,
Que ódio más el olvido que la muerte,
Y más temo la nada que el infierno.

ADELARDO L. DE AYALA.

---

de estas ideas con las leyes reales de lo natural, y sobre todo carecemos de la percepcion de las formas múltiples de la fenomenología, para lo cual es insustituible la experiencia, cuyo contenido no puede ser suplido por procedimientos *a priori*, baluarte inexpugnable, desde el cual se defiende el Positivismo contra las aspiraciones invasoras del Idealismo.

LAS BUENAS MANERAS Y EL FILÓSOFO SPENCER [1]

II

Falta en el trabajo de M. Spencer una explicacion, muy necesaria, sin embargo: la de lo que entiende por "buenas maneras." Pues si dice de ellas que "se refieren al pormenor de nuestra conducta para con los demás," este concepto es tan vago, ámplio é insuficiente, que, lo mismo que á las buenas maneras, podria aplicarse á la benevolencia, ó la formalidad, ó á cualquier otro principio de los que gobiernan las relaciones sociales. Además, es dudoso que las maneras se exijan sólo en estas relaciones, sobre todo si en ellas se han de comprender condiciones como la del aseo, tan preceptuada por respeto á la higiene y á nosotros mismos, cuanto por el que debemos á los demás. La teoría de M. Spencer es como la de esas gentes que, cuando nadie las vé, no se lavan, ni mudan de camisa, y comen de una manera imposible—"con toda libertad"—que suelen decir ellos. Teoría, por cierto muy en boga en los pueblos atrasados (v. gr. en España), donde el dinero que haria falta para una vida confortable se guarda para las cosas de visualidad y aparato: desde las corporaciones docentes, que gastan en ostentosos paraninfos (frecuente sonrojo del arte) lo que economizan en libros y otros medios de enseñanza, hasta los particulares, que encargan á Prévot el moviliario de sus salones y á cualquier bodegon el *menu* de su mesa.

(1) Véase la Revista del 13 de Marzo último.

Si las maneras, pues, no se refieren exclusivamente á nuestras relaciones sociales, tampoco podrian distinguirse por esta sola nota de otros diversos órdenes á dichas relaciones concernientes, segun ya se ha indicado: la característica de las maneras debe, por tanto, buscarse en otra parte. Cual sea ésta, lo indica hasta cierto punto el nombre. En su más ámplio sentido, "manera" no dice una especie peculiar de actos, sino la forma como estos se realizan. Así, hay buenas y malas maneras de hacer toda clase de cosas: de hablar, de saludar, de tratar á las gentes, de conducir un negocio (todos actos de relacion social), como de comer, andar, vestir, bailar, llevar un carruaje, ó montar á caballo (actos individuales exteriores), ó de pensar, sentir, proponerse tal ó cual cosa (actos individuales internos), en suma, de vivir y obrar en todos los órdenes, sin excepcion alguna. En el fondo, tampoco tiene otra significacion la palabra "modales," que, con las necesarias reservas, podemos aquí tomar como equivalente. Sin duda, que este resultado no basta para definir las maneras; mas sí para afirmar que su concepto, léjos de referirse al *contenido* especial de nuestros actos, expresa, por el contrario, una *forma* de hacerlos: de suerte, que si con esto solo no sabemos aún cuál sea ese concepto, sabemos que *no* es el que M. Spencer ofrece; y ya es algo.

Para hallar ahora más positiva y decisiva conclusion, se necesitaria un análisisis verdaderamente filosófico (aunque á muchos sorprenda la palabra): análisis por extremo complejo y superior al propósito del presente artículo, el cual no pretende sino llamar la atencion sobre este concepto y sobre tal cual aserto controvertible que haya podido deslizarse en el interesantísimo estudio del pensador inglés, por si estimulase de tal modo á dilucidar con mayor detenimiento un problema, cuya importancia excede á lo que pudiera imaginarse. En efecto, merced á la íntima unidad del sér humano y á la contínua accion y reaccion que en él ofrecen lo interior y lo externo, reobra siempre esta última esfera sobre aquella, asimilándose poco á poco en su evolucion el espíritu todos los progresos realizados en lo que á primera vista parece más insignificante y ajeno á nuestra vida íntima. Recuérdese que, no ya en la educacion del niño, sino en la de los hombres de todas las edades, esta accion, que podria decirse de fuera adentro, es la única mediante la cual puede estimular un indivíduo la re-

forma espiritual de otros; y considérese en particular hasta qué punto el aseo, la compostura exterior en la voz, el ademan y el gesto, el cuidado en todo cuanto se refiere á la manifestacion de nuestro sér, son influjos de los más poderosos para aquella reforma, cuyo ritmo acaba por responder al que á dicha manifestacion imponemos.

Pero, volviendo á nuestro tema, si la cuestion de las maneras es por extremo interesante, su interés crece en épocas como la presente, de rápido incremento para el espíritu democrático. A causa de la funesta division que viene reinando entre las clases, las más acomodadas aparecen ante las inferiores sin otras excelencias que las de su posicion exterior, no pocas veces adquirida sin esfuerzo alguno por su parte; y sus maneras, como caprichosas ceremonias, hijas de la vanidad y del afan por mantener á distancia á cuantos no se hallan iniciados en las futilidades con que defienden su falsa supremacía los elejidos. En este respecto, puede tambien decirse lo que M. Spencer con razon declara á otro propósito, á saber: que el código complicado de las maneras convencionales y absurdas aleja de la sociedad precisamente á aquellos que más necesitarian de su trato, empujándolos hácia otros placeres dañosos, pero al fin y al cabo más reales, por reprensibles que sean, que los insípidos con que los salones les brindan. A'ıs ambas partes pugnan con igual animadversion por fortalecer las artificiales barreras que mútuamente las dividen; vícianse, los unos, por falta de naturalidad, los otros, por rudeza y grosería; crecen entre todos, con la distancia, el despego, y el desconocimiento recíproco, y el desprecio, y todos los malos sentimientos que aceleran las catástrofes sociales. Las clases antiguas poseen, en este monopolio de las buenas maneras, un arma, siempre poderosa, que no se embota ciertamente por que otorguen igual consideracion á un uso racional y á un contrasentido; y el ridículo, sancion penal impuesta á los profanos, obra con la bastante energía para que sea muy contado el número, entre estos, de los que no se sonrojan de su ignorancia, ni temen aparecer como advenedizos.

Por otra parte, toda repentina irrupcion del elemento popular en las esferas superiores sociales, y señaladamente en el poder político, que es donde son más rápidas, porque es tal vez la única cúspide social á donde todavía se llega á viva fuerza—como se lle-

gaba á la riqueza en otros tiempos—va acompañada de una explosion de ódio contra las buenas maneras, de una apotéosis de la grosería y de un gusto plebeyo é innoble, eterno compañero de las demagogias triunfantes. Verdad es, que, á poco, las necesidades de la vida, el hábito del mando, el roce con las otras clases, la torpe vanidad de los que se afanan por imitar sus despilfarros, sin su distincion y cortesía; sobre todo, despues que, refrenada la primera embriaguez de la victoria, satisfechos el espíritu de rivalidad y la codicia, va cediendo el primitivo encono y entrando el espíritu en más humanos y razonables sentimientos, dulcifican el contraste entre las nuevas clases gobernantes y las antiguas, con las cuales acaban á la larga por fundirse; pero esta gradual y lenta aproximacion no logra reparar tantas faltas, como comprometen la suerte de las revoluciones (ya harto comprometidas por su propia naturaleza), ridiculizan y desprestigian su triunfo y alejan violentamente de las nuevas ideas á indivíduos y masas enteras, que no son siempre responsables de su corta educacion intelectual y política, la cual les hace representarse como inseparables la grosería y aquellas ideas á que en mal hora acompaña.

Conviene advertir que, sea cualquiera la complexion de elementos que hayan determinado en una sociedad la decadencia política de la aristocracia, siempre pueden todos reducirse á una causa primera: la pérdida de su superioridad. Ninguna clase llega al poder sin merecerlo, por descollar en aquello que el criterio de cada época prefiere; ni lo pierde, sino por su culpa. Y como en las clases acontece, al igual de las naciones, que el momento de su culminacion en un determinado órden dá necesariamente la señal de su apogeo en todos (aunque sobresaliendo en el de su peculiar vocacion), no cabe que una aristocracia decaiga en sus virtudes, ó en su cultura intelectual, sin decaer en la integridad de su vida: más lentamente en tal ó cual esfera, con mayor rapidez en tal otra; pero al cabo y definitivamente en todas, desde la moralidad hasta la fuerza física, desde la fortuna á las maneras, concluyendo por tornarse, no sólo ignorante, viciosa, pobre, inútil, sino ordinaria y chavacana: «acabando en punta»—que decia Cervantes.

Desde luego se comprende que la gradacion, segun la cual van extinguiéndose estas energías, es la de su impor tancia; así, cuando

ya la inteligencia se embastece y la moralidad decae, todavía se refleja un último rayo de la grandeza pasada en las cosas secundarias, en el *sport*, ó en las maneras; hasta que destreza corporal, modales, buen gusto, todo sigue la comun ruina y se precipita en la vulgaridad, que es la nada de las clases sociales, tan luego como pierden su personalidad é importancia. A estas aristocracias ya expirantes en sus últimas manifestaciones, se refiere M. Spencer en la admirable pintura que, con sentido harto diverso, hace en su estudio, de aquellos que se atribuyen la dictadura de la moda, como último vestigio de una supremacía que ya no merecen «por la firmeza de su carácter, ni por su inteligencia, ni por su mérito superior, ni por su gusto delicado;» y que no son los más influyentes, ni los más cultos, ni los más refinados, ni los de más talento, ni siquiera los de mejor presencia; diezmados por la anemia física y moral, que rápidamente los hace retroceder á la penumbra de la impotencia, la trivialidad y la muerte.

Por esto, cuando los primeros pensadores, artistas, políticos, poetas de Inglaterra van saliendo de familias oscuras, insignificantes, anónimas, con tanta frecuencia, por lo ménos, como de las que llevan refulgentes apellidos históricos; y los caballos de los banqueros de la *City* ganan tambien los premios del Derby; y la juventud, rica de vida y de energía y emancipada ya de la miseria, puede estudiar en Lóndres, mejor que en Oxford, y no necesita ir á aprender en Eton los ejercicios corporales, bien puede asegurarse que el imperio de la antigua nobleza se halla sériamente amenazado. ¡Ay de ella, el dia en que por completo deje de preceder á las demás clases en magnificencia y esplendor, destreza y valentía, en el *comfort*, refinamiento y elegancia de la vida privada y la cortesanía en sus relaciones personales, como ha dejado de precederles en saber, moralidad y patriotismo: en suma, cuando ya el ideal del *gentleman*, modificado y engrandecido, sin duda, al tenor de nuevas exigencias, haya de buscarse en otros centros que en Belgravia, Hyde Park ó Piccadilly!

III

Pero á todo esto, ¿qué ha sido del concepto de las buenas maneras? Cuando ménos, las consideraciones precedentes pueden ha-

ber mostrado que, por mucha que sea la atencion que hoy consagren los pensadores, como M. Spencer, al estudio de este linaje de cuestiones, jamás será excesivo. Aunque la fundacion de la nueva ciencia social no hubiese tenido mayor resultado hasta ahora que el de hacer entrar en su esfera, revistiéndoles de carácter científico, problemas hasta hoy desatendidos por faltarles esta condicion y relegados á la de asuntos pintorescos de la curiosidad, del ingenio ó de la fantasía, debiera saludarse con júbilo un suceso que abre nuevas esferas al espíritu indagador de nuestro siglo, el cual pugna por encontrar el signo de la razon en la compleja trama de los fenómenos sociales.

Mas, si la palabra "manera," en general, indica modo, forma de hacer las cosas y se aplica á todos nuestros actos, interiores ó externos, sin excepcion alguna, recibe, sin embargo, esta palabra un sentido específico, cuando se la emplea sola y en plural, sin referencia á tal ó cual clase de hechos. Cuál sea este sentido, requeriria un análisis más prolijo de lo que ahora es posible: por donde nos limitaremos á tal cual indicacion que, sin la mira de exponer dicho concepto en su cabal integridad, pueda tal vez contribuir á que otros se interesen por dilucidarlo. Por lo demás, no es otra la historia de todos los conceptos en el proceso intermedio de su formacion: cada cual va hallando una nota, ya pretenda aducirla como equivalente al concepto entero, ya se limite á afirmar que pertenece á éste, dejando para tiempos ulteriores, cuando se haya logrado acumular mayor suma de datos, investigaciones y análisis, que todas esas notas se concierten á fin de dar al problema solucion cumplida. Ahora bien; la historia de estas reflexiones parciales sobre la idea á que nos referimos, es tan reciente y los materiales tan exíguos, que no sería fácil (aunque sin duda posible) coordinar todavía esos materiales en una definicion rigorosa.

Algunas de estas notas parecen, con todo, bastante seguras para alegarlas sin ligereza. En primer lugar, las maneras, en el sentido específico y técnico, que se podria decir, de la palabra, se refieren á la vida exterior de la persona, á aquellos actos por donde se revela, mediante la conjuncion de lo interno y lo físico, de lo invisible y lo visible, del espíritu y el cuerpo; carácter que probablemente es el que ha inducido á Mr. Spencer á referir esta idea á las relaciones sociales, lo cual vimos ya que no

es enteramente exacto. La voz, el gesto, el ademan, la actitud, el modo de andar y el de estar parado (la locomocion y la estacion, que dicen los fisiólogos) caen bajo la jurisdiccion de las maneras, con todos los restantes órdenes análogos en donde se manifiesta la personalidad de un modo sensible: así en los actos usuales de la vida diaria, como en los momentos más solemnes, pues en todos mostramos buenas ó malas maneras. En otros términos: tan luego como ejercitamos los miembros de nuestro cuerpo para servir á los fines de la vida, sean cuales fueren, nos hallamos sometidos á la ley de las buenas maneras; debiendo tener en cuenta que, entre nuestras fuerzas físicas, sólo caen bajo esa jurisdiccion aquellas cuyas manifestaciones regimos por medio de la voluntad; y todavía, de éstas, únicamente las que se hacen sensibles, á los demás como á nosotros mismos. Tales son, en especial, las antes citadas de la voz, en su altura, fuerza y timbre (hasta donde este último pende de nosotros), la gesticulacion, el ademan, etc.

Esto no dice que el valor de nuestros actos externos se reduzca al que puedan tener por respecto á las buenas maneras, pues que se estiman y cualifican ante todo por su contenido, por su objeto y fin; y aun la importancia de éste hace, en ocasiones, que nos des entendamos por completo de aquella otra relacion, cuyo interés entonces se oscurece, v. gr., en las grandes catástrofes ó en los hechos heróicos. Cuando un hombre se ahoga, ó se expone á ahogarse por salvar á otro, no es ocasion en verdad para mirar si lo ha hecho con gracia, pese al gladiador antiguo. Pero siempre puede asegurarse que el concepto que nos ocupa se refiere tan sólo á actos externos.

Como caractéres ahora de las buenas maneras, si no únicos, al ménos principales, pueden señalarse tres: la libertad, la dignidad y la gracia. Segun que cada una de estas cualidades predomina, son aquellas, ya sueltas, fáciles, naturales, ya nobles, graves, severas; ya amables, elegantes, atractivas: distincion, que así se observa entre los indivíduos, como entre clases, pueblos y hasta razas. Por ejemplo, las buenas maneras en Inglaterra consisten, sobre todo, en mostrar aquella posesion y seguridad de sí mismo, que no se desconcierta, ni turba, ni asombra por la novedad del accidente, por la fortuna adversa ó la propicia; procurando mantener siempre con igualdad la expresion de los movimientos del

ánimo, concentrado en sí propio, sin trasparentar sus pasiones y aspirando á un ideal que, si uniera á la nobleza la gracia, sería digno del Olimpo griego. De aquí la fácil perversion de ese ideal en afectada rigidez y frialdad estudiada, y en un abuso del *nihil mirari*, que dá frecuente ocasion para que ejerciten su ingenio nuestros vecinos los franceses. Entre estos, por el contrario, la gracia prepondera, degenerando tambien en ocasiones hasta caer en la febril movilidad y eternas muecas de la coquetería, con que parodian la sonrisa las modernas Aspasias: de donde á su vez toman pié para sus burlas cuantos luego se obstinan *opportune et importune* en imitarlos.

A estos dos elementos, se une, como hemos indicado, el de la soltura, sencillez y naturalidad de las maneras, primera base y supuesto esencial de toda amistad y hasta de toda espontánea comunicacion entre los hombres. Cuánto haya que reformar en este punto los deplorables sistemas de educacion reinantes, se advierte al considerar que de ellos salen masas de hombres encogidos, criados, como Segismundo, fuera del trato de las gentes; que luego repugnan adquirir, en un aprendizaje más ó ménos laborioso, los hábitos cuya enseñanza debieron recibir en mejor tiempo; y en quienes la timidez, la sobrestima de su personalidad, agigantada en un eterno monólogo, el horror al ridículo y aun á revelar su ignorancia, se confunden en misteriosa cópula, donde se engendra el terrible carácter del misántropo; ó, por la inversa, esos otros desvergonzados y atrevidos, cuya osadía no conoce barreras y de los cuales, al fin y al cabo, es el triunfo, siquiera por el momento—que es para ellos lo importante:—porque luchan, y piden, y arrebatan, sin aguardar en el aislamiento sublime del estilita, á que la humanidad, movida de maravillosa inspiracion, venga á arrebatarlos de súbito por que no se esterilicen méritos que, muchas veces, distan de exceder á los de sus aventureros, cuanto afortunados rivales.

Si quisiéramos traducir el concepto que nos ocupa en una exposicion donde se resumen los tres caractéres que acabamos de indicar, diríamos que "buenas maneras" equivale á "bellas maneras," frase que ya los franceses usan (*belles manières*) con perfecto derecho. En efecto, la libertad y la dignidad, en sí mismas, no son meramente categorías estéticas; pero adquieren este sen-

tido, aplicadas las maneras y unidas con la gracia, cualidad fundamental de la llamada "belleza sencilla," para distinguirla de la sublime, ó bien (tratándose de la vida individual en sus luchas con los accidentes sociales y de la naturaleza) del momento trágico, del cómico y del dramático, en que ambos se conciertan, viniendo á desarrollar la primera unidad indiferente en la plenitud y riqueza de sus oposiciones interiores. Las maneras, ya en su concepto, ya en su evolucion histórica, mediante la moda, pertenecen al órden estético de la vida humana: y esto es lo que nos parece haber desatendido M. Spencer, cuando pretende buscar por otros caminos la característica de conceptos que sólo en esta esfera pueden hallarse. Así, las buenas maneras se refieren al modo de manifestar bellamente nuestra personalidad al exterior; sin que altere esta idea en lo más mínimo la circunstancia de que contemplen ó no otros hombres dicha manifestacion; como la de que aparezca en nuestras relaciones con nosotros mismos ó en el consorcio social con los demás. Por esto, en todos los tiempos y países, desde los pueblos salvajes hasta los más civilizados, el legislador de las maneras ha sido siempre el "buen gusto," ó para hablar con mayor propiedad y libertar á este concepto de su vaguedad indefinida, el sentido de la belleza, el sentido estético, segun las condiciones que en cada época y lugar determinan las ideas é ideales, los sentimientos, las tendencias del espíritu en esa esfera de la vida humana; y por esto tambien, cuantas reglas ha dictado ó pueda escribir ese legislador en el código de las buenas maneras, son otros tantos preceptos estéticos, más ó ménos acertados, sin duda, pero dirigidos constantemente á procurar una bella apariencia en todos nuestros actos externos, desde los más importantes á los más triviales y humildes.

Bastaria considerar, como ejemplo de esta afirmacion, aquellos preceptos relativos al modo de comer que no nacen de la higiene, y que son los verdaderamente comprendidos en las buenas maneras, en todos los cuales hallaremos el fin de imponer ciertas formas agradables á las diversas funciones exteriores de esta complicada operacion, ó el de evitar alguna de las infinitas cosas desagradables de ver que en ella se cometen, cuando menospreciamos ó desconocemos ese código, no siempre tan despótico y absurdo como M. Spencer imagina. Debe insistirse, por supuesto, en dis-

tinguir entre las reglas del buen gusto y las de la higiene, relativas siempre unas y otras en cada tiempo, aquellas, al ideal y carácter de la fantasía; estas, al grado de adelanto de la fisiología, bromología y demás ciencias de nombre más ó ménos bárbaro. Por ejemplo, la costumbre de comer los pescados con el tenedor, sin ayudarse del cuchillo, no se ha introducido por mero capricho irracional, como piensa el distinguido escritor inglés, sino por una idea, cuya exactitud no discutimos ahora (doctores tiene la Iglesia), á saber: la de que el acero, merced á ciertas reacciones y combinaciones químicas, da mal gusto á aquel manjar. Y si esta costumbre ha sido derogada, v. gr. para aquellos pescados que por su poco grueso no se prestan á una fácil diseccion con el tenedor, ó cuya dureza de huesos reclama el uso de instrumentos cortantes (que pueden estar además revestidos de una hoja de plata ú otro metal químicamente inofensivo), en nada se contradice aquel uso, fundado en una idea, con la cual desaparecería ciertamente, tan luego como ella resultase inexacta. Por otra idea análoga se revisten tambien de plata ú oro los cuchillos para partir las frutas, y se hacen mil y mil cosas más, que á Mr. Spencer parecerán otras tantas diabluras y rarezas.

Por el contrario, el uso de servirse á la par del tenedor y el cuchillo para las carnes, en lugar de partirlas antes en el plato, tiene un carácter mixto; obedeciendo, ya al fin de conservar más tiempo en la masa el jugo y el calor, ya al de evitar el desagradable espectáculo de un cuchillo grasiento, enrojecido y súcio, apoyado en el borde del plato, ó en uno de esos execrables aparatos *ad hoc*, ó lo que es peor todavía, caido sobre el mantel: porque la suciedad es una cosa enteramente relativa en su aplicacion; y el cuchillo, que no puede llamarse súcio mientras está sirviendo, lo es sin duda desde el momento en que terminan sus funciones.

Dejemos ya esta digresion, motivada por un ejemplo de M. Spencer, y que lo es á su vez de una verdad insigne, la cual no debiera con tanta frecuencia olvidar el ilustre escritor, á saber: que el mundo no está gobernado por el accidente, sino por las ideas.

FRANCISCO GINER.

(Concluirá.)

UNA EXCURSION A EXTREMADURA.

VIII

Cáceres aparece á la vista desde cierta distancia con la misma fisonomía que le dieron nuestros últimos dominadores. Hasta algunas de las casas señoriales edificadas despues de la Reconquista tienen el sello de la arquitectura mudéjar. Sus ventanas son agimeces, sus azoteas atalayas moriscas. Algunas tienen al lado altísimos torreones, coronados á manera de penachos por dos ó tres palmeras, que no se sabe cómo se sostienen ni dónde arraigan. ¿Puede darse nada más arabesco? Hay indudablemente en el aspecto exterior de la poblacion algo que recuerda á Damasco y á Bagdad, segun las narraciones de varios publicistas. Pero entrando en ella no se encuentran tantos recuerdos de la dominacion muslímica como de la romana.

La poblacion moderna nada de particular ofrece. Sus construcciones son mezquinas. La misma casa consistorial, edificada recientemente, no atraerá la admiracion de nadie por su gusto artístico. En cambio todo lo antiguo, aunque carcomido y agrietado, tiene allí cierto aire de grandeza y hasta de originalidad. El arco de la Estrella, hermoso resto delas murallas de Castro Cæcilia, que segun Plinio (1) formaba parte de la colonia Norba Cæsa-

(1) Lib. IV, cap. XXII.

rea, abre paso por una ancha escalinata de la moderna á la antigua poblacion, y sorprende agradablemente por su particular arquitectura; el elevado torreon coronado de almenas, resto tambien de las murallas que dá frente á la plaza, en el cual está colocada una bella estátua de la diosa Céres, en un monumento de los que más embellecen aquella capital. Existen tambien en algunas casas solariegas curiosas antigüedades. En la del conde de Torremayoralgo se conserva una magnífica estátua de alabastro, que representa á Diana, de seis piés de altura y en la de los Golfinos llama la atencion el mosáico de su fachada.

Otras antiguas casas existen dignas de mencionarse por su grandeza y severidad, entre las que se hallan la del marqués de Torreorgaz, mayordomo mayor que fué del rey D. Amadeo de Saboya, y las de otros títulos del reino como Sardoal, Camarena y Castro-Serna. Nos llamaron la atencion en algunas de estas casas los blasones de los Ulloas y Carbaxales, que tantas veces habíamos visto en los ruinosos castillos de nuestras provincias del Noroeste donde tienen su orígen.

Cáceres es otra de las conquistas de los caballeros de Santiago.

Pero no debieron conceder gran importancia á esta villa, porque abandonándola á una pequeña guarnicion, volvió el árabe á tomarla por asalto hasta que al fin se le obligó á despedirse para siempre de sus algibes y sus palmeras.

En la Extremadura alta, ó sea en el territorio que hoy comprende la provincia de Cáceres, se desenvuelven los sucesos más importantes de la crónica extremeña. En pos de la Reconquista vienen las luchas entre los ricos-hombres sobre quién ha de extender más ó ménos los límites de su señorío. Los maestrazgos de las órdenes de Santiago y Alcántara dan lugar á no ménos reñidas contiendas, y los bandos de las ciudades pelean entre sí con igual encarnizamiento.

La primera lucha de interés nacional se entabla en el siglo XV entre los partidarios de la Beltraneja, que contaba con lo más ilustre y lo más fuerte de aquellas tierras, é Isabel la Católica, apoyada por los opulentos Gerónimos de Guadalupe, cuyo apoyo ella misma fué á solicitar al Monasterio donde fijó sus reales.

Plasencia era el centro de operaciones de la infeliz doña Juana y su esposo el rey de Portugal, cuyos primeros esfuerzos se consa-

graron á extinguir los ódios entre portugueses y castellanos, tenazmente alimentados por los Reyes Católicos.

"E porque yo soy informada, decia (1), que por parte de los rey é reyna de Sicilia han divulgado é sembrado muchas cizañas por los pueblos é gente comun, diziendo que los portugueses tienen enemistad é contrariedad con éllos, es bien que sepays... que el dicho rey, mi señor, siempre fué muy verdadero amigo del rey Don Juan, mi agüelo, é del dicho rey, mi señor é padre que Dios haya, y de estos dichos mis reynos é de los naturales dellos."

Al llegar á Guadalupe, halló Isabel en Fr. Juan de la Puebla (el conde de Benalcázar), el hábil negociador que necesitaba para atraer á los nobles del país. Tio de D. Alonso de Monroy, maestre de Alcántara, enemigo el más temible que tenia la reina en Extremadura, fué el único capaz de ablandarle y conquistarle, no sin reconocerle antes Isabel como gran maestre de aquella Orden, prometiéndole mantenerle luego en tan alta gerarquía.

Pero tras de la derrota de los portugueses en Toro, entró el desaliento en el bando de Doña Juana. El marqués de Villena abandonó la fortaleza de Trujillo, y la indómita Beatriz de Pacheco la de Medellin.

Victoriosa Isabel la Católica, convirtió su palabra de castellana en cartaginesa, negándose á sostener en el maestrazgo al esforzado D. Alonso de Monroy, el primero de sus adversarios en abrazar su causa, cuando en Castilla se le habian revelado ciudadades entónces tan importantes como Búrgos, Toro y Zamora, y cuando el casamiento de Doña Juana con el rey de Portugal habia hecho tan complicada y difícil su situacion.

Recordamos ahora que el Sr. Barrantes, al ingresar en la Academia de la Historia el año 1872, describió, con gran copia de datos, este período de los anales de Extramadura, y que al señor Cánovas del Castillo, encargado de contestarle, no le parecieron tan degradados los tiempos de Enrique IV, ni tan impecable como á algunos escritores castellanos la reina Isabel la Católica. Aunque escribe en el período candente de la revolucion, no desconfía del porvenir como otros espíritus pesimistas y menguados, y consigna verdades que desearíamos no olvidase ahora.

---

(1) Manifiesto de Plasencia, 30 de Mayo de 1475.

Confiesa que "dan á la larga los mismos frutos el individualismo anárquico y el exceso de poder en el Estado, y que sin libertad, lo mismo que sin autoridad, perdieron su interno vigor y su propia y genuina grandeza nuestros antepasados." Pero no deben ser los mismos, sino más amargos los frutos producidos por el exceso de autoridad, porque el Sr. Cánovas, en el paralelo que establece entre el reinado de Enrique IV y el de Cárlos II, reconoce "que el primero dejó, cuando ménos, á salvo los gérmenes y elementos esenciales de nuestra grandeza futura, y que los hombres, educados todavía en la atmósfera de la libertad, realizaron luego los mayores hechos militares é industriales que hayan realizado nunca hijos de España."

En cuanto á la reina Isabel la Católica, aunque no la acusemos, como el aleman Bergenzoth, de crueldad hasta con su propia hija, el hecho que cita Pedro Salazar (1) de condenar á muerte al caballero valenciano Luis Ladron, sólo por requerir de amores á una de sus damas, sentencia que se habria ejecutado sin la enérgica intervencion del arzobispo de Toledo, y la ejecucion del mariscal Pedro Pardo de Cela, cuyo perdon no alcanza su esposa Isabel de Castro, postrada á los piés de la que puede concedérselo, son pruebas harto fehacientes de que aquella princesa no fuese ménos dura de corazon que olvidadiza de su palabra real. Para los cortesanos de todos los éxitos, ya sabemos que es perfecta y santa. Ella sola representa todo lo grande y todo lo glorioso de su tiempo. El génio de Colon y los laureles de Gonzalo, son simples perlas de su diadema. Pero para los que ojean sin apasionamiento la historia, está fuera de duda que bajo las sombrías alas de la Inquisicion se abrió para España un porvenir no ménos sombrío.

En el reducido campo que dejó al movimiento literario el fanatismo religioso de tres siglos, no fué el país de los Corteses y Pizarros de los que marcharon á la zaga. Gregorio Lopez, el Brocense y Arias Montano, son figuras harto respetadas por todos los hombres de letras, así como Bartolomé de Torres Naharro, Miguel de Carvajal y Luis de Miranda que aparecen en los albores de nuestra literatura dramática, trazando el camino á otros ilustres poetas que luego avasallaron la escena española.

---

(1) Crónica del cardenal Gonzalez de Mendoza.

IX

Cuando los cañones de Bonaparte, léjos de anonadar á nuestro pueblo le infunden nuevo aliento y nueva vida descubriéndole nuevos horizontes, Extremadura figura entre las provincias iniciadoras del gran movimiento nacional. Mientras en Badajoz alcanza gran popularidad el noble patriota Don José Moreno Salamanca, Cáceres se deja dirigir por su corregidor el tribuno Don Alvaro Gomez Becerra, tan enemigo del invasor, como amante de las nuevas ideas. Espíritu de grandes facultades, revolucionario y gubernamental á la vez, reveló desde luego las dotes de hombre de Estado, que debian de elevarle un dia á la presidencia del Consejo de ministros.

Necesitábase entonces no sólo levantar el ánimo de los pueblos contra el extranjero, sino aprovechar la clausura del rey para anunciar al país lo que podremos llamar la *buena nueva*. Con tan altas miras fundó una asociacion patriotica, *La asociacion de Cáceres*, y con este título un periódico manuscrito por falta de imprenta.

Aunque apasionado, como todos los liberales de su tiempo, de Voltaire, Rousseau y La Rochefoucauld, se abstuvo de discutir ciertas materias que podrian fraccionar la opinion, limitándose á explicar los principios políticos que debian consignarse en la Constitucion y las ventajas que debian resultar de su planteamiento.

El Tribunal del Santo Oficio, ya maniatado por los ministros de Cárlos III, que dejaron escribir al padre Feijoó á despecho de cortesanos timoratos y celosos dominicos, fué presentado por él al pueblo en su horrible desnudez. Combatió los vicios é inmoralidades de la antigua administracion. No perdonó ni la impericia de los generales del absolutismo que trataban á los pueblos tan mal como los franceses mismos. Coincidiendo con las Córtes de Cádiz, que adivinaron el génio de Wellington, censuró la conducta de los que se resistian á obedecer al caudillo británico, profetizando que éste y los guerrilleros, no los antiguos generales, echarian de España al invasor. Denunció en el periódico los mil robos de la administracion militar, señalando á la animadversion pú-

blica los que seguian á los ejércitos pensando más en su negocio que en el de la pátria. Comprendia que el desenfado con que hablaba de cosas y personas habia de tener impugnadores, y él mismo escribia, bajo distintos pseudónimos, el pró y el contra. Fingiendo contestar á un enemigo de la libertad de imprenta, le aconseja que emigre á Turquía ó al Mogol. «Esta libertad, añade, debe ser justa y racional; pero siendo su objeto enmendar los abusos y desterrar los vicios, es menester que los vicios y los abusos se pinten tales como son, y que para hacerlos más deformes se use tambien la poderosa arma del ridículo.» Despues de leido el periódico por los patriotas que concurrian al círculo, se llevaba á donde pudieran leerlo más personas y se enviaban copias á donde convenia enviarlas. *El Articulista* de Cádiz tomó algunos de sus trabajos más notables.

Un suceso que conmueve la poblacion viene á probar que Don Alvaro tiene tambien no ménos carácter que valor. Thuró, jefe de un escuadron destacado por Soult, llega á las puertas de Cáceres, exigiendo lo que Cáceres no podrá darle. Indignado por la negativa del corregidor, sostenida en frente de terribles amenazas con pertinaz obstinacion, manda á su fuerza formar el cuadro, y ocho húsares con las carabinas preparadas salen al frente. Gomez Becerrá comprende lo grave de su situacion, pero no se intimida. Con rostro sereno y paso firme, penetra por entre los caballos y comparece ante Thuró con su baston en la mano. La multitud tiembla y ruge indignada al mismo tiempo. Al oirse la voz del corregidor, el silencio se restablece instantáneamente. Como no habla en su idioma, sólo los franceses le comprenden. Pero los efectos ponen de manifiesto el triunfo de su palabra.

Los franceses desaparecen como una bandada de pájaros, y Don Álvaro queda victorioso ante el pueblo.

Desde luego llamaron tales hechos la atencion de los constituyentes extremeños, entre los que habia figuras tan descollantes como Calatrava, Muñoz Torrero, Laguna, Lujan y otros, quienes alcanzaron para él lo mejor que podian darle en Extremadura, donde no querian privarse de sus servicios á la causa liberal, el cargo de jefe político de Badajoz.

Si el Gobierno constitucional hubiera tenido en todas las provincias representantes tan activos y tan inteligentes como Don

Álvaro, otro sería el espíritu del país al regreso de Fernando VII, y ménos fácil le hubiera sido á éste hacer añicos la Constitucion y manchar sus manos con la sangre de los liberales.

X

Al dejar á Cáceres para regresar á Madrid el viaje más entretenido consiste en dirigirse á Plasencia, y desde allí á Navalmoral, atravesando los deliciosos valles de la Vera, de aquella comarca encantadora, oasis elegido por el monarca cenovita para concluir sus dias.

Cárlos V sentia en su alma el amor á la naturaleza que sienten por lo general todas las almas del Norte, y no encontró en el interior de la Península un país más de su agrado; porque las áridas llanuras y los montes escuetos abaten los corazones de ese temple tanto como una dolencia física.

En otras naciones todo el mundo conoce cuánto de notable encierra su pátria. En la nuestra muchos de los que toman el *express* todos los años no podrian dar razon de las bellezas que ofrecen entre nosotros la naturaleza y el arte.

¿Qué país habrá tan pintoresco para pasar el verano como las frescas y amenísimas montañas donde se oculta el ruinoso monasterio de Yuste?

Una descricion de la Vera, conocida en nuestra literatura desde el siglo XVII, nos dará una idea de sus productos y de sus bellezas con sólo trancribir muy breves párrafos.

"Aquí se hallan, dice Gabriel Acedo, las hermosas camuesas, las buenas bergamotas con todos los géneros de peras que imaginarse puede. Aquí los olorosos membrillos, los duraznos, los melocotones, las olorosas carmeñas, las granadas, los endrinos, los albérchigos, los niñeruelos, los nísperos y madroños, y asímismo grande multitud de morales y moreras que esquilman muchísima seda. Aquí se hallan los victoriosos laureles dedicados á Apolo y palmas vencedoras; grandes castaños, altos cipreses, crecidos robles, gruesos lohoros, verdes alisos, amontonados fresnos y altísimos álamos, donde trepando las parras consagradas á Baco desde el tronco hasta su altura, los hermosean con sus frutos y frescas hojas, y ellos las sustentan con su firmeza. Tambien fertilizan este

suelo muchas olivas consagradas á Pálas, símbolo de paz, muchos naranjales, cidras, toronjas, ceotis, limas y limones. Se cojen hermosas rosas, castas azucenas, cárdenoslirios, peonías, tulipanes y de alquilon campanillas.»

Hemos recorrido recientemente tan deleitoso jardin.

Hemos dejado nuestras cabalgaduras para dar el paseo que daba el Emperador desde el convento á la hermita qué, segun Sandoval, señaló como el límite á donde podian llegar las muchas mujeres mozas que iban por la limosna, ordenando se impusiera á las trasgresoras de la órden la pena de doscientos azotes.

El monasterio de Gerónimos, que nunca fué una joya del arte arquitectónico, es hoy un monton de ruinas. Aquel huerto, con tanto esmero cultivado por los jardineros flamencos, yace abandonado á los matorrales. Rotas las cañerías, las aguas perdidas serpentean en todas direcciones produciendo un vago rumor que despierta la melancolía en el ánimo de cuantos conocen, al acercarse allí, los recuerdos que evoca aquel apartado rincon de nuestra pátria.

Reina de esta comarca oriental es la ciudad de Plasencia, la *Dulcis Plácida* de los romanos, reconquistada á los moros por Alfonso VI; rodeada de inexpugnables murallas con setenta y acho fortísimas torres, y dotada de fueros y franquicias por Alfonso VIII, el cual amaba tanto á aquella ciudad que no vaciló en llamarse Rey de Plasencia. Los padres del inmortal Colon, enamorados de su campiña, se fijaron en ella durante mucho tiempo. Cuéntase hoy allí que los árboles de Plasencia, cortados por los franceses, eran los más altos de España, y no lo extrañamos porque aquel país, tan rico en saltos de agua, ostenta por todas partes fastuosa vegetacion. Entre los monumentos de la ciudad sobresale su elegante catedral de granito coronada de ligeros chapiteles, y con bellísimo pórtico. El interior, aunque sencillo, no puede ser de mejor gusto. Las esbeltas columnas que sostienen la bóveda principal forman un magnífico rameado de palma, de proporciones tan bellas en los arranques de dicha bóveda que sorprenden á todos los artistas, no ménos que el retablo del altar mayor y la sillería del coro.

Pero Plasencia es hoy una poblacion muerta.

Lo mismo que las antiguas ciudades de Castilla, ha perdido el

explendor de aquellos tiempos en que hidalgos y ricos-homes, acompañando á sus damas y seguidos de sus pajes y escuderos, acudian á sus festividades religiosas y á sus famosas férias.

Rodéala, como á aquellas ciudades un místico silencio, sólo algunas veces interrumpido por las campanas de su catedral, que resuenan en la soledad como ecos perdidos de otro mundo y de otra civilizacion.

Plasencia es en el siglo VI la ciudad extremeña donde la literatura dá más señales de vida. Placentinos son Miguel de Miranda y Luis de Carvajal, y en Plasencia se dan á conocer, entre los fundadores del teatro español, aquél con su tragedia *Josefina* y éste con su *Comedia Pródiga*. Hasta la Compañía de Jesús y la órden de Predicadores, segun el Sr. Cañete (1), exornaban en dicha ciudad con representaciones teatrales sus respectivas fiestas.

Las montañas de la Vera tienen tambien sus tradiciones que la imaginacion del pueblo ha engalanado con las vestiduras del hiperbólico romance.

Una de estas tradiciones, que data del tiempo del emperador Cárlos V, sirve de asunto al *Fénix de los Ingénios* para una de sus comedias ménos conocidas, aunque no de las ménos bellas.

Recordamos que en la féria de Plasencia se abre la escena de *La Serrana de la Vera*, apareciendo tres vendedoras de frutas y flores, con sus canastillos al brazo, perseguidas por tres galanes, harto seguros de que no son campesinas.

¿Quién es aquélla que más llama la atencion por su hermosura, y que más discretamente se defiende de los tres corsarios empeñados en darles caza?

XI

Cuéntase que una hermosa jóven placentina, de ilustre cuna, requerida de amores por don Luis de Carvajal, heredero de una de las principales casas de Extremadura, se enamora en tales términos, que al seductor le es fácil arrastrarla al abismo de su deshonra.

Cruelmente abandonada cuando siente por él una especie de

(1) Prólogo de la *Josefina*.

delirio, en vez de llorar á solas, como otras muchas, la perfidia de su amante, resuelve vengarse en los demás hombres de la ofensa que éste le habia inferido, á cuyo efecto cuenta primero con sus atractivos y luégo con su valor y con su brazo;

Porque como dice Lope:

„Es una nueva Hipólita amazona;
juegas las armas, tira bien la barra,
y con el arcabuz, sin verse cómo,
pasa desde la vista al blanco el plomo."

Resuelta á llevar á cabo los fatídicos planes que le sugiere su imaginacion enferma, no le arredran las fatigas y penalidades, ni le asustan los peligros á que se va á exponer en su nueva vida.

Disfrazada de cazador, toma el arcabuz y se despide para siempre del hogar paterno.

Adios casa...!

Esta sencilla frase que el insigne dramático pone en sus lábios, expresa la tempestad que conmueve su espíritu.

Pero ajustándose más que el poeta á la tradicion popular, un cazador de la Vera que nos acompañó en nuestra expedicion, nos refirió la primera aventura de aquella mujer perturbada, asegurándonos, ante todo, que no se llamó Leonarda, como dice Lope, sino Gila como la llama Velez de Guevara, otro escritor distinguido que trató el mismo asunto ciñéndose más fielmente á la verdad histórica.

„Cuando llegó, nos dijo, á Garganta la Olla, país de una naturalera salvaje, pero grandiosa y amena, atravesó, guiada por un pastor á quien habia preguntado por la célebre Fuente de la Santa, un oscuro castañar, pasó un puente rústico formado por troncos de roble, bajo los cuales se despeñaba un espumoso torrente y se detuvo al pié de la roca de donde brota el famoso manantial.

La fuente de la Santa posee la extraña propiedad de manar únicamente quince minutos al amanecer, al medio dia y á la caida de la tarde.

Atribuíase entónces á sus finísimas aguas la virtualidad de desarrollar la inteligencia y el valor. Lo mismo que los hombres de armas al marchar á Italia ó á las Indias, corrian á beberla los estudiantes que iban á Salamanca.

Gila llenó en el chorro su vaso de caza y se acostó á descansar al pié de la roca.

Hallábase ya en brazos de Morfeo, cuando vino á despertarla el trote de un caballo.

Alzó acto contínuo la cabeza, y la última luz del sol que se iba, iluminó de lleno su hermosísimo rostro.

Deslumbrada por sus rayos, sólo supo que tenia ante sí un hombre á caballo.

No pudo reconocerle ni observarle.

Pero el ginete, en cambio, contempló á su sabor aquella magnífica belleza, á la que daban más realce los desordenados bucles que caian sobre sus hombros y el carmin que el sobresalto hizo asomar á sus mejillas.

Gila se apresuró á recoger su cabello, rubio oscuro, bajo un casquete de piel de nutria que cubria su cabeza; abrochó su jubon de terciopelo negro, que se habia aflojado para descansar, y se puso en pié, dejando ver sus altas botas de caza y la bruñida daga florentina que brillaba en su cinturon.

En seguida tomó el arcabuz, describió con sus pasos una línea curva en torno del caballo, con objeto de volver la espalda al sol, y no pudo ocultar su sorpresa al encontrarse con un jóven de unos veinticuatro años, moreno, de ojos vivos y ardientes, de talle esbelto y de maneras no vulgares.

Gila no esperó á que él la dirigiese la palabra; al ver que la miraba con aire de sorpresa, resolvió ella romper el silencio.

—Me maravilla tu curiosidad,—le dijo,—y me dá derecho á preguntarte quién eres y á dónde te diriges.

—No te lo negaré,—respondió el jóven.—Me llamo Enrique de Solís. Vengo de Mérida y voy á Salamanca á proseguir mis estudios; pero antes he querido saborear las maravillosas aguas de esta fuente. Sepamos ahora quién eres tú, y qué haces aquí.

—Yo soy un paje de los condes de Oropesa. Vengo á cazar en estos montes de su propiedad.

—¿Paje has dicho?... ¿De la condesa ó del conde?... ¡Juro que jamás he visto un paje tan hermoso como tú!

Enrique se apeó.

Al acercarse á la jóven creció su admiracion ante aquella belleza sin rival. Su estatura, su esbeltez, la correccion de sus facciones georgianas, el blanco mate de su rostro no atezado todavía por los aires, sobre el cual resaltaban sus oscuras cejas, y principalmente sus larguísimas pestañas, ejercieron sobre el escolar una fascinacion irresistible.

—¿Por qué te disfrazas?—preguntó éste.—¿Acaso hay algun hombre que pueda confundirse con un ángel?

El supuesto paje se sonrió.

Aquella sonrisa hizo comprender al estudiante que no se trataba de un cazador sino de una cazadora que empezaba por cazarle á él.

—Es preciso que me digas,—añadió,—qué extrañas causas han podido traerte á este retiro.

—¡Horribles desengaños!...

—¿Desengaños de amor?...

—¡Mucho quieres saber!

—Habla, habla por Dios... te lo suplico.

Enrique tendió sobre el césped la manta del caballo.

Despues de reiterados ruegos logró que Gila se sentase, colocándose en seguida él á su lado, y de tal modo la estrechó con sus preguntas, que la hizo referir detalle por detalle la triste historia de sus amores.

Nada ocultó ella en su afan de poner de manifiesto toda la perfidia de D. Luis de Carvajal. Las primeras miradas á través de la reja, la primera cita, el soborno de la dueña á cuyos cuidados estaba encomendada; los juramentos y sujestiones del seductor, introducido una noche en el sagrado del hogar, juramentos y sujestiones á que no pudo resistir su alma enamorada... Todas las emociones, en fin, y todas las zozobras sufridas en sus malogrados amores, fueron relatadas con tan dramático acento, que el escolar, léjos de desimpresionarse, se fué interesando más y más por una mujer que hablaba á su imaginacion tanto como á sus pasiones.

Y es que los estudiantes suelen preferir á la pureza de las vestales la experiencia de las aspasias; al fresco capullo, la rosa cuyo aroma les embriague.

Un observador ménos apasionado y más práctico, habria notado en los gestos y en las miradas de aquella mujer algo que revelaba cierto desequilibrio de la razon.

Pero Enrique sólo pensó en colocar las paralelas para hacer más fácil su ansiada conquista.

Acercábase la noche. El sol se habia ocultado ya tras de las altas cumbres de Sierra de Gata, y hácia el Oriente se perdian en la oscuridad como masas informes los desiertos montes de Toledo.

La fuente de la Santa, como todas las tardes á la misma hora, comenzó á manar de una grieta de peñascal un grueso chorro, apagando la voz de Gila y Enrique, en tales términos, que la tradicion popular nada ha podido recoger de lo que entonces se dijeron.

A una templada noche de Setiembre, sucedió una fresca mañana, sorprendiéndole dormido á él; pero no á ella que permaneció constantemente despierta y presa de una viva inquietud.

Como Enrique le hubiese manifestado, no sin prometerle volver á verla, que al rayar el dia proseguiria su viaje, le consideró desde luego como á su primer seductor: ductil y enamorado antes y perfido y aleve despues de realizado su propósito.

Este hombre tal vez habria podido detenerla en la triste senda que iba á recorrer; pero el infeliz, demasiado jóven, no era aun dueño de su persona.

Al aparecer la primera luz del alba, Gila clavó en él una mirada fosforescente acompañada de una de esas sonrisas que hielan al que las vé.

Puso en seguida la mano sobre el pecho del jóven como para buscarle los latidos del corazon y sacando la daga le asestó tan certero golpe que el desventurado escolar sólo hizo para morir un pequeño extremecimiento nervioso.

Tal es el primero de la série de crímenes que va á cometer aquella mujer ébria de venganza, pues sufren la misma suerte, dice el insigne poeta dramático,

„cuantos de Toledo y Talavera
pasan á Extremadura por la Vera.„

En efecto, Lope no está en este punto mal enterado.

Gila logra fascinar y seducir á cuantos jóvenes supersticiosos van á beber á la fuente de la Santa.

Ni uno sólo deja de entregársele á discreccion.

Hombres de espíritu romancesco todo les seduce en aquella mujer que consideran superior á cuantas han visto: la hermosura, el traje, la palabra, el timbre de su voz y hasta un acento siempre adecuado al hecho que relata y á la emocion que esperimenta.

Invocando el desengaño sufrido, rehusa al principio corresponderles; pero cuando empiezan á perder la esperanza, es cuando más cerca están de una victoria que han de pagar bien pronto con la vida.

Ella misma inhuma sus restos.

Sobre cada sepultura coloca una cruz, y entona una plegaria.

¡Horrible sarcasmo del sentimiento religioso, que ofrece casos análogos en todos los tiempos!

Alarmada la comarca con tales horrores, no tardaron los cuadrilleros en ponerla á buen recaudo.

Hoy tal vez hubiera concluido en un manicomio.

Pero la justicia de aquel tiempo, ménos analizadora ó ménos humanitaria, la deparó el mismo fin que tuvo más tarde en Francia la Marquesa de Breinvillers, cuyos amantes, como los de Lucrecia Borgia, no fueron más afortunados que los de la *Serrana de la Vera*.

Gila sucumbió en afrentoso patíbulo como la terrible envenenadora del tiempo de Luis XIV.

Hoy no falta quien crea que su ejecucion fué un asesinato jurídico.

Nosotros no afirmamos, ni negamos.

Sólo sabemos que, horrorizados del relato del cazador, nos apresuramos á montar á caballo ansiosos de llegar á Navalmoral, donde debiamos tomar el tren que nos condujo en breves horas á Madrid.

Una vez en esta capital, podremos olvidarnos de la implacable esfinge á quien todavía temen los montañeses de la Vera; pero no nos olvidaremos del teatro de sus aventuras ni de la misteriosa fuente de la Santa.

JOSÉ BECERRA ARMESTO.

MARI-PEREZ

—

Sin dejar su rigoroso incógnito, despues de trocar finos y ceremoniosos saludos, y de tomar asiento juntas, dieron principio al diálogo dejando escapar su voz—que en una era de dulce y flexible timbre—por entre el manto que permanecia cerrado é inexorablemente sujeto.

—No creiamos,—dijo la dama mostrándose ofendida,—haber esperado tanto á vuestra puerta.

—La culpa no es mia,—contestó don Félix con acento breve y sério en medio de lo cortés de la forma.—De esta cámara afuera hace algunas horas que no mando.

—¿Estais arrestado?

—Presumo que ya os lo habrá dicho la guardia, que sin ser real, hánle puesto á mi persona.

—Antes de verla, lo sabíamos por las murmuraciones de la córte, no poco escandalizada con el suceso; y despues de todo, no teneis razon de estar quejoso, porque al fin, vuestro buen tio el de Olivares no hace más que parar el golpe con su rigor.

Aquella voz que se fingía, sin duda, para no despertar recuerdos; aquel acento severo, la conviccion que expresaba, heria y mortificaba á D. Felixde inexpresable manera; así fué que en la excitacion que sentia acudió la sonrisa á sus lábios; pero tan irónica y amarga, que dió cumplido carácter á su respuesta.

—Os oigo cosas,—dijo,—que maravillan, señora Un suceso

como el que motiva mi arresto, no es para que se escandalice la córte; y además, es nuevo y peregrino modo de parar los golpes que de léjos amenacen, descargando otros tan duros que magullen y acardenalen.

—Permitid,—repuso la dama,—el suceso es un átentado á las costumbres.—D. Félix fué á interrumpirla, pero se contuvo y guardó silencio;—es una tropelía ejecutada en personas pobres, desvalidas é indefensas, y la córte está en su derecho impresionándose y reprobándolo. El señor Conde-Duque de Olivares hace, por una parte, severo alarde de justicia, mientras por otra se interpone para que no cumplais lo que Dios os manda y vuestra obligacion os impone, y por cierto muy en vuestro perjuicio, daño del prógimo y mengua suya.

D. Félix, en quien la sangre era noble y el ánimo generoso, á pesar de no hallarse sosegada la ira que su tio habia levantado en su alma, sino que, al contrario, crecia con el peligro de Mari-Perez, y el dolor que éste le causaba, volviendo por aquél á quien descubiertamente acusaban, replicó:

—O yo he perdido la razon, la memoria de las cosas, el criterio para apreciarlas y hasta la misma íntima conviccion que hay en el hombre de los sentimientos que le animan y de las acciones que ejecuta, ó la córte y su discreta intérprete se hallan en el error de los errores, habiendo sido calumniados el Conde-Duque de Olivares y su sobrino por un enemigo ruin.

—Señor D. Félix,—dijo la dama siempre sosegada y siempre severa;—no venimos á residenciar á vos ni á vuestro tio el de Guzman; ni á sacar á plaza lo que hace horas contrista á unos, suspende á otros y ocupa á todos: nos trae más alta mision, y propia en todo de quien la desempeña; venimos á pediros que como descendiente de los buenos caballeros de Castilla.....

—De los mejores,—observó D. Félix rectificando.

—De los mejores,—repitió la dama aceptando la rectificacion; —de aquellos que hacian gala de cristianos, de fieles cumplidores de todas las reglas del honor, y de todos los preceptos de una hidalguía tan altamente levantada, que en ellos tiene su símbolo, cumplais como quien sois, limpiando la mancha apenas caida, con lo que se cortará el escándalo de raíz.

—¡Pardiez!—exclamó D. Félix,—esto es lo más raro que en el

mundo puede verse; y me cautiva é interesa á tal extremo, que me lleva á preguntar: ¿qué mancha me pedís que limpie? ¿A qué escándalo he de darle por el pié?

Tras leve pausa dijo la dama:

—Vuestra conciencia os puede dar más clara y terminante respuesta que mis lábios.

—Es que vanamente la interrogo; el enigma está fuera, muy fuera de su jurisdiccion.

—Ved que el que todo lo niega, todo lo confiesa.

—Pues yo señora, ni niego ni confieso; oigo, no comprendo y naturalmente pregunto: ¿Qué hecho yo?

—¿Por qué se os ha puesto en prision?

—Por una desavenencia con mi tio D. Gaspar de Guzman, que castiga como quiere el ministro de S. M.

—¿Nada más, Sr. D. Félix?

—Señora, una protesta admitiria el que hubiera quien dudase de lo que afirmo; y yo no sanciono jamás proposicion que me rebaje.

—Una protesta aumenta su fuerza á la afirmacion, y nada perderiais con hacerla cuando os la piden. Sabemos ser vuestro tio quien se opone á que repareis la ofensa, y hace mal. Más le valiera que os mandára como deudo lo que venimos á proponeros como cristianas: ¡honrar á la que habeis deshonrado!

—¡Yo!—exclamó D. Félix con altivez.

—¡Vos!

La afirmacion fué rotunda.

—A no ser una dama quien lo dice, diérale más enérgica respuesta.

—Y á fe que sintiera mucho el escucharla; pues sobre no ser dada con razon, os haria decaer en mi concepto.

—Luego me atribuís...

—Yo,—dijo la dama con singular acento de firmeza, conviccion y autoridad,—soy eco de la voz pública; esa que por ser casi infalible se llama la voz de Dios.

Don Félix se sonrió.

La mitad de aquella sonrisa se compuso de desden, la otra mitad de amargura.

—Como castigo de esa duda que tiene mucho de impía,—repu-

so la dama imponiéndoselo con resolucion y altivez;—poned la mano sobre vuestro corazon y responded con verdad á lo que con verdad se os pregunte. Y os advierto que nos basta un sí ó un no, que es lo único que os pedimos.

Y variando de tono, sin darle tiempo á réplica ni excusas, sometiéndole á un interrogatorio le comenzó diciendo:

—¿En la calle de Jesús y María, vive un anciano paralítico, soldado que fué en su juventud, y de quien es sosten, consuelo y ángel, una nieta muy jóven y muy bella, cuyo nombre es María?

D. Félix miró de frente á su interrogadora, y de frente la dió un "sí" resuelto y terminante.

—¿Ha tiempo,—bastante,—no empezásteis á requerirla, seguisteis solicitándola, concluyendo por perseguirla?

Llevó D. Félix la diestra al corazon, y como si tocára la verdad que se le pedia, contestó sin vacilar el "sí" que habia dado ántes.

—¿Con el pretesto de que representára á presencia del Rey, no tentásteis la codicia que se la arrancó á su abuelo desdichado para entregarla á vuestro antojo de hacerla cómica?

Un tercer "sí" seco y firme salió de los lábios que léjos de sonreir palidecian.

—¿No la hicisteis conducir á este palacio? ¿No la habeis negado al confesor de la Reina, á los ruegos de dos damas de gran respecto y virtud, y á vuestro tio el de Olivares, quien para intimidarla hizo uso de las armas hiriéndola ¡con mengua cuya!

Sin afirmar ni negar, D. Félix, así que concluyó la dama, dijo:

—Ante todo debo volver por los fueros de la verdad muy hollados por la pasion. El Conde-Duque de Olivares no ha cometido la vileza de herir á una probre mujer para amedrentarla, ni yo la infamia de consentirlo.

—De vos creemos...

—Permitid que prosiga, señora, y quede todo en su lugar. Don Gaspar de Guzman sacó su acero contra mí, pero conste que la provocacion fué mia... Más jóven y más ágil, no más valiente ni más diestro; y sobre todo, no olvidando quién era, y que se encontraba en mi cámara y encerrado por mi mano, paraba sin acometer; más la desdichada, suponiéndome en peligro, se lanzó en-

tré los dos tan rápidamente, que ni yo pude apartarla, ni él evitar que la punta de su espada le atravesase el pecho.

—¡Bárbaro!

—Señora, desgraciado; porque la sangre de una mujer, mancha mil veces más que el crímen á quien la vierte, ó es causa de que se vierta; y ahora que he contestado en verdad, en mi derecho pregunto: ¿Que atañe á la córte un asunto completamente privado? ¿Por qué se escandaliza tanto de lo que está cansada de ver? ¿Qué pierde con que una mujer ostente una virtud ménos, y un hombre se siente, feliz ó no feliz, sobre su vacío? En esta época de bastardía y de bastardos; de misterios que envuelven las sombras de la noche, y se cobijan entre los pliegues de un manto y las cruces de un antifaz, ¿quién hay que pueda poner la ceniza en la frente á otro, y decirle "pecaste" sin acusarse á sí mismo?

Por breves instantes las dos damas guardaron silencio, pues en el fondo sobraba razon á D. Felix. La galante y devota córte de Felipe IV cubria la corrupcion del cadáver, bajo la brillantez de su manto de oro y púrpura.

—¿De dónde nace ese interés tan vivo,—prosiguió D. Félix profundamente sentido y profundamente excitado,—ese interés tan nuevo que inspira una infeliz jóven que nadie conoce, y á quien las muy nobles y virtuosas damas que desde anoche vienen á reclamarla con alhagos ó reproches, reflexiones ó amenazas, todo lo que la hubieran concedido, á no mediar mis persecuciones, fuera una mirada semejante á la que se fija en el pajarillo que salta de rama en rama; y á la que sus valedores, á excepcion de uno que respeto cuanto merece, sin escrúpulo, tomarian como prez para dejarla luego como estorbo?...

Las dos damas cruzaron un rápido aparte que no pudo interceptar D. Félix, á pesar de su fino oido y su mucha penetracion.

—Las causas que medien para que vuestro desman sea censurado, no importa á nuestro propósito,—dijo la dama que tan severa é inflexible se mostraba,—y venga de donde venga la indignacion, hácela justa su motivo. Se comprende que gusteis sentaros sobre el vacío de una virtud; más comprended que aún hay pechos generosos y honrados que batallan por sostenerla, poniéndola tan levantada que el antojo quede rendido á sus piés.

—Señora, en mí no hubo antojo, pues no soy pluma para moverme con tan liviano impulso. Ha sido empeño, y este dice pasion con su alentado lenguaje.

—Mejor, pues queda la pasion rendida.

—Miróla D. Félix frente á frente, como lo hiciera á cada una de las afirmaciones dadas á las preguntas hechas, y replicó:

—Lo está, señora, y tengo á honra el confesarlo.

—Le dareis, entónces, vuestra mano.

—Primero me la cortára,—respondió D. Félix, dejándola caer con el ademan más decidido que es posible imaginar.

—¡D. Félix!—exclamó la dama alzándose casi de su asiento. —¿Qué habeis dicho?...

—Lo que he tenido que resolver para dar fin á esta singular batalla de la córte contra mí. No le doy mi mano, y ved que lo siento; porque le he entregado el corazon, que vale infinitamente más.

—¿Eso hace vuestro orgullo?

—Señora, á esto conducen los paladines que retan, emplazan y conmiman.

—Caballero, de los buenos, dije mal, de los mejores,—dijo la dama que hasta allí se mantuviera en silencio, con acre y altiva expresion. Poco generoso estais con la mujer que, ofendida y menospreciada, ha opuesto su pecho para defender el vuestro; y ménos cortés aun con las damas que no han tenido á ménos el venir á vuestro palacio, á pediros, por todo pedir, el estricto cumplimiento de un indeclinable deber de hidalguía y de conciencia.

—Señora,—replicó D. Félix, bien será manifestaros, que á ménos nadie tiene en venir á este palacio; ni lo tuvierán los reyes, delante de los que me inclino, pero todavía no me he bajado.

—Señor D. Félix de Aragon y de Guzman.....

—Señoras, debo una contestacion, permitidme que os la dé. Hace horas que estoy preguntándome á mí mismo que haré con esa buena y dulce criatura, á la que acaricié en la infancia con fraterno cariño, y á la que en la juventud amo tanto como mi condicion permite, y la suya que es de ángel, se merece; y delante de ese extremo ha dicho la razon, ¡no! volviendo por mi derecho: figuráos cómo ha de responder á quien se presenta hollándola,

como á mis fueros trasmitidos sin menoscaho de generacion en generacion.

—Se os dará noble, caballero; enriquecida con un.....

—Perdonad que os interrumpa, pero ni por breve instante puedo permitir que abrigueis tan equivocada idea de mí. Aparte de su belleza y su virtud, lo que en ella más me trae es el grato pensamiento de que fuera de la existencia todo lo daba á mi amor. Nombre, nobleza y riqueza puedo darle, porque todo lo poseo; y generoso ó no, como sea, fuera de Dios, de nadie admito gracias para ellá, mientras la ampare mi techo. Si gustais, retirad el ofrecimiento que para mí es disfavor.

—No os obligaaé á que le acepteis,—replicó la dama mostrándose hondamente agraviada:—respeto cuanto en realidad es grande aunque sea la soberbia; mas sobre lo que tan alto y engrandecido se ostenta, ya sentará Dios la mano.

Inclinóse don Félix delante del sacrosanto nombre á que iba unida una formidable amenaza; y en su excitacion:

—Aquí me tiene, señora,—contestó altivo y audaz.

Trascurrieron algunos instantes en silencio; pero le puso término la dama diciendo con seco y altivo acento:

—Nos retiramos; pero no sea sin que de nuestra venida emane algun bien: conducidnos á donde se encuentra la víctima de vuestra fiera razon.

—Señora,—contestó don Félix profundamente herido y exasperado,—en el alma me duele ver á la mujer que amo hecha objeto de curiosidad.

La dama hizo un movimiento brusco y altanero.

—Creo,—prosiguió aquel, dominándola con su intransigencia, —que la alcoba donde se halla es un santuario que nadie debe profanar con su mirada; sé que su lecho, como lecho de dolor, es doblemente sagrado; pero á riesgo de ser parte en la infraccion de un deber de respeto para con el pudor de su sexo y la modestia de su sér, la vereis.

Y dirigiéndose al fondo de la cámara, abrió la puerta dejando descubierto el interior de la fastuosa alcoba donde yacía medio exáuime la infeliz Mari-Perez.

A la pálida luz de la vela de cera que una dueña, al acaso en la mano tenia, pudieron distinguir desde donde se hallaban, el le-

cho y la riqueza de sus ropas; la jóven postrada en él, su singular y delicada hermosura, las dueñas que, respetuosas y solícitas, la servian; y despues de abrazar con su mirada el cuadro sin perder ninguno de sus pormenores, en silencio movieron sus pasos, encaminándolos á la puerta de la cámara.

Viéndolas alejarse, D. Félix, sério y glacial, dijo, advirtiéndolas:

—Ved, señoras, que tengo un privilegio, de que aún, que yo sepa, ninguna sentencia me ha despojado.

Volvióse la dama que habia sostenido la última parte del coloquio, y deteniéndose, en lo que la imitó su compañera, replicó:

—Cierto, pues eso queda para más adelante; y como en tanto no quiero deberos nada, os pago vuestra escasa cortesía con una merced.

Y entreabriendo el manto de doblísima seda que la cubria, dióle la diestra sin guante y adornado el índice con una sortija de gran valor.

Púsose D. Félix de color de la gualda; pero su faz, al cubrirse de palidez, no perdió su expresion séria y altiva. Lo que hizo fué hincarse de hinojos y rozar con sus lábios la blanca y torneada mano que le daban á besar, con lo cual la dama se la retiró, y cerrándose el manto, prosiguieron hácia la puerta, que á una señal abrió el mismo alférez en persona.

—¿Permitís,—le preguntó el de Aragon,—que acompañe á estas damas?

—No me es posible,—contestó el alférez;—pero yo lo haré por vos, haciéndolas honra en todo.

Con esto, y sin trocar una palabra más, D. Félix siguió mirando á las damas, quienes con paso firme y majestuoso, atravesaron la pieza ocupada por los mosqueteros.

VI

Iba el alferéz Pedro de Olmedo acompañando á las damas—que ningun caso le hicieron, ni se dignaron pagarle la cortesía con un leve signo de agradecimiento;—permanecia el de Aragon inmóvil, silencioso y entregado á sus pensamientos, con tan afortunado acuerdo, que el centinela de faccion, aprovechando la

oportunidad, volviendo la espalda bonitamente á los que se alejaban, se acercó y le dijo:

—Tomad y que nadie lo sepa; porque si no el alférez me dará en albricias cincuenta palos.

Tomó Don Félix lo que le daban, que era una carta, y ocultóla en el jubon con prontitud, contestando lacónicamente:

—No temais.

—Mientras esas damas os hacian su visita, os la han traido con grande urgencia, de parte de otra muy principal.

Don Félix no dió muestras de regocijarse con tantos favores; ba á retirarse, á tiempo que tornando el alférez, hízole seña de que se detuviera; y mandando al centinela apartarse á un lado, con tono misterioso, dijo:

—Señor don Félix, palabra.

—Las que os plazcan, alférez.

Este miró en torno recelosamente, y luego añadió aun más bajo:

—Se han dado nuevas órdenes.

—Pues bien, cumplidlas.

—Preciso será, pero el rigor no vá con vos.

De las púpilas de Don Félix brotó la inflamada chispa de indignacion que le produjo el ensañamiento de su tio con Mari-Perez.

—Se dirige contra la dama herida, y es tal... mas, lengua queda, que harto he dicho y ya sabeis lo que más interesa y hace al caso.

—Y os lo agradezco, alférez: lo cual en su hora sabré demostraros.

—Estoy pagado con serviros; pero... guardáos del Sr. Pereda, tiene en las narices más vientos que el mejor sabueso de casta y en los dientes más veneno que una víbora.

—¡Bah!—exclamó D. Félix con soberana expresion de indiferencia,—con todo su deseo,—que lo considero vivo, nada puede hacer peor que lo ya ejecutado.

—Es que... parece ha descubierto cierta mina que tiene vuestra prision.

Cubierta por los tapices, habia en la alcoba que ocupaba Mari-Perez, una puertecilla que daba paso al oratorio; por otra prac-

ticada en este, íbase á un pasillo secreto que conducia á las habitaciones de D. Félix, y era por donde vino á la cámara la infeliz jóven, ínterin aquél se dirigia á ella, seguido ceremoniosamente de su servidumbre acompañado de Govantes, y escoltado de Cosme Pereda que le constituyó en prision incomunicándolo con aumento de rigor.

—No importa, alférez, estoy tranquilo,—dijo D. Félix con la misma indiferencia que antes.

—Entonces nada tengo que añadir, y con vuestro permiso.....

—Hasta mañana, si es que las visitas han concluido de favorecerme.

—Concluido han; sobre todo las de faldas.

—¿Estais seguro?

—Una de truenos habido por las que se acaban de ir, que ya era gozo el oirlo. Vos, Sr. D. Félix,—añadió medio rogando,—¿no me pondreis en el caso de colocarme en frente de vos?

—Mirad, alferez, no sé lo que haré ni dejaré de hacer, pero cualquiera que sea mi determinacion, cumplid vos vuestra consigna, que yo cumpliré con mi gusto ó mi deber.

Sin más saludáronse, subió D. Félix al fondo de la cámara, cerró el alférez la puerta, tornó el centinela á su paseo, y todo fué en tan feliz sazon, que no pareció sino que estuviese esperando á que sucediera para presentarse el licenciado Cosme, que por sí mismo hacia la ronda, vigilando á su prisionero.

El de Aragon llegóse en tanto á la luz, abrió la carta que le dió el mosquetero y se puso á leerla no sin gran trabajo, pues los caractéres en que estaba escrita, á pesar de ser muy gruesos, eran admirablemente revesados; y por cierto que conforme adelantaba en la lectura, hondo pliegue unia sus cejas, su faz velábase con tan densas sombras que la oscurecian; y al terminarla soltóla sobre la mesa, y de sus lábios se desprendió sordo y terrible juramento.

Sentóse despues, puso los codos en el bruñido tablero, la frente en las huecas palmas de las manos, y sumióse en profunda meditacion.

VII

Al aproximarse á su fin aquel dia tan fecundo en azares y desdichas, presentaba la pobre habitacion de la calle de Jesús y María un cuadro de admirable sencillez y de admirable efecto; un cuadro en cuyo fondo resaltaban dos cabezas blancas, augustas las dos, una por la santidad del dolor, y otra por la más sublime de todas las virtudes; de aquella, que cuando viene de Dios,—y viene siempre,—á Dios infaliblemente conduce.

Tendido en su humilde lecho, que piadosa mano habia compuesto, el soldado volvia los ojos á una dama, cuyo negro traje aumentaba el respeto que su continente infundia, y ésta inclinaba los ojos al paralítico con expresion afectuosa y en todo extremo compasiva. A los piés del lecho, grave y apacible dueña, sin manto, como quien está de casa, entreteníase en arreglar el canastillo de María que se halló volcado y descompuesto; y doblando la delicada labor, guardando los hilos, daba sin pensarlo y sin quererlo crudo tormento al desolado abuelo, que repetia para sí una triste palabra resumiendo un tristísimo pensamiento: ¡Solo!

Las horas de la noche precedente, pasada en la expectativa más terrible, y de que sólo el que es padre puede formar cabal idea, habian labrado el sepulcro á la esperanza, y cuando esta queda en el fondo, el dolor se sienta sobre su losa para llorarla.

El horizonte del pobre paralítico se habia cerrado; pero la caridad le tendia los brazos, y el cristiano se refugiaba en ellos con una virtud santificadora, virtud que brota entre las lágrimas: la resignacion.

Era la dama, la misma que en la noche anterior visitó á don Félix; la más digna y santa señora que encerraba la córte en su seno un tanto podrido. Unia al nombre simbólico de Margarita el ilustre apellido de Rojas, lazos de sangre y de singular veneracion ligábanla estrechamente al venerable confesor de la reina doña Isabel. Jóven todavía rompió las prisiones del mundo; y siguiendo, á imitacion de Jesucristo, el áspero camino de la penitencia, pisó sus grandezas, se despojó de sus galas, cerró el corazon á las ponpas y vanidades humanas y le abrió al amor del prójimo, que encontró en él tesoros inagotables.

Puesta en el camino que habia elegido, siguióle con voluntad, con deseo, con perseverancia, aunque se quedase muchas veces en los abrojos de que estaba sembrado algo de su carne, algo de su sangre, muchas, muchísimas lágrimas; porque los caminos largos son por regla muy penosos; pero sin perder ni un átomo de su fe, sólida base de su caridad; sin que esta se entibiára por la ingratitud, ni desmayase por los sacrificios.

Al emprenderle tomó un guia y se sometió dócilmente á su direccion, reflejándole en lo que podia y consultándole en lo que no alcanzaba.

—¿Qué haremos hoy?—Preguntaba á fray Simon besando el extremo de la correa que ceñia su túnica.

—Bien,—la contestaba el Trinitario,—bien sin trégua; bien á los que la imploran, y bien á los que huyen de recibirle; bien á todos, y al enemigo con más amor.

Y doña Margarita le derramaba á manos llenas y de mil modos. El dia anterior fué á buscarla el Religioso á deshora.

—Hay una virtud en peligro,—la dijo,—y dos almas en tribulacion. Dadme vuestro coche para llegar más pronto á su socorro.

De vuelta del palacio de D. Félix, el Religioso se encaminó otra vez en su busca y la encontró en su oratorio. Dióle cuenta del ningun éxito de sus gestiones, y terminó su breve y conciso relato diciendo.

—D. Félix de Aragon está ciego; el orgullo le domina más aún que su torcido pensamiento; y tiene en su poder á la desdichada Marí-Perez, cuyo peligro y desamparo son grandes. Id por ella, Margarita; la voz y los respetos de una dama alcanzan mucho, y los vuestros sean tal vez admitidos: usad de gran dulzura; rogad, dirigios derecha al corazon, pues ha de hacer un sacrificio, y lo ha de hacer del deseo que está á punto de realizarse.

Dispuesto á obedecerle, el venerable Religioso dió á la ilustre dama algunos pormenores que sirvieron para el logro de su difícil empresa y completando las instracciones:

—No perdais momento,—añadió,—figuraos que esa infeliz es vuestra hija; figuráos que por una voluntaria, aunque leve dilacion, puede consumarse su desgrácia; figuraos que llegar tarde es motivo para que la conciencia nos haga severos cargos y puede ser causa de que una criatura pase su vida llorando.

Toda presurosa, la dama salió del oratorio, á cuya puerta esperaba aquella Inés tan altiva y tan impaciente; tan enemiga de los Guzmanes y tan enlazada con los Rojas; y deteniendo al anciano Religioso para besar respetuosamente su mano, éste la dijo despues de bendecirla:

—Os recomiendo una infeliz jóven de quien vuestra tia Margarita os hablará: valedla si en algo pudiéreis; y sobre todo encomendadla á Dios, porque su peligro es mucho.

—Si haré, mi venerable señor tio,—respondió la jóven.

Reunióse con esto á la caritativa dama, mas al saber la compendiada historia de Mari-Perez y el nombre de su ilustre atropellador, pretendió disuadirle de su intento, y no pudiendo conseguirlo, brindóse á acompañarla haciéndola honra y cortesía.

VIII

Quien dice mujer, dice consuelo. Sér, para quien parece destinada la copa de amargura de que habla el profeta, es tambien por excelencia, el sér de la abnegacion y del sacrificio en todos los estados con que atraviesa la vida.

Horas hacía que doña Margarita de Rojas se hallaba mal sentada en incómodo y duro taburete á la cabecera del paralítico. Su mano, enteramente descarnada, pero tan suave como el raso, dióle el alimento que el soldado, por venir de ella, no rehusó. Entreteníale en su ansiedad con ingeniosas y favorables presunciones: oyóle con incansable atencion el lastimoso cuento de sus desdichas; hablábale de las compensaciones que éstas alcanzan; derramando sobre sus heridas el bálsamo de la esperanza. Pero el calmante obraba poco: el soldado agradecia el consuelo sin hallarle en nada.

La tarde llegaba á su término. Hora de calma la del crepúsculo, hora de vaga melancolía para la naturaleza entera; en la morada del anciano soldado se pronunciaba con tristeza. Encaramado en la cañita más alta de su jaula, el jilguero escondia la cabeza bajo su pintada ala; y el gato, subido en el escabel más distante, presentaba una forma redondeada, entregado al sueño, algo perdido el miedo que la presencia de los extraños le habia infundido. Condensábase la sombra que partia de los ángulos al centro

de la pobre estancia, en cuyo fondo se alzaba el lecho donde el paralítico, inmóvil, la cabeza hundida en la almohada, amarillo como la hoja muerta, y una extraña fijeza en sus ojos apagados, escuchaba con respeto y deferencia las dulces exhortaciones de la dama, pálida tambien y quebrantada con el peso del dolor que deseaba aliviar.

Concentrado en el que le agobiaba, el paralítico dijo con voz en que habia algo destemplado, pero que heria dolorosamente:

—Ayer á esta hora me puse á esperarla; á cada ruido parecíame que era ella, y uno trás otro se apagaban sin que esa puerta se abriera y me la mostrára Dios, alegre y regocida por volver al lado de su abuelo. ¡Benditas sean las horas de pena, si es que el Señor nos las envía; pero qué interminable es su duracion!

—Hoy os ha parecido el dia muy largo,—observó doña Margarita con dulzura.

—Es el primero que he pasado sin ella, señora.

Y luégo añadió con intenso sentimiento:

—¡El primero de la eternidad!

—Yo quisiera,—repuso la dama con sublime paciencia,— que no os desalentaseis así ni os fijáseis en lo peor. *El* que tiene en su mano el corazon de los hombres, puede mover el de don Félix y moverlo enteramente.

—Sí, señora; yo tengo puesta en Dios mi esperanza.

—Y haceis en eso como cristiano.

—Mi Madre me enseñó á bendecirle: mi mujer á rendirme á su voluntad, y de mi nieta aprendí á esperar maravillas de su misericordia. Niño, mozo y anciano, he tenido maestra que me enseñe, espejo en que mirar la virtud, camino para ir al bien.

—La madre, la esposa y la hija,—observó la dama complaciéndose,—son las riquezas del hombre.

—¡Oh, y qué verdad! Con madre no hay un condenado en el infierno; con esposa, no hay en la tierra soledad; y con hija no puede introducirse en el alma la tristeza. Yo no me he visto pobre hasta que Dios me ha dejado solo.

Y los ojos del soldado, hundidos, tristes y tenazmente fijos en el vacío, que cada vez se oscurecia más, volvieron á humedecerse.

—Bienaventurado el que llora,—dijo doña Margarita consolándole.

Despues con su blanco y fino cendal, enjugóle piadosamente el rostro.

El soldado le besó al pasar por sus lábios y replicó:

—No lloro por mí, señora: yo no merezco una lágrima, ni mia ni de nadie: no lloro mi pobreza: Dios nació en un pesebre y murió en una cruz: qué mucho que yo haya vivido en trabajos, y muera en el polvo como un gusano... ¡es por ella, es porque... ya está un dia con él!

Delante de tal pensamiento, el llanto corrió á borbotones.

—No os aflijais así, creedlo; yo espero que todo tenga dichoso arreglo. D. Félix es violento, es obstinado, pero es noble tambien; y cuando la pasion le deje oir la voz del deber, responderá como quien es.

—¡Ah!—exclamó el soldado con amargura,—ante los grandes de la tierra, el deber se dobla y se retuerce.

—Es un error; con los grandes y los pequeños habla lo mismo: el deber es la conciencia, y no hay sér que no la tenga.

—¡Pobre hija mia!—murmuró con angustiado acento—¡Pobre hija mia!

Levantóse la dueña; encendió el limpio beloncillo de cobre que estaba sobre la mesa y la plática se cortó para bendecir,—costumbre de antiguos tiempos,—al divino *Autor* de la luz y de todos los bienes de que profusamente nos ha dotado.

Así que concluyeron, y dama y dueña se santiguaron, la primera dijo con afectuosa y dulce expresion al soldado:

—¿Quereis rezar conmigo, honrado Ortiz? Dios y su inmaculada madre nos oirán, pues somos dos cabezas blancas que se levantan hácia el cielo, mientras los cuerpos inmóviles y pesados se inclinan á la tierra que es su fin.

—Si me creis digno de unir mi voz á la vuestra...

—Digno de elevarla hasta el Supremo Hacedor, como no lo seriais de mezclarla con la de una criatura, polvo y ceniza como vos?...

Con esto fué la dama á hincarse de rodillas, y lo hiciera, á no estorbarlo la llegada de un paje, á cuyo encuentro salió la reposada dueña. Dióle aquel una carta para su señora, llevósela al punto, y abriéndola doña Margarita con temblorosa mano, leyó su contenido, que era el siguiente:

"Mi señora y amada tia doña Margarita: Con no poca pesadumbre acabo de saber una nueva que me ha indignado, tanto por lo ménos, como afligido. Interin los de Rojas hacíamos llegar la nueva del desman de D. Félix, y el cuento de las desdichas de su víctima á quien puede ponerle entero remedio, el de Guzman ha ido á ver su sobrino, y encerrándose en la cámara con él, han tenido tan fuerte debate que echando mano á los aceros, el del Conde-Duque ha herido mortalmente á la sin ventura jóven."

"He visto á mi primo D. Francisco, á D. Gonzalo, á D. César y á D. Diego, y hemos convenido en lo que os diré esta noche cuando vaya á besaros la mano vuestra obediente y respetuosa sobrina" "la duquesa de Uceda."

"P. D. Se me olvidaba deciros, que la Duquesa de Mantua es muy nuestra y tomará mano en el asunto."

—¡Este golpe, señor,—dijo para sí la noble y caritativa anciana dolorosamente afectada, vá á herir de muerte el corazon de este desdichado!

Y guardando la carta que la infausta nueva contenia, tornó al lecho, postróse de rodillas y con voz desmayada comenzó su rezo.

IX

Despues de orar con la conmovida y piadosa dama, el soldado cayó en un singular recogimiento. Respetándole como era debido, doña Margarita repasaba entre sus dedos las menudas cuentas de su rosario, haciendo mentalmente plegaria tras plegaria, enderezadas todas al mismo fin: el consuelo de aquel desolado padre y la salvacion de su infeliz nieta puesta en tan funesto trance.

Iria la noche entrada como una hora, oyóse rumor de pasos, volviéronse todos los ojos á la puerta, y entreabriéndose esta, dejóse ver el confesor de la Reina doña Isabel, cuya voz resonó diciendo las dos primeras palabras de la salutacion angélica.

—*Gratia plena,*—contestaron á coro la dama, la dueña y el paralítico.

Y poniéndose aquellas en pié con señales de respeto, adelantóse á su encuentro la primera, detúvole, tomó y besó la correa que

pendia de su cintura, y con tristeza y desaliento le preguntó de quedo:

—¿Qué nuevas me trais, hermano?

—¡Qué nuevas he de traeros! La de que la discordia anda suelta enconando fieramente los ánimos.

—¡La ha herido el secretario del Rey!—dijo la dama poniendo en sus manos la carta de la duquesa de Uceda.

—Ya lo sé.

—¿Y qué haremos?...

—Rogar por todos, Margarita, y reconocer la sabiduría de Dios que lo ha dispueto así para sus fines, tan inexcrutables como sus juicios.

Y con lentos pasos se dirigió al lecho.

Desde el punto de verle, la ansiedad con su angustia revolvia la yerta sangre del soldado; mas, contuvo el respeto su explosion, moderó sus extremos, y con acento cortado preguntó tímidamente:

—¿Y mi nieta?

—En el crisol,—contestó el Trinitario, envolviéndole en los rayos de su compasiva y melancólica mirada.

Calló el soldado, en tanto que el Religioso tomaba asiento á su cabecera, y doña Margarita á los piés del lecho; y luego repuso.

—Lo que entra en el crisol, ¿no es verdad que se quema, Padre?

—Sin duda,—respondió el Trinitario;—y eso es lo que purifica, hasta dar la brillantez que en el oro deslumbrar, y en el mártir nos admira.

—¡Ah!—exclamó el soldado con amargura, y volvió á quedar en silencio.

El confesor de la Reina apoyó el codo al lecho, y la sien á la palma de la mano, mientras doña Margarita estrechaba en las suyas el cendal.

—La criatura,—dijo el Religioso hecha breve pausa,—precia tanto el bien, que de voluntad es muy raro se encuentre quien tenga bastante desprendimienio para dejarle; y es natural: sobre ser bien, Dios se lo dá y debe estar gozoso de poseerlo.

—Y agradecido, Padre,—añadió el soldado volviendo cuanto

pudo la cabeza para mirarle;—yo al ménos lo estaba mucho.

—Es lo justo; pero si allá en sus sábios é incomprensibles designios, *Él*, que generosamente nos lo dá, lo separa de nosotros...

—Es suyo, que lo tome y bendito sea por todo. Lo siento,—añadió, apagándose su voz como si se mojara en lágrimas,—porque... los nietos son la corona de los viejos; y como viene de la mano del Señor, es una corona de gloria.

—¡Pobre padre!—murmuró la dama con profundo enternecimiento.

Ansioso de conservar la suya, el soldado añadió:

—Si Dios quisiera...

El religioso extendió su mano como para contener el deseo, leve imperfeccion de su costosa conformidad, y le dijo con dulzura.

—Dios quiere lo que está sucediendo; la virtud consiste en que vos querais lo que *Él*.

Fijó el paralítico sus ojos con expresion de tan intensa pena en el Trinitario, que éste, midiéndola en su grandeza y en su desolacion,

—¿Os faltará valor,—le pregunto,—para dar el último paso en vuestro camino de espinas?

—¡Oh, no! Digo hoy respondiendo al Señor, lo que allá en Flandes respondia á mi capitan: ¡estoy pronto!

Detúvose y luego añadió:

– Sentir es cosa del alma; las piedras son, y sienten; pero con todo, si es su santísima voluntad que estos ojos que no tenian que mirar más que á ella, no la vuelvan á ver; ¡sea así desde esta hora!

TERESA DE ARRONIZ.

(Continuará).

CRÓNICA POLÍTICA.

Estamos en plena campaña electoral.

Todos los problemas, todas las cuestiones, todos los intereses aparecen aplazados ó subordinados ante la contienda que se proponen reñir, y que están riñendo casi todos los partidos políticos de España.

La hilacion de sucesos que dejamos cortados en nuestra última crónica, nos obligan desde luego á decir que la reunion celebrada el dia 27 del mes pasado por el antiguo partido progresista-democrático, más vulgarmente conocido bajo el nombre de radical, acordó al fin, no sin repugnancias y resistencias extraordinarias, acudir á los comicios, nombrando para el cumplimiento de estos acuerdos, y para las inteligencias con otros partidos liberales, una comision ejecutiva en que aparecen los nombres de los señores Ruiz Zorrilla, Martos, Montero Rios, Figuerola, Echegaray, Becerra, Mosquera, Sardoal y otros ménos conocidos.

Resultaba esta comision, más producto de una transaccion que habia traido el cansancio de un largo debate, que el corolario de una espontánea y sincera conciliacion en aras de un pensamiento comun. Pero como no habia entre los congregados ni pensamiento comun, ni por lo que despues hemos visto, propósito firme de bajar la cabeza ante el voto de la mayoría, ha ocurrido lo que era natural, que los más ardorosos, en minoría en el expresado comité, han dimitido sus cargos; que tambien se han separado otros, quizá por opuestos motivos, como el Sr. Becerra, y por último, que zorrillistas y martistas, los amigos y los adversarios de la lucha electoral, no han podido concertarse, marchándose cada cual por el camino que le trazaban sus compromisos, sus ideas, y hasta sus preocupaciones.

Para nadie era un misterio la actitud del Sr. Zorrilla y de sus partidarios. Todos sabíamos que era, y es, enemigo en las actuales circunstancias de la lucha electoral. Todos sabíamos, además, que sobre esta cuestion y sobre otras, todavía más interesantes y fundamentales, el señor Zorrilla hace tiempo que no piensa como el Sr. Martos, como el se-

ñor Becerra, como el Sr. Montero Rios, como el Sr. Figuerola, con otros importantes radicales.

Faltaba sólo una cuestion en que el disentimiento se hiciera ostensible, y esta ocasion la ha ofrecido la presente campaña electoral en que lucharán los conservadores-liberales, los moderados, los constitucionales, los centralistas, los amigos del Sr. Castelar, los que siguen al señor Martos; hasta los afiliados á la pequeña fraccion ultramontana del señor Pidal (D. Alejandro), pero en la que tambien permanecerán retraidos los carlistas, los federales y los partidarios del Sr. Zorrilla.

Como se trata de un punto, sobre el cual son firmes é irrevocables nuestras convicciones, nosotros emplearíamos un pleonasmo si nos detuviésemos censurando la conducta de los partidos retraidos. Ya hemos dicho en artículos anteriores, cuanto sobre el particular teníamos que decir, y sólo hemos de lamentar que la ceguedad y el rencor se sobrepongan en algunas agrupaciones á los estímulos de la razon y de la conveniencia; y hecha esta salvedad, continuaremos nuestro discurso.

El Sr. Zorrilla, contra la opinion de sus antiguos más esclarecidos amigos; contra el voto de la reunion congregada en casa del señor Figuerola; contra la transaccion misma de su amigo el Sr. Saulate, contra el parecer expresado en una carta, modelo de rectitud, del Sr. Salmeron; cuando ha llegado la hora de consumar el acto y de autorizarle; cuando se ha tratado de firmar el Manifiesto que, segun parece, está preparado para publicarse de un momento á otro, el Sr. Zorrilla se ha negado á poner su firma en el referido documento; y la disidencia, como no podia ménos, se ha hecho pública y manifiesta.

¿Han ganado ó han perdido con esta segregacion los amigos del señor Martos? Si conociéramos á ciencia cierta la política de los amigos del Sr. Marto que han vivido apartados de las luchas de los partidos en estos últimos cinco años, no teniendo, puede decirse en la tribuna ni en la prensa genuina representacion; si penetráamos en su fondo el pensamiento que los anima en el presente y para el porvenir, con más conocimiento de causa podríamos aventurar una respuesta.

Sabemos que los radicales, que obedecen las inspiraciones del señor Mártos, proclaman como doctrina la Constitucion de 1869, con aquellas alteraciones, si no hemos entendido mal, que se refieren á la organizacion de los poderes públicos. Sabemos que sus principios son los de la escuela democrática, y que estos principios pretenden llevarlos á la política, á las leyes, á la administracion de justicia; pero como de estas aspiraciones, seguramente que ha de participar tambien el Sr. Zorrilla, preciso será buscar las diferencias que han estallado en procedimientos de conducta, quizá que los unos y los otros aprecien contradictoriamente.

Por de pronto, los amigos del señor Martos no parecen enamorados de los procedimientos de la violencia, ni creemos concedan importancia á trabajos que se suelen pintar con misterio y aparato, sin duda para que no se advierta su liviandad é insuficiencia. El hecho de acudir á los comicios, aspirando á tener sus ideas representadas en el Parlamento, denota que los amigos del señor Martos, quieren por la propaganda pacífica, lo que otros de sus amigos quizá imaginan alcanzar por otros caminos. Y si esto es así, y tenemos en esta actitud una fraccion del antiguo partido radical, la más importante, si no por su número, al ménos por la calidad y entendimiento de sus hombres, preciso es reconocer que la causa de las instituciones parlamentarias, recibe un valioso refuerzo, y que la bandera de la controversia pacífica y razonada está cada dia más enaltecida y acompañada.

Tambien en Italia hubo un dia en que los partidos avanzados sólo se soñaban con motines, revoluciones y violencias. Tambien ha habido época, en que sus hombres más populares, en que sus jefes de más poderío eran los más estravagantes y exagerados. Pero los desengaños y el tiempo han trasformado su espíritu. En vez de los clubs recónditos, han buscado las corrientes puras y al descubierto de la opinion pública; y como por cima de todas las preocupaciones y de todos los ideales, han puesto la causa de la patria, de la civilizacion y de libertad; aquellos intratables radicales, han llegado al fin, por móviles que les honran á ser Gobierno en su país bajo la simpática y gloriosa monarquía de la casa de Saboya.

No sabemos si á estos desenlaces y conclusiones llegará alguna vez la política relativamente moderada de los amigos del Sr. Martos; política que por precision se haria en cierto modo conservadora, así que las disidencias todavía latentes entre los unos y los otros elementos del antiguo partido radical tomasen cuerpo. Es posible que nuestras pasiones ardorosas; que los errores y las intransigencias de arriba y que las preocupaciones de abajo, dificulten temperamentos y soluciones que en Italia han llevado al Gobierno á Depretis, á Crispí y á Cairoli, y que al mismo Garibaldi lo han colocado en estos últimos tiempos en una actitud prudente y sosegada; pero aunque no se alcance más ventaja que segregar ciertas fuerzas de los caminos del pesimismo y de la violencia, para ponerlas al servicio de la propaganda pacífica y parlamentaria, se habrá conseguido un triunfo extraordinario.

Por lo demás, las inteligencias electorales establecidas por los partidos liberales para la campaña del dia 20, son más aparentes que sólidas. Es muy difícil vencer los antagonismos que venian subsistiendo, y más difícil aún en las agrupaciones políticas que viven fuera de Madrid,

donde la mayor cultura y elevacion de miras suele destruir repugnancias, que resisten á todos los tratamientos en las pequeñas localidades.

Empezando porque los zorrillistas proclaman en todas partes el retraimiento, y gracias que el pesimismo no los lleve á mayores excesos, las otras fuerzas políticas de la coalicion no muestran aquella disciplina que en un principio pudieron imaginar los hombres más autorizados que las acaudillan.

Las inteligencias electorales de los partidos posibilista, radical y constitucional, tenian el propósito de oponer á las influencias del poder y á la atonía del país, una resistencia y un movimiento provechosos desde luego en el presente y todavía más eficaces para el porvenir. Pero la opinion no está bien preparada para estos conciertos, en las provincias singularmente, donde los intereses personales, las influencias de campanario y combinaciones las más caprichosas, heterogéneas y hasta inmorales, han sido un obstáculo invencible al desarrollo y planteamiento de las candidaturas liberales.

En unos puntos, los posibilistas no han querido ceder á los constitucíonales, y en otros los constitucionales han seguido la misma conducta; y los radicales, que en unas partes se han mostrado propicios, en otras han dado muestra de la mayor intransigencia. De tal modo, que las inteligencias electorales han tropezado con una série de inconvenientes en todas partes, casi imposibilitando el triunfo, no sólo de algunos candidatos de oposicion, sino de algunos candidatos de mérito reconocido, quizá subordinados á un ambicioso vulgar y lugareño.

No contribuyen poco, por otra parte, á este resultado, resabios y rencores de épocas todavía recientes, con bastante fuerza, en último término, para embarazar una accion poderosa y enérgica, como seria de rigor en esta clase de empresas.

Pero si esto ocurre en el campo de la oposicion, donde los egoismos y los intereses personales se sobreponen en bastantes casos sobre conveniencias elevadas, en cambio sucede lo propio, y con circunstancias agravantes, en el bando llamado ministerial. Hay candidatos, especialmente, protegidos por el general Martinez Campos, y entre estos candidatos sobresalen varios generales, brigadieres y coroneles, lo cual no creemos que vaya á dar fuerza alguna al elemento militar. Hay otros candidatos de la estimacion singular del Sr. Cánovas del Castillo; y otros candidatos hay tambien á los que por cima de todo defiende y ayuda el Sr. Romero Robledo. Si queda por ahí algun distrito rezagado, suponemos que el señor ministro de la Gobernacion lo datará en la cuenta especial del Sr. Cánovas del Castillo.

Mientras no se estorban los unos y los otros candidatos, todo va bien;

pero en cuanto se encuentran en el mismo distrito, la barahunda, calculen nuestros lectores qué grados medirá y cuántos dolores de cabeza ocasionará á los gobernadores de provincia, si no les lleva á mayores ímpetus como al de Barcelona, que por competencia de candidatos ha tenido que presentar su dimision, siendo llamado á Madrid.

En una palabra, que el personalismo y la indisciplina lo invaden y lo corroen todo, y que este es el fenómeno más perspicuo que ofrece hoy la sociedad española.

Todavía, sin embargo, habria una esperanza, si las oposiciones tuviesen horizontes claros, y el Gobierno del general Martinez Campos, una política definida.

Las oposiciones liberales, que son á las que nos referimos, despues de tantos desengaños desde los más recientes á los más lejanos, apartadas del poder tras tantos sacrificios, y columbrando por todo porvenir una série de Gabinetes conservadores, están más á la espectativa que con una decision irrevocable.

En cuanto al Gobierno, léjos de sumar y concertar fuerzas, su política no hará más que disolver las que el Sr. Cánovas, despues de cuatro años de esfuerzos, ha logrado reunir. Si el general Martinez Campos no es ni más ni ménos que lo que era el Sr. Cánovas del Castillo, entonces se advertirán hasta los más crédulos, ¡pues entonces á qué un cambio que siempre trae rozamientos y perturbaciones! Si no es esto, y el general Martinez Campos, más pronto ó más tarde, de propia voluntad ó empujado por sus amigos personales, quiere tener política propia,—y hay que admitir que esto es lo más natural y verosímil,—entonces una buena parte de sus trabajos ha de dirigirse sobre la antigua mayoría conservadora, donde cada espiga que saque será una merma en los troges tan cuidadosamente cultivados por los señores Cánovas y Romero Robledo. Y en este caso en vez de un partido liberal-conservador, habria dos; el que se mantuviese fiel al último presidente del último Gobierno, y el que se ablandara á los halagos del actual presidente del Consejo de Ministros.

Y sí, como tambien puede suceder, el general Martinez Campos cayera al fin y al cabo del lado de los moderados históricos, y no obstante esto conservase la confianza de la Corona, entonces el extrago en las fuerzas conservadoras seria mayor, y su disolucion más rápida y nociva. Es aventurado discurrir sobre estas hipótesis con una personalidad como la del general Martinez Campos, tan incierta y mal dibujada en los problemas de la política. Es aventurado, porque quizá él mismo no haya tomado su resolucion definitiva, y porque quizá tambien, antes de tomarla, se aparte voluntariamente de las asperezas de la política, volviendo

á sus fuerzas puramente militares, si bien esta hipótesis se ha dibilitado mucho desde que le hemos visto pasar tan de improviso de las negativas más rotundas á la presidencia del Consejo de ministros.

De cualquier modo las Córtes no están muy lejanas, y una vez abiertas no tendrá otro remedio que tomar un rumbo definido; y ya veremos entonces la sinceridad y el desinterés con que ostentan apoyar á la nueva situacion los amigos de los señores Cánovas y Romero Robledo, àrbitros desde el primer momento de la futura mayoría.

*
* *

Viniendo ahora á las cuestiones internacionales, hemos de poner en el órden de prelacion á la que en Francia se ha promovido, y cada dia se agrava más sobre el problema siempre delicado de la enseñanza.

Continúa en grado ascendente la agitacion, principalmente por el clero. «De toda Francia, dice una carta de París, brotan protestas. Tras del clero siguen los devotos, y sobre todo las señoras, que toman el titulo de «mujeres de Francia,» que recogen firmas para otras exposiciones análogas por todos los departamentos.»

El Gobierno, sin embargo, no ceja, y la comision ha dejado, puede decirse, terminado el dictámen antes de las vacaciones que han comenzado el dia 5, y que se prolongarán hasta el dia 15 del próximo Mayo, si bien de este documento no se ha dado todavía lectura.

Sábese, sin embargo, por las últimas referencias de los periódicos, que se han hecho, despues de las que ya conocen nuestros lectores, algunas variaciones en los artículos 4.°, 5.° y 7.° del proyecto.

La comision no ha querido emplear la palabra «libre» para designar la enseñanza hecha fuera de la oficial, y pedia llamarla «particular:» el ministro insistió, pero la comision no ha cedido el art. 7.°, que «prohibia enseñar ni participar en la enseñanza á las congregaciones *no autorizadas,*» ni para enseñar, ni para ser tales congregaciones, habia sido corregido por la comision, que deseaba dijese *autorizadas para enseñar*, pues hay numerosas congregaciones, autorizadas como tales, que hoy no enseñan, y con el artículo en cuestion se lanzarian á hacerlo; pero el ministro juzgó inútil la enmienda por creer bastante extensiva la redaccion propuesta, y sólo se cambió la palabra «libre» por «particular.» La penalidad que se propone es multar en 100 á 1.000 francos y 1.000 á 3.000, en reincidencia, la infraccion de los articulos ménos graves, y cerrar el establecimiento cuando se infrinja el 7.°.

De ciento pasan ya las exposiciones recibidas en el seno de la comision, siendo las más importantes las de los arzobispos y obispos fundadores de la Universidad de Angers, de los obispos de la provincia eclo-

siástica de Tolosa y de las provincias de Besançon y Lyon, del cardenal arzobispo de Rouen, del arzobispo de Sens, de los obispos de Moulins, Troyes, Nevers, Sées, Bayerox, Evreux, Constances; de los habitantes de vários departamentos; de las madres de familia del Norte, del Mediodía, etc., etc.

Las exageraciones en la prensa han comenzado y han seguido las del púlpito, promoviéndose en la iglesia de Tulle, por las imprudencias de un predicador, un tumulto en que tuvo que intervenir la autoridad.

No se descuidan tampoco los amigos del Gobierno en oponer propapada á propaganda; y recientemente el presidente de la comision de los proyectos de Instruccion pública ha mandado confeccionar y está distribuyendo un mapa de las congregaciones de hombres no autorizadas, al que pronto seguirá el de las congregaciones de mujeres. Siete departamentos tan sólo carecen de aquellas. Pero en cambio, París ó el Sena tiene 19 establecimientos no autorizados, 17 las Bocas del Ródano, 13 el Norte, 12 el Ródano, seis Tolosa, cuatro Burdeos; es decir, en todas las más ricas ciudades y provincias. Son en total 398 establecimientos los no autorizados, repartidos en 51 congregaciones y contando 7.414 religiosos, cuando en 1861 sólo eran 266 establecimientos y 5.563 religiosos. Lo más curioso es que de las 51 congregaciones de hombres no autorizadas; 15, las más considerables, tienen su centro en Italia.

Vése, pues, que la cuestion es delicada, y que afecta á grandes intereses; y que, por lo tanto, el Gobierno necesita conciliar la prudencia del presente con la prevision del porvenir. No sabemos nosotros si habrá sido discreto plantear la cuestion de enseñanza en estas circunstancias. Lo que sabemos es que despues de planteada, no puede retrocederse, y ménos cuando el adversario que ataca es el mónstruo insaciable y empedernido del ultramontanismo.

Una enérgica y sentida nota de la Sublime Puerta á las potencias signatarias del tratado de Berlin, denota que la cuestion de Oriente cada dia se ofrece más embrollada é insoluble. Antes eran los turcos los que oprimian á los cristianos; ahora son los cristianos los que ultrajan y persiguen á los turcos. La situacion de la poblacion musulmana en la Rumelia parece bastante angustiosa, y así se deduce de estos párrafos de la nota á que nos referimos:

«Con el más vivo dolor la Sublime Puerta se ve obligada á reconocer que la suerte de los habitantes musulmanes de la Rumelia oriental, ha llegado á hacerse intolerable en casi todas las partes de la provincia, y especialmente en Cara Bunar, en Yamboli y en Zaghra. Allí son objeto de actos constantes de opresion y de violencia de parte de sus compatriotas búlgaros. Estos últimos parecen seguir un sistema de esterminio

que el celo de nuestras autoridades no ha podido hacer cesar. Así es que las víctimas, en el colmo de la desesperacion, han tomado el partido de abandonar en masa sus hogares y buscar su salvacion en la expatriacion.

El movimiento de emigracion es considerable. La ciudad de Andrinópolis ha recibido ya en sus muros una porcion de emigrados, y su número, aumentando de dia en dia, llegará á ser causa de graves dificultades para nuestras autoridades nuevamente instaladas en Andrinópolis.»

De esta situacion, que aunque exagerada por el Gobierno de Constantinopla, siempre resulta insoportable para las familias infelices que la padecen, ha provenido la idea de una ocupacion mixta, que en estos momentos se está discutiendo en las cancillerías de las grandes potencias.

En principio es admitida la idea, y aunque la repugna el Sultan, es posible la aceptára, si las potencias nombrasen un gobernador que actuase bajo la inspeccion de la comision internacional de Philipopoli, y si esta poposicion no fuese tomada en consideracion, insiste el gran visir en que las tropas regulares turcas que tomen parte en la ocupacion mixta estén en mayoría en el cuerpo de ocupacion, en que las demás potencias no envíen cada una más que 2.000 hombres, en que la duracion de la ocupacion no exceda de un año, y en que las tropas turcas ocupen al mismo tiempo los Balkanes.

Pero esto último es lo difícil de alcanzar, porque Rusia, despues de haber borrado la frontera del Danubio, quiere arrancar á Turquía, la más formidable de los Balkanes, quedando en cualquiera ocasion en condiciones de dirigirse sin obstáculos á Constantinopla. Para Turquía, por lo tanto, es esta cuestion de ser ó no ser, y así se explica el encarecimiento con que llama á las puertas de las grandes naciones para que la salven de las garras del insaciable cosaco.

En cuanto á este último, ó para expresarnos con ménos retórica, en cuanto al estado interior del imperio ruso, el telégrafo y los periódicos nos vienen hablando diariamente de atentados y de destierros, de conspiraciones y de medidas autoritarias, que con justicia llaman la atencion de los hombres observadores sobre esta parte del mundo civilizado.

No hay sólo comunistas y nihilistas en aquel país. Tambien hay allí un partido sensato que quiere con perseverancia instituciones semejantes á las que se gozan en los demás pueblos de Europa.

En 1862, cuando la emancipacion de los siervos, el Emperador Alejandro creó tambien unas juntas provinciales en que se discuten y tratan las cuestiones económicas y administrativas. A estas juntas es á lo que

en Rusia llaman *Zemstvos*, especie de Cámara de diputados elegidos por el pueblo, y de un comité ejecutivo ó ministerio salido de ella, y ante ella responsable. Al calor, pues, de esta institucion, se ha formado en Rusia un partido liberal y constitucional, que cada dia acrecienta sus esperanzas; pero estas Cámaras, presididas por funcionarios que nombra el ministro de la Gobernacion, no pueden ni aún formular votos políticos; están exclusivamente consagradas á los intereses administrativos y materiales de su demarcacion.

Pero ha sucedido una cosa, como siempre que hay preparados órganos adecuados para producir funciones determinadas. Con motivo de la repeticion de atentados contra los depositarios de la autoridad, los *Zemstvos*, las municipalidades y otras corporaciones elevaron protestas de adhesion al Emperador. El *Zemstvo* de Tchernigof encargó á una comision redactara tambien su protesta. Esta protesta contenia tambien aspiraciones políticas; fué prohibida. No obstante se hizo pública; llegó á los periódicos de Europa, y hoy sabemos que hay en Rusia un partido numeroso y potente que quiere la aplicacion de las instituciones parlamentarias, y que desea la armonía de los intereses del imperio con los intereses de la personalidad humana y de la libertad política.

Continúan las cuestiones de Asia y de Africa siendo poco favorables á Inglaterra. Los zulús persisten insolentes, tomando la ofensiva, y los últimos telégramas hablan de haber sorprendido un convoy, causando en oficiales y soldados ingleses gran mortandad; lo cual ha herido doblemente el orgullo del pueblo británico. Afortunadamente los refuerzos enviados deben encontrarse ya en el Cabo, y es natural creer que cuando comiencen las operaciones, la suerte de los zulús cambie considerablemente.

En cuanto al Afghanistan, témese que fracasen las negociaciones entabladas entre el virey de la Irlandia y Yacub-Khan. Si esto sucede, no sabemos si el ejército anglo-indio marchará sobre Cabúl ó se mantendrá en las posiciones conquistadas.

En los comienzos de la legislatura, habia ya dicho lord Beaconsfiel que el fin de la expedicion estaba conseguido; el tal fin era, segun el primer ministro, sustituir una frontera científica á la de «cacaso» que tenia la India inglesa al Noroeste.

El canciller del Echiquier ha repetido que se habia conseguido el fin práctico de la expedicion. La Gran-Bretaña posee ahora las claves de la India inglesa, y su imperio índico puede considerarse inatacable por la única parte accesible hasta el dia.

Sir Stafford Northcote ha declarado que el Gobierno inglés no queria ni conquistar ni dominar el Afghanistan, y que se contentaba con

asegurar su dominacion asiática, mas si bien absteniéndose de nuevas conquistas. ¿Irá la Gran-Bretaña á buscar la paz á Cabúl? A esta pregunta no ha querido contestar el ministro. Tal vez sea necesaria una marcha sobre la capital del Afghanistan; pero el Gobierno británico se reserva decidir lo que haya de hacerse, y seguramente que no dejará al virey de la India el encargo de resolver sobre este punto.

Los despachos de las Agencias telegráficas han anunciado que las republicas de Bolivia y del Perú habian ajustado una alianza ofensiva y defensiva, y declarado la guerra á Chile.

Mientras llegan periódicos de América en los cuales podamos encontrar noticias detalladas de este hecho importantísimo, y con pocos precedentes en la historia de las repúblicas del Nuevo Mundo, nos limitaremos á decir cual es el motivo de la lucha.

Se trata de la posesion de una parte del desierto de Atacauca, por la cuál comunica Bolivia con el Océano Pacífico, donde posee el puerto de Atacauca. Aquella region ha adquirido nueva importancia con el descubrimiento en ella de minas de cobre. Chile se apoderó del dicho territorio. Tal es la causa de la guerra que ha reunido contra la próspera y ordenada república chilena á los dos Estados sur-americanos que desde 1825 forman dos naciones distintas.

Una compensacion nos ofrecen las noticias de América, y es, que si por el lado del Perú y de Chile puede encenderse la guerra, en Méjico se aspira á la paz, á una paz sólida, como es precisa cuando se abriga el hermoso y laudable pensamiento de celebrar una Exposicion internacional, que segun avisos oficiales ha de tener lugar en la capital de aquella república el 15 de Enero de 1880.

Deseariamos con toda sinceridad que este certámen tuviese lugar en medio de la paz más inalterable, y que las facciones que de vez en cuando desgarran aquel país, tuviesen bastante patriotismo para deponer sus intereses de partido en aras de un interés más alto y más puro, que es el interés de la produccion, de la riqueza, del bienestar, en una palabra, del interés de la nacion.

Vamos ya á cerrar esta Crónica con una noticia que nos ha comunicado el telégrafo, y que puede ser causa de una grave complicacion internacional.

Nuestros lectores saben que, como garantía de la deuda enorme que por empréstitos y otros conceptos Egipto tenia con Francia en Inglaterra, estas dos potencias tenian una intervencion en el Gobierno de aquel país, y que hace algun tiempo venian representando los intereses de las dos potencias referidas, los señores Wilson y Bliguieres. Pues bien, el khedive ha provocado de improviso una crísis, lanzando del Gobierno,

no sólo á los ministros egipcios, sino á la representacion que en el Gabinete tenian Inglaterra y Francia.

El Khedive ha pretendido cohonestar este hecho con los razonamientos más suaves y especiosos posibles. Ha dicho á los cónsules extranjeros que pagará escrupulosamente el interés de las deudas contraidas y que sólo razones de un órden constitucional y parlamentario le han impulsado á llevar á cabo la última crísis.

Como es consiguiente, nada de esto ha satisfecho á Francia é Inglaterra; y los periódicos de una y de otra nacion vienen empleando el lenguaje más ardoroso pidiendo una reparcion inmediata, y hasta la deposicion del Khedive. Y como las suspicacias hayan llegado á ver, segun algunos, tras la última crísis la mano de los rusos, los rugidos de cólera llegan al cielo, y todo acusa que á la accion diplomática van á seguir quizá las vias de fuerza.

El asunto, si pronto no se deshace lo hecho, puede traer consecuencias; y este es una complicacion más que hay que añadir a tantas y tan graves como traen embrollado el momento que atravesamos.

J. FERRERAS.

11 Abril.

CRÓNICA LITERARIA.

GOETHE. ENSAYOS CRÍTICOS, por D. U. Gonzalez Serrano. Madrid, 1879. English y Gras, editores.

De sobra tenia aprendido el público que sigue con alguna atencion el movimiento científico en nuestra pátria, que era el Sr. Gonzalez Serrano un pensador insigne, y una de las esperanzas más legítimas de entre los jóvenes que se consagran al estudio de las ciencias filosóficas; pero lo que de seguro no tenia aprendido ni pudo nunca imaginar, es que fuera capaz de escribir un libro tan bello como el que se ha puesto recientemente á la venta con el título que encabeza estas líneas.

Plantarse de un salto en las primeras filas de los que cultivan un ramo del saber, y descollar en ellas, es siempre por extremo difícil; pero hacer lo que el autor ha hecho, abandonar las abstrusas especulaciones filosóficas, entrar de lleno en el campo de la literatura para someter á juicio un poeta como Goethe, escribiendo con tal ocasion un libro de sabor eminentemente literario y crítico, es sujetar la inteligencia á una prueba arriesgada, para la cual son necesarias dotes excepcionales.

Analizar en detalle el libro, como fuera nuestro deseo, es empresa superior á nuestras fuerzas; señalar las bellezas que encierra, podria parecer tributo consagrado á una amistad entrañable; poner de bulto los defectos, notoria y evidente injusticia.

¿Cómo, pues, conciliar el propósito decidido de hablar acerca de este libro con estos impedimentos que nos sujetan y oprimen? ¿Ni como ser justos, ni severos, ni imparciales cuando nos falta,—fuerza es reconocerlo,—aquella serenidad de juicio que únicamente se posee cuando impera en absoluto el poder de la voluntad sin trabas que lo limiten? Y por otra parte, ¿cómo aplaudir y alabar sin herir una modestia llevada hasta la exageracion, y sin incurrir en falta con quien puede tomar por lisonjas benévolas lo que es fiel expresion de la verdad? No es fácil averiguarlo; pero el trabajo está ya empezado y es menester concluirlo. Salga como salga hemos de decir lo que pensamos del libro, del autor y del poeta: será el pensamiento superficial y somero por ser nuestro, pero desde luego declaramos, que aun acudiendo á los mayores esfuerzos de abstraccion, hemos de separar lo que es privativo de la amistad y lo que el escritor debe al público, para el cual, en primer término, están hechos el libro y el presente juicio.

***

Mucho y muy bueno se ha escrito sobre Gœthe en todas partes: en Alemania, en Inglaterra y en Francia menudean de tal suerte los libros publicados sobre el carácter, la vida y las obras del gran poeta, que con ellos se podria formar una no pequeña biblioteca. Unicamente en España, en donde hace tiempo andamos atareados en descubrir muchas cosas que Cervántes no quiso nunca decir en su maravilloso libro, al cual no se pueden negar las excelencias que encierra, pero sobre el que no es fácil discurrir tanto sin disparatar mucho; únicamente España, en donde, sin duda, por haber agotado el ingénio en descifrar párrafos, interpretar frases y alambicar conceptos de la sorprendente y sin par novela, es el país de los llamados cultos y apasionados por las letras, que no haya tenido hasta la publicacion de los *Ensayos críticos*, más recuerdo de Gœthe que algun artículo de periódico ó alguno que otro trabajo de no muy grande importancia.

¿Obedecerá esto á una de las causas que más perjuicios han traido sobre nuestro país; á la conviccion, casi elevada á principio inconcuso, de que nuestros poetas, nuestros literatos, nuestros guerreros y no se sabe si tambien nuestros políticos, no tienen rival en todo el curso de la historia y en toda la redondez de la tierra? Pluguiera al cielo que tal fuese el motivo de nuestro evidente atraso y de nuestros lamentables olvidos; porque el movimiento que se advierte en las ideas, el esfuerzo que ya muchos hacen para buscar más allá de las fronteras ejemplos que imitar, sucesos que enaltecer y caractéres y talentos que admirar, demostrarian que al fin comenzamos á rectificar la equivocada opinion que de nosotros mismos hemos tenido, y á destruir las preocupaciones que como nueva muralla de la China, nos han tenido incomunicados con el resto de Europa en el comercio de las ideas.

Los grandes génios pertenecen por su cuna á su pátria, y por su carácter á su pueblo; mas por la luz que irradian, por los beneficios que aportan y por el progreso que realizan, pertenecen á la humanidad entera. Por eso se apropian en tierra extraña á Cervantes y Calderon, y por eso nosotros debemos apropiarnos las grandes obras de los génios colosales que alcanzan las más altas cumbres de la inmortalidad y de la gloria.

Si en algo desaparece la utopia para convertirse en palpable realidad, es en esta, con razon llamada república de las letras, en donde se borran las fronteras, las razas y las castas, y en que entran por igual á someterse todos los ciudadanos. La única gerarquía que en ella existe, es la gerarquía que para sus séres tiene la naturaleza, tan legítima y tan justa, que ninguno puede ocupar sino el lugar que las leyes le designan. República ideal en que alcanzan los altos puestos los que como las águilas, pueden subir hasta ellos y nunca los que no los merecen.

Era ya tiempo de que nuestra literatura, tan rica y tan fecunda en producciones de todo género, tuviese libros como el que acaba de publicarse, dando á conocer el génio, el carácter y las obras de un gran espíritu. Nuestro abandono es tal, que salvo la bellísima obra del Sr. Castelar, *Vida de Lord Byron*, y salvo las consagradas á Cervantes, que le juzgan de todas maneras imaginables, no sólo como novelista maravilloso,—que en este punto todas las alabanzas son pocas,—sino como médico, filósofo, geógrafo, guerrero, navegante, cosmógrafo, y quién sabe si algun *dilettante* de la ciencia tendrá la dicha de descubrir en él el gérmen de toda la teoría de la evolucion y del monismo; apenas si encontramos algun modesto ensayo que se ocupe de otros hombres igualmente grandes é insignes. ¿Qué sabemos nosotros de nuestro gran Calderon, por lo que hayan dicho los críticos compatriotas suyos? ¿Hemos dado á conocer su pensamiento, sus ideas, su vida, su brillante dramática, con la copia de datos, con la imparcialidad y la alteza de miras de los críticos alemanes, por ejemplo? ¿Qué sabemos nosotros de nuestro grande y mal comprendido Quevedo? ¿Y qué de Shakespeare, del génio más portentoso y colosal que haya vivido sobre la tierra, sino algunos juicios hechos como de pasada por un afamado hablista español que presentó al pú-

blico con la autoridad de su nombre, la primera traduccion castellana de sus obras? ¿A quién podiamos acudir los que nos sintiésemos inclinados á conocer la vida y el génio de Gœthe, hasta que han visto la luz los *Ensayos críticos* del Sr. Gonzalez Serrano?

Y no se diga que este género de literatura, biográfico y crítico á la par, no ha sido cultivado en nuestro país porque carezca de importancia. Que la tiene, y mucha, lo dice la multitud de libros semejantes que se escriben en otros países, y el anuncio que, por dicha, comienza á observarse en el nuestro. Al fin, aunque con grandes esfuerzos, y gracias, en parte, á la iniciativa de unos cuantos hombres inteligentes, no muchos, que se han impuesto la difícil mision de ponernos en contacto con Europa, y gracias tambien á los adelantos modernos, que facilitan prodigiosamente el cambio en los productos del trabajo y de la inteligencia, desaparece poco á poco el aislamiento á que nos condujeron juntamente la perversa rigidez de nuestras instituciones y nuestro salvaje patriotismo.

Bienvenidos sean, pues, libros como el del Sr. Gonzalez Serrano, y ojalá hallen en él otros escritores ejemplos que imitar, consagrándose al estudio de pensadores y poetas, cuya influencia en el mundo no es conocida más que en fragmentos por la mayor parte del público.

Verdad es que no todos los que quieran seguir estas huellas pueden hacer lo mismo: la dilatadísima vida de Gœthe, sus ricos accidentes, sus obras prodigiosas, y la extension y profundidad de su pensamiento, ofrecen ancho campo á la reflexion y á la crítica. Pensador, poeta, en ocasiones filósofo, naturalista de rara audacia y estético, ofrece esta gran figura la más alta prueba de lo que es capaz la inteligencia humana cuando la avivan los estímulos de una voluntad de hierro y de una actividad infatigable. Su inmensa cultura, casi inconcebible, los amores en que abrasó su alma, las amistades que cultivó, la disciplina á que sometió las desordenadas manifestaciones de su vida, los episodios, ora interesantes y dramáticos, ora serenos y plácidos, que se sucedieron en su existencia, todo esto, juntamente con el exámen de sus obras, forman el cuadro que presenta el Sr. Gonzalez Serrano á la contemplacion del lector. Tal riqueza de material, aspectos tan múltiples y variados, no los ha ofrecido ningun hombre que merezca la admiracion de la posteridad.

Si la vida de Gœthe se pudiera compendiar en una sola frase, se diria: «que es el esfuerzo constantemente perseguido por la voluntad para alcanzar, por medio del estudio de sí mismo, del mundo y de los hombres, todo el desarrollo de que son susceptibles el sentimiento y la inteligencia.»

Vésele en los primeros años influido por las ideas que vierten en su espíritu la educacion que recibe de su propia madre, de los hermanos Moravos y de madama Klettenberg: sus gustos naturales que le inclinaban hacia los sueños poéticos de la imaginacion, establecieron pronto cierta conformidad de ideas entre el alma pietista y mística de su primera amiga y nuestro poeta: la accion moral práctica mezclada de cierto ideal con ribetes de estóico imperio sobre sí mismo, le era por demás grato, presintiendo que habia de ser tal medio poderoso elemento al que se veria forzado á recurrir para dominar las tempestades de su vida (1).

Pero la libre iniciativa de su alma y los altos vuelos de su inteligencia, no consintieron por mucho tiempo esta especie de reclusion en que se hallaba encerrado su espíritu. La educacion que se recibe en los primeros años, si deja huella poderosa en las facultades intelectuales, determinando desde los comienzos un rumbo fijo, nunca es decisiva para quien posee una voluntad firme y una razon serena: con estos auxilios se puede, no sin esfuerzo ciertamente, rectificar el camino y enderezar los pasos á la posesion de los bienes con que brinda á todos la verdad.

(1) Cap. I, pág. 30.

El alma de Gœthe era demasiado grande para caber en los estrechos límites de ciertas ideas religiosas: solicitado por ellas, pero adiestrado tambien por otras que germinaban en su mente, y que despues habian de tomar cuerpo con la lectura de la *Etica* de Espinosa, anduvo indeciso como viajero no muy seguro de su ruta. De lleno en el mar de la vida, buscó la estrella en que habia de hallar guia á su actividad; pero las dudas que oscurecen el espíritu, acaso más que las nubes el firmamento, le impidieron descubrir el norte de su existencia. Distinguiendo inmensos horizontes pensó en llegar hasta ellos con igual afan; las ideas cabalísticas, la filosofía y la alquimia, su deseo por descubrir la correlacion entre la tres ideas superiores de la razon—Dios, la virtud y la inmortalidad,—y las tres ideas más lisonjeras en lo terrestre.—el oro, la salud y la longevidad;—(1) sus estudios de anatomía, su asistencia á la clínica del doctor Eckermann, sus experimentos en química, sin abandonar sus estudios jurídicos y sin dejar de dedicarse á arquitectura, ni de leer á Homero y comentar á Platon, como para dar testimonio de que aún resonaba en él la influencia mística de Mme. Klettenberg, (2) prueban de cuánto era capaz la poderosa inteligencia de nuestro gran poeta, y cómo devoraba todo género de conocimientos para orientarse en el mundo y hacer fecunda, y por lo mismo bella, agradable y digna, la vida.

Rendido y fatigado, no por el trabajo y la labor diaria, más sí por el ánsia que se experimenta cuando se cree haber llegado á punto de descanso y se descubre desde él que son necesarios redoblados esfuerzos para salvar el camino que queda por recorrer, convencióse Gœthe de que debia entregarse á lo que él llamaba *la ceguedad del destino*, y abandonarse á la corriente de la vida universal, para recojer en los senos misteriosos de la naturaleza las enseñanzas que en vano por otros medios habia procurado. «No me dejaré extraviar por los ensueños ideales de Lavater: *quiero ser bueno y malo como la naturaleza*», exclama, como queriendo dar en una sola frase el secreto de todos sus actos. Y la inteligencia que se preocupa de supersticiones verdaderamente infantiles, como la de arrojar al agua un puñal para averiguar si su vocacion le llama á cultivar la pintura ó la poesía; ó la de recomendar á Schiller que no olvide qué parte de influencia tienen los astros en la caida Wallenstein; el génio para quien no sucede nada en balde en el universo, cumple su palabra, siendo en todo el curso de su vida grande y pequeño, malo y bueno como la naturaleza, y estableciendo con ella un consorcio sublime á que no ha llegado hasta ahora, que se sepa, ningun hombre en el mundo.

Mucho debe Gœthe al influjo de las ideas y de los hombres que le rodearon: á Herder, por ejemplo, que le obligó á trasformar en poco tiempo sus principios sobre literatura y estética, reducidos en su juventud á un entusiasmo pueril por las obras de arte que más embelesaban su atencion, por la escuela clásica y las imitaciones de la literatura francesa. Aprende con Herder que "superior á la belleza de la forma, existe la inspiracion creadora fundada en la verdad de la naturaleza" y que "la poesía, lejos de ser propiedad exclusiva de algunos, es patrimonio universal del mundo y de los pueblos."

Mas si las influencias exteriores ocasionaron cambios en su manera de ver las cosas, jamás estos cambios fueron tales que perdiese ni en un sólo momento el sello, característico de su génio, que ostenta en todas sus producciones. Asimilábase los elementos que él consideraba necesarios á su educacion, desechando los que creia inútiles; y cuando la pasion ó el afecto le ligaba á ellos, cuidaba de separarse á tiempo para no malograr el fruto

(1) Cap. I, pág. 32.
(2) Cap. II, pág. 38.

que esperaba de las pruebas á que á sí propio se habia sometido. No tienen otra explicacion su alejamiento del trato con Mme. Klettenberg, su separacion de Lavater, su rompimiento con Herder y su ausencia de la sociedad de Wimar, á quienes apartó de su contacto oportunamente para no perder el don más preciado que poseen los hombres, y la virtud más alta de los génios, la libertad en su ámplio sentido y la personalidad. Podrá parecer á algunos tal conducta hija de un satánico y frio egoismo; el Sr. Gonzalez Serrano, juzgando de otro modo, piensa que no sin injusticia se puede atribuir á cálculo una lucha en que voluntariamente se empeña, y tras de la cual vienen como consecuencia nuevos y contínuos combates, en donde se obtienen por lauros el dolor ó el desaliento. Además, si Gœthe hubiese utilizado en provecho propio, para su felicidad, las ideas que asaltaban su cerebro, no dejando despues ninguna huella de su paso, habria razon para calificarle de indiferente y egoista; pero los hombres que como él caminan siempre hácia adelante, dejando como estela luminosa de su vida obras imperecederas á las que acude la posteridad para bañarse en su luz; los hombres que, semejantes á la pródiga y rica naturaleza, devuelven ciento por uno; los que tienen conciencia de su fuerza y de su valor y se aventuran por sendas desconocidas para derramar en todas partes la esencia infinita del génio; los que como nuestro poeta sienten lo grande y lo bueno; ni pueden ser crueles, ni perversos, sino, como dice elSr. Valera, amables y excelentes egoistas (1). ¡Ojalá, exclama un autor, estuviese el mundo lleno de gentes de esta clase!

Aleccionado por las experiencias de que él mismo se hace objeto, surge en su mente una idea que le sirve de luminar en toda su vida de artista. La observacion propia, la reflexion imparcial de sus acciones y sus pensamientos son asuntos de un fondo poético maravilloso. "La realidad es la que debe dar siempre la ocasion y suministrar el motivo para la poesía. Todas mis poesías están tomadas de la vida real... Y no se me objete que falta el interés poético en la vida real: porque precisamente el mérito del poeta consiste en el talento para convertir en interesante y bello el asunto vulgar." (2) Dueño Gœthe de esta idea no la abandona en ninguna de sus obras que, como él mismo dice, no son otra cosa que las confesiones poéticas de los episodios de su existencia. Las dos Marías de *Gœtz de Berlichingen* y de *Clavijo* son ecos lejanos del arrepentimiento que le causa el abandono cruel en que deja á Federica Brion; todo el sentimentalismo del *Werther*, imágen fiel del codiciado y jamás satisfecho amor que sintió por Carlota Buff, la prometida de Kestner; su grandiosa creacion, *Fausto*, reproduccion ideal de los hastíos, las luchas, los desfallecimientos y las torturas que sufrió su trabajado pensamiento. Sus obras explican su vida de tal suerte, que penetrando en ellas se vé reflejada como en un espejo la evolucion de su espíritu, desde los ensueños místicos con que se inició con madame Klettenberg y el vago romanticismo del alma apasionada de *Werther*, hasta el clasicismo ideal y nebuloso del segundo Fausto, el arte docente de *Wilhel Mester* y la identificacion entre el mundo natural y el psíquico de las *afinidades electivas*. Vació sus personales ideas en las producciones de su ingénio con una expontaneidad tan sencilla, que el que conozca el proceso de su pensamiento puede fácilmente formar la cronología de sus obras.

La influencia que ejerce Espinosa en la vida y aun en el carácter de Gœthe, tiene evidente importancia para la explicacion de sus ideas: hasta entonces, y con ciertas inclinaciones panteistas que se avenian perfectamente con la naturaleza de su carácter, habia creido en Dios; pero esta creencia no tenia raíces en su alma, acongojada por un excepticismo moral que en vano pugnaba por combatir: la lectura de la *Ética* del filósofo holandés,

(1) Prólogo al *Fausto*. English y Gras. Editores.
(2) Cap. II. Pág. 50. Nota.

produjo modificacion tan extraordinaria en la concepcion del mundo y la realidad, que desde aquel momento comienza para nuestro poeta un órden de ideas, mediante el cual adquiere aquel soberano imperio sobre sí mismo que le lleva, como dice enérgicamente el Sr. Gonzalez Serrano, *á ser idólatra de la absoluta independencia de su génio.* El hombre á quien no satisfizo nunca una sola manera de pensar, halló en la absorcion del alma en sí misma predicada por Espinosa, la fórmula, que diriamos ahora, para tranquilizar su agitada mente. Matemos el dolor, exclamaba, para que el dolor no nos mate, y si la pena y el arrepentimiento vienen con su recuerdo á mortificar nuestros dias, abandonémonos á la fuerza universal misteriosa y saludable, reparadora de todas las faltas y creadora de todo lo que existe (1). ¿Es esto el olvido, como dice Lichtenberget, erigido en principio moral para acallar la voz de la conciencia que resuena eternamente en nosotros, ó es una especie de teoría de la felicidad que el gran poeta piensa poner en práctica para recojer del universo sus dones y sus armonías, asimilándose su esencia para reproducirla despues en la vida? Evidentemente esto último es lo que Gœthe se proponia: su invocacion al alma del mundo para que penetre por todo su sér, y el abandono en que deja su propia existencia, dejándose arrastrar por la existencia infinita, de la que pretende ser eco fiel, demuestran que no buscaba la sancion de sus faltas en el olvido, sino que la procuraba consagrándose á la accion con toda la energía de que era capaz, para llenar de esta suerte el tiempo de obras de su espíritu, confundirse en ellas y hacer más distantes y ménos persistentes las amarguras que perturbaban la serenidad de su pensamiento.

No consiguió, sin embargo, ser feliz. Disfrutó poco de la gloria á que le enaltecieron sus contemporáneos; subió á las últimas gradas que escalan los génios; tuvo conciencia de su valer, y acaso como ninguno, de la mision que el destino le confiaba; llenó y elevó su inteligencia de un caudal asombroso de conocimientos; endulzó sus afecciones con los lazos del amor y la amistad; derramó la naturaleza, á manos llenas, sus gracias y sus dones sobre su cuerpo, de una hermosura varonil sin igual; no hubo placer que no gustase ni satisfaccion que no sintiese; la fortuna, tornadiza y veleidosa con los mortales, le fué constante y próspera; los grandes le protegieron y los iguales y los pequeños le admiraron; nada faltó á este hombre singular para gozar de una felicidad sin ejemplo. Y, no obstante, él mismo declara que no fué dichoso ni vivió tranquilo. A los treinta y cinco años escribe á Herder: «Voy errante por el mundo como una oveja descarriada, sin encontrar lo que mi alma busca.» Y á los sesenta y cinco, cuando ya habia empezado á declinar su energía, dice á Eckermann, en un momento de espansion: «no me quejo de mi fortuna, y, sin embargo, mi vida ha sido un tejido de penas y dolores: en mis sesenta y cinco años no puedo contar cuatro semanas de goces puros.»

¿Quiere esto decir que la felicidad no se puede encontrar aquí abajo en la tierra, ni aun por aquellos hombres que, como Gœthe, parecen predestinados á apropiársela? ¿Quiere decir que todos los esfuerzos que se hagan por conseguirla son infructuosos, en vista del ejemplo que nos suministra la gran inteligencia que consagra todo su poder para lograr una existencia tranquila y dichosa? ¿Habrá que renunciar á los ideales que engendra la libre inspiracion de la razon y rendirse al formulario estrecho de los creyentes, cortando las alas al pensamiento y castrando las más nobles facultades del espíritu? ¿Será preciso, para aspirar á una ventura sin término, separar los ojos de este mundo y convertirlos á otro en el que la imaginacion supone perfecciones sin cuento? No es esta la enseñanza que se desprende de las confesiones del inmortal poeta: hay, sí, en ellas desfallecimientos tristes;

---

(1) LICHTENBERGER.— *Ideas religieuses en Allemagne* —Tom. I, pág. 236.

pero tan reales y tan vivos, que no habrá sér humano que no los sienta alguna vez en sus dias. Los mismos á quienes alienta una fe vigorosa en una mansion celeste, son víctimas de horas sombrías, durante las cuales, desde el fondo del alma parece como que nacen gritos de rebeldía que perturban y conmueven las más arraigadas creencias. El *mundo* y la *carne*, los enemigos que dice el Cristianismo, reclaman á veces su participacion en el festin de la vida, y como sus derechos son de una legitimidad incuestionable, surge la tentacion, y como consecuencia, el conflicto y la lucha en que no todos salen victoriosos, porque no á todos anima igual entusiasmo por sus ideas. Es decir que, quiéranlo ó no, mientras los hombres sean como son, tendrán, á pesar de su fe, de sus creencias y de sus altares, cierta semejanza con el doctor Fausto, con el hijo más legítimo del génio de Gœthe, tan parecido á su progenitor, que el Sr. Gonzalez Serrano demuestra, acaso con más pruebas que otros autores que hacen igual afirmacion, que Gœthe y Fausto son uno mismo.

Revélase en todo esto que Gœthe es, como decia Napoleon, *todo un hombre*, así en su vida como en sus obras. Sus grandezas, su soberano egoismo, que dista infinitamente del egoismo vulgar que vemos todos los dias, sus caidas, sus défectos y, en suma, hasta sus creaciones que adapta á su carácter, son tan vivos, que no habrá nadie que no reconozca en tantos accidentes la inmensa fecundidad del espíritu humano y los contrastes, las alternativas, las sublimidades y las miserias en que se mueve.

Seguir paso á paso la trasformacion que Gœthe experimenta en sus ideas, excederia los límites de este trabajo, circunscrito á diseñar á grandes rasgos con los materiales recogidos por el Sr. Gonzalez Serrano, la personalidad de esta colosal figura.

Hay, sin embargo, dos circunstancias que no pueden pasar desapercibidas, si se quiere formar claro concepto del proceso laborioso que se opera en Gœthe. Es una el viaje á Italia, en donde la contemplacion de las maravillas artísticas dilataron indefinidamente sus horizontes, y en donde hizo acopio de tesoros que no habia de destinar á su uso personal, como él dice, sino á embellecer la vida de sus amigos; es la otra su amistad con Schiller, cuya dulzura, penetrando en los abismos agitados de su alma, le procuró una segunda juventud, que avivó aún más el poder y la fuerza de su génio.

Habia vivido por largo tiempo en Weimar, frecuentando el trato de los hombres allí congregados por la proteccion nunca bastante alabada del duque Cárlos Augusto; allí adquirió una riqueza de enseñanzas que devolvió multiplicada en sus obras; pero presintiendo que las costumbres cortesanas concluirian por apagar los ímpetus de su actividad, y necesitando nuevos alimentos á su insaciable espíritu, partió para Italia en busca, como él mismo declara, de nuevos productos para su talento, como manjares que habia de servir á la mesa de la publicidad (1).

Sintióse en el país del arte como en su propia pátria. Allí, «á presencia de una historia de más de dos mil años, cuya forma ha cambiado tantas veces el curso de los siglos, se cree uno delante del juicio del destino....» "Es Roma una gran escuela que enseña diariamente tanto, que no se puede decir nada. Debíamos permanecer aquí durante muchos siglos en un silencio pitagórico.» Tales son las palabras que arranca á Gœthe la magnificencia y el esplendor artístico de Roma.

Revela este viaje un instante crítico, que señala el tránsito de la juventud á la madurez. Su ardiente deseo de *expresar idealmente la realidad viva*, la conjuncion misteriosa de la poesía y la verdad, informa en adelante el plan de sus producciones. Logra encauzar la inspiracion artística en el ritmo y la armonía del arte antiguo, convirtiéndose en un poeta neo-pagano, ad-

(1) Capítulo IV, pág. 85.

mirador entusiasta de la luz y la vida y amante de las bellezas de la forma (1). Representa fielmente este cambio, dice nuestro autor, al doctor Fausto, aquel antiguo estudiante de Leipzig que hastiado de los goces del presente y sin conciencia de su porvenir, se sumerge en la contemplacion del antiguo paganismo, evocando la más sublime personificacion de su belleza, Elena, con la cual desea unirse para significar simbólicamente como producto de tal consorcio el nacimiento del arte moderno (2).

A pesar de los esfuerzos que suponen todos estos medios puestos en ejecucion para adaptar sus ideas á la realidad del mundo, del arte y de la vida, y de su aspiracion jamás contradicha á recibir las más várias y encontradas impresiones para aprender en ellas los caminos porque habia de conducir su educacion, no consiguió que fuera tan abierta y ámplia como él mismo imaginaba. Cultivó por modo extraordinario sus ideas sobre el arte; desarrolló portentosamente su inteligencia al influjo de su indomable voluntad, consagrada casi por entero á este exclusivo fin; elevó la reflexion hasta el punto que se advierte en la segunda parte del *Fausto*, en donde si gana la concepcion en profundidad pierde en calor, movimiento y brillantez; procuró con éxito llegar á las más altas especulaciones de la razon, sin considerar ¡él que lo fiaba todo al poder de la reflexion! que sumia así en el abandono imperdonable la vida del sentimiento. Sentia latir el corazon en el fondo del pecho y quizá en más de una ocasion le engañaron sus latidos: necesitando calmar las ansias de su fantasía, creyó hallar en el regazo del amor satisfaccion plena á sus pasiones y halló las más de las veces el hastío.

Salvo el amor intensísimo por la angelical Federica Brion, á quien abandonó villanamente por un pretexto inexplicable y pueril, cuyo recuerdo le persiguió como una pesadilla cruel por toda la vida, no tuvo más que ráfagas que mantuvieron vivo el fuego de su ardorosa sensibilidad. Lucinda, Carlota Buff, Lili, la misma Mme. Stein que le cautivó durante mucho tiempo, la bailarina de Venecia (quizá idealizada en su Mignon de Wilhelm Meister, segun piensa el Sr. Serrano), la bellísima milanesa de quien se prendó en Castel-Gandolfo, Cristiana Vulpius, con quien casó despues de haber vivido con ella largos años en reprensible licencia, y otras, llegaron á excitar su corazon, mas no á conmoverlo hondamente hasta producir la satisfaccion por que su abrasada alma suspiraba. Buscó en ellas el apetecido reposo, quizá puso á contribucion su fiera voluntad para encontrar en estos amores la dicha soñada; pero más insaciable que el doctor Fausto de su creacion, no pudo hallar en su camino la Margarita que apaciguase sus tormentosos deseos. Contínuamente batallan en mí, decia, el corazon y la cabeza. Y, con efecto, así era.

El corazon le arrastró á gustar de los placeres, á sentir el bienhechor influjo de los más intensos afectos, y cuando la reflexion no vino en su auxilio á moderar sus naturales ímpetus, el vértigo de la pasion le condujo á verdaderos atropellos que, como los cometidos en su juventud, le habian de martirizar con crueles remordimientos. Abandona el amor de la infortunada Federica por correr tras nacientes y grandes ideales; y si este abandono, mejor diríamos, esta perfidia y otras ménos graves, no pueden hallar disculpa á los ojos de la posteridad, que por boca del Sr. Gonzalez Serrano las juzga con palabras serenas é implacables, bien merece alguna benignidad el olvido en que deja á algunas de sus posteriores amantes en quienes, si encontró efímeras satisfacciones, no encontró, de seguro, ni aun en *su mejor amiga*, Mme. Stein, el embeleso y el encanto que elevan y dignifican el espíritu.

Ni los ideales del arte, ni la ciencia, ni las locas pasiones que sintió bas-

---

(1) Cap. IV., pág. 96-98.
(2) Cap. IV., pág. 99.

taron á llenar su gran corazon. El hombre que habia sido objeto de los más varios y encontrados afectos, desde los vaporosos enamoramientos que finge la imaginacion hasta la fiebre y el vértigo, recorriendo todas las notas de la emocion, no pudo experimentar hasta su casual encuentro con Schiller, los plácidos, serenos y dulces atractivos de la amistad, que interesando por igual todas las fibras del alma, alejan las tempestades de la pasion y acrecientan los estímulos que ennoblecen la vida. Comenzó para nuestro poeta desde su union sincera con Schiller, una verdadera resurreccion de su inteligencia. Consagrados ambos amigos á la nobilísima tarea de crear una literatura nacional, consiguieron, mediante ella, despertar la conciencia pública y el sentimiento de la pátria, y esparcir en las brumas del espíritu social un tan vivo y eficaz amor de raza y de pueblo, que han dado como consecuencias legítimas, quizá mejor que el fusil de aguja y el cañon Krupp, la gran obra de la unificacion alemana (1).

Tal es, á grandes rasgos bosquejada, la fisonomía moral y artística de Gœthe, y tales son las reflexiones que nos ha sugerido el libro del Sr. Gonzalez Serrano. Acuda á él quien desee tener cabal conocimiento del génio del gran poeta, y de toda una época literaria de donde arranca, seguramente, el prodigioso movimiento intelectual de la Alemania de nuestros dias.

Despréndense cuestiones de este libro que, por ser de una trascendencia innegable para el arte y la literatura, debia haber planteado el Sr. Gonzalez Serrano, apelando á sus dotes extraordinarias de pensador. ¿Resultan perjudicadas la libre inspiracion y la idealidad del poeta cuando van acompañadas y como oprimidas por la carga de una cultura científica inmensa? ¿Acortan los vuelos de la fantasía el hábito inmoderado de meditar, el estudio profundo y el afan de poseer no sólo aquellos conocimientos que sirven para descubrir el aspecto bello de las cosas, sino su aspecto verdadero? En otras palabras: ¿debe refrenarse el soplo de lo inconsciente, la inspiracion suprema y misteriosa que el génio recibe de una sola pieza, como don gratuito de los dioses, segun la bella expresion de Hartmann, por la reflexion fria, ó debe intervenir ésta como mera auxiliar en la produccion de las obras artísticas?

Quizá dé contestacion cumplida á estas preguntas el segundo *Fausto*, en donde por querer hallar los principios sobre que descansan el arte y la concepcion poética, se perdió el artista en el laberinto de sus ideas, creando una obra que el Sr. Gonzalez Serrano declara *indescifrable*, y un talento tan germano como el de Strauss, *fantasmagoria alegórica hija de la vejez*. Quiso compendiar en ella por medio de símbolos y de una erudicion extraña, la totalidad de sus ideas sobre el arte y la vida, y consiguió hacer un poema abstruso, pesado y desabrido en que la falta de inspiracion y de fecundidad acusan, como dice Caro (2), bien á las claras la decadencia de su génio.

El Sr. Gonzalez Serrano se limita á tocar someramente estas delicadas cuestiones, sin darles el desarrollo que necesitan. Su vocacion, sus condiciones excepcionales de crítico y la mirada penetrante de que da muestras elocuentes en todas las páginas de su libro, le obligaban á sumergirse en estos hondos problemas de psicología, de que pocos como él pueden salir airosos. Lamentémonos de que no lo haya hecho sin desconfiar, no obstante, de que con ocasion parecida, ponga á prueba sus altísimas dotes de pensador. Su propia inteligencia, atraida por los misterios del arte, por los raudales de la ciencia, por la luz de la Filosofía y por los frutos de la crítica, abierta como la de Gœthe á los cuatro vientos; pero disciplinada por un método rigoroso, envidiable, como lo demuestran sus recientes trabajos en la REVISTA DE ESPAÑA, es ejemplo vivo del límite á que debe llegar la cultura y de la subor-

(1) Capítulo IV, pág. 124.
(2) *Philosophie de Gœthe*, p. 281.

dinacion en que han de quedar ciertos órdenes de conocimientos para que, lejos de entorpecer, favorezcan la direccion á que los hombres se sienten inclinados por las fuerzas nativas de su espíritu.

Bien se echa de ver que el autor de los *Ensayos* procede del campo de la filosofía; su estilo, en algunas ocasiones elocuente, en otras conciso hasta caer en dureza, pero siempre vigoroso y enérgico, acusa la preñez de ideas que sólo es dado tener á inteligencias superiores; y su sentido, tan distante del fácil moralista como del insulso y ruboroso sermoneador, revela la tolerancia y la alteza de miras que el público ya exije á todos los escritores de valía. Dando pruebas de buen gusto, pasa rápidamente por ciertos hechos, los consigna y los denuncia, y se encamina derecho al fin principal de su atencion. Sin proponérselo acaso, imita el ejemplo de Víctor Huge, que deja escritos los episodios de mistress Davenant y Ana Hatway en la vida de Shakespeare, para admirarle despues en sus dramas *como un bruto*.

No se extravía por eso la opinion del lector inteligente y recto: aprende á separar su pensamiento de actos que repugnan á toda conciencia moral, y á rendir el tributo de admiracion que siempre es debido á las manifestaciones divinas del génio.

A. Aura Boronat.

Madrid: Abril, 1879.

BIBLIOGRAFÍA.

Obras de Leibnitz, puestas en lengua castellana por D. Patricio de Azcárate. Tomo 4.°

Un volúmen con 427 páginas. Madrid. Casa editorial de Medina.

Comprende la correspondencia filosófica del insigne autor, y sus admirables cartas á Foucker, á Fontenelle, á Arnauld y á Clartke, en que se tratan con tanta sencillez como profundidad los más varios problemas de las ciencias naturales y físicomatemáticas. Es un libro, digno de ser conocido no solo por los amantes de la filosofía, sino hasta por los curiosos y amigos de aprender sin esfuerzo las cosas sérias.

***

Sistema del Derecho romano actual, de Savigny, traducido por D. Jacinto Mesía y Manuel Poley. Tomo tercero, con 339 páginas.—Madrid, F. Góngora y Compañía. 1879.

Comprende este tomo la continuacion de las materias tratadas en el anterior sobre orígen y estincion de las relaciones jurídicas, tratándose muy especialmente de la donacion bajo todos sus aspectos y efectos, con una abundante copia de doctrinas, que ilustra mucho todas las dificultades.

***

Tratado de los compuestos castellanos, por B. Rivo. Parte primera, latino-castellana. Un tomo de 335 páginas. Caracas. Imprenta de *La Opinion Nacional.*—1878.

Es una obra curiosísima y que supone un prolijo estudio sobre la lengua castellana, singularmente de sus palabras compuestas, que se analizan con esmero, señalando su orígen con exquisito criterio, que unas veces se encuentra en el griego y en el latin, y otras en el hebreo y en elárabe.

Para las personas que deseen desentrañar la estructura de nuestra lengua, y á quienes no satisfagan las nociones elementales de nuestra gramática, el libro de que tratamos tiene especial atractivo.

***

Clave de la traduccion latina, por Sebastian Obradors y Font.—Un tomo de 381 páginas.—Gerona.—Imprenta de Tomás Carreras.—1879.

Es un estudio de paciencia y reflexion que contiene Ejercicios latinos, en que por medio de frases apropiadae se estud an simultáneameute la Gramática y las raíces con sus derivados y compuestos.

Prestará un excelente servicio esta obra á los alumnos que principian sus estudios de segunda enseñanza, y aun á los profesores de Institutos y Seminarios, pues hay doctrina para todos.

***

Vida del almirante D. Andrés de Pes, ministro de Marina, por D. Adolfo de Castro.—Un tomo con 94 páginas.—Cádiz.—Imprenta de *La Revista Médica.*

Es un librito curioso, que contiene pormenores interesantes, sobre la vida y hechos de este almirante de la época de Felipe V.

DIRECTORES PROPIETARIOS,

J. L. ALBAREDA. F. DE LEON Y CASTILLO.

MADRID 1879. Establecimiento tipográfico de M. P. Montoya y compañía, Caños, 1.

FELIPE III Y LOS PRINCIPALES SUCESOS DE SU REINADO.

I

Privanza del duque de Lerma.—Guerras y gastos.—Fanatismo.—Expulsion de los moriscos.—Rivalidad entre el duque de Lerma y su hijo el de Uceda.

Con Felipe III comenzó á hacerse visible la decadencia de España; y es interesante investigar las causas que la promovieron. Estas resultan de las particularidades del reinado de aquel príncipe, y para describirlas echaremos mano de los datos que nos suministran algunos documentos inéditos, entre ellos un extenso manuscrito que encontramos hace pocos años en la Blioteca nacional de Lisboa. Es este una historia de aquella época, escrita por un contemporáneo, que fué testigo de los sucesos, que conocía á los personajes de quienes trata; y por lo que dice se colige que estaba en posicion de saber más de lo que referia. Este manuscrito nos parece distinto de la Historia inédita de Felipe III que existe en la Biblioteca de Madrid, atribuida, á Vivanco y de que habla D. Modesto Lafuente. Aunque ambos autores, como es natural, dan cuenta de los mismos sucesos, y ambos parecen empleados en Palacio, el autor del manuscrito de Lisboa habla con

más independencia y refiere pormenores que el otro no consigna (1).

Felipe III, que nació á 14 de Abril de 1578, vivió cuarenta y tres años ménos catorce dias y reinó 22 años, 6 meses y 17 dias. Tuvo por ayo en su niñez á D. Gomez de Avila, marqués de Velada y por muerte de éste á D. Juan de Zúñiga. Tenia además un consejo de vigilancia formado del ayo, de D. Cristóbal de Mora y de D. Juan Idiaquez. Despues le dieron por maestro al arzobispo D. García de Loaisa, el cual cuando el príncipe tenia diez y nueve años informó al rey Felipe II de que seria conveniente casarlo é imponerlo en los negocios de Estado, dándole algo que hacer en materia de gobierno. Así se hizo, y en 1598 le casaron con la archiduquesa Margarita de Austria.

El 13 de Setiembre del mismo año murió Felipe II, despues de haber casado á su hija Isabel con el archiduque Alberto, dándole en dote los Estados de Flandes, menos las fortalezas de Amberes, Gante y Cambray.

Lo primero que hizo Felipe III como rey, fué escribir una carta al Papa Clemente VIII, pidiendo le alcanzase de Nuestro Señor luz para gobernar con el celo de religion y justicia que deseaba. Lo segundo fué entregar el manejo absoluto de los negocios al duque de Lerma, y retirarse al monasterio de San Jerónimo durante el luto de su padre. Al salir de este retiro, escribió á todos los tribunales eclesiásticos y seglares, exhortándoles á que mirasen por la autoridad del culto divino y persecucion de las heregías. Enseguida tomó dinero adelantado, y mandó proseguir con vigor la guerra contra los protestantes de Holanda, tomando bajo su proteccion al mismo tiempo á muchos cardenales.

Habiéndose aumentado en Holanda el número de enemigos, Felipe III mandó formar un ejército de veintiseis mil hombres para combatirles. Esta fuerza ganó algunas plazas; pero las ciudades de Flandes empezaron á quejarse de la extorsion de los alojamientos y hubo que darles alguna satisfaccion, mientras el ejército padecia contínua necesidad en los mantenimientos, necesidad que

(1) No hemos visto el manuscrito de Vivanco, pero hay pormenores tan notables en el de Lisboa, que si los contuviera el otro, no habrian pasado inadvertidos para un historiador tan entendido como D. Modesto Lafuente.

fué causa de desórdenes en los soldados y de la pérdida de algunas plazas. Los príncipes protestantes reunieron un ejército de doce mil hombres que acudió al socorro de los holandeses, ejército que fué derrotado por los españoles antes de que pudiera unirse al del conde Mauricio; pero despues se perdieron los frutos de esta victoria porque los soldados, mal pagados y poco disciplinados, se sublevaron y se estendieron por las aldeas robando la tierra.

Vino luego la batalla de las Dunas, en que fué derrotado el ejército del archiduque Alberto, derrota que costó mucha sangre y muchos tesores á España. Entre tanto la córte, temiendo, decia, que en Madrid, por la mucha gente, faltasen mantenimientos, se trasladó á Valladolid. De allí pasó Felipe III á Leon, Zamora, Toro y Búrgos, visitando reliquias y conventos, y tornó á Valladolid para cerrar las Córtes que se habian convocado y que le votaron un servicio de diez y ocho millones, pagaderos en seis años, para atender al ejército de Flandes.

La villa de Madrid en 1606 ofreció al Rey, con tal que volviese, doscientos cincuenta mil escudos para la mudanza de casa, y en efecto, Felipe III volvió, y se estableció definitivamente en Madrid el centro de los negocios.

Por entonces el gobierno de Venecia dictó varios decretos encaminados á evitar la completa amortizacion de la propiedad en manos de las corporaciones religiosas. Mandóse que no se fabricasen iglesias ni hospitales sin licencia del gobierno, y se prohibió á los seglares dejar sus rentas y bienes á los conventos y parroquias, los cuales habian ido monopolizando la mayor parte de la propiedad en el Estado veneciano. Levantaron contra esta disposicion sus reclamaciones los jesuitas y los capuchinos, y el gobierno veneciano desterró ó prendió á los que más le incomodaban. El Papa Paulo V, en 17 de Abril de 1606 juntó á los cardenales en consistorio y se quejó del procedimiento de los venecianos, diciendo que se oponian á la autoridad de la Iglesia. El Consistorio declaró derogados los decretos de Venecia, fulminó excomuniones y publicó graves censuras contra los venecianos; pero el Senado de Venecia mandó que no se obedecieran ni ejecutasen en sus Estados los decretos de excomunion hasta que se acudiese al Papa por el gobierno en defensa de su causa. Escribióse mucho por una y otra parte; muchos Obispos no aceptaron el decreto del Pontífi-

ce, y solamente los jesuitas, los capuchinos y algunos pocos de otras órdenes sostuvieron la excomunion. Viendo el Papa este estado de cosas, acudió á D. Gaspar de Moneada, marqués de Aitona, embajador de Felipe III en Roma, por cuyo medio pidió auxilio al Rey de España contra los venecianos.

El rey tomó consejo del duque de Lerma su valido, y decidió favorecer las pretensiones de la córte de Roma, escribiendo al conde de Fuentes, gobernador de Milan, y mandándole levantar treinta mil soldados y ponerse á las órdenes del Pontífice. Dióse órden igualmente á los vireyes de Nápoles y Sicilia para que hiciesen aprestos militares, y al mismo tiempo el Papa trató de formar un ejército y constituyó un consejo de guerra de quince cardenales, llamando á su antecámara á coroneles y capitanes escogidos y conferenciando con ellos sobre el modo de hacer las levas y de reforzar las plazas de armas. Los venecianos, por su parte, se prepararon á la defensa, fortificando las principales ciudades y enviaron comisionados á Francia para reclutar gente; pero antes de empezar las hostilidades, D. Francisco de Castro, embajador extraordinario de Felipe III en Venecia, consiguió de los venecianos que consintiesen en dar libertad á los presos eclesiásticos y no ejecutar las leyes objeto de la contienda, mientras se negociaba entre Su Santidad y ellos un tratado de paz. El cardenal Joyeuse y el embajador francés tomaron cartas en el asunto y todo quedó por entonces sosegado. De otra suerte, además de la guerra de Flandes hubiéramos tenido entonces otra con los venecianos por sostener la amortizacion eclesiástica en el Estado de Venecia.

En Flandes continuaron los descalabros, los motines, la indisciplina de los soldados y la pérdida de la sangre y los tesoros de España. Tratóse de la paz por medio de Fray Juan del Rey, comisario general de la Orden de San Francisco, el cual pasó muchas veces de Holanda á Bruselas para seguir las negociaciones. La paz era dificultosa, porque los holandeses pedian la libertad de conciencia, que era por lo que peleaban, y el Rey Católico se obstinaba en no concederla y en llevar la guerra á todo trance. Se acordó, sin embargo, una suspension de hostilidades que debia durar ocho meses, y comenzar en 7 de Mayo de 1607. En este intermedio se trató de la paz definitiva; pero cuando se enviaron á

España los artículos en que se concedia libertad de conciencia á los holandeses, el rey y los ministros de Estado los rechazaron, escribiendo al archiduque Alberto *que no se tratase de cosa tan fea.*

Con el objeto de apartar al rey de Francia de la amistad con los holandeses, se envió á París á D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, el cual trató de este punto con el rey Enrique IV. Este, léjos de acceder á sus pretensiones, resucitó las que tenia al reino de Navarra. Don Pedro de Toledo le contestó exponiéndole que aquel reino habia sido siempre español, á lo cual repuso Enrique IV: «Yo admito la razon hasta ponerme en Pamplona.» Entónces se levantó D. Pedro y fué á tomar la puerta acelerando el paso; y preguntándole Enrique IV á dónde iba, contestó: «A Pamplona, á esperar á vuestra majestad.» Con estas controversias la embajada no tuvo efecto por entónces.

Por fin, prorogada la trégua por otros cuatro meses, en 1609 se estipuló otra por doce años entre Holanda y el archiduque Alberto, no obstante el voto contrario del Rey Felipe III y del duque de Lerma, que querian á toda costa acabar con los herejes.

El archiduque, para vencer el empeño del rey, dijo que habia dado su palabra de que se haria la trégua, y el Rey le contestó por conducto del comisario general de San Francisco que si habia dado su palabra, hiciese su parecer y no le hablase más del asunto. El rey accedió al fin á firmar la trégua, pero decidido á romperla cuando llegase el término, y en efecto, en el último año de su reinado envió á decir al marqués de Spínola, que entónces estaba con un poderoso ejército en el Palatinado, que dejando parte á las órdenes de Gonzalo de Córdoba, pasára á los Países Bajos á *hacer la guerra á toda fuerza á aquellos infieles.* Así se hizo, y esta guerra la continuó Felipe IV para acabar de perder á España. Felipe III rompió los tratados, y metiendo la guerra por las puertas de Holanda, con formidable ejército tomó algunas plazas, teniendo al mismo tiempo otro ejército en el Palatinado, otro en Bohemia y otro en Italia.

Llegamos á la expulsion de los moriscos, otro de los hechos notables de la política de Felipe III. Cuéntase que cuando nació éste príncipe, un religioso, hombre de letras, predicando en Ricla, lu-

gar de la corona de Aragon poblado todo de moriscos, y viendo que sus sermones no hacian grande impresion en ellos, les dijo un dia: "Pues no quereis despedir de vuestros pechos esa infernal secta, sabed que ha nacido en España príncipe que os ha de echar de ella." Despues se empezó á esparcir la voz de que los moriscos conspiraban y de que tenian inteligencias en Constantinopla con el Gran Turco y en Marruecos con el sultan Muley-Hamet, á los cuales se decia que habian invitado á venir á España con poderosos ejércitos y ofrecido que tomarian las armas hasta ciento cincuenta mil moriscos. Llegaron estos rumores á los oidos del rey, *para quien sin duda estaban destinados*, dice su biógrafo, y llegaron principalmente por el capitan Lorenzo de Herrera, caballero portugués que á la sazon estaba en la córte de Fez y que vino á Madrid á dar cuenta del caso á los ministros.

El caso dió que pensar á estos y al rey católico; pero dicen los historiadores contemporáneos que no daba que temer, porque nada podia hacer una gente acobardada, sin disciplina, acosada de las armas católicas y que no entendia más que de la labranza y de los oficios mecánicos. Sometió Felipe III la resolucion á un Consejo de Estado; y en Segovia, donde á la sazon se hallaba, víspera del patron de España, Santiago, mandó reunirse á don Agustin Mejía, D. Juan Idiaquez, D. Pedro de Toledo marqués de Villafranca, el duque de Lerma y el secretario Andrés de Prada, todos, dice la relacion manuscrita, ministros de canas, experiencia y letras. Este Consejo ponderó los males que los infieles habian traido á España en el espacio de siete siglos; recordó la sublevacion de las Alpujarras en tiempo de Felipe II, aunque sin recordar las grandes vejaciones que habian promovido aquella sublevacion; hizo presente que aunque los restos de aquellos infieles habian aceptado el bautismo y la religion católica, seguian siendo mahometanos, y presentó como caso del servicio de Dios el desarraigar de España tan mala semilla. Añadia la consulta que era verdad que se despoblaria en mucha parte el país, y que con la expulsion de los moriscos padecerian grandemente la agricultura, la industria y el comercio, oficios bajos y viles que desdeñaban los cristianos más rancios y que en gran parte estaban en manos de los cristianos nuevos; pero una vez desterrados los moriscos y hecho este servicio á Dios, el Consejo creia que correria por cuen-

a del cielo dar nos quien cultivara y labrara las tierras. Tal era la manera de destruir objeciones que tenian aquellos hombres de experiencia y letras.

Por esto votaron todos que saliesen de España los moriscos sacando de ella solamente los bienes muebles y quedando los bienes raíces confiscados en favor de su majestad.

Recibió la consulta el Rey católico, y encomendándose á Dios, la aprobó, mandando que saliesen los moriscos de España, pero teniendo secreta la órden hasta que se tomaran las disposiciones necesarias para llevarla á efecto. Con este objeto se despacharon cartas á todos los gobernadores de las galeras, y sin decirles la causa, se les mandaba que el dia 15 de Agosto (1609) se juntasen en el puerto de Mallorca. Dióse comision á D. Agustin Megía para expulsar á los moriscos del reino de Aragon, mandándole que los trasladara á Valencia y desde allí les diese tránsito por las marinas de Vinaroz, Alfaques, Dénia, Javea y Alicante. D. Juan de Mendoza, marqués de San German, tuvo órden de expulsar á los de Andalucía y de darles salida por Málaga, Sanlúcar, Tarifa y Gibraltar; y á D. Bernardino de Velasco, conde de Salazar, se le encomendó la expulsion de los del reino de Castilla y Toledo, haciéndole juez árbitro para castigar á los que pretendiesen volver ó quedarse. Los del consejo escribieron al mismo tiempo á los gobernadores de Milán, Nápoles y Sicilia, para que aprestasen la infantería y la hicieran embarcar en las galeras que debian venir á Mallorca con las municiones y bastimentos que hubiese menester.

Bajó el marqués de Aitona con la escuadra de Nápoles, que se componia de diez y siete galeras y cerca de dos mil hombres. Acudió D. Cárlos Dória con las de Génova, en todo, diez y seis galeras y mil doscientos hombres; vinieron tambien D. Octavio de Aragon con nueve galeras y ochocientos infantes de Sicilia, y el marqués de Villafranca con la escuadra de España reforzada por cuatro galeras de Portugal y cuatro de Barcelona.

Hechos estos preparativos, pertrechadas algunas fortalezas de Valencia y Aragon, y dispuesto todo para la expulsion, antes de publicar el decreto dió cuenta Felipe III al Papa Paulo V, el cual respondió aprobando su consejo y parecer, ofreciéndole las fuerzas humanas y divinas de la Iglesia, y dándole por aquel decreto el título de *Catoliquísimo*. Recibida esta respuesta del Pontífice,

mandó el Rey que todas las compañías de armas de Castilla se acercasen á la raya de Valencia, y que á un mismo tiempo se echasen bandos en todas las ciudades, villas y lugares de España, mandando que salieran los moriscos del país. En vano los señores y propietarios de Múrcia, Valencia y Castilla hicieron presente al Rey los perjuicios que se les seguian de aquella expulsion por las rentas y provechos que puntualmente pagaban los moriscos, que tenian arrendadas las tierras ó ejercian sus industrias. El Rey se mantuvo firme, y el duque de Lerma todavía más, no sólo por el espíritu de fanatismo que le animaba, sino porque de la confiscacion pensaba sacar para sí y para sus hijos, como sacó luego, gran cantidad de millones.

Echó el conde de Salazar, de Castilla y del reino de Múrcia, en ménos de veinte dias 100.000 moriscos, y el marqués de San German expulsó en ménos de quince 234.018; pero en Valencia D. Agustin Megía no lo halló todo tan fácil, porque así como oyeron el bando los moriscos, se levantaron en número de 20.000 armados, se subieron á la sierra y se fortificaron en los lugares del contorno. Don Agustin Megía no dió gran importancia á la sublevacion; continuó expulsando á los moriscos que no se habian levantado, y despues con alguna infantería de la tierra y algunas compañías de hombres de armas, de las que se habian mandado juntar hácia el reino de Valencia, acometió la sierra, pasó á cuchillo 2.000 moriscos, y, por último, dominó completamente la sublevacion con la prision y muerte de los que se habian alzado por reyes. Castigados de esta manera los principales jefes, los demás se embarcaron en las galeras preparadas al efecto, llegando el número de los que salieron del reino de Valencia á 140.000. Los valencianos, para memoria de los venideros y mayor gloria del Rey Catoliquísimo, dice una relacion contemporánea dedicada al Infante D. Fernando, hijo de Felipe III y hermano de Felipe IV, por haber con tanta facilidad conseguido esta hazaña, esculpieron en mármol una breve y elegante inscripcion contando el suceso.

Acabados de echar los moriscos del reino de Valencia, don Agustin expulsó los que habia en el reino de Aragon y el Principado de Cataluña, que entre todos serian noventa mil. De suerte que, en pocos dias, salieron de España cerca de seiscientas mil personas, en cuyas manos estaban principalmente la agricultura,

la industria y la riqueza, producto del trabajo: esto sin contar los muchos que fueron salteados y muertos en los caminos, ya por las mismas tropas que los conducian, ya por partidas de salteadores que se formaron; porque como les permitian llevar el dinero, y ya ellos en muchas partes se habian precavido vendiendo á bajo precio sus muebles y efectos, parecieron buena presa á la gente desalmada, que podia cubrir sus fechorías y asegurarse la impunidad con capa de religion.

Entre las grandes cosas que el autor anónimo dice que realizó el duque de Lerma, se enumeran los destinos lucrativos dados á todos sus parientes y deudos; las ayudas de costa á los archiduques; el hacer la guerra por cuenta de España y en favor de todos los potentados de Italia y de Alemania que eran parientes de la casa de Austria; hacer grandes regalos á los embajadores y príncipes; armar escuadras y ejércitos por ostentacion; combatir á los herejes por todas partes; gastar un millon de oro en la eleccion del emperador de Alemania Matías, y ayudar con gruesos socorros al emperador Rodulfo y á los católicos de Irlanda. Por supuesto que el duque de Lerma no se olvidó de sí propio. Además de haber comprado á bajo precio inmensidad de bienes de los moriscos, el Rey le dió, entre otras cosas, setenta mil ducados de renta en Sicilia para socorro de sus criados. Los judíos de Portugal, que habian solicitado del Papa una bula de perdon, para que no se opusiera á ella le dieron cincuenta mil escudos, y en efecto, la bula fué expedida gracias á esta cantidad y á las que los judíos gastaron en Roma. Estando la Hacienda pública en grandes apuros, el duque hizo demostracion de querer dejar la renta de Sicilia y suplicó al Rey que admitiese la renuncia. El Rey mandó que se examinase el asunto por los teólogos de las Universidades, por doce teólogos de Madrid y varios jurisperitos, y todos fueron de parecer que S. M. podia dar esta renta y el duque la merecia, con lo cual el Rey mandó que la aceptase, y el duque se resignó de muy buen grado á seguir disfrutándola.

Tan gran privanza escitaba los celos en palacio, y llegó á escitarlos hasta en la misma familia del duque de Lerma, cuyo hijo el de Uceda conspiró contra él y conspiraron tambien sus parientes. El duque de Uceda por el favor de su padre habia entrado en la gracia del rey, y en ausencia del de Lerma ejercia el oficio de

gentil hombre de la cámara. Declaróse su rival en la privanza el conde de Lemus su primo hermano, tambien gentil-hombre, el cual presumia de gran señor y de entendido, al contrario del duque de Uceda que tenia cierto encogimiento. Sucedió en esto la muerte de doña Catalina de la Cerda, duquesa de Lerma, y entraron los dos primos en oposicion sobre cuál de las dos casas habia de recibir córte con motivo de la traslacion del cadáver á la iglesia de San Pablo de Valladolid. Venció el de Uceda, y para indemnizar al conde de Lemus, su tio el duque de Lerma le dió el vireinato de Nápoles, con lo cual se sosegaron por algun tiempo estas desavenencias.

Murió por entonces en Valladolid el confesor del rey, y entró en su lugar el padre maestro Fray Luis de Aliaga, de la órden de Santo Domingo, que antes habia sido confesor del duque de Lerma. Este confesor fomentó tan extraordinariamente la devocion del rey y del duque, que á los conventos ya fundados añadieron otra multitud; entre ellos en Madrid el duque de Lerma fundó el de Santa Catalina, el de Trinitarios Descalzos que estaba junto á la huerta llamada Huerta del Duque, donde los reyes pasaban muchos dias de campo; el convento de Capuchinos, la casa profesa de la Compañía de Jesús en Lerma, el Monasterio de San Blas de monjas dominicas, el de Carmelitas descalzas, el de Santa Teresa, el de monjas Bernardas, el de Franciscas descalzas, las Ermitas del Parque en Ampudia, la Iglesia Colegial, el monasterio de Franciscos descalzos en Zea, el convento de Dominicos en Dénia, el llamado de San Antonio y el de monjas Agustinas en el mismo punto, el monasterio de Mínimos en Javea, los descalzos Franciscos y las Carmelitas calzadas en Valdemoro, enriqueciendo á todos con ornamentos, reliquias, tapicería, joyas, etc. Erigió tambien dos cátedras de teología, una de prima y otra de vísperas en Alcalá de Henares, y otra de prima en Salamanca, y segun dicen sus panegiristas, los religiosos le llamaban su protector y el Pontífice su conservador.

La rivalidad entre el hijo y el padre se habia manifestado primero, no en la persona misma del duque de Lerma, sino en su principal hechura D. Rodrigo Calderon. Este era un hombre entendido en los negocios, en quien el duque de Lerma tenia gran confianza y á quien conservó siempre con mucha autoridad en

ellos. Hacíase respetar de los más encopetados, y su talento sobresalía entre los mayores consejeros. Tachabásele de orgulloso, y no es extraño que lo fuera, si tanto descollaba por su talento entre la gente palaciega. El conde de Olivares, D. Gaspar Felipe de Guzman, que habia sido agregado á la cámara, decíase muy adicto del duque de Lerma é intimó amistad con D. Rodrigo Calderon, con lo cual consiguió que el duque le alcanzase el nombramiento de gentil hombre de la cámara del príncipe para cuando éste pusiera casa. Su pretension se estendia á ser grande de España y cubrirse delante del rey; pero esto no lo pudo obtener, y de aquí la grande ojeriza que mostró despues al de Lerma y á D. Rodrigo.

A título de religion habia muchos padres graves que no podian sufrir que Don Rodrigo ocupare el puesto que ocupaba. Pesaba á los pretendientes su orgullo, el modo con que se trataba y el no poder contentar á todos.

Era la reina doña Margarita, como tan dada á la oracion y culto divino, amiga de religiosos y, dice el historiador anónimo, «de estarse muchos ratos con ellos como lo hacía con algunos que con celo indiscreto y poco prudente se quieren meter en todo. Estos, siguiendo su intento y natural inclinacion, que tambien se perecen por gobernar» despues de hablar un rato de religion venian á hablar de asuntos privados.

Entre los frailes y monjas que frecuentemente hablaban con la reina, estaban Fray Juan de Santa María, franciscano descalzo y la madre Mariana de San José, á quien Fray Juan habia traido para fundar el convento de la Encarnacion, del cual á la sazon era priora. Estos religiosos, no atreviéndose á la persona del duque, murmuraban de D. Rodrigo y ponderaban la aspereza de su condicion y los males que pudiera traer la mucha parte que tenia en el gobierno. La reina admitia la plática, porque le decian que la aconsejaban con celo verdaderamente religioso y que aquello lo decia el mismo Espíritu Santo; por lo cual cuando estaba á solas con el rey, le hablaba de lo que los frailes y la monja le persuadian. El rey defendia débilmente á sus validos; pero la reina, aguijada por los que la hablaban en nombre del Espíritu Santo no cesaba de pedirle que apartase de sí á D. Rodrigo Calderon. Por su parte al confesor del rey, el Padre Aliaga, «no le parecia mal

meterse un poco en el mundo y al calor de la privanza, que aunque la afeaba, la queria para sí." Pudieron al fin tanto las persuasiones de la reina, inspirada por el confesor, por Fray Juan de Santa María y por la madre Mariana de San José, que el rey se resolvió á mandar que D. Rodrigo cesara en el cargo de secretario de su cámara.

Poco tiempo despues la reina dió á luz al infante Don Alonso y á los once dias murió. Entonces entre el vulgo se empezó á esparcir el rumor de que la muerte de la reina habia sido ocasionada por D. Rodrigo Calderon, como venganza por haberle privado del oficio de secretario. Es de advertir, sin embargo, que al privarle de aquel oficio y del manejo de los papeles le habian dado cargos de mayor consideracion en el mismo palacio. Diósele el título de conde de la Oliva; se le concedió el hábito de Santiago; se le nombró capitan de la Guardia española y tudesca y le enviaron con una embajada particular á los Estados de Flandes.

De regreso de Flandes volvieron sus émulos á procurar dañarle mientras él aspiraba á la embajada de Roma. El conde de Olivares, gentil-hombre del príncipe, siguiendo sus pretensiones de ser nombrado grande de España, se arrimó de nuevo á la amistad de D. Rodrigo; pero fray Juan de Santa María no dejaba de aconsejar al rey contra los privados. "La priora de la Encarnacion se entremetió tambien con él tan de veras, que casi queria introducirse en el despacho de los papeles. El padre Florencia, de la Compañía de Jesús y otros predicadores daban sus puntadas eu el asunto, y el confesor Aliaga pretendia por su parte apoderarse de la voluntad del rey. Habíase dado por aquellos dias el padre Aliaga al regalo y á la comodidad y á ser bien alimentado, con lo cual se hizo achacoso y queria que aun de esto tuviese Don Rodrigo la culpa."

El caso fué, que yendo el padre confesor al convento de Nuestra Señora de Atocha, los frailes le quisieron ofrecer aquellas cosas que eran más de su agrado, y un religioso lego le aderezó un menudo del cual comió hasta hartarse. Resultóle un gran cólico, pensó que le habian dado algun veneno y lo achacó á malicias de D .Rodrigo. Una purga y otros medicamentos apropiados al caso le desembarazaron del achaque.

Por aquel tiempo se acusó tambien á D, Rodrigo de haber

hecho matar en un camino á un hombre llamado Francisco Juara, por insolente y mal hablado. Fray Juan de Santa María; el padre Peralta, prior del Escorial, y despues arzobispo de Zaragoza; el confesor Aliaga; la priora de la Encarnacion y el padre Florencia, predicador, todos los cuales tenian ya mucha mano en el gobierno, ponderaron al rey el escándalo y la necesidad de castigar aquel atentado. Con esto, con las intrigas del conde de Olivares, con la ambicion del duque de Uceda que intentaba suplantar, como suplantó, á su padre en la privanza del rey, se verificó la caida del duque de Lerma y de D. Rodrigo.

El rey, despues de haber consultado con su confesor, llamó al duque de Uceda, y encargándole el secreto, le dijo que para volver por la opinion de su padre el de Lerma, era preciso retirarle de los negocios y residenciar á D. Rodrigo Calderon. Felipe entre tanto disimulaba con el duque de Lerma, nada le decia, pero empezó á mostrarse con él tibio y mesurado. El de Lerma, viendo los síntomas de la próxima tempestad quiso conjurarla, adelantándose á pedir al rey licencia para retirarse á sus tierras. Respondiole el rey que estaba muy bien y que á su tiempo se la daria. El de Lerma acudió al confesor, que era su hechura, y le encontró torcido; habló á su hijo el de Uceda, y le vió, levantado con la gracia del rey, recatársele y no decirle nada por más que le preguntaba. Encontrábale además ligado con el confesor para repartirse entre ámbos la privanza, y supo tambien por persona de palacio la intriga que se urdia. D. Rodrigo Calderon, que sabia y veia que hombres de poca importancia que habian hecho, no una sino dos ó tres muertes de hombres ruines, se paseaban por la córte sin ser molestados, se fiaba en la razon que habia tenido para mandar matar á Francisco Juara, anunciando que él daria sus descargos cuando se le pidiesen.

Temiendo el de Lerma que al dejar de ser valido del Rey, si se ponia su causa en manos de la magistratura, podría quedar sin honra y sin hacienda, como sucedia en aquel tiempo á la mayor parte de los que sin valimiento caian en poder de lo que se llamaba administracion de justicia, á fin de vivir tranquilo los años que le quedaban de existencia, se previno escribiendo al Papa Paulo V, y pidiéndole el capelo de cardenal. El Papa se lo concedió, y el de Lerma, acogiéndose con prevision á la inmunidad de la Igle-

tan poderosa en aquella época, evitó la suerte de otros validos, y la que cupo al mismo D. Rodrigo. Poco tiempo despues, en 1618, el duque de Lerma se retiró á sus estados, seguido de don Rodrigo Calderon, y el de Uceda quedó dueño del gobierno en participacion con el confesor.

II

Causa de D. Rodrigo Calderon.—Viaje del Rey á Portugal con su auto de fe correspondiente.—Enfermedad del Rey.—Canonizacion de santos.—Negociaciones matrimoniales.—Muerte del Rey y de D. Rodrigo.—Caida del de Uceda.—Conclusion.

Los enemigos de D. Rodrigo vencian. El Rey, á principios del año 1619, estando la córte en Madrid, mandó llamar á su cuarto á los consejeros de Estado D. Francisco de Contreras, D. Luis de Salcedo y D. Diego del Corral, al licenciado Garci Perez de Araziel, fiscal del Consejo de Castilla, y al escribano Lázaro de los Rios, y les dijo, que habiendo sabido que D. Rodrigo Calderon habia hecho asesinar á un hombre, les llamaba para que averiguasen el caso. Mandóles tambien averiguar lo que hubiese de cierto en un papel que les entregó, previniéndoles que sólo á él diesen cuenta de lo que ejecutáran en este negocio. Los consejeros se arrodillaron y le besaron la mano, y tomando la palabra D. Francisco de Contreras, prometió en nombre de todos prontitud y fidelidad en lo que se les mandaba. Retirados estos consejeros, abrieron el papel que les dió el Rey, el cual decia que averiguasen con toda prontitud y cuidado, sin perdonar cosa humana, si D. Rodrigo Calderon tenía alguna inteligencia en la muerte de la Reina. Comenzóse á deliberar sobre el caso, y decretó aquel tribunal por pronta providencia prender á D. Rodrigo y confiscarle todos los bienes que tenia en Madrid y en Valladolid. Consultáronla con el Rey, segun la órden que tenian, y el Rey mandó que se ejecutase lo acordado. Hallábase D. Rodrigo en Valladolid, cuando fué avisado por amigos suyos del estado en que se hallaban sus cosas, y aconsejado se pusiese en salvo. Discurrió D. Rodrigo que si huia se le tendria por delincuente; consultó el negocio con Doña Mariana de Escobar, persona que pasaba en Valladolid por santa y un si es no es profetisa, la cual, á manera de oráculo, le dijo:

"Que si queria poner á riesgo su salvacion, que huyese; mas si queria salvarse, esperase y sufriese los trabajos que le estaban guardados, sobre los cuales tenia Dios fundada su salvacion y escogídole para su gloria." Con esto, á pesar de que tuvo todo el tiempo necesario para fugarse, no lo quiso hacer: hasta tal punto ofuscaba la razon de los más ilustrados el espíritu supersticioso de la época. Despachóse órden al licenciado Fernando Ramirez Fariñas, del Consejo Real, que entonces visitaba la Chancillería de Valladolid, para que le prendiese y secuestrase sus bienes. Don Fernando una noche, acompañado de gente de confianza, se presentó en casa de D. Rodrigo, y entrando en ella, hízole avisar de que queria besarle la mano. Dijéronle que pasara adelante; pasó y dijo á D. Rodrigo que se diese á prision. Púsole algunos hombres de guarda, y sin dejarle tomar cosa alguna de su casa le pidió las llaves de todo, secuestrándole cuanto en ella habia y llevándole á Medina del Campo. A tiempo que esto pasaba en Valladolid, se embargaban á la mujer de D. Rodrigo todos los bienes que tenia en Madrid, sin dejar ni á ella ni á sus hijas con que abrigarse, hasta que el padre de D. Rodrigo, Francisco Calderon, las acogió bajo su amparo. A D. Rodrigo le llevaron desde Medina á la fortaleza de Montanchez, y habiendo querido el cardenal Trexo, pariente de su mujer, interceder por él y pasar de Roma á Madrid con este objeto, cuando el Rey, que le habia concedido la licencia, tuvo noticia de que habia desembarcado en Barcelona y entraba por Castilla, le envió órden de que se retirase á Burgohondo, de donde era abad, y estuviese allí hasta que se le mandára otra cosa. De esta suerte se le sacó de Roma para que no interpusiera su valimiento con el Papa, y se le impidió defender en Madrid la causa de D. Rodrigo.

En 1619 murió el cardenal arzobispo de Toledo, D. Bernardo de Rojas y Sandoval, tio del duque de Lerma; y el rey, viendo que las rentas del arzobispado eran píngües, pidió el capelo para su hijo D. Fernando, y le nombró arzobispo de Toledo. Tenía este príncipe á la sazon nueve años de edad: sin embargo, el Papa confirmó la eleccion dispensándole la edad y le envió el capelo y las bulas.

Tomáronse muchas declaraciones en la causa de D. Rodrigo, y todos en punto de la muerte de la reina decian que nada sabian

contra él; y en la de Juara, que habian oido hablar de ella, pero que no podian asegurar la culpabilidad de D. Rodrigo. No satisfacía esto á los jueces, é investigando más y más hallaron, entre los objetos embargados en casa de D. Rodrigo, una caja de hilo con cierta especie de muñecas. Sospecharon si en esto habria algo de hechizos y brujerías que tuviese relacion con la muerte de la reina. Consultáronse diversas personas y nadie sabia lo que era aquello, hasta que D. Manuel de Mora, hijo de D. Cristóbal, que habia sido valido de Felipe II, y su representante en Portugal, les dijo, pudiendo apénas contener la risa: "esta es una caja de hilo portugués que allá los deudos ó parientes suelen enviar á nuestras mujeres y en mi casa hay muchas de ellas."

Mientras se seguia la causa de D. Rodrigo, preso en Montanchez, el Rey hizo un viaje á Portugal, á fin de que jurasen por heredero del reino á su hijo D. Felipe. Habiendo salido de Madrid el 22 de Abril de 1619 con el príncipe, la princesa y la infanta doña María, llegó á Elvas el 9 de Mayo por la noche, y al dia siguiente hizo su entrada solemne. El 10 recibió besa-manos en Villaviciosa, al cual acudieron el duque de Braganza, D. Teodosio y su hijo D. Juan, que luego debia ser Don Juan IV de Portugal. De Villaviciosa pasó á Estremoz y de allí á Evora, aposentándose en el convento de Nuestra Señora del Cármen, donde recibió á dos de los más antiguos inquisidores, á la Universidad y al Ayuntamiento. No quiso partirse de Evora sin hacer un acto de Inquisicion: "la más heróica accion, dicen los historiadores de la época, para que fueron por providencia del cielo constituidos en tan eminentes y tan superiores lugares los reyes"... "Las cosas de la fe eran sus ojos; por esto se hallaba tan amenudo en los autos que se hacian en todas las provincias de sus reinos, alentándolos y favoreciéndolos". En efecto, los innumerables autos de fe de aquella época demuestran esta triste verdad.

Ordenó, pues, que se dispusiera todo para un auto de fe, y entre tanto visitó las reliquias y conventos de la ciudad.

El domingo 19 de Mayo de 1619, dia en que celebraba la Iglesia la Pascua del Espíritu Santo, se levantó un solemne teatro en la plaza de Evora, y fueron sacados á ella, estando presentes el Rey y los príncipes, más de ciento veinticuatro penitenciados. Se celebró el auto y se dieron al fuego míseramente cua-

tro hombres y ocho mujeres, con gran satisfaccion de toda la córte y especialmente de S. M., que cenó aquel dia con muy buen apetito.

De Evora pasó la córte á Montemor, y por último, á las tres de la tarde del dia de San Pedro entró en Lisboa con toda pompa en una galera que tenia treinta remos por banda, y llevaba cuatrocientos veinte forzados vestidos de damasco carmesí. Abrió en Lisboa las Córtes, jurándose en ellas á D. Felipe su primogénito por heredero del reino en la gran sala de los Estados, y con todas las solemnidades acostumbradas en Portugal, llevando el estoque, como condestable del reino, el duque de Braganza. Hizo despues el juramento de guardar los fueros y privilegios de Portugal, y visitando luego á Setubal y otras ciudades, entró en Castilla por Badajoz, Mérida y Trujillo, deteniéndose en el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, para hacer oracion ante aquella famosa imágen. Prosiguiendo despues su camino, en Casarubios del Monte cayó enfermo, y allí le llevaron el cuerpo del beato Isidro, patron de Madrid, al cual se encomendó con mucha devocion. Prometió tambien si se curaba hacer que en Roma se declarase la Inmaculada Concepcion de María Santísima, y se canonizasen algunos santos. Mejorado despues el estado de su salud, salió de Casarubios para Madrid el 4 de Diciembre de 1619, y en agradecimiento suplicó al Papa Paulo V que canonizase cuatro santos, á saber: San Isidro, patron de Madrid; Santa Teresa de Jesús; San Francisco Javier, de la Compañía, y San Felipe Neri, presbítero. El Papa hizo la canonizacion, que se celebró en Madrid con gran pompa. Tambien fué canonizado entónces San Raimundo de Peñaflor, y se beatificaron una multitud de otros bienaventurados.

En todo este tiempo no se habia olvidado el Rey de las cosas de D. Rodrigo Calderon, y apenas acabado de convalecer llamó al tribunal que entendia en la causa, y quedándose á solas con sus individuos y cerradas las puertas, el fiscal expuso el estado del proceso, diciendo que, escudriñado rigurosamente el asunto de la muerte de la reina, nada habian hallado por qué culpar á D. Rodrigo, ni en las declaraciones de los que rodeaban á la reina, ni en las de los médicos que la asistieron, ni en el exámen de los remedios que se le dieron, ni en el de los papeles, escritorios y casa

de D. Rodrigo, En cuanto á la muerte de Francisco Juara dijeron que estaba probada. Oido esto por el Rey mandó que se pasase adelante en la causa y se procediese contra D. Rodrigo por las mismas vías y maneras ordinarias que con el hombre más humilde pudieran tomarse. Comprendiendo los jueces la intencion del Rey, mandaron trasladar á D. Rodrigo, de Montanchez á Santorcaz, y allí, pareciéndoles que todavía no le tenian bastante á mano, le detuvieron muy poco tiempo y le trasladaron á Madrid y á su misma casa, donde le encerraron en la pieza más lóbrega y escondida, amueblada con una cama y una silla, cercado de guardias y no dándole sino una módica porcion de alimento. Al otro dia de su llegada á Madrid concurrieron todos los jueces á su casa, y en la sala principal, sentados todos y puestos en forma de tribunal, le hicieron comparecer en pié y descubierto, y empezaron á tomarle declaracion. Respecto de la acusacion de envenenamiento de la reina hizo grandes extremos manifestándose indignado de tal calumnia. Preguntado por la muerte de Juara dijo que, en efecto, le habia hecho matar porque habia hablado indecentemente de su reputacion; que si hubiera sido hombre de calidad le habria matado cuerpo á cuerpo, pero que siendo hombre ruin, habia mandado hacerlo por tercera persona; mas que de estos lances no habia que espantarse porque sucedian á los más cuerdos, y muchos hombres plebeyos andaban libres por Madrid que habian hecho, no una, sino tres ó cuatro muertes en ocasiones semejantes.

Consultaron los jueces al rey, y éste les preguntó si habia alguna otra diligencia que hacer con D. Rodrigo. Respondieron que la última era darle tormento; mas que por razon de las mercedes y oficios que alcanzaba y por tener el hábito de Santiago, no se le podia dar sin contravenir antiguos privilegios, si bien reconocian que la voluntad de Su Majestad era ley que podia derogar todas las demás. Respondió el rey que, no obstante lo alegado, se diese tormento á D. Rodrigo con todo el rigor que mandaban las leyes de aquel tiempo. los del Tribunal pasaron á casa de D. Rodrigo, precedidos de un potro y de un verdugo; llamáronle y le atormentaron horrorosamente, pero sin lograr que declarase más de lo que ya habia declarado.

Avisaron los jueces al rey del ningun resultado del tormento, á lo cual contestó Felipe III que estaba bien y que se siguiese la

causa hasta ponerla en su término. Los jueces entonces dieron licencia á D. Rodrigo para presentar sus defensas; y su padre, su madre y sus hijos, valiéndose de letrados de reputacion, destruyeron los fundamentos de la causa; pero el rey daba largas al asunto sin querer resolver.

El rey, el confesor Aliaga y el duque de Uceda creian que para saber las cosas del cuarto del príncipe eran poderosas la agudeza é inteligencia del conde de Olivares, y con esto el conde iba haciendo su negocio y procurando destruir para tiempo oportuno la privanza del de Uceda y del confesor, sin perjuicio de visitarles diariamente y mostrar mucho celo por su servicio.

Llegó el año de 1620, y en este año el rey de Inglaterra, deseando ganarse la voluntad de Felipe III, envió embajadores que pidieran la mano de la princesa María para el príncipe de Gales. El rey, que á pesar del destierro del duque de Lerma, solia consultarle en algunos negocios graves, dió parte del caso á su antiguo valido, que estaba á la sazon retirado en Valladolid, y el duque contestó que, por su consejo, no se haria lo que pedia Inglaterra. Es notable, porque muestra el carácter de Felipe III, la audiencia que tuvo con el conde de Gondomar, enviado de Inglaterra. Deseando éste satisfacer á su rey, que apretaba por una respuesta definitiva, expuso á Felipe III largamente las razones de política y de conveniencia que aconsejaban aquella alianza; y luego que concluyó su arenga, le dijo el rey: "¿Traeis algunas razones de fe que nos obliguen? Porque las de Estado en este caso no valen ni se sirve á Dios con ellas." El embajador con esta respuesta se quedó admirado, no supo qué contestar y el rey le volvió las espaldas.

Acabado el proceso de D. Rodrigo, se volvió á consultar al rey sobre el asunto; y suponen algunos que Felipe III pensó restituirle en sus oficios y haciendas y darle libertad; pero si lo pensó, no lo hizo, y si tomó alguna resolucion, la aplazó para más adelante; de modo que le sorprendió la muerte antes de resolver nada en esta causa.

El 1.° de Marzo de 1621 adoleció Felipe III de una ardiente calentura y de una fuerte erisipela, que puso en cuidado á los médicos. Algunas reliquias de la enfermedad de Casarubios, el cuidado de algunos negocios que queria desempeñar por sí, el cenar

tarde, y añade un biógrafo que tambien su mucha continencia, porque decia muchas veces que «no sabia cómo criatura humana se atrevia á acostarse en pecado mortal,» le llevaron al sepulcro. Desde luego se figuró que de aquella enfermedad moriria, y no hubo medio de persuadirle de otra cosa. Volvió á pedir la intercesion de la Vírgen y á hablar de hacer declarar dogma la Purísima Concepcion; alarmábase á cada momento su conciencia, y pasaba las horas en contínua congoja, temiendo su condenacion. Lleváronle la imágen de Nuestra Señora de Atocha y el cuerpo de San Isidro; recibió los Sacramentos; hizo nuevo testamento, dejando por testamentarios al duque de Lerma, al de Uceda y otros, y encargó á su sucesor que cerrase los oidos á toda pretension que no fuese católica.

Informado el conde de Olivares por los médicos de las pocas esperanzas de vida que ofrecia el rey, aprovechó el tiempo para hablar al príncipe contra los validos de su padre, y en su casa, que la tenía junto á San Juan, reunió á sus parientes para tomarles consejo. Todos le aconsejaron que, marchando directamente á su objeto, diese un golpe de audacia para calzarse con la privanza. Con esto Olivares volvió al cuarto del príncipe, le dijo el trance en que su padre se hallaba y le pidió licencia para saber por los medios que pudiese el estado de las cosas y el testamento del rey, por que desde allí en adelante queria tomarse la libertad de aconsejarle lo que le conviniera. Diósela el príncipe; pasó al cuarto del rey y encontró al marqués de Malpica, poco aficionado al duque de Lerma y al duque del Infantado cortesano cumplido y adulador eterno del poder. Díjoles á los dos que el príncipe mandaba que estuviesen atentos á las cosas que ordenara su padre, y muy por menudo se las avisasen, y encomendó especialmente al duque del Infantado que pusiese en conocimiento del príncipe lo que resultára de las juntas de médicos, no obstante que esto tocaba al de Uceda como Sumiller de Corps. El del Infantado, lisonjeado con esto, reveló algunas cosas del testamento, y entre otras dijo que el rey, aconsejándose por el de Uceda, habia mandado llamar al duque de Lerma. El de Uceda, en efecto, viendo venir la tempestad, queria ponerse al abrigo de su padre, y el confesor, con la misma prevision, habia buscado tambien la proteccion de la púrpura cardenalicia que vestia el de Lerma. Con estas noticias

el conde de Olivares consultó de nuevo á sus deudos, que temian la vuelta del antiguo valido, y entre todos acordaron que D. Baltasar de Zúñiga, tio de Olivares y consejero de Estado, procurase que el Consejo propusiera al Rey que no volviese el duque de Lerma á la Córte, por tener aquel alto cuerpo que resolver muchas causas pendientes centra él y sus hechuras. Pero no contento con esto el de Olivares, dijo al príncipe que no convenia que volviese el duque, y que para este asunto se informase de su tio D. Baltasar de Zúñiga, hombre de experiencia y madurez. Admitió el principe el consejo, mandó llamar á D. Fernando de Acebedo, presidente del de Castilla, y le previno que inmediatamente enviase un indivíduo del Consejo á decir al duque de Lerma que no pasase los puertos, y si venia ya de camino, que desde el punto en que se hallara volviese á Valladolid. Eligióse para esta comision á D. Alonso de Cabrera, hombre duro de condicion, el cual llevaba dos órdenes firmadas por el príncipe, una como príncipe por si al llegar donde estaba el duque de Lerma vivia todavía el Rey, y otra como Rey por si, á la sazon, hubiera muerto Felipe III.

Mientras esto pasaba, dieron al rey la Extrema-Uncion; y queriendo el duque de Uceda ir á decir al príncipe el estado de su padre, se adelantó el del Infantado y dijo con mucho brío: "Yo soy el que tengo de ir á eso, que así me lo tiene mandado su alteza." A lo cual respondió el de Uceda: "Hágase lo que el príncipe mande."

A las nueve y media de la mañana del miércoles 31 de Marzo de 1621, despues de veintidos años y medio de reinado, murió Felipe III, y al acabar de espirar, pasó el confesor á dar el aviso al nuevo rey Felipe IV. Poco despues concurrieron todos los palaciegos á saludar al astro nuevo que se levantaba.

El príncipe estaba en la cama todavía; y el conde de Olivares entró á decirle que no era hora de reposar, que habia mucho que hacer y así que se levantase. Mandó el príncipe que le corriesen la cortina y pidió la camisa, y á esta sazon entró el duque de Uceda con Juan de Curiza que habia tenido el manejo de los papeles desde que lo dejó D. Rodrigo.

El príncipe, luego que le avisaron que el de Uceda estaba allí se incorporó muy deprisa en la cama, y mandó que en tanto que

se vestia no entrasen en la alcoba más que un gentil-hombre y un ayuda de cámara. Encontráronse en el aposento exterior el conde de Olivares y el de Uceda y allí tuvieron un altercado sobre la venida del duque de Lerma, el cual habia llegado á Villacastin. Allí le encontró D. Alonso de Cabrera; y aunque le presentó las dos cédulas de Felipe IV, no quiso moverse diciendo que era cardenal de la Santa Iglesia Romana, y que como tal sólo el Pontífice tenia jurisdiccion sobre él. Esperó, en efecto, hasta que recibió la noticia de la muerte de Felipe III y entonces se volvió á Valladolid.

El de Uceda, despues de haber entregado los papeles se retiró á su casa, mientras los gentiles hombres de Felipe III amortajaban el cadáver poniéndole un hábito de San Francisco, y Felipe IV recibia los homenages de los infantes Don Cárlos y Don Fernando, los grandes, títulos, obispos, prelados, corporaciones etc. Cuando oyó Don Rodrigo Calderon el clamor de las campanas que anunciaban la muerte de Felipe III, exclamó: *Yo tambien soy muerto*, tan conocidas tenia las intenciones de los que iban á entrar en el poder.

En efecto, al dia siguiente de la muerte del rey, se hicieron grandes mudanzas entre los criados de Palacio. El conde de Olivares, que no tardó en cubrirse de grande de España, obtuvo la privanza, y los principales puestos se dieron á sus parientes, deudos y allegados, "cuyas puertas, dice el biógrafo de Felipe III iban ya tomando otro color, otro relieve y á cuyas personas se hacia más baja la cortesía." Estos magnates mandaron en nombre del rey que se hiciesen nuevas y más apretadas diligencias en la causa de Don Rodrigo; los jueces obedecieron, y no teniendo cosa aparente que castigar más que la muerte de Juara, dictaron la sentencia, en conformidad de los deseos que vieron en el rey y en el ministro. D. Francisco de Contreras votó que por la muerte de Juara fuese condenado Don Rodrigo á pérdida de bienes, títulos y oficios y á ser degollado en la plaza pública de Madrid. D. Diego del Corral, en atencion al tormento y á los padecimientos tan largos de Don Rodrigo, opinó que habia sufrido ya bastante y que no convenia la pena de muerte. Faltaba el voto de D. Luis de Salcedo, que se le habia reservado hasta ver cómo votaba D. Diego del Corral. Salcedo se inclinaba á la clemencia, y en su mano es-

taba salvar ó perder á Don Rodrigo. Por eso le rodearon las influencias de la córte, y por todos los medios que tuvieron á mano consiguieron vencerle y que firmase la sentencia de muerte. La mujer de Don Rodrigo, su suegro y sus hijos acudieron muchísimas veces llorando á los piés del rey, ya á la salida de palacio, ya en el Escorial; pero no encontraron misericordia. Don Rodrigo apeló para mayor número de jueces y le concedieron tres, don Alonso de Cabrera, D. Gaspar de Vallejo y otro, los cuales cedieron á la misma influencia que los primeros, especialmente Cabrera, escogido con particular estudio para acabar de perder á don Rodrigo.

A 14 de Julio de 1621 se le notificó la sentencia, y todavía tardaron tres meses largos en ejecutarla, durante los cuales pasó la mayor parte del tiempo en oracion ó leyendo las obras de Santa Teresa, las del Padre Molina y el *Flos Sanctorum*. Por fin, don Rodrigo fué decapitado, despues de desechadas todas sus súplicas y apelaciones, muriendo con gran serenidad de ánimo.

No contentos los nuevos validos con esta muerte, prendieron á muchos criados del duque de Osuna, á quien ya tenian preso en la Alameda, y tambien al mismo duque de Uceda, al cual sentenciaron en doscientos mil ducados de multa y destierro de la córte por ocho años. El duque de Uceda cayó en una gran melancolía; renunció el cargo de mayordomo mayor, que el de Olivares tomó para sí, y con esto pudo retirarse á su casa. Entónces, sus amigos le llevaron á Toledo y despues á Alcalá, donde le atacó una notable hipocondría. Su padre, el duque de Lerma, le escribia: «Dícenme que os morís de nécio; más temo yo á mis años que á mis enemigos.» En efecto, nada podia consolar de la pérdida de su privanza á aquel valido, que por el poder habia conspirado contra su mismo padre, y murió en 1.° de Mayo de 1624. El duque de Osuna murió tambien pocos meses despues.

En cuanto á las proyectadas bodas del príncipe de Gales con la infanta María, se consultó á los teólogos y catedráticos de Salamanca y de Alcalá sobre si podria casarse la infanta con un hereje. Convinieron despues de mucho disputar en que esto era lícito por razones políticas, y se hicieron capitulaciones; pero como ni por una ni por otra parte habia la intencion de cumplirlas, y como varios teólogos intentasen convertir al catolicismo al prínci-

pe de Gales, el Rey de Inglaterra le mandó volver á su país y romper las negociaciones. Despues la Gran Bretaña nos movió una guerra que nos hizo mucho daño.

Entre las cosas notables que vió el príncipe de Gales en España se cuenta el éxtasis de la madre Luisa de Carrion, mandada llevar á Valladolid para examinar su habilidad milagrera. Era esta una de las muchas monjas de aquel tiempo que ostentaban las cinco llagas, y hacian milagros, y en su convento se repartian cuentas, rosarios y medallas benditos por la predicha madre. Su viaje desde Carrion á Valladolid, segun escribió el corregidor de aquel pueblo al Rey Felipe III, fué una contínua ovacion. De todos los pueblos salian á encontrarla, llevándole los enfermos de todas clases para que los curara; algunos fanáticos se hacian atropellar por su coche; el corregidor de Valladolid conde de Benavente, salió á recibirla y en sus brazos la bajó del carruaje y la introdujo en el convento donde debia aposentarse. Allí continuó sus extásis y allí la vió el príncipe de Gales por gran merced que le hizo la abadesa.

En suma, el reinado de Felipe III precipitó la ruina del país con los muchos millones que gastó en empresas extranjeras y en favorecer á los miembros de su familia en Austria, en Flandes, en Italia y en todas partes; con la expulsion de la parte más industriosa y trabajadora del país; con la fundacion de innumerables conventos y con la supersticion que se extendió como un velo fúnebre desde el palacio á las últimas aldeas. En este tiempo, al paso que se multiplicaron las fundaciones piadosas, las persecuciones y las muertes por rivalidades palaciegas é intrigas de confesores, fueron tambien innumerables los autos de fe rigurosos, la persecucion á los herejes y la contínua confiscacion de sus bienes, que se repartian entre los inquisidores y la real Cámara. Y, sin embargo, la inmoralidad y los crímenes de toda especie crecieron hasta el punto que pocos dias se pasaban sin que hubiera una multitud de muertos, robos y escándalos en la capital.

Tal era el rey que decia que no sabia cómo habia quien quisiera acostarse en pecado mortal.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LA LITERATURA NORTE-AMERICANA

EN EUROPA.

J. Fenimore Cooper.—Harriet Beecher Stowe.—Edgard A. Poe.

I

Va ya siendo costumbre en estos últimos tiempos, estudiar el modo de ser de cada uno de los pueblos que por cualquier concepto figuran en primer término y atraen la atencion del mundo, antes que como materia de pura curiosidad y elemento más ó ménos complejo de la Historia Universal, como experiencia aprovechable en cuanto su vida particular influye en la vida de las demás naciones y su movimiento político, económico, religioso, literario y social, produce ejemplos y lecciones que importa utilizar á las sociedades, ó decaidas ó retrasadas, para que se establezca aquel relativo nivel que busca incesantemente el génio de la civilizacion. Por eso en nuestra época han logrado tan extraordinaria boga los estudios de legislacion y literatura comparadas. Por eso en estos dias los tratados meramente dogmáticos, en punto á religion, van cediendo el puesto á los exegéticos y comparativos, que ocupan hoy á todas las eminencias europeas. Y por eso—en otro órden de ideas—la importancia que han llegado á alcanzar las Exposiciones Universales, cuya celebracion va siendo tan frecuente, que ya punto ménos que

autoriza el anuncio de que en plazo no remoto se habrán de convertir, cuando no en permanentes, sí en anuales, constituyendo uno de los atractivos ordinarios de la vida contemporánea.

En este sentido, pocos pueblos merecen y van logrando una atencion tan esquisita como el que se desenvuelve entre el Atlántico, el Pacífico, el Golfo de Méjico, y los lagos y afluentes del San Lorenzo. Obra de la Edad moderna, y gozando de una vida propia é independiente, que apenas pasa de cien años, en la gran república Norte-America es donde, quizá, puede verse y apreciarse mejor el rico espíritu de la gran época que se abre con el Renacimiento, la Reforma, la Imprenta, la Pólvora, la Brújula y el descubrimiento de América; que informa la Revolucion inglesa, la paz de Westfalia, la política de los Reyes filósofos y el trascendental movimiento francés del 89; y aparece en el primer tercio del siglo que vivimos, imponiendo la emancipacion de las colonias del Nuevo Mundo, el régimen constitucional en Europa, la prensa periódica, el desarrollo del crédito, el predominio de la vida industrial, y la modificacion de las relaciones internacionales por el vapor y la electricidad.

Sólo cerrando los ojos á la evidencia podria negarse el influjo creciente que la aparicion y desenvolvimiento de los Estados-Unidos de América han ejercido, y continúan ejerciendo en el mundo coetáneo; pero es preciso reconocer que el influjo no ha sido igual en todas las esferas. Mientras que en la industrial es inmenso y en la política considerable, en la literaria, no sólo se manifiesta con escasa energía, sino que sus relativamente débiles manifestaciones, reducidas con exageracion por casi todos los críticos, han servido ora de base, ora de pretexto para que generalmente se afirme la nulidad de esa influencia.

Explícase esto principalmente por el desconocimiento, punto ménos que absoluto, que de este lado del Atlántico ha reinado sobre el movimiento literario de los Estados-Unidos, lo cual á su vez procedia de dos causas.

Por una parte, la pobreza de relaciones entre ambos mundos autorizaba todo género de errores, en la apreciacion recíproca de las dos sociedades. Sobre todo en Europa, la idea que el público se tenia formada de las cosas trasatlánticas, llegaba en ocasiones hasta lo extravagante y lo inverosímil. Comun era sostener que

allá en América no se daba dia de órden ni asomo de moralidad; y que si algunos progresos se evidenciaban, eran siempre en la esfera de lo material; porque al demonio de los intereses materiales se hallaba absolutamente entregada aquella sociedad grosera y repugnante. Oyendo que las puertas de la República estaban libremente abiertas á todo el que emigraba de Europa, fuera cualquiera la causa, el pacífico ciudadano del viejo mundo no podia imaginarse que allí existiera otro órden ni otro respeto que los que logra imponer el más fuerte en los patios de nuestros presidios. Y conociendo algun relato de cualquier viajero sobre la vida anormal de los hombres del Oeste, y de sus asombrosas batallas, ora con la naturaleza opulenta y arrolladora del Mississipí, el Misouri y el Rojo, ora con los bravos indios de Arkansas y de Ioawa, el europeo metódico y refinado, con palpable desden, generalizaba á todo el país americano el aspecto rudo, los modos violentos, la existencia azarosa y el espíritu aventurero del *squatter*, que esgrimiendo el hacha y tomando por pátria los bosques, se proclama dueño absoluto de cuanto pisa, ó del *trapper*, del cazador de bisontes y de búfalos, que vive y muere en las llanuras que bañan los afluentes del Missouri y del Columbia, y en los riscos y ventisqueros de las Montañas Rocáceas: séres peregrinos, monstruosos, naturalezas indomables, para quienes, como ha dicho uno de sus más afortunados pintores (1) "la libertad fundada en la razon parece una amenaza, y la misma libertad de los Estados-Unidos, aún semejan á una violencia." Así todos hemos oido asegurar que en la América del Norte la paz nunca existia; que en sus mejores ciudades los pistoletazos menudeaban como en los dias más terribles de una conquista; que los Códigos estaban reducidos á la famosa cuanto nunca explicada *Ley del Lynch*, y en fin, que la vida allí era poco ménos que un prodigio.

El lector bien sabe que no exagero. Como yo él mismo lo habrá visto en cien periódicos y oido de mil bocas. Ahora bien, cuando en lo más fundamental y más de bulto de la vida anglo-americana, tan enormes disparates corrian y eran universalmente aceptados, ¿cómo los ánimos habian de fijarse en aquel movimiento literario? ¿Acaso podia existir en una sociedad semejante? ¡Y cuanto

(1) Sealsfield. Escenas de la vida americana.

no sería menester para dirigir á este punto la atencion pública, cuando tanto ha costado y está costando que en Europa se conozcan los elementos de aquel pueblo, su grande importancia, su admirable porvenir, y aparte algunos defectos que el tiempo corregirá, el valor cierto y la poderosa vitalidad de aquel modo de ser político y social para cuyo elogio basta la consideracion de lo mismo que antes se le criticaba: esto es, de aquella franqueza con que admite en su seno á la emigracion europea, á lo bueno como á lo malo que arroja el viejo mundo, y que en aquellas hospitalarias tierras se convierte en fecundo y aprovechable por la influencia de la ley y la fuerza de las costumbres!

Además, es necesario reconocer que en todo el primer cuarto del siglo actual, el movimiento literario fué en la República escaso y de poco valor. La política, la religion y la industria fueron los objetos preferentes de la inteligencia de aquel pueblo. Y esto el lector lo explicará perfectamente recordando las condiciones que presidieron á la creacion de las colonias norte-americanas y las que acompañaron su desarrollo hasta parar en la gran República de los Estados-Unidos y hacer, como tal, las primeras jornadas en la ancha vía de las naciones libres. La vida artística y literaria (cuando no se reduce á vagidos y esbozos y cuando se trata de estimarla con el alto criterio que por lo ménos inspiran la cultura contemporánea y el espectáculo de los trabajados pueblos europeos) pide ciertas condiciones de calma, desahogo, depuracion y órden que en vano se esperarian de un pueblo naciente, de una sociedad agitada por la vision de un gran destino, y constreñida y preocupada por las necesidades primeras de la existencia. Despues de todo, la literatura es, por un lado, una obra de refinamiento; por otro, un desahogo del espíritu bastante rico y de sobra ansioso para ser absorbido por un sólo empeño y avasallado por la implacable realidad. En este sentido yo soy (y perdonenme los competentes) de los que creen á piés juntillos en la superioridad (generalmente hablando) de la literatura moderna respecto de las antiguas, por la superioridad del estado social, en sus formas y su contenido, respecto de las sociedades pasadas.—Esto así, no puede prescindirse de las condiciones de orígen y desarrollo de los Estados-Unidos—y aún de las que actualmente ofrece—para juzgar con acierto respecto del valor literario y de la influencia en este sentido, de la floreciente República trasatlántica.

Creóse el pueblo americano bajo el doble incentivo del espíritu aventurero que ya en el siglo XVI no tenia espacio en Europa y de las perspectivas del oro y las riquezas con que la palabra pintoresca del legendario Walter Raleigh habia pródigamente obsequiado á las desconocidas tierras de Norte América. Pero muy luego otros elementos vinieron á influir en aquellas comarcas, hasta el punto de dar á la sociedad americana el carácter con que hoy mismo se la distingue. Antes de haber pasado veinticinco años desde la constitucion de la gran colonia de Virginia,—es decir, de la primera, más vasta y más *británica* colonia del Nuevo Mundo, y cuyo espíritu se ha conservado más allende el Atlántico—aquella sociedad habia tomado las formas regulares de un establecimiento definitivo donde no era posible aquella fantasía que tan anchamente habia vivido y campeado en la época movida y poética que en Europa dió de sí, entre otras cosas, la Caballería y las Cruzadas. Bien por lo contrario lo que allí domina, á partir de la segunda mitad del siglo XVII, es un poderoso sentido práctico y positivo que lleva, primeramente, á la preocupacion del interés económico y el desarrollo mercantil del país; despues á la atencion detenida de los negocios interiores de la comarca, base á su vez de un cierto desenvolvimiento político: sentido que á la vez correspondia á la índole de la raza colonizadora, á la naturaleza de la colonizacion moderna, y por último, al espíritu general de la época en que tales empresas de exteriorizacion se realizan. Y todo esto arraiga más y crece más en la segunda mitad del siglo XVII y buena parte del XVIII, por la inmigracion en Virginia y en todo el Sur de los que despues habian de constituir los Estados-Unidos americanos, ora de los elementos conservadores arrojados del Reino Unido por las luchas políticas que llenan el agitado período de la revolucion de 1648, la república, la restauracion de los Estuardos, el advenimiento de los Orange y las tentativas jacobistas, ora de los obreros contratados (*indented servants*), los presos (*convicted servants*) y los negros de las Antillas y de Africa, que constituyen el núcleo de la *esclavitud* negra y blanca, llamada á producir inmensos conflictos y una crisis aterradora en la naciente república.

En el Norte, es decir, en los países situados por cima del Cabo Fear y del rio Potomac, ya varían en cierto modo las condiciones

por la presencia y la accion predominante de un nuevo elemento: del elemento religioso, á su vez condicionado de un modo harto desemejante á como se daba y movia en el viejo continente. De los puritanos, emigrados de Inglaterra por causa de la intolerancia anglicana, salió un grupo de provincias (Rho de Island, Conneticut, New Haveu, etc., etc.,) mientras á su lado, y en demanda no ya sólo de pan ó de riquezas, sí que de paz y de libertad religiosa, se establecieron los quákeros de Pensilvania y los católicos de Maryland. Una cierta preocupacion moral, unida al espíritu particularista de la raza británica y al abandono que la Metrópoli hizo de la gestion de los negocios de las colonias septentrionales, fueron los toques característicos de la vida primitiva de los Estados del Norte. Nada más extraño á aquella sociedad que el espíritu poético: como nada más extraño, aunque por otros motivos, á la sociedad sudista.

El tiempo, léjos de traer aquél espíritu, no hizo otra cosa que favorecer en aquellos países (lo mismo en los septentrionales que en los meridionales), la aparicion y desarrollo excepcional de un nuevo factor: la vida política. Y esta, venida al Nuevo Mundo por distintos caminos, llega á imponerse de tal suerte que es la general, la característica, la absorbente de aquellas Colonias durante el siglo XVIII, y despues del pueblo independiente, de la Gran República, casi hasta los dias mismos en que vivimos. No podia suceder otra cosa, dados los orígenes de aquella sociedad, las guerras de 1750 en adelante, y la ley general de la época novísima, en la cual los Estados-Unidos se consolidan.

La imaginacion, pues, tomó poca ó ninguna parte en la vida de la sociedad americana; y si algo hizo ya bien entrado el siglo actual, fué bajo la influencia, exagerada y omnipotente de la literatura inglesa; influencia si bien mucho menor, aún no perdida, y que se palpa á la hora presente en los trabajos de los primeros historiadores, filósofos y poetas de la América del Norte. Así es muy frecuente entre los doctos tachar á esta literatura de falta de verdadera originalidad, debida á la juventud de aquel pueblo que no le permite tener una historia literaria nacional, un clasicismo propio, sino que para hacer su educacion literaria se ha visto forzado, y aún lo está, á poner los ojos en los grandes maestros de la metrópoli, cuando no en algun otro país del continente europeo, co-

mo bien se comprende reparando en la herogeneidad original de la poblacion americana que la hace mirar en rigor como antepasados lo mismo á ingleses y á alemanes, que á naturales de alguna otra comarca, cuya lengua más ó ménos conoce, que con frecuencia posee y aun que ejercita en no pocas ocasiones.

Hoy, cierto es que un movimiento literario, considerable en cantidad y calidad, se advierte al otro lado del Atlántico; y no lo es ménos que todos los dias adquiere nuevo vigor y desarrollo, gracias á la adhesion estimuladora de la gran mayoría del país, que presta base sólida en los clubs, á las lecturas, y á las publicaciones de todo género, siendo de advertir que este apoyo es tan generoso, que al par que los escritores norte-americanos, lo disfrutran muchos ingleses, hasta el punto de que algunos de éstos (Dickens y Thackeray sobre todo), gocen en los Estados-Unidos de mayor popularidad si cabe que en la misma Inglaterra. Citar nombres de los representantes más autorizados de este movimiento literario, que ahora con facilidad se nota en la República norte-americana, apenas si mereciera el trabajo de escribirlos (toda vez que no hubiéramos de consagrarnos á un estudio sério sobre aquella novísima literatura), si el asunto fuera más familiar al comun de los lectores europeos, y no trajese su utilidad el advertir con insistencia y á riesgo de dar en importunidad pedantesca, que más allá del Océano hay materia digna de particular atencion y provechoso empleo para la inteligencia del literato y del historiador. Hernan Melville, con sus fantásticos y alegóricos viajes por la Polinesia; Cooper, con su *Piloto* y sus demás novelas marítimas, Longfellow (el más sentido, el más poeta de todos los anglo-americanos, y muy digno rival de los que, en su género, cuenta el viejo mundo contemporáneo) con su tierna *Evangelina*, aquella inocente víctima de la intolerancia religiosa en la misma América: Current-Bryant, con sus *Edades* y con sus poemas, tan serenos, tan dulces, tan patéticos, dedicados á la tranquila vida de los indios en medio de sus valles ricos de vahos, colores y frescura, antes de que el implacable pionner arrojase de ellos á los sencillos compatriotas de la bella Pocahontas; Irving, con su *Prairie*, sus deliciosos *Bosquejos de la vida americana* y sus afamados *Cuentos de un viajero*; Enriqueta Beecher Stowe, la ilustre amiga de la libertad, la mil veces aclamada y bendecida autora de la

Choza del tio Tomás; Edgard Poe, el cuentista extraordinario y poeta singular; Hauethorne, el escritor psicologo de la *Casa de las siete llaves* y de la *Letra roja*; Cárlos Sealsfield, novelista peregrino, que así escribe en inglés su *Tokeah* ó la *Rosa blanca*, como en aleman su *Morton*, y sobre todo, sus *Escenas de la vida americana*, dedicado á popularizar en ambos mundos las excelencias del órden social de la república trasatlántica; y saliendo de estos nombres puramente literios, Bancroft, el renombrado historiador de los Estados-Unidos, Ticknor, el profundo conocedor de la literatura española; el filósofo racionalista, Parker; el teólogo Chalmer; los jurisconsultos Story y Kent y Lieber; Jorge Buch, el eminente orientalista y hebraizante; el panteista Emerson, autor de los *Hombres representativos* y de unos célebres *Essays*: Mahrs, filósofo y erudito; el economista Carey; Sparks, el afamado biógrafo americano; Eliot, el historiador de la "libertad;" Draper, el profundo autor de la *Hstoria del desenvolvimiento intelectual de Europa*; Wheaton y Laurence, los tratadistas de *Derecho Internacional* rivales de Heffter y Bluntschli; Agassiz, el naturalista, y tantos otros que ahora á la pluma ó á la memoria se escapan, forman el brillantísimo cuadro de la aristocracia intelectual de los Estados-Unidos, de ese gremio de los mejores, libre y sinceramente reconocido en medio de una gran república que ha consolidado la igualdad más grande y más fecunda que hoy se conoce en el mundo.

Pero ya lo he dicho: este movimiento literario de que ahora hablo, es muy moderno, es novísimo; comenzó hace cuarenta años, y su fuerza mayor data de mucho ménos. De modo que para conocer al que le habia precedido, el curioso hubiera necesitado fijarse detenidamente en el pormenor de la vida americana, ó acudir á libros como el de Griswold (el más hojeado por los pocos que de estas cosas han escrito en Francia é Inglaterra), "sobre *Los poetas y la poesía de América*", y de él sacar noticias de los escritores que satisficieron las primeras exigencias de aquel público. Esto, sin embargo, no era de esperar ni se podia pedir á la masa ilustrada de Europa. Los críticos, los aficionados, la aristocracia intelectual, en ninguna parte puede dedicarse á lo menudo, al movimiento solamente iniciado, á la literatura infante; y es necesario, para que su atencion se fije, que esta literatura tome

cierto vuelo, y encargue su digna representacion á talentos privilegiados, á inteligencias que exijan respeto. Ahora es cuando esto comienza en los Estados-Unidos, y uniéndose al desarrollo literario su nuevo y estrepitoso movimiento político é industrial, consigue en este instante que la atencion de los doctos en ello se fije. Así se comprende como en poco más de dos años las empresas europeas, las de Tauchnitz de Leipzig, Lacroix de Bruselas, Levy de París y otras varias dan al público ediciones, ya originales, ya traducidas, de los escritores más afamados de Norte-América.

Sin embargo, áun antes de esta revolucion, algun que otro escritor trasatlántico habia logrado forzar la indiferencia europea: suceso de alguna importancia si se advierte que no fueron sólo Inglaterra y Alemania, docta é investigadora esta, y aquella muy ligada á los Estados-Unidos cuando menos por la lengua, las que se fijaron en las obras americanas de que quiero hablar. El hecho se verificó hasta en los países latinos... hasta en nuestra misma España.

Desde luego prescindo de Prescott y de Irving, cuyos nombres estarán ya en la boca de algun lector. En primer lugar, el último es aquí y en toda Europa conocido precisamente, por lo que siendo muy notable, sin embargo, no es lo que le dió el justo realce de que en América goza su memoria. Así que si existen ediciones de su *Conquista de Granada* y de su vida de *Cristobal Colon*, apenas hay quien entre nosotros conozca su *Sketch Book* y ni áun siquiera sus *Cuentos de la Alhambra*. En cuanto á Prescott, algo más apreciado ha sido en Europa, que pudo leer hace tiempo sus *Historias de los Reyes Católicos y de la Conquista de Méjico* y la última de *Felipe II*;—porque es de advertir, que al otro lado de Océano son muy estimadas las cosas españolas. Sin embargo, una de las primeras obras, si no la mejor de Prescott, ha yacido en el olvido hasta recientísima época. Me refiero á la *Historia de la Conquista del Perú*, ahora traducida en Bélgica por el editor Lacroix. Más prescindiendo de que este conocimiento de los escritores citados, no pasa de una veintena de años á esta parte, obsérvese que por su carácter de historiadores, por la materia general, por decirlo así, que han tratado, nadie leyéndolos habia tenido que reparar en su nacionalidad y que por tanto con ellos no ha podido en puridad comenzar el conocimiento

de la literatura americana en Europa. Dígase en conciencia, si ha sucedido lo mismo con Enriqueta Beecker Stowe, con Fenimore Cooper y con Edgard Poe.

II

No la generacion presente, que sabe de memoria las novelas de Dumas, hijo, y los entretenimientos de Alfonso Karr, si que aquella otra crecida entre *El conde de Monte-Cristo*, *Los misterios de París*, las angustias del *tio Goriot* y las pasiones de *Indiana*, podrá recordar los ya remotos dias en que la prensa española llenaba sus folletines con las novelas marítimas de Fenimore Cooper, alternando con las celebradas descripciones y los famosos cuentos de Walter Scott. La boga del novelista escocés y del escritor americano, cuyas analogías son evidentes y cuyo estudio comparativo tantas veces se ha hecho, fué extraordinaria allá por los años de 1840, y durante mucho tiempo la influencia de entrambos narradores se hizo sentir en toda la Europa continental, y por tanto, en nuestra España, determinando la aparicion de una série de novelistas y un catálogo de novelas *montañosas y oceánicas*, históricas y trágicas que para bien de la literatura y aun el honor de la patria, devoró la furia romántica de los contemporáneos de *Lucía de Lamermoor* y de *El Piloto*, al punto de no dejar de ellas ni rastro en aquel los famosos puestos de la Trinidad y de la calle de San Ricardo, en cuyos agobiados estantes todos alcanzamos *La vida de un jugador* y *Borrascas del corazon*.

En rigor, la escuela de Walter Scott y de Fenimore Cooper es la misma, bien que el primero, ya por razon de prioridad de tiempo, ya por la belleza de estilo pase por el maestro, quedando para el segundo el mérito superior de la viveza del colorido y la exactitud de las descripciones. La novela histórica y descriptiva es el género de ambos escritores, y en este concepto tiene grande importancia su influjo en la literatura contemporánea; pero las materias sobre que uno y otro ejercitan sus valiosas facultades son bien diversas. El mundo del novelista escocés es la montaña, el castillo señorial, el resonante lago, el misterioso caballero, el enano terrible, los mónstruos enamorados y las noches de luna. Su historia es la de la Edad Media, con sus poéticas vaguedades, sus

sombras prestigiosas, sus almenas y puentes levadizos, sus abadías y sus catedrales, sus castellanas y sus villanos, sus trovadores y sus aventureros... De aquel tiempo y de aquel teatro son *Rob-Roy*, *Ivanhoe*, *Waberley*, los *Puritanos de Escocia*, la *Prometida de Lamermoor*, la *Prision de Edimburgo*, la *Leyenda de Moutrose* y *Quintin Durward*.

La época y el mundo de Cooper son otros. Aquella, la edad contemporánea: este, el mar y el bosque y la pradera americana. Es decir, dos inmensidades. La originalidad de Cooper en este sentido, sólo puede compararse á la extraordinaria sorpresa que sus libros produjeron. Por grande que sea el mérito de Walter Scott, por afirmada que se halle la superioridad literaria del aplaudido poeta de la *Dama del Lago* y de la *Muchacha de Perch*, es imposible desconocer que su escenario, sus perspectivas y sus personajes no eran, ni con mucho, extraños á una generacion educada en el romanticismo de los Schlegel, los Tieck y todos los grandes enamorados de la Edad Media, que con sus baladas, sus leyendas y sus dramas excitan y preocupan al viejo mundo desde los últimos años del siglo XVIII hasta el primer tercio del corriente. Los temas de aquellos bellísimos trabajos estaban al alcance del comun de las gentes... Pero el mar, sus tempestades, sus amplitudes, su serenidad, sus abismos, la vida íntima del marinero, los combates navales, el lobo marino, el corsario... ¡oh! todo esto era verdaderamente una revelacion, una sorpresa. Y al consagrar Fenimore Cooper su brillante pluma á esta materia, indudablemente marcaba un rumbo desconocido y ponia de su parte todas las ventajas de la novedad. No sucedia ménos por lo que hace al segundo tema de sus novelas. El corazon agreste y salvaje de la América septentrional; las magnificencias de una flora vírgen y de una fauna del todo ignorada: las soledades del Oeste, las exhuberantes márgenes del Mississipí, del San Lorenzo, del Susquehanna, del Potomac: las crestas y las vertientes de los Apalaches; los agitados lagos del Norte; la caza del búfalo, del gamo, del castor, del oso; la agitada existencia del *rapper*; las luchas desesperadoras del *pioneer*: la vida tranquila y triste del indio en el seno de una naturaleza colosal... todo debia ser encantador y originalísimo para un mundo, como el europeo del siglo décimo nono, nacido y criado completamente fuera de tales espectáculos,

hecho, por el contrario, á la prosa de una vida un tanto regular y metódica, pero excitado ahora por los vuelos de la escuela romántica y las sugestiones del nuevo espíritu político á sueños y aspiraciones de un cierto idealismo, que por contradiccion perfectamente explicable, llevaba á la adoracion ciega de todo cuanto parecia como manifestacion sencilla y pura de la madre Naturaleza.

La reputacion, pues, de Cooper se hizo en Europa sobre este terreno. A pesar de haberse traducido todas sus obras á casi todos los idiomas conocidos, inclusos los orientales (1), es difícil entrever que fuera de América se le considere de otro modo que como un felicísimo, tal vez incomparable pintor de las escenas de la vida marítima y de la existencia salvaje de los indios americanos. *El corsario rojo*, *Los leones de la mar*, *Los dos almirantes*, *En tierra y á flote*, *El espumador de los mares*, y sobre todo *El piloto*, hé aquí sus títulos en el primer concepto. En el segundo, *El matador de gamos*, *El guía del lago Ontario*, *El último de los mohicanos*, *Los pioneers* y la *Pradera*, son principalmente los segundos.

Y, sin embargo, aparte de estos dos grupos de novelas, que indudablemente caracterizan á Cooper, y en los cuales se hallan sus dos mejores obras, hay otros de no menor importancia, y uno de ellos de tal monta, que si de él se prescindiera, se desconoceria otro de los más señalados caractéres del escritor americano. Antes decia que la época predilecta (única casi) de Walter Scott, era la Edad Media. Pues la época de Fenimore Cooper es la suya propia, la de la revolucion de las trece colonias de 1776, la de la creacion de la República norte-americana. Todas sus novelas (en inmensa mayoría, rigorosamente hablando), á este período se refieren; sus personajes (velados con éste ó aquél nombre), son los personajes de la Revolucion; la vida de los indios la trata siempre en relacion con los orígenes y desarrollo de la sociedad norte americana y sus descripciones marítimas más celebradas siempre tienen que ver con alguna empresa del naciente pueblo. En tal sentido, es

(1) En este momento veo anunciado, por el librero Garnier, de París, el tomo 14 de la vigésima quinta edicion francesa de Cooper. La primera completa, en 25 tomos, 8.°, traduccion de Defaucompret. data de 1838-45.—La de Tauchnitz de Leipsic, es de 1842 en adelante hasta 1872.

un escritor verdaderamente nacional, como ahora lo son Erkman-Chatriam, en Francia, y entre nosotros pretende serlo mi por tantos conceptos estimado amigo Perez Galdós.

Modelo, bajo este punto de vista, es el *El Espía*, novela publicada en 1821, y que atrajo la atencion pública sobre Cooper, que á la sazon tenia treinta y dos años, y que ya habia escrito en el mismo de 1821 otra (la primera del insigne americano) titulada *Precaution*, apenas conocida hoy, y que al decir de críticos muy favorables al autor, no tan sólo pasó en medio de la general indiferencia, si que por ella nunca se hubiera podido anunciar el éxito que luego tuvieron el *Ultimo de los mohicanos*, y aun el mismo *Espía*. Redúcese esta novela á las dramáticas aventuras y terribles angustias de un hombre honrado que por patriotismo se resuelve á desempeñar el cargo oprobioso de espía, durante la guerra de la Independencia, y en obsequio de la naciente república, cuyos orígenes y cuyos *padres* (singularmente Washington), aparecen descritos de mano maestra al lado de la interesante figura de Harvéy Birch (la más dramática de todas las creaciones de Cooper, dice un crítico) que á su pátria *sacrifica*, no sólo su vida, sino hasta su honor. De análogo carácter son *Liones Lincoln* (publicada en 1827) y *Los puritanos* (en 1828).

Pero el espíritu patriótico ó nacional (llámesele como se quiera) se vé asímismo en todas las demás novelas, aún cuando el objeto principal de estas no sea precisamente la narracion de un asunto de aquel carácter. Por ejemplo, en el *Piloto* (considerado á la altura del *Ultimo de los Mohicanos*, y entrambas obras tenidas por las dos mejores de Cooper) bien que todo el interés se concentre en aquellos dos misteriosos barcos que llegan al piéde Westminsterpara ponerse á las órdenes de un silencioso y desconocido piloto, y por un acto de inconcebible audacia arrancar de las salas del Parlamento británito á un cierto grupo de eminencias que en seguida habian de ser trasladadas á América y retenidas allí como rehenes; (propósito malogrado por haberse entretenido los dos oficiales capitanes de los barcos con dos jóvenes reclusas de una abadía inmediata) bien que todo el interés se contraiga al fracaso de aquella tentativa, al robo de las jóvenes, á la huida de los barcos á través de la escuadra inglesa y á la vida de los amantes, del piloto y de los marinos á bordo y en alta mar, hasta el desenlace

trágico de las bodas de raptores y robadas, no puede prescindir el lector de que el fondo de esta aventura es un hecho histórico y el misterioso cuanto bravo y magnánimo piloto no es otro que el escocés Paul Jones, puesto al servicio de los rebeldes americanos durante la guerra de la Independencia.

Ménos palpable, pero no ménos cierto es aquel espíritu en las novelas campestres, (digámoslo así) de Cooper. Forman estas (á lo ménos las principales) una verdadera série; de tal suerte, que los héroes son generalmente los mismos, y de ordinario indios. El principal personage, aquel descendiente de europeos, llevado por sus gustos á la vida de semi-salvage, y que se llama *Carabina larga en el Último de los mohicanos* (que se publicó en 1826), es el *Matador de gamos* y el *Guía del Ontario* de las novelas de estos nombres (que vieron la luz en el año 22), el *Medias de cuero* del *Pionner* (de 1823 y el *Trapper* de la *Pradera* (de 1827). La accion se desarrolla desde 1750 á principios del siglo corriente: es decir, en la época en que no solo estaban ya fundadas todas las colonias que á poco se alzaron contra Inglaterra (pues que las últimas, que fueron las Carolinas y Georgia, datan respectivamente de 1729 y 1733), si que la colonizacion habia tomado gran vuelo, comenzando las discusiones entre las dependencias y la Metrópoli, que habian de producir el movimiento insurreccional de 1776. La escena es el vasto y hoy pobladísimo espacio que limitan el Atlántico, el Potomac y la vertiente oriental de los Apataches y el asunto los progresos de la colonizacion, las dificultades de los colonos, (ora para extenderse por el Norte y el Oeste, ora para sostener la comunicacion entre sus establecimientos) la tristeza de los indios y á las veces su desesperacion al sentir los progresos del invasor, los encantos de la vida agreste, las peripecias de la vida del cazador, los secretos del bosque, los grandes espectáculos de la naturaleza, la lucha de esta con la civilizacion, etc., etc. Por manera, que si á primera vista no aparece aquí el interés patriótico del *Espía* y aun del *Piloto*, no es difícil al cabo referir todo el contenido de estas novelas campestres al interés general que entrañan las empresas civilizadoras de la colonizacion británica y del desarrollo de la gran República de los Washington y los Jefferson en América. Y esto se ve bien en *El último mohicano*, reducida á pintar las aventuras, á traves del bosque, de un capitan encargado de conducir de una

colonia á otra á dos señoritas, y que extraviado por la perfidia y el rencor de un indio, debe su salvacion, junto con la de una de sus compañeras, al auxilio que le prestan así aquel excéntrico apellidado *Carabina larga*, que huyendo de la civilizacion se habia refugiado en el monte, cuanto á dos nobles indios, los últimos restos de las antiguas tríbus que habian poblado las llanuras de Delaware.

Todavía hay un cuarto grupo de novelas de Cooper, punto ménos que desconocido de la generalidad de los lectores europeos, y eso que precisamente, y bien al contrario de casi todos los trabajos del fecundo americano, su asunto es la vida del viejo mundo. Me refiero á las novelas políticas; esto es, *La bruja de las Fuentes*, *El Bravo*, *El Heidenmauer*, *El verdugo de Berna*, publicadas de 1831 á 1833, en las cuales el autor, inspirándose en el sentido democrático revolucionario de Europa, y tomando por motivos varios de la historia de Italia y Alemania, tiende á escitar á las muchedumbres contra las viejas aristocracias. Fuera de su terreno acostumbrado, Cooper no obtuvo un gran éxito en estas novelas.

Aún el escritor americano cuenta aparte de todas las obras mencionadas (y no he citado expresamente más que aquellas generalmente celebradas allende el Atlántico), otras de diversa índole, que mantienen el valor literario y la representacion intelectual del nombre de Cooper. De sus viajes por Europa resultaron los seis volúmenes editados en Nueva-York desde 1830 á 1832, con el título de *Gleanings in Europe*, donde aparecen revueltas las observaciones y notas del *turista*. Suya es tambien una *Historia de la marina americana*, editada en 1839, de notorio mérito y grande autoridad allende el Océano, y suyos tambien los dos libros que en 1850, (despues de la muerte del insigne escritor) publicó su hija Susana con los títulos de *Horas de campo* y *Razon de la vida del campo*.

Cooper fué uno de los escritores en cuyas obras se tradujeron más y mejor las impresiones y peripecias de su vida. Nacido en la comodidad hácia 1789, en Burlington de Nueva Jersey, apenas cumplió los diez y seis años abrazó la carrera de marina, entrando de *midshipman* en un barco americano. Cinco años (hasta 1810) continuó dedicado á los rudos trabajos de difíciles navegaciones,

de las cuales sacó la mayor parte de los dramáticos incidentes y los cuadros brillantísimos de sus novelas marítimas, pudiendo decirse que en el mar formó sus primeras ideas, dada la poca aplicacion que habia demostrado antes en un colegio de Nueva-Haven. A poco de retirado de la carrera naval, Fenimore Cooper se instaló á orillas del lago de Otsego, en una bellísima posesion apellidada Cooperstown, creada por el padre del novelista, y donde Fenimore lanzó el postrer suspiro en 1851, precisamente la víspera del sexugésimo aniversario de su nacimiento, el 14 de Setiembre. En aquella encantadora hacienda, no léjos de Nueva-York, vivió hasta 1826, escribiendo en ella sus primeras y quizá sus mejores obras: *El Espía*, que es de 1821; *El Piloto*, de 1823, *Los Pionneers* (ó las fuentes del Susquehana), de 1822, y hasta *El Ultimo de los Mohicanos*; es decir, que allí coordinó sus recuerdos de la agitada vida del Océano y allí recogió las grandes inspiraciones de la vida del campo.

Desde 1827 á 1831 se nos presenta el escritor americano en Europa. Traido al viejo mundo por la necesidad de atender á su salud, luego se instala en Francia (en Lyon) y en Dresde, desempeñando por algun tiempo el cargo de cónsul de los Estados-Unidos. Allí concibe y escribe sus novelas políticas y con ellas una série de notables cartas sobre el carácter y situacion de le república Norte-Americana, que publicó *Le National*, de París, contestando á graves inculpaciones de la *Revue Britanique*, que por tanto tiempo, con tanto éxito y casi siempre con sentido conservador dirigió Amadée Pichot.

A los cuarenta y dos años—esto es, en 1832—Cooper estaba de regreso en Copers'town, despues de haber recorrido todo el centro de Europa, Inglaterra é Italia: y desde entonces no volvió á salir, en los veinticuatro años que le quedaron de vida, de su magnífica posesion, donde escribió la mayoría de sus libros, hasta llegar al titulado *The Ways of the Hour*, que lleva la fecha de 1850 y es el postrero.

III

Precisamente por esta misma fecha veia la luz en las columnas de un periódico de Washington, *La Era Nacional*, una série

de bosquejos de la triste vida del esclavo, los cuales, acogidos con gran calor por la opinion pública, fueron á los dos años (en 1852) coleccionados y editados en Boston con el título de *La Choza del Tio Tomás* (*Uncle Tom's Cabin*). El éxito fué colosal: en sólo un año, un editor americano, Jervett, llegó á vender 305.000 ejemplares, y reproducida millares de veces en todos los países del Nuevo y Viejo mundo, aquella obra puede asegurarse que ha sido la más popular de la literatura contemporánea. No bastando á satisfacer la pasion del público, bajo la forma de novela, los arregladores de entrambos continentes la convirtieron en drama, y en el teatro volvió á obtener un éxito tan extraordinario como el logrado hasta entonces, bajo su forma originaria, y hoy mismo, á pesar de que todos casi tenemos olvidados de puro sabidos los incidentes de aquel conmovedor libro, y á despecho de las nuevas corrientes literarias que prescinden del *Terremoto de la Martinica*, *Bruno el Tejedor*, *La huérfana de Bruselas* y otros melodramas por el estilo para imponer los dramas de Augier, de Dumas hijo y de Tamayo, todavía el público acude, llora, se exalta, grita, se enfurece, rie y aplaude, como si se tratára de un asunto de última novedad, cuantas veces los teatros de tercer órden dentro y fuera de España, exhiben la choza del honrado Tom, el mercado de esclavos, el martirio del viejo cuanto incomparable negro, la fuga al Canadá de los atropellados esposos, la nobleza del agobiabo Shelby, las angustias de la infeliz Elisa, la perversidad de Haley el traficante, los generosos arranques del senador Bird, la abyeccion de Zambo, la barbarie de Legris, y, en fin, todo lo más saliente de la famosísima novela abolicionista de la inspirada Enriqueta Beecher Stowe.

El nombre del autor está dicho: es el de una mujer. Nacida en 1812, en Lichfield (Conneticut) de una familia tan ilustrada cuanto piadosa, á los 24 años se enlazó con el doctor Calvin Stowe, profesor de literatura, primero de Darmouth, y despues en el seminario de Laune, en Ohio, cerca de Cincinati.

Procedian los Beecher de un herrero de Nueva Haven, que fué el abuelo de la ilustre Enriqueta. Su padre Liman Beecher fué un consumado teólogo de la Iglesia evangélica, adversario feliz de Channing, contra cuya escuela combatió enérgicamente desde 1810 á 1826, llegando á ser colocado en 1832 al frente del

seminario de Lane. Pero su viva oposicion á la esclavitud y sus ardientes discursos abolicionistas le obligaron el año 50 á salir de la vecindad del Kentuky y de Indiana, trasladándose á la sagrada Boston, donde continuó hasta cumplir ochenta y ocho años, siendo conocido así por sus anteriores trabajos como por los nuevos que emprendió en obsequio de una de aquellas sociedades de templanza que en los países sajones han ejercido tan benéfico influjo en lo tocante á la dulcificacion de las costumbres y la moralizacion de las masas. Nueve hijos tuvo Liman: casi todos distinguidos por su talento su ilustracion y sobre todo su piedad. Eduardo fué profesor en muchos colegios y pastor protestante en Boston. Cárlos, notable teólogo y tambien ministro evangélico y Enrique ha pasado por el primer orador sagrado de los Estados-Unidos, abolicionista ardentísimo, fundador del periódico religioso *El Independiente*, y autor de una obra intitulada *Pensamientos de la vida*, que alcanzó escepcional éxito en 1858. La familia contaba dos hembras: Catalina y Enriqueta, la menor de todos. Aquella logró en la República un alto prestigio por la voluntad y la inteligencia que puso en la obra de la educacion de la mujer. Dedicada á institutriz desde muy jóven, luego fundó la escuela de Hartford, enseguida la de Cincinati, y llegó su propósito hasta la creacion de un colegio normal de maestras para toda la Union. La enfermedad la atajó en el camino; pero el quebrantamiento de su salud no fué parte á que dejase de escribir innumerables pequeños libros de educacion é instruccion, universalmente estimados allende el Atlántico.

En el seno de esta noble y virtuosa familia nació la ilustre escritora de *La Choza del tio Tom*: y bajo los auspicios de su hermana Catalina se crió, tomando activa parte en todas las empresas de esta, siendo como ella, institutriz, enseñando con ella en Hartford y retirándose á Cincinati al lado de su padre, cuando Catalina, por motivo de salud, tuvo que descansar á orillas del Ohio.

Del primer período de su vida sólo hay unos ensayos y novelitas que, bajo el título de *Flores de Mayo*, se publicaron reunidos en 1836. Su obra maestra data de 1850, cuando la insigne escritora tenia 36 años y llevaba trece ó catorce de casada con el doctor Stowe, cuyo radicalismo abolicionista rivalizaba con el de

su suegro, y fué causa de tener que abandonar el Ohio, encontrando felizmente otra cátedra de literatura bíblica en Andower, en Massachussets. En 1852 aparece un nuevo libro de la menor de los Beecher: *Llave de la choza del tio Tom*, ó mejor dicho, demostracion por medio de datos y hechos sucedidos á la vista de la autora de todo cuanto en la célebre novela se habia afirmado y que los esclavistas vergonzantes calificaban de meras declamaciones y exageraciones poéticas. De 1853 á 54, los esposos Stowe vienen á Europa y recorren como viajeros observadores el Rhin, Suiza, Francia é Inglaterra, de cuya excursion salen los *Recuerdos de países extraños*, de 1856: y ya de regreso en América lady Harriet, escribe la *Seduccion de un ministro*, en 1859 y *Arnés de Sorrento* en 1861.

Pero su obra es y será *Uncle Tom's Cabin*, porque aun dado que su talento literario hubiera crecido, jamás las circunstancias habian de favorecer tan excepcionalmente el éxito de una obra, como las que acompañaron á la exhibicion de las grandezas y desventuras del viejo esclavo de los Shelby.

El libro de 1850 no fué simplemente una novela más ó ménos interesante, mejor ó peor escrita: no un trabajo filosófico ó literario sobre un fondo permanente, sobre un asunto que en todas y cada una de sus partes habria de excitar siempre un entusiasmo, una pasion, como la que indudablemente excitó hace ya treinta años. Aparte su mérito absoluto, sobre este mérito, quizá, está su carácter esencialmente político.

Eran los dias de su aparicion aquellos en que el problema de la esclavitud de los negros preocupaba más sériamente, así á los Estados-Unidos de América como á todas las naciones europeas, que tenian colonias allende el Atlántico. Despues de la terrible catástrofe de Haiti, (atribuida no sé si con torpe intencion y por grosera ignorancia á los decretos abolicionistas de la Convencion francesa, cuando es notorio que la fecha de estos es 1793, y la de aquellos 1804,) es decir, despues del decreto de Napoleon I, que restauró la servidumbre y quiso reducir otra vez á esclavos á los que ya eran libres de diez años atrás, y luego de trascurridos veintinueve años de aquella inmensa tempestad de odios y de sangre, la discreta y previsora Inglaterra habia impuesto (en 1833) la emancipacion de los negros á sus Antillas, al Cabo y á todas las

demás colonias y Francia, bajo la inspiracion de la revolucion del 48, habia decretado la redencion de los esclavos de Martinica, Guadalupe, Guyan y la Reunion. El ejemplo era terrible para los esclavistas, poderosos en los Gobiernos de Europa; alentador para las sociedades abolicionistas que aquende el mar agitaban la opinion. En los Estados-Unidos el asunto revestía mucha mayor gravedad.

Aquellos veinte negros esclavos que en 1620 desembarcó en la Virginia un barco holandés, se habian convertido la víspera de la independencia americana en 300.000, y á mediados del siglo corriente llegaban á más de tres millones, casi todos agrupados en los Estados del Sur, constituyendo el elemento fundamental de su organizacion económica y social, y (mediante la importancia decisiva que aquellos Estados tenian en el Gobierno de la República,) el mayor peligro para la consolidacion de esta y el obstáculo mayor al desenvolvimiento del espíritu democrático encarnado en la célebre Declaracion de independencia de 1776. La esclavitud no sólo habia servido para la formacion de una soberbia oligarquía, si que para la desmoralizacion de las masas sudistas, hechas á los escándalos del *barracon* y á las predicaciones de una moral, una teología y un derecho atentatorios á todo cuanto la civilizacion moderna habia afirmado como imprescindible y elemental. El famoso Calhoun sostenia que "la esclavitud es el más sólido y seguro fundamento que en el mundo puede darse á las instituciones libres," y Mac-Duffie decia solemnemente que "la esclavitud era la piedra angular de la República americana." Palmer, el ministro presbiteriano, predicaba: "Es imposible negar que el espíritu abolicionista es un espíritu de ateismo. Nuestra mision está en preservar y trasmitir á la posteridad nuestro sistema de esclavitud, y obtener para él el derecho de propagacion, de modo que eche raíz donde quiera que la Naturaleza y la Providencia lo permitan desarrollarse." Los obispos de la iglesia protestante del Sur llegaron á decir del abolicionismo que era "una peste odiosa é impía." El doctor Thornwell calificaba la *trata* de "la más bella de todas las sociedades de misiones." Los redactores de *Southern Literary Messenger* (la más antigua y conocida revista del Sur), decian: "El abolicionista es un hombre que no ama la esclavitud por sí misma, como una institucion divina; no tiene para ella el culto

que debe á la piedra angular de nuestras libertades cívicas: no la adora como la sola condicion social sobre que es posible levantar un gobierno republicano durable. En el secreto de su alma el abolicionismo no desea ver la esclavitud esparcida y perpetuada sobre la tierra entera, como un medio de reforma humana, medio que en importancia, en dignidad y en santidad, no cede mas que á la religion cristiana.» Los hombres del *Richmond Enquirer* escribian: «La esclavitud es justa, natural, necesaria. Salta á la vista que los negros deben ser mejor esclavos que los blancos, pues que por naturaleza son capaces solo de trabajar y no de mandar; pero no es ménos cierto que en sí mismo el principio esclavista es indiferente al color de la piel.»—Y luego viene la ley. «Los esclavos no pueden ser testigos en materia civil ó criminal, ni casarse ni con consentimiento de sus dueños, ni ser emancipados sin la condicion de trasportarse inmediatamente fuera de los Estados-Unidos, so pena de volver á servidumbre si regresáran á estos.» Así dicen las leyes de la Luisiana. Una ley de la Carolina del Sur impone veinte azotes á todo esclavo sorprendido en una reunion con objeto de instruirse, y condena á 100 pesos de multa al blanco que enseñe á escribir á un esclavo. A 200 dollars sube esta pena en la Carolina del Norte, y si el maestro fuera un negro libre, se le reservan treinta y cinco latigazos, porque «enseñar, dice la ley,—á los esclavos á leer y escribir, tiende á excitar la desafeccion en su espíritu, y á producir el desórden y la rebelion.» Stroud en su *Resúmen* de las leyes esclavistas, afirma que las de Virginia establecian setenta y un delitos penados con la muerte si los reos eran esclavos, mientras que si eran blancos la pena no pasaba de prision más ó ménos leve. En la Carolina del Sur los esclavos podian cometer nueve crímenes capitales más que los blancos: en Kentucky siete; en Georgia seis. Y por cima quedaba siempre la famosa *ley del Lynch*, en cuya virtud, y sin más código que la práctica, ni más juez que los ofendidos, el esclavo que hiere ó mata á un libre, es atado á un árbol y quemado vivo. Por último, el trabajo diario del negro era de quince horas: y el término medio de su vida cinco años.

Tales abominaciones habian llegado á ser absolutamente intolerables para los espíritus rectos y piadosos de los Estados del Norte, donde las Diputaciones provinciales ó legislativas de los

Estados habian adoptado medidas que produjeron la abolicion de la servidumbre inmediatamente en Massachussets, Nueva Hampshire, Maine y Vermout antes de 1819, y gradual y sucesiva en Pensilvania, Conneticut, Nueva-York y Nueva-Jersey, desde 1780 á 1825. Fortificado el espíritu emancipador con estas victorias, pudo pronto dar la cara á la poderosa oligarquía esclavista que, omnipotente en el Sur, retenia en sus manos la suprema direccion de la República, y amenazaba, para el caso remoto é improbable de que sus adversarios triunfáran, con la division y ruina de la federacion. De 1832 data la primera sociedad abolicionista americana de este siglo (1) fundada en Boston por doce filántropos. En 1833 se funda en Filadelfia la *Sociedad americana para la abolicion de la esclavitud*, cuyo primer meeting de 1834 es dispersado por el furioso populacho de Nueva-York. El año 35 la sociedad tenia en toda la República 225 sucursales: el año 39, 1.600, con un número de sócios no menor de 132.000. Pero el trabajo del abolicionismo no hubiera producido tan pronto sus apetecibles resultados, á no encarnar su espíritu en un partido político (en el republicano), y con este asistir á las graves cuestiones suscitadas por la anexion de Tejas, la admision de California como antes habia tenido efecto la de Misouri, Arkansas y Florida, y evitar los proyectos de los sudistas para aumentar el número de Estados de esclavos, como medio de mantener su preponderancia en las esferas superiores del gobierno de la Union: preponderancia comprometida así por el progreso de las ideas, cuanto por el desarrollo de la poblacion y de los intereses de todos aquellos territorios que habian sido cedidos por los Estados á la Federacion, y en los cuales por la Ordenanza de 1787 no podia establecerse la servidumbre.

En este momento se prepara el libro de Harriett Beecher. Las exigencias del esclavismo habian llegado á arrancar del Congreso la ley dicha de los esclavos fugitivos (Setiembre de 1850), en cuya virtud los esclavos refugiados en países libres podrian ser recuperados por sus antiguos amos. Y entonces brota la resistencia de los Estados libres á cumplimentar este bill, y entonces se organiza aquella vasta y activa asociacion para proteger la fuga

(1) Antes, en 1785, habian fundado dos John Jay y Franklin.

de los esclavos al Canadá. La inquietud era inmensa: la irritacion de los republicanos profunda; las esperanzas de los amigos de la justicia infinitas. Agitada por todas estas circunstancias y en la vecindad misma de Kentucky, uno de los Estados donde la division de abolicionistas y esclavistas fué más honda, y de donde salió el inmortal Lincoln, la hija del piadoso Liman Beecher consagró todo su espíritu á recoger las escenas que ante sus ojos arrasados en lágrimas se desenvolvian; y á escribir aquel libro que, como ella mismo dice en el prólogo, "tiene por objeto despertar simpatías en favor de la raza africana, tal cual existia en medio de la república trasatlántica, revelando solo una pequeña parte de los dolores, de los ultrajes que los desgraciados negros sufrian bajo la opresion de un sistema que hacia funestos para ellos aún los esfuerzos intentados en su obsequio por sus mejores amigos."

Al terminar el libro se leen estas líneas: "Corresponsales de muchas partes de este país, han preguntado frecuentemente al autor si la narracion que precede es una ficcion ó una realidad. Hé aquí su respuesta. Los incidentes aislados son generalmente auténticos. La mayor parte ha tenido efecto bajo la observacion inmediata ya del autor, ya de amigos íntimos. Los caractéres han sido estudiados en el original y frases enteras se han consignado tales como han sido oidas por aquél ó sus fidedignos amigos. La figura y todo el carácter de Elisa es un verdadero retrato... "A pesar de esto, y como ya he dicho, lady Stowe tuvo que insistir en demostrar la realidad de sus narraciones, mediante el libro intitulado *Llave para la choza del tio Tom.*

Naturalmente, una obra como la de noble y generosa americana no podia tener imitadores en Europa. Aquí felizmente, el problema, en toda su hedionda realidad era desconocido, por más que fuesen inmensos los pecados de que las naciones de aquende el Atlántico tuvieran que arrepentirse en el particular de la servidumbre.

La esclavitud moderna tiene su teatro en América, y por una contradiccion maravillosa, que sirve lo indecible para que los horrores de aquella institucion logren un realce, de que ésta careció en la Edad Antigua, y por ende puedan ser condenados con mayor energía por la universalidad de los hombres, se dá el caso de

que su más ámplio desarrollo tenga efecto precisamente en el mundo hecho por el espíritu de la revolucion moderna, y en cuyo seno con más viveza palpitan los grandes principios de la democracia contemporánea.

Por otro lado, el tono piadoso, filantrópico, dulce y suntuoso del libro de lady Stowe, muy propio de las escuelas protestantes avanzadas, no era el más en armonía con el sentido batallador á que, bajo diversas formas, obedece aquende el Océano la propaganda política y religiosa. Y sin embargo, el efecto fué extraordinario. No en balde tocaba las fibras más sensibles del corazon humano. De todos modos, con aquel libro se abrió otro mundo para la vieja Europa, que de los negros sólo conocia ó las calumnias de los esclavistas ó los esfuerzos de los defensores para redimirlos. La vida íntima de la servidumbre, el hogar del esclavo (si es lícita esta palabra) las profundidades de su corazon, los secretos de la sociedad esclavista... no estuvieron al alcance del comun de las gentes, áun en los mismos Estados-Unidos, hasta que Enriqueta Beccher produjo su admirable obra; poniendo al servicio de una gran causa un alto sentido religioso y los grandes recursos del arte.

IV

De un efecto incomparablemente menor que el de la célebre *Choza* y aún de las obras de Fenimoore Cooper, fueron las producciones literarias del justamente aplaudido Edgard Poe. Su público fué y tenia que ser reducido y á las veces selecto. Así que el éxito en Inglaterra fué de extrañeza; en Alemania de curiosidad; en Francia de asombro. La singularidad del escritor, la extravancia, si así quiere llamarse, del poeta, explican perfectamente el fenómeno. Mas como cosa rara, el artista fué estudiado en el país de los doctos, y por la influencia, por el dominio que con sus originales invenciones y sus expresivas maneras, el cuentista logra y ejerce sobre el que una vez le presta atencion, el nombre de Poe hizo su camino y ocupó su lugar en la inteligencia de Europa.

En Francia, donde se habian publicado aisladamente algunos trabajos de Poe, cuando hará una docena de años M. Baudelaire aco-

metió una traduccion de sus principales obras, halló tan admirablemente dispuesto al público, que desde entonces se han sucedido más de tres ediciones económicas y populares. No hemos sido tan felices en España. Aquí poco ménos que de nombre hemos conocido al escritor americano; y sólo muy recientemente se ha editado una pobre coleccion de cuentos, por cierto no muy bien escogidos, para dar idea del carácter de Poe y de la singularidad de su obra.

Y en verdad que bien merece la pena dar á conocer á tan notable y quizá tan único escritor.

Cierto que su estilo, sus centelleantes violencias de lenguaje, sus delicados giros, sus nerviosas sacudidas, su humor, la armonía exquisita y á veces extraña de sus palabras, de sus frases, de sus versos, todo pide para su acabada comprension y refinado paladeo la posesion del idioma en que están vertidas aquellas extraordinarias invenciones; y esto es tanto más de lograr, cuanto que el inglés de Poe carece de las dificultades del de Emerson, por ejemplo, ó de Carlyle.

Pero aun desprovistas de la brillantez del lenguaje y la mágia del estilo, las obras de Poe en cualquier idioma dan prendas bastantes para que el docto juzgue de la originalidad asombrosa, de la fantasía rica, del poder de análisis, del vigor realista, de los recursos que para interesar y dominar el escritor posee, mientras el curioso sorprendido y esclavizado sigue hasta la última línea la extraña disposicion de sus peregrinas imaginaciones.

Que Poe ha sido objeto de no pocas censuras, claro se está. Los unos hánle tachado de extravagante hasta la locura, y no son pocos los que, dada la vida del escritor, á ella han referido exclusivamente su obra, atribuida por tanto, más al *gin* que al mismo Poe. Otros, con tal motivo, reparando que el fondo de todos sus cuadros es oscuro y violento, que su dominio parece ser el dolor, el crímen y la muerte, y que los afectos que en sus cuentos sobre todo maneja, son los del horror, de la repugnancia y de la tristeza, aun hoy suscitan una antigua controversia literaria, rechazando ó admitiendo, segun las posiciones, lo feo y lo horrible en el círculo del arte. Tambien ha habido quien á Poe tachára de sobrado singular y harto levantado para ser comprendido de la mayoría de las gentes, y con esto se quiere explicar cómo se ha retardado en su propio país la robusta fama que debiera haber obtenido aun en

vida: y en cambio otros recordando la admirable aptitud del escritor para las matemáticas, y la influencia indudable que ejerció en sus trabajos literarios, sostienen que muchos de estos, más que obras de imaginacion, son problemas algebráicos, que el lector sigue, no por el atractivo del desenlace novelesco, si que por el interés de la operacion matemática. Ni falta, en fin, quien tomando aparte sus obras literarias, en que parece como que juegan caractéres, niegue que estos sean tales; porque Poe, en su afan de dar unidad á la obra, y por el vigor con que expontáneamente lo realiza, mata en el hombre, en sus héroes, toda variedad interior, toda lucha de afectos, de tendencias y de intereses, y presenta á sus personajes como verdaderos *poseidos* (1).

Prescindiendo de su aspecto literario, otras muchas críticas se han hecho á Poe, ora por la tendencia filosófica de su espíritu, ora por alguna de sus ideas morales, ora por sus opiniones sociales y políticas; pero en lo que tanto censores como apasionados han convenido, es en reconocer al escritor americano en todos los terrenos á que llevó su mirada, dotes relevantes y á las veces extraordinarias, un talento, una imaginacion, un conocimiento gramatical, un poder reflexivo, una inteligencia así de materias literarias como de expeculaciones filosóficas y físico-matemáticas, verdaderamente admirables. Así la obra de Egard Poe ha sido peregrina, positivamente extraordinaria.

Porque es de advertir que la reputacion de Poe, aquí en Europa, generalmente considerado sólo como original cuentista, y aún en su propio país, no tenido hasta hace poco por razones especiales y aún personales, en todo su valor, no tiene por base únicamente sus *Tales of the grotesque and the arabesque*, donde la originalidad sombría, el humor, la aficion realista y el poder descriptivo del escritor americano se lucen por completo, ni en su *Eureka*, poema elevado, cosmogónico, ni en sus más modestas, pero siempre peregrinas composiciones en verso, como *The Gorbel*, ni en sus castas novelas (la castidad de Poe es típica; no recuerdo

(1) Véase, para mayor ampliacion de estos y otros puntos, el prólogo puesto á las obras completas, edicion americana, de Poe, por R. Griswold: la noticia sobre su vida y su génio, por Willis y Louell, los artículos críticos de Mr. Artur Arnould, publicados en 1865 en la *Revue Moderne* de París, y aun el prólogo de la edicion francesa de Mr. Ch. Baudelaire.

ahora ninguna de sus obras en que el amor tenga poderosa intervencion) *Ligeia*, *The Domain of Arnheim* y las bien conocidas *Relations of Arthur Gordon Pym*.

Aparte de todo esto, Poe tiene muchos trabajos de crítica, sérios estudios con que ha ocupado en su corta pero infatigable vida de escritor, las columnas de muchas revistas americanas, principiando por el *Southern Literary Messenger*, de que fué como redactor en jefe á los veinte y dos años; discursos sobre diferentes puntos de metafísica y de estética, pronunciados en varias de aquellas lecturas tan comunes en los Estados-Unidos y en Inglaterra, y que ahora han comenzado en Francia; disquisiciones muy sérias sobre las ciencias físicas y matemáticas, para cuyas materias habia siempre mostrado especiales disposiciones, aprovechadas en el colegio militar de West-Point, donde Poe cursó varios años; obras todas que atestiguan la vasta lectura y el talento sólido del literato y del pensador anglo-americano. Sin embargo, aunque todos estos méritos para la crítica tenga Egard Poe, su carácter eminente, lo que le dá un puesto de honor por muchos conceptos envidiable en el moderno movimiento intelectual de los Estados-Unidos, es su cualidad de escritor puramente literario, de cuentista y de poeta: esa cualidad por que en Europa es conocido, discutido y estimado.

No pretendo, ciertamente, dilucidar lo que haya de verdad en las críticas hechas sobre Edgard Poe, máxime cuando las que he apuntado en este artículo, despues de todo, no afectan á la calificacion que me he permitido del autor de los *Cuentos grotescos*, y bajo cuyo concepto llamo hácia él la atencion de mis lectores. Poe es escritor original, quizá único, extraordinario. El mérito de estas cualidades todo el mundo lo comprende, reparando en lo excepcional que es aquel carácter en nuestra época; pero tratando de los Estados-Unidos, el hecho aún sube de importancia. A los literatos americanos á voz en grito se los acusa de imitadores de la vieja Europa. Current Brijant tiene delante á Klopstok; Longfellow á Uhland; Irving á Addison; Melville á Rabelais ó á Swift; Cooper á Walter Scott; Emerson á Carlyle; Prescott á Robertson, y así otros muchos á quienes cuerda ó torpemente se les busca esta ó aquella filiacion en los escritores de Europa. Pues bien, Edgard Poe desafía toda investigacion de pa-

ternidad; Edgard Poe es un escritor americano verdaderamente original.

Ahora, en cuanto á la importancia absoluta de su obra, no estoy léjos de convenir con algunas de las censuras apuntadas más arriba; pero censuras cuya atenuacion es clara desde el momento en que nos convenzamos de que la obra de Poe, como de Poe, no podia dejar de ser así. Las faltas de su obra no son descuidos, no son incorrecciones posibles de enmiendas por parte del mismo autor: cien veces que hubiese escrito sus artículos, cien veces hubieran sido lo mismo, por que lo obra de Poe es Poe mismo. Suprimid lo extravagante de aquellas creaciones; rechazad la manera metódica y progresiva de sus exposiciones y sus enredos; prescindid del realismo minucioso de sus descripciones, ahuyentad lo triste, lo sombrío de sus fondos, lo terrorífico de sus escenas; debilitad la fuerza unificadora que preside á la invencion de los argumentos, á la creacion de los personajes, á la disposicion de los cuadros, al desenvolvimiento de la accion, está bien; pero la obra de Poe, ¿donde está? Reconozcámoslo; Poe es incorregible. ¿Quiere decirse que esta literatura es enferma... delirante... inadmisible... condenable? No tengo ahora para qué discutirlo, porque este empeño me llevaria fuera del propósito muy modesto con que se escriben estas líneas. La cuestion es árdua, es todo un problema; quizá el problema más vasto y trascedental de la estética literaria. ¿Cuál es la literatura más propia de nuestro siglo?—Limitémonos á afirmar que Poe cautiva y fascina á sus lectores, y á señalar sus relevantes cualidades. Dejemos su crítica á otros más doctos.

Por desgracia, no todo ha correspondido en la vida del escritor americano á las excelencias de su talento. Su conducta particular estuvo siempre fuera de aquellas condiciones que hacen respetable á una persona: y áun parece que la irregularidad de todas sus cosas presidió á su nacimiento y le acompañó en su infancia. Sólo que si en un tiempo aquella fué á su voluntad agena, y no trascendió, porque no podia trascender, á la estimacion que de su persona hicieran las gentes, muy luego sucedió de otra manera.

Descendiente de una honorable familia inglesa, y nieto de un general de la independencia americana, heredó de sus padres,—dos artistas de corazon y de novela,—ya que no riquezas ni aun

comodidades, un espíritu romancesco, que las circunstancias llevaron al último grado de desarrollo posible. Huérfano con otros dos hermanos, y privado de todo medio de existencia, debió el pan y la educacion á un hacendado de Richmond—Mr. Alland—que le hizo su hijo adoptivo, y le puso en condiciones de desahogo y brillantez envidiables aun para los ricos. Mediante la proteccion de Mr. Allan, Edgard Poe pudo cursar sus primeros estudios en Inglaterra, donde se hallaba á los diez años y despues en los mismos Estados-Unidos en la Universidad de Charlottesville, distinguiéndose en todas partes por su aptitud excepcional, principalmente para los estudios de ciencias exactas y naturales, así como por su natural rebelde y sus gustos pronunciados por todo lo irregular y lo violento. De aquí graves disgustos entre él y su padre adoptivo, con quien rompe antes de los quince años; resolviéndose á seguida á un nuevo viaje á Europa hácia 1827 para defender como voluntario, él que era un niño, la libertad helénica.

Su vida en el viejo mundo debió ser azarosa; pero es ignorada. En 1828, es decir, cuando contaba apenas quince años, estaba en San Petersburgo; en 1829 en América; en 1830 en el famoso colegio militar West-Point, donde las prendas intelectuales del escolar no son parte á impedir su espulsion por razones de conducta. En seguida es soldado; luego se casa con una prima suya (Virginia Clemm) á quien adoró con el alma y cuya pronta pérdida influyó no poco en su espíritu; más tarde es poeta, y cuando, en 1835, se funda en Richmond la célebre revista titulada *Southern Literar y Messenger*, Poe figura á su cabeza. Allí continuó por cerca de tres años, y allí conquistó altísima reputacion, ya como crítico profundo y universal, ya como autor de una buena parte de sus famosos cuentos extraordinarios: entre ellos *El gato negro* y *El escarabajo de oro*. En 1838 reanuda su vida errante, aunque ya con el carácter de literato. Así recorre las principales poblaciones de la América del Norte; aquí edita su conocida novela *Arthur Gordon Pym*; allá traza los bellos versos de *El cuervo* (su obra poética más renombrada); acá su poema cosmogónico *Eureka*; allí sus notabilísimas lecciones sobre *El principio de la poesía*, y en todas partes poesías como *Las campanas* y la *Tierra de los sueños*, críticas, y sobre todo, cuentos á cual más origi-

nales, y si se quiere, extravagantes, pero cuyo éxito era cada dia mayor y parecia más duradero.

¡Pero ay! que al compás de sus triunfos crecia el desórden de su vida, al punto de precipitarle en la más oprobiosa miseria. Su actividad era extraordinaria: su ingenio fecundo cual pocos... pero todo lo llegaron á oscurecer sus vicios. Digo mal, *su vicio*, porque en realidad uno solo tenia, pero *uno* que le tiranizaba, y que logró matarle. ¡Pena da el considerar que cuando el nombre de Poe corria de boca en boca por toda la república americana, cuando los versos de *El Cuervo* eran repetidos y aplaudidos en todos los círculos, cuando sus célebrados cuentos eran traducidos y leidos en Europa, el autor de tanta obra maestra destinada á salvar el dintel del siglo, andase cayendo y levantando, borracho y demente por las tabernas de los Estados-Unidos, y que su muerte, producida por el *delirium tremens*, que al cabo determinó el exceso de la bebida,—sobre todo despues de muerta su adorada Virginia,—principiase al salir de un chigre para terminar en un hospital de Baltimore!

Hombre dotado de una figura elegante, aunque pequeño de estatura, de distinguidas maneras, de rostro extremadamente agraciado y simpático, rico de todos los favores del talento, Poe, con su deplorable vicio y su agitada vida, nunca pudo salir de la miseria: nunca asegurar el respeto de sus conciudadanos; nunca corresponder séria y constantemente al amor de los que le rodearon y á la solicitud de los que le protegieron; y castigado rudamente por sus excesos, pero de ellos eternamente esclavo, les entregó al fin, sin inventario, una vida apenas desflorada, y en la que debian ponerse tantas esperanzas. Poe nació en Baltimore en 1813, y muere en su misma pátria en 1849: tenia, pues, treinta y siete años...

Y, sin embargo, crítico ha habido que en esta bochornosa vida ha encontrado todo el secreto, el registro único de las imaginaciones de Edgard Poe. Que lo agitado de su existencia en su espíritu influyera, como positivamente influyeron otros incidentes de su vida,—por ejemplo y hasta un grado excepcional, su aficion y sus estudios matemáticos, manifiestos en cada una de las páginas de sus poemas y de sus cuentos; que á las veces el *gin* cargára de mayor negrura el fondo de sus cuadros y de mayor tristeza el

cielo de su espíritu, no lo negaré. ¿Pero esto lo ha hecho todo en la obra del poeta americano? ¿Por ventura el espíritu humano carece de tendencias propias, particulares, singularísimas, que le dan color y marcan su individualidad? Pues la individualidad misma, ¿no es la que explica lo diverso y lo original de los afectos, de las ideas, de las creaciones humanas? ¡O acaso toda la imaginacion, todo el entendimiento, toda la riqueza intelectual, todo el génio de Poe era sólo puro aguardiente!... ¡Ah¡ ¡Qué castigo tan espantoso el de este ilustre ébrio; y qué afrenta tan horrible á la memoria de este pobre millonario del talento!

Así y todo, es preciso reconocer que Poe, aún bajo el punto de vista mismo de su embriaguez y de los efectos que este deplorable estado de su espíritu ha podido y debido producir en sus obras, que unas veces causan penosa impresion, otras determinan maravillosas perspectivas salidas de un mundo de nieblas, y siempre imponen por su atrevimiento y su riqueza, Poe representa algo del carácter americano, cuyas energías luchan á brazo partido con las sombras y los rigores de un vicio que en cierta época, y sobre todo antes del pasmoso desarrollo de las *sociedades de temperancia* en los Estados-Unidos, ha podido ser calificado de *nacional.*

Pero más que esto indudablemente merece atencion la parte que en la obra de Poe tiene la cultura puramente científica, las ideas de ciencias naturales, físicas y exactas del autor. En este punto la cosa raya en lo escepcional, y mucho más si se considera que la época del célebre escritor de Baltimore dista muchos años de los dias en que los *vulgarizadores* franceses y alemanes han comenzado mediante sus *causeries* á poner la ciencia al alcance del comun de las gentes, ó á hacer entrar, con mayor ó menor acierto (con escaso por regla general) los adelantos de la física, y la química, y la astronomía en la confeccion de obras de puro interés literario. Antes de Poe, Europa se entretenia con Hoffman, y en verdad que fuera de lo puramente imaginativo y lo fantástico, apenas existe analogía entre los trabajos de uno y otro *cuentista.*

Ahora bien; ¿qué relacion existe entre esta singular disposicion del escritor (que se palpa hasta en sus poesías) y el medio en que aquel vive y se desarrolla? ¿No es digno de particularísima consideracion el hecho de que esto tan extraño, tan nuevo, ocurra pre-

cisamente en un mundo novísimo, acusado de haberse entregado al delirio de los progresos materiales, donde la invencion ha llegado á lo inverosímil y donde parece que se ha dado cita á todos los empeños de la industria y todas las especulaciones de la ciencia positiva? La coincidencia es evidente, palpable. La relacion, merecedora de estudio.

Y hé aquí los tres nombres bajo los cuales la literatura americana entró en Europa hace más de treinta años: Cooper, Enriqueta Stowe y Poe.

¿Qué trajeron estos insignes y aplaudidos escritores?

Un mundo nuevo: en realidad lo que tenian delante. El Océano y el bosque: es decir, dos inmensidades arrancadas á las sombras de lo desconocido para asombro y encanto de la vieja Europa. Despues, los horrores de la servidumbre negra; esto es, la esclavitud moderna en toda su hediondez y con todos sus escándalos, en el seno de la sociedad más jóven y más saturada del espíritu individualista contemporáneo. Por último, la ciencia como elemento y recurso de la literatura; como auxiliar poderoso de la fantasía; como medio de ensanchar los cada vez más vastos dominios del arte y de afirmar la unidad fundamental y la absoluta armonía de lo *justo*, lo *bueno* y lo *bello*. Natural era, que aún aparte de los méritos de la forma y de las condiciones más ó ménos generales, de aquellos ilustres escritores, sus obras produjeran honda sensacion en una sociedad no hecha á tales cosas.

Claro se está que una vez establecida la corriente, el espíritu americano, robusteciéndose y agitándose con los colosales progresos de la jóven pero vigorosa república, habria de manifestarse y aún de influir en Europa de modo más amplio. Pero bien puede asegurarse que este fué el comienzo, y que por bastante tiempo la sociedad norte-americana no fué para el mundo europeo otra cosa que la tierra vírgen de la Constitucion democrática-federal de 1789, y el mundo peregrino de las novelas y los cuentos de la

ilustre institutriz de Hartford, del autor del *Piloto* y del fecundo borracho de Baltimore.

Cómo este concepto se modificó; de qué suerte en él influyeron el desarrollo de los intereses materiales, el prodigioso avance de la ciencia aplicada á la industria (que en América ha llegado al grado mayor posible, hasta dar carácter á aquel floreciente país), y las mudanzas y trasformaciones de la vida política, que demuestran las Enmiendas constitucionales desde 1791 á 1870, y la última trascendental guerra civil; y en fin, qué papel desempeñan los Estados-Unidos de América, como factor importantísimo en la cultura intelectual del siglo corriente, y elemento irreductible de la existencia moral y política del mundo de estos últimos laboriosísimos dias, son puntos por todo extremo interesantes, pero que piden para su exámen trabajo de órden bien distinto al presente y competencia más probada que la mia.

RAFAEL M. DE LABRA.

ORGANIZACION POLITICA, CIVIL Y RELIGIOSA DE LOS CELTIBEROS (1)

§. XV.

Vamos á bosquejar, por vía de ensayo, la historia de las letras populares de nuestra Península, desde sus orígenes hasta el presente dia, en correspondencia con la vida civil, política y religiosa de los diversos pueblos que adoptaron este país, al término de sus emigraciones, como definitiva patria. Y como ésta ha sido ya repetidas veces historiada, darémosla por sabida, y sobre ella levantaremos la fábrica de nuestra literaria historia. Sin que el estado presente de los estudios nos obligue á apartarnos de esta norma de conducta mas que en un período, el primero, envuelto todavía en las sombras del misterio.

Hubo un tiempo en que, sobre los orígenes de nuestra pátria no se abrigaban dudas, porque la misma ánsia de conocerlos hizo salir á la superficie ciclos y dinastías de pérfidos falsarios y pseudoprofetas, que tomando el tiento á la pública credulidad, y era mucha en su tiempo, inventaron monarquías antidiluvianas, genealogías, santorales, episcopologios, cronicones, actas, cánones, concilios é historias municipales, y dieron el sér á infinidad de santos, dioses, obispos, escritores, soberanos, ciudades místicas, relatos evangélicos, revelaciones celestiales, filosofias cristiano-coranicas llovidas del cielo, milagros y leyendas maravillosas dadas como historias ciertas á virtud de lo que se llamaba *pios do-*

(1) Véase al número 257, 13 de Noviembre de 1878.

los, para satisfacer la pública curiosidad, ó para quebrantar ódios de raza, ó servir de pase á atrevidos sincretismos religiosos, ó lisonjear la vanidad nacional, ó zanjar dudas sobre puntos históricos tan debatidos como la venida de Santiago, ó ganar á traicion con armas de mala ley, batallas de dogmas tan reñidos como el de la Inmaculada, ó bien para entroncar las familias más linajudas con los fenicios y cartagineses, ó dar por padres y fundadores de las ciudades más oscuras á Tubal, Hércules ó Ulises. Desde el jesuita Roman de la Higuera hasta el académico Huerta, pasando por Ocampo, Nobis (Lupian de Zapata) y Pellicer, todos cabezas de dinastía, y teniendo por auxiliares y secuaces á Tamayo, Garibay, Bivar, Argaiz, Luna, Viana, y tantos otros, ni el respeto á la religion selló sus lábios, ni el cielo se vió libre de sus criminales algaras, ni hubo empresa que les arredrase, ni problema á que no dieran cumplida solucion, ni mala arte á que no apelasen para dar color de verdad á sus falsas imaginaciones, ni centro influyente donde no hallaran patrocinio, desde la Compañía hasta la Inquisicion, y desde la Inquisicion hasta la Academia. Principiaron por los pergaminos de la Torre Turpiana y los libros plúmbeos del Sacromonte, y acabaron por los veneros arqueológicos de la alcazaba de Granada, y hubo crónicas de Flavio Dextro, de Máximo, de Eutrando, de Hauberto, de Wabalonso Merio, de Laymundo, de Julian Perez, de Pedro Cesaraugustano, de Yamon, de Mello, de Cecilio, con sus correspondientes traducciones é infolios de comentarios: toda una literatura forjada por aquellos invencioneros sin conciencia, y tan tiranos, que ni el derecho de defensa dejaban á la verdad, á ménos que no tuviesen sus ministros el valor del sacrificio. En Fr. Annio de Viterbo, en Ocampo, en Garibay, en Lupian de Zapata, en Huerta, podian leerse los sucesos acaecidos en nuestra Península desde la creacion del mundo hasta Jesucristo, las circunstancias de la venida de Noé, Osiris, Hércules, los Geriones, Tubal, Moisés, Homero, San Pedro, la Vírgen, etc., las dinastías de reyes que imperaron en España ántes de los romanos, sus expediciones, las sequías padecidas, los descubrimientos hechos, etc., registrado todo, año por año, con tan rica y segura cronología como no la poseemos de la Edad Media. Con ella se emparentaba la cronología irlandesa de O'Flaherty, en aquel novelesco tejido de ficciones históricas que

intituló *Ogygia*. El libro de Huerta, calcado sobre el supuesto Cronicon de Pedro Cesaraugustano, que en el siglo pasado fabricó Pellicer, se titula: *España primitiva: historia de sus reyes y monarcas, desde su poblacion* (Tharsis) *hasta Cristo*: 1738.

Obrando la ley de la reaccion, el siglo XIX lleva hasta el excepticismo y el miedo su prudencia, y se nos presenta confesando ignorar en absoluto, y tal vez condenando á perpétua oscuridad, los tiempos que preceden á la conquista romana. Para el historiador de la Iglesia española, «la *religion primitiva de los españoles* en los tiempos anteriores á las invasiones estranjeras, permanece envuelta en el misterio. Las escasas noticias que de aquella época nos restan, la presentan de un modo harto honorífico para nuestra patria... Todo indica que por espacio de muchos siglos, permanecieron puros é incorruptos los principios de religion natural y noachida que aportaron en España los tubalitas, sus primeros pobladores (1).» Para el historiador de las Constituciones políticas de la Península, «sería vano el empeño de disipar las nieblas que rodean la historia anterior á la invasion y conquista de los romanos, para discurrir sobre las *leyes ó costumbres por que debieron gobernarse los antiguos pobladores de España* (2).» Para el historiador de la Literatura nacional, «sería tarea difícil y poco fecunda para estos estudios, la de empeñarse en largas investigaciones sobre las varias gentes que entraron en la Península ibérica antes de la dominacion romana. ¿En qué *regiones* de la Península fijaron su morada? ¿Qué *ciudades* fundaron? ¿*Qué religion, qué leyes, qué lenguas trajeron á nuestro suelo*? ¿*Qué influencia* pudieron ejercer en su civilizacion futura? Cuestiones son estas cuya solucion nos parece punto ménos que imposible...;» y consecuente con esta conviccion, trae «los verdaderos orígenes de la Literatura española á la

(1) *Historia eclesiástica de España*, por V. de la Fuente, 1855, t. I, § IV.—En parecido sentido A. del Villar: "que la historia no nos ha conservado vestigio alguno de la religion de los celtas españoles (*Historia general de España*, 1863, t. I).» Igual lenguaje habla Romey.

(2) *Curso de derecho político segun la historia de Leon y Castilla*, por M. Colmeiro, cap. I.—En igual sentido Marichalar y Manrique: "que es imposible dar noticias exactas y detalladas acerca de la legislacion seguida en España durante los tiempos anteriores á la dominacion romana (*Historia del derecho español*, primera época, cap. I.)»

«fundacion del imperio[1].» Al autor de la Historia general de España, «no le ha sido posible encontrar segura brújula y norte «cierto por donde guiarse en las oscuras investigaciones *acerca de «los pobladores primitivos de nuestra nacion*, y antes bien ha te«nido momentos de turbarse su imaginacion cuando la ha engol«fado en este laberinto de dudas sin salida razonable;» y concluye haciendo votos ardientes «por que haya quien halle datos más só«lidos, luces más claras y salida más segura de este intrincado dé«dalo[2].»

Semejante estado de completa desorientacion no podia durar, y todo inclina á creer que estamos próximos á salir de él, si no á velas desplegadas, al ménos á buen paso, gracias á los trabajos de Fz. Guerra, Hübner, Fita, Tubino, Delgado, Rada, Saavedra, Berlanga, Villa-amil, Coello y algunos otros. Han principiado á soplar en nuestro país los vientos de la crítica moderna, á quien la falta de códigos, poemas y rituales no impide reproducir en imágen la vida jurídica, literaria y religiosa de un período determinado, y que en punto á orígenes ha realizado verdaderas maravillas. Con razon dice el docto celtólogo y epigrafista que acabo de nombrar, que «*es tiempo ya de penetrar con teson y tino en la historia primitiva de España*[3].» Cuán ardua empresa sea ésta, no hay para qué ponderarlo. Es cierto que tambien al historiador de los orígenes de Grecia y Roma le faltan los primitivos documentos literarios, pero conoce la lengua, que conserva estereotipado el pensamiento de sus fundadores, las leyendas populares, los ritos religiosos y las costumbres jurídicas que regían algunos siglos despues, y en las cuales sabe descubrir una crítica perspicaz las huellas que han dejado los más remotos siglos: Homero, Hesiodo, Platon, Eschilo, Ciceron, Caton, Ovidio, Festo, Varron y otros, recogieron las últimas palpitaciones de aquel lejano pasado, y han podido servir de fuentes para reconstruir el cuadro de civilizaciones que tal vez se habian extinguido ya cuando vivieron ellos. Interrumpido con la conquista el desarrollo de una civiliza-

---

(1) *Historia crítica de la literatura española*, por J. Amador de los Rios, I.ª parte, cap. I.

(2) *Historia general de España*, por D. Modesto Lafuente, p. I., lib. I.

(3) *Antiguas murallas de Barcelona*, por F. Fita, apud *Revista Histórica* de Barcelona, Enero de 1876.

cion original y propia, distinta de las clásicas, que venia elaborándose espontáneamente en nuestra patria, careció ésta de escritores verdaderamente *españoles*, que fotografíasen en sus obras la actualidad, y con la actualidad el pasado, y para colmo de desdicha, los más de los apuntamientos recogidos por estranjeros,—griegos, cartagineses y romanos,—se han perdido. Los escasos materiales con que la erudicion inquieta y zahorí de nuestro siglo brinda al historiador, son vagos y poco consistentes, porque los desvirtúa el hecho de aparecer en ellos barajados y revueltos los elementos indígenas con los latinos, en lengua, derecho, poesía, instituciones, costumbres, ritos y creencias. No llegará con ellos á conclusiones valederas el historiador, si no está penetrado de aquella intuicion, de aquel golpe de vista certero, de aquella *audacia histórica* que recomendaba Müller para llamar á nueva vida pueblos y épocas que pasaron dejando apenas memoria de su existencia en el espacio [1]; si no sabe resucitar voces de los sepulcros, y convertir en parlantes fonógrafos las piedras y en eléctrico faro las brevísimas chispas de luz que despiden los clásicos, á beneficio de atrevidas, al par que circunspectas conjeturas y recomposiciones analógicas, semejantes á las del paleontólogo, que por la estructura de un hueso infiere la del esqueleto entero. Remitiendo á más autorizadas plumas este cuidado, nos limitaremos aquí á trazar un breve boceto del estado social de la familia celto-ibérica, como necesario precedente para determinar la índole de su literatura, y el papel que en aquellas primitivas sociedades le tocaba desempeñar.

Para aquellos que hayan consultado alguna vez ese riquísimo nomenclator y registro de antigua poblacion que se llama *Cuerpo de inscripciones hispano-latinas* [2], nada nuevo diremos si deci-

---

(1) Max Muller, *Ensayo de Mitología comparada*, París, 1859, p. 50: v. Hillebrand, introducion á la *Historia de la literatura griega*, de Otf. Muller, 1866.

(2) *Corpus inscriptionum latinarum*, t. II, Berlin, 1873, por Emilio Hübner. En el texto, designamos esta obra por la palabra *Hübner*, ó simplemente por una *H*. Las traducciones de voces celto-ibéricas son hipotéticas en su mayor parte. Adoptamos muchas de las que propone el P. Fita en su importantísimo estudio sobre *Restos de la declinacion céltica y celtibérica en algunas lápidas españolas*, apud *La Ciencia Cristiana*, 1878 y 1879. Respecto de otras, hemos consultado: Zeuss et Ebel, *Grammatica celtica*, 2.ª edicion: Le-Gonidec, *Dictionnaire français-breton et breton-français*, 1847: Highland Society of Scotland, *Dictionarium scoto-celticum: a Dictionary of the gaelic language*, 1828: W. Owen Pughe, *A Dictionary of the welsh language*, 1832

mos que la raza celto-ibera, al igual de todas las demás de estirpe aria, poseia un sistema de nombres de personas, trasunto y reflejo de la organizacion social. Las inscripciones pertenecientes á familias antiguas ó patricias, parecen asignar á cada indivíduo cuatro notas diferenciales: 1.ª, un "praenomen" ó nombre individual: 2.ª, un nombre patronímico, que es el "praenomen" del padre, como en Grecia, en equivalencia del "cognomen" hereditario con que en Italia se distinguia á las varias familias que componian una "gens:" 3.ª, un nombre gentilicio, "nomen," que lo es el apelativo propio de la gentilidad ó behetría á que pertenece; y 4.ª El nombre de la tribu (1). Ejemplos:—*Bovecio, Bodecives, Orgnom(escorum?), ex gent(ilitate?) Pembelorum*, de una inscripcion de Santo Tomás de Collia, Cantabria;—*Valerius Avitus a Turranius Sulpicius, de vico Baedoro, gentis Pintonum.*" de una inscripcion de Coimbra;—«*Proculus, Tritaticum, L. filius, Uxamensis,*» inscripcion de Astorga;—"*Paetinia Paterna, Paterni filia, Amocensis Cluniensis, ex gente Cantabrorum*, etc.—Analicemos estos diversos elementos, en relacion con algunos otros que suelen acompañarles; que tal vez en ellos se encierre como en cifra el ignorado misterio de la vida civil, política y religiosa de los celtoiberos nuestros progenitores.

I. El praenomen ó nombre personal se derivaba unas veces de cualidades físicas ó morales del indivíduo: *Andergus*, el Rojo, *Ambatus*, el Noble, *Ancetolu*, el Liberal, *Caturo* y *Catto*, Campeador, *Cosanus*, Batallador, *Vaenico*, Blanca, *Nitliata*, Cándida, *Caenia*, Hermosa, *Boutius*, Triunfador, etc.; otras veces, de nom-

(1) No siempre siguieron este órden en la Península, como tampoco los griegos ni latinos. A veces, el nombre gentilicio precede al patronímico, y aun al individual. Ejemplos: L. Efondo *Calnicum* Crastunonis filius (Hübner, n.° 2825); Antonius *Paesicus* Arreni f. (2706); Reburrus (*P?)uiganco* Melmani f. (2303); *Florocum* Pacatianum (405); Madiconus *Vailico* Acconis f. (2771). La designacion de la tribu está omitida casi siempre, como en los precedentes ejemplos: alguna vez, por el contrario, antecede á la de la gentilidad ó clan, como en la inscripcion de Collía citada en el texto. Otras veces falta el nombre patronímico: Ambata *Passica* Argamonica (2856). En ocasiones, las inscripciones consignan solamente el nombre personal y el gentilicio: Pompeius *Docilico* (2816); Sura *Cercia* (1788); C. Terentius *Ursus* (4056). Son muy frecuentes las inscripciones en que sólo figura el nombre individual y el patronímico: es de presumir que estas aludan á familias plebeyas, pues tambien se cumplia en España el apotegma: *plebs gentem non habet*; v. gr., L. Ila Porci filia (4386); Bolosea Pelli f. (834); Aurelia Lesuridautaris f. (2900); etc.

bres de animales, plantas ú otros objetos naturales: *Arcco* y *Arquio*, el Oso, *Claeto* ó *Calaetio*, el Novillo, *Bovecio*, el Buey, *Auvanco*, el Buitre, *Urchail*, el Puerco, *Bolosea*, Lupa, *Broccus*, *Aius*, *Aion*, *Aponius*, La-Fuente, etc. (1). Así como España se fué romanizando, y generalizándose el patronato y la ciudadanía, los indígenas se acostumbraron á traducir sus nombres al latin; *Rectus*, *Nobilis*, *Priscus*, *Liberalis*, *Niger*, *Comatus*, *Martialis*, *Cornutus*, *Maternus*, *Jucunda*, *Rubria*, *Proba*, *Justa*, *Flora*, *Hirundo*, *Ursicina*, *Ursus*, *Vitellus*, *Aper*, *Lupus*, *Fontanus*, *Porcus* y *Porcius*, etc.;—ó bien adoptaron los nombres más comunes en Italia, haciéndose muy populares aquellos que recordaban alguna gloria española, más ó ménos problemática (*Q. Sertorius*), los de insignes capitanes que, por la nobleza de su proceder en la guerra de conquista, se habian grangeado el amor de los generosos vencidos (*Sempronio Graccho*, *Cornelio*), y últimamente, los de aquellas familias poderosas por cuya mediacion habian adquirido la "civitas," ó los del emperador que se la habia concedido: *Aelio*, *Sulpicio*, *Valerio*, *Terentio*, *Vibio*, *Baebio*, etcétera.

II. El segundo nombre denotaba la paternidad, era un indicador de la familia, lo mismo que en Grecia. Constituíalo el nombre individual del padre, sufijándole la palabra *ives* (=*ues*?), emparentada, probablemente, con el sustantivo sanscrito *ibha*, familia, celto-irlandés *ibh*, *aibh*, tribu, con la flexion gentilicia de sabinos y de latinos, *ius* y *eius* (v. gr. Fabius, Claudius), griego ιδης ó αδης (Βριτιδης Λακιάδης), éuskaro *ez*, *iz*, y tal vez con el *bas* de

(1) En las cinco partes del mundo se ha registrado este mismo hecho de apellidarse los individuos, los clanes y las tribus, con nombres de animales y de vegetales; y en todas se han engendrado de él costumbres, supersticiones, ritos y creencias, cuyo estudio ofrece no escaso interés para la historia de la civilizacion. En la América del Norte, por ejemplo, cada clan es conocido por el nombre de un animal, nombre que llevó el primer ascendiente comun, y que sirve á sus descendientes de nombre gentilicio. Lo propio sucede con las tribus. Luego, confundiendo los nombres con las cosas, han caido en el error de venerar como ascendiente al animal mismo cuyo nombre llevan. Vid. *The origine of civilisation and the primitive condition of man*, por J. Lubbock, 1870, cap. VI y VII.

los númidas [1]. Ejemplos: *Bodec-ives*, hijo de Víctor [2]; *Bod-ives*,

---

(1) El general Faidherbe, en carta dirigida al secretario general de la Sociedad de Geografía de París (Oct. 1876), con motivo de las inscripciones líbicas halladas por el cura del Padron en la isla del Hierro, relacionadas con otras precedentes del Suda, con las rupestres del Sahara, con la escritura de los Tuareg, y con los epitafios de la Numidia, dice: "Todavía no hemos podido encontrar la significacion de la palabra *bas*, que figura en más de sesenta epitafios, compuestos de dicha palabra unida á un solo nombre propio. (*Diccionario de la Sociedad de Geografía de Madrid*, Dic. 1876)".

(2) Fita propone várias lecturas y traducciones diferentes de ésta: 1.ª—"Bovecio, *Bodeci, ves*...„ Bovecio, *hijo de Bodecio, vecino de*... asimilando el vocablo *ves* al sanscrito *vessa*, godo *veihs*, breton *bod*, griego οἶκος 2.ª—"Bovecio, *Bodeci ues*..." Bovecio, *hijo de Bodecio*.... aproximando *ues* al gael *ua*, prole, vástago, sanscrito *eyas*:—"3.ª Bovecio, *Bodeciu-es*,„ Bovecio, *hijo de Bodecio*...; atribuyendo á la partícula *es* un significado parecido al de la latina *ex* (v. gr. *votex*, por *ex voto*), griega ἐξ (v. gr. ἐξ αἰγιδίου), gaélica *es*, *as*, éuskara *az*, *ez*, *iz* (*Ob. cit.*; y *Museo Español de Antigüedades*, t. IV).—Tambien Fernandez Guerra opina que del vocablo cantabrico y astur *ves*, ha de originarse la terminacion ez de nuestros patronímicos Fernandez, Ordoñez, etc.

Por lo que toca al nombre propio *Bodec*, lo asimilamos al gael *Buaidh*, genitivo *Buadhach*, victoria, *Buadhaiche*, vencedor (*Dict. scot celt.* citado, I, p. 157, II, p. 1001), y al welsh *Buddyg* ó *Buddug*, la Victoriosa, la diosa de la Victoria (Owen-Pughe, I, p. 178; Zeuss, V, 1, p. 848).

Aunque por la fecha del monumento (año 477) es improbable, bien pudiera significar "hijo de Victoria,„ atendido el texto en que Strabon asegura que en los cántabros imperaba aún el régimen ginecocratico ó de la familia matriarcal (*Rer. Geograph.*, III, iv, 18), y los corolarios que de este hecho se desprenden en todos los pueblos, así antiguos como modernos (lidios, etruscos, atenienses, locrios, nubios, mejicanos, australienses, etc.) donde se ha encontrado: los hijos debian llevar el apellido de la madre; y suceder á los padres, no los hijos, sino los sobrinos hijos de las hermanas.—Vid. Mac Lennan, *Primitive Marriage*, 1865; Tylor, *Researches into the early history of mankind*, 1866; Giraud-Teulon, *La mère chez certains peuples de l'antiquité*, 1867; J. Lubbock, *The origine of civilisation, and the primitive condition of man*, 1870; Lewis Morgan, *Systems of consanguinity and afinity in the human family*, 1871; Bachoffen, *Das Mutterrecht*, y Sumner Maine, *Ancien law*, 1873. El registro epigrafico de Cantabria adolece de un laconismo tan exagerado, que nos impide comprobar los informes del geógrafo griego. Sólo una piedra conocemos donde los hijos lleven el apellido de la madre: fué descubierta el año pasado, pero no en la region cantábrica, sino en Tarazona, de los celtíberos, frontera casi de los vascones, que los escritores antiguos confundieron á veces con los cántabros. Dice así el epitafio, segun la interpretacion de Fita: "D. M. S. Vaenico Tychen (*la hija difunta*), Marius Myron (*el padre*) et Vaenico Tychen (*la madre*) *filiae* pientissimae; item sibi et V. Tycen uesori f. c.„

Supone este régimen social otro anterior de *hetairismo* (matrimonio en comun, ó comunidad de las mujeres dentro de la tribu), del cual habian quedado reliquias importantes en las costumbres de las Baleares, al decir de Diodoro Sículo, y en el derecho de los bretones, segun consignó Cesar en sus Comentarios sobre la guerra de los Gálias. En Cantabria pudo suceder que se trasformarse el sistema de los nom-

hijo de Urbano [1] .—La contraccion de esta voz, por caida de la aspiracion *v* [2] , la redujo á una desinencia patronímica en *is*, que se aglutinaba al nombre, así fuese éste latino ó indígena. Ejemplos: *Modest-is, Cirtiat-is*, hijo de Modesto (H., 455), *Slacc-is*, hijo de Slacc (Ibid.; *cf.* Stlaccia, 1241); *Suriac-is*, hijo de Suriac (5094): de igual modo, de Fortunio (2333), se formaria Fortunis, en la Edad Media Fortunniz; de Lupo, *Lupis*, hoy Llopis, etc. La expresion de esta relacion en lengua hispano-latina, tomaba una de estas dos formas: ó se ponia simplemente en genitivo el praenomen del padre (forma esta privativa de nuestro país), v. gr., Arausa *Blaecani*, Turaius *Clouti*, Docius *Elaesi* (2633); [3] ; ó se agregaba á ese genitivo la voz *filius*; vgr.: "Maelo *Tongi filius*, hic situs est: *Tongius pater* faciendum curavit (749)." A veces se juntaban en uno los dos sistemas, indígeno y latino, en virtud de una de las leyes de los dialectos mestizos ó de transicion: vgr. *Lesuridantar-is filia* (2900), *Loncin-is filius* [4] .—Queda dicho que tambien los griegos usaban como segundo nombre el praenomen paterno, puesto en genitivo: vgr. Αλκιβιάδης ὁ Κλεινίου Μιλτιάδης Κιμῶνος, etc.—Así como el derecho gentilicio (ó lo que es lo mismo, el círculo social del clan ó gentilidad) se fué de-

---

bres á influjo de la civilizacion romana, permaneciendo, no obstante, el sistema de parentesco por la madre, pues lo mismo se ha observado en otros pueblos (Vid. *Política de las leyes civiles*, por Fed. de Portal, 1873, II parte, lib. I, tít. 1, cap. I).

(1) Figura este nombre (*Bodero Bodives*) en una inscripcion hallada en términos del pueblo de Sorriba, nueve leguas al Norte de Leon (*Lápidas inéditas*, por F. Fita, ap. *Museo Español*, t. IV).—*Bod* es raíz análoga á la del vocablo *behetria*; pero puede equipararse al gael *buadh*, esforzado, y tambien al gallego y portugués *bode*, macho cabrío.

(2) Como en el sanscrito *visha*, respecto del griego ἰός; como en el latin *rivus*, respecto del español *rio*; como en los vocablos *novus*, *divus*, *vivus juvenis*, respecto de los celtíbero latinos *nóus* (Hübner, 4969), *vius* (3070), *dius* (1963), *juenis* (3475, 3871); etc.

(3) A este mismo tipo refiere F. Fita los nombres de la inscripcion conimbricense arriba citada, leyéndolos: "Valerius *Avit(i)* á Turanius *Sulpici*;" pero, á nuestro entender, hay que suplir en ambos la desinencia *us (Avitus, Sulpicius)*, y el primero de los dos dedicantes es el mismo *Valerius Avitus*, de quien se sabe que murió á la edad de 30 años, y á quien dedicó su madre, en la misma ciudad de Coimbra, un epitafio en mal latin y peores versos. (H. 391).

(4) De una inscripcion publicada en la *Ephem. epigraph.* III, 197, cit. por Fita. Acerca de las leyes biológicas á que alude el texto, publicamos un ensayo en el Boletin de la Institucion libre de Enseñanza, 1878 y 1879: *Los dialectos de transicion en general y los celtibéricos-latinos en particular.*

bilitando en nuestra Península, y robusteciéndose á expensas suyas la familia, el nombre gentilicio fué cayendo en desuso, y la desinencia patronímica, de secundaria que antes era, se elevó á categoría de principal y áun única: por eso nos la brindan en tan gran profusion los documentos de la Edad Media, ya en su primitiva forma *is*, ya mudada en *iz*, por degradacion espontánea del sonido *s*, ó tal vez por influjo del vascongado. Ejemplos: *Gundisalvis* (*Esp. Sag.*, t. XVI, 437, 444), *Osoris* (Muñoz, *Col. de ff.*, p. 141), *Braoliz* (Escal., *Hist. de Sahag.*, esc. 184 y 739), *Moñiz* (Muñoz, ibid., p. 141), *Godestiz* (*Esp. Sag.*, XXXVI, ap. 23). *Nunniz* (*Ibid.*, XIX, 375), *Peris* y *Periz* (hoy en Valencia y Alto Aragon, etc.

El padre que así legaba á sus hijos el sello más característico de su personalidad, se trasformaba para ellos en una divinidad, no bien habia descendido al sepulcro: nuestros antepasados, como otras muchas ramas del tronco ario, indios, helenos, latinos, sabinos, etruscos, practicaban el culto de los muertos, no sabemos si nacido del amor ó á impulsos del miedo [1]. Las sepulturas eran sus templos: cada nuevo sepulcro que se abria, llevaba consigo una nueva consagracion á los *espíritus*, *héroes*, *lares* ó *manes* de los antepasados. Ejemplo: *Lugovibus sacrum*, á los dioses de los sepulcros (Hübner, 2818: cf. «Louc. Iuteris Aram,» 2849) [2]; ó como dicen las más de las inscripciones, traducido al latin el primer vocablo, *Laribus* —ó bien —*Diis manibus sacrum* (Hübner, saepissime): θεοῖς Χθονίοις escribian los griegos. Allí, en la mámoa ó túmulo, reducido Olimpo de una familia, habitaban los mane, en íntima y perpétua comunicacion con los descendientes y cognados que sostenian aún las batallas de la vida: recibian las oblaciones y ofrendas de pan, vino, manteca ó frutos que los suyos les consagraban en el fuego del hogar (*fundere in foco super truncum frugem*) [3], y en las antas ó dólmenes erigidos en los caminos

(1) Sobre el culto de los muertos en la raza aria, vid. *Los orígenes indo europeos*, por A. Pictet, 1863; Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*, lib. I; Fed. de Portal, *Política de las leyes civiles*, 2.ª p., lib. I, tít. I, cap. 1 y 3; etc.

(2) *Lóvios* denominan los gallegos á las sepulturas.

(3) S. Martin de Braga, *De correctione rusticorum*, c. 9, ap. *España Sagrada*, t. XV. Practicaban todavía este culto en el siglo VI, en que escribia el Santo, y consagraban ofrendas de pan y vino á las fuentes (*vinum et panem in fontem mittere*). A desterrar el culto naturalista no eran parte las excomuniones de los Concilios

ó en los términos de las heredades [1] : presidian el matrimonio de los miembros de la familia [2], y los acogian en su seno cuando venia á quebrarse el hilo de su vida (*Dei manes receperunt Abuliam*... H., 2255). Encima del sepulcro, se erguia la estátua de piedra de tal héroe que dió orígen ó lustre á la familia, con idéntica representacion á la de las imágenes de los antepasados que decoraban el "atrium" de la casa romana [3]. El padre era el sacerdote de este culto doméstico, como el patriarca de la gentilidad lo era del culto gentilicio, como el rey de la tríbu presidia las ceremonias del culto nacional. En los primeros albores de

---

(*Concil. Tolet.* XII, c. 11, y XVI, c. 2, y *Concil. Bracar.* II, c. 22), ni el que los sacerdotes cristianos erigiesen ó grabasen cruces en las rocas que servian de aras ó de centros de reunion, tal como se ven aún en el dolmen tumular de Fornella, en el ara natural de Gondomil, etc. Algunos se trasformaron en templos católicos; por ejemplo, las de Cangas de Onís y Arrechinaga. Sobre una piedra oscilante de Galicia, se fundó una leyenda cristiana: "la barca de Nuestra Señora."

(1) En el siglo XVII era comun aún en la Bretaña, país céltico, el depositar alimentos en las mesas de los dolmenes, lo cual obligó al clero á declarar solemnemente que semejantes ofrendas sólo podian aprovechar al diablo (Réclus, *Nouv. Géograph*, II, 620). Todavía hoy, el campesino breton deja el fuego encendido y leche en la escudilla durante la noche, para que las almas de sus antepasados puedan calentarse y apagar su sed (Murguia, *Hist. de Galicia*). V. tambien *Superstitions de la Basse Bretagne*, ap. *Revue Celtique*, Julio, 1875, y Cenac Moncaut, *Hist. des Pyrenées*. IV, p. 390 y ss.

(2) Así era en Grecia (v. Fustel, *ob. cit.*); y Strabon asegura que los lusitanos, gallegos, astures y cántabros celebraban el matrimonio lo mismo que los griegos (III, III, 7.)

(3) Se conservan en Portugal y Galicia varias estátuas sepulcrales de este género, representacion acaso de los lares en general (*lug*, héroe), ó bien del fundador de una gentilidad, ó de determinado caudillo salido de ella. Una, en Viana do Minho, desembocadura del Limia (*Entre Douro e Minho*), con la inscripcion de "Lucio Sexto Corococorocauco, hijo de Clodameno;" dos, sin inscripcion, halladas cerca de Montalegre (*Tras-os-Montes*), y actualmente existentes en los jardines del palacio real de Ajuda: de otra semejante á las anteriores hay memoria que existió cerca de Castro de Rubiás, junto á Araujo (*Galicia*), con la inscripcion de "Adrono, hijo de Veroto;" y por último, se conserva la mitad inferior de otra, sin inscripcion de ninguna clase, cerca de Villar del Barrio, á 4 leguas de Orense. Miden 2'10 á 2'50 metros de altura. Llevan escudo, espada, torques céltico al cuello, y cinturon con adornos. Son de granito. Puede consultarse lo que acerca de ellos dice E. Hübner á los números 2462 y 2519, y una monografía del mismo sábio epigrafista, en el *Gerhardi archäol. Zeitung*, 19, 1861, traducida por Murguia en la Ilustracion IV al t. II de su Historia de Galicia, 1868.

Además de esas estátuas, multitud de lápidas funerarias ostentan grabados en relieve guerreros con lanza, infantes ó ginetes: en Segovia (H., 2731), en Lara de los Infantes (2866, 2869), en Braga (2419), y en otros puntos (2790, 2868, etc.: vid. Hübner, pág. 393.)

toda civilizacion, así en la India como en Grecia y Roma, la religion, el gobierno y la poesía se hermanan en una representacion comun: no hay todavía órganos especiales para esas grandes funciones de la vida social: no hay clero todavía: una misma persona impera con imperio absoluto en el interior del hogar, administra sus intereses, lleva el ganado al monte, acaudilla los hijos en la guerra, oficia en el altar doméstico donde se veneran los lares, y conserva y trasmite y acaudala con su inspiracion el himnario religioso que forma parte de ese culto [1].—El de los lares se enlazaba con íntimo abrazo al culto del fuego, comun á todos los pueblos de quienes poseemos noticias ciertas, segun han demostrado los estudios de Huet y Fergusson, y que los celtiberos importaron del Asia: en la pira, el fuego espiritualiza los cadáveres, abre á las almas el camino de la vida inmortal, mientras giran en torno de la hoguera los deudos y amigos del difunto invocando á los lares, conjurando los malos espíritus ó lemures, y cantando las alabanzas del difunto [2]: en el hogar, el fuego hace invisible, y lleva á los manes de los antepasados, que habitan los sepulcros, la piadosa oblacion con que pagan los vivos la más sagrada deuda, y es el conducto por donde llegan hasta ellos sus plegarias. Por esto, el hogar constituye el centro más importante de la casa, y le dá todo su valor y significacion: «*qui eos ad aras et focos suos recepissent*,» dice un autor latino, con referencia á los cordoveses (*de bello hisp. comm.*, c. 16). La familia debia mantener constantemente viva la llama del hogar, en la cual palpitaba el espíritu de la divinidad, "*agni*," y cuyo calor animaba las frias cenizas de los muertos y retenia sus almas en aquella mámoa que era como obligado accesorio de la casa: por esto, en algunas inscrip-

---

(1) Puede consultarse sobre este particular: *Lecciones académicas sobre la historia de la literatura índica*, por Weber, 1852, p. 37; Fustel de Coulanges, *ob. cit.*; *La ciencia de las religiones*, por E. Burnouf, p. 73 y 197; Pictet, *ob. cit.*, § 401 y ss.

(2) Los lusitanos y gallegos, como los griegos y romanos, incineraban los cadáveres, lujosamente ataviados con torques y brazaletes de oro, y ceremonias especiales (App. VI, 75; Tit. Liv. XXV, 17). Por esto, en los túmulos ó mámoas no se encuentra de ordinario más que cenizas y urnas cinerarias: v. *Antigüedades de Galicia*, por R. Barros Sibelo, 1875; *Historia de Galicia*, por M. Murguia, y otros. No es autoridad en este punto Silio Itálico (*corpus cremar, nefas*, Punicor, lib. III), en contradiccion consigo mismo, pues al describir el duelo de Corbis y Orsua, dice: *impius ignis dissiluit, cineresque simul jacuisse negarunt* (Ibid., lib. XVI.)

ciones, al lado de la dedicacion ritual á los manes (*D. M. S.*), descubrimos el signo oriental llamado *svasti*, que fué símbolo del sol y del fuego, y que andando los siglos, dió orígen á la forma primitiva de la cruz ó monógrama de Cristo, "*agnus* Dei [1]. Como en las demás razas de orígen ario, la propiedad era en España inalienable, porque se reputaba de los antepasados y adscrita á su culto: el testamento era desconocido; la casa estaba vinculada en la familia, que es decir en la perpetuidad del hogar: todavía en la Edad Media, cuando las costumbres obedecian aún al principio de la inalienabilidad, expresábase ésta diciendo que no era lícito adquirir todo el patrimonio de un labrador de behetría *á fumo muerto* (Fuero Viejo, IV, I, 1). El fuego sagrado del hogar, la *vesta* de los latinos, ἑστία de los griegos, era invocada como una divinidad tutelar, medianera entre la tierra y el cielo, y la familia se la hacia propicia con ofrendas [2]. Todavía encontraba fuera del hogar otras manifestaciones el culto del fuego: en torno de una hoguera, alumbrados por la luna nueva, danzaban los coros de los clanes entonando himnos en loor de Yun, el Dios uni-

---

(1) Sobre el *svasti* índico, vid. Burnouf, *ob, cit.*; y sobre el *svasti* cántabro, una carta de F. Fita, nota S de *Cantabria*, por Fernandez-Guerra, 1878.—Los apologistas cristianos de los primeros siglos advirtieron ya la identidad de forma que ofrecian la *cruz*, símbolo del cristianismo, y el *svasti* que caracterizaba el estandarte imperial romano apellidado "càntabro." Acaso en este hecho fundó Lupian de Zapata la paradójica afirmacion de que los cántabros habian rendido culto á la cruz antes de la Era cristiana (pseudo-*Cronicon de Hauberto*).

(2) No se dirá que los españoles habian recibido de los romanos estas creencias y este culto, como no los debieron romanos ni griegos á los persas ó á los indios: unos y otros las heredaron colateralmente de sus comunes progenitores, los primitivos arios del Asia Central. Cuando Roma se presentó en nuestra Península, y principió á inocular en la multitud los principios religiosos y jurídicos que informaban su civilizacion, no figuraba ya entre ellos el culto de los muertos ni el culto del hogar, que habian sido desusados. Los romanos debieron contemplar estas creencias y ritos como una novedad; á la manera como Appiano, describiendo los funerales de Viriato, atribuye la solemnidad á costumbre bárbara (βαρβαρικῶς; VI, 75), y lo mismo Tit. Livio, en su reseña de los funerales de Graccho, ordenados por Anibal en Benevento, hace mencion de esa misma solemnidad como privativa de nuestro pueblo ("tripudia *hispanorum*;" XXV, 17), no obtante ser idéntica á la que rigió, y habia caido ya en desuso, en Italia y en Grecia; á la manera, también, como Diodoro atribuye á los bárbaros ("*barbari* observant;" IV. 39), probablemente á los españoles, un símbolo jurídico de adopcion que hay motivos para creer formó parte del derecho primitivo de los helenos y de los italianos.—Al contrario, otras veces hacian constar la semejanza de los ritos ó de las costumbres indígenas con las de aquellos pueblos clásicos: Strabon, por ejemplo, asimila á las de los griegos las bodas (III, III, 7) y las hecatombes (III, IV, 7) de los españoles; y Diod. Sic. reduce los cantos guerreros de los lusitanos, al *plan* de los griegos (lib. V, c. 34).

versal, el padre de los dioses [1]. Todos los años, en el solsticio de verano, verificábase con gran solemnidad la purificacion del fuego, renovado en lo alto de las montañas con ceremonias de que ciertas regiones de la Península conservan importantes reliquias todavía: tambien entre nuestros celtiberos halló resonancia el mito de Prometeo, sin que lo aprendieran de focenses ni de romanos [2].

III. La tercera denominacion era la principal: el *nomen gentilicium*, ὄνομα συγγενικόν. Revela la existencia de un círculo social superior á la familia, del cual no era ésta sino uno de tantos miembros: tal es la *gentilidad* (CUM), idéntica al *clan* de los escoceses, á la primitiva *gens* de los latinos, al γένος de los griegos, al *mir* de los eslavos. Expliquémonos con un ejemplo: hemos hecho mencion de las tres familias indígenas de Blecaino, Clouto y Elaeso, que vivian en el territorio de Astorga hácia el año 27 de Cristo, y tres indivíduos pertenecientes á ellas, Arausa, Turaio y Docio: pues bien, aquellas tres familias procedian y dependian del clan ó *gentilidad de los Desoncos*, y estos tres indivíduos eran gentiles (Hübner, 2633).—Cuál es, pues, la naturaleza de esta

---

(1) Del culto á Dios Supremo *(Dios innominado)*, de que nos haremos cargo más adelante, dá fe Strabon (III, IV, 16): por lo que toca á las hogueras, se ha perpetuado la costumbre de solemnizar con ellas las festividades principales de cada pueblo. Sobre las fogatas de la cofradía de San Adrian, en Elorrio, el 1.° de Agosto, vid. *Estudios monumentales y arqueológicos de las Provincias Vascongadas*, por A. de los Rios. Sobre las fogatas (*foliones*) de Galicia en los dias que solemniza la Iglesia Católica, y con especialidad en la víspera de los patronos de cada pueblo, véase R. Ramon Sibelo, *ob. cit.* Exactamente lo mismo acontece en la vertiente pirenáica del Alto Aragon. Los Concilios de Toledo anatematizaron sin éxito estas manifestaciones de los antiguos cultos peninsulares.

(2) Sobre los vestigios que ha dejado en Europa el mito de Prometeo, y la renovacion del fuego, propios de la primitiva raza aria, vid. Baudry (*Les mithes du feu et du breuvage celeste chez les nations indo europeennes* (Revue germanique, t. XIV 353, 556; XV, 5). Reville, *Le mithe du Promethée* (Revue des deux mondes, XL, 842) y Burnouf, *ob. cit.*—En el Pirineo de Aragon, hemos podido observar en el año último una solemnidad análoga á esas otras que en diferentes puntos de Europa se han registrado, emparentadas con el culto del fuego y el mito de Prometeo, nacidos en el centro del Asia: hasta hace poco tiempo, esa solemnidad ha constituido carga concejil.—Sobre el culto del sol y del fuego, en relacion con las divinidades orientales, en Yecla, véase los *Discursos* leidos en la Academia de la Historia, en 1875, por D. J. de Dios de la Rada y Delgado y D. A. Fernandez Guerra, que tan viva luz han proyectado sobre la historia de las colonias jónicas de nuestras marinas de Levante.

institucion? Acaso pueda rastrearse por el significado del sustantivo ó partícula CUM, CO, que llevan sufijada los nombres de los clanes: *Bundalico*, Hübner, 2785: *Tolocco*, 3450: *Vailico*, 2771: *Eburanco*, 2828: *Contucianco*, 3120: *Lanciqum*, 3088: *Sfaniocum*, 2838: *Longeidocum*, 3121: *Calnicum*, 2825: *Auvancum*, 2827: *Cambaricum*, 3074: *Chilasurgun*, 1087: *Florocum*, 405: *Orniacum*, 2633: *Comenesciqum*, 2729: *Dagencium*, 3082: *Tritalicum* y *Tritalicu*, 2814 y 5077: *Desoncorum*, 2633: *Gapeticorum*, 804: *Messicum*, 3135: *Dessica*, 2866: *Venniqum*, *Bedaciqum*, (Museo Español, t. IV), etc. Parece que esta palabra fué traducida al latin por GENUS (*Rectu-genus*, H., 2402, 2907: cf. ibid., 2324; y *Rethogenes*, apud App. «de bell. iber.» y Val. Max., V, I, 5): tal vez tomaba en algunas comarcas la forma *cnu* ó *cnun* (v. gr., *Tarboimancnunarum*? H. 430), asimilable á la desinencia gentilicia *na* de los etruscos, *cnos* de los galos, *cn* y *cm* de las medallas peninsulares (1). —A nuestro entender, *cum* y *cnun* traen el mismo orígen que la raíz Sanscrita *gan*, enjendrar, nacer, Griego γεν γείνομαι γενεᾶν γονέος, Latin *gignere*, de donde *genus*, *gens*, *genitor*, *progenies*, *gnatus* ó *natus*, *co-gnomen*, Cymrico *geni*, nacer, *gen*, nacimiento, *cenedlu*, procrear, *cenedl*, clan, Irlandés *ginel*, *cineal*, *cine*, *clann*, Gael *gné*, género, *gin*, enjendrar, *cinneagh*, gente, Gallego, *cines*, familia, raza, Godo *kunni*, Aleman antiguo *chunni*, raza, Escandinavo *kyn*, Inglés *kin*, parentesco. Era, pues, el *cum* ó gentilidad de los celto-iberos la reunion de todas las familias colaterales procedentes de un mismo ascendiente, y agrupadas en torno de un jefe comun; y ha tenido su igual en todos los pueblos de la antigüedad, en la India, en Grecia, en Italia, en Germania, en la Galia, en Escocia, etc. (2): es la misma comunidad municipal (*village-community* de los ingleses) que se

---

(1) La terminacion *cn* de algunas leyendas numismáticas, Boudard la interpreta así: *coen*, desinencia de genitivo plural, por ej., *Nedhenacoen*, los de Nedena ó Nedenios (*Numismatique iberienne*, p. 76 y ss.); y la terminacion *Khm (qs*, segun Delgado, *Nuevo Método*, t. I, p. CIV y CXLV) la resuelve en *Khoem*, como *Ilibara khoem*, los habitantes de Ilibara (Iliberis), *Erromacoem*, de los Romanos, etc. (Ibid. páginas 82 y 85).

(2) Puede consultarse: Pictet., *ob. cit.*, lib. IV; Fustel de Coulanges, *ob. cit.*, libro I y II; Laveleye, *La propieté et ses formes primitives*; Sumner Maine, *Lectures on the early history of institutions*, 1875; Niebuhr, *Historia Romana*, I; etc.

trasmitió á la Edad Media, combinada con las instituciones feudales, el mismo *clan* escocés que todavía ha alcanzado nuestro siglo, especie de término medio entre el *mir* de Rusia y la *zadruga* que rige aún, si bien degenerada, en los pueblos eslavo-meridionales; y no ha desaparecido de nuestro país sin dejar hondas huellas, que imprimen un sello especial al derecho consuetudinario del Pirineo aragonés.—Cuando el latin penetró en la Península lo bastante para que se expresáran en él las relaciones del derecho público indígena, Roma habia perdido la nocion de la *gens*: ya en tiempo de los Antoninos habian caido en desuso las últimas reliquias del *jus gentilitium*, y desde mucho antes se venia aplicando aquel vocablo para denotar tribus, nacionalidades y provincias.—La frase tan comun y legítima: *nationes et gentes* (Cic. *De n. deor.*, III, 39), *populi et gentes* (Quintil., XII, 2), degeneró con el uso en una tautologia de dos términos, que como sinónimos que ya eran, legítimamente podian invertirse: *gentes ac nationes* (Cic., *de imp. Pomp.* XI, 31), *gentes nationesque* (Quintil. XI, 3). Hé aquí por qué ya Ciceron escribió: *Gentes* Sabinorum, Volscorum, Hernicorum, Allobrogum, Aequorum, Transalpinae (pro Balb., 13; Repub., II, 20; IV Catil., 6, 12); y en tiempo del imperio, Tito Livio: *Gentes* Olcadum, Carpesiorum, Celtiberorum (Decades, XXI, 5; XXIII, 27, etc.); y Plinio: Gallaica *gens* et Asturica; *gentes* Celtici, Turduli, Vettones (*N. H.*, IV, 35; VIII, 67); y Juvenal: *Gentes* Latinorum, Campanorum (Sat. VIII, 239); y así de los demás [1]. Hé aquí por qué se aplicó en nuestras inscripciones la voz GENS á las tribus ó naciones de la Península, y á la verdadera *gens* (CUM) se la denominó *gentilitas*, vocablo que en tiempo del imperio vino en cierto modo á sustituir á aquel para expresar el órden político-civil de los gentiles ó parientes [2]. —Este régimen no lo abolieron los romanos; que no estaba

(1) Puede consultarse sobre esto y sobre el sistema de apellidos griegos y romanos, los dos importantes artículos *Nomen* y *Gens* de Leonhard Schmitz y de George Land, en el *Dictionary of Greek and Roman antiquities*, edited by W. Smith, segunda edicion, 1863;—Freund y Theil, *Gran diccionario latino*, vv. *Gens*, *Gentilitas*, *Gentilis*;—Savigni, *Zeitschrift*, etc.;—Fustel de Coulanges, *ob. cit.*, II, c. 10.

(2) En tiempo de la República se decia *gens*: "et liberos Tarquini et *gentem* Tarquiniorum (Ciceron, *De Repub.*, II, 25)"; en tiempo del Imperio, *gentilitas*: "omnes Tarquinii eiusdem, ne quam redivionis per *gentilitatem* spem haberent (Varron, *Non.* 222. 17)."—Sin embargo, ya en tiempo de Ciceron habia decaido mucho la gente, y se aplicaba algunas veces este vo-

en humano poder el destruirlo, ni entraba en sus miras [1]. Ménos aún podian acometer tan loca empresa los visigodos, más necesitados de aprender derecho que en disposiciones para enseñarlo; y así se explica que pudiese llegar la «gentilidad» á los comienzos de la Reconquista, si bien mudado el nombre en el de *familia*, á causa de haber alterado el cristianismo la significacion del primero, atribuyéndole un sentido que habia de hacerlo mal sonante en pueblos convertidos ya al Evangelio; un documento del siglo VIII nos ha conservado la memoria de las *familias* de los Destérigos, de los Agárigos ó Agarios, de los Avezanos, etc. (*Esp. Sag.*, t. XL, apénd. 12) [2].

---

cablo para significar ideas diferentes: por esto, sin duda, el mismo Ciceron usó ya, en sustitucion de aquella, la palabra *gentilidad*, para expresar el círculo de los colaterales ó gentiles: "stirpis ac *gentilitatis* jus (*De Orat.*, 1, 39): usucapionum, tutelarum, *gentilitatum*, agnationum jura (Ibid., 1, 38)."

(1) El criterio fundamental de los Edictos provinciales era el respeto al derecho consuetudinario y á las leyes locales. No se privó á las provincias de sus senadores, de sus magistrados ni de sus sacerdotes: los que antes ejercian el mando supremo de la tribu ó ciudad, permanecieron rigiendo la *res privata* de ésta, una vez incorporada á Roma. Lo mismo las ciudades aliadas (*fœderatæ*) que las libres (*liberæ*), disfrutaban de la *libertas* (independencia administrativa) y *autonomía* (legislacion y jurisdiccion nacionales); no dependian del gobernador romano, ni tenian guarnicion: continuaban propietarias del suelo; esto es, no era declarado éste *ager públicus*. Su único lazo con Roma era el *foedus*, ó el *senatus consultum* que los aliaba á Roma; y además, las ciudades libres, por los *stipendia* y *portoria* que tenian que satisfacer al tésoro público: todavía, en este caso, no se confundian sus bienes con las rentas del pueblo romano.

Puede consultarse la doctrina que proclama sobre el *jus provinciæ*, Ulpiano, lib. 14 ad Edict., y el Digesto, de Reg. Jur., l. 123. El mismo Ulpiano estableció, en materia de convenciones, este órden de prelacion: primero, lo pactado; segundo, la *mos regionis* (Ibid., de Reg. juris, l. 34). Hasta se permitió redactar en la lengua de cada país los fideicomisos (D., 32, lib. 11; Gayo, II, § 281; Ulp., fragm. 25, § 9). Tratan en particular esta materia: P. Willems, *El Derecho público romano*, 3.ª ed., 1874; *Derecho público y Administrativo romano*, por D. Serrigni, 1862; Laferriere, *Historia del derecho público francés*, t. I y II; etc.

Nuestros fueros de la Edad Media no fueron una creacion original, sino una *juris continuatio* del primitivo derecho indígena. Hubiera sido empeño vano querer destruirlo: el Código de Alarico se propuso matar el retracto gentilicio, y el retracto rige todavía en nuestra Península. Y si el derecho imperial no suplantó al indígena, ménos habian de abrogarlo los *bonos homines* que dictaron los fueros. Sabido es que en los primeros siglos de la Reconquista, el país se rigió por *usos de la tierra* (Fz. Guerra, *El Fuero de Avilés*, pág. 35, 36 y 65).

(2) Una de las acepciones que tomaron los vocablos *gens* y *gentilis* despues de Augusto, fué la de *estrangeros*, *bárbaros*, en contraposicion á romanos (Tácito, *De morib. Germ.* 33; (*Cod. Theod.* III, 14, 1; XI, 30, 62).—A su vez, los PP. de la Iglesia trasladaron aquel concepto á los *idólatras*, en contraposicion á judíos y cristianos, y designaron por *gentilidad* la religion pagana (San Jeron. *Ep.*, 22, 30; 4, 22; Lactancio, 2, 13; Vulgat., *Psalm.*, 2, 1; Arnobio, *Adversus gentes*; etc.).

Desde este momento, y cristianizada más ó ménos la Península, sus clanes debian repugnar el vocablo *gentilidad*, con que se habia traducido durante el imperio la denominacion indígena, y buscaron otro equivalente. Este fué el de *familia*, que en Roma significó: el conjunto de los esclavos y servidores; la casa y el derecho relativo á ella (v. gr., *familia ercis-*

No siempre el nombre gentilicio adoptaba la forma dicha: á menudo reproducia simplemente el nombre del clan, sin la añadidura del vocablo *cum*, y con no menor frecuencia, á contar desde el siglo I, ese nombre fué traducido al latin, sobre todo, cuando estaba tomado del reino vegetal ó del animal, circunstancia no ménos frecuente aquí que en los "praenomina". Hé aquí algunos ejemplos:—Pompeia M(arci) f(ilia) *Bileseton* (Pompeia Lupa, Hübner, 3537; *cf*. Antonius M. f. Lupus, 327; *cf*. 1349 y 2910); —M. Horatius M. f. *Bodon* (Marco Horacio Hirco, 2114);—Lucretia L. f. *Sergeton* (Lucrecia Corza, 2114);—Statutus *Arquio* (Estatuto Urso, 2990; *cf*. C. Antonius L. f. Ursus, 202);—T. Pompeius *Urcalioco* (Tito Pompeyo Porcio, 2800; *cf*. M. f. Aper, 4238; C. Vibius C. f. Porcianus, 4254; *cf*. 4252, 4143, 4263 y otras);—Amvaearum *Tarbnimancnunarum* (Amvaéaro Tauro, 430; *cf*. C. Cosconius L. f. Taurus, 1476; *cf*. 3269);—C. Cornelius C. f. *Brocchus* (Cayo Cornelio Fontano, 3293; cf. M. Acilius L. f. Fontanus, 3871; *cf*. Brocchus, 1199; y Fontanus, 1469); —Avita Moderati f. *Avia* (Avita Fontana, 813; *cf*. Liguria Abia 923);—Apuleia M. f. *Brocina* (Apuleya Rustica, 992; *cf*. Suconia; *C. f*. Rustica, 1267; *cf*. Broc., 1791; Brocina, 98; Broccilla, 2064; Rusticus, 1048, 2220, 2121);—Luria T. f. *Boutia* (Luria Victoria, 123; *cf*. Sitnia Q. f. Victorina, 140);—M. Terentius M. f. *Aquila* (275);—Sempronia D. f. *Flora* (1417; *cf*. Florocum, 405); —Agria C. f. *Silvana* (3503);—M. Valerius M. f. *Cerialis*; etc. —Distinguíanse unos de otros estos clanes por un blason ó emblema gentilicio, lo mismo que las tribus (T. Liv., XXXIV, 20 et alibi); emblema que, segun todas las probabilidades, era la imágen

---

cuadæ, paterfamilias, etc.); linage, division interior de la gente (v. gr., Sulla *gentis* patriciae nobilis fuit, *familia* prope jam extincta majorum ignavia." Salustio, *Bell jugurt*., 95, 3); y acaso la gente misma (ejemplo: "Die constituta causae dictionis, Orgetorix ad judicium *omnem suam familiam* ad hominum millia dece undique coegit, et *clientes obæratosque suos* eodem conduxit," Cæsar, *C. de bell. gal*, I, 4, 2).

En el siglo V estaba todavía en uso la palabra *gentilidad*, á juzgar por la inscripcion de Santo Tomás de Collia: *ex gent(ilitate), Pembelor(um)*, Hübner, 2707, perteneciente á una familia no cristiana todavía. Esta inscripcion no la interpretan bien, á juicio nuestro, los epigrafistas cuando leen *ex gent(e)*.., porque la gente no se intitula de los Pémbelos, sino de los *Orgt(e)nopescos*, cuya indicacion precede, contra costumbre, á la de la gentilidad en el citado título cantábrico.

No es esto negar que alguna vez se atribuyese á la palabra *gens* su recto primitivo sentido: en una inscripcion alusiva á familias romanas, se cita la *gente de Sexto Aponio* y la *gente de los Julios* (H., 396).

del objeto natural que les prestaba el nombre, ordinariamente un animal. Así, la enseña de los Arcades ostentaria un oso, la de los Táuricos un toro, la de los Lopes un lobo, la de los Bodónicos un macho cabrío, etc. Tallados groseramente en piedra, servian de *términos* para amojonar las fronteras que dividian unas de otras las behetrías y las gentes; por esto se han encontrado derramadas en tan gran profusion por la Península estátuas de varias suertes de animales (1). Y como á cada nombre respondian diversas gentilidades ó clanes, un mismo símbolo servia de blason á dos ó más: lo propio acontecia respecto de las tribus (2). Tambien los clanes y tribus de Italia tenian sus armas ó emblemas de familia (3): el de los hirpinos consistia en un *hirpus* ó macho cabrío, los picentinos un *pico* (Pius Martius), etc. La costumbre

(1) Más de 300 monumentos se han encontrado, representando lóbos, osos, toros, jabalíes, becerros, caballos, elefantes, en Portugal, Castilla, Andalucía y Vizcaya. Villa-amil y Castro opina que "son probablemente monumentos geográficos, no ageno tampoco á los sentimientos y creencias religiosas de las tribus que los erigieron (*Pobladores, ciudades, monumentos y caminos antiguos del Norte de la provincia de Lugo*, apud Boletin de la Sociedad de Geografía de Madrid, Agosto, 1878:—"Vacilamos entre creerlos construidos en memoria de alguna hecatombe ó sacrificio, ó mejor, como piedras de término regional... Todas estas obras son romanas (E. de Mariátegui, *Los toros de Guisando*, apud El Arte en España, 1865, tomo IV, p. 44)."—En los puntos de frontera, especialmente donde tocaba en camino romano, cada tribu, al fijar los mojones y términos (año 27 de Cristo), hizo alarde y ostentacion de los símbolos y enseñas con que se diferenciaban de la otras gentes. El Término, deidad antigua, fundamento de la propiedad, de la familia y de la nacionalidad, representábase en España por monumentos ó simulacros expresivos, ya de orígen, ya de alianza, ya de culto, figurando unas veces el toro, acaso de recuerdo siro ó egipcio, otros la africana sierpe, ahora el cerdo de los celtas, ó el lobo de los iberos, ahora el caballo y el elefante púnicos, bien el águila romana, el leon, el oso, el ciervo y la corneja. ¿Qué otra cosa que piedras terminales son el ídolo de Miqueldi y los toros de Guisando, de Talavera la Vieja, de Avila, Segovia, Toro y Salamanca, sobre cuyo objeto y significacion tanto se ha delirado? (Fernandez Guerra, *Discursos de recepcion* de E. Saavedra). En el mismo Discurso cita los puntos donde se han encontrado; y añade que pasan de 3.500 los pueblos y sitios conocidos en España que han tomado el nombre de tales simulacros, toros, dragones y culebras, cabras y carneros, jabalíes y cerdos, lobos, ciervos, caballos, elefantes, perros, leones, águilas, buitres, cuervos, cornejas, milanos, palomas, urracas, mochuelos, etc.

Consignemos estas opiniones sin discutirlas.

(2) Por ejemplo: la tribu de los *Cerritanos* y la de los *Surdaones* ostentaban como enseña nacional un cerdo, animal cuyo nombre habian adoptado.

A. Delgado, dice: "En las monedas autónomas españolas, es frecuente encontrar grabados cuadrúpedos, aves, peces, reptiles, y ahora emblemas. Hemos creido siempre, y con más razon creemos ahora, que si esos tipos ó símbolos tuvieron algunas veces alguna significacion relativa á las deidades de la mitología, sirvieron tambien como emblemas de razas ó como armas de las ciudades antiguas... Que por medio de estos emblemas se distinguian entre sí los pueblos antiguos, es una suposicion fundada; y además, que la denominacion de aquellas gentes era muchas veces la misma del emblema de su enseña, es punto averiguado... (*Nuevo Método de clasificacion de las monedas de España*, t. I, 1873, p. CLXII)."

(3) Chassan, *Essai sur la symbolique du droit*, 1847: nota I, p, 379.

de tomar por blasones figuras de animales, no es privativa de éste ó aquél pueblo, sino comun á todos en los orígenes de la civilizacion: sirvan de ejemplo, áun en nuestra época, los clanes y las tribus indígenas de Africa, América, Australia é India central, las cuales se apellidan tribus del mono, del cocodrilo, del búfalo, del elefante, del leon, del puerco espin, del oso, del lobo, de la lechuza, de la anguila, de la tortuga, etc. [1]. Por lo demás, no es fácil adivinar si, como se ha observado en estos pueblos bárbaros y en otros de la antigüedad, el respeto al *totem* ó emblema se habia metamorfoseado en una de tantas manifestaciones del culto naturalista, ó si daban con él testimonio de creencias emparentadas con la doctrina de la metempsícosis.

La gentilidad tenía por lares á sus fundadores, es decir, los ascendientes comunes á todos los gentiles. Se reputaban superiores á los lares domésticos, lo mismo que en Roma los *dii gentiles*, y eran propiedad exclusiva del respectivo clan. Los ex-votos peninsulares dicen: *diis laribus Gapeticorum gentilitatis* (H., 804); *laribus Turolicis* (431); *laribus Cerenaecis* (2384); *diis Ceceuigis* (2577); *laribus Erredicis* (2470); *laribus Findlueicis* (2471); *laribus Cusicelensibus* (2469); *genio Lacimurgae* (5068) *genio Turgalensium* (618); etc. Cada gentilidad suponía un primer fundador, y este fundador era la primera deidad ó génio venerado en ella: á la gentilidad Bróccica corresponde el dios lar *Brocco* (*genio Brocci*, H., 2694); á la gente Bundálica, el dios gentilicio *Búndalo*; la gente Ursa ó de los Arcades veneraría un *Arquio* [2];

---

(1) Estas tribus y clanes consideran como protector al animal cuyo nombre llevan: no lo matan ni comen su carne: algunos remontan hasta él su genealogía, lo deifican y lo adoran; género de culto zoolátrico que se designa, con una palabra americana, *totemismo*. Lo graban en los sepulcros, en sustitucion del nombre personal del difunto. Así resulta de las observaciones y estudios de Casalis, Astley, Gray, Livingstone, Schoolcraft, Lubbock, Fergusson y otros.

(2) *Arcco*, *Arquio*, ἄρκτος en griego, latin *ursus*, suomi *Karhu*, gael *art*, welsh *arth*, oso, la Osa mayor y menor.—Caben estas otras raices célticas: *archu*, *argi*, perro de guerra, perro fiero, sagaz; y *arcu*, el perro doméstico (gael *cu*, welsh *ci*, latin *canis*, griego κύων) Nos inclinamos á la primera, por una razon: casi todas las lápidas que conmemoran algun *Arquio*, ostentan como símbolo una luna ó un astro (Hübner, 632, 664, 668 671, 2435; cf. 2407); y sabida es la relacion que estableció la primitiva raza aria entre el oso y los astros (señaladamente el Sol) en tanto que luscientes, relacion que dió de sí la calificacion de Osa á la principal constelacion de nuestro hemisferio. De la raíz sanscrítica *ark* ó *arch*, "ser brillante," salió por una metáfora uno de los infinitos nombres del *Sol*; por otra metáfora, se aplicó la misma raíz al *oso*, el brillante, y á las estrellas, las *brillantes*, en particular á las siete que forman la constelacion polar. Cuando los helenos, celtas é italiotas salieron del Asia, debie-

la de los Támagos ó Tamaganos un *Tameóbrigo*; la de los Tullónicos, un *Tullonio*, etc.; pudiendo inferirse, por esto, un dios gentil del nombre de cada gentilidad. Igual hecho se cumplió en Grecia é Italia: los Λαχιάδης por ejemplo, veneraban á su comun ascendiente y fundador Λαχίος, los Βυτάδης á Βυτής, los Βυσιλίδης á Βυσίλος; los Claudius, á Clausus; los Julius, á Iulus; los Calpurnius, á Calpus, etc. Cada gentilidad tenia su culto especial (*sacra gentilicia*, que decian los latinos), distinto del culto doméstico, con sus ritos, sus himnos, sus solemnidades y un prytaneo con el fuego sagrado: condicion esencial de su existencia, llevábanlo consigo en sus emigraciones, y lo trasmitian de generacion en generacion, áun despues que habian echado raíces en la Península el gentilismo y el cristianismo: muchos siglos despues del establecimiento de los célticos en Andalucía, pregonaba su abolengo celtibérico, entre otras señales, la identidad de cultos (*sacris*, Plin., *N. Hist.*, III, 3); en pleno siglo IV hacía constar Rufo Festo que los españoles conservaban el culto municipal que habian poseido con anterioridad á la conquista romana (*sacra municipalia quae... ab initio habuerunt ante civitatem romanam acceptam*); y dos siglos más tarde, S. Martin de Braga perseguia las últimas manifestaciones del culto del fuego y de los muertos (loc. cit.). Si el culto de los lares gentilicios y de la vesta municipal provocó la creacion de colegios sacerdotales, no nos atrevemos á decidirlo, aunque no faltan razones en apoyo de esta conjetura: varias inscripciones hacen mencion de «colegios urbanos:» una de ellas, procedente de la Oliva (Lusitania), está dedicada á la memoria de Peculia Recessa, por sus colegas en el culto de los lares públicos: *Cul(tus?) lar(um?) pub(licorum?) col(legium?)*, ap. Hübner, 816: otra de Sorihuela, cerca de Santistéban (Tarraconense), aparece consagrada por el *Collegium Urbanum*, 3244; otra de Bra-

---

ron traer consigo la citada raíz con ese doble significado, y trasformándola cada uno segun su propio génio, dió orígen en la India á los *Siete Rishis* (de *arch* ó *rich*, *riksha*, el oso), en Grecia á *Arktos*, en Italia á *Ursa* y en España tal vez á *Arcco*.—La leyenda griega de Kallista, amada de Zeus, y metamorfoseada en la Osa mayor por celos de Heré, no tuvo otro fundamento que la circunstancia de haber sido madre de Arkas, fundador de la gente árcade ó de los Ursinos. V. *Nuevas lecciones sobre la ciencia del lenguaje*, por Max Müller, leccion 8.ª et alib.)

Hay memoria de clanes *Arcobrigenses* en Braga (2419) y en Coria (765). Una Arcobriga hubo en la Celtiberia, no léjos de Bilbilis: cf. *Arcobricenses*, ap. Plinio, *Nat. Hist.*, III, 4.

cara Augusta (Braga) fué costeada por el *Sodalicium urbanorum*, 2428 (cf. «Sodalicium vernarum colentes Isidem,» 3730). Por otra parte, Strabon da noticia de ἱερομάντεις ó sacerdotes lusitanos, que deducian sus agüeros de las entrañas y convulsiones de las víctimas (Strab., III, III, 6), del movimiento de las llamas, del vuelo de las aves (Sil. Ital., III, 343), y del brotar intermitente de las fuentes divinas (Plin., XXXI, 2). Estamos, pues, muy léjos de creer con Marrast (prefacio á G. Humboldt, *Primit. habit. de España*,, 1866) que «la religion de los iberos, puramente naturalista, carecia de templos y de cuerpos sacerdotales.»—La permanencia de este culto, á pesar del influjo de la religion romana, se explica porque Roma, léjos de imponer sus dioses, aceptaba los de las provincias, llevada de un afan de sincretismo que no se ha repetido en la historia: los pontífices prescribian que cada república y cada gente continuase profesando la religion que hubiese heredado de sus mayores (1).—Además del *sacellum*, donde se celebraban los ritos de esta religion, poseia la gentilidad un enterramiento comun, lo mismo que en Italia y que en Grecia: no otro orígen tienen aquellas líneas, ora paralelas, ora circulares, de mámoas y dólmenes tumulares que en ciertas comarcas de la Península se descubren alrededor de un pozo, ó en la cumbre de un cerro, ó en medio de una selva: sirvan de ejemplo los de la meseta de Santa Cristina de Monte Longo (Orense), los del «Campo das mamoiñas» en Gonzar, cerca de Arzúa, dispuestos en órden circular, y los de Brandoñas, situados en derredor de un pozo (2) que acaso fué venerado de alguna gente, como la «Fons *Amewcnia*» y la «Fons *Sagine*» de que haremos mencion más adelante.

Cada gentilidad ocupaba una villa ó behetría, colectivamente llamada *vest-cum* (villa del clan). Individualmente, recibia el nombre de la gentilidad que la habitaba, y por tanto, el del lar gentilicio venerado en ella; así, por ejemplo, del lar *Coro* ó *Coron*, el apellido gentilicio *Corocum* (2489; reduplicado, *Corococorocaucum*, 2462) ó *Coronicum* (2745), y la behetría *Corao* (así se

(1) No sólo las ciudades aliadas y las libres, sino que tambien las estipendiarias, sujetas al gobierno inmediato de los magistrados romanos, conservaban el ejercicio del culto nacional (Cic., *in Verrem*, II, 51; IV, 49; Gayo, II, 7).

(2) Vid. R. Barros Sibelo, *Antigüedades de Galicia*, 1875; Manuel Murguía, *Historia de Galicia*, 1868; J. Villa-amil y Castro, *Los castros y las mámoas de Galicia* ap. Museo español, t. VII.

denomina hoy), expresada en esta forma: *Corovescum* (2708: *Corovest-cum*, behetría del clan de Coro, behetría de los Córocos). Por esto, cuando traducian al latin el vocablo *vescum*, asignábanle como equivalente el sustantivo *vicus*, procedente de la misma raíz [1]: vgr. *de vico Baedoro* (insc.cit.); *d(e) v(ico) Talabara* (H.,453). De esta correspondencia entre unos y otros nombres, resultaba que tanto valía consagrar un ex-voto al dios de la behetría (*deo bodo*, Museo Esp. de Antig., t. VI), como al dios del clan (*laribus gentilitatis*, H. 804). Y esto explica que la nomenclatura geográfica se trasladase de una region á otra, cuando emigraban los clanes; que Plinio indujera el abolengo celtibérico de los célticos andaluces, por los nombres de las ciudades (*oppidorum vocabulis*, III, 3); y que en el siglo VIII, los clanes que abandonaban la tierra invadida por los musulmanes, al amparo de las banderas asturianas, diesen su nombre á las villas que repoblaban, llamándose "villa *Avezan*," "villa *Desterio*," "villa de *Agario*," etc., las adjudicadas á las "familias" de los *Avezanos*, de los *Destérigos*, de los *Agáricos*, etc., respectivamente [2]. Esto explica tambien que todavía en el siglo XIV, llevasen algunas behetrías los nombres de *Avia*, *Becerril*, *Lobera*, etc., correspondientes á clanes ó gentilidades que dejaron memoria de su existencia en lápidas votivas y funerarias de tiempo del imperio, segun queda dicho. Podemos, pues, inferir por el nombre de cada gentilidad el nombre de una behetría: á los Pésicos corresponderá *Pesos* (hoy Pezos), á los Pembélicos, *Pémbela* (hoy Pembes), á los Eburancos (2828), *Ebura*; y

---

(1) Es la raíz indo-europea *vaika-s*, zend *viç* y *vik*, sanscrit *vessa*, griego οἶκο, latin *vicuscus* (por *veicos*), godo *veihs*, irlandés *fich*, gael *both*. welsh *booth*, breton *bod*; *veter* y *vitir* de las antiguas inscripciones de la Gran Bretaña, en la actualidad *vestry*, celto-ibero *bod* y *vest*, y con la partícula determinativa, *vestrria*, de donde *behetria* en la Edad Media (cf. *Baedoro*, supra, y *Peteron*, V. Martial, IV, epig. 55).

(2) Vid. una escritura del año 760 (apud *España Sagrada*, t. XL, apéndice 12), segun la cual, cada una de las *villas* repobladas tomaba el nombre de la *familia* pobladora: la familia Guntino ocupó la villa Guntini; Destérigo, la de Desterio; Agárico, la de Agario; Avezano, la de Avezan, etc.—V. otro documento del año 757, ibid., apénd. 11.

De igual modo, los cántabros de nuestra Península hicieron española la nomenclatura geográfica de la region que habian ocupado en Asia, entre el Ararat y el Cáucaso (Fz. G., *Cantabria*, p. 9 y ss.). En las marinas de Levante reprodujeron las jonios la toponimia de la Hélade ó de la Jonia Asiática (*Discursos* de Rada y de Fz. G. en la Acad. de la Hist.), lo mismo que los célticos en Andalucía la de la Celtiberia, y siglos más tarde los españoles en América la de la Península.

vice-versa: de la behetría Talabara, el clan *Talabárico* [1]; de la behetría Vero ó Viro (*Viro-vescum*, Briviesca), el clan *Véroco* ó de los *Veros* (cf. Vero, 2577; Verano, 4278), de *Contucius* (3198), el clan *Contucianco* (3120), y la behetría *Contucia* (hoy Santaber?); y así de los demás. A menudo el vocablo *cum* se aglutinaba al nombre de la behetría, perdiendo su individualidad y su significado primordial. Otro tanto puede observarse fuera de la Península: v. gr., *Namurcum* (Namur), *Cluniacum* (Cluny).

No ha de figurarse nadie la behetría como un hacinamiento, más ó ménos regular, de casas adyacentes, con calles intermedias, al estilo de nuestras modernas poblaciones: hay que buscarles su semejante en los lugares de señorío de la Edad Media, que recogieron la tradicion y tal vez la extremaron. Un recinto fortificado (*camp ? castro*), circular ó elíptico, con silos y algibes, situado en un altozano ó tozal [2], ó bien sobre una *croa* ó corona hecha artificialmente de tierra, á la entrada de un valle ó en otro lugar estratégico, constituia el *centro* de la behetría. Allí estaba el santuario consagrado á los lares de la gentilidad, y el prytaneo donde ardia el fuego sagrado, servido tal vez por la vestal; allí el granero público; allí el lugar donde se congregaba la Asamblea de los padres de familia, primer embrion del Concejo en lo público, y en lo civil, del Consejo de familia, que todavía halló acogida en los Códigos peninsulares de la Edad Media, y que en el Alto Aragon se ha perpetuado hasta nuestros dias, conservando algunos de sus rasgos primitivos [3]; allí tenia su vivienda el jefe del clan, institucion que corresponde al *viç-pati* del Avesta, *pencenedl* del país de Gales, *jauna* de los vascos, *archonte* ó *basileus* de los clanes griegos, *pater* de las gentes latinas, *benefactor* de nuestras behetrías de la Edad Media, *cacique* de los americanos. Es casi seguro que esta magistratura patriarcal se trasmitia hereditaria-

---

(1) Así interpreto el nombre gentilicio de la inscripcion 453 del *Corpus inscript.* citado: "Maeilo Camali f. T*(alabaricum)* d(e) v(ico) Talabara.„ Hubner propone otra lectura: "Maeilo Camali f. T*(aporus)*...„ sin otro fundamento que el figurar este nombre en otra inscripcion de la misma comarca (n.º 408).

(2) Entrambas voces son de procedencia céltica. Altozano es *alt-ceann*, cumbre escarpada, cabezo peñascoso, ó *allt-ceann*, cerro alto y escarpado. Tozal en Aragon, tussal en Cataluña, valen lo mismo que el welsh *twys-alt*, cabezo ó cumbre escarpada ó peñascosa.

(3) Del Consejo de familia alto-aragonés hemos tratado en la *Revista de Legislacion y Jurisprudencia*, Marzo de 1879.

mente, con ó sin limitaciones, y que conservaron viva casi de todo en todo su memoria por largos siglos las behetrías de linage, sin excluir sus discusiones *pro sceptro*, remitidas unas veces á la decision de la asamblea del clan (*communibus cognatis*, T. Livio, XXVIII, 21) y otras al juicio de Dios (T. Liv., ibid.; Sil. Ital., l. XVI), y que en la Edad Media inspiraron el sistema de *devisas*, remedio que agravó la enfermedad. La autoridad de estos jefes era como de reyes, y reyes les llamaban probablemente susclientes, lo mismo que en Italia: *príncipes* los llama T. livio (XXVII, 19): todavía en la Edad Media, los señores feudales, benefactores de behetría, etc., ostentaban cerca de los suyos los atributos de la realeza.—En derredor de aquel centro fortificado, y completando la behetría, vivian derramadas por el llano las familias colaterales, los ambactos ó clientes, que probablemente adoptaban el nombre gentilicio del clan ó behetría á que se habian consagrado; los hijos por adopcion, que tambien la practicaban los españoles [1]; los extraños recibidos en clientela por la entidad behetría, segun costumbre peculiar de los primitivos hispanos (Hübner, 4465, *Aeso*; 2633, *Asturica*); los artífices que fabricaban escudos, forjaban espadas y afilaban puntas de lanza; los esclavos, que formaban parte de la familia de sus señores, y á quienes incumbian los oficios más bajos, como el moler la avena y la bellota; y los libertos que, al tiempo de la emancipacion, adoptaban generalmente el "praenomen" de su patrono, conservando por vía de "cognomen" individual el apelativo con que se habian distinguido durante su esclavitud [2]. Inmediatamente dependientes de cada jefe, vivia la clase de los soldurios, *devotos* á su persona, que le asistian en la guerra y que se daban á sí mismos la muerte cuando moria, por no sobrevivirle (Strab., III, IV, § 18; Val. Máx. II, 6, 11; Plut., *in*

---

(1) De los *bárbaros*, dice Diodoro (*Bibl. hist.*, IV, 39) que usan un procedimiento de adopcion igual al que en la Edad Media se nos da á conocer por las adopciones, históricas ó legendarias, del bastardo Mudarra por doña Sancha, en Castilla, y de D Ramiro por doña Mayor, en Navarra (vid. nuestra § XIV).

(2) Ejemplos de libertos: Fabia L. l(iberta) *Uninita* (Hübner, 3352); Q. Sertorius Q. l(ibertus) *Abascantus* (3744); P. Cornelius P. l. *Diphilus* (3294); C. Octavius C. l. *Cuccio* (223:); Porcia M. l. *Buccia* (4572); P. Stonius P. l. *Hylas* (5056); G. Tautius Semni l. *Morchias* (2773); M. Valerius M. l. *Cissus* (2068): Valerie C. l. *Crocine* (3644); Valeria L. l. *Sufun* (3510): P. Vergilius P. l. *Samnis* (3512); M. Volumnius M. l. *Celadus* (4305); Atilia *Betouna* Mecani l. (2861); etc.—Evidentemente, ninguno de estos nombres es gentilicio.

Sertorio); género de devocion, *celtiberica fides*, como la llama Valerio Máximo, que con razon maravillaba á los romanos, y que acaso se comunicó de los celtiberos á los aquitanos, entre quienes hubo de registrarla César (*Comm.* III, 22).—En tiempo de guerra, todas las familias que componian la comunidad gentílica se refugiaban con sus muebles y ganados en su respectivo castro central; pero cuando el invasor contaba con un grueso ejército, desequilibradas las fuerzas, érales menester acogerse á los muros de la capital de la tríbu, segun se dirá cuando de ésta nos ocupemos.

Behetrías pobladas por un solo linaje ó gentilidad, forzosamente debian ser pequeñas, y su territorio muy limitado. Por esto, en ciertas comarcas de la Península se encuentran los *castros* en tal profusion, que se ven unos á otros, y no se anda dos kilómetros sin tropezar con alguno de ellos, correspondiendo uno casi por cada parroquia [1]; de aquí tambien el que figuren en el Nomenclator geográfico de la Península tantos y tantos Castros, Castrelos, Castrillos, Castillejos, Castejones, Castrels, Castils, Alcaláes, Campos y Campillos [2]. No eran ciudades, sino lugares y aldeas, κώμας, πύργους (Strab., III, IV, 13), *vicos* (T. Liv., XL, 33; XLI, 3); pero los generales romanos que las ocupaban sin resistencia, pues contra legiones tan poderosas como las suyas eran, sólo cabia defensa en los robustos centros de las tribus, las anotaban en el registro de sus conquistas como populosas ciudades: πόλεις (Plut. in *Catone*), *oppida* (Plin., III, c. 4); y así, Polibio adjudicaba á Tiberio Graccho la gloria de haber destruido 300 ciudades en la Celtiberia, si bien Floro, más escrupuloso, rebaja la cuenta á la mitad; y Caton se jactaba de haber debelado 400 ciudades, más que dias habia morado en la Península; y Pompeyo el Grande, que á todos queria superar en gloria, en el trofeo erigido por

---

(1) J. Villa-amil, Boletin de la Sociedad de Geografía de Madrid, Agosto de 1878:—*Estudios sobre la época céltica de Galicia*, por L. Saralegui, 1868:—Sibelo, *ob. cit.*

Dimensiones de estos castros: 15 á 16 metros de altura; superficie, como la del patio del Palacio Real de Madrid; podrian vivaquear en ella de 800 á 1.300 hombres.

(2) Si, como sospechamos, estos castros se decian en lengua indígena *camp*, y *campan* ó *campen*, se explicaria que lleven hoy en España tantos pueblos el apelativo de *Campo* y *Campillo* (=Castro y Castrelo); y *Tierra de Campos* seria sinónimo de *Castilla*. Sabido es que los nombres geográficos, unas veces se vertian á la nueva lengua, y otras conservaban su forma indígena.—Cf. lo que decimos más adelante sobre el vocablo *contrelia*.

él en los Pirineos, no se contentó con ménos que con 876 ciudades sometidas á sus armas desde los Alpes al Estrecho. No se dejaron engañar por estas exageraciones de campamento Posidonio ni Tito Livio, que las discuten ó se burlan de ellas; y á nosotros no puede ocultársenos su verdadero significado.

No hemos dicho nada todavía acerca del gobierno económico de estas comunidades. El suelo era propiedad eminente de la tribu: lo usufructuaban comunalmente los clanes ó gentilidades; cada año se dividian por suerte las tierras cultivables entre las familas, para que las labrasen y sembrasen. En algunas tribus, los cuidados de la labranza estaban abandonados á la mujer (Strab., III, III); costumbre que se ha perpetuado hasta hoy en algunas comarcas (vgr., valle de Tena). Alzada la cosecha, se ponian en comun los productos, y se distribuian entre las familias, á la medida de las necesidades de cada una (1). Un régimen parecido existía á la sazon en otros muchos pueblos; algunos lo conservaron durante la Edad Media; en el *mir* de Rusia y en el *comun* de la India, ha alcanzado á los tiempos presentes (2); y en nuestro derecho municipal ha dejado hondas huellas, que no es posible aquí especificar (3). Sin embargo, ya habia principiado á desnaturalizarse esta institucion: las familias pugnaban por salir del sistema comunalista, ensanchando por todos los medios su *solar* privado, ó reduciendo el sorteo anual de tierras á una mera formalidad, ó resistiendo la comunicacion de los productos. Donde más puro se conservaba era en las fértiles riberas del Duero, en tierra de Vaccéos, y aún aquí, si no está mal informado Diodoro de Sicilia, ha-

(1) "Inter finitimas illas gentes, cultissima est Vaccaeorum natio. Hi enim divisos quotannis agros colunt; et communicatis inter se frugibus, suam cuique partem attribuunt. Rusticis aliquid intervertentibus, supplicium capitis mulcta est. (Diod. Sic. IV, 44.)

(2) Diodoro, V, 9; Aristot, *Politica*, III, 3; Strab., VII, 6; César *de bell. gal.*, I, 6; etc. Sobre este género de comunidad en lo antiguo y en lo moderno, se consultará con fruto: Azcárate, *Ensayo sobre la Historia del Derecho de Propiedad*, 1879; Laveleye, *La propriété et ses formes primitives*; H Sumner Maine, *Lectures on the early history of institutions; Ancien law; Village-communities in the east and west;* Nase, *Land comunities of the Middle Age;* Sohm, *Fränkische Reichs-und Gerichts;* W. F. Skene, *The highlands of Scotland;* Utiesenovitch, *The hauskommunionen der Südslaven;* E. Bonnemère, *La commune agricole*; Dupin. *Politique de la Propriété*; *Excursion dans la Nièvre;* Fustel de Coulanges, *La cité antiqué:* Niebuhr, *Historia de Roma;* etc.

(3) Algunas indicaciones sobre esto hemos adelantado en la Revista de Legislacion y Jurisprudencia. Febrero de 1879. *(Derecho consuetudinario del Alto Aragon)*, á reserva de ampliarlas en el ensayo sobre las *Instituciones civiles y políticas de los Celtiberos*, en preparacion.

bia que sancionarlo con pena capital, para que entrasen íntegras las cosechas en el acervo comun. Puede asegurarse que en la mayor parte de las tribus ó naciones de la Península, se habia verificado, ya en el siglo I, el tránsito desde el comunismo entre los gentiles al comunismo entre los cognados. Al hijo que se establecia fuera de la casa paterna, se le dotaba, sin tocar al vínculo, en proporcion á la fortuna de la familia, lo mismo que sucede hoy en la *zadruga* eslavo-meridional y en la comunidad doméstica del Alto Aragon (cf. Strabon, III, c. IV, 18), siendo la dote, como en la Galia, reversible al tronco, en determinadas condiciones: de aquí nació el *fuero de troncalidad* (1). Los bienes que no constituian el solar vinculado, eran trasmisibles, pero únicamente entre parientes, engendrándose de aquí el *retracto gentilicio*. Cuando llegaron á escribirse las costumbres de las behetrías, hasta los Vaccéos habian desusado ya el sorteo anual de las tierras cultivables, pero las familias poseian aún, en concepto de inalienable, un *solar* en que entraba, no sólo la casa, sino el huerto, era y muradal, en junto *cinco cabnadas* de extension (2), que recuerdan los *cinco acres* de propiedad libre que se reservaban bretones y germanos, durante el régimen comunista, los *cinco quarterons* de tierra que en otras regiones de Francia podia cercar cada familia, el *hereditum* ó *hueredium* inalienable de la primitiva familia romana, el fundo patrimonial vinculado á perpetuidad en la familia aragonesa, y el cercado (casa y huerto adyacente) de la *izba* rusa, propiedad privada dentro del *mir*, á quien colectivamente pertenece el territorio (3).

---

(1) El fuero de troncalidad lo aceptaron el Fuero Juzgo (IV, II, ley 6.ª): el Fuero Viejo (V, II, ley 1.ª); y el Fuero Real (III, VI, 10). En el siglo XVI, ya lo habian desusado muchas comarcas de Leon y Castilla, á juzgar por la ley 6.ª de Toro. Actualmente, sólo subsiste en lugares aislados; por ejemplo, en la Alcarria (en Trillo, Romanones y Orche). En las provincias de fueros conserva todo su vigor.

(2) "El fijodalgo, en la villa do fuere devisero, bien puede comprar eredat, mas non puede comprar *todo el eredamiento de un labrador á fumo muerto*."—Todo divisero puede comprar en la villa de behetria quanto podier del labrador, fueras ende sacado un *solar* que haya *cinco cabnadas de casa, e sua era, e suo muradal, e suo gierto*, que esto non lo puede comprar ni el labrador non ge lo puede vender (Fuero Viejo, lib. IV, tít. I, leyes 1.ª y 1[illegible].ª) Cf. lib, V *fororum Arag. in usu non habitoar.*, f. *de inmensis et prohib. donat.*

(3) Segun se vé, estamos muy léjos de aceptar, por lo que toca al origen de las behetrías, la vaga conjetura de Lopez de Ayala (*Crónica del Rey Don Pedro*, año II, c. 14) y de Alfonso de Cartagena (*Doctrinal de Caballeros*, lib. IV, tít. 5, introduccion), que, no obstante su

Continuaremos por la tribu.

JOAQUIN COSTA.

---

inconsistencia y falta de fundamento, ha sido prohijada por los historiadores que más recientemente se han ocupado de este problema: M. Colmeiro, *Curso de Derecho político segun la Historia de Leon y Castilla*, 1873) y J. de Cárdenas *(Ensayo sobre la historia de la propiedad territorial en España*, 1873). Igual indecision se observa en B. Gutierrez respecto del retracto gentilicio (*Códigos ó Estudios fundamentales sobre el derecho civil español*); en Marichalar y Manrique respecto al fuero de troncalidad (*ob. cit*); en J. A. de los Rios, tocante al orígen de la rima y metros castellanos (*ob. cit*), en éste y en Monlau (*Discurso de recepcion en la Acad. Esp.*); en Martinez Marina *(Ensayo crítico sobre el origen y progreso del romance castellano*), en Herculano (*Historia de Portugal*) y en cien otros respecto al modo de formacion de la lengua castellana; etc. Principian desentendiéndose de la historia pátria anterior á la dominacion romana, "por ser estudio poco fecundo," ó "difícil," ó "imposible;" y luego, privados de esta base, al penetrar en la Edad Media, todo se vuelve divagar y dar traspiés y caidas, dejando sin solucion los problemas históricos de más trascendencia.

EL PROGRESO EN LA CRÍTICA DEL QUIJOTE.

Ha dicho un escritor notable, que cuando hay materiales para hacer la *historia de un libro*, debe ser este un *gran libro en la historia*. Pero hay diferencia entre compilar materiales ó comentarios de la posteridad y hacer la historia del progreso de los mismos. Lo primero es tan fácil, cuanto difícil lo segundo, y lo prueba el que rara ó acaso ninguna vez se ha intentado respecto á grandes hechos en la esfera del espíritu, que no son otra cosa los libros que dejan honda huella en la historia de la humanidad. La razon es óbvia. Siendo estos libros sujeto y materia de combates, polémicas, controversias y opiniones distintas, ¿cómo va un partido ó una escuela á seguir el curso y desarrollo de la idea superior y verdadera? Lo más que logrará es seguir el curso de la opinion favorita, condenando á todas las opuestas. Por eso no se hacen tales historias, ó si se escriben es cuando pasa la época del combate y se llega á una síntesis ó solucion incontrovertible. Lo propio sucede en el mundo material. No es posible historia de un hecho hasta que no está consumado. Entónces, como en las ideas, pueden buscarse sus antecedentes. No antes, sino despues de la revolucion francesa, púdose buscar y distinguir quiénes fueron las inteligencias ó los hechos que la prepararon. Hoy se buscan antecedentes de todo, porque nada cae llovido del cielo, y se hallan del descubrimiento de la América, invencion de la imprenta, del telégrafo, del vapor como fuerza motriz de todos los inventos

y adelantos. Hoy se vé, por ejemplo, que Beaumarchais fué un gran zapador de la sociedad que moria en el pasado siglo, y que lord Chesterfield profetizaba claramente el gran drama revolucionario de la Francia, como se vé que el poeta *Heine* vaticinó el desastre de Sedan, como se observa, en fin, que *Marlowe*, el segundo Shakespeare de Inglaterra, vaticinaba en el siglo VXI la perforacion del Istmo de Suez.

Todo esto y más que se ocurrirá á mis lectores, puede hacerse cuando se conoce un hecho, al modo que realizado un crímen, decimos que fué antecedente del mismo el tomar el criminal un arma en sus manos. Si el crímen no se realiza, ¿qué diablos de antecedentes hemos de buscar en un hecho tan comun é inofensivo?

No es, pues, mínima prueba del acierto de la nueva interpretacion del *Quijote*, el hacer posible la tal historia del progreso de su crítica, no intentada ni imaginada hasta ahora por imposibilidad absoluta, y lo que es más el buscar antecedentes de su criterio, hallándolos donde ménos se sospechaban, y concediendo el valor que merecen á opiniones que pasaban inapercibidas ó inestimadas. Pero tal es la fuerza de la lógica.

De esta historia crítica de los hechos ya sean materiales, sociales, antes políticos ó literarios, resulta el salir á luz personajes que se estimaban en poco, perder importancia hechos ú hombres que la tenian, ó cobrarla los que parecian indiferentes. No necesito aducir ejemplos de esto, porque el lector sobradamente los conoce. Sólo diré, que igual fenómeno se presenta en la historia del progreso de la crítica del *Quijote*. Ni Byron, ni Clemencin, ni Quintana, ni el mismo *Henry Heine*, de quien vamos á tratar en este artículo, ni otros de quienes hablaremos más adelante, tuvieron hasta ahora la importancia que aparecen tener en la historia que vamos presentando. Esas estancias, por ejemplo, del canto XIII de Don Juan, holgaban para los lectores del poema, deseosos de saber lo que pasó al héroe con *Lady Amundeville*. ¿Qué diré de Clemencin? Sus mismos partidarios le tacharon de superficial y nímiamente rigoroso, y aunque se llamó *comentador*, le relegaron á la clase de anotador ó simplemente gramático y erudito. Llegamos á Quintana, y no veo que su nombre ni sus opiniones hayan jugado como importantes en el comento del *Quijote*, fuerza del hecho de haber sido el primero en darnos á conocer la faz irreli-

giosa de Cervántes, y llamar la atencion hácia la burla *harto fuerte* que de las creencias católicas sobre el purgatorio hizo en una de sus comedias.

Y por cierto (vaya de pasada) que queda el lector en duda de si Quintana copió el pasaje de *Pedro Urdemalas* con ánimo de elogiar ó censurar, poner en buena ó mala luz al autor del *Quijote*. Tan de habilidoso se muestra el crítico, cuando descendiendo de su altura de poeta, entra en la vulgar atmósfera del cortesano.

Yo diré aquí como Cervántes:

"Jamás me contesté ni satisfice
De hipóticas melindres."

Quisiera que supiésemos clara y francamente si esos atrevimientos *harto fuertes*, en una época en que podian costar muy caros, fueron de la aprobacion ó censura de nuestro gran poeta lírico. Me inclino á lo primero tratándose del cantor de la "Imprenta", pues si es verdad que hizo esfuerzos de ingénio para quitar todo valor y significacion á aquel pasaje en que habla del "mónstruo inmundo y feo abortado por el dios del mal y entronizado en el Capitolio para devorar al mundo impunemente": si es cierto que se entregó á la piedad del clero al verse en sus redes aprisionado, ¿quién sabe si se holgó interiormente al ver que un gran génio español, siglos antes, caminó abiertamente por la senda que él con miedo recorria.

Mas no sigamos en este terreno de congeturas. Baste anticipar un hecho que ha de sorprender á algunos. Quintana, oficial ó aparentemente católico, nota la heterodoxia de Cervántes. Heine, segunda incarnacion del excepticismo volteriano, defiende á capa y espada el catolicismo ferviente del autor del *Quijote*, como si de su fe pendiese su ventura. Pero de esto á su tiempo.

Volviendo á nuestro asunto. No sólo acrece ó mengua la importancia de opiniones y juicios sobre el *Quijote* cuando se prueban en la piedra de toque del progreso de la crítica, sino que sirve esta para ahorrar trabajo inútil y reducir á discretos límites una obra que de otro modo llegaría á descomunales proporciones. Del *Quijote* y de Cervántes han hablado infinitos escritores en España y el extranjero. Su nombre es *legion*. Entre ellos, extensamente algunos, someramente muchos, y al vuelo por incidencia ó de un modo indirecto la mayoría, dedicaron su atencion más ó ménos in-

tensa á esta obra y á su autor. Citarlos todos fuera negocio de la compilacion de un erudito, mas no del progreso de la crítica, que si avanza en unos, apenas adelanta una línea en manos de otros.

Yo mismo he mencionado á Montesquieu, Voltaire, Jom d'Urfey, Lockhart, Juez Sarmiento, Gallardo, Usoz del Rio, Cea, Fóscolo y otros varios, en cuyas obras se hallará á lo más alguna expresion feliz, ó concepto pasajero ó refundicion de pensamientos ya conocidos en más vistosa forma. De estos últimos hay gran número en España, particularmente desde las controversias que desde 1861 suscitó la nueva escuela del comentario filosófico. Claro es que en tales casos exige el buen órden buscar el tronco y dejar las ramas, dirigirse á los cuerpos y dejar las sombras, entenderse con iniciadores, originales, maestros ó primeras partes, y poner á un lado á los que en este concierto de la crítica hacen el papel de los llamados *violons repetiteurs* en las partituras francesas. Lo dicho del modelo se extiende á la copia y lo que del maestro al discípulo. Y no me refiero sólo á los adversarios; Gallardo, por ejemplo, opinaba que hubo grande antipatía entre Cervántes y el Santo Oficio, y dícese que cuando leia los dos siguientes versos de Urganda:

„Que suelen en Caperu—
Darles á los que gracé—„

solía exclamar: „*Esto me huele á chamusquina.*„ Tal feliz, aunque aislada expresion, competidora en gracejo con el texto, supone cierto órden de ideas sobre apreciacion del *Quijote* en la cabeza de nuestro insigne bibliógrafo; pero en sí no tiene el mérito de la originalidad. Puigblanc habia ya dicho que existen fuertes ataques contra la Inquisicion en el *Quijote*, citando la aventura de Altisidora, lo que me recuerda el famoso acertijo del adivino de Marchena:

„Quitado el sol,
El asno á la sombra queda.„

Efectivamente, no tuvo necesidad de desojarse para encontrar lo que está á la vista. Pero remontando el vuelo, todavía nos hallamos con *Borole*, y más antes que este Doctor, la anécdota que recogió M. Disraeli é insertó en su obra de *Curiosidades de la li-*

teratura, referente á la entrevista de Cervántes con el duque de Umena, embajador extraordinario de la córte de Francia (1).

Ejemplos de esta índole podria citar en abundancia.

Ahora bien, nuestro gran poeta Quintana en su línea, como Clemencin en la suya, son verdaderos escritores de combate. El primero por sostenedor cual ninguno del objeto casi exclusivamente literario que movió á Cervántes á escribir el *Quijote*, y el segundo en lo que se refiere al carácter personal del autor y creencias religiosas, y en ser predicador *consciente* de la teoría de la *inconsciencia de Cervántes al escribir su libro;* doctrina que, sostenida tambien por Clemencin, vuelve hoy á estar en boga en las plumas de ciertos críticos, á quienes, como á los atenienses Arístides, les cansa ya el que tengamos en nuestra historia un génio tan eminente.

Quintana escribió poco, pero bueno, sustancioso é intencionado. Su punto de vista ha de servirnos para muy curiosas observaciones en la materia que vamos examinando, que es el influjo ejercido en la crítica por el hallazgo de la Informacion de Argel, tanto para construir la idea de la personalidad de Cervántes, como para sorprender el grado de identidad entre el autor y el persoje principal de su ficcion.

Y en el órden de importancia de las opiniones, debemos fijarnos en otro poeta no ménos célebre que Quintana. Me refiero á Henry Heine, autor de un juicio crítico sobre el *Quijote* y sobre el carácter de Cervántes, hecho para una edicion impresa en *Stutgart*, y que al cabo de años reproducen tanto la prensa española, como la francesa y la anglicana.

Heine empieza confesando que el *Quijote* fué el primer libro que leyó "apennas supo pronunciar regularmente las letras del alfabeto," y si se considera que aún es un misterio el carácter, la verdadera índele intelectual y moral de este brillante batallador moderno, creo que más de un rayo de luz se encontraria en su corto ensayo sobre el *Quijote*, notando el influjo que esta su primera lectura ejerció en su niñez, y más tarde en las extrañas veleidades de su espíritu. Desde luego puedo afirmar, que este

(1) Véase la *Revista Contemporánea*, tercer tomo del año 1878, en donde trato detalladamente de esta materia.

gigante de la ironía y del excepticismo, este segundo Voltaire con naturaleza alemana, como le llaman los franceses, acaso no tenga un trabajo, entre los muchos que brotaron de su fecunda fantasia, donde sea más grave, más serio y más creyente que es en este prólogo á la edicion de *Stutgart*.

La lectura del *Quijote* en la juventud, si recae sobre naturalezas sensibles, imprime carácter para el resto de la vida. Así sucedió con Byron; lo propio tuvo lugar en Heine. ¡Y cuán necesario es que al fin se le conozca el espíritu verdadero que anima sus páginas, para que no produzcan esta desesperacion, ese gérmen de contradicciones, generador del excepticismo en naturalezas que debieron haber seguido el camino opuesto. No hay peores descreidos que aquellos que nacieron para creer.

El ensayo de Heine sobre el *Quijote* son sus confesiones íntimas. Empieza recordando los años de su niñez en que se escapaba de la casa paterna al amanecer, con el libro de Cervántes en sus manos, para leer en silencio en la *Alameda de los Suspiros*. «En mi infantil probidad, dice, todo lo tomaba ya por lo sério.»

En efecto, es esta una debilidad sublime de almas grandes y corazones sensibles. Los que rien de *todo*, llevan generalmente en su interior un abismo de melancolía, porque quisieran no *reir de nada*. Las expresiones de *Heine* se dan la mano con las de *Byron*. Ambos habrian querido ser caballeros, ambos admirabau á Quijano el Bueno, y ambos se indignaron al ver que tanta bondad y valor no recibian en cambio sino palos, puñadas y caidas. «Yo era un niño, dice, y aun no conocia la ironía que Dios ha creado en el Universo y que Cervántes ha imitado en el suyo.» Hé aquí ya un gérmen de funestas consecuencias; creer á Cervántes irónico por excepticismo, satírico por perversion. La ignorancia fatal de la crítica puso á más de un cerebro privilegiado en un terrible despeñadero. Imaginad caractéres nobles, juveniles y corazones apasionados ante el espectáculo de otro géni o, que para matar un género ya decrépito de la literatura emplea tan infelizmente una poderosa máquina, un verdadero gigante de bondad, de virtud, de talento, de valor y abnegacion: esto es, ¡sacrificar todo lo más noble humano á un fin mezqui no! Pues esto lo ven al vuelo en la infancia los génios que han de volar despues.

»Mi corazon, continúa, casi se hizo pedazos cuando leí cómo

el noble caballero, tendido, cubierto de polvo y molido por los golpes y las heridas se encontró con el duro suelo, y cómo sin levantar la visera, elevando hasta su vencedor su voz hueca y debilitada que parecia salir del fondo de una tumba, le dijo: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa, mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad.»

¡Cuántas reflexiones amargas, desconsoladoras produjeron en el poeta inglés y el poeta aleman estas aventuras y desenlace, y cuántas de esperanza, de ánimo, de fe deduce el verdadero comentario, la verdadera interpretacion de esta gran fábula, obra de un gran creyente en el progreso de la humanidad, en el triunfo del bien y logro de la libertad!

Heine, sin embargo, no oculta que debia haber un misterio en esta obra. Al revés de la generalidad que en los pocos años rie con el *Quijote*, despues piensa y más tarde admira, en su niñez se conmovia por la admiracion que le inspiraban las proezas y los padecimientos del gran caballero. Si esto es cierto, y no hay razon para ponerlo en duda, Heine estaba destinado á ser otro Quijano y se trocó en un mordaz bachiller: era masa para un creyente y se trocó en ateo. Cada cinco años de su vida confiesa que leyó el *Quijote* y cada vez produjo en él *impresiones alternativamente diferentes*.» Vése aquí la lucha y la protesta, no ya del talento, sino del instinto mismo de la naturaleza humana, que así como le repugnan los mónstruos en lo físico, le repugnan los mónstruos en lo espiritual. Al que no sabe lo que es el *Quijote* por ministerio de la razon, la naturaleza parece decírselo por el ministerio del instinto; Heine, ya jóven, tenia horror al *Quijote* y al verlo dice: «*lo apartaba léjos de mí*.» ¡Pobre Quijano el Bueno!

«Más tarde, añade, hombre ya, me reconcilié en parte con el desventurado campeon de Dulcinea, y principié á reirme de él.»

En efecto, no viendo más que la temeridad de resucitar la muerta caballería en un viejo débil, con armas viejas, algunas de carton, un caballo escuálido y un teatro como el de la Mancha, lleno de ventas y arrieros, preciso es reir á todo trapo á primera vista, y si se medita un poco sobre el actor y el escenario sin comprender bien el argumento, entra una parte de compasion y

de lástima al ver la locura de un hombre de bien, «queriendo introducir demasiado pronto el porvenir en el presente, cuando no se posee más que un escueto jamelgo, una desvencijada armadura y un cuerpo aún mucho más frágil. Apropósito de ese Don Quijotismo como del otro, el sábio mueve la cabeza... Pero Dulcinea del Toboso es, á pesar de todo, la dama más hermosa del universo. Aunque yo yazga en el suelo, no retiraré nunca esta palabra... ¡Atravesadme con vuestras lanzas, caballeros de la luna de plata y barberos disfrazados!» (1)

Vemos aquí ráfagas felicísimas de inspiracion y de luz en medio de las dudas y contradicciones que forman la vida espiritual de este poeta. Si él tuviera fe como la tuvo Cervantes, no anduviera á regateo con el tiempo en la mision que el génio viene á cumplir en la humanidad. ¡Demasiado pronto el porvenir en lo presente! Yo diria que la humanidad se queja de *demasiado tarde*. Pero, en fin, cuando viene un profeta de larga vista, (los vates deben variar en alcance de vision como los microscopios), ¿acaso no saben ellos que el fruto no es para el trabajo de sus manos ni el regalo de sus cuerpos? ¿Puede ignorar el que vé la luz del porvenir lejana, que no la comprenderán las tinieblas del presente? ¿No ha pasado esto en la antigüedad y pasará siempre entre los hombres? El escepticismo de Heine le hace mover la cabeza á vista de ese quijotismo; pero una chispa de su inspiracion de poeta la hace concluir en entusiasmo hácia Dulcinea... ¡Dulcinea! ¿La Aldonza Lorenzo por ventura? ¿La aldeana alta de pechos y ademan brioso? ¿La manchega que ahechaba trigo, y segun el nalicioso Sancho *despedia olor á hombruno*? Hé aquí á otro Don Quijote *inconsciente*, á otro loco *por aficion*: ¡Heine, el gran Sancho de la pluma, el burlador eterno, el descreido, el profanador de Dios, de hombres, de instituciones, enamorado en sério de esa moza de cántaro, llamándola la más hermosa del universo, y él tan versátil, tan insconstante, tan voluble, que nace judío, se instruye entre franciscanos, reniega de ambas religiones, se vuelve protestante, se burla del protestantismo, se hace francés, ateo, Saint Simoniano, cuanto hay que creer y descreer, se ena-

(1) No sé cómo incurrió dos veces Heine en el error de tomar al bueno de Maese Nicolás, el barbero, por Sanson Carrasco, el bachiller por Salamanca.

mora de la hermosura de Dulcinea, y no retirará nunca, ya lo veis, ¡*nunca*! esta palabra!

«En las obras de los poetas, dice más adelante, hay que buscar su historia: en ellas se encuentran sus más *íntimas confesiones*.» Verdaderamente, si esta no es una de sus más íntimas, no sé dónde hallemos otra semejante. Sí, Heine habia nacido para creer no para dudar: para tomar la vida en sério, no en burlas, y tal es la fuerza de este su destino, que instintivamente, sin poder darse cuenta, teniendo del *Quijote* y de su espíritu la más lamentable y errónea idea, su alma rompe al fin las nubes de la duda y vé tambien *espiritualmente* á Dulcinea, en su verdadera y brillante figura, no afeada y denigrada, ni encantada por los Sanchos y malandrines, sino tal como la amó el más entusiasta, el más sério, el más grave y majestuoso de los caballeros pensadores, tal como la amó Cervántes.

A Heine le faltó ver, que en el simbolismo del *Quijote*, esos palos y caidas sufridas por el noble caballero, no eran más que *simples mosqueos*, comparados á las caidas, guerras, sangre, convulsiones y dolores que la humanidad andante ha sufrido, sufre y sufrirá por su amor á esa Dulcinea, representacion y símbolo de la libertad, del bien y de la verdad. ¡Pero es tan hermosa! ¡Es tan digna de la adoracion de las almas grandes, que todos los dolores y derrotas del mundo, no quitarán á la humanidad esa idolatría, y como Don Quijote, como Cervántes, como Heine y tantos otros, no retirará NUNCA esa palabra!

Y es esto tanto más extraño en el crítico cuyo exámen nos ocupa, cuanto que, á renglon seguido, cae en el estrecho círculo de la opinion vulgar aferrada á la letra, que no ve en Don Quijote más que un pobre loco y en su dama una rústica labradora. Y aquí podemos bien decir: este vuelo repentino no es hijo de la carne: es una especie de revelacion misteriosa que viene al espíritu cuando tiene hambre y sed de espíritu y hace verdaderas las palabras del poeta; *est Deus in nobis*.

Pero así como Byron se ve en un conflicto de creencias, y Clemencin lucha por explicarse lo que no quiere ó no puede ver; y Quintana procura darse cuenta de cómo una sátira *pasajera* se perpetúa, y todos se dan de frente con un laberinto de confusiones cuando parten de la base de un error, así Heine trata de ex-

plicarse el exceso de grandeza y de potencia que ve en el Quijote, diciendo: «*que la pluma del génio es más grande*» que el génio mismo.»

¡Qué frialdad despues de tanto calor! ¡Qué pequeñez despues de su repentina elevacion! ¡Qué caida tan ridícula despues de un exordio tan brillante! Y trás esto, ya en la pendiente del error, vienen las vulgaridades y las paradojas y las sandeces como quien tira de cerezas. «La pluma, dice, alcanza mucho más léjos que los designios actuales del génio y sin que él mismo se lo explique claramente.

Cervántes escribió la más grande de las sátiras contra el entusiasmo humano. *Jamás lo presintió él*, el héroe que habia pasado la mayor parte de su vida en los combates caballerescos, y, en su vejez se felicitaba de haber combatido en Lepanto, aunque pagó su gloria con la pérdida de la mano izquierda.

¡Pompa y hojarasca! frases huecas, pugilato contra el viento, ó mejor dicho, contra el sentido comun. Maravilla el ver los registros y salidas que busca un ingénio superior, cuando se vé en una posicion falsa, ó toma por punto de vista uno que está léjos, muy léjos de la verdad. Para honra de la inteligencia y muestra de la independencia de la razon humana, y de cuán pocas veces quiere rendirse, mientras tenga un cartucho que quemar, ninguna más curiosa que las maneras con que han tratado de explicar estas contradicciones críticos ingeniosos.

La verdad es una extructura en el mundo de las ideas, y cuando á una base principal quiere sustituirse otra exótica sin correspondencia ni proporcion, allí es el dudar y dar traspiés y tener que variar toda la fábrica para darle encaje y trabazon. Desde el momento en que á una gran obra se le dá por fondo una idea mezquina, ó por designio lo que no estuvo en la mente del autor, comienzan á surgir inconvenientes, que podríamos llamar de *ajuste*.

Es lo mismo que si viésemos una admirable fábrica y nos dijesen que el constructor sólo se propuso resguardar á sus contemporáneos de una tempestad ó hacer un observatorio. Pero, ¿á qué majestuosos vestíbulos, inmensos patios, bellas galerías, imponentes salones y elevadas cúpulas? Contesta Clemencin, es que el trazador no supo lo que se hizo. Responde Quintana: feliz instinto;

eso lo armó el arquitecto como quien hace casas con naipes. Se explica todo eso, acude Heine, porque el compás, la regla y la escuadra *alcanzan más* que el mismo génio. Por fortuna, nada tienen que ver las opiniones de los hombres con la realidad de las cosas.

Y luego vienen otras séries de conflictos ridículos, para resolver los cuales hay que poner en tortura el entendimiento y el sentido comun. Por que, naturalmente, comienzan las observaciones y las dudas, y se pregunta: ¿para qué tanta piedra y labor de mano si cuatro paredes y una techumbre ó una elevada torre habrian bastado para el caso? Y ¿cómo se perpetúa y atrae la admiracion de los hombres lo que tuvo un objeto mezquino y pasajero? ¿Y por qué en la bellísima fábrica ven unos un templo, otros un palacio, éstos un mausoleo, aquellos un Capitolio, estotros un foro, esotros un magnífico anfiteatro? El responder á estas y parecidas inquisitivas ha hecho devanar el seso á los críticos, y cada salida que buscaron al laberinto fué entrada á mayor y más intrincado enredo. Véase á Heine en pugna con la verdad histórica al caminar por el sendero falso de la antigua opinion. "Es evidente, dice, que tan sólo se propuso una sátira contra las novelas caballerescas, sobre las cuales queria atraer la burla universal." Y como el designio es pobre y el alcance no muy profundo, si este solo propósito se admite en el *Quijote*, es menester llenar el vacío de cualquier modo, dar grandeza á lo que no lo tiene, falsear los hechos, inventar patrañas, echar mano de todo, en fin, con tal de que suplan las partes secundarias, y la brillantez de los efectos á la pequeñez de la causa. Y aquí entra lo del éxito pasmoso que consiguió su libro, el haber logrado "un pobre escritor, con su pluma, lo que no habian podido hacer ni las exhortaciones del púlpito, ni las amenazas del brazo seglar": y aquello de "aniquiló de tal manera los libros de caballería, que poco tiempo despues de la publicacion de *Don Quijote*, la aficion á estos libros desapareció en España, y ninguno de ellos se volvió á imprimir." Otros llegan á afirmar que en el año mismo de su publicacion, cayeron á tierra novelas y autores, aquellas olvidadas ó vendidas al peso á los tenderos de especería, y éstos corridos de vergüenza.

Pues bien, todo esto es simplemente falso: notoriamente con-

trario á la verdad de los hechos, de que en su lugar hemos de ocuparnos más extensamente. Por de pronto, acoto la opinion de Salvá, que ya á principios de este siglo sorprendia á los dísticos, diciendo: "que no sólo estuvo Cervántes muy lejos de pensar en desterrar la aficion á tales libros, sino que el *Quijote* es un *libro más* de caballería, con la única diferencia de estar bien escrito." Y esto no es invencion arbitraria ó sueño del laborioso bibliógrafo.

Tomó la idea del mismo Cervántes, que así claramente lo dice en el diálogo del cura y el canónigo de Toledo. Cualquier lector, á poco que se fije, verá en ese pasaje, que lo que hizo el preceptista, no fué sino poner en práctica los preceptos y lecciones que allí se apuntan, y que si hubiesen existido otros escritores competentes, contaria nuestra literatura más libros de caballería despues del *Quijote* que antes de su publicacion: y con todo esto, á mas de los que se imprimieron ó compusieron en aquella época de su decadencia y desaparicion, todavía fué el *Quijote* mismo causa directa de que escribiese otro libro de caballería Alonso Fernandez de Avellaneda.

Esperemos: aun no han despertado de su letargo los bibliógrafos y eruditos. La opinion de estos fué siempre la vulgar y extendida por todas partes. El dia en que se persuadan de que no hubo tal ataque literario directo, vereis, lectores, salir del oscuro rincon del olvido ediciones y libros de caballerías impresas y compuestos en España despues de 1604, y por consiguiente con ocasion del *Quijote*. Todo es hasta empezar. Recuerden, por lo ménos, que en el libro que pretenden ver al matador de esa secta literia abominable, se empieza perdonando la vida al jefe y dogmatizador el bueno de *Amadis*, y se concluye por pedir una caja como la que diputó Alejandro para guardar las obras de Homero, para el honrado y valiente *Palmerin de Inglaterra*. Parece increible que no abran los ojos tales contradicciones.

Pero si notamos estos alti-bajos, estas luces y sombras en el entendimiento del gran poeta aleman, ¡cuán seguro no camina y cuánto no penetra dejándose llevar del corazon! Heine dá por sentado que "poco hay que decir de la persona y la vida del poeta que escribió el *Quijote*." Los que recogen datos biográficos, no ven, en su sentir, mas que el exterior, "nosotros, dice, vemos al

hombre mismo, su figura verdadera y precisa.» Y, en efecto, véase cómo el poeta del Norte, ya viejo, rivaliza con el poeta del Mediodía en su juventud. Recordad al Quintana de 1797 en aquel inspirado arranque en que expone las calidades de carácter del héroe de Argel y soldado de Lepanto, enemigo de la adulacion, de la mentira y de la molicie, y lleno de dignidad en su pobreza, y comparadlo con las siguientes palabras del biógrafo extranjero:

«Miguel Cervántes de Saavedra fué un hombre hermoso y vigoroso. Su frente alta, su corazon grande. La fuerza de su mágica mirada era maravillosa. Así como hay gentes que ven á través de la tierra y en su fondo distinguen los tesoros ó los cadáveres escondidos, la mirada del gran poeta penetraba hasta el corazon de los hombres, viendo claramente lo que en ellos se ocultaba. Para las gentes honradas era su mirada como un rayo de sol que iluminaba alegremente su alma; para los malos era una espada que destrozaba sin compasion sus sentimientos íntimos. Su pupila investigadora entraba hasta el alma del hombre y hablaba con ella, y cuando el alma no queria responder la ponia en el tormento y el alma brotaba sangre sobre el banco de la tortura, mientras su envoltura corporal fingia una máscara de digna condescendencia. *¿Qué extraño, pues, que se enagenara por esta razon á muchas gentes* y que en su paso por el mundo encontrase débil é insignificante apoyo?»

Lo que en esto sorprende más es el refinado espiritualismo de Heine al describirnos al autor del *Quijote*. Ni parece haber visto retrato alguno suyo, ni siquiera recordar el que hizo Cervántes á la pluma en el prólogo de sus novelas ejemplares. No obstante, sin esto, sin cartas, sin anécdotas sobre su vida privada, detalles que llama Heine propios de «comadres de vecindad,» sin más que el conjunto brillante de los hechos del cautivo, hace un retrato moral que excede al de los más calorosos de sus admiradores. Pasa al vuelo sobre la extructura física y toma por único rasgo la mirada, los ojos, como espejos del alma. Le falta el tiempo para contemplar su naturaleza moral y de camino se representa su envoltura física, hermosa y vigorosa. Nos pinta al soldado de Italia como si llevára en sus ojos toda una caballería andante, una inquision del mal y del bien, una mirada como de fiscal del tribu-

nal de Dios. Todo cuanto sus admiradores han hallado en sus obras lo encuentra Heine en sus ojos, especie de justicia divina que destruye el mal con solo una mirada, y si no lo destruye es su condenacion, su torcedor, su remordimiento.

Y ¿qué es todo esto sino la consagracion de la superioridad de un genio cuya grandeza sabe sentir y no sabe explicarse? Vése entre el poeta de Dusseldorf y el prosista de Henares una gran identidad en lo que toca al corazon, en lo que se adivina por instinto, por simpatía, por el *quid divinum* que en ambos se mueve y los hermana, hasta el punto de que equivocando á uno de los personages de la lucha, no se equivoca en la significacion de la contienda con el caballero de la Blanca Luna, hace causa comun con el vencido hidalgo, sostiene que Dulcinea es la dama más hermosa del Universo y declara que nunca se retractará de esta confesion.

Verdaderamente admira ver á un excéptico del calibre de este renegado de todas las religiones, venir á creer en lo que tan firmemente creia Cervantes. Quizá y aun sin quizá esa línea sola de Heine explica el enigma de su vida, el secreto de esa veleidad febril y desconsoladora, ese vagar azotándolo todo con el cohombro de su sátira y sus malignos epígramas. Ya podemos decir: no era ateo quien se enamora de una creacion tan sublime, de una idea tan regeneradora como la que Dulcinea representa en el simbolismo y artificio de la fábula. ¿Se quiere una prueba más de que Heine era de la madera de los Quijotes, de la raza entusiasta, generosa y heróica de los Cervántes? Vedla aquí. «El derecho á ser poeta, dice, lo pagué con 15 millones de francos.» ¡Poeta! ¡Renunciar á la opulencia para vivir asendereado del estéril tesoro de las musas, y morir dejando á su familia en la pobreza!

No comprendo esta clase de ateos ni este género de materialistas que renuncian las púrpuras y palacios, y la molicie brillante, por ese pobre, desnudo y escueto monte del Parnaso, expuesto á los cuatro vientos de la estrechez, la envidia, la indiferencia y el trabajo; que por un mundo de ideas, desprecian un mundo de bellas realidades. Estos son *sufridores* de escepticismo más que escépticos verdaderos, acaso por creer más que el vulgo de los creyentes. Ved, si no, la complacencia con que recuerda el buen ánimo de Cervántes en su estrecheza, y cómo cita con fruicion, por hallarse en igualdad de caso, el segundo de los privile-

gios que Apolo enviaba á los poetas españoles, donde Cervántes dice: "Item, que si algun poeta digere que es pobre, sea luego creido por su simple palabra, sin otro juramento ó averiguacion alguna.

Quien paga la pobreza tan cara, quien la busca por la riqueza del espíritu, quien deja doblones por canciones y á Mercurio por Apolo, no es ateo, ni escéptico, ni epicureista, ni materialista, es... simplemente un hombre de bien y un hombre de fé, y con más alma y entusiasmo que centenares de devotos neo-católicos. Lo que habia en Heine es el noble recurso de la impotencia cuando no halla ideal que satisfaga. La sátira, la burla, la ironía sangrienta. Destruyamos por el pronto, la humanidad construirá. Pero vislumbró un ideal en Dulcinea, y creyó con toda la fuerza de su alma. Pero réstanos lo más sorprendente, extraordinario y admirable en este ensayo biográfico del escritor aleman. Ya vimos que Quintana, creyente (y católico juiciosamente pensando), se entretiene en copiarnos versos de una comedia de Cervántes, en donde aparece descreido. Ved, en cambio, al tipo moderno de la incredulidad, al Voltaire aumentado y corregido, al artista que se indigna al ver la mezquita de Córdova sirviendo al "odioso culto cristiano," defender á capa y espada la ortodóxia, la fé pura, las creencias firmes de Cervántes en la autoridad y dogmas de la Iglesia católica apostólica romana.

"La circunstancia, escribe, de que Cervántes consagrara toda su juventud al gran campeon del catolicismo, y de que combatiera personalmente en favor de los intereses católicos, hace presumir que esos intereses eran por él muy queridos, y basta *para refutar* la opinion tan admitida de que el temor á la Inquisicion le impidió tratar en el *Quijote* de las ideas protestantes de la época. *No, Cervantes fué hijo sumiso de la Iglesia romana*, y no fué solamente su cuerpo el que se ensangrentó en aquellos combates caballerescos *en favor de su bandera querida*, sino que tambien sufrió por ella, con toda su alma, el martirio más cruel durante su largo cautiverio entre los infieles."

Pasma este lenguaje en boca de Heine, anatematizado por la Sinagoga, excomulgado por el Vaticano, y expulsado de la Iglesia anglicana. Si no tuviese su firma al pié, diriamos que tales expresiones y juicios brotan de la pluma de un Maning, un Decamps,

un Veuillot ó un Donoso Cortés. Y ¿cómo se concierta que el gran ateo del siglo tome la defensa del catolicismo puro y genuino del príncipe de nuestros Ingénios? Sencilla es la respuesta, despues que hemos, por decirlo así, penetrado en lo íntimo de la conciencia de Heine, que despues de todo, como en los grandes poetas, son sencillos y sin revueltas. Es que Heine torció el camino, pero le quedó la aspiracion primera de su niñez y juventud; y cuando ya más tarde medita sobre el primer maestro de sus primeros años, quiere representárselo, contra viento y marea, segun él quisiera haber vivido. ¿Ya que cambió el rumbo natural de su carácter quiere conservar en el tipo que más responde y asemeja á su sér espiritual aquella cualidad que en sí mismo echa de ménos. El catolicismo de Cervántes en Heine es una obra de ornamentacion artística, para completar el modelo de su ideal roto y perdido entre el oleaje de la realidad del mundo. Como poeta quijotesco ve solo las líneas rectas. Cervántes sirvió á Felipe II, combatió por la religion, sufrió entre los bárbaros turcos; hé aquí una premisa donde apoyarse y formar un silogismo. Luego fué católico sincero, hijo sumiso de la Iglesia romana, más aún, católico por virtud de una lógica severa, católico por obra y gracia dialéctica.

¡Qué adorable fondo, qué sencillez infantil, qué bondad y candor en ese mónstruo que nos pintan, que hasta se indignaba en su enfermedad cuando le daban muestras de simpatía!

¡Tales son los misterios y contradicciones del alma humana!

Dos palabras para terminar esta materia y pasar á otra no ménos curiosa. Heine llama siempre á Cervántes, no ya poeta, sino *gran poeta*; á diferencia de Quintana, que se complace en negarle esta gracia ó dón del cielo. Si poeta es en la acepcion más genuina *creador*, ¿quién más poeta que Cervántes? Sin duda, nuestro eminente lírico debió confundir el arte de crear con el arte de versificar. Si vate es equivalente de profeta, dejo al juicio de los lectores el medir la distancia que hay de un Cervántes á su vigoroso censor.

Es tan perfecto el ideal que de nuestro escritor se forja el apologista, que resumiendo sus observaciones y apreciando en conjunto el aspecto general de la vida, no le pasa por la imaginacion la idea de que faltas ó sobras de carácter fuesen el orígen de su desventura, sino que la achaca á sus mismos merecimientos.

Hé aquí cómo explica ese misterioso proceso en que el bien engendra el mal:

«Cuando el indivíduo quiere elevarse, la comunidad le rechaza con el ridículo y la difamacion. No se consiente á nadie más virtuoso y más sábio que los demás. El que con el auxilio del inflexible poder del génio eleva la cabeza sobre la turba comun, luego se vé condenado al ostracismo por la sociedad que lo persigue en medio de burlas y calumnias tan crueles, que al fin está obligado á retirarse dentro de la soledad de sus pensamientos.»

Esto es verdad hasta cierto punto. Alejandro Weill, en su precioso libro intitulado: *L'homme de lettres*, ha dicho abundando en la misma idea, que antes que elegir los literatos por jefe, cabeza ó presidente á un hombre eminentísimo, elegirán á un sapo. Ambos elevan á generalidad lo que sólo á veces se realiza. No consiste la elevacion social ó civil de un hombre sólo en su talento ó mérito literario. Los caminos y los medios que guian á ambas cumbres son totalmente opuestos, y si por ventura se encuentran en su término ambas grandezas, se avienen y no pugnan. Pretender, por otra parte, que porque un hombre sea un génio en las letras ha de dominar en esferas ajenas á la literatura, es empeño ridículo. Si la suerte dispone que un favorable viento empuje en la vida social y civil, los hombres dominan y se imponen, con y sin la añadidura del talento. Lope de Vega era hombre de gran talla literaria, y fué aplaudido y estimado por sus contemporáneos. Pero si bien se examina, Lope no llegó á esa altura por su génio, sino por apoyo, proteccion, privanza, concurso de otras varias circunstancias absolutamente independientes de su inteligencia. Voltaire ejerció una verdadera soberanía y si estudiamos su vida, veremos un ejemplo análogo.

Hay por otra parte una premisa falsa, siempre que de desventura de Cervántes se trata. Como escritor, no se ha quejado sériamente ni tenia motivos para quejarse mucho de olvido de la sociedad de su tiempo. El *Quijote*, que fué su gran obra, lo publica á los cincuenta y siete años de edad. ¿Cómo habia de adivinar esto la sociedad de su tiempo? Los biógrafos no han parado su atencion en que las quejas de Cervántes tienen poco que ver con sus méritos literarios. Estos, bien sabia él que se premian y reconocen por la posteridad. Sus quejas, su amargura, su pena era

que habia sido soldado lo mejor de su vida, peleado como bueno, obtenido menciones honoríficas y recomendaciones para su adelantamiento; que por ellas fué su cautiverio más largo y más penoso, y á pesar de veinte años de servicio nunca sale de soldado, ni viéndose lisiado por la pátria obtiene una legítima recompensa.

Fuera de estos errores á que lleva á Heine, como á otros muchos, un entusiasmo irreflexivo, y, por lo tanto, perdonable, hay otros que proceden de falta de exactitud en hechos que tienen el carácter de históricos. Comparad las circunstancias de la nacion española y de su grandeza bajo la monarquía de los Cárlos y los tres Felipes á la grandeza de Inglaterra, bajo el cetro de Isabel, y dice que Cervantes en España y Shakespeare en la Gran Bretaña son la flor de una escuela de escritores y poetas que sentian dentro de sí el brillo de la majestad monárquica, sacrificaban gustosos su libertad individual á semejante satisfaccion de orgullo nacional; en una palabra, que no se distinguian de ningun modo de sus contemporáneos por una manera particular de sentir, de pensar ó de describir.» Para decirlo terminantemente, Cervántes era más realista que el rey, y en el *Quijote* no hay nada que *huela á anti-absolutismo.*

Aquí notaremos dos graves errores. El primero es comparar la grandeza de Inglaterra que comienza en Isabel con la emancipacion de la conciencia, con las aventuras, expediciones marítimas, exploraciones, comercio é industria, con la grandeza de España, que concluye su movimiento ascendente y empieza á decaer de una manera visible desde el reinado mismo de Cárlos V.

Detenerse á probar esto sería innecesario, porque es una verdad reconocida. Claro es que el segundo error, el de creer que Cervántes pensaba de igual modo que sus contemporáneos y abdicaba de su pensamiento para sufrir la universal coyunda, procede de este error primero y poco hay que trabajar para destruirlo.

Heine, despues de todo, es un aristócrata, que no lo puede ocultar. Que no se enamore de la aristocracia de la sangre, estoy pronto á concederlo; pero él se imaginó que el talento era ó debia constituir por sí una aristocracia. Ahora bien, las aristocracias todas rabian por un rey, y el poeta aleman se adelanta á suponer que Cervántes, aristócrata por su talento, debió perder la razon á puro contemplar la diadema de los reyes. Esta es una flaqueza

disculpable, y que á leguas dá la cara. Basta examinar ligeramente la vida y las obras de Cervántes para conocer que en este punto era el polo opuesto, que nunca formó coro con los aduladores del poder real, que no tenia pizca de cortesano, que todos los tipos objetos de su complacencia y estudio fueron populares, más bien de las capas más inferiores que de la baja ó media, y que la sobriedad ó silencio respecto de ciertas materias era elocuentísima, considerando la época y el monarquismo que efectivamente llenaba hasta los tuétanos de la sociedad española. Pero, ¿á dónde se ha de venir cuando se sienta por premisa que un génio como el de Cervántes no se distinguió de sus contemporáneos por manera particular de *sentir*, de *pensar* ó de *describir*? ¿Quién oyó sin escándalo semejante herejía?

Y no es esto lo extraño, sino que el Sr. Valera, cosechero de ideas donde las encuentra, y muy dado al estudio de autores alemanes, tomó este concepto de Heine, y lo trae á cuento en su discurso acerca de los modos de comentar el *Quijote*. Y es sin duda que le hace juego todo aquello que tienda á disminuir las calidades notables del autor, como los altos fines de su obra. Creo que la mera enunciacion de esa idea de Heine, copiada á la letra por nuestro crítico, lleva en sí su condenacion. A ningun juicio que no esté preocupado se le ocurre que una inteligencia eminente *funcione* lo mismo y dentro de la misma pequeña esfera que las de sus contemporáneos. Proseguir en este asunto es perder lastimosamente el tiempo, tanto más cuanto que de un modo indirecto se muestra lo absurdo y ridículo de semejante asercion al tratar de otras cuestiones y asuntos en la crítica del *Quijote*.

Lo particular es, que casi á renglon seguido nos dice el crítico extranjero que Cervántes dió el modelo de lo que hoy se llama novela moderna, esto esto es: descripcion fiel de las *clases inferiores* mezclando la vida *popular*. «En efecto, contínua, lo mismo que Cervántes introdujo en la novela el *elemento democrático*, *Walter Scott* trajo de nuevo el elemento aristocrático á la novela inglesa, dándola ese bello equilibrio que admiramos en el *Quijote*.» Raro es, despues de esto, que se busque en las tendencias y aficiones de Cervántes nada de realista encopetado ó aristócrata. Es más, con perdon de Heine, no hay tal equilibrio en las obras de nuestro escritor romántico, quien siempre carga y gravita del

lado de lo popular y lo llano. Hágase el cómputo de los personajes ficticios de Cervantes y nos hallaremos con lo que podríamos llamar una verdadera plebe, y el mismo Don Quijote, que entre todos descuella, no es por su nacimiento, ejecutorias ni riquezas, sino por la riqueza del alma que no hace caso de embates de la fortuna y enjendra príncipes en míseros hidalgos de una aldea. Pero de esto hablaremos en el próximo artículo, que ya el presente pasa de los ordinarios límites.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

MARI-PEREZ

Doña Margarita volvió la cabeza ocultando el llanto que corria abundante por sus demacradas y pálidas mejillas.

¡Era madre!

—¡Sea siempre la voluntad de Dios,—dijo el Trinitario!—pero preparado con el sacrificio de vuestra sumision, levantad los ojos al cielo; levantadlos sin temor y pedirle á *Aquel* que dijo, enseñando y prometiendo á los que amó con sublime y celestial amor... "Pedid y recibireis para que vuestro gozo sea completo", que *Él* os dará y os dará sin medida.

El paralítico elevó sus ojos al cielo y se movieron sus lábios.

Pedia.

—Pedid, pedid con fe,—añadió el religioso exhortándole,—con esa fe viva y encendida del que cree en la Suprema é infinita Omnipotencia; con la fe indestructible del que sabe que á sola una palabra de sus lábios brotó la luz; que á una señal de sus manos, el mar dividió sus aguas para que un ejército pasase á pié enjuto por su seco fondo, y otro quedase en sus abismos sepultado; con la fe del que llorando de júbilo al ver á su Salvador decir al hijo de la viuda de Nain... "Levántate" vió el cadáver alzarse del atahud, vuelto á la vida á la voz de su Creador.

Avivada la fe en el paralítico, hasta el punto de encender su alma, é iluminarse en su ardiente llama los apagados y tristes ojos, exclamó:

—¡Señor: clamo á vos por mi hija: oidme como oisteis á la viuda de Nain!

Pasaron algunos instantes; el religioso tendió el brazo sobre el cuerpo inmóvil del soldado y con acento dulcísimamente persuasivo:

—Esperanza,—le dijo,—esperanza. Es la llave segurísima que abre la puerta de la divina misericordia; es la confesion del poder y la bondad de Dios; es la flor del alma que el Señor recibe para devolverla en rico y sazonado fruto.

—Espero un milagro, una de las maravillas que el Señor obra; sí, sí que espero,—respondió el paralítico iluminándose su frente con el destello suave de la esperanza.—¡Dios es grande!

Y una sonrisa melancólica, pero la primera que asomaba á sus lábios, animó su faz esparciendo por ella inefable calma, calma que tuvo algo de beatífica.

En aquel momento sintióse ténue ruido á la puerta, como si con cuidado la empujasen; y en la pared, proyectada por su sombra, se dibujó la cabeza de un hombre que asomaba por aquella. Dió la dueña un ligero grito de susto al descubrirla con el cabello enmarañado, y su ávida y aviesa expresion; y el soldado, incorporándose como si la mano de Dios le levantára,

—¡Es él!—exclamó pintándose el horror en su semblante.—¡Diego... su padre!

—¡Perdonadle!—dijo con energía el religioso alzándose de su asiento.—¡Perdonadle, y que Dios le perdone!

—¡Yo le perdono!—murmuró el anciano.

Y cayó inerte en el lecho.

El Trinitario le bendijo, pronunciando las palabras sacramentales de la absolucion, á que siguió un silencio solemne. Con la frente inclinada y las manos juntas, parecia abismarse en los misterios de la eternidad.

La sombra en tanto permanecia en la pared, tan inmóvil como si el cuerpo que la producia se hubiera petrificado. Siempre de pié el confesor, continuaba interpuesto, al parecer, como un muro entre el culpable ofensor y el desdichado ofendido, cortando el ódio. Doña Margarita experimentaba profunda y dolorosa emocion, mientras la dueña, perdida su apacible calma, sentia latir su corazon con pavura.

Movió sus pasos, quebrando la violencia de la situacion, el Trinitario; fué á la mesa, tomó el veloncillo y tornó al lecho. En él yacia un cadáver. Cerróle piadosamente los ojos, fijos todavía en la sombra, dió la luz á la atemorizada dueña, y cayendo de rodillas, exclamó:

—¡Orad conmigo por él! ¡Bienaventurados los que mueren en el Señor!

Despues de esto, oyéronse pasos precipitados que se alejaban; salió un hombre de la casa, anduvo la calle, y otra, y tantas, que no se podian contar; con la singularidad de que á cada diez ó doce pasos volvia el rostro como si llevára en pós un enemigo.

Aquel hombre, que era Diego Perez, iba huyendo de una sombra que le seguia implacablemente, que le acosaba, que parecia envolverlo entre sus pliegues y sinuosidades; iba huyendo del remordimiento.

LIBRO QUINTO.

I

Seguia la noche su curso; medíase el tiempo con su inmutable compás, pero para dos personas deslizábase con mortal lentitud. Una—y era D. Félix—deseaba con ánsia el dia para buscar salida al laberinto donde se hallaba perdido. La otra—Cosme Pereda—esperaba con inquieto afan la aurora que debia alumbrar la consumacion de su venganza.

Con la frente apoyada á las manos, meditaba el primero en los acontecimientos del dia, que le habian traido tan dura y severa leccion; y en los de la noche, que en menor número, pero de mayor trascendencia, despues de arrebatarle un bien real, le dejaban un mal positivo realzado por amarguísima y punzante mortificacion.

Antes de recibir á su misteriosa visita, aumentaba su propia importancia la guerra que de todas partes se le declaraba; su actitud se justificaba con la agena; y levantándose en el sentimiento de su dignidad é independencia, léjos de renunciar á ninguno de sus derechos, quedaban todos á salvo, y abiertos dos caminos igualmente fáciles para conducirle á solucion satisfactoria. Reparar expontánea y generosamente, ó ceder ante los ruegos y los

respetos que se anteponian para obligarle. Despues de despedirla, hallábase anulada su iniciativa, y tan sujeto por su resolucion como el esclavo á la argolla por los hierros de su cadena.

Antes de la misteriosa carta que tan profunda sensacion le produjera, su cuenta formada por la pasion y el engreimiento, no le presentaba más cargo que el de una violencia y algunas lágrimas: despues de haberla leido, veia levantarse un fantasma aterrador que, envuelto en su blanco sudario, venia á contemplar el raudal de sangre inocente y generosa que por él habia corrido.

Entregado á sus cavilaciones, la verdad se mostraba á sus ojos sin velos ni disfraces; y la verdad era que él habia tentado á Diego Perez, y que por él Diego Perez habia cometido un crímen de horrible deformidad: que María, arrancada brutalmente de su tranquila morada para traerla á la suya, mientras su nombre corria de boca en boca mancillada su honra; en su cámara, á su vista, por él, habia recibido peligrosa, quizá mortal herida: que que en el breve término de un dia, sobre sus fueros sentaba su pié el valido; sobre su orgullo caia el peso de sus acciones: que en el fondo de su conciencia se alzaba la tremenda responsabilidad de los hechos, y en su corazon se hacia sentir el pesar por las humillaciones y el peligro de la infeliz Mari-Perez.

Cuatro palabras pronunciadas en la excitacion de la lucha; cuatro palabras lanzadas á la intrusion para rechazarla; cayendo sobre la cuestion tan debatida, habíanla resuelto; pero formando el nudo que aprisionaba su voluntad, contenia sus impulsos, y vanamente se afanaba por desatar. No habia medio: —"Primero mero me la cortára"—dijo á las damas que le proponian diese su mano á María: y sólo con ella cabia reparacion á tan inmenso daño.

Abismándose más y más en sus reflexiones, proseguia la batalla entre la soberbia y la razon, el orgullo y el deber. La tristeza de la noche comunicaba melancólicas tintas á su pensamiento; la soledad de la cámara parecia aislarle del universo; en el silencio resonaba con más claridad la voz misteriosa que penetra y conmueve elalma; su corazon inclinábase al extremo negado; su deseo giraba en torno estrechando cada vez más el círculo; pero necesitaba desdecirse; y sólo de imaginarlo se revelaba todo su sér.

Indeciso, agitado, fluctuante, tendió la mano, tomó la carta, desdoblóla y por segunda vez púsose á leer su contenido:

"Sr. D. Félix de Aragon: Con vivo sentimiento á daros voy triste y desdichada nueva. El infortunado Pedro Ortiz, en el momento supremo de poner en Dios su esperanza, vió aparecer ante su presencia el padre de su infeliz nieta, y á impulso del horror que le causaba, le vimos incorporarse en el lecho—¡grande asombro!—y enseguida caer para no levantarse hasta el dia solemne de la resurreccion."

"Tan profunda lástima, unida al pesar recibido con otra infausta nueva, á la que con dolor y repugnancia le doy crédito, me obligan de nuevo á rogaros que, tomando en cuenta ambas desgracias, os venzais á vos mismo, que es la más hermosa victoria que puede conseguirse, y deis término y remedio á los males que del primero se van eslabonando."

"Si quisiéredes que en su quebranto acompañe á la que es objeto de mi compasion, y debe serlo de vuestro interés, dadme aviso, pues á pesar de lo abatida que la vejez me tiene, es tal mi voluntad y buen deseo, que dia y noche la asistiré y consolaré como mejor supiere. Y con esto, Sr. D. Félix, ved qué puede hacer más por ella y por vos,"—"Doña Margarita de Rojas."

Reflexionó todavía D. Félix algunos instantes, y levantándose, dirigióse á la alcoba, cuya puerta no se habia permitido traspasar: su resolucion estaba tomada.

II

La pálida luz de una vela de cera, quebrándose en las colgaduras del lecho, descuidadamente recogidas, iluminaba la hermosa y virginal cabeza de Mari-Perez, hundida en la almohada con pesadez, y á la que su profuso cabello, esparcido en rubios rizos, formaba graciosísima auréola.

Inclinóse el de Aragon, contempló cortos instantes la faz que la fiebre comenzaba á enardecer, y fuese la disposicion de su espíritu ó que el padecimiento la embellecia, sintióse tan impresionado como si por primera vez la viese; y con acento afectuoso, acento que expresaba mucho más que la compasion y sus cuidados, le preguntó:

—¿Cómo os hallais, mi pobre María?

—Puede soportarse lo que me aqueja,—contestó la jóven mo-

dulando la palabra con lánguida y dulce expresion;—vos sois el molesto con mi mal.

—No es molestia lo que me produce, sino sentimiento,—repuso D. Félix, dejándose dominar del que le embargaba;—primero porque padeceis, y despues porque padeceis por causa mia.

—No os apureis por eso,—dijo Mari-Perez fijando en él sus rasgados ojos,—Dios, en su sabiduría, que es muy grande, y en su bondad, que le iguala, todo lo dispone, y la hoja no tiembla en el árbol sin su consentimiento. Así ha sucedido; convendria á sus altos fines.

—Teneis razon y no os arguyo; y si el bien, en que creo y espero, viniese por daño mio, celebráralo en extremo; mas viniendo por el vuestro; duéleme en el alma, y como por instantes el dolor crece, temo mucho que se me haga intolerable.

Y acercando un sillon y sentándose en él:

—¿Os fatiga que hablemos?—la preguntó sin dejar de contemplarla y admirarla,—pues quisiera deciros cosas que á vos y á mí nos atañen é interesan.

Continuaba Mari-Perez mirándole con la fijeza peculiar de los niños y los calenturientos, y con su dulce voz y blando y pausado tono, contestó:

—Si vos gustáredes, hablad; yo mejor puedo oiros que responderos. Sí; os suplico no sea de lo que bien sabeis no debo escuchar...

—Ignoro si lo que ha deciros voy os será grato, dijo D. Félix mostrándose delicado, de lo que sí estoy seguro es de no haceros en ello agravio.

Y acercando el sillon al lecho, añadió interrogándola:

—¿Recordais el tiempo que va pasado desde el dia en que por primera vez os ví?

—¿No he de recordarlo? Fué en la octava del Santísimo Sacramento.

—Pues bien; desde entonces, y pasa de un año, pienso en vos, sin que haya hecho mudanza, ni aún momentánea.

—¡Sr. D. Félix!...—dijo Mari-Perez con expresion suplicante.

Mucho habia crecido ésta á los ojos de aquél; mucho interesaba á su corazon de fuertes y poderosas fibras; mucho era el amor que le animaba, cuando poniendo en olvido la diferencia que en-

tre los dos habia, y desprendiéndose de su genial altivez, resuelto siempre, y manifiestamente impresionado, repuso:

—Dejad que os lo diga una vez, y ciento: dejad que añada que os amo; dejad que os declare y asegure ser tanto, que yo propio me pasmo y maravillo.

Volvió á clavar Mari-Perez sus abrillantados ojos en el de Aragon, magnífico en el instante de revelarse en la grandeza del sentimiento que más eleva y ennoblece; y rogando y persuadiendo:

—Sr. D. Félix,—dijo,—hacedme la merced de ser más generoso con la que no tiene ni aún palabras para responder á las vuestras. Ved que no puedo huiros, que me encuentro postrada en el lecho que vos me dais; que ni aún como agradecida puedo mostraros esquivez; y no me hableis de lo que ni vos debeis sentir, ni yo puedo merecer; ni asegurarlo vos con verdad, ni yo creerlo con cordura.

Sin cuidarse de ser oido por las mudas y atentísimas dueñas, D. Félix repuso tomando al pié su palabra el calor de la pasion.

—Lo que está sucediendo es que en un dia, en sólo algunas horas, ha girado tanto la rueda, que hemos venido á colocarnos en inversa posicion, estableciendo la desigualdad que antes no habia. A quien faltan respetos para ser atendido, prendas para ser amado, opinion para sustentar su crédito es á mí; á quien sobran todas estas condiciones es á vos; y mientras nada poseo que os atraiga ni cautive, todo en vos me obliga á que os rinda corazon y voluntad. Y os los he rendido tan de veras, que vuestros son y serán por lo que la vida me duráre, afirmándooslo por quien soy; y no temiera jurarlo si juramento necesitárais para aseguraros de mi fe.

Iluminóse el cándido semblante de Mari-Perez con la suave claridad de dulce é infinito gozo; y aquel gozo ménos puro, pero más ardiente, se reflejó en D. Félix, quien, con la exigencia de todos los grandes efectos:

—¿Es verdad,—la preguntó,—que me creais?

Velóse la luz que resplandecia en el rostro de la jóven, por la sombra que arrojó sobre él la tristsza, y con eso asento de verdad que al salir del alma en el alma penetra de quien lo oye:

—Sí que os creo, Sr. D. Félix,—contestó,— y me aflijo por si

puedo descontestaros con rehusar un don de que no debo aprovecharme, mirando á Dios y á vuestro bien.

—Mi bien reclama que le acepteis, como reclama un campo abrasado el agua que las nubes le niegan; y á Dios no ofende nada que permite y preceptúa.

—Mirad,—dijo Mari-Perez cruzando sus blanquísimas manos; —la memoria es un agente del Señor puesto á nuestro servicio para que nos diga en nuestras vanidades y devaneos lo que fuimos, lo que somos y lo que seremos.

Agitóse D. Félix en el esculpido sillon, y la jóven prosiguió cortando la frase como sucede siempre que la voz sale con esfuerzo por las secas fauces y se forma en imaginacion muy sobrecargada.

—Hace muchos años, cuando era niña y vos tambien, traíanme á este palacio mis abuelos para que mi padre, al servicio de los vuestros, me viese, y vos jugábais locamente conmigo y me llevábais tras de los pajarillos y de las mariposas. ¿Os acordais?

—Sí, y por predestinacion sin duda os llamaba mia y me impacientaba de que os separaran de mi lado. Ya veis que lo pasado responde á lo presente con tanta verdad que admira.

—Eramos niños.

—Y ahora jóvenes, y más tarde seremos viejos; y como el ocaso corresponde á la aurora y al zénit, nos hallará á vos consagrada á mi amor; y á mí pagando el vuestro con todos los extremos que merece.

Mari-Perez cerró los ojos y guardó silencio. Dejaba pasar la ráfaga de pasion que la combatia, como se dejan pasar las ráfagas de viento que nos envuelven para que el polvo que levantan no nos ciegue. Abrióles luego, y fijándolos en D. Félix continuó:

—Salió mi padre de vuestra casa; no me visteis más y me olvidásteis. Lo que sucede en la infancia, viene á ser como esas historias que durante ella nos refieren: que cuando pasado tiempo nos las recuerdan, nos producen gusto tal, que por mayor que el de antes le tenemos.

Hé aquí por qué al volver á verme os alegrásteis y yo sentí aquel gozo: solo que en vos nació el deseo de entretener conmigo algunas horas, y en mí se declaró la pena de no poder consentirlo; procediendo todo de ser para vos lo único que habia sido: un ju-

guete que iria de vuestras manos á esconderse en el fondo de la tierra, como los pedazos de cristal del vaso que se rompe.

—¡Desfavorecido estoy María!—dijo D. Felipe profundamente sentido.—Niño, jugué con vos como con una hermana; hombre, os he amado desde el punto en que os encontré. Os he seguido, os he rogado, he vuelto á rogar y á pretender sin desistir de mi amor y de mi empeño, y de vuestras tibiezas han nacido mis desmanes. Decid que mi aficion, por su misma violencia salió del cauce por donde hubiera corrido tranquilamente sin las contradicciones que la han irritado: decid que he ido en mi propósito hasta arrollar vuestra voluntad, decid... todo lo que vuestro agravio dicte; pero no supongais al antojo móvil de mis acciones; ni añadais á la liviandad de éste, acreciendo vuestra ofensa, la vileza del abandono que acabais de presagiar.

—Si en algo os he ofendido, perdonadme,—dijo Mari-Perez con dulzura;—y para obligaros á que lo hagais, yo tambien os perdono el haberme separado de mi anciano abuelo, que quizá pierda la vida con la pesadumbre de perderme.

Esta vez pasó por la imaginacion de D. Félix la desdichada muerte del soldado, llenándola de sombría tristeza.

—De lo demás,—añadió Mari-Perez, revelando con sencillez virtudes sublimes y toda la generosidad de sus sentimientos,—nada os pese. Yo me alegro de haber dado mi sangre por vos, y diéraos la vida de igual manera, si mi infeliz abuelo no la necesitára.

El resplandor de la virtud de Mari-Perez, disipó las sombras que envolvian los pensamientos de D. Félix, y en la reaccion de su esperanza, galante y afectuoso, la dijo:

—Yo recibo como don precioso vuestra sangre vertida por mí; admitid vos como prenda de gratitud y de amor mi mano.

Miróle Mari-Perez con asombro, y embargada por éste, quedó muda.

—¿Os convenís?—la preguntó el de Aragon.

La respuesta fué un signo negativo.

—¡No la aceptais!...

—Señor D. Félix,—dijo la jóven, despues de repetir su negativa y de ver plegarse la frente del que la recibia,—no os ofendais, os lo ruego.

—Lo que siento es otra cosa, María, es más que ofensa: es pesar.

—Suma pena me dá lo que decís,—repuso la jóven satisfaciéndole;—pero despues de oir lo que he oido de vuestros lábios y de los de vuestro señor tio: ¿quien se atrevería á creer? ¿quien sería osado á consentir? No, no; vuestra grandeza y mi humildad son tan opuestas, que seria locura querer reunirlas.

—Vamos,—dijo D. Félix con amargura,—caen sobre mí las miserias de esta tarde.

—No,—observó con tristeza Mari-Perez,—es que tengo memoria y no olvido lo que soy.

—¡Y sois ingrata y lo sereis eternamente!

—Dios sabe que no.

—¡Yo sé que sí, y vos tambien!

En su fuerte latido, el corazon de Mari-Perez movia las ropas que se estendian sobre él, mientras sus mejillas habian tomado el matiz más fuerte de la rosa.

Hecha breve pausa, veladas sus brillantes pupilas por los nacarados párpados, dijo con dulce expresion:

—Dios os premie, acrecentando las vuestras, la honra que os serviais concederme; y estad seguro que aunque no la reciba, en mi corazon queda guardada cual merece.

Inclinóse D. Félix hácia el lecho, y con acento sério y grave dijo:

—Los dos en esta batalla tan porfiada y reñida, tenemos que llegar hasta el fin; cada uno en la lid apura sus hieles: vos las de mis arrebatos, yo las de vuestro desamor: permitid que por mi parte, cumpliendo mi destino os pregunte, ¿me aborreceis?

—No supe nunca aborrecer.

—¿Y si supiérais, lo hariais?

—A eso no puedo responder con verdad. No alcanzo más que á lo que siento.

—Os haré la pregunta más clara y determinante. Vos, la que dais vuestra sangre por mí, y me diérais la vida, si la mirárais como vuestra, ¿no sentís un sólo impulso de cariño por el que corrió tras de las mariposas con vos?

—Os responderé que desde que le volví á ver...

TERESA DE ARRONZ.

(*Continuará*).

CRÓNICA POLÍTICA.

Han terminado las elecciones generales de diputados á Córtes, que, como es sabido, en todo el territorio de la Península tuvieron lugar el dia 20.

Segun estaba previsto, y no hay que maravillarse de ello, dada la condicion del país electoral, el triunfo ha correspondido al Gobierno, mejor dicho, á la política que dentro de la actual situacion representan los Sres. Cánovas y Romero Robledo.

No creemos tengan tampoco motivos para estar mortificados los señores Silvela, Toreno y algun que otro ministro adictos al Sr. Cánovas, con el cual han estado y siguen estando de perfecto acuerdo. En cuanto al general Martinez Campos, presidente del Consejo de ministros, perplejos estamos en nuestros juicios, y no sabemos si le habrá desagradado ó le habrá satisfecho el resultado de las elecciones.

Si realmente el jefe del Gobierno aspira á tener política propia, cosa que aún nadie sabe, las elecciones deben haberle demostrado que sus propósitos se han visto frustrados; pero si se resigna á tomar al fin puesto definitivo en el partido conservador-liberal, siguiendo la suerte del señor Cánovas, y auxiliándole con más ó ménos fervor en sus planes, entónces, el generalmente Martinez Campos no tiene motivo alguno formal para mostrarse contrariado.

El resultado de las elecciones, aparte de estas salvedades, no podia sorprender al presidente del Gabinete, á quien no hacemos la injusticia de suponer tan extraño al estado del país, de los partidos, de la administraccion y de la política. Demasiado debia saber que encargándose del poder para hacer inmediatamente, y sin próroga posible, las elecciones, que estas debian obedecer al carácter y al impulso de una política que viene imperando en España desde los últimos dias del año de 1874.

Con las influencias creadas en cuatro años consecutivos por los señores Cánovas y Romero Robledo, que puede decirse han gobernado con facultades discrecionales; con los favores hechos y las mercedes dispensadas en tan largo período; con los gobernadores por ellos puestos; con las comisiones provinciales por ellos designadas, con los ayuntamientos, bajo ellos elegidos, y con toda la administracion activa y consultiva montada á su albedrío y para el servicio de su política, claro está que las eleccio-

nes habian de arrojar la cifra que han arrojado; y con mayor necesidad si se observa que los dos ministros más activos é influyentes que el general Martinez Campos ha asociado á su obra, los señores Silvela y Toreno, estaban y están, sin que por esto pretendamos inferirles agravio, resueltamente del lado del Sr. Cánovas del Castillo.

No hay, pues, motivo alguno, con estos precedentes, para molestarse,—si por acaso el general Martinez Campos padece ahora de esta flaqueza,—del éxito de la campaña electoral. Es una consecuencia rigurosa de las premisas sentadas. El general Campos, es verdad que pudo borrar estas premisas; pero no lo hizo, ni sabemos en el momento y circunstancias en que tomó el poder, hasta que puesto, hubiese podido hacerlo, y no habiéndolo realizado, la lógica es la lógica y los hechos se ofrecen perfectamente relacionados.

Pero sigamos nuestro discurso, dejando para más adelante, y cuando se vayan sumando hechos más concretos, la ampliacion de estas consideraciones.

Las elecciones, en su conjunto, preciso es reconocerlo, han revestido, por parte del Gobierno, bastante sinceridad; y si bien es cierto que ha habido varios distritos en que se han ejercido coacciones punibles, esto, por lo que hemos observado, más ha nacido de pasiones locales, del rencor de los candidatos entre sí, y de los trabajos de algunos gobernadores, que de la voluntad deliberada del ministro de la Gobernacion. A lo ménos hoy, al escribir estas líneas, no podemos, ni debemos expresarnos de otra manera.

En general, se ha luchado en medio de una relativa neutralidad, que ojalá sirva de escarmiento á los autores de atropellos pasados, y de aviso en las campañas electorales del porvenir; y todavía serían nuestros aplausos más expresivos al señor Silvela, si hubiese mostrado pronta y resonante severidad contra los diputados provinciales que, recorriendo sus distritos y las comisiones del censo electoral que mistificando la garantía de los interventores, han faltado pública y escandalosamente á sus deberes.

Mientras en España no se hagan, desde lo alto, unos cuantos ejemplares que vayan á herir, en primer término, personas de posicion, sean autoridades, sean particulares, eligiendo entre estos á los presuntuosos y volubles caciques, poco habremos hecho en el camino de la sinceridad electoral.

Mucho es que se haya dictado una ley, como la que acaba de aplicarse, no exenta de vicios, segun la práctica ha demostrado; una ley, decimos, influida por un patriótico espíritu. Mucho es que los partidos, dejándose de retraimientos y de pesimismos, busquen por el camino de la legalidad lo que antes rastreaban por entre asonadas y revoluciones. Mucho es que el Gobierno del general Martinez Campo haya rehuido el atropello y el capricho, musas favoritas en la contienda electoral de tantos otros ministerios; pero todo se vendrá á tierra si el Gobierno y los tribunales primero, y siempre el Congreso no ponen correctivo enérgico á los abusos que hayan podido cometerse falseando el sufragio electoral.

No somos partidarios, ni podíamos serlo en el estado todavía poco progresivo de nuestra educacion parlamentaria de que los Gobiernos, sean los que fueren, se cruzen de brazos en la contienda de los comicios,

y que, como estátuas inanimadas, presidan la batalla; ¡hermoso *desideratum*, del cuál estamos muy distantes! ¡pero es de la mayor urgencia que la accion del Gobierno sea cada dia ménos activa, y que los partidos, poniéndose en su lugar, saquen de su disciplina, de su doctrina y de su mayor ó menor popularidad, los frutos que todos de ordinario esperamos de la administracion.

Todos los defectos de nuestra educacion parlamentaria no hay que señalarlos en la arbitrariedad y egoismo de los Gobiernos. Una parte de ellos hay que inquirirlos en la manera de ser de los partidos políticos, que no hacen todo lo que debieran hacer. Con más activa propaganda sobre la opinion; con mayor celo en la rectificacion de listas; con gran energía para levantar á los activos y útiles, y corregir á los flojos y tornadizos, el éxito seria doblemente lisongero; que nada iguala en fuerza á la perseverancia y á la rectitud.

El resultado de las elecciones que acaban de tener lugar demuestra en parte lo que venimos diciendo. Con un Gobierno hostil, con una administracion enemiga, con la postracion y el descreimiento de tantas convulsiones y de tantas arbitrariedades, la oposicion, en todos sus matices, ha sacado triunfantes más de cien diputados, siendo perfectamente extraña á este resultado la inteligencia de los partidos liberales, que, como ya digimos en la *Crónica* anterior, y los hechos acaban de demostrar, ha tenido más apariencia que solidez, hasta el punto de que sólo en las circunscripciones de Madrid y de Valencia, es donde podria jactarse de haber funcionado con sinceridad. En los demás distritos, sin excepcion, la llamada coalicion, ha sido una mentira, salvándose únicamente los candidatos de oposicion por sus medios y recursos personales.

Pues bien, sin necesidad de coaliciones, y con sólo el impulso de las inteligencias políticas que todo candidato adicto ó de oposicion se ha buscado siempre y se seguirá buscando en el porvenir; con más prevision, con mayor actividad, utilizando toda clase de recursos lícitos, la oposicion, sin duda alguna, habria elevado su contingente, y en vez de cien diputados se podian haber sentado en el Congreso ciento veinte ó ciento treinta; lo cual para España era un hecho, á más de elocuente, altamente consolador.

Debemos, sin embargo, declarar que la lucha ha sido récia y heróica, con excepcion de contados distritos, que se han limitado á emitir sus sufragios al candidato, aceptado sin protestas, ya ministerial, ya adversario del Gobierno. Pero éstos han sido los ménos; que en la mayoría se han batido los contendientes palmo á palmo, pasando quizá de doce los distritos en que la batalla se ha perdido ó se ha ganado por ménos de cien votos.

Los constitucionales son los que han salido mejor librados, lo cual hay que atribuirlo á su organizacion, al temple de sus doctrinas y á la consideracion y benevolencia con que por lo general es mirado este partido entre nuestra clase media.

Segun los mejores cálculos, no bajarán de cuarenta y cinco los diputados de este color que vienen al futuro Congreso, cifra bastante superior á la que obtuvieron en las elecciones de 1876, en que no creemos pasáran de treinta y cuatro ó treinta y seis.

Han aumentado tambien, aunque no tanto como se esperaba, los

amigos del Sr. Castelar, que vendrán seis ósiete, cuando ántes eran sólo dos, y los radicales, que siguen al Sr. Mártos, en las Córtes últimas únicamente representados por el marqués de Sardoal, componen un grupo que no bajará de diez diputados.

Los centralistas, por el contrario, y esto es lógico, dada su significacion en la política, han disminuido bastante, quedando de treinta doce; si bien entre los doce se cuentan sus hombres de más inteligencia y valer.

El desastre verdadero ha sido para los moderados históricos que, pocos en número como en las Córtes últimas, han tenido la doble desgracia de perder á su jefe civil el señor D. Cláudio Moyano, que aunque por escasa votacion ha sido derrotado en la circunscripcion de Valladolid; éxito que en general es bastante lamentado por todas aquellas personas que en el Parlamento desean ver, y con razon, á los hombres más autorizados de los partidos, pero cuya explicacion todavía desconocemos, no atreviéndonos á creer hayan sido los amigos y representantes de la sisuacion,—temerosos de que el general Martinez Campos se inclinase sobre la derecha,—los causantes de este desastre electoral.

Tambien tenemos detalles, aunque muy sóbrios, de las elecciones verificadas en Cuba y Puerto-Rico, que dán en conjunto treinta y nueve diputados, veinticuatro la Gran Antilla y quince la Pequeña. El telégrafo únicamente nos ha dicho el resultado de casi todos los distritos, y por este resultado vemos que los radicales en Cuba han obtenido ocho lugares, y siete en Puerto-Rico las oposiciones de todos los colores.

En Cuba la eleccion, á juzgar por los nombres de los electos, la mayoría del cuerpo electoral ha preferido dar sus sufragios á los partidarios de la política de conciliacion y de reformas, que en aquella region dejó planteada el general Martinez Campos; pero no han faltado, segun vemos, fuerzas políticas bastante numerosas para sacar á flote las candidaturas de los señores Labra, Saco, Montoro, Porthuondo, Bethancourt y algun otro, cuyas ideas seguramente han de quedarse en minoría en la Cámara popular.

En cuanto á la oposicion de Puerto-Rico, que no es exígua, ni por su número, ni por su cohesion, ni por sus aspiraciones ha de alcanzar la importancia, que quizá alcance la que en nombre del partido radical de Cuba ha de llevar esta vez en el futuro Parlamento.

Lo que nosotros dudamos, abriéndose como se han de abrir las Córtes el 1.º de Junio y suspendiéndose como se han de suspender, á lo sumo los últimos dias de Julio, que pueda abordarse en tan corta legislatura la magna y delicada cuestion de las reformas, si bien parece natural que se toque este punto á grandes rasgos en la discusion del mensaje de la Corona. El Congreso, mientras se discuten las actas y se constituye con los dias que han de invertirse en la discusion del Mensaje y con las sesiones necesarias para el exámen del presupuesto, apenas tendrá tiempo, en el período marcado, para llenar estas proferentes tareas; y de ahí nuestro recelo de que puedan discutirse en toda su amplitud, dentro de la primera legislatura, las anunciadas reformas de Ultramar.

Nada definitivo, sin embargo, nos aventuramos sobre esto á afirmar, mientras no veamos la actitud que en este particular quiere tomar el presidente del Consejo.

Fuera de estos detalles y de estas reflexiones que hemos ido estam-

pando sin el método y correlacion que fuera de desear, de las elecciones en conjunto, y especialmente de las de la Península que nos son las más conocidas, debemos decir, como remate de los hechos apuntados, que la lucha ha sido más viva en los distritos rurales que en los grandes centros de poblacion, como ya nosotros preveíamos, siendo de notar lo mezquino de las cifras en Madrid y Barcelona, donde han tomado parte poco más de la tercera parte de los electores inscritos.

Si en Barcelona y Madrid borrásemos de las listas de votantes los nombres de los empleados públicos, la eleccion resultaria aún más pobre; lo cual sólo podemos atribuir al excepticismo de las clases acomodadas, tan numerosas en las dos capitales nombradas, y al retraimiento de los partidos radicales que deliberadamente han querido hacer el vacío, alrededor especialmente de los amigos de los Sres. Castelar y Martos; política torpe y censurable que sólo puede explicar nuestra propension á los éxitos de la fuerza tan frecuentes en nuestro desgraciado país.

Pero en honor á la verdad, lo ocurrido en Madrid, Barcelona y alguna que otra contada localidad, sólo ha servido para señalar con colores más vivos la lucha ardorosa que se ha sostenido en toda la Península, y de la cual las oposiciones no tienen motivos para mostrarse descontentas, pues acaso el país ha estado más bravo de lo que permitia esperar la apatía de los partidos liberales. De todos modos, el ejemplo será provechoso en el porvenir, y no recelamos por este camino de ver á la opinion imponiéndose desde las urnas á repugnancias injustificadas, que ya deberíamos suponer vencidas por las enseñanzas de la historia.

Las últimas elecciones han servido tambien para demostrar en la piedra de toque de la experiencia, los vicios de la ley electoral, que convendria atacar tópicamente, conservando, sin embargo, sus principios capitales que en conjunto son buenos y se hallan trazados por un excelente espíritu.

La creacion de los interventores, que son los que ahora han venido á sustituir á los antiguos secretarios escrutadores, obedece á un buen pensamiento, que es el de que todo candidato formal tenga fiscalizacion en la votacion de los colegios. La ley va tan allá en su tendencia moralizadora, que, conforme á su espíritu, podria sostenerse la nulidad de toda eleccion en que, luchando más de un candidato, no haya sido intervenida; pero todavía de esta nulidad cabe ménos duda en todos aquellos casos en que la Comision del censo electoral, bajo pretextos frícolos y capciosos ha rechazado los pliegos en que constaban por cédulas ó actas notariales los interventores de oposicion; escándalo que, desgraciadamente, se ha perpetrado en algunos distritos, y al que debemos esperar que el Congreso de diputados, por su propio prestigio, ha de poner severo correctivo.

El resorte de los interventores se ha prestado además á ciertas violencias, cuya ocasion es urgente evitar con ánimo resuelto.

El nombramiento de interventores, acusa una especie de voto público; y bien sea que los electores los designen por cédulas, bien ante notario, en uno y en otro caso el sufragio se hace ostensible; y esto que en todas partes seria un mal, en España, donde nuestra educacion parlamentaria y nuestra cultura social todavía tienen ancho campo en que desarrollarse, es un mal gravísimo que conviene estirpar á todo trance.

Pero en donde los preceptos de la ley misma han abierto fácil cauce á las coacciones de todos géneros, y singularmente á los que puedan ejercer los gobernadores y sus subordinados, es en el plazo de ocho dias que establece entre el nombramiento de interventores y la eleccion de diputados. Practicamente se ha visto en várias provincias que al reparar los gobernadores y los candidatos oficiales que se habian quedado en minoría en las mesas, los amaños, la seduccion y la violencia se han redoblado, ganando por medios ilícitos el terreno perdido en la lucha de interventores; y es casi seguro que una docena de candidados han perecido por la candidez de exhibir fuerzas que por lo visto habria convenido ocultar.

Pues bien, este vicio y todos los demás referentes á los interventores, conviene estudiarlos con calma, y removerlos con energía, siquiera con el objeto de que se vayan cercenando en lo posible todos los pretestos á que el favor, la pasion ó el interés suelen agarrarse para torcer la voluntad de los electores.

El Gobierno, que en general, segun ya hemos dicho, ha demostrado bastante sinceridad en la última lucha, puede hacer mucho en el sentido de que se respete el espíritu de la ley electoral, al reunirse las Córtes; y si se anulan algunas actas de los amigos, y por ello se proporcionan algunos descontentos, el ejemplo para el porvenir será tan elocuente, que propios y extraños lo han de aplaudir; y el dia en que los gobernadores y los caciques se persuadan de que no hay impunidad para los atropellos, ese dia se habrá dado un gran paso hácia el restablecimiento de la sinceridad electoral, que es la necesidad más urgente del pueblo español.

No concluiremos de cerrar esta seccion de la *Crónica Política*, sin llamar la atencion sobre un hecho que puede traer consecuencias dolorosas, si por sí mismo no se resuelve ó no se ataja por medidas prudentes y previsoras.

Hay varias regiones de España donde la cuestion de subsistencias empieza á preocupar y con razon. La alimentacion, por las malas cosechas y la subida constante de los impuestos, especialmente de las tarifas de consumo, es cada dia más cara, y hasta las familias acomodadas de las grandes poblaciones se sieten abrumadas por la carga.

Todos los artículos de primera necesidad, pan, vino, carnes, patatas y otras legumbres, van tomando un precio asfixiante; y sí para la clase media la situacion comienza á ser difícil, para clases todavía más apretadas, el problema es doblemente pavoroso.

En Andalucía sobre todo, en el Este de España, hasta en Galicia mismo, por el exceso de la lluvia, las gentes comienzan á preocuparse; en pueblos tan importantes como Ronda, Jerez, Granada y otros varios, la actitud ya hostil de los menesterosos ha obligado á las autoridades á tomar medidas de precaucion y de policía, que suelen en casos tales ser precursoras de sucesos lastimosos.

No hay que echarle de estas cosas la culpa á los Gobiernos, como en España es tan frecuente. Los Gobiernos no tienen dominio sobre la mecánica celeste y las variaciones de la atmósfera; pero sí tienen responsabilidad en las leyes y tributos que establecen, si entorpecen la produccion, producen la carestía y secan la riqueza. Sí tienen responsabilidad, si parte de los recursos del presupuesto en vez de emplearlos en obras y

trabajos públicos, los emplean con avaricia en que suban los valores públicos,—que no los poseen por regla general gente pobre, —unos cuantos céntimos. Sí tienen responsabilidad, si miran frívolamente las quejas, las angustias de los pueblos, y sólo se cuidan de que el presupuesto sea cada año más crecido, aunque el *déficit* sea, al propio tiempo, cada ejercicio más abrumador.

No conviene, pues, mirar con indiferencia la cuestion de subsistencias, y ménos en un año tan angustioso como el que corremos. Lo que hoy no pasa de un quejido penetrante, puede mañana ser fúria desapoderada; y si por temeridad ó imprevision viniesen tristes sucesos, cierta parte de responsabilidad no podria eludirla el Gobierno.

*
* *

Despues del conflicto provocado por el Khedive de Egipto, un momento en suspenso por la prudencia de Francia y de Inglaterra, cuatro sucesos ocupan principalmente las columnas de los periódicos extranjeros; la guerra entre Bolivia y Chile, la derrota de los zulús, las últimas elecciones parciales en Francia, y coronándolos y sobrepujándolos á todos, la agitacion política en Rusia.

Chile y Bolivia se disputan una pequeña faja de tierra comprendida, si no hemos comprendido mal, en el desierto de Atacama, pero faja de tierra que comprende cimientos minerales de inmenso valor.

La situacion militar de los contendientes viene á ser esta. El ejército boliviano asciende tan sólo á 4.000 hombres; mas, como en aquella nacion las revoluciones son frecuentes, raro es el hombre que no está familiarizado con el servicio de las armas y desconoce la vida militar. Los bolivianos son valerosos, de mucha fogosidad, y bien mandados, afrontan el peligro con resolucion.

En cambio, Chile ha estado en paz muchos años; su ejército no posee más experiencia que la adquirida en escaramuzas con los indios. Sin embargo, su escuadra, despues de la del Brasil, alguno de cuyos barcos son blindados, es la más poderosa de todas aquellas pequeñas repúblicas.

Viene á ser en pequeño ese pleito, lo que en grande era la guerra, que en un momento estuvo dibujada entre Inglaterra y Rusia.

Esperaremos para mayores apreciaciones á que rompan las hostilidades, y qué actitud toman el Perú, la república Argentina y otros pueblos, lo cual podria complicar la cuestion.

Las noticas del cabo de Buena-Esperanza que con tanta ansiedad se esperaban en Inglaterra, son mucho más satisfactorias de lo que se creia en Europa.

El general Chelensford rechazó el dia 3 del actual el ataque que 1.100 zulús dirigían contra Gingholova, obligándoles á levantar el bloqueo que tenian establecido á Ekove, haciéndoles abandonar el campo en la noche del 4. En el combate, que fué muy sangriento, perdieron los ingleses 220 hombres entre muertos y heridos, y los zulús 2.500.

El mismo general Chelensford entró el dia 6 en Gingholova, despues de sostener otro combate con los zúlus en Bassutoland, donde es-

tos perdieron 1.200 hombres, sin que las tropas inglesas tuvieran una sola baja.

Más tarde, el capitan Wood se apoderó de 5.500 cabezas de ganado, 250 caballos, varias armas y municiones.

Estas noticias han producido verdadera satisfaccion en la Gran Bretaña, y disipado el temor de que resultasen ciertos los rumores circulados referentes á descalabros de las tropas inglesas en el Cabo.

Por este lado, Inglaterra tiene una dificultad ménos, ó á lo ménos, se ha disminuido bastante la gravedad del mal, y queda únicamente la complicacion del Afghanistan, que segun los últimos despachos ha entrado tambien en un periodo de descenso por los tratos de paz que el mismo Emir ha propuesto.

En las últimas elecciones verificadas en Francia, ha salido por un distrito de Burdeos el comunalista y veterano revolucionario Blanqui. Más bien podria decirse que en su nombre ha triunfado la demagogia socialista.

Es, pues, esta eleccion un hecho de gravedad; de derecho no es elegible, pero de hecho ha sido elegido, y elegido despues de manifestaciones públicas y de polémicas violentas que han dado á su candidatura el carácter de una protesta de los partidarios de la amnistía plena contra la ley de amnistía restringida.

En la eleccion de Blanqui, no solo hay una violacion manifiesta y premeditada de la ley electoral, sino que se ve en ella la pretension de los republicanos rojos de colocarse por cima de los poderes públicos y de imponer autoritativamente al Parlamento y al Gobierno su voluntad.

La Cámara anulará probablemente la eleccion de Blanqui; pero no por eso dejará de ser este un síntoma alarmante de las malas disposiciones de una parte del cuerpo electoral, y como el partido demagógico no aceptará con resignacion la decision de la Cámara, veremos que se agranda una lucha que no puede ser favorable al prestigio de las instituciones republicanas.

Como es natural, los periódicos bonapartistas y en general los conservadores acogen con espíritu de pesimismo este suceso con fruicion mal disimulada, dándose el caso de que sus aplausos se confundan con los de la prensa más exagerada; pero cualesquiera que sean los móviviles de la prensa imperialista, una cosa resulta evidente, y es la desventura de una eleccion que indudablemente quita solidez y autoridad á la república, tan azotada por otra parte, desde hace algunos meses de tantas contrariedades.

Toquemos ya la cuestion magna que trae preocupados á todos los espíritus. La cuestion de la agitacion creciente que reina en Rusia, y la presencia de ese poder misterioso frente á los legítmos poderes públicos que por amenazas y por hechos ha sembrado la consternacion en la clase gobernante de aquel imperio, y aun debemos suponer que en todas las clases de la sociedad.

Nuestros lectores saben que con gran frecuencia se vienen repitiendo allí atentados horribles contra los más altos funcionarios; saben los anónimos amenazadores que llueven sobre las autoridades, y que recientemente el Emperador Alejandro milagrosamente ha escapado del plomo de un asesino.

La situacion moral y política ha llegado á ser angustiosa, y los mi-

nistros, las autoridades más elevadas y otros funcionarios, quienes por miedo, quienes para facilitar una política todavía más enérgica, han presentado sus dimisiones. Los últimos despachos dicen que se tiene por inminente una completa modificacion ministerial y un cambio radical de altas autoridades.

Los ministros insisten en sus dimisiones, y varios gobernadores han anunciado que abandonarán sus puestos si no se les envia pronto un sucesor.

La situacion es cada vez mas tirante y el Czar se muestra muy contrariado y sumamente afectado por la intranquilidad que reina en Rusia.

El comité revolucionario continúa dictando sentencias de muerte, de las que, segun se asegura, da traslado inmediatamente al Czar.

Tal es la situacion á la cual se ha procurado poner correctivo en un consejo extraordinario que tuvo lugar á raíz del último atentado contra el Czar.

El gran duque Nicolás, Schuvaloff y Adlerberg, partidarios convencidos del absolutismo á todo trance, hablaron enérgicamente contra la línea de conducta que viene siguiendo el Gobierno desde hace algun tiempo. El conde Schuvaloff, entre otras, pronunció estas palabras: «Es imposible gobernar el imperio á la manera de ciertos países occidentales. Cada dia tenemos nuevas pruebas de que el país no está todavía bastante preparado para marchar sólo. Debe ser conducido firme y vigorosamente, porque de otro modo iria arrastrado por la corriente. Una libertad prematura y desproporcionada con el grado de su desarrollo, es un veneno para la Rusia. Tenemos de ello pruebas desde hace algunos meses.»

El gran duque Nicolás emitió una idea muy propia en un militar. Propuso que se dividieran las ciudades de San Petersburgo, Moscow, Kharkoff, Kiew, Odessa, Varsovia y Vilna en secciones mucho más numerosas que las secciones actuales de policía, y se confiara la administracion de la policía, en esas secciones á oficiales de la Guardia imperial, sacados del escalafon y elegidos por él personalmente.

El príncipe heredero y el general Milutine se pronunciaron enérgicamente contra esos proyectos, pero opinaron por la necesidad de proceder vigorosamente «no contra la sociedad rusa entera, sino contra la horda infame que desola y deshonra el país.»

El emperador Alejandro fué de esta última opinion. «Lo que una vez se ha dado, dijo, no puede quitarse. Estoy seguro de que todas las gentes honradas estarán con nosotros. Esos crímenes abominables deberán abrir los ojos á muchos extraviados.»

Nobles palabras que realmente corresponden á la política relativamente conciliadora, que en efecto, viene practicando el emperador desde su advenimiento al trono, aunque no todo lo espansiva que las circunstancias y la prevision de posibles sucesos aconsejaban.

No sabemos qué temperamentos finales prevalecerán en el ánimo del Emperador; pero por de pronto el gobernador general de San Petersbugo acaba de publicar un bando por el que se establece un servicio de guardia de dia y de noche á la puerta de cada una de las casas de la capital. Esos guardias tienen encargo de cuidar de que no se fije en parte alguna un cartel sin autorizacion prévia, y de que no se

arroje ni se esparza en las calles objeto alguno que pueda comprometer la seguridad pública. Las personas que cometan actos de esa naturaleza deberán ser detenidas por el guardia de la casa.

Todo guardia de una casa que no ejecutara esa consigna pagará por la primera vez una multa de 25 rublos ó sufrirá siete dias de arresto. En caso de reincidencia será expulsado de la capital.

Todo propietario cuyo guardia de la casa no hiciera su servicio á la puerta, pagará una multa de 500 rublos.

Todos los armeros deberán presentar en el término de siete dias al capitan de la ciudad un inventario completo de las armas que tienen en almacen ó en depósito. Será necesaria una autorizacion especial del capitan de la ciudad para la venta de armas de fuego ó de otra clase y de cartuchos.

La falta de ejecucion de esta disposicion es castigada con la prohibicion de su comercio al infractor hasta tanto que haya presentado el inventario de sus armas.

Todo el que venda armas sin presentar la autorizacion necesaria, pagará por la primera vez una multa que podrá elevarse hasta 500 rublos. En caso de reincidencia las armas vendidas serán confiscadas y la prohibicion de su comercio al infractor será absoluta.

Los particulares que posean armas de fuego quedan obligados á dar conocimiento de ello á la policía. Las personas provistas de una autorizacion del capitan de la ciudad son las únicas que tendrán derecho á poseer armas. Todo el que conserve un arma sin autorizacion, pagará multa de 500 rublos ó sufrirá una prision de seis meses y el arma quedará confiscada.

Es importante, en vista de estas medidas y de otras semejantes tomadas por el Gobierno imperial, sondar lo que dice la prensa extranjera más inmediata al teatro de esta combustion.

Varios periódicos alemanes, y especialmente el *Frendenblatt* y la *Deusche Zeetung*, censuran ese ukase. Este último periódico juzga que es imposible hallar un medio eficaz para contener la fermentacion que se agita en Rusia.

«Es preciso, dice, que la entermedad se abra paso. Así como los franceses del siglo pasado se prepararon á la revolucion de 1789 con la guerra de la independencia americana, así tambien el pueblo ruso, con la guerra emprendida para emancipar á los slavos de la Península de los Balkanes, ha preparado su 89 y acaso su 93.

La prensa austriaca habla todavía con libertad más franca. *El Tagblatt* de Viena inculpa al despotismo del estado social de Rusia.

«El pueblo, dice, obligado siempre á callar, acude á la conjuracion, y entonces el gobierno secreto es más poderoso que la tercera seccion de cancillería imperial.»

Una parte principal de la culpa de las tendencias del pueblo ruso á las conspiraciones es atribuida por *El Tagblatt* al sistema religioso que domina en el imperio, el cual produce tantas sectas secretas, en cuyo seno el pueblo agrendió á conjurarse y á exaltarse por las ideas de libertad que ahora trata erróneamente de conseguir por medio de la anarquía.

El mismo *Tagblatt* censura «las medidas extraordinarias» anunciadas por el Czar para reprimir la agitacion revolucionaria. Toda Euro-

pa, dice el colega vinense, reprueba y condena los principios de los nihilistas, pero en toda Europa reina el convencimiento de que Gorchakoff é Ignatieff con su política no pueden sanar los males del imperio, y que sólo una política prudente y liberal es el medio oportuno para desarmar los elementos revolucionarios.

Mas enérgico se muestra el *Pester Lloyd*, órgano oficioso del ministerio húngaro: ni siquiera admite que pueda compararse el atentado con los ocurridos en Berlin, Madrid y Nápoles. Estos fueron, en su sentir, actos debidos á socialistas ó á locos, mientras que en Rusia no es el socialismo quien arma la mano del asesino. «Eso que se llama nihilismo, prosigue el *Pester Lloyd*, no es otra cosa que la lucha para conseguir la libertad política é individual. El móvil no disculpa ni atenúa el atentado, pero á la larga el movimiento ruso no puede ser reprimido con la violencia: ó el Czar adopta un nuevo sistema, ó en Rusia estallará la revolucion más espantosa que ha visto Europa.»

No cree las cosas tan adelantadas el corresponsal del *Times* en San Petersburgo, ni cree que el llamado nihilismo tenga en Rusia el inmenso poder que se le atribuye; pero sí confiesa que el estado moral del imrio es bastante grave, y señala como posible remedio una política de concesiones y de conciliacion.

Realmente el sentido comun, la historia y la lógica dicen con bastante elocuencia, que no se puede promover una guerra para dar instituciones parlamentarias á la Bulgaria, y luego denegar estas mismas instituciones al pueblo, que para alcanzarlas para otros ha derramado su sangre y su dinero.

Es difícil, por otra parte, sustraer al pueblo ruso de la influencia que toda la Europa civilizada y parlamentaria ha de ejercer sobre un imperio gobernado por un régimen autocrático.

Se dijo de la monarquía de Luis XV que era una monarquía moderada por el epígrama; y más tarde, se ha dicho tambien que la Rusia es otra monarquía moderada por el asesinato; pero Francia del epígrama pasó á la revolucion, y Rusia podria evitarla, si los poderes públicos, al par que salvan la sociedad de tentativas criminales, establecen un régimen parlamentario en que los pueblos tengan la intervencion que les corresponde.

El Emperador ha dado pasos importantes en su camino, y la nobleza de su espíritu se agrandaría doblemente, si dominados los peligros del momento, espontánea y generosamente otorga unas franquicias que al fin y al cabo han de ser alcanzadas por la corriente de los sucesos.

J. FERRERAS.

26 de Abril de 1879.

NOTICIAS LITERARIAS.

HISTORIA POLÍTICA Y LITERARIA DE LOS TROVADORES

POR D. VÍCTOR BALAGUER.

Si en tiempos ya remotos mereció prez y renombre quien, embrazando el escudo y enristrando la lanza, salia al campo y luchaba noble y generosamente en defensa de la justicia hollada ó de la inocencia perseguida, poniendo al servicio de una causa honrada un brazo fuerte y un corazon valeroso, no merece, ciertamente, menor alabanza quien, en el presente siglo, sale á la palestra literaria, á conquistar para las obras de ingenios que pasaron el puesto glorioso que merecen, á pesar de los rigores del tiempo y de las injusticias del olvido.

Tal es, á nuestro juicio, el propósito que movió al Sr. Balaguer á escribir y publicar la obra cuyo título sirve de epígrafe á este modesto trabajo; propósito honrado, que tomando por auxiliares un criterio sano, una erudicion profunda y una laboriosidad sin ejemplo, condiciones que sobresalen entre las muchas buenas que al Sr. Balaguer adornan, se ha visto coronado de un éxito tan lisonjero para su autor, como provechoso á cuantos al estudio de las letras se dedican.

No es la obra que nos ocupa simplemente una *Antología Biográfica*, como la ha llamado un ilustrado crítico: y aunque pudiera ser fundado su aserto, si se tomára la palabra *antología* en su sentido rigurosamente etimológico—de *antho*, flor, y *logo*, conocimiento, estudio ó clasificacion—y considerando la rica y vária coleccion de flores del ingenio que avaloran aquel precioso ramillete, formado con esquisito acierto, ni juzgaríamos atinadamente la obra en cuestion, ni medíríamos con exacitud la legítima influencia que ha de tener en el estudio del desenvolvimiento histórico y literario del Mediodía de Europa, si viéramos en ella un trabajo, aunque ímprobo y loable, limitado sólo á formar la biografía de los trovadores provenzales, con datos arrancados al olvido y buscados con heróica paciencia en los distintos lugares donde el tiempo y las vicisitudes de los pueblos los habian dividido y desparramado.

La obra que el Sr. Balaguer intitula en su modestia *Historia política y*

literaria de los Trovadores, no es simplemente una coleccion de biografías ni un juicio crítico de las obras de aquellos ingenios, cuyas poesías, genéricamente hablando, tuvieron tan directa influencia donde quiera que resonaron; es la historia de dos siglos, fecundos en revueltas y en luchas intestinas, en implacables ódios y en amorosas aventuras, en formaciones de nacionalidades y desmembramientos de otras, en guerras y discordias que, partiendo de un estrecho recinto, conmovian al mundo, como la idea que sale del cerebro aguija la voluntad y determina el movimiento del individuo: aquel libro es, en una palabra, la historia del plazo que se cuenta desde los primeros años del siglo XII, ó union de la Provenza al Condado de Barcelona, por el enlace de Berenguer *el Grande* con Dulce, ó Dulcia, hasta las postrimerías del siglo XIII y absorcion de los Condados independientes del Mediodía por la corona de Francia, despues de la cruzada contra los albigenses y el establecimiento de la Inquisicion, y de las terribles escenas de sangre y esterminio de que fué falso pretexto un mentido sentimiento religioso.

Cierto es que en el libro que examinamos se presentan al públito conocimiento, y bien pudiéramos decir á la pública admiracion, numeradas y coleccionadas, biografías incompletas hasta ahora las unas, confusas y equivocadas las otras, y nunca conocidas las más ni aún de los que con más interés han estudiado aquella literatura, muerta durante muchos siglos y que hoy acusa los primeros vagidos de una nueva vida, recobrada al calor de sus pocos aunque entusiastas amadores. No es ménos cierto, sin embargo, que al exhumar el Sr. Balaguer de entre el polvo de un inmerecido abandono tanto nombre ilustre y tanto precioso dato, no se ha contentado con que desfile ante nuestros ojos el lucido escuadron de los poetas provenzales con el sólo atavío de las obras que su ingénio produjo, sino que nos ha hecho ver á un tiempo mismo sus extrañas costumbres, sus historias galantes, sus pactos de amistad, sus encadenamientos amorosos, y los celos que sintieron ó despertaron, las luchas en que tomaron parte, las guerras en que fueron soldados ó campeones, los rencores que atizaron con sus cantos, las contiendas políticas que suscitaron y mantuvieron, y hasta las sábias reglas á que ajustaban su inspiracion al producir aquellas *tensiones* y aquellos *serventesios*, más poderosos y temibles muchas veces que el hierro de la lanza del guerrero.

Para comprender con exactitud la razon de nuestras afirmaciones, precisa fijar una cuidadosa atencion sobre el verdadero carácter de los trovadores, tipo perdido hace muchos siglos, tenido por el vulgo como creacion fabulosa de poetas y novelistas, y hasta mal comprendido y apreciado por los que han dado fe á su existencia como á un hecho real é induvitable.

Con frecuencia se ha confundido al juglar con el trovador, dando idéntica significacion á estas palabras; y no faltaron ciertamente trovadores que se llamaron juglares á sí mismos, incurriendo en dicha confusion, como no faltó tampoco quien se quejara de ella en versos amargos y sentidos. Entre los trovadores y los juglares existian las mismas diferencias que hoy existen entre el autor de una obra dramática ó musical, y el actor ó cantor que la declama ó ejecuta; y aunque con frecuencia se daba el caso de autores que cantaban sus propios *serventesios ó descorts*, haciéndose ellos mismos intérpretes de los enconados tiros que á los reyes y señores, sus enemigos, dirigian, ó de las quejas y jactancias que los celos ó el amor correspondido les inspiraban, no por eso ha de considerarse esta duplicidad de funciones como dato que justifique en absoluto la confusion que hemos rechazado.

El juglar era el vagabundo errante que dejaba su hogar para correr pueblos y ciudades, ora repitiendo de plaza en plaza cantares recogidos de la tradicion y gratos al oido del pueblo, ora constituyéndose en eco voluntario de las obras de autores ya famosos, ora asalariado por los que en el arrebato del amor servian á sus damas estendiendo por tan extraño medio, entonces muy en uso, la fama de la belleza y perfecciones que las adornaban, ora en

fin, haciéndose intérprete audaz de los enconos personales, de las contiendas políticas, y propalando injurias, despertando ódios y predicando alianzas y guerras, corria siempre en busca de auditorio más ó ménos ilustre, tras el olor de la fiesta, siendo el testigo obligado de públicos ó particulares regocijos, formando con el séquito de las córtes, y fiando á sus canciones el cuidado de proporcionarle ropas con qué adornarse, á veces honores con qué investirse ó dinero con que enriquecerse, y siempre un plato en la mesa y un rincon en el hogar ageno. No limitaba, sin embargo, su habilidad al canto, ni era siempre esta profesion la que le distinguia, y desde el juglar de humilde estofa, que mendigaba cantando quizás viles y obscenos romances, hasta el que constituia de sus funciones una decorosa profesion, honrada muchas veces por el favor de los nobles y monarcas, pueden sin duda establecerse diferentes gerarquías, que empezando en el bufon envilecido, acaba en el trovador juglar, al lado de los reyes, entre sus consejeros y favoritos, ó acaso en los reyes mismos, que se honraron añadiendo á su corona el preciado laurel del poeta.

Así vemos á los juglares unas veces jugar con muñecos al modo que hoy suele practicarse por los jugadores de polichinelas, y hacer títeres arrastrándose por el suelo con grosero desenfado ó dando volteretas con rara habilidad; otras dar pruebas de singular destreza con cuchillos y otros objetos, pasar por entre cercos y aros, saltar, danzar y convertirse en verdaderos saltimbanquis, acompañando con gestos y chocarrerías sus ejercicios; otras tañer y tocar diferentes instrumentos, la viola, el arpa, la flauta, el pífano, la dulzaina, la gaita, el caramillo, el tamboril, la bandurria, el manucordio ó el salterio; otras acordar varios de éstos para formar una música sola; otras acompañar al que canta, y otras en fin, acompañarse, con música propia ó agena, canciones debidas á su ingénio ó aprendidas y tomadas de otros juglares ó de los trovadores.

Allí donde el noble celebra el natalicio de su primogénito, convocando á la multitud para hartarla con los despilfarros de su alegría, sirviéndola abundantes viandas y arrojándola puñados de monedas; allí donde el sacerdote consagra la union de dos séres, unidos ya por los lazos del amor, para que sean fecundo tronco de una larga progénie; allí donde el sentimiento religioso reune á los pueblos á derramar oraciones y ofrendas en el santuario de una vírgen ó en el sepulcro de un mártir; allí donde un bando vencedor celebra su victoria engalanándose con los despojos del vencido, y aun allí donde el perdidoso acusa de insensata á la fortuna, que negó el triunfo á la fuerza de su brazo, al valor de su pecho y á la justicia de su causa, allí se hallaban los juglares, allí acudian en tropel á predecir una vida de dichas y honores junto á la cuna del infante, á arrojar sobre el velo de la desposada las flores de su ingénio, augurándola placeres sin medida, á reanimar la fé y el entusiasmo de los creyentes refiriendo virtudes ó milagros, á pregonar el valor heróico de los vencedores, ó á levantar, por último, el ánimo de los vencidos, prediciéndoles pronta vindicacion y más próspera fortuna.

Entre tanto, los trovadores vivian en sus castillos, cuando, como solia acontecer, pertenecian á la nobleza y poseian tierras y Estados; al lado de sus damas y pregonando las gracias de estas como el único yugo á que podian someter su cuello, cuando habian consagrado su existencia al servicio del amor; en los palacios de los nobles ó de los príncipes, si formando entre la alta servidumbre de estos, los halagaban con sus canciones amorosas ó eran con sus serventesios la mejor defensa contra sus enemigos y el más fuerte ariete contra sus contrarios. Aventureros tambien las más veces, ó corrian de un lugar á otro buscando raudales de inspiracion en el bullicio de los palacios ó en los espectáculos de la naturaleza, ó seguian los bandos guerreros que de nacion á nacion ó de noble á noble se combatian con implacable saña, manejando ora la espada, ora la pluma, y contrastando muchas veces su ternura en la poesía, con su arrojo y valor en la pelea.

Si el amor era el objeto principal de sus cantos, como lo ha sido siempre y en todos los países, lo cual hizo dar á su arte poética el expresivo nombre de *Leys d'amor*, haciendo sinónimos amor y poesía, no desdeñaban por eso emplear su ingénio en otros asuntos, si no tan altos y tiernos, no ménos dignos de atencion por eso ni ménos trascendentales, sirviéndose á la vez de un estilo propio y adecuado para cada uno de los temas que se proponian. Con el verso (*vers*) trataban de moral, alababan, reprendian, amonestaban ó vituperaban vicios ó costumbres perniciosas, corrigiendo de este modo preocupaciones comunes ó defectos particulares: con la cancion, (*cansó*) cantaban el amor y la gentileza en términos dulces y levantados, y con el *descort* las quejas inspiradas en el desden ó el olvido: con la *tension* controvertian sobre temas variados, ya sobre la mayor nobleza de este ó aquel príncipe, ya sobre la más perfecta hermosura de esta ó aquella dama, ó bien se dirigian diatrivas tan enconadas como no puede hoy comprenderlas la severidad de nuestras costumbres: con el *planch* expresaban el profundo dolor ocasionado por la muerte de la persona amada, la ruina de la ciudad predilecta, la derrota del bando amigo, ó la pérdida de la nacionalidad heróicamente defendida. Pregonaban los encantos del amor y de la naturaleza en tierno maridaje con la dulce *pastorella*, con la *albada* la venida del dia y el hermoso despertar de las flores y los pájaros, á engalanar la tierra con perfumes y canciones, con la *serena* las sombras de la noche, discreta confidente y testigo de amores que el egoismo ó los celos no dejaban ostentarse al fulgor de la luz meridiana; y últimamente con la *pervicana*, la *balada*, el *escondig*, la *fábula*, los *essenhames*, las *epístolas*, los *romans*, y tantas otras composiciones de enojosa enumeracion, todos los demás asuntos que cabian en la fecunda inspiracion de su inagotable ingénio.

Una clase de composiciones y un género de poesía se cultivaba entre los trovadores, que de propósito hemos omitido en el catálogo que precede, y que tenido en menosprecio por aquellos mismos es digno de singular atencion, porque ostentando un sello de indisputable originalidad, presta carácter á la literatura de aquel tiempo, dando cabal idea de las costumbres, y sirviendo de eficaz auxilio para averiguaciones históricas de no pequeña importancia: nos referimos al *serventesio*, considerado en su objeto, y no en su forma, que puede fácilmente confundirse con el verso ó la cancion en la medida ó en el canto.

En todos tiempos y en todos los países ha habido poetas que canten la destruccion y la guerra, las conquistas de unos pueblos y la ruina de otros, la naturaleza en su encantadora calma ó en sus imponentes convulsiones, la ciencia, la moral, la religion, y últimamente el amor, esa religion de todos los pueblos, que tiene apóstoles, altares y sacerdotes, en el espacio, en la tierra y en los mares, donde quiera que hay una molécula que se informa, una planta que crece, un sér que vive ó un corazon que siente. Lo que no hemos hallado en ningun pueblo ni en ningun país ha sido un género de poesía como el que nos ocupa, ni más audaz, ni más valiente, ni de formas más descarnadas y atrevidas.

No es el *serventesio* la crítica mordaz y sañuda, no es la sátira punzante y enconada, no es el pasquin esvergonzado y sangriento: no es el epigrama ni la diatriva, ni la filípica, ni el apóstrofe; y si en su fondo participa de la índole de todos esos medios con que el ingenio ha expresado su maledicencia, sus justos enojos ó sus inmotivados rencores, en su forma los supera á todos, los sobrepuja en audacia y en arrogante valentía. Por que no se hacia para fiarlo á las tablas ó al papel, ni para que la luz del dia lo acusara allí donde lo habia depositado una mano cobarde durante la oscuridad de la noche; se componia para ser cantado de pueblo en pueblo, de castillo en castillo, en la plaza pública, en el campo guerrero, en la romería, en la fiesta, en el mercado, donde quiera que habia un auditorio, donde quiera que podia hallar un eco simpático el asunto á que se dedicaba. Ya un amante feliz pre-

gona por su medio su victoria sobre sus rivales, proporcionando así á la satisfaccion del amor la adeala de la vanidad; ya un amante desdeñado hace públicos los defectos de su vencedor y propala sus vicios y sus desmanes, curando con el bálsamo de la venganza las heridas que el desden le ha ocasionado. En este se celebra la victoria alcanzada por un príncipe amigo, en el otro se vitupera la traicion que ha proporcionado al vencedor su vergonzoso triunfo. En este se concitan unos monarcas contra otros y unos pueblos contra sus amigos ó aliados; en aquél se siembran rencores entre los individuos de una misma familia. Ya se pide auxilio y proteccion á un guerrero ó á un rey contra un ambicioso, ó un depredador, ó un tirano; ya se predican guerras y asolaciones y matanzas; pero todos estos cantos van á resonar, adornados con los actractivos de la música, lo mismo en el oido de aquel en cuyo elogio ó defensa se han compuesto, que en el del otro cuyo vituperio pregonan, ó cuyo mal se proponen: son la amenaza ó la provocacion lanzados al rostro; amenaza y provocacion celebradas por el público, y soportadas y sufridas por los que, prontos á desnudar su espada ante cualquiera ofensa, doblaban la orgullosa frente ante el serventesio del trovador.

Al llamar Villemain á la poesía provenzal *la libertad de la prensa de los tiempos feudales*, sin duda que concibió tan afortunada frase leyendo aquellos serventesios, cuyos autores parecen ser los verdaderos periodistas de aquel tiempo, no encadenados como los del desventurado siglo actual á tanta ley insensata como han desplegado con irritante lujo nuestros celosos gobiernos, sino abandonados á su criterio, y dueños de una libertad que acaso, y si acaso, tocó en los últimos límites de la licencia. Lo más alto, lo más grande, lo más santo, caia bajo los límites juridicionales del ingenio, si revestian sus ataques las bellas formas de la poesía y el canto; y adoptando arrogante vuelo de águila, lo mismo se posaba la censura sobre la corona del rey que sobre la tiara del Papa, si el trono ó la tiara la habian provocado con sus injusticias. Pero en medio de esa libertad, á veces licenciosa y muchas veces justificada en los desmanes y errores que combatian, aquellos serventesios se inspiran siempre en el santo amor de la patria, las más veces en el sentimiento de la más estricta justicia, y siempre en los principios de libertad, de independencia y de gloria, que con rarísimas escepciones forman el generoso ideal del génio. Así vemos predicar con ellos las cruzadas de Ultramar y las dirigidas contra los moros de España; llamar en auxilio del desdichado conde de Tolosa al glorioso monarca D. Pedro de Aragon; producir y celebrar las más grandes epopeyas de aquellos dos siglos, el XII y el XIII, tan fecundos en guerras y en reformas, y no tener, en fin, más que acentos de independencia y de venganza, cuando los franceses, nuevos *bárbaros del Norte*, se disponian á arrojarse sobre la fértil Provenza, para pasarla á sangre y á fuego, tomando por pretexto la cruzada contra los albigenses, y escudando con el santo nombre de la Religion la matanza y la rapiña.

Cierto que puede acusarse al serventesio de haber hecho siempre al clero el tema inagotable de sus ataques, arrojando contra él todas las iras y todo el encono de los poetas; pero esta acusacion se embota á medias contra la generalidad de esta opinion en aquel tiempo, que ya arguye un principio de justicia, y acaba de destruirse totalmente viendo en el espejo de la historia, en donde el tiempo sólo ha dejado la verdad desapasionada, cómo el clero justificaba las más severas censuras con sus malas costumbres, en las que, en medio de vicios más veniales, sobresalian la molicie, el lujo y el amor de los placeres más bajos y deshonestos. Por eso cantaba con razon Guillermo de Moutagnagout: «Si Dios salva á los que comen bien y huelgan mejor y «tienen más mujeres, seguros pueden estar de ir en vía recta al Paraíso los «Monjes negros y los Monjes blancos, los Templarios, los Hospitalarios y «los Canónigos, mientras que San Pedro y San Andrés se lamentarán más «de una vez haber sufrido tantos martirios y tormentos por un Paraíso que «es tan fácil de ganar á los otros.»

***

Diseñado á grandes rasgos, y ciertamente no con entera competencia, el objeto que ha servido al Sr. Balaguer de asunto para su precioso trabajo, aún falta, para que conozcamos toda la importancia y el valor de éste, que fijemos la atencion en el teatro en que los trovadores se desenvuelven, en la época en que viven y en las vicisitudes políticas por que atraviesan, datos sin los cuales no podria formarse acabado juicio del espíritu que encarna aquella literatura, tan injustamente perdida como justamente llorada.

La Provenza, cuna de los trovadores, se componia de las tierras que hoy forman los departamentos de Vauclusse, Bajos Alpes, Bocas del Ródano y Var, en la region del Sudeste de Francia; y ciertamente que ninguna mejor cuna pudo jamás elegir la poesía, que aquellos fértiles valles, aquellas llanuras y aquellas accidentadas montañas, llenas de vergeles, surcadas por cascadas y torrentes, cubiertas por un cielo sin nubes, y cuya hermosura y fertilidad se hallaba limitada como por una triple cadena, por las aguas caudalosas del dilatado Ródano, por las auras perfumadas del risueño Mediterráneo, y por las nieves nunca hailadas de los gigantescos Alpes.

Mas no estaba limitado á esta sola region el cultivo de la literatura provenzal: sentimientos análogos y tendencias y aspiraciones idénticas habian hecho aquel idioma comun al ducado de Aquitania, y á los condados de Auvernia, Rodez, Tolosa, Provenza, Viena y el Rosellon, independientes y libres entonces, pudiendo señalar como verdadera patria de la llamada lengua *vulgar ó romana* cuanto se extiende desde el Loire hasta el Ebro, comprendiendo la cuenca Pirenáica, y desde Tortosa, frontera de los dominios árabes en España, hasta la risueña Génova.

Tan cierto es que la civilizacion es y ha sido siempre el lazo más poderoso de los pueblos, que mientras hácia el Mediodía se operaba el fenómeno antes señalado, hácia el Norte permanecian sin ninguna relacion con aquellos Estados, la Normandía y la Bretaña y los condados de Champagne y Anjou, dominios de los herederos de Carlo-Magno, considerados como bárbaros por los que despues habian de venir, merced á la brutal ley de la guerra, á formar con ellos la nacionalidad francesa.

Hija de la descomposicion de la lengua latina, y compuesta á su vez de las antiguas lenguas de cada país y de las adiciones con que habian venido á enriquecerlas las invasiones de otros pueblos, entre ellos los godos y los árabes, la lengua llamada *romano provenzal*, *catalano-provenzal*, *romanizada*, *lemosina ó lengua de oc*, que nosotros llamaremos en adelante y siguiendo la general costumbre, *provenzal*, vino á ser la lengua de aquellos pueblos, rica, fluida, armoniosa y propia para expresar todos los afectos. Y como quiera que allí donde la civilizacion destella sus fulgores, donde el suelo es fértil, rico el comercio y azul y puro el cielo, sienten los hombres necesidad de cultivar las letras y de cantar por medio del lenguaje sublime de la poesía los bienes que poseen, allí la poesía nació y floreció con la rapidez que debia determinar la riqueza y profusion de los medios con que contaba, llegando á su mayor grado de explendor en la época antes señalada del enlace de Berenger *el Grande*, conde de Barcelona, con Dulce, heredera del condado oriental de Provenza.

Las costumbres contribuyeron eficazmente al desarrollo de la poesía: la galantería, en la acepcion más genuina de esta palabra, se hallaba en su apogeo; el amor se habia convertido en un verdadero dios á quien rendian adoracion y culto las almas más cristianas: la mujer, redimida de su antigua esclavitud, habia sido colocada por el hombre en el primer lugar en las sociedades, constituyendo la fuente de toda inspiracion y el impulsor de toda grande obra: si el poeta debia tener y tenia siempre una dama, siquiera fuera ingrata y desdeñosa, á quien consagrar el fruto de su inspiracion, el guerrero tenia otra, cuyos colores le servian de enseña, que le ceñia la banda al ir á Tierra Santa, que le animaba contra el bando enemigo, y cuyo nombre, unido al de Dios, era, al calarse la bisera y al enristrar la lanza, su grito

de pelea. Se amaba por la necesidad del espíritu: se peleaba por la necesidad de la vida. Sin el amor, aquellas almas ardientes y aquellas imaginaciones volcánicas hubieran carecido de su verdadero pasto; sin la guerra, el más audaz de los señores feudales hubiera absorbido los Estados de los otros, ó los de todos el más fuerte de los príncipes: por esto se amaba y se guerreaba á un tiempo, consagrando á la poesía, lenguaje genuino del amor, los ratos de vagar ó de descanso que las frecuentes contiendas permitian.

Aquel amor, que no dejó por cierto de tener accidentes terrenos y colores de nefando crímen, tuvo, sin embargo, caractéres que hoy no pueden comprenderse, dadas nuestras modernas costumbres. El matrimonio de la mujer amada con otro hombre, de alta á baja condicion, no era impedimento del amor, ni este ofendia anteriores lazos; y más de una vez el noble castellano se honró permitiendo á tal poeta hacer de su propia esposa la señora de sus pensamientos y pregonar su nombre en sus cantares, considerando el hecho prenda de distincion, y prestándole un asentimiento de que acaso tuvo más tarde que avergonzarse y arrepentirse.

Aparte de esto, bastará presentar, siquiera sea en índice brevísimo, todos los acontecimientos políticos que tuvieron lugar en aquel plazo de dos siglos, trascurrido desde el explendor de la poesía provenzal hasta su muerte, para comprender cuánto debieron aquellos influir en el modo de ser de la Provenza y en el carácter de sus trovadores.

La conquista de Jerusalen y redencion del Santo Sepulcro preocupaba á los pueblos cristianos desde las predicaciones de Pedro el Ermitaño. Desmanes de los cruzados habian hecho infructuosas las expediciones intentadas de los lorenos, ingleses, flamencos y alemanes, hasta que Hugo el Grande, Godofredo de Bouillon, Roberto de Normandía, Raimundo de Tolosa, Roberto de Flandes, y otros muchos nobles y caballeros, partiendo de Francia y unidos en Italia con Bohemundo de Tarento y Tancredo, entran en Bithinia, rinden á Nicea, prosiguen hácia la Siria, vencen á los turcos en Dorylea, llegan á la Mesopotamia, se hacen dueños de Edesa, toman á Antioquía y se apoderan de Jerusalen, venciendo segunda vez al ejército de Kilidge-Arslan, para perderla cerca de un siglo más tarde, cuando en la batalla de Tiberiades ceden las armas cristianas, más á los propios desmanes, á las discordias que las dividian y á los vicios que las enervaban, que al esfuerzo del feroz Saladino.

Las cruzadas se repiten con vario suceso hasta el número de siete, y en todas ellas los que no vienen cargados de lauros y tesoros, traen una ciencia, un arte nuevo, un objeto útil y desconocido, con que enriquecer á los pueblos de donde partieron.

Entre tanto la Europa bulle y se revuelve en contínuas convulsiones: en Alemania, Henrique V despoja á su padre de la corona, se apodera del Papa Pascual II, á quien arrebata sus preeminencias, hace huir á su sucesor en el Pontificado y nombra un anti-papa, hasta que cede al fin de sus usurpaciones ante el Concilio de Letran: nacen las contiendas entre Güelfos y Gibelinos, llamadas á tener en constante alarma á la Alemania: Barbarroja abandona sus Estados para hallar en el Oriente la gloria, y la muerte en el rio Cidno: Henrique VI prende inícuamente á Ricardo, *corazon de Leon*, y paga más tarde sus tropelías muriendo envenenado á manos de su propia mujer: se promueven las sangrientas guerras entre Felipe y Othon: se verifican nuevas cruzadas impuestas por el Papa Inocencio III: se forma la gran confederacion de las ciudades anseáticas, y se multiplican las contiendas y las violencias, hasta que al espirar el siglo XIII, Henrique VII sube al trono de donde el asesinato habia arrojado á Alberto I.

En Inglaterra empieza con el duque de Anjou la raza de los Plantagenetos, que gobiernan aquellos Estados cerca de tres siglos: Henrique II hereda de su madre Matilde cuantiosas tierras en Francia, invadidas más tarde por Felipe Augusto: herencia que hace por algunos siglos casi comun la historia de ambas naciones.

En Francia repudia Luis VII á su esposa Leonor de Aquitania, que, casada más tarde con Henrique II de Inglaterra, le lleva sus Estados para aumentar sus herencias en la Champagne y Normandía, de las que Felipe Augusto se apodera con Anjou, Maine, Turena y casi todo el Poitou: Luis VIII, su hijo, empieza la guerra contra los albigenses del Mediodía, terminada en tiempo de Clemente V: Felipe III se apodera del Condado de Tolosa, vuelve sus armas contra el rey de Aragon, que protegia á los sicilianos, ocurridas las célebres *vísperas*, y por su muerte y enlace de su hijo y sucesor Felipe IV con doña Juana de Navarra, queda unido este reino á la corona de Francia.

En España ocurre en dicha época la separacion de la Navarra de Aragon, la union de este reino al condado de Barcelona por el enlace de Petronila, hija de Ramiro II, con Ramon V, la formacion del reino de Portugal, y más tarde la union de la Provenza á aquellos Estados estendidos despues á Valencia y las Islas Baleares por las proezas de D. Jaime el Conquistador, y aumentados luego, por el matrimonio de Pedro el Grande con Constanza, hija de Manfredo, con los reinos de Sicilia y Jerusalen, que pasaron de este modo á ser parte de la corona de Aragon. Y mientras esto ocurre en nuestra península, dominada por los árabes en gran parte de su territorio, la Italia se halla dividida en infinitos Estados, y dominada en su parte Norte por las poderosas casas feudales de los Este, los Montferrat y los Malespina.

¿Podrá nadie dudar de la influencia que habian de ejercer los hechos históricos que brevemente hemos enumerado, en aquella Provenza, de límites variables por su territorio, pero ligada por mil conceptos á Alemania, á Inglaterra, á Francia, á España y á Italia, en cuyas guerras tomó parte, cuyas vicisitudes siguió, y cuyos intereses eran nada ménos que sus intereses propios? Precisamente por que así sucedia nos hemos permitido hacer esta ligera digresion, convencidos de que no puede comprenderse todo el interés que tiene y todo el valor que alcanza la obra que nos ocupa, si no se tiene en cuenta la época en que vivieron esos trovadores, cuyas historias peregrinas nos encantan, trasladándonos á tiempos mal conocidos de las modernas generaciones, gracias á las exageraciones con que velaron la verdad los autores de libros de caballerías, que á aquella época y costumbres se refieren.

En cuanto á los acontecimientos históricos de la Provenza durante aquellos siglos hasta su absorcion por las coronas de Francia y Roma, necesitaríamos para relatarlos, siquiera fuera con suma rapidez, más espacio del que nos ofrece la índole de este humilde trabajo nuestro. Bástanos, sin embargo, indicar de qué modo unidos el sentimiento religioso y político, y siendo el primero pretexto para los franceses, y el segundo defensa legítima de los provenzales, produjeron aquella grandiosa epopeya de deplorable término, que empezada por Luis VIII concluye con la muerte de la independencia provenzal.

Franceses y provenzales se profesaban ese ódio recíproco que existe siempre entre un pueblo civilizado y otro bárbaro, que viven en enojosa vecindad, cuando la tradicion ó el capricho hacen de la espada del uno un obstáculo contra la civilizacion del otro.

Mientras en el Norte la espada lo era todo, en el Mediodia se la arrojaba terminada la lucha, y cuando la necesidad no aguzaba su punta, para estudiar la antigüedad y la elocuencia, la poesía, la historia, la filosofía y las letras en general, extendidas en Europa por los sábios del imperio griego que habian dispersado las invasiones de los turcos: para acudir á los *Puis d'amor* y públicos certámenes donde el ingénio se adomaba de valiosos laureles; para vivir del amor, que allí era el culto de la vida, y sin el cual nada era respetable, ni grande, ni valedero.

Los cruzados provenzales que engrosaron en gran número las distintas expediciones que partian á Tierra Santa, tuvieron ocasion de ver á su paso

por Roma la depravacion de las costumbres, la insidiosa política, el sórdido interés y la avaricia insaciable que domidaba en el Estado pontificio, y esto hizo que, desapareciendo la supersticion y el fanatismo, perdiera la autoridad papal el prestigio de que hasta entonces habia gozado. Añádase á esto las depredaciones y abusos del clero, que disputaba á los nobles y señores su legítimo poder y señorío, y se hallará el orígen de la secta de los albigenses, que dirigidos por Rogerio, conde de Albi, y apoyados por Raimundo, conde de Tolosa, se extendieron por el Languedoc, y que, como los valdenses y otros, negaban al Pontífice una potestad que debiendo fundarse sobre la virtud y la severidad de costumbres, debia cesar tambien cuando le faltaban sus legítimos fundamentos.

Necesitaba la Francia septentrional un pretexto para llevar al Mediodía la guerra y el exterminio, y lo halló en esta diferencia de creencias religiosas. Los Concilios de Letran y de Viena condenaron la heregía de los albigenses; se predicaron cruzadas contra estos; las naciones se a zaron en masa, invocando la salvacion de la Iglesia y el nombre de Dios para combatir al Mediodía, mientras en Jerusalem yacía en poder de los turcos el sepulcro del Mesías, y mientras en la mayor parte de España lucia triunfante la enseña de Mahoma, y Francia emprendió con extraño auxilio una guerra en que luchaba por hacer presa de las opulentas y ricas castellanías provenzales, á la vez que Provenza por defender su propia independencia contra la tiranía.

Léanse en las historias de aquellos tiempos todas las iniquidades, todas las rapiñas, todos los actos de verdadero vandalismo cometidos por los invasores, y á veces imitados por los invadidos en justa represalia, y ciertamente que ante la verdad de la narracion pareceria pálido el cuadro que pudiéramos presentar de tanta sangre y tantos horrores.

Los mensajeros del Papa y las huestes guerreras encontraron siempre un poderoso obstáculo en los trovadores: su inteligencia, su popularidad, su amor á la libertad del pensamiento y su ódio implacable al fanatismo, les convirtieron en verdaderos apóstoles de la independencia y libertad de Provenza, y con sus *serventesios* enardecian al guerrero en las batallas, y hacian al pueblo indiferente y sordo á las predicaciones de los legados pontificios.

La vergonzosa debilidad del pusilánime Ramon VI, el inútil arrojo de los habitantes de Beziers, la muerte de D. Pedro de Aragon en Muret, la derrota de Ramon VII, el establecimiento de la Inquisicion y otra infinidad de circunstancias de enumeracion enojosa hicieron que al cabo el triunfo del Norte fuera definitivo; y ante este verdadero azote, y entre aquellas terribles escenas de sangre y de venganza, desaparecieron los trovadores, refugiándose en Cataluña, Aragon ó Castilla, y acabó con su desaparicion el doble papel político y social representado hasta entónces por ellos en el Mediodía.

Unanse, pues, como datos necesarios, todos los que se refieren á la historia de aquellos dos siglos, al suelo provenzal, á las contiendas internacionales, y á las costumbres de aquella sociedad, donde el génio hallaba francas todas las puertas, donde la superioridad del amante era un padron de vergüenza para la armada, y donde Bonificio Calvo, el proscrito, llega á ser privado de Alfonso el Sábio, Elías Curiel, el aprendiz de platero, el embajador de los más altos personajes de su época, y últimamente, donde Bernardo de Ventadorn, el prototipo del poeta amoroso de aquella edad, hijo de un fogonero del Castillo de Ventadorn, alcanza á ser el amante de Inés de Montluzó, su señora, y despues el de Leonor de Aquitania, esposa de dos reyes y madre de Ricardo *Corazon de leon*; y con estos antecedentes es como podrá juzgarse toda la trascendencia de la obra que nos ocupa, y todo el acierto con que el Sr. Balaguer ha sabido darle comienzo y feliz término.

***

Analizando ahora por partes la *Historia política y literaria de los Trovadores*, veremos con exactitud si algo sobra en ella que hubiera podido excusar el autor, ó si falta algo que necesario sea al exacto conocimiento de la época, el tipo ó los personajes á que aquella se refiere.

El autor empieza presentándonos á los trovadores, cuya historia quiere hacernos conocer; pero no ofrece á nuestras miradas un retrato inmóvil y mudo, sino que despues de emplear en él colores de rigurosa verdad y precision, le presta voz y movimiento; le hace levantarse y vivir en aquella hermosa Provenza, cuna de la literatura moderna, recogiendo los últimos restos de la civilizacion romana,—(despues de aquella gran catástrofe en que las luces se extinguieron al impulso de la invasion germánica,)—para reanimar con ellos la luz radiante de las artes y de las letras, de la libertad y de la justicia, produciendo la revolucion del espíritu que habia de llamar á las puertas de la Europa bárbara para ofrecerla su regeneracion. Apóstoles de la inteligencia, los trovadores la hacen brotar de en medio de las tinieblas producidas por el error y la anarquía; y la visten con la enseña de la independencia, cuando todo respira opresion y avasallamiento; la expresan con el lenguaje de la pátria, cuando los bárbaros invasores imponen el suyo como un sello de dominio á los pueblos que invaden; la hacen dirigirse al sentimiento y hablar al corazon, cuando mudas todas las lenguas y cohibida la razon, no resuena en la tierra otro acento que el golpear de la espada del vencedor sobre el casco de hierro del vencido. El efecto producido por aquellos cantos, compuestos por tales móviles y con tan dulce lenguaje, fué tan maravilloso como natural y obligado; el espíritu se dejó seducir por aquellos sones simpáticos, y en alas del entusiasmo y hallando eficaz concurso en el ejemplo, la poesía provenzal verificó á su vez sus invasiones, dilatando sus dominios á merced del amor de sus adeptos.

Allí se ven, pues, los trovadores, y lo repetimos de nuevo, se ven animados del soplo de la vida, en toda la extension en que se desenvolvian y donde su voz era tenida como el eco más genuino de la cultura: se les halla siguiendo los grandes acontecimientos políticos con ese paralelismo que existe siempre entre estos y el desarrollo del movimiento literario de los pueblos; influyendo con sus cantos en los sentimientos de las muchedumbres y en las determinaciones de la opinion, á la vez que influian con sus consejos en los hechos de los grandes y de los príncipes; siendo unas veces recreo de sus oyentes, cuando la naturaleza y el amor les inspiraban, y otras terror de los contrarios y apóstoles de los amigos, cuando predicaban esterminio y matanza en nombre de la pátria independencia.

Dada esta influencia, á todas luces legítima y justificada, es claro que en el cuadro que del trovador se nos presenta, han de descollar al lado de tan simpática figura, y entre otros detalles, no por ser menores indignos de ser conocidos, las costumbres de la época y los hechos históricos acontecidos en ella; y ocurre esto de tal modo, así en el verdadero proemio de la obra que ocupa casi la totalidad del tomo primero, como en las biografías que siguen hasta su terminacion, que siendo cada una de estas tres grandes partes complemento de las otras, dan como resultado, por su union, un todo tan completo y acabado que nada deja que desear para el conocimiento de los trovadores, de las costumbres y de la historia de la época en que florecieron.

Cualquiera que lea en la obra que nos ocupa la parte que dedica su auautor á los *Trovadores*, habrá aprendido la historia de la Provenza, con tanta más razon cuanto que no se le ofrece una narracion severa y descarnada, sino una historia á veces tierna y sentimental, á veces terrible y trágica, llena de interesantes peripecias, donde alternan el suspiro del alma apasionada y el rugido de la nacionalidad herida, y que en sus postrimerías ofrece á la atencion pública reunidos en Tolosa á los amantes hijos de Provenza, instituyendo los *Juegos florales* (1) y dedicando á su antigua pátria

(1) Los que deseen adquirir perfecto conocimiento de esta institucion pueden acudir al erudito

la ofrenda del cultivo de su lengua, anhelosos de conservar siquiera en élla el dulce y triste recuerdo de pasadas glorias.

Dante, al presentar en su *Infierno* las almas de los que lo habitan, las hace referir su propia historia, y ciertamente que ninguna parte de su inmortal poema es tan interesante como esta en que la pasion confiesa sus liviandades, la avaricia su sordidez y el crímen sus horrores: nosotros hemos hallado efecto parecido en la historia que nos ocupa, y mucho más en aquella parte que se roza con los acontecimientos políticos.

Ya es la *Cancion de la Cruzada*, quien contando el infortunio del conde de Tolosa y ponderando su avasallado poder, dice:

"*Que non es en est mon nulhs hom tan poderós*
que mi pogués destrucre si la Glezia non fos." (1)

Ya es Aimeric de Peguilhá, el que irritado contra los barones provenzales dóciles al yugo de los tiranos, prorumpe con acento de amarga sátira:

¡Ai nalestrucs de leutat é d'onransa!
¿Qué 'us faran mais vila ni castel fort?
S'est del Francés, que per dreg ni per tort,
no auzerets por tar escut ni lauza. (2)

Ya es Durán de Paernas quien exclama:

Non crei que'ls Francés ses deman
tengan lo deseretge fan
á for e mant baron pesan... (3)

Ya es Pedro Cardinal quien grita con valeroso acento:

Coms Raymon, ducx de Narbona,
marqués de Proensa,
vostra valor es tan bona
que tot lo mon gensa... (4)

Ya es, en fin, Sicars de Marjevols quien, lamentándose de que la suerte no ayudára al valor de Carcasona y de Beziers, suspira aquel sentido canto:

¡Ai Bezers e Carcassey,
quo vos vi e quo vos vey! (5)

Todos y cada uno de ellos vienen á escribir una página de la historia y de las vicisitudes de la pátria, formando con sus cantos reunidos el índice perfecto y fiel de todos aquellos acontecimientos de que fueron los trovadores, no meros cronistas, sino causa principal, y casi siempre esforzados adalides. En esto consiste el interés que sus narraciones inspiran: por esto no dudamos un momento en llamar á la obra del Sr. Balaguer una historia en

---

trabajo con que el Sr. Balaguer ha ilustrado, por via de prólogo, la coleccion de poesias premiadas en los Juegos Florales de Madrid, que ya en estos momentos debe ser del dominio público.

(1) «Ningun hombre habia tan poderoso en el mundo que pudiera destruirme, á no ser la Iglesia.»

(2) "¡Ay, malaventurados señores! perdidas ya vuestra lealtad y vuestra honra, ¿de qué os sirven las vallas ni los castillos? Sois ya esclavos de los franceses, y ni por buena ni mala causa os atrevereis de hoy mas á llevar escudo ni lanza."

(3) "No creo que los franceses consigan poseer tranquilamente lo que han usurpado á tantos nobles y esforzados barones."

(4) «Conde Ramon, duque de Narbona, marqués de Provenza, vuestro valor es tan grande que llena todo el mundo» y continúa: «Toda esa gente de Francia, falsa y felona, huirá como ave ante el halcon en cuanto vos os presentels.»

(5) «¡Ay Beziers y Carcasona, quién os ha visto y quien os vé.»

accion, representada por los mismos que en ella figuraron; y como hemos de volver sobre este punto, dejamos enunciado nuestro aserto, reservándonos para más adelante aquilatar el valor del propósito que ha movido al autor y el modo cómo lo ha realizado.

No creyendo aquel, sin duda, que su trabajo quedaba completo con el concienzudo estudio sobre los trovadores á que acabamos de referirnos, ha querido darnos cabal idea de los diferentes géneros de poesía por ellos usados y de los caractéres de éstos, medio acertado por el cual nos hace conocer la riqueza de aquel arte poético y de aquel hermoso idioma que para todos los afectos tenia sonidos propios y palabras adecuadas.

Si fuera posible dudar ante la belleza de las composiciones que el señor Balaguer nos hace conocer de que, nacidas de una inspiracion fecunda, obedecen al mismo tiempo á un arte determinado, nos bastaria para convencernos el ver que aquellos mismos poetas cantaban en versos fluidos y galanos las reglas que constituian dicho arte, no sólo para extenderlas y propagarlas por medio del estudio, sino para vulgarizarlas con esa prodigalidad que distingue á la inteligencia, y por medio del canto; pues como decia uno de aquellos poetas:

Cobla ses sos es en aissi
co 'l molés qu' aigua nona (1)

Ejemplos de lo que acabamos de decir pueden ser, entre otros, aquella composicion en que el citado Aimerie de Peguilha niega toda diferencia entre *cancion* y *verso*, que empieza:

Mautas vetz cui enqueritz
en cort, cossi vers no fatz...,

y aquella otra en la que Giraldo de Cabrera enseña á su juglar Cabra las prendas de que los de su oficio deben hallarse adornados, que comienza con esta estrofa, sonora y musical, como hecha para ser cantada:

Cabra juglar,
nón puesc mudar
qu' en non chan, pos á mi sab bon;
e volrai dir
senes mentir
e comtarai de ta faison.

No es de este lugar, y faltaríamos por consiguiente á nuestro propósito, hacer un detenido estudio de aquel arte, dado que para ello tuviéramos competencia; pero no podemos, sin embargo, dejar de copiar el índice de los principales géneros entonces conocidos y cultivados, siquiera sea para que por ello se venga en conocimiento de la riqueza á que llegó la poesía provenzal: helos aquí:

Verso: Trataba de moral ó de amor.
Cancion: De amor y gentileza en términos levantados.
Serventesio: Ya queda más atrás definido.
Descort: Propio de la queja amorosa.
Tension: Empleado en las polémicas de todo género.
Planch: Semejante á nuestra elegía.
Pastorela: Egloga ó idilio.
Albada: Corresponde á las alboradas modernas.
Serena: Lo mismo que serenata ó canto nocturno.
Prezicana: Se usaba para la cruzada ó el sermon moral.
Danza: Canto propio para acompañar al baile.

---

(1) La copla sin son (*sin canto*) es lo mismo que el molino sin agua.

Balada: Como la danza y análogo en su objeto.
Escondig: Usado en defensa propia contra cualquiera imputacion.
Comiat: Canto de despedida.
Sextina: Combinacion métrica de suma dificultad.
Fábula: Con su objeto peculiar.
Epístola: Propia como entre los latinos de toda clase de asuntos, pero más principalmente de moral y religion.
Novas: Novela ó cuento en verso.
Romans: Género propio de la epopeya y tratado tambien muchas veces en prosa.
Leyendas y obras didácticas: Adecuadas á los asuntos á que se consagran hoy, y de las cuales cuentan gran número las letras provenzales.

Unanse estos datos, que amplísimamente se enumeran y explican en la oba que examinamos, á los que en la misma se contienen sobre los trovadores, sobre el estilo y escuelas de los mismos, y sobre las córtes y los *Puys d'amor*, y sumándolos hallaremos tan acabado el retrato, que lo confundiremos por su exacto parecido con el original que ha servido de modelo.

Pero aún no se satisface el Sr. Balaguer con ofrecernos á los trovadores desenvolviendo su actitud y cultivando su ingénio en las fértiles tierras de Provenza, y allí donde la *lengua de oc* habia extendido sus dominios; sino que, merced á atinadísimas investigaciones, y terciando con autoridad suma y con armas de legítima novedad en controversias tan largas como antiguas, los presenta influyendo en la formacion de la poesía castellana, y aún haciéndose oir, admirar y honrar de los grandes y los reyes, así en Castilla y en Leon, como en Aragon y Cataluña.

Consideramos esta parte de la *Historia política y literaria de los Trovadores*, como una de las más importantes que en dicha obra se contienen, no sólo por los preciosos datos que suministra á los que al estudio de nuestra literatura se dedican, sino por los hechos históricos que allí se refieren; pero nos abstenemos de emitir sobre este particular ningun otro juicio que el que dejamos apuntado, teniendo en cuenta para obrar así, que los que no lean la obra la juzgarán mal por nuestra pobre crítica, y que ésta no ha de bastar en modo alguno á los hombres estudiosos, que irán seguramente á admirar en su propio lugar las bellezas que aquí no podemos sino apuntar rápidamente.

Sobre estas bases comienza el Sr. Balaguer la série de biografías que constituyen el resto de la obra desde el último tercio del tomo primero en adelante; mas remitiendo al lector al estudio de aquellas, creemos que corresponde á esta ocasion ocuparnos de justificar una afirmacion hecha por nosotros en algun lugar de este humilde trabajo.

El Sr. Balaguer, que ha probado en varias ocasiones y con aplauso general su competencia en materia de Historia, y mucho más en cuanto se refiere á la de la antigua corona de Aragon, de cuyo Estado fué parte la Provenza, y que ha sido el primero en dotar á España de la coleccion de aquellas interesantes Crónicas, ha podido escribir una Historia de la Provenza, comprendiendo en esta última palabra, por estension, los países en donde se hablaba ó cultivaba aquella rica y armoniosa lengua; pero esto hubiera sido simplemente escribir una historia más, trabajo que, ímprobo y todo como es, y útil como hubiera resultado trazándolo la pluma de tan ilustrado y concienzudo autor, hubiera carecido, sin embargo, del sello de novedad que, aparte de otras bellas condiciones, sorprende en la obra que nos ocupa.

El historiador se halla, por regla general, limitado á referir los hechos que se han sucedido en el período ó época que su estudio abarca, cuidando del órden y de la exactitud como de las más preciosas circunstancias que han de concurrir en la narracion: el Sr. Balaguer, que conoce ese camino porque lo ha recorrido con éxito lisonjero, ha adoptado nuevo método en su *Historia política y literaria de los Trovadores*: ha tocado con la vara de su inteligen-

cia las tumbas de aquellos *Lázaros* del ingénio, y los hace nacer á una nueva vida despues de un sueño de seis siglos, para narrar por sí mismos su historia. ¿Pero ha hecho acaso esto solo? De ninguna manera; al hacerles surgir del silencio de sus fosas, ha dado á cada uno por armas sus propias obras, por desdicha incompletas, reuniéndolas antes con asídua constancia y buscándolas con exquisito cuidado en las Bibliotecas y Archivos de París, Aviñon, Arlés, Tolosa, Beziers y Carcasona, grandes osarios donde el tiempo habia desparramado aquellos manuscritos que escaparon al ódio de la tiranía y á la llama de las hogueras de la Inquisicion.

Con aquellos preciosos escritos arrancados á la codicia de un olvido deplorable, nos presenta el Sr. Balaguer á los Beltran de Born, los Aymeric de Peghilha, los Bonifacio Castellane y los Folquet de Marsella, para que nos cuenten por medio de sus canciones y serventesios cómo atizaron discordias, cómo promovieron guerras, cómo ajustaron paces, cómo predicaron cruzadas y cómo se hicieron amar ó temer en las córtes de los nobles y de los reyes, lo mismo al Norte que al Sur de Francia, en Inglaterra como en Alemania, y en Portugal y Galicia como en Aragon y Cataluña. Guerreros y poetas, á un mismo tiempo los más de los citados, tienden alto vuelo hácia los más levantados ideales del ingénio humano; y ya canten amores, de cuyo asunto nadie se desdeñaba, ya canten la independencia de la patria, en cuyo nombre se apelaba á la guerra, forma del derecho, siempre brutal y á veces necesaria, sus *trovas* revisten un sello de singular energía, no revelada antes por los poetas de la antigüedad, ni imitada despues por los que les han precedido.

Contrastando con estos, aparecen tambien á nuestros ojos los Arnaldo de Malveil, los Gancelmo Faidit, los Giraldo de Borneil y los Bernardo de Ventadorn, pintándonos el amor y la gentileza, tal como entonces los admitia el uso, con su carácter caballeresco y levantado, con sus flaquezas y sus crímenes, que siendo en el fondo los caractéres del amor en todos tiempos y en todos los países, es allí, en la forma, de un género especial, tan fuera de lo ordinario y conocido, que constituye, en verdad, una época única, sola en la historia de las costumbres, que no tendrá nunca más en ningun pueblo sombra de imitacion ni analogía.

Por esto hemos llamado á la obra del Sr. Balaguer una *historia en accion*, y sin que tengamos que poner mayores esfuerzos en abono de nuestra afirmacion, estamos seguros de que los lectores hallarán en dicha obra la prueba más robusta y acabada de semejante aserto.

Nada podemos añadir á lo dicho sobre el plan seguido en la obra que examinamos. En cuanto al órden alfabético seguido por el Sr. Balaguer en la coleccion de biografías, lo creemos sumamente acertado y preferible al órden cronológico, ya por la facilidad que el primero ofrece á los que consulten la obra, ya porque con él se evita la confusion que necesariamente habia de nacer de tantos ingénios como simultáneamente florecieron en aquella época entre los cultivadores de tan rica literatura. Nada diremos de las biografías: citar algunas seria posponer las demás, y nos duele, por otra parte, desflorar el gusto que en su estudio han de hallar los lectores.

En cuanto al estilo, es en ésta, como en todas las obras del autor, castizo y puro, fluido y armonioso, condiciones que, si son estimables en todo escritor, lo son aún más en quien, como el Sr. Balaguer, ha dedicado la mayor parte de su vida al cultivo del idioma catalan, al que ha dado con sus obras, y más principalmente con sus poesías, un lugar distinguido entre los más cultos de Europa.

Un solo reproche puede hacerse al autor, estudiando con detenimiento su obra, y queremos ser los primeros en revelar su falta, y los primeros tambien en absolverle de ella. El Sr. Balaguer aparece parcial en todas sus consideraciones, en todos sus juicios, y hasta en la eleccion de las poesías, fielmente traducidas, con que enriquece su trabajo; pero es solamente parcial de

la libertad, y aunque lo es siempre, bien puede á nuestro juicio excusarse el pecado, en gracia á la santidad del objeto: precisamente esto constituye uno de los mayores méritos de la obra que nos ocupa, concebida y empezada en circunstancias, cuya referencia pondrá término á estas desaliñadas líneas.

Su amor á la libertad, incompatible con el trono derribado en 1868, obligaron años antes de dicha fecha al Sr. Balaguer á abandonar el suelo de la pátria. y á buscar en la frontera francesa un escudo contra aquel poder desatentado, que viendo en cada liberal un enemigo, no reparaba en su ceguedad que su más poderoso contrario eran sus propias demasias.

Proscripto y en suelo extranjero, conservaba, sin embargo, el *Trovador de Montserrat* las dos pasiones de su vida: la libertad y el trabajo; y mientras en áras de la primera ayudaba á preparar la revolucion que abrió á tanto ilustre desterrado las puertas de la pátria, y á la vez nuestros Códigos á tan útiles reformas, más tarde aminoradas y restringidas, estudiaba empolvados manuscritos referentes á los trovadores provenzales, rebuscándolos con tan voraz afan como heróica paciencia en bibliotecas y archivos. Halló que con su estudio podia presentar un arsenal inagotable al drama y á la leyenda, dar un nuevo giro á la poesía, llenar un inmenso vacío en el estudio de la literatura pátria, y dotar, en fin, á España de una obra de que carecia, y que juzgamos de gran precio; y reuniendo datos, buscando otros ya perdidos, y reconstruyendo á fuerza de investigaciones asíduas lo que habia destruido ó dispersado la mano cruel de los siglos, concibió la idea de escribir su obra, empezada en el destierro y concluida despues de diez años de constantes afanes.

La Historia política y literaria de los Trovadores tiene, pues, por cuna el ostracismo Solamente el amor al trabajo, ayudado de una inteligencia privilegiada, puede obtener de la adversidad frutos de tanto precio.

ENRIQUE DE SIERRA VALENZUELA.

Madrid, 20 de Abril 1878.

INDICE DE LOS ARTÍCULOS DEL TOMO LXVI.

Núm. 265.

Pág.

La enseñanza elemental de las ciencias en los pueblos germanos, por D. Salvador Calderon..... 5
Las buenas maneras y el filósofo Spencer, por D. Francisco Giner.... 33
Física biológica. Fuerza y nutricion en algunos séres inferiores, por D. Enrique Serrano y Fatigati..... 40
Poblacion de Filipinas, por D. J. Jimeno Agius..... 56
El exodo de los afrancesados, por D. Andrés Borrego..... 68
Los asturianos en América, por D. Martin Gonzalez del Valle..... 79
Las dos borrascas (soneto), por D. Cárlos Navarro y Rodrigo..... 84
Mari-Perez, por doña Teresa Arroniz..... 85
Crónica política, por J. Ferreras..... 127
Le Systeme monetaire espagnol dans ses rapports avec la union latine, par Joseph de Parieu, por T..... 137
Crónica científica, por D. Antonio Plá y Ravé..... 139
Bibliografía..... 143

Núm. 266.

Pág.

Sobre la educacion de las mujeres, por D. Segismundo Moret y Prendergast..... 145
El degolladero, por D. Víctor Balaguer..... 163
Vindicacion de España en lo que se refiere al descubrimiento, conquista y colonizacion del Nuevo Mundo, por D. Manuel G. Llana..... 171
Poblacion de Filipinas, por D. J. Jimeno Agius..... 196
El naturalismo contemporáneo, por D. U. Gonzalez Serrano..... 215
Astronomía popular. La luna, por D. J. Genaro Monti..... 233
Una excursion á Extremadura, por D. José Becerra y Armesto..... 241
Mari-Perez, por doña Teresa Arroniz..... 259
Crónica política, por D. J. Ferreras..... 273
Noticias literarias, por D. Félix Rosell..... 282
Bibliografía..... 287

Núm. 267.

Pág.

La proteccion arancelaria de los Estados-Unidos de Norte-América, por D. Servando Ruiz Gomez..... 289
Sobre la educacion de las mujeres, por D. Segismundo Moret y Prendergast..... 323
El naturalismo contemporáneo, por D. U. Gonzalez Serrano..... 347
El Olvido (soneto), por D. Adelardo Lopez de Ayala..... 367
Las buenas maneras y el filósofo Spencer, por D. Francisco Giner. .. 368
Una excursion á Extremadura, por D. José Becerra y Armesto..... 378
Mari-Perez, por doña Teresa Arroniz..... 393
Crónica política, por D. J. Ferreras..... 411
Idem literaria, por D. A. Aura Boronat..... 422
Bibliografía..... 432

Núm. 268.

Pág.

Felipe III y los principales sucesos de su reinado, por D. Nemesio Fernandez Cuesta..... 433
La literatura norte-americana en Europa, por D. Rafael M. de Labra. 457
Organizacion política, civil y religiosa de los celtíberos, por don Joaquin Costa..... 490
El progreso en la crítica del *Quijote*, por D. Nicolás Diaz de Benjumea. 519
Mari-Perez, por doña Teresa Arroniz..... 539
Crónica política, por D. J. Ferreras..... 549
Noticias literarias, por D. Enrique de Sierra Valenzuela..... 560

DIRECTORES PROPIETARIOS,

J. L. ALBAREDA. F. DE LEON Y CASTILLO.

MADRID 1879. Establecimiento tipográfico de M. P. Montoya y compañía, Caños, 1.

AP
60
R4
t.67

Revista de España

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY